

EL SIGLO SOVIÉTICO

¿Qué sucedió realmente
en la Unión Soviética?

Moshe Lewin



La guerra fría terminó hace mucho; pero las obras que se escriben hoy sobre la Rusia soviética siguen lastradas por la misma carga de prejuicios y deformaciones que en el pasado. Moshe Lewin emprende en este gran libro la tarea de reconstruir sobre nuevas bases una historia que marcó profundamente el siglo xx, utilizando documentación de archivo, memorias y testimonios desconocidos hasta hoy, a la luz de su profundo conocimiento del país y de la época. *El siglo soviético* consigue con ello mostrarnos el funcionamiento real del sistema político, desmitificar los tópicos establecidos y ofrecernos nuevas perspectivas para ayudarnos a establecer un balance más objetivo de sus éxitos y sus fracasos. Como ha dicho Eric Hobsbawm, este libro representa «una contribución decisiva para emancipar la historia de la Unión Soviética de la herencia ideológica del siglo pasado y debería ser lectura obligada para cuantos aspiren a entenderla».



Moshe Lewin

El siglo soviético

ePub r1.0

Titivillus 26.10.2018

Título original: *The Soviet Century*

Moshe Lewin, 2005

Traducción: Ferran Esteve

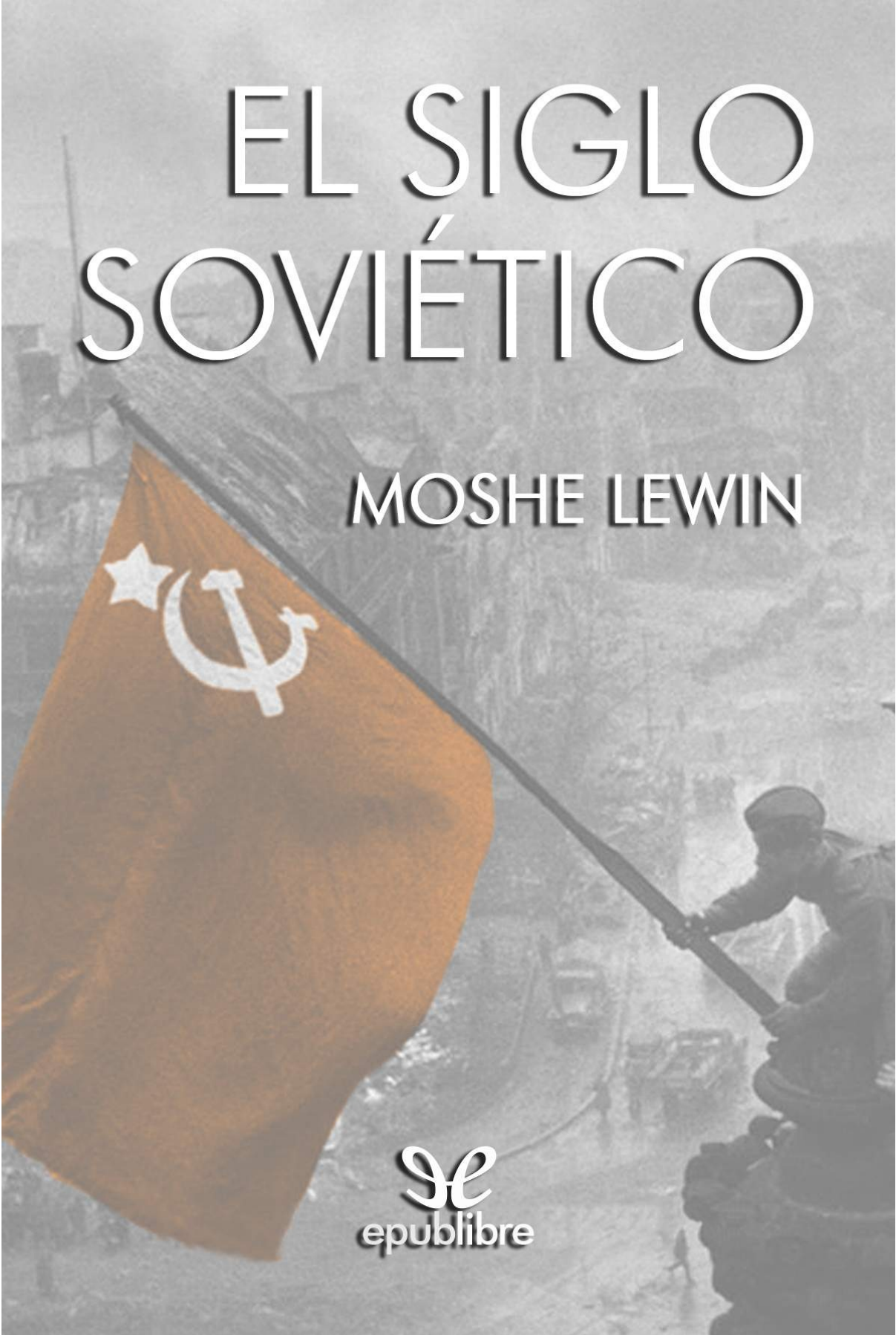
Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



EL SIGLO SOVIÉTICO

MOSHE LEWIN




epublibre



Índice de contenido

PREFACIO

INTRODUCCIÓN

I. UN RÉGIMEN Y SU PSIQUE

Introducción

1. Stalin sabe lo que quiere... Y lo está consiguiendo
2. «Autonomización versus Federación» (1922-1923)
3. De cuadros a herejes
4. El Partido y sus aparatos
5. Flujo social y «paranoia sistémica»
6. El impacto de la colectivización
7. Entre la legalidad y la bacanal
8. ¿Cómo gobernó Stalin?
9. Las purgas y sus «razones»
10. La dimensión de las purgas
11. Los campos y el imperio industrial del NKVD
12. El final
13. ¿Despotismo agrario?

II. LOS AÑOS SESENTA EN ADELANTE: DE UN NUEVO MODELO A UN NUEVO *IMPASSE*

14. «Epur, si muove!»
15. El KGB y la oposición política
16. La avalancha de la urbanización
17. Los «administradores»: una clase tocada pero pujante
18. Algunos líderes
19. Kosigin y Andropov

III. EL SIGLO SOVIÉTICO: RUSIA EN SU CONTEXTO HISTÓRICO

20. El tiempo y los mundos de Lenin
21. Atraso y recaída
22. Una modernidad *sui generis*
23. Éxitos y fracasos de la urbanización
24. El problema de la mano de obra y de la demografía
25. El laberinto burocrático
26. ¿Luces y sombras?

27. ¿Qué fue el sistema soviético?

GLOSARIO DE TÉRMINOS RUSOS

APÉNDICES

NOTA SOBRE LAS FUENTES Y LAS REFERENCIAS

NOTAS

PREFACIO

La Unión Soviética ya no existe. Como dicen algunos, «es historia», o lo que es lo mismo: «olvídenla». La clase política, los académicos y los medios de comunicación trabajan a partir de esta fórmula conforme a sus propios intereses y puntos de vista. Pero la palabra «historia» es polisémica, y la era soviética aún pertenece a un pasado reciente. Aunque cada vez son menos, continúan siendo mayoría los ciudadanos de Rusia y del resto de repúblicas de la antigua Unión Soviética que se formaron bajo el paraguas de la URSS, y que incluso añoran aquellos tiempos. Porque forma parte todavía de la biografía de millones de personas. En este sentido, el «pasado» todavía es un elemento relevante en su vida cotidiana.

La dimensión «biográfica» no es sino un indicador más de la persistencia del pasado. El problema de la identidad nacional del país preocupa a los ciudadanos rusos, y se advierte en este debate un número de concepciones y de actitudes hacia la URSS. Con todo, si unos análisis colectivos tan importantes como estos se llevan a cabo sin un conocimiento contrastado del pasado, y tal suele ser el caso, el debate nacional se torna farsa.

Para los historiadores, como para todo aquel que sabe cómo la historia, por distante que sea, nos recuerda su presencia, este «olvídenlo» es una postura del todo absurda. Sobre todo durante sus últimos quince años de existencia, la URSS no fue capaz de enfrentarse al presente. Pero en la medida en que ya es parte del pasado, se ha convertido en una realidad inmutable que no podrán alterar las sucesivas interpretaciones que se hagan: es y será un episodio crucial de un siglo xx dramático. ¿Y acaso alguien cree que ya sabemos todo lo que hay que saber sobre el siglo xx?

La Rusia soviética sigue siendo uno de los principales pilares de la tradición cultural y política de Rusia, una tradición cuya influencia sobre el país se deja notar todavía en la actualidad, si bien de un modo diferente a

como lo hacía el pasado zarista, uno de los modelos que dio forma a la URSS. ¿Puede pasar por alto este hecho quien se interese por el destino de su país y reflexione sobre ello?

De ahí que no podamos prescindir hoy de la URSS en tanto que «pasado» porque es, sencillamente, imposible desembarazarnos de la historia. Uno de los argumentos de este libro es que la URSS es, aún, un sistema del que sabemos muy poco. A la hora de hablar de períodos anteriores (incluidos los años de Stalin), se ha esfumado ya el halo de secretismo que caracterizó el sistema soviético y podemos hoy estudiarlos de un modo sistemático, como de hecho ya se está haciendo. Tiempo atrás, la imposibilidad de acceder a los archivos y a otras fuentes de información indispensables convertían el estudio de la historia soviética en una empresa sumamente frustrante y ardua, y dar con el menor dato que contuviera un indicador útil o toparse con una publicación soviética bien documentada era todo un logro.

Por eso, en cuanto se desclasificaron los archivos soviéticos, los historiadores se abalanzaron sobre ellos. En mi caso, la obtención de estos materiales, que yo mismo localizaba o que recopilaba a partir de obras documentales de otros autores, fue durante muchos años mi principal actividad. Cuanto más leía, más rica se me aparecía la realidad. No obstante, la frustración no se esfumaba, porque seguíamos sin poder consultar los materiales referentes a los últimos períodos de la era soviética.

Me propongo en esta obra sacar a la luz los aspectos que considero desconocidos u olvidados, por cuanto su estudio nos permite adentrarnos aún más en las entrañas del sistema. Apenas he recurrido a fuentes occidentales, que es algo que me propongo hacer en un estudio futuro más sistemático. El recurso a nuevos materiales, como archivos, memorias, autobiografías o publicaciones documentales, es en este volumen un objetivo en sí mismo, aunque también haya pretendido hacer una suerte de examen de conciencia: después de haber consultado tantos documentos nuevos, ¿qué queda de mi antigua visión del fenómeno soviético? ¿Cómo ha cambiado? ¿Adónde fue a parar? Mucho de lo que he escrito en estas páginas da respuesta a estas preguntas, porque estas nuevas pruebas me han revelado cosas de las que apenas sabía nada y me han permitido plantear cuestiones que antes me habría sido imposible formular.

La otra gran fuente que alimenta estas páginas son los trabajos actuales de los académicos rusos, bien porque han tenido acceso a informaciones de primera mano, bien porque han trabajado en instituciones gubernamentales,

bien porque, ya en tiempos de la Unión Soviética, habían escrito obras críticas y bien documentadas.

Me pareció que los lectores sacarían provecho de la ocasión que se les brinda de entrar en contacto con estas fuentes: qué «dicen», y qué sabía el régimen, o qué podía saber, a partir de la información que difundían sus diferentes agencias. Sin otro fin que poner las cartas de mi interpretación sobre la mesa y ofrecer a los lectores una muestra de lo que leían los propios líderes soviéticos, he resumido y citado ampliamente documentos y autores.

De ello se desprende que, aunque la sociedad apenas estuviera informada —o manifiestamente desinformada en ocasiones—, el régimen, sobre todo en el período postestalinista, tenía a su alcance una cantidad considerable de material fiable y un buen número de estudios rigurosos sobre el país y el mundo. Pero de nada le sirve la buena información a un líder mediocre. El problema estribaba en la capacidad de comprensión de estos líderes, en qué querían saber, en qué sabían, por más que no pudieran hacer nada con ello, y en qué no tenían el menor deseo de saber.

Estas preguntas nos llevan al meollo de nuestra investigación sobre los mecanismos y los puntales del sistema soviético.

INTRODUCCIÓN

Los juegos de poder y la ambición personal forman parte de la historia, pero también ejercen una presión considerable para que ésta se escriba de un modo que responda a determinados intereses o causas. Desde sus inicios, el régimen soviético planteó un desafío radical que se vio reforzado durante la guerra fría con la polarización del mundo, la carrera armamentística y la consiguiente batalla propagandística. Todo esto propició las condiciones que permitieron confundir la propaganda con el análisis. Esta falacia costó muy cara a ambos bandos, y deterioró no sólo su capacidad para comprenderse a sí mismos, sino también para descifrar el mundo que los rodeaba. Las consecuencias fueron peores para la Unión Soviética, que prohibió la libre investigación social, política e histórica. Pero también se resintió el país en otros aspectos, porque el fanatismo ideológico, y su tendencia natural a la propaganda, dañaron considerablemente su capacidad para comprender la realidad nacional y global y responder a la coyuntura con las estrategias adecuadas.

Durante los años sesenta y setenta, los líderes soviéticos permitieron una cierta libertad en la temática que abordaban los estudios publicados, y especialmente los inéditos, así como en la discusión política. Nacieron centros de estudios de primer orden, gracias a los cuales se pudo analizar el otro lado del telón. A causa de su talante democrático, en Estados Unidos abundaban las estadísticas y todo tipo de informaciones sobre el país, cosa útil para los soviéticos, sobre todo a partir de los años sesenta, cuando estuvieron en disposición de servirse de dichos datos. De hecho, los expertos trasladaban a los líderes una imagen bastante certera del mundo exterior y de la propia Rusia. En qué se empleó todo este conocimiento ya es otra historia, y dependía de la mentalidad conservadora de los líderes. Con todo, la URSS se mostró dispuesta en más de una ocasión a jugar la carta de la «coexistencia pacífica» y a rebajar la tensión. Consciente de su inferioridad, principalmente

en las últimas fases de su historia, trató de llevar a la práctica reformas que reflejaran una apreciación realista de la situación.

En Estados Unidos, la posibilidad de investigar en libertad, de discutir posturas e ideas alternativas, no significaba necesariamente que se tuvieran en cuenta los resultados. No en vano, no todo pasa por la libertad de publicación de estudios críticos. A continuación, cabe preguntarse: ¿a quién le interesan? Detrás de algunos análisis se ocultaban ideas sospechosas o concepciones erróneas, investidas de un halo de verdad por el mero hecho de haber nacido en el Mundo Libre.

Bastará un ejemplo. Un grupo de expertos que han estudiado el trabajo de los servicios de inteligencia de Estados Unidos^[1] sostiene que una organización como la CIA, así como los círculos de poder subordinados a ella, no acertó en la evaluación de los puntos fuertes y débiles de la URSS: no tenía la menor idea de hacia dónde se dirigía el país. Y eso a pesar de que tenían acceso a las conversaciones telefónicas de Brezhnev y de que era más que probable que pudieran saber con certeza el número de misiles soviéticos. Es evidente que la fuerza cegadora de la ideología y de la lógica del poder, personal o imperial, y la obsesión por el secretismo, no eran exclusivas del «Estado propagandístico» soviético, por más que su poder fuera extraordinario y respondiera, no a los intereses del país, sino a los de los elementos conservadores. Aun así, la capacidad cognitiva no es el monopolio de un sistema. La guerra fría, que impulsó la innovación en determinados campos de la tecnología, también actuó como un elemento reduccionista a la hora de analizar la realidad global, algo a lo que sucumbió igualmente Occidente.

Añádase a todo esto que Occidente, Estados Unidos inclusive, era presa del «síndrome de la seguridad», con el consiguiente papel desproporcionado que se concedía a los servicios secretos y el reconocimiento de que «todo vale» si de lo que se trata es de cumplir con el deber: operaciones encubiertas, alianzas con formaciones militares criminales o semicriminales, detección del comunismo y de la subversión en cualquier lugar del planeta y en cualquier momento, compra de medios de comunicación, infiltración en diferentes organizaciones sociales... La obsesión por la seguridad tuvo un efecto pernicioso en las instituciones democráticas y dio pie a una poderosa tapadera para la consolidación de grupos domésticos antidemocráticos, que se esforzaron por socavar la democracia estadounidense. De poco sirve pensar que era peor el estalinismo y el terror y las cazas de brujas que lo

caracterizaron. Cualquier similitud entre ambos regímenes, incluso la posibilidad misma de que pudiera ser así, constituía ya un peligro para las libertades, el santo y seña de esa gran batalla.

A pesar de la contribución de académicos de renombre implicados en investigaciones rigurosas, las representaciones del sistema soviético estaban evidentemente influidas por la realidad política e ideológica de un mundo polarizado. La extraordinaria difusión de opiniones ideológicamente connotadas, emitidas por agencias gubernamentales, medios de comunicación o publicistas que apenas mostraban interés alguno por apoyar sus declaraciones con hechos o argumentos, guiaban a la opinión pública en una dirección concreta. Mientras el debate sobre otros problemas, países o episodios seguía abierto, en cuanto se hablaba de la Unión Soviética surgía un «discurso público» basado en afirmaciones profundamente arraigadas y que, sin embargo, estaban aún por verificar.

Dejemos de lado la importancia unilateral que la propaganda concede a delitos y crímenes para centrarnos en las limitaciones de tipo metodológico. De hecho, la investigación objetiva, metodológica y contrastada tuvo que enfrentarse a unos patrones de pensamiento rígidos, tan extendidos entre el público como entre los pensadores, y que eran:

1. tomar a líderes y agencias gubernamentales como los actores principales en lugar de convertirlos en objeto de estudio con el fin de comprender en qué trabajaban y qué dictaba sus acciones.
2. estudiar la URSS fijándose principalmente en su carácter «antidemocrático», lo que suponía hacer una lista interminable de sus rasgos «no democráticos», y ocuparse de lo que no era el país en lugar de analizar qué era. No olvidemos que la democracia sigue sin ser la única forma de gobierno existente en el planeta y que es preciso estudiar las premisas de otros sistemas para entenderlos.
3. pasar por alto el contexto histórico en que se desarrollaron las acciones de los líderes y al que se enfrentaron. El ahistoricismo es un error demasiado extendido y el más grave de todos, porque ninguna acción humana se produce en la nada, no es un *deus ex machina*. Pongamos un ejemplo: en 1916-1917, Lenin no perseguía la destrucción de un sistema próspero, sino todo lo contrario. Al igual que millones de personas, vivía en un mundo que estaba al borde del colapso y en una Rusia que se desintegraba, y pasó a la acción sin tener garantías de que no perecería antes incluso de enfrentarse a las catástrofes que se

sucedían o se avecinaban. Otro ejemplo puede clarificar aún más la importancia del contexto: la crisis económica de los años treinta es fundamental para entender el prestigio que la Rusia soviética tenía a ojos de muchos, y fue de gran ayuda a la hora de legitimar el estalinismo; del mismo modo, la segunda guerra mundial cubrió el genocidio estalinista, en un momento en que el régimen y su propio poder empezaban a resentirse de sus males internos.

Estas consideraciones implican que el lector debe saber que el trasfondo histórico y el contexto, el doméstico y el internacional, pueden desempeñar un papel de primer orden en los argumentos que presentaremos más adelante.

No obstante, aún no hemos acabado con el repaso a los obstáculos que entraña el conocimiento real de la URSS. También debemos prestar atención a aquellas preconcepciones más polémicas que usan y abusan de la noción de estalinismo.

Me refiero a la tendencia a «demonizar» a Stalin cargando sobre sus espaldas, y sobre las de su régimen, un número de víctimas desproporcionado y ridículo e imposible de verificar, y en el que se mezclan las víctimas del terror con las decisiones políticas y económicas. ¿Qué hacer sino sacudir la cabeza de incredulidad al saber, por ejemplo, que entre las pérdidas humanas que se atribuyen a sus crímenes se cuentan asimismo las pérdidas demográficas donde se incluyen las estimaciones de criaturas nonatas? ¿Qué necesidad hay de dicho cálculo? ¿Quién lo considera necesario? Los especialistas, especialmente cuando aún no tenían acceso a los archivos, tuvieron que empeñarse con encono para desinflar estas cifras y otros juegos de manos aritméticos. Sin embargo, su trabajo ha llegado a buen puerto, y hoy podemos estudiar a Stalin y el estalinismo tal y como eran. Nos quedan aún no pocos horrores para condenar lo condenable, pero también disponemos de los hilos que nos permitirán desmadejar un drama que, después de unos años en el primer plano, dejó paso a un nuevo capítulo con la muerte del dictador. El propio terror sufrió algunos cambios. Y en historia es fundamental diferenciar hoy los períodos entre sí. La tendencia a perpetuar el «estalinismo» remontando su inicio hasta 1917 y alargándolo hasta el final de la Unión Soviética es uno más de esos «usos y abusos» de la historia.

En este sentido, conviene mencionar la *Historikerstreit* («la polémica de los historiadores»), en la que se embarcaron los historiadores conservadores alemanes. En su afán por justificar el papel de los exponentes de la derecha

alemana no nazi que habían contribuido a que Hitler llegara al poder, y para rehabilitar al mismo tiempo a Hitler y los planes infernales que había preparado para el mundo, recurrieron a una estratagema de lo más curiosa, apoyándose en la connivencia occidental que había nacido de la guerra fría. Confiaban en que creyéramos que, en cierto sentido, era posible atribuir a Stalin la locura de Hitler, y que las atrocidades cometidas por el primero habían inspirado al segundo. Aseguraban que el Holocausto se remontaba al trato dispensado a los kulaks, y que la ofensiva de Hitler, toda vez que no tuvo como primer objetivo Rusia, no era sino una guerra defensiva para contrarrestar el ataque que Stalin planeaba lanzar contra Alemania^[2]. El adoctrinamiento anticomunista característico de la guerra fría permitió que se produjeran maniobras como estas en los países occidentales. Afortunadamente, muchas fueron las voces que se alzaron para condenar la operación y seguir adelante con el proyecto de comprender la dinámica del sistema soviético.

Este libro no se propone ser una historia de la URSS, sino que se limita a presentar algunos rasgos generales del sistema. Está dividido en tres partes. La primera está dedicada al período estalinista, y no sólo pone el acento en sus características específicas, sino también en las fluctuaciones del sistema. La segunda parte se ocupa del período postestalinista, de Jrushchov a Andropov, entendido como un modelo diferente que insufló aire durante unos años al sistema hasta que sucumbió al estancamiento (*zastoi*). La tercera parte analiza la «era soviética» en su conjunto, al tiempo que intenta dar una visión global de la trayectoria histórica del sistema, incidiendo en los aspectos generales y específicos de dicha trayectoria y en los cimientos que propiciaron su consolidación y su posterior derrumbe. Tanto el éxito como el fracaso del sistema tuvieron una importancia considerable a escala mundial y fueron, en un caso y en el otro, tan impredecibles como sorprendentes. Esta sección abunda en la complejidad y en la riqueza de este proceso histórico, por siniestras que fueran sus fases, sin pasar por alto la importancia de comprender su dimensión histórica específica, incluso a la hora de analizar la evolución de la Rusia posterior a Gorbachov.

El filósofo político V. P. Mezhuev, del Instituto de Filosofía de la Academia Rusa, abordó estos problemas en una conferencia pronunciada en Moscú en 1999:

Pregúntense qué valoran del pasado, qué debemos continuar, qué debemos preservar. La respuesta a estas preguntas les ayudará a

enfrentarse al futuro ... Si no hay nada positivo en el pasado, no hay futuro y no queda más remedio que «olvidarlo todo y dejarnos llevar por la inercia» [*zabystia i zasnut'*]. El destino histórico de Rusia no pasa por un futuro sin pasado. Todo aquel que quiera borrar el siglo XX, un siglo de catástrofes mayúsculas, deberá despedirse también para siempre jamás de la gran Rusia^[3].

Una sentencia excelente, a la que regresaremos en las conclusiones. Queremos, no obstante, insistir en un punto: somos plenamente conscientes de que la investigación histórica es una tarea complicada y nos parece fundamental llevarla a cabo sin pasión ni prejuicios. Cuando un autor afirma presentar un trabajo de investigación, incluye unas líneas en su descargo: sin embargo, las buenas intenciones no son garantía de éxito. Muchos y muy variados son los obstáculos que se cruzan en su camino: fuentes y pruebas, el grado de pericia profesional, la predisposición personal y la infinita complejidad de la realidad histórica, ambigua, poliédrica y mutable, y que se resiste a los intentos de explicación. Aun así, de no moverlos precisamente ese propósito, los historiadores no serían capaces de presentarnos un relato convincente, sino historias falsas. O mejor dicho: los mismos argumentos, una y otra vez.

PRIMERA PARTE:



UN RÉGIMEN Y SU PSIQUE

INTRODUCCIÓN

Los años treinta ocupan un lugar muy especial en la historia relativamente corta del sistema soviético. En primer lugar, porque constituyeron un drama de gran intensidad en un país que no se había recuperado aún de los estragos de la primera guerra mundial y de la guerra civil (1918-1921). En segundo lugar, porque aunque la breve Nueva Política Económica (NPE) de los años veinte logró restaurar unos niveles nacionales mínimos de viabilidad política y física (biológica), se quedó corta a la hora de preparar al país para enfrentarse a los desafíos internos y especialmente externos que se dibujaban en el horizonte. El inicio repentino de los planes quinquenales (*piatiletki*) fue el desencadenante de una serie de episodios sorprendentes e imprevistos, el primero de los cuales fue el «gran impulso» estalinista, con la recesión económica sufrida por Estados Unidos y Europa como telón de fondo, y que se detuvo al llegar a las fronteras de la Unión Soviética. El segundo fueron los levantamientos internos que se produjeron a raíz de esta nueva política. Aquel proyecto nacional sin precedentes, dictado y llevado a puerto por una elite decidida y un líder supremo implacable, un esfuerzo que descansaba principalmente en el aparato coercitivo del Estado, impulsó un sinfín de cambios que afectaron a todos los ámbitos y cuyos efectos repercutieron ostensiblemente en el propio régimen, tanto que de ahí nació un nuevo sistema estatal *sui generis* que, cuando menos en esas fases iniciales, simbolizaba, y no sólo a los ojos de algunos actores sino también a los de los observadores internacionales, el afán por alcanzar una forma más elevada de justicia social. Otros, especialmente unos años más tarde, lo consideraron como una nueva forma de sumisión al Estado.

Es legítimo preguntarse por los motivos que, durante ese período, hicieron posible que un mismo sistema concitara opiniones encontradas. Con todo, hay algo que es innegable: el país atravesaba una fase de cambios vertiginosos. Un (hipotético) funcionario del Partido o del gobierno que por alguna razón u otra hubiera desempeñado labores en el extranjero durante los primeros años del plan se habría quedado de piedra a su regreso al comprobar los

sensacionales cambios que se habían operado en el ínterin. Mucho más si cabe que un ruso blanco que hubiera vuelto a su país en los años veinte (un fenómeno que se produjo) y que comparara la Rusia de la NPE con la Rusia zarista. Por exasperado que estuviera ante las novedades introducidas por el régimen, este último aún podía ver a su alrededor a la «Madre Rusia» que había conocido, y es posible que se hubiera sentido, incluso, tranquilizado. El funcionario soviético de regreso a Moscú en los años treinta, por su parte, no se habría encontrado con una sola de las instituciones de la década anterior. La prensa, los funcionarios encargados de supervisar la NPE, las tiendas, el sistema de abastos, los debates políticos, la mayor parte de la vida cultural... Todo se había esfumado. La transformación había afectado a la fábrica, al ritmo cotidiano, a los eslóganes y, analizado con detenimiento, también, al propio Partido. La vida política y las medidas adoptadas eran diferentes y firmes. La imagen de Stalin y las proclamas que alababan al líder cubrían por igual los muros de las ciudades y las plazas de los pueblos. Retrato en un primer momento junto a Lenin, su efigie no tardó en aparecer en solitario. Pero el sentido de todos estos cambios en la iconografía todavía no era del todo evidente.

Este sistema estatal no tardó en ser bautizado como «estalinismo», y estaba manifiesta e inequívocamente controlado por el hombre situado en la cúspide de la pirámide. No quiere decir esto que debemos asignar únicamente al líder las características del sistema. En muchos aspectos, superaron las maneras del jerarca a la hora de conducir la situación, y así lo demuestran los profundos cambios en la manera de gobernar tras la muerte de Stalin. No obstante, también es cierto lo contrario: muchas características básicas siguieron vigentes. Uno de los problemas fundamentales a la hora de comprender la historia del país radica en determinar qué cambió en realidad y qué se mantuvo en pie, una cuestión que enfrenta, asimismo, al historiador a un dilema recurrente, enmarcado en el ámbito de la filosofía de la historia: ¿hasta dónde llega la responsabilidad de un líder individual? ¿Es un actor independiente, es decir, un factor autónomo? De ser así, nos basta con una biografía. ¿Es, por el contrario, un producto de las circunstancias y de las condiciones históricas, de las tradiciones del país, del potencial y de las limitaciones nacionales? En ese caso, precisamos de un ensayo histórico.

Los años treinta no son una etapa fácil para los historiadores, tanto si estudian factores personales como objetivos. Como ya se ha dicho, hay una cantidad suficiente de elementos contradictorios en ese período para que haya quien los retrate como una época llena de glamour, y para que otros la vean

simplemente como un calvario. En muchas autobiografías podemos apreciar que sus autores oscilan entre ambos extremos. Que tanta gente, simultánea o posteriormente, se negara a creer que Stalin era la imagen de la mente criminal de un régimen basado en el terror puede guardar mucha relación con aquellos aspectos de su política que estuvieron, indudablemente, al servicio de los intereses del país. Muchos observadores rusos y no rusos coinciden en que la victoria de la URSS en la segunda guerra mundial fue una gesta que salvó al país y que tuvo un impacto internacional considerable, y que ni el zarismo, ni cualquier otro régimen similar habrían podido lograrla. Por otro lado, también la ignorancia, fruto del carácter reservado del Estado estalinista, desempeñó un cierto papel en la propagación eficaz de la imagen del «gran Stalin» tal y como la imponía el aparato.

Un enfoque académico no puede pasar por alto estos «extremos», aun cuando no sea su propósito oscilar entre nociones deterministas como «No había otra alternativa» y «Stalin era inevitable», o entre posturas encontradas que ponen el acento en la dimensión fortuita, ilegal y arbitraria del fenómeno estalinista. Es preferible, sin embargo, concentrarse en el curso real de la historia, analizando el contexto, a saber, la interrelación de los factores relevantes que dieron lugar a la consolidación de un régimen que abandonó las reglas básicas del juego político, unas reglas que, sin lugar a dudas, seguían vigentes en los primeros años de la NPE. El estalinismo fue, precisamente, la otra cara de la moneda de un sistema unipartidista que había perdido el control de la vertiente política. Nada cambia que el aparato siguiera ostentando muchas funciones fundamentales del Estado. Se trata, más bien, de un incentivo para seguir estudiando cómo permanecieron en pie una serie de factores. El poder arbitrario de Stalin jamás fue inmune a los acontecimientos, a todo cuanto progresaba o se empantanaba lentamente en el país, alrededor de su persona y, en última instancia, en su persona.

El período comprendido entre 1928 y 1939 sobresale porque condensa los problemas pasados y futuros del sistema soviético. Es fundamental aprehender el sistema estalinista. No queremos decir con ello, sin embargo, que suscribamos el cliché extendido que reza que no queda nada por estudiar. Por más que ya lo hayamos repetido hasta la saciedad, conviene recordar las muchas diferencias existentes entre el sistema estalinista, la NPE y el sistema postestalinista, aun cuando los tres períodos tuvieran mucho en común. El estudio de la década de los años treinta debería servir para arrojar luz sobre este aspecto, así como sobre otros problemas que forman parte de la imbricada historia de Rusia.

Llegados a este punto, estamos en disposición de desvelar uno de los logros de este trabajo: por más que la historia ha dado una imagen profundamente disfuncional del régimen estalinista, también se encargó de preparar el terreno y de formar a los actores que permitirían escribir el siguiente capítulo en la historia soviética.

STALIN SABE LO QUE QUIERE... Y LO ESTÁ CONSIGUIENDO

Stalin murió hace unos cincuenta años. En este tiempo, han salido a la luz nuevas fuentes y se están preparando obras extraordinarias sobre el personaje. No obstante, y a pesar de todo el caudal de información, sigue siendo complicado hacerse una idea atinada de él en tanto los informes y las declaraciones de testigos de primera mano nos ofrecen imágenes e instantáneas contradictorias. Los hay que presentan a un líder práctico, bien informado, a menudo educado e incluso benevolente; en otras palabras, Stalin era un estadista sensato. Otros lo retratan como un estratega frío y manipulador. Otros, por su parte, lo describen como un personaje obsesionado con el poder, que no confiaba en nada ni en nadie, un monstruo iracundo y vengativo que apenas podía contener sus estallidos de furia; o, peor aún, un loco caprichoso convencido de que las masacres que cometió fueron su mayor aportación política. ¿Era Stalin un histrión en el gran teatro del mundo o un dirigente hábil? Muchos consideran que no era sino una figura patética que lo echó todo a perder. ¿Tenía talento, genio incluso, por perverso que fuera? ¿O era un personaje de una mediocridad vulgar y malvada?

Esta imagen caleidoscópica se complica más si cabe en tanto los observadores que se han pronunciado sobre el particular en unas circunstancias determinadas han modificado sus opiniones al poder estudiar al mismo hombre en diferentes entornos.

Tales opiniones radicalmente opuestas, que reflejan en ocasiones la realidad y la naturaleza de Stalin, son desconcertantes. Sin embargo, comoquiera que nos las vemos con una figura conocida por calcular hasta el último detalle sus apariciones, no sería ilógico concluir que Stalin era Stalin en todas las caras de este poliedro que vieron proyectado ante sí los observadores. Sea como fuere, no podemos pasar por alto lo obvio: el

fenómeno tuvo un principio y un fin, dictado no sólo por el hecho banal de la muerte, sino también porque la aberración del sistema que sufrió la URSS bajo el dominio de Stalin tenía sus límites naturales. Esto nos obliga a reubicar a Stalin en el momento histórico en el que surgió, en la historia a la que contribuyó y de la que se esfumó tras fallecer de muerte natural. Este camino, tortuoso, sangriento, intensamente dramático y profundamente personal, fue también uno de los componentes de dicho contexto histórico: fue también, dicho con otras palabras, un producto impersonal. Iluminaremos en esta parte algunos de estos aspectos; otros quedarán para la tercera.

Conviene empezar preguntándonos por lo que, habitualmente, se considera indiscutible. Stalin era miembro del partido bolchevique, un leninista más en el seno de la cúpula. O eso parecía. Perteneció a los círculos de poder, fue miembro del Comité Central y, más tarde, del Politburó. Estuvo al servicio de Lenin, fundamentalmente durante la guerra civil, en diferentes misiones especiales. Y aun así, Stalin era, intelectual y políticamente, diferente de la mayoría de las figuras históricas del movimiento bolchevique. El resto de líderes bolcheviques eran, en su mayoría, analistas políticos, buenos conocedores de Occidente porque habían vivido ahí. Más «europeos», más fáciles de «descifrar», les interesaban las cuestiones teóricas y su capacidad intelectual era superior a la de Stalin, un personaje menos formado y con una escasa experiencia en lo referente al mundo exterior, capaz sin embargo de llevar la voz cantante en una discusión o de presentar un argumento aunque no fuera un orador. Un tipo reservado, de un egoísmo extraordinario, cauto y maquinador. Tan sólo, y ni siquiera así, su propio sentido de grandeza, que sus allegados tenían que admitir una y otra vez, podía saciar un ego tan a flor de piel.

Stalin veía la obtención del poder personal como la manera más segura de obligar a otros a doblegarse ante él. A pesar de su alto rango (ingresó en el Politburó en 1919, el año de su creación), no sólo Lenin y Trotski, los dos líderes de más envergadura, lo eclipsaron, sino también una pléyade de tipos que no eran conscientes, y tampoco se lo podían imaginar, de que un día acabarían cediendo ante él. Stalin compensó esta relativa inferioridad poniendo en marcha sus propias fantasías de grandeza y arrogándose un papel mucho más importante del que realmente desempeñaba, y lo hizo rodeándose de un grupo de acólitos y sicofantes insignificantes, como Voroshilov o Budenni, el capaz pero ordinario Ordzhonikidze, el hábil y jovencísimo Mikoyan y, algo más tarde, Molotov, que sería, posiblemente sin darse cuenta

en un primer momento, el principal apoyo del dictador en el futuro, y el sumo sacerdote del culto a la personalidad.

Estos rasgos característicos de una personalidad sumamente autoritaria se manifestaron abiertamente durante la guerra civil, un episodio que tuvo un gran peso a la hora de consolidar la visión que Stalin tenía del nuevo Estado que habría de surgir de la contienda y de cómo había que gobernarlo. También había en dichas ideas una cierta urgencia psicológica por engrandecer la propia imagen. En pocas palabras, resulta sorprendente la diferencia entre su personalidad y lo que sabemos del resto de miembros de la «vieja guardia», incluido Lenin. El mundo de Stalin respondía, inicialmente, a las tradiciones de su región nativa, el Cáucaso, y, posteriormente, a sus conocimientos sobre la Rusia popular más profunda. En cambio, el impacto que tuvieron en él la Segunda y la Tercera internacionales fue mínimo, cuando no inexistente. De ahí que sea lógico que él y su círculo más íntimo salieran de la guerra civil con un punto de vista sobre lo que había que hacer con Rusia muy diferente al de Lenin, Trotski, Kamenev y su grupo, tanto en la concepción del socialismo de unos y otros como en qué gobierno debía regir el país. Coexistieron, por lo tanto, en lo que se dio en llamar «bolchevismo» dos universos políticos y culturales diametralmente opuestos, una coexistencia que se prolongó mientras todos compartieron el mismo objetivo. En cuanto el régimen derrotó a los blancos, las dos líneas divergentes salieron a la superficie y chocaron entre sí: una tenía el propósito de dotar a Rusia de un Estado que defendiera los intereses de la mayoría de la población; la otra basaba su estrategia en el propio Estado, una postura con la que muchos, entre quienes también se encontraban los veteranos de la guerra civil, comulgaban.

En esa etapa no había más alternativa que la dictadura. Con la guerra civil, el término había dejado de designar inequívocamente una única realidad, pero éste no es, ni mucho menos, el caso: los regímenes dictatoriales pueden revestir mil y una formas, como sucede con cualquier otro régimen político, incluida la democracia, que a menudo fluctúa demasiado, y en ocasiones demasiado peligrosamente, entre sus variantes autoritaria, liberal y socialdemócrata. Con el regreso de la paz, y admitido que la tarea era construir un Estado en tiempos de paz, se plantearon dos modelos antagónicos, cuyas diferencias tenían que ver con la representación de Rusia, el tipo de Estado necesario para que el poder pudiera ocuparse del problema de las nacionalidades, la cooperación, el campesinado, la estructura del Partido, las estrategias de desarrollo y la transformación social que se deseaba conseguir. Y fue así como, en las filas de lo que supuestamente era un mismo

partido, surgieron dos grupos políticos opuestos. Como es de esperar, el que resultó vencedor conservó durante un tiempo el viejo nombre. Pero ya sabemos cómo acabó... y a qué velocidad.

Comoquiera que Stalin mantuvo en secreto sus principales metas, otros líderes del Partido no pudieron desbaratar sus planes. Sin embargo, se dieron cuenta demasiado tarde de la trampa que se habían tendido a sí mismos. El propio Lenin estuvo fuera de juego durante un tiempo. Cuando acabó por descifrar con quién se las veía, ya no pudo poner remedio a la situación. La ascensión de Stalin se vio espoleada, en gran medida, por la gravedad de la enfermedad que afectó a Lenin a partir de 1920. El político, que se sometió a un largo tratamiento, acompañado o no de medicación, tuvo que abandonar la actividad política, sobre todo durante buena parte de 1922 y unos meses de 1923. No obstante, como ya hemos indicado, el problema iba más allá de «descifrar» la personalidad de Stalin, pues de él manaba toda una visión de la línea política que había que adoptar en el futuro y que, aunque implícita en su comportamiento político, aún no había sido formulada de una manera explícita. En esos años, durante el «último combate de Lenin», volvieron a plantearse de un modo muy claro dos programas alternativos, como lo prueba claramente, aunque no es el único documento que da fe de ello, el denominado «testamento». La postura de Stalin quedó al descubierto a la hora de presentar el proyecto sobre la forma constitucional que debía adoptar la URSS, debatido y aprobado en 1922-1923 bajo su mandato (había sido nombrado secretario general en 1922). En los documentos que versan sobre la construcción de la URSS encontramos el material más revelador acerca de los conflictos entre Lenin y Stalin, aun cuando la polémica no se detuvo ahí y pasó del problema de las nacionalidades en el Estado soviético a otros ámbitos, hasta afectar prácticamente a todas las parcelas del sistema: ideología, los papeles respectivos del Estado y del Partido, la política económica y, sobre todo, la cuestión fundamental de las políticas agrarias^[1].

El material que ha salido a la luz tras la perestroika nos permite apreciar no sólo el calado de las diferencias, sino también la enconada hostilidad personal que había surgido entre Lenin y la figura que él mismo había elegido para el cargo de secretario general, un puesto que, por aquel entonces, carecía de la importancia que acabaría cobrando. La hostilidad de Stalin hacia Lenin y la creciente irritación de Lenin para con Stalin, una distancia personal e ideológica que fue aumentando con el paso del tiempo y de la que tan sólo estaban al corriente algunos allegados, queda ejemplificada, o más bien se puede intuir, en una carta de Stalin a Lenin, escrita en el año 1921 y

desconocida hasta la fecha^[2]. La misiva, que hace referencia al aparato del Partido, a Krupskaya, la esposa de Lenin, y al Politburó, nos muestra de una manera poco habitual el funcionamiento de la mentalidad política de Stalin; del texto se desprende que los problemas nacen de una queja de Krupskaya a Lenin (mantenía a su marido enfermo al corriente de muchas cuestiones): Stalin había creado un gran departamento de agitación y propaganda dentro del Partido que «tiene toda la pinta de ser, de hecho, un nuevo comisariado», prácticamente con las mismas atribuciones y objetivos que el departamento de Educación Política que ella dirigía en el Comisariado de Educación, de manera que suponía una carga de profundidad contra éste. Después de una lectura atenta del memorando, Lenin lo trasladó a Stalin acompañado de sus observaciones, rogándole que se desentendiera de la *agitprop*. La respuesta de Stalin fue la típica de un *kinto*, palabra georgiana que designa a un chico de la calle, el apodo que Stalin había recibido en su juventud. Se comportó como un liante insolente y de poca monta, aprovechándose del hecho de que el estado de salud de su interlocutor no era el óptimo. Negó las cifras que Krupskaya había dado al respecto del número de funcionarios que había reclutado para el departamento, afirmó que le habían obligado a ponerse al frente del mismo y se negaba ahora a abandonarlo porque, como «explicó» a Lenin, al líder le interesaba que él se mantuviera al mando porque, de lo contrario, «Trotski concluirá que Lenin actúa de este modo por la influencia de Krupskaya». Stalin, en resumen, se negó a hincar la rodilla.

La artimaña empleada es evidente. No se trataba, por supuesto, de lo que diría Trotski. La carta era la manera que tenía Stalin de decirle a Lenin que sabía que la historia procedía de Krupskaya y de darle a entender que, en su pugna con el formidable Trotski, enfrentado a Lenin en aquella época a propósito de diversas cuestiones, este último, debilitado por la enfermedad, no tendría de su lado a la mayoría del Politburó a menos que contara con la ayuda de Stalin.

No fue esta la única refriega más o menos abierta que se produjo en 1921. Con el propósito de contener la respuesta de Lenin, Stalin jugó la carta de Trotski en un período dominado por una disputa de lo más estéril entre una minoría trotskista y la mayoría leninista en el Politburó sobre el papel de los sindicatos. Trotski, que ese mismo año había sufrido un revés al proponer un cambio de rumbo en la forma que debía revestir un sistema semejante a la NPE, no veía más alternativa para enderezar la ruinosa situación económica que insistir en unos métodos cuasimilitares para movilizar a la mano de obra. Lenin, por su parte, no contemplaba aún la posibilidad de cambiar la política

económica, y quería conceder una mayor autonomía a los sindicatos, organizaciones con implantación entre la clase obrera. Ambos bandos hicieron y deshicieron para lograr el apoyo de la mayoría de los delegados con vistas al XI Congreso del Partido. Como narra Mikoyan en su autobiografía *Tak Bylo* («Así sucedió»), aunque Lenin participó en algunas de las reuniones organizadas para perfeccionar la estrategia para contrarrestar el avance de Trotski, fue Stalin quien condujo toda la operación.

Stalin consideraba que ir del brazo de Lenin contra Trotski, su bestia negra, era la mejor manera de manipularlo, el mismo fin que lo guió en el «asunto Krupskaya». No obstante, es posible que estas maquinaciones, y el rencor que Stalin sentía por Lenin, fueran anteriores, de los tiempos de la guerra civil, si bien habían pasado inadvertidas dada la necesidad de las acciones militares y porque el principal objetivo de las intrigas de Stalin por aquel entonces era Trotski. La falta total de respeto de Stalin hacia Lenin, que acabaría tornándose en odio, fue una consecuencia indirecta —y quiero insistir en este aspecto— de su rencor obsesivo hacia Trotski, un obstáculo en la imagen que Stalin tenía de sí mismo como gran estratega militar y estadista. Objeto de muchos epítetos despectivos (y, a menudo, impublicables) que le dedicaron Stalin y sus seguidores, Trotski fue el creador del Ejército Rojo, comisario del pueblo para la guerra y colíder de la revolución de 1917; nada que ver con la imagen que de él propagaba Stalin. Pero lo que más enojaba a Stalin era que el nombre de Trotski estuviera vinculado al de Lenin, algo de lo que este último jamás renegó en público. Las intrigas constantes y el hostigamiento a que Stalin y sus acólitos sometieron a Lenin con el propósito de despojar a Trotski de su cargo militar y expulsarlo de la cúpula dirigente sin más, una historia con la que están plenamente familiarizados los biógrafos de Lenin y Stalin, dan fe de esta interpretación de la actitud de Stalin.

Salvo por algunos momentos de duda, este «asedio» a Lenin no salió adelante. Lenin tenía confianza en Trotski y en su prestigio, había colaborado estrechamente con él, y no sólo en asuntos militares, y mantenía un contacto diario y sincero con la mano derecha de Trotski en el Consejo Revolucionario Militar y en el Comisariado de Defensa, Yefraim Sklianski, un personaje que hizo el papel de intermediario de confianza entre ambos hombres. Diversos documentos de los años de la guerra civil revelan la enorme importancia de este último en la actividad cotidiana de la cúpula. Con todo, poco se sabe de él, o de las circunstancias que rodearon su fallecimiento, ahogado mientras navegaba por un río en 1925.

Esta estrecha red de relaciones iba a alimentar la profunda hostilidad que Stalin sentía por Lenin, pero no emergió hasta los últimos días de la vida del segundo, cuando Stalin ya había asumido casi por completo el mando. Una ofensiva frontal contra un Lenin sano no se habría correspondido con el carácter calculador y cauto de Stalin, pero las cosas cambiaron con la enfermedad de Lenin, de cuyos detalles Stalin estaba plenamente al corriente. Como secretario general, recibió el encargo del Comité Central de supervisar el tratamiento médico de Lenin, lo que le permitió espiar abiertamente al enfermo. Es posible que Fotieva, la secretaria de Lenin, informara a Stalin de cualquier documento que su superior le dictaba, a pesar de que había órdenes para que permanecieran en secreto. No cuesta imaginar la reacción de Stalin cuando supo que Lenin quería destituirlo de su cargo y, tal vez, acabar asimismo con su carrera política. Si Fotieva no se lo había comunicado ya a Stalin, éste lo supo al mismo tiempo que el Politburó, a partir del texto que Lenin les trasladó en vísperas del XII Congreso del Partido. Lenin solicitaba la destitución de Stalin y explicaba los motivos. Sin embargo, fue entonces cuando Lenin quedó totalmente incapacitado y ya no se le pudo consultar nada más. Sólo el Politburó conocía la petición de Lenin; no fue hasta treinta y tres años más tarde cuando Jrushchov dio a conocer el texto al pueblo soviético.

El debate sobre el papel de las nacionalidades en la incipiente URSS, que se desarrolló en los escaños y en los pasillos de los centros de poder, permiten hacerse una idea de la profundidad de los desacuerdos acerca del modelo que debía adoptar el futuro Estado. Estas diferencias de opinión provocaron la reacción rotunda de Lenin que, a pesar de estar gravemente enfermo, logró formular, sorprendentemente, sus propias ideas con una claridad meridiana.

La concepción que Stalin tenía del futuro Estado soviético derivaba en gran medida de su experiencia inmediatamente posterior a la revolución, cuando estuvo al frente de las nacionalidades. Su primer cargo en el gobierno después de 1917 fue el de comisario de las Nacionalidades, y el primer libro que publicó, escrito antes de la revolución a petición de Lenin y con la ayuda editorial de Bujarin, se ocupaba de la «cuestión nacional». Posiblemente a raíz de reflexionar sobre unos problemas tan complicados y conflictivos se convenció de que las diferentes nacionalidades, difíciles de controlar y hostiles, podían echar por la borda en cualquier momento el trabajo del gobierno central.

La última declaración de Lenin a este respecto fue un manifiesto con el análisis más rotundo y claro publicado con posterioridad a la guerra civil. Para Lenin, Stalin deseaba dar una cierta «autonomía» a las nacionalidades no rusas, es decir, que se integrarían en Rusia —o, como se llamaba por aquel entonces, en la Federación Rusa (RSFSR)— o, en otras palabras, que se convertirían en unidades administrativas subordinadas a Rusia. El debate acerca de este proyecto, así como sobre otras propuestas referidas a la forma que debía adoptar el futuro Estado, fue acalorado, y en su epicentro estuvieron, precisamente, las diferencias de opinión entre Lenin y Stalin a este respecto, unas diferencias que tendrían unas consecuencias nada desdeñables para el futuro del sistema. Precisamente por eso se trata de una historia digna de ser contada.

«AUTONOMIZACIÓN VERSUS FEDERACIÓN»
(1922-1923)

Los editores rusos de la colección que hemos usado como fuente principal en este punto^[1] escriben, en la introducción, que las ideas de Lenin sobre el lugar y el papel que debían desempeñar las nacionalidades en el Estado sufrió una transformación radical. El líder pasó de creer en firme en las virtudes del centralismo al «reconocimiento de la inevitabilidad del federalismo». Desde siempre, Lenin había sostenido que las características nacionales debían integrarse en un Estado unitario, pero con el tiempo se mostró partidario de la creación de estados a partir de criterios étnicos, lo que acabaría por trenzar, por esa razón, relaciones contractuales entre ellos. Del rechazo rotundo a una autonomía cultural, pasó a aceptar los aspectos territoriales y extraterritoriales de dicha autonomía. Las opiniones de Trotski, de Rakovski, de Mdivani, de Skrypnik, de Majaradze o de Sultan-Galiev, así como las de muchos otros personajes cercanos a Lenin, siguieron un curso similar sin que ninguno influyera en la decisión del resto (a excepción de Lenin, ninguno moriría de causas naturales).

Stalin era un partidario acérrimo de lo que sus opositores denominaban «unitarismo». Su informe sobre los problemas del federalismo, presentado ni más ni menos que en enero de 1918 ante el Congreso Soviético de Rusia, era una defensa acérrima de su doctrina. Posteriormente, en una nota a Lenin del 12 de junio de 1920 que no figura en las *Obras completas*, escribió: «Nuestro modelo soviético de federación es el camino idóneo hacia el internacionalismo para los pueblos de la Rusia zarista ... Estas nacionalidades jamás dispusieron de sus propios estados, y si los tuvieron, desaparecieron tiempo atrás. Es por eso por lo que aceptan el modelo soviético (centralizado) de federación sin que haya ninguna fricción digna de mención». En más de una ocasión entre 1918 y 1920, Stalin insistió en el carácter centralizado de la

Federación Soviética, la heredera directa de la federación zarista «única e indivisible», e integrada por las «autonomías» de Polonia, Finlandia, Ucrania, Crimea, Turquestán, Kirgizia, Siberia y el Transcáucaso, aunque no descartaba que, en el futuro, se erigieran en entidades independientes. Stalin enfatizó, sin embargo, que «la autonomía no significa independencia y no supone la secesión». El poder central debía seguir sosteniendo las riendas de todas las funciones principales. Según los editores de la colección en que nos basamos, Stalin consideraba que conceder la autonomía no era sino un mecanismo administrativo más con vistas a un «unitarismo socialista», un argumento que expresaba la noción rusa de un «superestado» (*derzhava*, un término que emplearemos con frecuencia), el producto de una expansión cimentada en el papel mesiánico de Rusia. Según esta concepción, anexionar otras naciones estaba al servicio del progreso. Podríamos añadir que los editores rusos tal vez no se hayan dado cuenta de que dicho mesianismo no es ajeno a otros imperialismos, aunque la novedad de este caso radicaba en la importancia que Stalin concedía a la dimensión «suprarrusa» (*sverjruskost'*) de una política imperial propia que cuestionaba las concepciones de Lenin, presentadas por Stalin como una desviación nacionalista perjudicial para los intereses del Estado soviético.

El 10 de agosto de 1922, el Politburó decidió crear una comisión que habría de examinar las relaciones entre la Federación Rusa y el resto de repúblicas, que gozaban por aquel entonces del estatuto de estados independientes. Stalin, el experto en nacionalidades desde antes de la revolución y que ese mismo año había sido nombrado secretario general del Partido, se declaró preparado para presentar su plan al día siguiente. Los cinco estados soviéticos independientes, unidos entre sí por una suerte de acuerdo contractual, eran Ucrania, Bielorrusia y los tres estados transcaucásicos: Georgia, Armenia y Azerbaiyán. Stalin les ofrecía la «autonomización», es decir, que las repúblicas pasarían a formar parte *de facto* de la Federación Rusa. El estatuto de las zonas restantes —Bujara, Jorezm y la República del Lejano Oriente— seguía todavía en el aire. El gobierno rubricaría tratados con estos países en materia aduanera, de comercio exterior, asuntos exteriores y de defensa, entre otros. Los órganos de gobierno de la Federación Rusa, el Comité Central Ejecutivo, el Consejo de Comisarios y el Consejo de Trabajo y Defensa, absorberían formalmente a las instituciones del soviet central de las repúblicas incorporadas, y sus comisarios de asuntos exteriores, comercio exterior, defensa, ferrocarriles, finanzas y comunicaciones se fusionarían con los de Rusia. Las áreas

restantes —justicia, educación, interior, agricultura e inspección estatal— continuarían adscritas a sus respectivas jurisdicciones. Por último, y como es lógico, la policía política local se fusionaría con la GPU rusa.

Stalin comentó que había que mantener en secreto estas propuestas durante algún tiempo más y que había que someterlas a debate en los comités centrales nacionales de los partidos antes de que los soviets de las repúblicas, sus comités ejecutivos o los congresos de los soviets, les dieran fuerza de ley. El principio de «independencia», que cuando menos para Stalin era poco menos que «palabrería», desaparecería de la manera más directa imaginable, pues las repúblicas estaban abocadas a convertirse en simples unidades administrativas de un Estado ruso centralizado.

Estas medidas no tardaron en desencadenar una oleada de protestas. El 15 de septiembre de 1922, el Comité Central georgiano rechazó la «autonomización» al considerarla «prematura». Ordzhonikidze, Kirov, Kajiani y Gogoberidze, los hombres de Stalin en el «Comité del Partido Transcaucásico», un órgano impuesto por Moscú para controlar a las tres repúblicas y con el que topaban constantemente las cúpulas de los partidos nacionales, votaron en contra de esta decisión. El 1 de septiembre de 1922, Majaradze, una de las principales figuras comunistas de Georgia, se quejó a Lenin en estos términos: «Vivimos sumidos en la confusión y el caos». Escudándose en la disciplina de partido, el Comité Transcaucásico imponía al Partido georgiano toda suerte de decisiones que socavaban la independencia del país. «Georgia no es Azerbaiyán ni Turquestán», puntualizó.

En una carta a Lenin del 22 de septiembre de 1922, Stalin también se lamentaba del «caos total» en las relaciones entre el centro y la periferia, y de los conflictos y las quejas que este caos comportaba. Sin embargo, toda la culpa recaía en la otra parte. Stalin se ensañó con las pequeñas repúblicas, que «jugaban al juego de la independencia». A su entender, «la economía nacional federal unificada va camino de convertirse en una ficción», y planteaba las siguientes alternativas: o bien la independencia total, en cuyo caso la capital debía retirarse y desentenderse de los asuntos de las repúblicas, dejando que fueran ellas quienes gestionaran el ferrocarril y se ocuparan del comercio y de los asuntos exteriores —de ser así, los problemas comunes obligarían a llevar a cabo negociaciones constantes *inter pares*, pero las decisiones de los órganos supremos de la Federación Rusa no serían vinculantes—, o bien se debía apostar por una unificación real en una única célula económica, de manera que el resto de repúblicas tendrían que acatar las decisiones de las

instancias supremas de la Federación Rusa. En otras palabras, se sustituiría una independencia imaginaria por una autonomía interna real para las repúblicas en el terreno de la lengua, la cultura, la justicia, los asuntos de interior y la agricultura. Como Stalin afirmó ante sus colegas:

En cuatro años de guerra civil, nos vimos obligados a mostrar un cierto liberalismo para con las repúblicas. De resultas de ello, contribuimos a la aparición en su seno de una línea dura de «social-independentistas», que consideran que las decisiones del Comité Central son las decisiones de Moscú. O las transformamos en «autonomías», o la unidad de las repúblicas soviéticas será una causa perdida. Y ahora nos preocupa saber cómo debemos actuar para no ofender a estas nacionalidades. Si seguimos así, en un año estaremos a las puertas de la ruptura del Partido.

En su texto, Stalin reiteraba las líneas principales de su proyecto de «autonomización». Pero no previó la reacción de Lenin.

Lo menos que podemos afirmar es que Lenin no estaba satisfecho con el informe de Stalin, y que anticipaba los problemas que éste acarrearía. En una nota a Kamenev del 26 de septiembre de 1922, le rogaba que examinara las propuestas para la integración de las repúblicas en la Federación Rusa. Ya había hablado de dicha cuestión con Sokolnikov, esperaba mantener una reunión con Stalin y al día siguiente se vería con Mdivani, el líder georgiano acusado por los partidarios de Stalin de «independentismo» (*nezavisimstvo*). En su opinión, añadió, «Stalin tiende a precipitar los acontecimientos», y sería preciso hacer algunas enmiendas. Lenin ya le había enviado algunas a Stalin, y éste había aceptado la primera y principal de todas: sustituir el enunciado «unirse a la Federación Rusa» por el que Lenin proponía, «una unificación formal con la Federación Rusa en una Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de Europa y Asia». Y Lenin prosiguió: «no debemos acabar con su independencia; debemos estrechar los lazos, crear una federación de repúblicas independientes que disfruten de los mismos derechos». Lenin deseaba discutir algunas enmiendas más con Stalin y reunirse con el resto de líderes. Hasta el momento, sólo había propuesto enmiendas preliminares, pero los miembros del Politburó recibirían varias más. Esta nota era, simplemente, un primer esbozo: después de abordar la cuestión con Mdivani y el resto de jerarcas, propondría más cambios. Sin embargo, deseaba que todos los miembros del Politburó recibieran el texto tal y como estaba.

Stalin reaccionó airadamente a las propuestas de Lenin. En una nota enviada a los miembros del Politburó el 27 de septiembre de 1922, se mostraba de acuerdo con los cambios sugeridos por Lenin para el primer párrafo —no le quedaba otra alternativa—, pero rechazaba el resto, tachándolos insidiosamente de «prematurados», «absurdos» o «infundados». Buscaba la manera de volver la acusación de precipitación contra Lenin —«su ansia puede propiciar que los independentistas se envalentonen»— y demostrar el error que representaba su «liberalismo nacional». El argumento, sin embargo, no es muy coherente. Stalin estaba furioso porque tenía que dar marcha atrás a su proyecto de «autonomización». Incapaz de contenerse, quería recobrar la iniciativa denunciando una «desviación» («liberalismo nacional») que pudiera reunir a sus partidarios en contra de Lenin. A Stalin le costaba convivir con la derrota, pero lo cierto es que el fracaso estaba a la vuelta de la esquina.

En un intercambio de notas entre Kamenev y Stalin durante una reunión del Politburó el 28 de septiembre de 1922, Kamenev le comunicó que Lenin había «decidido declarar la guerra en la cuestión de la independencia» y que le había solicitado que «fuera a Tbilisi para reunirse con los líderes ultrajados por los seguidores de Stalin». Ésta fue la respuesta de Stalin: «Deberíamos ser duros con Ilitch [Lenin]. Si un puñado de mencheviques georgianos pueden influir en los comunistas georgianos, que a su vez pueden influir en Lenin, ¿qué pinta en todo esto la “independencia”?». Sin embargo, Kamenev le previno: «Creo que si V. I. [Lenin] persiste, *enfrentarse a él* [la cursiva es de Kamenev] no haría sino empeorar la situación».

¿Qué buscaba Kamenev? ¿Acaso no jugaba a dos barajas, obedeciendo por un lado las órdenes de Lenin e informando de ellas a Stalin? ¿O, por el contrario, tenía la intuición de que los días de Lenin estaban contados?

Stalin respondió así a la última nota: «No lo sé. Deja que actúe como lo crea conveniente». Stalin era todo un maestro en este tipo de prácticas, y sabía disfrazar su retirada de la mejor manera posible. Escribió a todos los miembros del Politburó para informarles de que él y su comité de relaciones con las repúblicas estaban preparando «una versión abreviada y más concreta» que presentarían al Politburó. Sin embargo, el autor del texto revisado era Lenin: todas las repúblicas, incluida Rusia, se unían para formar una Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, aunque conservaban el derecho a desligarse de ella. El máximo órgano del Estado sería el «Comité Ejecutivo de la Unión», donde estarían representadas todas las repúblicas de

una manera proporcional a su población. El Comité designaría a un Consejo de Comisarios de la Unión.

Comoquiera que lo que aquí nos interesa son los tejemanejes de Stalin, no nos entretendremos con los detalles de la constitución del gobierno. Obligado a abandonar su proyecto de autonomía, Stalin no renunció sin embargo a lograr su objetivo aunque por otros medios, manipulando el lenguaje que definía las prerrogativas de los futuros comisariados (los ministerios) con sede en Moscú para dar al traste con cualquier atisbo de independencia, y obviando las sutilezas constitucionales. Las repúblicas, por su parte, eran perfectamente conscientes de lo que estaba en juego: sin unas garantías constitucionales adecuadas y claramente expuestas, los ministerios con sede en Moscú quedarían de hecho en manos de la Federación Rusa o, en otras palabras, en manos rusas.

A esto se refirió Christian Rakovski, el jefe del gobierno ucraniano, en un largo memorando dirigido a Stalin el 28 de septiembre de 1922 en el que, fundamentalmente, venía a decir: su propuesta habla de repúblicas independientes que se desligan del centro, pero no dice nada de sus derechos en tanto que repúblicas, de sus comités ejecutivos y de sus consejos de comisarios. La nueva política sobre las nacionalidades supondría un golpe para el esfuerzo por reavivar las economías locales, pues disminuiría considerablemente el margen de maniobra de éstas. Carecían de los medios materiales y se veían privadas de los derechos necesarios para desarrollar su riqueza y adquirir todo cuanto precisaban.

Si bien Rakovski valoraba la necesidad de un gobierno federal que estuviera en disposición de actuar, consideraba que la única manera de lograrlo era garantizando los intereses de las repúblicas mediante una formulación clara de los derechos de éstas. Veía en las propuestas de Stalin no tanto un proyecto de federación sino el fin de las repúblicas, un hecho, en su opinión, que no haría sino debilitar interna e internacionalmente a la URSS. Lenin coincidía con esta apreciación, y estaba dispuesto a refutarla. La gota que colmó el vaso fue el denominado «incidente georgiano».

En la lucha que se desató en el Comité Central georgiano para oponerse a la incorporación forzada a la Federación Transcaucásica, el airado representante de Stalin, Ordzhonikidze, abofeteó a uno de los líderes georgianos^[2]. A raíz del incidente, el Comité Central georgiano dimitió en bloque, criticando sin reparos la totalidad del nuevo proyecto para la URSS. Existía el riesgo de que el asunto acabara convirtiéndose en un escándalo

prolongado. En un primer momento, Lenin no acertó a comprender qué había sucedido, pero no tardó en informarse y en descubrir que Stalin había enviado a Dzerzhinski, junto con otros dos no rusos, a investigar el hecho. Los enviados de Stalin se pusieron claramente del lado de Ordzhonikidze. Profundamente molesto por este incidente, Lenin llegó a la conclusión de que, en la cuestión nacional, Stalin y sus partidarios se comportaban como «representantes de una gran potencia dominante» (*velikoderzhavniki*); Lenin empleó esta palabra, aunque es probable que se la hubieran inspirado los georgianos que se mantenían en contacto constante con él. El 6 de octubre de 1922, dirigió una carta a Kamenev que empezaba con un tono un tanto ligero y acababa de un modo brutalmente sincero: «Declaro la guerra al chovinismo de la Gran Rusia: es necesario insistir *rotundamente* en que el Comité Central Ejecutivo de la Unión debe estar presidido, rotatoriamente, por un ruso, un ucraniano, un georgiano... *Rotundamente*».

El texto programático de Lenin sobre la cuestión nacional, dictado el 30 y el 31 de diciembre de 1922, da cuenta de esta nueva percepción del estado del sistema^[3]. Un documento insólito, crítico y autocrítico al mismo tiempo, en el que Lenin entonaba el *mea culpa* ante la clase obrera del país por no haber intervenido con la firmeza suficiente en el «conocido problema de la autonomía», oficialmente denominado el problema de la URSS. La enfermedad se lo había impedido hasta entonces. Su discurso, en términos generales, decía así: la unidad del aparato es un requisito fundamental, pero ¿de qué aparato hablamos? Un aparato heredado del pasado zarista, una mezcla de zarismo y pequeña burguesía chovinista, utilizado tradicionalmente para oprimir al pueblo. Debemos esperar, cuando menos, hasta haber mejorado el aparato, ya que, de lo contrario, el tan pregonado principio del derecho a desligarse de la Unión no será sino un pedazo de papel que no brindará al resto de nacionalidades la menor protección contra el *istinno russkii chelovek, biurokrat, nasil'nik, velikorusskaia shval'*^[*]. Lenin proseguía con su acusación: los defensores del proyecto afirman que la administración, considerada importante para la conservación de las culturas locales y de la manera de pensar, está quedando en manos de las repúblicas. ¿Es realmente así? Y una pregunta más: ¿qué medidas se han tomado para defender a las minorías étnicas (*inorodtsy*) de la presión auténticamente rusa (*ot istinno russkogo derzhimordy*)? La respuesta es: ninguna.

Es importante comprender la vehemencia de la condena que Lenin hace de los rasgos opresivos de la burocracia rusa y de los ultranacionalistas rusos.

Esta opresión se remontaba varios siglos, de ahí la necesidad de disipar la desconfianza de las minorías étnicas que habían sufrido tantas injusticias y que, insistía Lenin, eran especialmente sensibles a cualquier forma de discriminación. Y continuaba: «Por su precipitación y su obsesión por los métodos administrativos, por no hablar de su animosidad hacia el nacionalismo social, Stalin ha desempeñado un papel nefasto. No hay nada peor en política que la animosidad [*ozloblenie*]». Con estas palabras, Lenin ponía el dedo en una llaga que debería haber servido para descartar, ante todo, a Stalin como candidato a cualquier cargo de poder.

¿Qué había que hacer? Lenin respondió afirmando la necesidad de crear una URSS. Todo debía seguir girando alrededor del aparato diplomático, «lo mejor que tenemos». Era preciso garantizar el uso incondicional de las lenguas nacionales; había que castigar a Ordzhonikidze; Stalin y Dzerzhinski eran responsables de esta campaña nacionalista rusa... En un sentido más amplio, había que replantearse todo el proyecto de la URSS, y rediseñado si era preciso, algo que podría hacerse en el próximo Congreso de los Soviets. Que la capital retuviera las funciones diplomáticas y militares, y que el resto rewertieran en las repúblicas. Lenin tranquilizó a los asistentes afirmando que no había motivo alguno para temer una división del poder. Si se ejercía con sensatez y de un modo imparcial, la autoridad del Partido bastaría para lograr la unidad necesaria. Lenin escribió:

Sería inaceptable, ahora que Oriente se despierta, que socaváramos nuestro prestigio acosando y maltratando a nuestras propias minorías nacionales. Debemos criticar el imperialismo extranjero, pero es mucho más importante que entendamos que, si adoptamos una actitud imperialista contra las nacionalidades oprimidas, aun cuando sólo sea en algunos aspectos, estaremos renegando de nuestros principales compromisos.

A estas alturas, era evidente que el ataque de Lenin contra Stalin formaba parte de un ataque hacia lo que veía como una réplica de la ideología imperial granrusa (*velikoderzhavnichestvo*). Y no hay lugar para la duda: Lenin identificaba y atacaba a sus enemigos políticos. Intuía lo que se avecinaba — podríamos hablar de presagios, incluso de inspiración—, porque esa era precisamente la dirección que tomaba Stalin y que, llegado el momento, se convertiría en la línea oficial.

No es extraño, por lo tanto, que, en su «testamento», Lenin dejara claro que había que despojar a Stalin de su cargo en el Partido. Consciente de su debilidad física, Lenin pidió a Trotski, en una nota del 5 de marzo de 1923, que tuviera la bondad de «asumir personalmente la defensa del caso georgiano en el Comité Central». Ese mismo día, en una carta dirigida a los georgianos Mdivani y Majaradze, escribió: «Sigo vuestro caso con todo mi corazón». Sin embargo, su actividad política terminó bruscamente cuatro días más tarde, el 9 de marzo. En ese día funesto, un nuevo ataque de una virulencia extrema lo incapacitó definitivamente. Hasta su muerte, el 21 de enero de 1924, se limitó a escuchar cómo Krupskaya le leía artículos de prensa. No entendía lo que oía pero, incapaz de decir palabra, reaccionaba únicamente por medio de sonidos inarticulados y moviendo los ojos.

Entretanto, como había solicitado, Trotski redactó un contundente memorando el 6 de marzo de 1923 para el Politburó, donde declaraba la necesidad de desestimar decidida e implacablemente las tendencias ultraestatales y criticaba las tesis de Stalin sobre la cuestión nacional. Insistía en que una parte importante de la burocracia central soviética veía la creación de la URSS como una manera de empezar a eliminar todas las entidades políticas nacionales y autónomas (estados, organizaciones, regiones...), y había que luchar contra ello como si de la expresión de una actitud imperialista y antiproletaria se tratara. Debía advertirse al partido de que, bajo el paraguas de los denominados «comisariados unificados», se estaban desatendiendo los intereses económicos y culturales de las repúblicas nacionales.

Al día siguiente, no obstante, en una carta a Kamenev, Trotski adoptó una postura de lo más sorprendente. Escribió: «La decisión de Stalin sobre la cuestión nacional no tiene el menor valor y es preciso dar un giro radical», unas palabras que coincidían plenamente con el mensaje personal que le había transmitido Lenin. Con todo, parece como si Trotski, después de conocer el segundo derrame de Lenin, dudara acerca del siguiente paso que había que dar. De repente dio muestras de una gran magnanimidad y de una actitud conciliadora para con Stalin. Se declaró contrario a la *perestroika* y no quería castigar a nadie:

Soy contrario a la liquidación de Stalin y a la expulsión de Ordzhonikidze. Pero coincido con Lenin en el principio: es preciso cambiar radicalmente la política hacia las nacionalidades, la persecución de los georgianos debe tocar a su fin, así como los

métodos administrativos para presionar al Partido. Debemos dedicar más esfuerzos a la industrialización y debemos alentar el espíritu de colaboración en las altas esferas. Que acaben las intrigas. Necesitamos una colaboración sincera.

¿Acaso Trotski soñaba despierto?

El 7 de marzo de 1923, Kamenev informó a Zinoviev de que Lenin había desautorizado a Ordzhonikidze, Stalin y Dzerzhinski, que se había solidarizado con Mdivani y que había remitido una carta personal a Stalin que ponía fin a las relaciones personales entre ambos a raíz del desdén que este último había mostrado por Krupskaya. Kamenev añadió que Stalin había respondido con una disculpa breve y un tanto agria que a duras penas podía satisfacer al *starik* (anciano). Lenin «no se contentará con un acuerdo pacífico en Georgia, sino que quiere que *se tomen una serie de medidas organizativas en la cúspide*» (la cursiva es de Kamenev). La carta de Kamenev acababa así: «Deberías estar en Moscú».

Mientras tanto, Stalin se había batido en retirada después de que su situación se hubiera complicado. Ordenó a Ordzhonikidze que pusiera el freno en la cuestión de los georgianos y que buscara un acuerdo (7 de marzo de 1923). Ese mismo día, escribió a Trotski aceptando sus enmiendas, que calificaba de «incontrovertibles». Fotieva, la secretaria de Lenin, le había remitido el memorando que Trotski había preparado a propósito de las nacionalidades, y añadió que Lenin, aquejado ya de apoplejía, tenía la intención de que se publicara, aunque aún no le había dado instrucciones formales al respecto. Fotieva también se dirigió a Kamenev, con copia a Trotski, para transmitirle la importancia que Lenin concedía al texto y a la cuestión de las nacionalidades. Kamenev se declaró partidario de la publicación. Trotski escribió al resto de miembros del Comité Central, comunicándoles que Lenin le había hecho llegar ese texto e invitándolos a que lo leyeran.

El 6 de abril de 1923, Fotieva volvió a escribir a Stalin, ofreciéndole en esta ocasión una salida: Lenin no creía que el texto estuviera concluido y listo para su publicación, y Maria Ulianova, la hermana de Lenin, había comunicado a Fotieva que Lenin no había dado instrucciones aún para llevarlo a la imprenta, de modo que solamente podría ser leído en el XII Congreso del Partido que debía celebrarse próximamente.

Es probable que Stalin lo «sugiriera» a la una o a la otra, aunque se trate de algo en última instancia irrelevante. Con todo, logró lo que buscaba: no sería el blanco de ningún ataque directo durante el congreso. El 16 de abril declaró a los miembros del Comité Central que «tal y como está, el artículo de Lenin no podrá ser publicado», y atacó a Trotski por haber privado a los delegados reunidos de un documento tan importante, un acto que calificó de «desleal». Mintió, y no dudó en seguir haciéndolo: «Creo que debería publicarse pero, por desgracia, como señala la carta de Fotieva, el texto no se puede publicar porque no lo ha revisado el camarada Lenin».

El Presidium del XII Congreso del Partido puso a disposición de los miembros del restringido «consejo de los ancianos» (*sen'orenkonvent*) todas las notas de Lenin sobre la cuestión nacional, y les informó de las decisiones del pleno del Comité Central sobre el incidente georgiano. Los participantes en la sesión que se ocupaban del asunto, no obstante, y por implicados que estuvieran en la cuestión, no verían estos materiales.

El Presidium también declaró que el Comité Central había conocido el contenido de las notas de Lenin en vísperas del congreso, y no de resultados de la acción de ninguno de sus miembros, sino a raíz de las instrucciones de Lenin y de su deteriorada salud. El rumor que afirmaba que un miembro del Comité Central había bloqueado su publicación no era sino una calumnia, lo que exculpaba a Trotski de la acusación de Stalin de privar a los delegados asistentes al congreso del texto.

Estas peleas sobre qué había que hacer con los textos y quién debía mostrarlos son un ejemplo de las pequeñas intrigas que se cocían en el congreso, pero lo que estaba en juego era mucho más importante: quién permanecería en el poder y cómo sería ese poder. ¿Continuaría (o retomaría) la dictadura la orientación social y populista del bolchevismo? ¿O adoptaría, en la teoría y en la práctica, una postura profundamente conservadora y absolutista (*velikoderzhavnost'*) contra el bolchevismo, cuyos cuadros seguían siendo socialistas y se oponían a la perpetuación de una forma de Estado cuyo origen estaba en los modelos del pasado?

Por sorprendente que parezca, en su nota a Kamenev, Trotski perdió el sentido de la realidad. Si la postura de Stalin constituía semejante amenaza, ¿bastaba para enfrentarse a ella con ofrecer a los partidarios del poder absoluto chovinista (*velikoderzhavniki*) un compromiso frágil, pedirles que mostraran una mayor lealtad y que pusieran fin a sus intrigas y a sus poses? ¿Podían pedirle a Stalin que se comportara con lealtad? Este episodio

demuestra cuán poco entendían los colaboradores más cercanos a Lenin la habilidad de Stalin para manipularlos a su antojo. El «anciano» no sólo estaba fuera de sus casillas, como parecía creer Kamenev, sino que veía en la eliminación de Stalin y su grupo la manera de exorcizar el espectro de una ideología y de una orientación política ajena al bolchevismo y que constituía un peligro mortal para el futuro de Rusia. Como se demostraría con el paso del tiempo, Lenin fue todo un profeta.

La decisión de dejar a Stalin y sus seguidores en el poder indica que, en aquel momento decisivo, Trotski no supo descifrar ni a Lenin ni a Stalin. Conocido por sus muchos análisis brillantes, históricos y coyunturales, Trotski estaba en el punto más bajo de su capacidad de comprensión política en 1923. Stalin jamás había sido tan vulnerable, y todavía era posible una coalición leninista, o cuando menos reunir a una mayoría que apoyara las tesis de Lenin. La última oportunidad para iniciar un nuevo rumbo pasaba por revelar ante el XII Congreso la totalidad del testamento de Lenin y provocar el debate, no por jugar a «reeducar a Stalin». Pero Trotski dejó pasar la ocasión, aunque sabemos que no tardó en lanzarse a una oposición feroz contra Stalin. Los otros dos presuntos leninistas del Politburó, Zinoviev y Kamenev, también estaban estupefactos: sin el liderazgo de Lenin, perdieron el norte. Con el tiempo, se unirían a Stalin en un «triunvirato» contra Trotski.

¿Incidió la enfermedad o el cansancio extremo en este fracaso rotundo de la percepción política de Trotski, que se repetiría posteriormente? Es una posibilidad^[4]. Pero el escenario en el que los líderes ganan o pierden comporta un mayor número de combinaciones de las fuerzas políticas y sociales, pasa también por las alternativas disponibles en un momento dado, y su resultado puede parecer, en ocasiones, fruto de la casualidad. Con todo, cuando los factores que intervienen aún son incipientes, son una realidad o atraviesan un momento de estancamiento temporal, pueden producirse «accidentes».

Resultaba profundamente sintomático que la «cuestión nacional», es decir, la forma que habían de adoptar la URSS y su gobierno, desembocara en una batalla cruenta sobre la forma y el futuro del Estado soviético. El resultado muestra que lo que se dio en llamar «bolchevismo» (o «leninismo») era, en ese momento, vulnerable y carecía de una buena base, estaba enfrentado al mismo tiempo a la ingente tarea de volver a poner en pie el país después de la guerra civil y de consolidar los rasgos del régimen que ahora se percibían como algo negativo. La situación obligaba a replantear a fondo muchos

aspectos, así como a reagruparlos y adaptarlos. En otras palabras, los dirigentes se encontraban con la típica situación en la que la personalidad del líder puede ser determinante a la hora de tomar una decisión.

La actuación de Lenin fue única. Impresionante a nivel político y humano en semejante caos, era la respuesta de un hombre moribundo y semiparalizado que mantuvo la lucidez hasta el último ataque.

Para Stalin, por supuesto, no se trataba tanto de la cuestión de las nacionalidades como de una toma de orientación estratégica: su proyecto de «autonomización» suponía una alternativa al régimen y al cariz del poder que emanaba del Estado. De una lectura atenta de los textos de Lenin se desprende que sus prioridades eran otras. Lenin también tenía en cuenta las consideraciones en relación con el poder, pero en ese momento veía el trato que se dispensaba a las nacionalidades como una cuestión legítima, y a la que el Estado debía dar una respuesta adecuada. Lo que estaba en juego en una y otra versión era el alma de la dictadura. Para Lenin, el proyecto de Stalin se apoyaba básicamente en una autocracia imperial a la vieja usanza. Y aspiraba a servirse de la próxima sesión del Soviet Supremo para reescribir la legislación de la URSS que se acababa de aprobar y devolver a las repúblicas las prerrogativas ministeriales que se merecían por su estatus, dejando únicamente en manos del gobierno central los asuntos exteriores y la defensa.

De hecho, la cantidad de ministerios que Stalin propuso crear para la Unión eran motivo de discusión y de resquemor. Las repúblicas tenían claro que Rusia acabaría confiscándolos. Y éste era precisamente el objetivo que perseguía Stalin. Su visión clara y sencilla se inspiraba en la guerra civil. En aquella ocasión, el poder militar había zanjado la disputa. Devuelta la paz al país, era preciso forjar un instrumento más poderoso si cabe: un poder sin ataduras, ultracentralizado e interesado; una auténtica máquina de guerra en tiempos de paz. Y en el centro de toda esta cuestión estaba el papel que Stalin se había reservado en la cúspide de este sistema y el plan que había diseñado para llegar hasta ahí, un plan que incluía también el tipo de partido que quería, si de veras quería uno.

Los documentos que han salido a la luz hasta ahora nos han permitido hacernos una buena idea de la personalidad de Stalin y de sus metas políticas. Los dos temas que vienen a continuación nos ayudarán a profundizar en la cuestión.

Unos años después de los acontecimientos narrados, cuando Stalin ya movía los hilos de todos los engranajes del poder, seguía considerándose como un gran hombre y un gran líder, aunque sabía desempeñar también un papel más modesto y sencillo, el de mero seguidor del gran fundador del Partido. Taciturno y siempre cauto, parecía un tipo frío, y así suelen referirse a él las descripciones que tenemos del personaje. Hacía gala de una sencillez sin pretensiones, y se presentaba como el modesto seguidor de un gran hombre. Y, sin embargo, su actividad política, que constituye de hecho una parte importante del puzzle de su personalidad, es fácilmente descifrable: detrás de dicha imagen, se ocultaba un hombre totalmente diferente. Tenemos algunos datos del tipo de Estado que contemplaba, y de sus manifestaciones sobre las tareas y el papel del Estado y de los cuadros del Partido podemos deducir cómo concebía el ejercicio del poder, incluido su papel en el engranaje. Así se desprende de sus palabras, aunque ni sus contemporáneos ni los observadores supieran captar su significado. Estos puntos de vista, perfectamente claros en su ideario, quedaron al descubierto en el XIII Congreso del Partido, en 1924:

Un cuadro debe saber ejecutar las instrucciones, comprenderlas, adoptarlas como si fueran suyas, concederles la máxima importancia e integrarlas en su cotidianeidad. En caso contrario, la política pierde su sentido y se convierte en mera gesticulación. De ahí la importancia fundamental del departamento de cuadros en el aparato del Comité

Central. Debemos estudiar con atención a todos los funcionarios, desde todos los puntos de vista y fijándonos en el menor detalle^[1].

No hay que ver la mención al departamento de cuadros (*uchraspred*) como una muestra de la importancia que Stalin concedía al Partido, algo que se aprecia mejor si nos fijamos en una de sus últimas declaraciones a los «futuros cuadros», estudiantes de la Universidad Sverdlov del Partido, en las que, fundamentalmente, afirmó que «no existen, para nosotros, las dificultades objetivas. El único problema son los cuadros. Si las cosas no avanzan, o si toman el camino equivocado, no debemos buscar la causa en las condiciones objetivas: la culpa es de los cuadros».

No existían, por lo tanto, las condiciones objetivas para este «marxista»: el líder tiene las manos libres para fijar los cometidos, pero no se le puede responsabilizar de la pobreza de los resultados o de las decisiones. Estos textos breves concentran toda la filosofía y la praxis estalinista, formulada por el propio Stalin. Nada es imposible si existen unos buenos cuadros. Las medidas que decide la cúpula siempre son correctas, y los fallos no son atribuibles sino al entorno del líder o a los subordinados. La esencia de la concepción estalinista de su poder personal consiste, como hemos podido leer, en la idea de que dicho poder debe estar «desnudo». Stalin jamás escribió nada que se pareciera a *Mi lucha*, un libro fundamental para todo aquel que deseara entender a Hitler y sus aspiraciones, pero su concepción de un poder personal que no debía rendir cuentas ante nadie, al frente de un Estado sometido a él, es decir, su concepción de una «dictadura irresponsable», quedó pronto de manifiesto, en un par de frases que fácilmente podrían haber pasado inadvertidas incluso a oídos de los miembros del Partido más experimentados. Esta concepción ya había sido llevada a la práctica en situaciones de emergencia, en los años en que el Partido estaba en la clandestinidad, durante la revolución o la guerra civil, cuando los militantes debían limitarse a obedecer. Pero ahora se aplicaba esa misma lógica a una situación totalmente diferente, marcada por la rutina, no por la emergencia, así como a la administración del Estado, a los diferentes aparatos del Partido y a la burocracia. El líder exigía un comportamiento que tiene su razón de ser en tiempos de guerra, cuando el ejército está totalmente acorralado. Esta exigencia, una «dictadura libre de todo tipo de ataduras», estaba condenada a desembocar en todo tipo de deformaciones en su nivel más elemental.

Tenemos un ejemplo altamente ilustrativo en las memorias del intérprete de Stalin, Valentin Berezhkov^[2]. Desconocedor del texto de Stalin de 1925 y

de sus implicaciones, narra un episodio que se produjo durante la guerra, cuando trabajaba bajo las órdenes de Molotov en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Éste, como buen conocedor que era de ella, explicó el sentido de la «lógica ilógica» de Stalin. Cuando algo se torcía, Stalin exigía «dar con un chivo expiatorio y castigarlo». Lo único que había que hacer era identificar a alguien, una tarea que llevaba a cabo Molotov. Un día se supo que nadie había respondido un telegrama de Stalin a Roosevelt. Berezhkov descubrió que el culpable no se hallaba en las filas soviéticas, de modo que no podía sino estar en el Departamento de Estado norteamericano. Al escuchar el informe, Molotov se burló de él y le explicó que siempre había un culpable para cada falta. En ese caso, había un responsable del procedimiento de transmisión y seguimiento de telegramas, y ahí sólo entraba en juego el bando soviético. Stalin había ordenado que se diera con el culpable, y no podía ser otro que la persona que había diseñado dicho procedimiento. El encargado de desenmascararlo era el ayudante de Molotov, Vyshinski, que llevó a cabo la tarea sin problemas. El desafortunado responsable del departamento de claves fue relevado inmediatamente de su cargo, expulsado del Partido y desapareció sin dejar rastro. La orden de Stalin se había ejecutado al pie de la letra. La explicación de toda esa lógica insensata estaba clara: si no se hallaba un culpable en los escalones más bajos del escalafón, había que buscarlo en las altas instancias, una posibilidad que resulta inconcebible.

Los métodos que Stalin empleó para «construir» la imagen de su poder traspasaban cualquier frontera. Imaginaba las diferentes posibilidades y lo que habría de venir a continuación, a menudo de una manera de lo más terrenal. Una de las variantes más simples consistía en apropiarse de las persistentes imágenes del poder y de la influencia asociadas a Lenin y a Trotski. Este último era una figura recurrente en su universo fantástico y lo denostaba sistemáticamente y lo calumniaba de todas las maneras posibles. No cabe duda de que Trotski jugaba un papel especial en la psique de Stalin, de ahí que no le bastara con una simple victoria política: Stalin no descansaría hasta dar la orden de asesinarlo. Pero también deseaba erradicarlo de los libros de historia soviética, sirviéndose de la censura, evidentemente, pero también, por sorprendente que parezca, atribuyéndose sus logros. Por todo el país, por ejemplo, se exhibieron películas en las que se concedía a Stalin todo el mérito de las hazañas militares de su enemigo acérrimo, como por ejemplo, y no es sino una ilustración de lo increíble que resultaban esa envidia y mezquindad, el papel de Trotski en la defensa de Petrogrado frente al ejército del general Yudenich, en diciembre de 1919.

La apropiación de Lenin se produjo de un modo más curioso y ladino: el «juramento a Lenin» ante el Soviet Supremo el 26 de enero de 1924, la víspera del funeral de Lenin. La decisión de embalsamar el cadáver de Lenin, a pesar de las protestas airadas de su familia, formaba parte del guión. El juramento era un largo encantamiento en el que Stalin listaba las órdenes que, supuestamente, Lenin daba al Partido y que él, en nombre del Partido, juraba solemnemente obedecer al pie de la letra. Gracias a la mejor comprensión que hoy tenemos de la actitud real de Stalin hacia Lenin, es evidente que esta «apoteosis» no era un gesto de respeto sincero, sino la plataforma para preparar el inicio de su propio culto. Como advirtieron algunos opositores a Stalin en aquel entonces, en el juramento no había la menor referencia a ninguna de las ideas contenidas en el verdadero testamento de Lenin. En pocas palabras: todo el texto estaba al servicio de unos intereses muy concretos.

EL ESTALINISMO Y EL SÍNDROME DE LA HEREJÍA

El recurso de Stalin a los símbolos de la religión ortodoxa también es revelador. Sus biógrafos extranjeros se han referido a ello al comentar la forma litúrgica del «juramento», que probablemente se remonte a sus años en el seminario ortodoxo, donde recibió la única educación sistemática de su vida. Esta influencia volvió a hacerse patente más tarde, en los rituales siempre insuficientes de confesión y arrepentimiento impuestos a sus enemigos políticos: por definición, ni siquiera después del perdón, un pecador deja de serlo. En este contexto, conviene fijarnos un momento en el concepto de herejía y en su uso político. Para el estalinismo, la «desviación» era el equivalente al «pecado», y había que extirparla como si de una herejía se tratara. El término que más se adecua a los rituales, la propaganda y la persecución de quienes tenían —o, más frecuentemente, podrían haber tenido— opiniones que se alejaban de lo que se consideraba el credo común es el «síndrome de la herejía». En uno de sus discursos, Stalin «explicó», fiel a su estilo característico, que la «desviación» se inicia en cuanto un miembro del Partido empieza a «albergar dudas».

En relación con este tema, citemos a Georges Duby, estudioso de la herejía en la Edad Media, un período durante el que se perfeccionaron unos métodos sumamente elaborados para acabar con la disidencia y garantizar la conformidad con las reglas del juego:

Hemos visto que la ortodoxia incitaba a la herejía al condenarla y tipificarla. Pero debemos añadir hoy que la ortodoxia, por los castigos que aplicaba, por el miedo que infundía entre la gente, puso en pie todo un arsenal que cobró vida propia y que a menudo sobrevivió a la herejía que supuestamente combatía. El historiador debe estudiar con suma atención los órganos de control y al personal especializado que trabajaba en ellos, por lo general antiguos herejes convertidos.

Y porque atemorizaba y castigaba a la gente, la ortodoxia también instilaba un estado de ánimo particular: el miedo a la herejía, la convicción entre los ortodoxos de que la herejía es hipócrita porque se oculta y, por ello, hay que detectarla al precio que sea y como sea. Por otro lado, la represión impulsó diversos sistemas de representación que sirvieron de instrumento de resistencia y contrapropaganda, y que siguieron vigentes durante mucho tiempo ... Reflexionemos también, de un modo más claro, en el uso político de la herejía, de los herejes como cabezas de turco, sin cerrar ninguna puerta en ningún momento^[3].

Este análisis de la Edad Media parece referirse realmente al estalinismo y a sus purgas. La caza de herejes formaba parte de la estrategia de Stalin y de la construcción del culto a la personalidad. Lo que realmente justifica el uso de la palabra «culto», tal y como lo practicaban, por ejemplo, el catolicismo y la ortodoxia, no es tan sólo la atribución de unas cualidades sobrehumanas al gobernante supremo, sino también la existencia de unos mecanismos de caza de herejes (que, invariablemente, han inventado el concepto de hereje) que sustentan la práctica del culto, como si el sistema no pudiera sobrevivir sin ese esqueleto. De hecho, la furia que se desató contra los herejes simbolizaba la mejor estrategia psicopolítica para justificar el terror a gran escala. En otras palabras, el error no fue la consecuencia de la existencia de herejes; los herejes surgieron para justificar el terror que necesitaba Stalin.

El paralelismo con las estrategias eclesiásticas es mucho más evidente si tenemos en cuenta que, a ojos de mucha gente, religiosa o antirreligiosa, nacionalista, antisemita, etc., Trotski era el ejemplo perfecto de «apóstata», y que el rechazo a su persona perduró sobre la adoración por la figura de Stalin. Incluso después de la caída de la Unión Soviética, pervivía aún un odio enquistado hacia Trotski, tanto entre estalinistas, como entre nacionalistas o antisemitas. En este punto, conviene preguntarse: ¿debemos percibirlo como una suerte de odio concentrado hacia el socialismo? ¿Hacia el

internacionalismo? ¿Hacia el ateísmo? Una lectura atenta de los argumentos de los hagiógrafos de Stalin no deja lugar a la duda a la hora de poner sobre la mesa los ingredientes que hacían de Trotski un personaje tan odiado por muchos sectores del abanico ideológico ruso, a quien apenas se estudia con un mínimo de objetividad.

La religión ortodoxa no era el único elemento del pasado que llamaba la atención de Stalin. Las comparaciones entre su postura y la de un zar no surgieron de inmediato. Todo lo contrario: la decisión de construir el «socialismo en un solo país» (es decir, «lo podemos lograr nosotros solos») indica que la ideología se manipulaba según las necesidades, y que respondía al «gran poder chovinista» del que le acusaban sus opositores. Antes incluso de convertirse en un arma de intoxicación ideológica y política, el eslogan sedujo a un público formado en su mayoría por los vencedores en una guerra civil. El control de la Iglesia por parte del zar estaba profundamente ligado a los símbolos de la institución, que los zares hacían suyos para cubrirse con un halo de legitimidad supraterrrenal. El caso de Stalin y de su culto, sin embargo, no era un fenómeno religioso, sino una mera construcción política que tomaba prestados de determinados símbolos de la fe ortodoxa y se servía de ellos, sin tener en consideración hasta qué punto Stalin compartía los elementos de dicha fe y sus fundamentos psicológicos. Hasta donde alcanza mi conocimiento, no hay información que pueda ayudarnos a dar respuesta a esta pregunta, pero tenemos razones de sobras para suponer que era ateo.

Es fundamental comprender que la política sistemática de Stalin tenía como fin transformar el Partido en un instrumento, incluso en una herramienta *tout court*, que le habría de permitir controlar el Estado, una decisión que nace, una vez más, de su «filosofía de los cuadros». El proyecto prácticamente había culminado a finales de la NPE de 1929, si bien los primeros pasos ya se habían dado con anterioridad, y era la consecuencia lógica de su idea de que «no existen, para nosotros, las dificultades objetivas». Semejante concepción del papel de los cuadros exigía algo más que una mera transformación del Partido. Sea como fuere, ya se habían producido algunos cambios súbitos, a causa del ingreso masivo de nuevos miembros y de la expulsión de los diferentes opositores, por no hablar del número importantísimo de dimisiones de las que, oficialmente, no hay constancia. Todo este trajín obligaba a expandir el aparato del Partido, más bien reducido hasta entonces y que no constituía un peligro para los cuadros bolcheviques, que, en su mayoría, habían pasado tarde o temprano a ejercer una oposición silenciosa o abierta. Hubo un momento en que no se sabía

cuántos miembros formaban parte del aparato del Comité Central, un órgano modesto pero indispensable y fundado en 1919. No obstante, en manos de Stalin, su papel empezó a cambiar considerablemente, en especial después de que el georgiano fuera nombrado secretario general en 1922.

Stalin sabía perfectamente cómo funcionaban los engranajes del poder. Los «viejos bolcheviques» preferían el trabajo en la administración del Estado (comisariados y demás agencias gubernamentales). Stalin endureció el control sobre la «Secretaría», un instrumento indispensable no sólo para asimilar a la mayoría de los recién llegados, sino también para dominar al Partido, incluidos los cuadros veteranos. Los «viejos bolcheviques» necesitaron tiempo para entender el proceso. No fue hasta 1923 cuando se produjeron las primeras críticas y los lamentos por el creciente poder de la «maquinaria de la secretaría». Por entonces, ya era del todo evidente la mano de este órgano a la hora de amañar la composición de las delegaciones que asistían a las conferencias y a los congresos del Partido, de acuerdo con los deseos del Politburó. Los historiadores parecen coincidir en que el XIII Congreso, celebrado en 1924 y en el que Stalin fue reelegido como secretario general, estaba teledirigido. El Partido tal y como lo conocían sus primeros miembros y quienes habían ingresado durante la guerra civil estaba desapareciendo a toda velocidad. Todo aquel que no fuera miembro de base había ascendido a la categoría de «cuadro», es decir, trabajaba en un aparato en el que cada persona ocupaba un puesto determinado en una jerarquía integrada por funcionarios disciplinados. Aún se guardaban las apariencias en determinadas áreas, como sucedía en el Comité Central, cuyos miembros siguieron siendo elegidos durante algunos años más, deliberando y votando las resoluciones. Sin embargo, los miembros del Partido no controlaban en absoluto la selección de sus integrantes.

Así fue como Stalin llevó a la práctica su «plan maestro» para convertirse en dirigente único. El Partido había sido despojado de todo cuanto Stalin había querido despojarlo: la posibilidad de cambiar a la cúpula por medio de un proceso electoral. El bolchevismo, y conviene incidir en este punto, seguía disponiendo de este mecanismo, y su destrucción era una condición previa necesaria para el éxito de Stalin. A diferencia de la concepción generalizada, que sostiene que la Unión Soviética estaba «en manos del Partido Comunista», ya no había lugar para partido político alguno. Algo así había sucedido en tiempos de Lenin, pero, con Stalin, el gobierno y el Partido ejecutaron las decisiones políticas como debían hacerlo los «cuadros», sin más condición que llevarlas a la práctica de una manera satisfactoria.

No podemos pasar por alto todo esto, ya que no hay dos dictaduras iguales. Algunos «sistemas unipartidistas» conservan una cierta capacidad de control de su destino, o cuando menos de decisión sobre la composición de su clase dirigente. Cuando no es así, un «sistema unipartidista» deja de ser la obra para convertirse simplemente en el escenario. Los papeles principales recaen en el aparato que administra el país, de acuerdo con los dictados de la cúpula. En la historia del sistema soviético apreciamos algo más que una mera inflexión en las reglas del juego a lo largo del tiempo; se advierte un cambio radical. Y de esto nos ocuparemos a continuación, más detenidamente.

EL PARTIDO Y SUS APARATOS

Hasta la fecha, ni la burocracia del Estado, ni la del Partido tienen una «historia», así que debemos limitarnos a trabajar aquí con algunos aspectos fundamentales. Por mor de la claridad, conviene emplear términos diferenciados para referirnos a los integrantes de cada uno de sus órganos. Podemos calificar a la burocracia estatal de «administración», mientras que el nombre que dan las fuentes soviéticas a quienes se hallan en las altas esferas es *upravlentsy* (el equivalente a «responsables»). Por su parte, la administración del Partido recibe el nombre de «aparato» o *apparat*, y el *apparatchik* es, a su vez, todo aquel que ostenta un cargo en la administración del Partido. No siempre es posible trazar con claridad la frontera entre ambas categorías, pero aun así la terminología puede sernos de utilidad.

Ya hemos dicho que, desde su aparición, el «aparato» causó problemas entre los miembros del Partido. En 1920 se alzaron algunas voces que denunciaban la creciente disparidad entre los *verji* (los dirigentes) y los *nizy* (las bases), unas críticas que tanto la cúpula como los militantes se tomaron muy en serio. Lo que pocos años más tarde quedaría claro para los observadores soviéticos y para los extranjeros, a saber, la desigualdad entre un grupo y otro, aún dejaba atónitos a los miembros del Partido que seguían fieles al bolchevismo. En un año tan miserable como 1920, al que regresaré en la tercera parte, este problema avergonzaba a la cúpula, que permitió que lo aireara la prensa del Partido. Durante los años veinte, la falta de igualdad y de democracia dentro de las filas del Partido fue una de las principales banderas enarboladas por la oposición, en unos años en que todavía tenía la posibilidad de expresarse, aunque la única respuesta que recibiera fuera una negativa demagógica. Hasta finales de los años veinte, e incluso más tarde, la batalla contra las tendencias burocráticas —«burocratización»— en la administración del Estado estaba oficialmente autorizada, y todo apunta a que contaba con el apoyo de la cúpula del Partido. Esta corriente propició la purga

de funcionarios. Sin embargo, atacar la burocratización en el seno del Partido, especialmente cuando las críticas procedían de los diferentes grupos de oposición, era algo bien diferente. Con todo, el Partido, que a finales de los años veinte contaba con más de un millón de miembros y con millares de *apparatchiks*, no se podía permitir enterrar las reacciones que entre sus filas surgían contra la burocratización interna, a pesar de haber eliminado prácticamente a la oposición.

Y si bien la administración es una herramienta, también se cobra su precio. El problema pasó a ser competencia de la Comisión de Control Central del Partido (CCC). En junio de 1929, el presidente del Presidium, I. A. Yakovlev, presentó un resumen de la intervención que se disponía a hacer sobre la cuestión de la burocratización en el XVI Congreso del Partido. No todo lo que dijo se incluyó en las actas publicadas, pero lo que nos ha llegado es extremadamente informativo^[1].

Yakovlev, uno de los miembros de la «vieja guardia» que se mantenía en el poder, no ocultaba su inquietud: debía lanzarse una ofensiva implacable contra la burocratización en el seno del propio Partido. A su entender, el fenómeno se podía explicar por el hecho de que demasiados miembros trabajaban en la administración del Estado y habían adquirido ahí unos hábitos perniciosos que «contaminaban» al Partido. Para contrarrestar esta tendencia, éste tenía que luchar en aras del espíritu democrático dentro de las instituciones soviéticas y demás órganos gubernamentales, cuyos responsables concentraban todo el poder en sus propias manos y ocupaban el lugar de los órganos de gobierno formales del Estado y de las cooperativas. El único camino para atajar esta epidemia de raíz era, en sus palabras, la democratización.

Una postura así por parte de un viejo bolchevique, conocido por su lucidez y por ser un administrador competente, es el reflejo de una época en la que el Partido ya no toleraba que se le responsabilizara de nada que fuera negativo. Yakovlev sabía que, como había sucedido a menudo en el pasado, si elaboraba un análisis real del problema sin ponerlo en boca de otro, se arriesgaba a que lo acusaran de pertenecer a alguna de las corrientes de oposición. Con todo, en muchos otros documentos dirigidos por organizaciones locales a la Comisión de Control y demás órganos rectores, y que recogían las críticas contra los líderes del Partido, encontramos llamamientos en favor de una mayor democratización y de una disminución de la burocracia. El Servicio de Información del Partido aún se dedicaba a

resumir estas quejas en los años veinte, que circulaban en forma de boletín para conocimiento de los cuadros superiores, junto con otros documentos considerados importantes y procedentes de los sindicatos o del GPU. Con una periodicidad mínima quincenal, elaboraba informes sobre el estado de ánimo y las opiniones de grupos sociales específicos, sobre todo de la clase obrera. Aludía a las huelgas, pero también a las reacciones de los miembros del Partido que habían participado en las movilizaciones. En 1929, *Pravda* no era el medio adecuado si lo que se quería leer eran las amargas acusaciones de los obreros, que eran a su vez miembros del Partido y que se habían declarado en huelga contra sus patronos, también miembros. Con todo, la cúpula estaba al tanto de estas cuestiones y discutía regularmente cómo había que responder, sin dar las más de las veces publicidad a sus decisiones. Los lectores también debían saber que, con independencia de las conclusiones que pudieran extraer, los informes de la GPU sobre contenciosos laborales durante los años veinte estaban impregnados de un tono crítico para con los líderes administrativos y políticos, a quienes se acusaba de indiferencia y de incompetencia a la hora de abordar las demandas legítimas de los trabajadores. Estos informes, habituales en los boletines de la GPU y del Partido durante los años veinte, a menudo ensalzaban a los huelguistas y lamentaban el comportamiento de los líderes sindicales.

No sería del todo erróneo decir que el aparato del Estado contaminaba al Partido, si bien ello se debía a la existencia de un aparato peculiar, que hacía todo cuando estaba en su mano para evitar que la animadversión del público alcanzara a los burócratas objeto de las críticas. El Comité Central había iniciado una campaña a gran escala, sobre todo durante la lucha contra los diferentes grupos opositores en los años veinte, para defender y ensalzar al aparato del Partido, conocidos como *politrabotniki* (cuadros del Partido), o incluso a la «guardia fiel» del Partido. No obstante, las personas que no pertenecían a él y aquellos que habían guardado fidelidad a los ideales bolcheviques siguieron usando el término «burócrata» para referirse a ambas categorías de cuadros. Y tenían motivos para ello.

En cuanto se crea el aparato, especialmente si su propósito es controlar otros aparatos mayores, éste trabaja en un entorno que comparte una serie de hábitos, un comportamiento y un punto de vista. El uso del término, «camarada» pierde su encanto si el «camarada» es un superior que lanza órdenes y decide el salario y las posibilidades de promoción del resto de integrantes. La nueva realidad, que ha pasado a formar parte de la vida

cotidiana, es muy sencilla: «No estamos en pie de igualdad, camarada Ivanov, y no soy su camarada, camarada Ivanov».

La maquinaria de la Secretaría era una pirámide, en cuya cúspide se encontraban el Politburó, la Secretaría y el Orgburó y en la base, los secretarios del Partido, con sus secretarías de distrito (los *raiony*, los niveles administrativos más bajos). Se trataba de un sistema diseñado para servir a los intereses de la cúpula del Partido, que tenía a sus órdenes dos pirámides mucho mayores: toda la estructura de los soviets y un cuerpo mucho más poderoso: el de la administración gubernamental, del Consejo de Comisarios del Pueblo a las agencias locales. Dejemos de lado por el momento a los soviets, desde el Soviet Supremo hasta los locales, que complicaban más si cabe una red organizativa ya compleja, pues su única misión consistía en llevar a la práctica tareas administrativas locales. En tanto que pirámide, con los soviets supremos de cada república y el Soviet Supremo de la URSS en la cima, era poco más que una ficción que se mantenía con vida para rendir una obediencia residual al pasado revolucionario y a la soberanía popular que, supuestamente, había surgido. Los soviets locales estaban subordinados al Consejo de Comisarios (que a partir de 1946 pasaron a llamarse «ministerios») y a sus departamentos. Todo el aparato burocrático, compuesto por «pirámides» y «escalas», estaba bajo el control de un aparato paralelo del Partido. La división entre las dos principales esferas administrativas se veía atenuada un tanto en los círculos de poder por el hecho de que el primer ministro, y en ocasiones alguno de sus viceministros, eran miembros del Politburó. Del mismo modo, la relación entre el Partido y los cuerpos estatales en el escalafón más bajo de la cadena quedaba garantizada gracias a la presencia en cada fábrica de una célula del Partido, integrada a su vez en el seno de una organización del Partido que abarcaba a toda la empresa o al ministerio. Si a ello añadimos que una gran mayoría de los cargos importantes en la administración estaban en manos de miembros del Partido, gracias al denominado procedimiento de la *nomenklatura* (al que regresaremos más tarde), podemos imaginar el grado de supervisión y de control que se precisaban para lograr el blindaje del sistema. De existir una compañía aseguradora que ofreciera pólizas a los estados, seguramente habría tomado como modelo el método soviético.

Sin embargo, en cada etapa de nuestro viaje a través de los años treinta nos toparemos con una especie de sistema de «inseguridad permanente», cuya sombra se cernía sobre un aparato al que supuestamente debía servir para permitir que el Partido avanzara y controlara a las capas estratégicas del

upravlentsy, una misión que topaba con innumerables obstáculos en diferentes fases del sistema. Tendremos motivo para preguntarnos en más de una ocasión si un aparato tan reducido puede controlar de una manera efectiva a uno mucho mayor y, en última instancia, a toda la sociedad.

Ha llegado el momento de ofrecer algunos datos sobre el aparato del Partido y los *apparatchiks*. La «burocratización», motivo de queja desde sus inicios, no tardó en asumir unas proporciones tales que se convirtió en una de las características de todos los órganos de gobierno. Criticada regularmente por las instituciones creadas *ad hoc* que formalmente debían corregir tales defectos, el fenómeno se redujo en público a la enumeración de fallos burocráticos, con palabras de aliento en el sentido de que existía el remedio y de que sus efectos serían perceptibles... algún día. Por otro lado, hay que destacar que los documentos inéditos, principalmente en el período posterior a Stalin, no se andaban por las ramas y contenían análisis a menudo de una gran lucidez. Los efectos de la burocratización en los ciudadanos soviéticos y los miembros del Partido por igual, ya se tratara de personas íntegras o arribistas, eran de todo tipo.

EL TEDIO DEL TRABAJO DEL APARATO DEL PARTIDO (1924-1934)

Muchos miembros del Partido, especialmente los idealistas dispuestos a servir a su país asumiendo cargos de responsabilidad a escala local o en instituciones «vanguardistas», se inquietaban al comprobar los efectos de la burocratización en el Partido y en ellos mismos. Algunos no se atrevían a recurrir a ella como un término explícito de crítica, y se limitaban a decir a sus superiores que sentían que podían desarrollar un trabajo más eficiente en otro puesto. Otros, sin embargo, sacaban unas conclusiones mucho más trascendentales. Bastarán algunos ejemplos de los muchos que existen para ilustrar la dificultad de ser un *apparatchik* del Partido, antes incluso de que se instituyera el término. Quienes habían intervenido en actividades clandestinas durante la lucha revolucionaria, que habían estado en la cárcel o en el campo de batalla y que se veían inmersos ahora en la prestigiosa tarea de ayudar a construir el socialismo, advirtieron de súbito, o fueron descubriendo gradualmente, que trabajar en un aparato jerárquico no era ni mucho menos una tarea edificante, sino todo lo contrario: un trabajo rutinario, tedioso y el colmo del aburrimiento. Sirvan dos ejemplos, de años diferentes, para ilustrar esta sensación.

Un conocido militante, Ksenofontov, escribió a Kaganovich el 4 de noviembre de 1924^[2]. Había servido en la cheka, formado parte de los contingentes que aplacaron la rebelión de Kronstadt y participado en la restitución de la calma al país poco después. Posteriormente, pidió ser relevado de dichas tareas y que lo transfirieran a un puesto desde el que pudiera ayudar a construir un sistema dominado por el Partido. Adscrito al Comité Central, fue nombrado responsable del departamento de Administración de Empresas, donde permaneció durante más de tres años. Todo estaba organizado hasta el último detalle, y su trabajo acabó siendo puramente rutinario, de ahí que deseara un nuevo cambio y confiaba en que el Comité Central le diera un nuevo puesto, a condición de que no fuera en el sector de la economía, del comercio o de las cooperativas, que no le atraían. Por aquel entonces, podían presentarse estas peticiones sin temor a sufrir represiones, aunque confesar a Kaganovich que trabajar para él no había sido interesante no fuera tal vez lo más prudente. Ksenofontov recibió la autorización para pasar a ocupar un cargo en el ámbito de la educación.

En el segundo ejemplo, diez años posterior (noviembre de 1934), también interviene otro antiguo revolucionario que se lamentaba del profundo aburrimiento del trabajo en la cima del aparato. En este caso, la historia es algo más complicada. Un tal Javinson, vicerresponsable del «Departamento de Cultura y Propaganda del Marxismo-Leninismo» informó a sus superiores acerca del camarada Slepchenko, un trabajador disciplinado y tenaz que, desde 1933, había encabezado el comité del Partido y que se ocupaba de comprobar las listas de los aspirantes a miembros. Slepchenko llevaba un tiempo experimentando dificultades y pidió que lo trasladaran a otro puesto en el sector de la producción. «El trabajo en el aparato me deprime», cuentan que había manifestado. Esta declaración, realizada cuando se le propuso convertirse en asesor del departamento de Industria del Comité Central, le podía haber ocasionado más de un problema. Él también se dirigió por carta a Kaganovich, explicándole que, después de tres años de trabajo en el aparato, no había sido capaz de adaptarse: «Cada día que pasa, voy perdiendo mi identidad». Javinson opinaba que había que tener en cuenta su petición y es posible que le permitieran marcharse, pues, como veremos, 1934 fue un buen año^[3].

Estas declaraciones personales, aceptables a pesar de la crítica implícita al aparato que contenían, se complementan con un tercer ejemplo, que traslada, éste sí, una crítica directa al sistema. La denuncia se basaba en un análisis

concienzudo y su autor era un reputado sociólogo político, Christian Rakovski, de quien ya hemos hablado cuando estuvo al frente del gobierno de Ucrania en 1923 y se opuso a los planes de Stalin para la URSS. Acusado de trotskismo, se exilió en Astracán en 1928, una ciudad con un clima pésimo para su corazón. No obstante, logró sobrevivir hasta 1934 sin dejar de escribir estudios críticos sobre el estado del sistema soviético. «Capituló» en 1934, necesitado con urgencia de tratamiento médico, pero no fue su corazón lo que acabó con su vida.

El grueso de sus análisis rezaba así: el Partido se ha convertido en una suma de centenares de miles de personas. Lo que los une no es una ideología común, sino la inquietud que todos sienten por su propio destino. La cuestión que se plantea es la siguiente: ¿cómo se puede reconducir un partido comunista a partir de esta masa amorfa? No hay otra solución que restaurar la democracia interna en el seno del Partido^[4]. No obstante, restaurar el partido que formaba parte del pasado de Rakovski era una ilusión, y éste era consciente de ello. En otro fragmento del mismo texto, posiblemente escrito algo más tarde, se hace eco del debate en el seno del Partido sobre las versiones del segundo plan quinquenal (1933-1937) que, según las declaraciones oficiales, tenía que ser un «plan quinquenal sobrio». Para Rakovski, los años que se correspondían con el plan «sobrio» consumirían la «separación total de la burocracia y la clase obrera», y asistirían a la transformación de los primeros en una «clase dominante apoyada por el aparato del Partido». Unos treinta años más tarde, en una elogiada obra^[5], el yugoslavo Milovan Djilas se apuntó el tanto de una supuesta innovación teórica al insinuar que la URSS estaba en manos de una «nueva clase».

A los ejemplos de desencanto entre los cuadros con puestos de responsabilidad en las proximidades de los circuitos del poder debemos añadir cómo fueron perdiendo el entusiasmo los miembros de a pie del Partido. Durante mucho tiempo, nadie puso en duda que, en tiempos de Stalin, era imposible abandonar el Partido sin dejar la puerta abierta a represalias. Sin embargo, la desclasificación de los archivos ha permitido descubrir que se dieron casos así —en ocasiones, incluso, en gran número—, pero apenas recibieron publicidad, lo que explica por qué ese fenómeno pasó inadvertido durante tanto tiempo. Los datos de que disponemos muestran que, entre 1922 y 1935, un millón y medio de miembros, aproximadamente, abandonaron el Partido, en su mayoría por impago de cuotas, lo que desembocaba en dejar sin efecto su membresía. Otros cambiaron de trabajo y

de dirección sin volver a inscribirse en la sección local del Partido. En otras palabras, se desvanecieron y muchos fueron expulsados posteriormente. En muchas fábricas, la cifra de quienes lo habían abandonado superaba la cifra de miembros^[6].

Estos antiguos miembros, y los que fueron excluidos durante la oleada de las denominadas «purgas previas» de 1935 y 1936, cuando se comprobaban los carnets, se convirtieron automáticamente en objetivo de la represión de 1937 y 1938. El millón y medio de personas que habían abandonado el Partido representaban un contingente considerable de «enemigos del pueblo» autoinculcados sobre los que el NKVD podía lanzar sus redes.

OBSERVACIONES ADICIONALES SOBRE EL PARTIDO Y LA ADMINISTRACIÓN DEL ESTADO

Durante los años treinta, el aparato del Partido creció más y su estructura se complicó si cabe. Stalin tenía la primera y la última palabra en todas las cuestiones, en cada reunión y sobre cada institución. En cierto sentido, todo esto debería haber servido para simplificar la toma de decisiones y la puesta en marcha de políticas. No obstante, esta simplificación, y así se lo parecía a Stalin, no era más que una ilusión: el aparato seguía creciendo, lo que no podía sino complicar las cosas.

También siguió incrementándose el número de comisarios del pueblo — que pasó de diez en 1924 a dieciocho en 1936, y posteriormente a cuarenta y uno en 1940—, el de «comités del Estado» con rango de comisariado, como el Gosplan, el de Abastos de Cereales, el de Educación Superior y el de Asuntos Artísticos, y el personal de todos estos departamentos. La coyuntura debía adaptarse a lo que imponía la lógica de control del Partido de aquel entonces. En cada nivel, y especialmente en la capital, las organizaciones del Partido habían recibido órdenes de crear, en su propia rama del aparato, departamentos que emplearan al personal adecuado: responsables, vicerresponsables, instructores, personal técnico^[7]... En 1939, el aparato del Comité Central contaba con grandes directorios estructurales para cada rama de la administración del Estado, así como con un gigantesco «directorío para cuadros» (*upravlenie kadrov*). Cuando Malenkov era secretario, el Comité Central estaba formado por cuarenta y cinco departamentos, uno prácticamente para cada rama de la actividad gubernamental. En los distritos

de las repúblicas, el aparato del Partido crecía constantemente, y su jerarquía se iba anquilosando más y más.

La manera en que se conducían los asuntos internos del Partido estaba estrictamente centralizada. Casi todos los asuntos de importancia acababan formando parte de la agenda del Politburó, que tenía la última palabra. Esto suponía centenares de decisiones que, en un sistema menos centralizado, jamás habrían llegado a este nivel. Como es de esperar, con semejante número de asuntos por tratar, el Politburó no tenía tiempo para ocuparse de los realmente importantes, y trabajaba sobre la base de que bien la Secretaría, bien el Orgburó, ya los habían discutido. Esta sobrecarga en las altas esferas, y el crecimiento exponencial del aparato del Partido y de la administración del Estado, dio pie a un círculo vicioso, y la eficacia del sistema se vio relegada casi inevitablemente a los últimos lugares en la escala de prioridades. En la medida en que el aumento de personal era, ante todo, una manera de poder satisfacer la necesidad evidente de someter una realidad que crecía a un ritmo desproporcionado y difícil de controlar, en medio de una escasez constante de aprovisionamientos y un nivel de vida muy bajo, era imposible romper el círculo vicioso, y así queda de manifiesto si echamos un vistazo a cómo veían la situación quienes estaban en lo más bajo de la pirámide.

En una carta de lo más pesimista, escrita después de una inspección de la organización del Partido en la República del Lejano Oriente (*Dal'kraikom*) en compañía de un instructor del Comité Central, Shcherbakov, responsable del Departamento de Cuadros del Comité Central, comentó que lo que había descubierto se asemejaba a «una estación de ferrocarril sumida en el caos más absoluto». En un año, del 1 de enero de 1933 al 1 de enero de 1934, la cifra de miembros del Partido en la región había pasado de 44.900 a 23.340; 7.651 habían sido expulsados, 1.892 habían sido relegados a la categoría de «simpatizantes», 1.552 habían abandonado la región con autorización y 6.328 sin ella (habían desertado, sin más). En este último grupo se encontraban personas con un historial en el Partido nada desdeñable, así como expertos insustituibles cuyo concurso era urgente. Según los dos inspectores, los motivos del éxodo eran los siguientes: «una actitud excesivamente burocrática» para con los miembros por parte del comité provincial del Partido, negligencia respecto a sus necesidades de ocio y culturales y unas condiciones de vida para obreros y especialistas escandalosas. Algunos vivían aún en refugios; una familia, en unos lavabos; otras se alojaban en dormitorios cochambrosos; cinco personas compartían un cuarto de seis

metros cuadrados... Cada año se enviaban a la provincia materiales de construcción y operarios, pero la situación de las viviendas seguía siendo lamentable y los servicios públicos (baños públicos, guarderías, hospitales o teatros, por ejemplo) estaban totalmente dejados de la mano de Dios. La alimentación también era un desastre y el comité provincial del Partido no hacía nada para remediarlo, sino que se limitaba a expulsar a los desertores y a cambiar a los cuadros de cargo. De hecho, nadie sabía a ciencia cierta la cifra de miembros del Partido.

El *apparatchik* que escribió este informe desolador solicitaba al Orgburó, el órgano inmediatamente inferior al Politburó, que investigara la situación, o que la incluyera en la agenda de la Comisión de Control del Partido, para dar con una solución.

Este escenario lamentable se desarrollaba en una región remota y cuya importancia era escasa, y habría sido asignada, en cualquier caso, a líderes de segunda o tercera fila. Pero el funcionamiento defectuoso de las organizaciones locales del Partido y de las agencias administrativas era un mal endémico en muchas otras regiones de consideración. El aumento constante del número de tareas y las difíciles condiciones de vida superaban con facilidad la pericia de los cuadros del Partido para abordar dichos problemas. Estas zonas vivían en una suerte de estado de emergencia permanente que sobrellevaban razonablemente a duras penas o no sobrellevaban en absoluto, como en el caso anteriormente mencionado de *Dal'kraikom*. El aparato de control del Partido, un órgano que, a su vez, también crecía a una velocidad considerable, podía encargarse de informar de la situación, pero seguramente se sentía abrumado por las conclusiones a las que llegaba.

Ya hemos visto que los problemas, debidos a menudo a las políticas dictadas desde la capital, se imputaban arbitrariamente a los cuadros de rango inferior. Cualquier contratiempo, catástrofe, tragedia o situación caótica se podía interpretar fácilmente como un acto de sabotaje. En este sentido, los cuadros del Partido no gozaban de ningún privilegio; como cuadros, eran culpables potenciales, y cuanto más importante fuera su puesto, mayor era la posibilidad de ser encontrado en falta. Los altos cargos eran algo más ladinos que los cuadros medios, de ahí que estuvieran «naturalmente» bajo sospecha.

Pero este sistema paranoico de gobierno no se detenía aquí. No había razón para esperar a que el peligro se materializara. Habría sido una imprudencia. De la mano de este gran liderazgo iba la «medicina preventiva».

El análisis inicial de la «filosofía del cuadro», pero también los trastornos y el sufrimiento humano que se observan alrededor de 1933 a raíz de los fracasos de la «colectivización» del campesinado y de un proceso suicida de industrialización, por no hablar de la hambruna que asoló a Ucrania y a determinadas partes de Rusia, nos llevan a no sorprendernos lo más mínimo al comprobar que se recurrió mayoritariamente a esta «medicina preventiva», simbolizada por las sangrientas purgas masivas. La política del gobierno, especialmente en las zonas rurales, podía desencadenar en cualquier momento una oleada de protestas, y Stalin corría el riesgo de acabar siendo el objeto de las críticas, algo que le resultaba bastante inaceptable, de modo que lanzó una espectacular campaña para desviar la atención. Se adoptaron medidas represivas, pero algo más se respiraba en el ambiente. En su discurso en la reunión del Comité Central de enero de 1933 sobre el estado de la nación, Stalin se refirió a una horda de enemigos que socavaban los cimientos del régimen. Con todo, a pesar de estos signos ominosos, las medidas que se adoptaron en mayo de 1933 fueron en la dirección contraria e hicieron del «interludio» imprevisto de 1933 a 1934 un período notable. Un país a las puertas del hambre tal vez no esté dispuesto a creer que el líder supremo no tiene ninguna responsabilidad por la situación. Antes de desatar el terror, y de presentarlo como una demostración de fuerza, era preciso mejorar la coyuntura económica y devolver a Stalin su prestigio. El líder estaba inmerso en la planificación de aquella orgía sangrienta, pero lo hacía ante todo con método.

EL «INTERLUDIO»

El XVII Congreso del Partido se celebró en abril de 1934. Bautizado como el «Congreso de los vencedores», cantó las alabanzas del principal triunfador, Stalin, pero también marcó la línea de pacificación interna que se había iniciado un año antes, al brindar a los opositores la ocasión de asistir, sobre todo para arrepentirse en público de sus errores. También fueron sorprendentes la decisión de reducir sustancialmente los índices de crecimiento establecidos para el segundo plan quinquenal (1933-1937) y el llamamiento a respetar más si cabe la legalidad en el país. El Congreso proclamó a bombo y platillo la nueva línea, y dio muestras de que el régimen, finalmente, tenía los pies en el suelo. Ese mismo año se celebró un Congreso de Escritores, en el que se debatieron cuestiones literarias y se recordó al fallecido secretario del Sindicato de Escritores. Por aquel entonces, pasó algo

más inadvertida una breve intervención de un tal Andrei Zhdanov —que no era escritor, sino secretario del Partido— que, casi *sotto voce*, planteó los postulados del «realismo socialista» en todas las artes. Que apenas se hablara de ella se debe a que quedó ensombrecida por las espectaculares intervenciones de Bujarin, Radek y Ehrenburg, entre otros, personajes mucho más abiertos e intelectualmente estimulantes.

Todos estos movimientos eran ingredientes importantes de la «nueva línea», que Ehrenburg hizo suya en una carta a Stalin del 13 de septiembre de 1934^[8]. Confiaba en la nueva política exterior de la URSS, en la entrada en la Liga de Naciones y en el «frente común» entre comunistas y socialdemócratas para atajar el ascenso del fascismo. No obstante, se quejaba de la organización soviética que se ocupaba de las relaciones con los escritores extranjeros, denunciaba su sectarismo y su gusto por unas discusiones baladíes que ahuyentaban a los escritores internacionales de prestigio. Tan sólo algunos autores de renombre, como André Malraux o Jean-Richard Bloch habían sido invitados al congreso. Al resto, más habría valido no traerlos. En una época marcada por el creciente poder del fascismo y por su agresividad, Ehrenburg defendía la posibilidad de crear una asociación de escritores antifascistas en Occidente que reuniera a las principales figuras literarias y ayudara a defender a la Unión Soviética. Tal iniciativa era ahora mucho más factible: los participantes extranjeros habían quedado sorprendidos ante los intercambios sinceros entre comunistas y no comunistas y se habían convencido de la fecundidad de la cultura y la literatura en la URSS. Con todo, insistía en que dicha asociación no debía estar en manos de sectarios.

En una nota manuscrita a Kaganovich, Stalin dejó constancia de su sintonía con las opiniones de Ehrenburg. Era preciso fundar una organización como aquélla y hacer que girara en torno de los dos temas apuntados: antifascismo y defensa de la URSS. Proponía algunos nombres y esperaba respuesta. Esta carta nos muestra al Stalin más «profesional», lejos de aquel que se veía rodeado de conspiradores. Sin embargo, el interludio de 1934 no había tocado a su fin. Kaganovich, el número dos del Politburó por aquel entonces, alentaba esa «nueva línea» que pretendía fortalecer el respeto por la ley: «Ahora podemos castigar al pueblo sirviéndonos del sistema legal sin tener que recurrir a medios extrajudiciales, como en el pasado. Hoy, muchos de los casos que antes resolvía exclusivamente el GPU pueden pasar a los tribunales».

Kaganovich pronunció estas palabras el 1 de agosto de 1934, durante una conferencia extraordinaria convocada por la Oficina del Fiscal General, cuyo ámbito de actuación, por lo menos cuando recibía la autorización correspondiente, era precisamente la «legalidad». Kaganovich también recordó a los asistentes que habría cambios en el GPU y que pasaría a formar parte de un nuevo departamento ministerial, el NKVD (el Comisariado de Asuntos Internos). Explicó que la Oficina del Fiscal General era la institución más importante del sistema legal y que, con la creación del NKVD, aumentaría el número de casos de los que se tendría que ocupar. Por lo tanto, su nueva tarea consistía en educar a la población y a los funcionarios de la justicia en el respeto de la ley, una línea marcada por el propio Stalin. El obstáculo principal al que se enfrentaba era la falta de formación dentro del propio sistema judicial. En principio, los jueces trabajaban apoyándose en códigos, pero a menudo sus sentencias eran todo menos claras. Todo el mundo debía aprender el texto de la ley: «Los ciudadanos deben saber que existen leyes y que también el aparato está sujeto a ellas».

Conviene mencionar, asimismo, que a raíz de esta nueva función, el aparato judicial solicitó un aumento salarial considerable. Kaganovich se opuso, contestando que la nueva línea no debía verse mancillada por una petición tan egoísta.

No había en estas manifestaciones de moderación, de sensatez y de sentido común el menor atisbo de lo que se cocía y que estallaría después del asesinato de Kirov, a finales de 1934. Atribuido en ocasiones a otros líderes, el «interludio liberal» no tuvo otro artífice que el propio Stalin, responsable también de los acontecimientos futuros.

Como muestran las pruebas de que disponemos hoy, Stalin jamás olvidaba o perdonaba a sus críticos. Tomemos el ejemplo de Bujarin. Aparentemente perdonado, fue nombrado redactor jefe de *Izvestia*, y mantuvo una correspondencia amistosa con Stalin. Se sentía autorizado para publicar cualquier pronunciamiento sobre la industrialización, la colectivización o la NPE. A menudo concedía espacio a análisis o a informes que se alejaban de la línea oficial. Hizo hincapié, por ejemplo, en el hecho de que la elevada tasa de inversión fijada para la industria pesada tenía efectos negativos en la economía, justamente en un momento en que había otras alternativas mucho más ventajosas. Mientras que el Bujarin de 1928 había visto la cara real de Stalin, el de 1934 jugaba con fuego, probablemente movido por el convencimiento de que la calma que se respiraba aquel año era el fruto de un

deseo sincero de rectificar una política cuyos resultados negativos había presagiado, y consideraba que esa postura legitimaba su oposición a Stalin en los años 1928 y 1929. Precisamente también Stalin entendía así la situación. Bujarin jamás sospechó que Stalin le estaba tendiendo una trampa al alentar a otros líderes a escribir artículos críticos contra su persona y al propagar todo tipo de comentarios personales mordaces en el Politburó, al tiempo que ocultaba sus verdaderos planes.

A Stalin le divertía este juego. Estaba convencido de que todos, incluida la gente que se movía a su alrededor en aquellos años, le habían «insultado» en algún momento, habían militado en alguna facción opositora, habían hablado peyorativamente de él o se habían referido a Trotski en términos elogiosos. Todo esto seguía grabado en aquella memoria rencorosa. En el caso de Bujarin, no podemos descartar que el discurso en el Congreso de Escritores y la impresionante agenda que preparó para la ocasión hubieran reavivado el resentimiento de Stalin^[9].

Quienquiera que fuera el responsable de la muerte de Kirov, es evidente que Stalin estaba, finalmente, preparado para dar un vuelco a la situación, para escribir el capítulo más sangriento y realmente «estalinista» de todos. El jerarca siempre había tenido en mente la «otra política», el terror, a punto para ponerla en marcha. El interludio no había sido sino una pausa necesaria después de un primer espasmo. Con todo, aún da pábulo a la especulación si los vaivenes en la tensión política y en el terror recogían asimismo el humor cambiante de Stalin.

EL TEJIDO SOCIAL

Dejemos de lado por un momento a las personalidades y concentrémonos en una cuestión a la que nos hemos referido al mencionar la situación de la organización del Partido en el Extremo Oriente. Ha llegado la hora de abrir horizontes y de estudiar las realidades sociales de los años treinta. El Estado y su «psique» siguieron haciendo frente a fenómenos de lo más característicos en aquellos años turbulentos y que conformaban el núcleo de lo que se ha dado en llamar una «paranoia sistémica», un tema que analizaremos más adelante. Los años treinta fueron una época de un flujo social sin precedentes, provocado por un ímpetu y un desarrollo que sorprendió a los planificadores, así como por la «colectivización» del campesinado. Este experimento de «ingeniería social» se produjo con una violencia inusitada cuyas consecuencias están pendientes de estudio, y que dejaron al país sin provisiones en un momento en que se embarcaba, asimismo, en un gran salto hacia delante industrial también sin parangón. La decisión de colectivizar se enmarcaba en una ideología que confería a la industria unos poderes sobrenaturales: la industrialización de la agricultura acabaría con el pasado rural de Rusia pero no reduciría las existencias de alimentos, como si las descargaran de contenedores. Este razonamiento obviaba un «detalle»: el campesinado. Aunque los campesinos eran quienes debían llevar a cabo la tarea, también eran las víctimas del proceso, de lo que resultó no tanto la industrialización de la agricultura como su nacionalización a cargo del Estado, un aspecto del estalinismo con el que ya hemos topado.

POBLACIÓN Y MANO DE OBRA

Para esbozar el «panorama social» de la URSS en los años treinta y su transformación, debemos fijarnos ante todo en las estadísticas de población. No basta, sin embargo, con citar las cifras que ofrecen los dos censos: 147 millones el 17 de diciembre de 1926 y 170,6 millones el 17 de enero de 1939. A estas cifras significativas se llegó de un modo más bien mecánico y no dan cuenta de las variaciones drásticas en términos de población que se produjeron en aquellos años. La cúpula mandó hacer un censo en 1937 pero, después de que el recuento no llegara a la cifra esperada (162 millones), se acusó a sus autores de haber distorsionado una realidad supuestamente mucho más esplendorosa. Aunque la población había disminuido, se ordenó hacer un nuevo censo, cuyo resultado estaba prácticamente fijado de antemano. Aun así, fue toda una proeza que los supervivientes lograran dar una cifra de 167.305.749 soviéticos, ni uno más, ni uno menos. Cuando se volvió a este censo en 1992, los expertos coincidieron en fijar una cifra algo superior, 168.870.700, a la que se llegó por medio de correcciones estadísticas y adiciones menores. Según ellos, las cifras originales no estaban distorsionadas, pero contenían una discrepancia perfectamente aceptable en la preparación de censos^[1]. Dado que la cúpula tenía mucho que ocultar para eludir así la responsabilidad por la disminución de población provocada por la «deskulakización» (*raskulachivanie*), la hambruna de 1932-1933 y las purgas, es digno de encomio que los demógrafos de la época pudieran convencer al Kremlin de que una falsificación tan flagrante habría sido mucho más comprometedora que la verdad.

Las cifras que siguen se refieren a una categoría de tanta importancia estratégica como la mano de obra disponible. En 1928, el total aproximado de mano de obra no agrícola era de 9,8 millones de obreros y de 3,9 millones de empleados, un 17,6 por 100 del total nacional (12,4 por 100 de obreros y 5,2 por 100 de empleados). Ese año, la industria dio trabajo a 3.593.000 obreros y a 498.000 empleados; los ingenieros y los técnicos formaban parte de la categoría ITR (la R designa a los *rabotniki*, los «obreros», en oposición a *rabochie*, que alude a los trabajadores manuales).

La situación varió drásticamente hacia 1939-1940, cuando los obreros y los empleados constituían un contingente de entre 31 y 33 millones de personas, divididos en 21 millones de obreros y entre 11 y 12 de empleados. Juntos sumaban más de la mitad de la mano de obra del país. El porcentaje de empleados había pasado del 5,2 al 16 por 100. En la industria, un sector fundamental, la cifra de obreros pasó de 3,5 a 11 millones, y la de empleados,

de unos 400.000 a 2 millones, un patrón que también se repetía en el transporte, la construcción y las comunicaciones.

Estos profundos cambios estructurales trajeron consigo en el terreno social la aparición de nuevas categorías que englobaban a una mano de obra sustancialmente diferente de la de períodos anteriores, y cuyo surgimiento supuso unos cambios inevitables en las relaciones de clase y en la estructura de poder. A ello debemos añadir la irrupción masiva, o la reaparición, de las mujeres en el mundo laboral. Conviene incidir en este punto, porque su participación en el proceso de producción no se quedó en la concentración tradicional en la industria textil y en el sector servicios. En 1913, las mujeres representaban el 24,5 por 100 de la mano de obra en la gran industria, principalmente en el sector del textil. En 1928, la cifra de mujeres pertenecientes a la categoría de «obreros-trabajadores» totalizaba 2.795.000 personas, y alcanzó 13.190.000 en 1940, un 39 por 100 de la media anual de la mano de obra (43 por 100 en el terreno de la industria). También estaban presentes en el mismo número en la industria pesada y en la minería, y habían cobrado un papel decisivo en la industrialización.

Sin embargo, este avance significativo, con aires de progreso, se fue al traste a causa de los fenómenos que hicieron de la emancipación una cuestión ambigua. Los nuevos puestos en el sector industrial, el predominio femenino en el terreno de la medicina y en las escuelas primarias y secundarias, la igualdad de posibilidades en el acceso a la educación y un aumento de la presencia de las mujeres en los laboratorios de investigación científica eran, ciertamente, avances, pero éstas apenas podían aspirar a puestos de poder administrativo, incluidos los hospitales y las escuelas, donde eran mayoría, y ni una sola ocupaba un cargo de responsabilidad política (a excepción de algunos puestos simbólicos). La disparidad era evidente. Además, en muchos trabajos en la industria pesada, y también en otros sectores, el trabajo físico debía llevarse a cabo sin la menor ayuda mecánica. Estos empleos, inapropiados para las mujeres, tuvieron efectos deletéreos en los índices de natalidad y provocaron un aumento en la cifra de abortos. La situación se vio agravada aún más por cuanto no existía instrumento alguno para aliviar el peso de las tareas cotidianas del hogar, que recaían en las mujeres. El precio que pagaban por ingresar en un mercado laboral en expansión era demasiado elevado, y la tradición patriarcal estaba demasiado arraigada en una sociedad cuyo conservadurismo iba también en aumento, y donde los valores soviéticos tenían un peso importante.

Los datos estadísticos que hemos presentado del período que se inició en 1928-1929 se suelen considerar estimaciones mucho más «generosas» que los resultados del censo de 1926. Sin embargo, como nuestro propósito es ofrecer a los lectores no tanto la precisión estadística como una idea de la intensidad de la transformación, hemos preferido, aquí y en adelante, usar cifras procedentes de diversas fuentes y autores, a pesar de que no siempre coincidan^[2].

EL QUID PRO QUO ENTRE OBREROS, ESPECIALISTAS E INTELLIGENTSIA

El término *sluzhashchie* (empleados) se usaba en sentido amplio para referirse a todo aquel que no era un obrero o un campesino. El abanico de categorías que cubría lo convertían en una denominación harto ineficaz, salvo cuando se aplicaba a los oficinistas. La cifra total de «obreros» incluía una categoría de importancia estratégica para el desarrollo del país: los «especialistas», aquellas personas que habían completado sus estudios en una institución técnica superior o en un centro secundario especializado. En 1928, este grupo contaba con 521.000 personas: 233.000 que habían cursado educación superior y 288.000 con estudios secundarios especializados. El 1 de enero de 1941, la cifra había alcanzado los 2,4 millones, aproximadamente un 4 por 100 de los trabajadores asalariados, y suponía el 23 por 100 del total de «obreros»: 909.000 habían terminado la educación superior y 1.492.000, la secundaria. La industria daba trabajo a 310.400, fundamentalmente ingenieros y técnicos. En doce años, la cifra se había quintuplicado. Disponemos de una lista desglosada de esta categoría de «especialistas» de finales de 1940 con información sobre las profesiones legales, técnicas, médicas y económicas así como, aunque su precisión sea algo menor, del profesorado, de los bibliotecarios y demás profesiones relacionadas con la cultura.

En las estadísticas que usamos, la categoría de «especialistas» se detiene ahí, y no incluye ni a científicos, ni a artistas o escritores. Si le añadimos esta última, podemos cuantificar de una manera aproximada otra categoría a la que recurrían los estadísticos soviéticos y la propaganda: la *intelligentsia*, que a menudo se solapa con la de «especialistas», si bien no son equivalentes. Si a la cifra de personas que trabajaban en el terreno de la cultura, según consta en otras tablas y fuentes del 1 de enero de 1941, le sumamos la categoría de «especialistas», el resultado será de 2.539.314^[3]. Algunas fuentes oficiales elevaban la cifra casi a cinco millones, movidas por el deseo de hacer más

creíble la «revolución cultural» que según los gobernantes se había producido durante aquellos años. Con ese mismo fin, los documentos oficiales usaban otra categoría, mucho más amplia y vaga: «gente cuya ocupación principal es el trabajo intelectual». Este epígrafe se identificaba, aunque de una manera ilegítima, con el de la *intelligentsia*, permitiendo así manipular la imagen que el gobierno deseaba dar del desarrollo cultural del país. Ya en 1937, Molotov anunció una cifra extraordinaria a la hora de hablar del número de «intelectuales». Esta misma categoría tan volátil posiblemente subyaciera en las imprudentes manifestaciones realizadas más tarde por los investigadores soviéticos, que declararon, bajo coacción, que, «a principios de los años cuarenta, había quedado resuelto el problema de una *intelligentsia* popular». Sin embargo, algunos de estos investigadores eran perfectamente conscientes de que quienes disponían de un título emitido por una institución de educación superior no eran sino un porcentaje de aquellos «cuya ocupación principal es el trabajo intelectual». La mayoría eran *praktiki*, gente que había aprendido su profesión sobre la marcha o después de haber asistido a cursos de formación intensivos, sin una educación profesional a pesar de que su trabajo precisaba de conocimientos especializados^[4]. A principios de 1941, la formación inadecuada era un fenómeno bastante habitual entre los trabajadores considerados como «ingenieros» en el mundo de la industria. De cada 1.000 trabajadores, 110 eran ingenieros o técnicos, pero sólo el 19,7 por 100 poseían un título de un instituto de educación superior y el 23 por 100 uno de una escuela secundaria; el 67 por 100 restante eran *praktiki*, que posiblemente jamás habían finalizado sus estudios secundarios. Otro tanto sucedía con otros grupos profesionales, todos ellos inmersos en un proceso de crecimiento cuantitativo que superó la capacidad del país para darles una formación adecuada.

El ritmo acelerado de industrialización era la causa inevitable de tales carestías, así como los costes económicos y socioculturales que conformaban el panorama que describiremos a continuación. Si en 1929, los obreros industriales tenían, de media, no más de 3,5 años de educación primaria a sus espaldas, y 4,2 a finales de 1939, aquellos «cuya principal ocupación es el trabajo intelectual», o dicho de otro modo más simple, los oficinistas, no ofrecían unas cifras mucho mejores, sobre todo si eliminamos a los que pertenecían a la categoría de «especialistas». Tan sólo podemos considerar como «especialistas» al 3,3 por 100 de los «empleados», que representaban el 16,6 por 100 de la población en activo, a pesar de que en su mayoría no hubieran completado la educación secundaria. Esto, sin embargo, no impidió

que algunos escritores del período postestalinista figuraran en la categoría de *intelligentsia*.

Los datos globales de 1939 sobre el nivel de educación de la población activa en las ciudades y en el campo arrojan algo de luz sobre el problema. Por cada 1.000 obreros, las estadísticas muestran que 242 habían cursado estudios secundarios o terciarios en las ciudades, y 63 en el campo. Si nos fijamos en quiénes habían realizado estudios superiores, la cifra en las ciudades se queda en 32, y tres en el campo. Los números en el caso de la educación secundaria son de 210 en las ciudades y 60 en el campo. Sin embargo, el aspecto determinante es el siguiente: las estadísticas de educación «secundaria» se dividen, de hecho, en dos categorías, «completa» e «incompleta», y es razonable suponer que la mayoría de los individuos no había acabado la educación secundaria^[5].

La aparición de nuevos grupos con una buena educación intelectual, y el aumento del número de quienes por derecho propio podían figurar en esta categoría^[6], es algo indiscutible. Con todo, no podemos pasar por alto el uso interesado que el régimen hacía de las cifras. Esta manipulación, que posiblemente también se debiera a una cierta decepción para con ellos mismos, pretendía embellecer una realidad mucho menos edificante: el nivel educativo por lo general bajo de los obreros, los trabajadores e incluso de muchos de quienes ostentaban cargos de responsabilidad. Y conviene que no lo olvidemos, ya que el escaso nivel cultural de toda la sociedad era el telón de fondo del estalinismo. Los jerarcas tenían todos los ases en la manga para dar con la manera de ocultar y maquillar una situación frustrante como esa.

Estas cifras exageradas, no obstante, y que estimaban la *intelligentsia* en unos 5 millones de personas, también revelan una de las características fundamentales del sistema soviético, y más concretamente del período estalinista: su carácter «extensivo», o su propensión a priorizar los números. El censo de 1939 calculaba en 13.821.452 la cifra de personas «cuya principal ocupación es el trabajo intelectual». Un estudio detallado de los niveles de educación en cada uno de los sectores profesionales sitúa la cifra alrededor de los 5 millones (4.970.536, para ser más exactos), aunque en ella se incluya todo aquel con algún tipo de educación general, por mínima que fuera. La mayoría de estas personas desempeñaban trabajos que exigían una educación especializada o superior, de la que carecían. Así, eran simplemente *praktiki*, una categoría muy extendida en aquellos años, y que conservó una presencia nada desdeñable después de la guerra, incluso en los años posteriores a la

muerte de Stalin, aunque por aquel entonces ya había empezado a desvanecerse.

De todo esto se desprende que la masa de burócratas, que, como ya hemos visto, se multiplicó en los años que transcurrieron entre uno y otro censo, estaba formada por capas enteras de gente con una educación y una formación mínimas, entre los que se incluían el personal de ventas, los cajeros y los telegrafistas, mejor remunerados sin embargo, y en ocasiones sustancialmente, que los obreros. En 1940, el salario medio mensual de un obrero industrial era de 30,7 rublos, mientras que el de un oficinista alcanzaba los 53,5. En el segundo grupo, figuran los ingenieros y los técnicos (*ITR*) aunque, si los excluimos, el oficinista seguía ganando más que el obrero^[7]. La imagen que obtenemos es la siguiente: una situación en la que escaseaban incluso unas mínimas habilidades o una escasa alfabetización, contra un trasfondo de una mano de obra numerosa, con una formación rudimentaria y dedicada a labores manuales, y una población rural mucho más numerosa y mucho menos escolarizada que los obreros urbanos. A pesar de todo, incluso en la categoría de «principalmente intelectuales», la educación no solía ir más allá de lo que se adquiría en los siete años de escolarización.

Los beneficios de que gozaban los oficinistas (a pesar de que la propaganda oficial se burlara de ellos) y las cifras exageradas de miembros de la *intelligentsia* son una muestra más de lo que ya era obvio: el bajo punto de partida del país. Y el penoso nivel de educación generalizado no era un factor que igualara socialmente, sobre todo en los organismos burocráticos, donde se disparaban las diferencias sociales, algo de lo que la gente era perfectamente consciente. Porque, cuando las condiciones de vida son bajas, las pequeñas ventajas en términos cuantitativos de las que algunos gozan provocan una sensación de gran injusticia entre los más desfavorecidos y un sentimiento de solidaridad entre los beneficiarios, así como la hostilidad de los que no disfrutaban de ellas. Y no es algo que suceda porque sí: en condiciones de penuria, una hogaza de pan de más puede transformarse en una cuestión de vida o muerte.

El creciente grupo social conocido como los «empleados» (los que no eran ni obreros, ni campesinos) no era un colectivo socialmente homogéneo, sino un paraguas bajo el que se cobijaba una realidad social dispar, que incluía a los «especialistas», así como a toda una jerarquía de funcionarios de todo tipo cada vez más diferenciada y pertenecientes a varias esferas de actividad. Eran los favorecidos por la mayor parte de los privilegios y

amasaban en sus manos un poder notable. En la vida cotidiana, estas diferencias cada vez más ostensibles entre las clases dirigentes pasaban tarde o temprano a formar parte del lenguaje oficial u oficioso, sobre todo a causa de que esa poderosa corriente de «diferenciación», aunque espontánea, se convirtió a mediados de los años veinte, y sobre todo a principios de los años treinta, en una política consciente de motivación y control social.

Conforme avanzaban los años treinta, también se ampliaron las divisiones sociales e ideológicas a raíz de esta estrategia, denominada con gran acierto la «revolución del estatus», y que consistía en la distribución de beneficios y prebendas al grupo de «empleados», prestando una atención especial a la *intelligentsia* y a los *rukovoditeli*, los gestores, categorías que se solapaban pero que, por razones ideológicas, se mantenían diferenciadas. Esta política tuvo un papel fundamental a la hora de normalizar el clima social y dar estabilidad al régimen. Ninguno de los escogidos como depositarios de este tratamiento especial tuvo una vida sencilla en aquella época y sus relaciones con la cúpula fueron, cuando menos, irregulares. Cada vez que la línea y la ideología oficial sufrían una sacudida, todos los que ocupaban los escalafones superior e inferior de la burocracia se convertían en chivos expiatorios y eran sacrificados ante la indignación del pueblo, una medida sencilla posible gracias al abismo que separaba a los ciudadanos de a pie de esos funcionarios privilegiados, especialmente cuando ocupaban cargos de responsabilidad política o económica. De ahí que los «privilegios», tan ansiados por quienes querían ascender en la escala social, fueran al mismo tiempo una peligrosa trampa a la vista de la situación política del período.

Una vez abordadas las categorías generales de «empleados», «especialistas» e *intelligentsia*, volvamos la vista a los *rukovoditeli*, los gestores.

LOS GESTORES

En las clasificaciones estadísticas soviéticas, quienes ocupaban un cargo de responsabilidad, los *rukovoditeli*, también recibían el nombre de *rukovodiashchie rabotniki*, *otvetpolitrabotniki* o, simplemente, *otvet-rabotniki*. Para formar parte de esta categoría había que estar al frente de una unidad estructural con algunos subordinados al cargo, de una agencia administrativa del Estado o del Partido, de un sindicato o en otra organización oficial. Según el censo de 1926, había unos 364.816 responsables en

empresas, obras y en agencias administrativas y sus departamentos. En el censo de 1939, la cifra aumentó hasta los 445.244, a los que había que añadir 757.010 personas que ostentaban cargos de menor importancia pero igualmente poderosos en diferentes empresas: 231.000 eran directores de fábrica u ocupaban puestos similares en la industria, 165.191 estaban al frente de talleres o unidades menores y 278.784 eran responsables o vicerresponsables de koljoses (los administradores de los sovjoses ya figuraban bajo el epígrafe «empresas»). Esto arroja un total de 2.010.275, 924.009 de los cuales vivían en el campo. Por último, en la cima del Partido y del Estado, tanto en la Unión como en las repúblicas o en los distritos, había unos 67.670 individuos al frente de instituciones en zonas urbanas y 4.968 en las áreas rurales, lo que daba un total de 72.638 *nachal'niki* («jefes») en todo el país. Alrededor de estos últimos, y a sus órdenes, trabajaban los *rukovoditeli* anteriormente mencionados, que, a su vez, estaban por encima de funcionarios de rango menor y del personal técnico y de servicio (transporte, mantenimiento, limpieza...).

En este punto, debemos volver a ocuparnos de una categoría tan extensa como la *intelligentsia* para distinguir los diferentes grupos que la integraban, todos ellos de peso: escritores de renombre, científicos, arquitectos, inventores, economistas y demás expertos, cuyo concurso era fundamental para la esfera militar-industrial (entre otras). Este grupo se convirtió en un círculo social y políticamente cercano a los «jefes», y formaban, con ellos, una determinada elite —o, mejor dicho, uno de los componentes fundamentales de la elite del país.

Las categorías de *rukovoditeli* e *intelligentsia* son importantes, pues permiten identificar a las capas que habían cobrado una cierta influencia, capaces de articular sus propios intereses, de ejercer una determinada presión y, a menudo, de lograr lo que ansiaban. La aparición de grupos sociales con la capacidad para hacerse con puestos de poder y defender su posición era algo que Stalin veía con un interés no disimulado y un cierto grado de cautela. Precisamente, quería impedir que se dieran estos potenciales «fenómenos negativos».

LA URBANIZACIÓN DESCONTROLADA: CIUDADES, CABAÑAS Y BARRACONES

Los cambios en el panorama socioprofesional, que, como ya hemos visto, comportaron un aumento en el número de obreros y de intelectuales,

administrativos y técnicos, era visible en todos los sectores de la economía, y también, aunque en menor medida, de la agricultura. La industria, la construcción y el transporte, así como la educación y la investigación, estaban inextricablemente ligadas a la urbanización del país. Y la industria era, de por sí, un poderoso factor de urbanización, como también lo era la proliferación de instituciones educativas, de investigación, de salud pública y administrativas.

La urbanización era también el vehículo para otro proceso de mayor calado, que iba a marcar una fase crucial en la historia de Rusia: la desaparición de un modelo social (objeto de nuestro estudio) y la aparición de otro, y muy diferente. La variación en la proporción entre población rural y urbana nos acerca al meollo de la cuestión. El breve período que abordamos aquí no hizo sino preparar el terreno para un vuelco súbito y decisivo, que empezó a manifestarse en los años treinta por medio de una serie de fenómenos diversos entre sí e inherentes a toda época de transición, dominada por los enfrentamientos entre culturas y clases sociales entremezcladas. La situación cobraría forma a largo plazo, a pesar de que este «largo plazo» se materializaría poco después. Entretanto, los años treinta fueron un período de un ímpetu inicial profundamente desestabilizador, cuyas repercusiones afectaron a todo el sistema.

Las cifras y el peso relativo de la población rural en comparación con la urbana eran cuestiones que provocaban, casi constantemente, discusiones acaloradas entre los estadísticos, los demógrafos y los políticos. Según los resultados del censo de población de 1926, los habitantes de las ciudades totalizaban 26.314.114 personas, un 17,9 por 100 de la población, mientras que los del campo sumaban 120.718.801 personas, un 82,1 por 100. V. P. Danilov, el reputado especialista en cuestiones del campesinado, afirmó que el porcentaje de campesinos era en realidad mayor, del 84 por 100, y sostenía que tanto quienes se habían encargado de recoger los datos como los demógrafos consideraban como «ciudades» los asentamientos que no eran sino grandes pueblos, con lo que engrosaban artificialmente el peso de la población urbana^[8]. Esta corrección nos brinda una buena introducción a uno de los rasgos predominantes del período: el proceso de urbanización que se estaba operando contra un trasfondo de realidades y raíces aún profundamente rurales. Muchos fueron los visitantes que lo advirtieron y que observaron a finales de los años veinte hasta qué punto «el campo y la ciudad juegan al escondite», como dijo Walter Benjamin a propósito de las ciudades, incluida Moscú. El predominio de los orígenes rurales en la población urbana del

momento era, en muchos sentidos, absoluto, y esta realidad sociohistórica estaba lejos de desaparecer a pesar de la «colectivización» y demás estrategias «modernizadoras». Las afirmaciones exageradas a propósito de las dimensiones de la *intelligentsia*, las manifestaciones rimbombantes sobre los logros de la planificación y la proclamación a bombo y platillo de la llegada del «socialismo», decretada por deseo de Stalin en el *annus mirabilis* de 1937, hicieron necesario acelerar, cuando menos verbalmente, la culminación de una etapa histórica que seguía anclada en el pasado. Sin embargo, en modo alguno contribuyó todo ello a disminuir la intensidad y la agonía de la transición, sino todo lo contrario.

En la URSS de las fronteras anteriores a septiembre de 1939, el censo de enero de 1939 registró una población total de 170,5 millones de habitantes, de los cuales 114,4 millones vivían en el entorno rural, el 67 por 100 de la población, y 56,1 millones, el 33 por 100, en las ciudades. Por lo tanto, en doce años la población urbana se había doblado, y había aumentado en 30 millones, una tasa de urbanización excepcionalmente rápida se mire como se mire. La tasa de crecimiento anual de la población urbana es un índice elocuente: un 2,7 por 100 entre 1926 y 1929, un 11,5 por 100 entre 1929 y 1933, y un 6,5 por 100 entre 1933 y 1939. La media de los años comprendidos entre los censos de 1926 y 1939 era del 9,4 por 100 anual^[9].

Tomadas fríamente, las estadísticas también hablan por sí solas: entre 1926 y 1929, la población urbana creció anualmente en 950.000 habitantes; entre 1929 y 1932, en 1,6 millones, y entre 1933 y 1939, en 2,43 millones. En 1940, la población urbana totalizaba 63,1 millones de habitantes, una cifra que incluía a los 7 millones de los territorios recientemente anexionados. Como ya hemos visto, sin embargo, este mundo urbano estaba aún profundamente influido por el campo y por el campesinado, que se mantenían como el grupo mayoritario de la población y servían de «cantera» para toda la estructura social. Los principales cambios sociales durante este breve período de tiempo se pueden inscribir en una interacción de tres poderosos «transformadores»: por un lado, la colectivización, que «desruralizó» el campo; por otro, la urbanización, que hizo lo propio con las ciudades; por último, la industrialización, otro potente demiurgo, que intervenía sobre ambos polos.

De resultas de esta transformación, el crecimiento de las ciudades y la llegada a ellas de campesinos cobró unas proporciones gigantescas. En el período comprendido entre 1926 y 1939, la población de las ciudades

aumentó en 29,6 millones de habitantes: 18,5 millones eran nuevos urbanitas, 5,3 millones eran fruto del crecimiento natural (nacimientos, enlaces y demás) y 5,8 millones habían ido a parar a las urbes a raíz de decisiones que ascendían a la categoría de «ciudades» a grandes asentamientos rurales. En 1939, el 62 por 100 de los nuevos habitantes de las ciudades procedía del mundo rural: el crecimiento endógeno de la población en las ciudades y en los «asentamientos urbanos» era, tan sólo, del 17,8 por 100, y el 19,5 por 100 restante de poblaciones adoptó ese estatus por decreto administrativo, convirtiendo de ese modo a 5,8 millones de campesinos en urbanitas sin necesidad de que emigraran.

Todo este proceso no se limitó a las 640 ciudades heredadas de la Rusia zarista. En el espacio de trece años se crearon, aproximadamente, 450 nuevas ciudades. Setenta y una tenían una población de entre 100.000 y 500.000 habitantes —en 1926, sólo había veintiocho ciudades de estas dimensiones—, mientras que ocho superaban el medio millón, por tres en 1926. Asimismo, si en el período de 1897 a 1926 las ciudades que crecían a una mayor velocidad eran las más grandes (por encima de 100.000 habitantes), entre 1926 y 1939, como consecuencia de la industrialización, se desarrollaron las ciudades de tamaño mediano (entre 50.000 y 100.000 habitantes). Muchas zonas urbanas surgieron de la nada, es decir, alrededor de una zona industrial de nueva construcción. En 1926, el 17,4 por 100 de la población era urbana. Trece años más tarde, el porcentaje había subido hasta el 32,9 por 100^[10].

Aun así, ni la cifra del crecimiento anual medio, ni el total de 30 millones de nuevos habitantes de las urbes recogen totalmente la intensidad de la agitación que desencadenó la expansión urbana. Los 18,5 millones de campesinos emigrados no se limitaron a llegar y a quedarse. Esta cifra, ya de por sí extraordinaria, es el resultado de unos flujos de población que se movían en sentidos opuestos. Por un lado, millones de campesinos intentaron establecerse en las ciudades o, como sucedía con los campesinos más ricos, buscaban escabullirse de la persecución; por otro lado, grandes grupos de personas abandonaban, a toda velocidad en algunos casos, las zonas urbanas. La vorágine humana era sensacional.

Como se podrá imaginar, el país apenas estaba listo para enfrentarse a unos movimientos migratorios de semejantes dimensiones. Como consecuencia de las malas cosechas y de las crisis de abastos de grano, las condiciones de vida habían empeorado, como se advierte al observar el terrible problema de la vivienda. La gente encontraba cobijo en barracas o en

la esquina de cualquier habitación. A lo más a lo que una familia podía aspirar era a una habitación propia en un apartamento comunal atestado. Pero no sólo los recién llegados tenían que hacer frente a estas dificultades. Las cifras del problema de la vivienda no dan cuenta totalmente de la gravedad de la crisis: las barracas de los obreros, que a menudo se reducían a un techo sin más servicios, y el aumento en el número de apartamentos comunales, con una habitación por familia y una cocina para cada cuatro o cinco, se iban a convertir en parte integrante del paisaje urbano soviético en los años venideros.

En 1928, se consideraba que una vivienda era «normal» en términos de higiene y confort si tenía 6 metros cuadrados por persona. Por modestas que fueran estas cifras, no era sino un sueño, una de las aspiraciones del primer plan quinquenal que jamás se pudo llevar a la práctica. En el ínterin, los obreros debían conformarse con buscar un alojamiento miserable o un rincón donde instalarse en cualquiera de las poblaciones de los alrededores, lejos de su lugar de trabajo. En muchas empresas industriales, la situación era incluso peor: los apartamentos no cumplían con los requisitos mínimos de higiene. El 6 de enero de 1936, los habitantes de los nuevos asentamientos urbanos en la Rusia europea disponían de una media de 4,4 metros cuadrados por persona, mientras que en Siberia la media era de 3,2. Los datos referentes a los servicios en las ciudades son descorazonadores. En la Rusia europea y en Siberia, los indicadores de alcantarillado, agua corriente y calefacción central eran extraordinariamente bajos. La electricidad era la única excepción: el 92,3 por 100 de los hogares de Rusia, y el 70 por 100 de Siberia Occidental, disponían de luz eléctrica. En cambio, tan sólo el 22,8 por 100 de los hogares rusos y el 5 por 100 de los siberianos tenían sumideros, y únicamente el 43 por 100 y el 19 por 100 respectivamente cañerías de agua.

Con estos datos podemos hacernos una buena idea de las condiciones de vida en aquellos años, pero también nos permiten intuir las dificultades que existían para la convivencia en unas casas atestadas, donde la privacidad era una utopía y la vida personal y la familiar llegaba a extremos insospechados. La desnutrición, las pobres condiciones de la vivienda, la falta de higiene y la fatiga física y nerviosa provocada por la falta de descanso, por no hablar de la importante participación de las mujeres en el mundo laboral, sometidas a la misma presión que los hombres, cuando no mayor, explican el descenso de la tasa de natalidad en los años treinta. A principios de la década, las dificultades económicas, la hambruna (especialmente en 1932 y en 1933) y demás penurias pusieron freno al crecimiento de población. La escasez de comida, el

racionamiento, la migración intensiva, la «deskulakización» y los movimientos de población dentro de las ciudades acabaron con el modelo tradicional de vida familiar y con las relaciones entre las familias.

De 1923 a 1928, la población había crecido a un ritmo sin precedentes de 4 millones anuales, gracias a un índice de mortalidad bajo y a una tasa de natalidad elevada, especialmente en el campo. En 1928, la tasa de natalidad era del 42 por 1.000, la de mortalidad, del 18 por 1.000 y el índice de crecimiento de la población, del 24 por 100. La situación varía considerablemente entre 1928 y 1940: los índices de crecimiento de la población se desplomaron, especialmente en 1930 y 1931, y siguieron descendiendo con posterioridad. En 1932, la tasa de natalidad tan sólo superaba a la de mortalidad en un 5,6 por 100. Por vez primera, las ciudades de la Rusia europea asistieron, en 1933, a un crecimiento demográfico negativo. El período comprendido entre 1930 y 1935 debió de ser especialmente alarmante. En 1938, el crecimiento de la población mejoró en esas mismas zonas y recuperó el nivel de 1929 (20 por 100), antes de retroceder hasta un 19,2 por 100 en 1939 y un 13,2 por 100 en 1940, a causa de la amenaza de la guerra y también como consecuencia del descenso en el número de personas en edad de desposarse, fruto de las bajas de la primera guerra mundial y las de la guerra civil^[11].

Resulta difícil afirmar la veracidad de estas estadísticas, procedentes de fuentes soviéticas. Sí podemos atribuir, sin embargo, el descenso del índice de natalidad en parte a una tendencia a largo plazo. Pero que el gobierno tomara medidas drásticas para detener e invertir dicha tendencia parece indicar que las cifras que manejaban eran mucho más alarmantes. No era sencillo conseguir, a finales de los años treinta, mejorar las condiciones de vida, por más que se intentara, a causa de la producción armamentística. El gobierno hizo hincapié en medidas especialmente draconianas como la penalización del aborto (27 de junio de 1936), altamente ineficiente y en absoluto progresista. Ni las políticas decididas a favor de la natalidad —la «madre heroica», título honorífico, junto con una medalla, se concedía a las mujeres que habían dado a luz a más de diez hijos, y que motivó no pocos chistes—, ni la muerte de mujeres que se veían obligadas a abortar en los barrios pobres explican la ligera mejora que proclamaron en 1937, en el momento de mayor crudeza de las purgas. La situación volvió a empeorar en 1939, devolviendo al país a las cifras de 1935. No obstante, intervenía en aquellos años un nuevo factor: la movilización de los hombres.

EL IMPACTO DE LA COLECTIVIZACIÓN

De haber girado únicamente en torno de la industrialización suicida, la política iniciada en 1928-1929 por los nuevos dirigentes bajo el férreo control de Stalin habría sido un fenómeno sin precedentes. Pero aquel extraordinario esfuerzo económico coincidió con una época en la que se multiplicaban los problemas para asegurar el abastecimiento de grano. La industrialización corría peligro a menos que se llevara a cabo una reestructuración agrícola tanto o más radical. Al igual que en la esfera industrial, esa modificación también se concibió como un gran salto adelante con la aplicación de métodos industriales a la agricultura, un proceso que se antojaba como la manera más rápida de revolucionar la economía agraria. En cuanto se sustituyeran los arados, o las roturadoras, por máquinas, los resultados espectaculares no tardarían en llegar.

A finales de 1939, los koljoses (*koljzniki*) concentraban a 29 millones de personas, un 46,1 por 100 de la población en activo. A esta cifra hay que añadir el 1.760.000 de personas que trabajaban en los sovjoses —empresas agrícolas en manos del Estado— y en otras empresas agrícolas similares, y los 530.000 trabajadores de las fábricas de tractores (MTS^[1]). Sin embargo, mientras que en la industria los obreros ingresaban en una red preexistente de fábricas y empleos, el sistema productivo y social en el mundo agrícola era diferente. Su «reconstrucción» por medio de decretos burocráticos coercitivos, sin buscar el consentimiento de los productores, desembocó en la expropiación de una gran cantidad de campesinos. Hasta la desaparición de la URSS, las consecuencias imprevistas de esta política se dejarían notar en la agricultura soviética, así como en el Estado.

Un artículo puntero en una revista agrícola ponía al descubierto un síndrome de primera magnitud. En el texto se criticaba al camarada Krivtsov, secretario de la MTS de Matveevo-Kurganski en el *oblast* de Rostov, por no

haber llevado a cabo un trabajo político adecuado entre las brigadas de tractores. Sin él, jamás lograrían cumplir con éxito su tarea en la temporada de cosecha. Resulta, sin embargo, que los tractoristas no leen los periódicos que van dirigidos a ellos, son ajenos a los decretos gubernamentales y no están al corriente del derecho a una paga doble durante los primeros quince o veinte días de la cosecha, a condición de que cumplan con las normas.

La revista pretendía dar voz a la advertencia que el secretario del Comité Central, Andreyev, había lanzado en su discurso en el XVIII Congreso del Partido, en el que atacó a quienes consideraban que la agricultura podía salir adelante por sus propios medios. Andreyev estaba en lo cierto: la agricultura «nacionalizada» no podía funcionar como correspondía sin que mediara una intervención política masiva, que no debía reducirse únicamente a una acción de *agitprop*. A su entender, la política debía tender a ejercer una presión considerable sobre los productores. Y ahora había llegado el momento de que la agricultura pasara a manos del gobierno local y de las agencias del Partido, de la misma manera que un ministerio se ocupaba de ordenar su esfera de actuación, dictando órdenes que serían llevadas a cabo. Estas medidas implicaban aumentar la presión por parte del comisariado de Agricultura a todos los niveles, a menudo incluso en los koljoses individuales o en los sovjoses, así como el aumento de la presión del Partido y del Estado sobre el comisariado y, a través del Partido, de la policía y de la administración local, directamente sobre los productores.

Todo este proyecto pasaba por preparar planes detallados para cada fase de la producción agrícola de cada distrito, que Moscú redactaba y aprobaba. Siempre que era necesario, un grupo de emisarios se desplazaban en comandita al distrito y a los koljoses para supervisar el trabajo de temporada, considerado como una campaña dirigida por el Estado. Estos emisarios prestaban una atención especial a las eras: en este estadio decisivo, los funcionarios del Estado y patrullas movilizadas a tal efecto se ocupaban de la recolección del grano que pertenecía al Estado, antes incluso de que hubiera llegado a los campesinos. Más sibilino era si cabe el comportamiento de una pirámide de comisiones especiales creadas para asesorar sobre las previsiones de cosechas y que, a menudo, recurrían a la manipulación estadística para «decretar» la cifra de la futura cosecha de antemano y gravar a los campesinos de acuerdo con esas estimaciones infladas. Toda esta presión acumulada provocaba una falta de incentivo a la hora de trabajar la tierra como correspondía, y contribuía a debilitar, e incluso a erradicar, el lazo natural de los campesinos con la tierra y el trabajo agrícola. Éstos tendían a

reservarse en parte para el trabajo en sus propios terrenos, sin los que los campesinos, y también todo el país, habrían muerto de hambre. A pesar de sus dimensiones ridículas, estas posesiones desempeñaron un papel decisivo a la hora de alimentar a la población rural y urbana, y eran todo cuanto los campesinos tenían para mantenerse como clase y para que sus poblaciones siguieran siendo comunidades viables.

Años más tarde, en el período postestalinista, y a pesar de todas las mejoras y de las reformas que buscaban revitalizar la producción agrícola, el legado de esta política agraria voluntarista seguía cobrándose un precio humillante: mientras los «colectivos» contaban con grandes extensiones de terreno y flotas de tractores y la población rural seguía siendo un colectivo importante, el país se veía obligado a importar grano de Estados Unidos.

El caso de la agricultura soviética es un ejemplo especialmente dramático de una modernización que se salió de madre. El Estado cargó con la responsabilidad de dirigir toda la agricultura desde arriba. El campesinado, la mayor parte de la población, trabajaba con lentitud, una cadencia que se había conseguido después de imponer un mecanismo que combinaba el control con los incentivos y la represión. El sistema de los koljoses era una estructura híbrida cuyos principios eran incompatibles entre sí: el koljós, los MTS y la tierra privada debían coexistir no sin problemas, sin que al final se acabara adoptando ni la forma de una cooperativa, ni la de una fábrica, ni la de una granja privada. No hay palabra más inapropiada para describirlo que «colectivo».

La «colectivización», que no tenía nada de colectivo, también tuvo un impacto notable en el sistema estatal. Como ya hemos dicho, las dictaduras pueden revestir diferentes formas. En el caso de la URSS, el régimen precisaba del aparato necesario para obligar al grueso de la población a desempeñar el trabajo que, hasta entonces, había hecho *de motu proprio*.

Fuera cual fuese el destino de la agricultura soviética en tanto que modo de producción, los procesos que llevaron a la histórica transformación del tejido social ruso se vieron acelerados por los nuevos métodos de cultivo. Aunque no fuera un fenómeno nuevo, la transición del pasado milenario rural a una nueva etapa había puesto la directa. El componente industrial-urbano avanzaba a toda máquina, pero la presencia del elemento rural, a pesar del estancamiento y de las revueltas, seguía siendo determinante. En otras palabras, dicha transición se caracterizaba por una mezcla explosiva de grandes estructuras técnico-administrativas modernas y una sociedad rural

que, sociológica y culturalmente, llevaba aún una existencia tradicional, fiel a sus propios objetivos y a un ritmo ancestral.

La Rusia zarista había vivido sumida en una contradicción semejante. Los intensos envites del desarrollo capitalista habían asolado un país profundamente rural dominado por un Estado absolutista, lo que conllevó todo tipo de desequilibrios y crisis. En el caso soviético, sin embargo, las oleadas de industrialización fueron más intensas si cabe y, en comparación con lo sucedido en la Rusia zarista, la actividad se vio directamente espoleada por un Estado fortalecido y decidido, proclive a la represión y gobernado por un grupo reducido y muy consciente de su poder. Es incomprensible el curso de la historia rusa y soviética durante el siglo xx, desde 1917 hasta su caída, pasando por el leninismo y el estalinismo, sin tener en cuenta su fracaso a la hora de manejar el conflicto entre una sociedad industrial en pleno proceso de desarrollo y la reacción, o la falta de reacción, del campesinado, así como el impacto de esta curiosa mezcla sobre el régimen político.

Debemos reiterar, por lo tanto, que el componente rural del país, obligado por el régimen a abandonar un estilo de vida de varios siglos de antigüedad, se tomó la venganza obligando al Estado a fortalecer una maquinaria represiva-administrativa ya imponente. Porque, sin ella, apenas habría logrado que la agricultura diera frutos. Este proceso trajo consigo una serie de consecuencias también decisivas, que se iniciaron con lo que podríamos denominar la «ruralización» de las ciudades. El flujo de campesinos que buscaban un empleo o que huían del campo convirtió la expansión urbana en uno de los principales problemas del régimen, y la marcha hacia las ciudades se tornó de inmediato en un éxodo rural masivo. Se trataba de una medida de precaución por parte de quienes se sentían amenazados o el resultado de la persecución sufrida por quienes se habían visto obligados a marcharse a regiones remotas. El éxodo a las ciudades se produjo al tiempo que el recién creado sistema de los koljoses era demasiado débil para lograr cumplir con sus cometidos estacionales.

Otro grupo que también huyó a las ciudades fueron los millares de conductores de tractores y de cosechadoras, así como otros especialistas agrícolas. Tras recibir una formación intensiva, o incluso durante dicha etapa, preferían marcharse a un entorno urbano. Este hecho daba cuenta de la contradicción inherente al hecho de usar incentivos materiales para motivar un determinado comportamiento: el Estado los formaba para que fueran a trabajar al campo pero ellos preferían poner rumbo a la ciudad.

Los datos sobre los flujos sociales, los movimientos caóticos de población en uno y otro sentido en las ciudades, la urbanización «ruralizada», la cultura de las barracas típica de la mentalidad y del estilo de vida urbano, el tratamiento brutal de los trabajadores en las canteras y en los koljoses eran factores, especialmente este último, que conviene matizar a la hora de abordar otro fenómeno. En un momento en el que las canteras y las fábricas precisaban de grandes cantidades de mano de obra, asistimos a la aparición del absentismo laboral, para desesperación de las autoridades y de los responsables fabriles. Los obreros abandonan las fábricas, algo que en tiempos de paz se consideraba incluso como un acto de desertión. En su mayoría jóvenes, desaparecían en sus poblaciones de origen, con la connivencia de la administración local. Las mismas razones que movían a las altas esferas a intensificar la coerción y la represión contra el absentismo laboral y la desertión condujo a las autoridades locales, especialmente en las zonas rurales, a dar cobijo a jóvenes que habían huido de la fábrica y de cualquier otro empleo demasiado oneroso para unirse a los koljoses o a los sovjoses. Mucho más asombrosa y menos estudiada también es la indulgencia mostrada por los tribunales y los fiscales en este sentido. Identificados con los problemas locales, o simplemente dispuestos a no considerar como un criminal a un joven que se negaba a trabajar en un lugar en contra de su voluntad, los fiscales rechazaron ocuparse de esos casos y los jueces pronunciaron sentencias poco severas y sin penas de prisión.

El Estado estalinista recuperó uno de sus rasgos principales, la tradición del *ancien régime* zarista que, cuando menos hasta la abolición de la servidumbre en 1861, consideraba que los trabajadores estaban ligados a su lugar de trabajo (*glebae adscripti*), pero lo hizo con una condición: los agentes sociales, incluidas las agencias administrativas, rebajaban la dureza del Estado dictatorial sirviéndose de los vacíos legales provocados por las condiciones objetivas y por determinados intereses. No debemos pasar por alto estas reservas y «debilidades» del puño de hierro de la dictadura, pues dicha condición se aplicó a toda la política represiva de Stalin en los años treinta. Es cierto que la fórmula «seguridad más terror» era prácticamente un rasgo intrínseco del sistema estalinista, y que justifica toda la atención que ha suscitado. Podemos decir mucho sobre los horrores del régimen, pero con las mismas reservas que se advierten en el tratamiento del problema concreto de la mano de obra. A menudo las medidas represivas y terroristas han centrado la atención de los investigadores en detrimento de todo lo relacionado con los cambios sociales y la construcción del Estado. Pero no hay que obviar estos

dos elementos si queremos tener una visión mucho más completa de las muchas y variadas interacciones que se dieron en esta compleja estructura. De ahí que queramos examinar en este punto algunos de los elementos que han de permitirnos ahondar en los procesos sociales que se desataron en aquellos años.

El ambiente general del período se puede resumir de este modo: urbanización, industrialización, colectivización, purgas y juicios-espectáculo, aumento de la alfabetización, un desprecio a menudo demagógico por la cultura, la movilización de energías y del pueblo, aumento de los índices de criminalidad en muchos terrenos de la vida, la creación frenética de estructuras administrativas, etc., aspectos, entre muchos más, que se enmarcan en los procesos de los años treinta. Estos acontecimientos y procesos decisivos, que se produjeron casi de manera simultánea, no sólo estaban interrelacionados sino que se influyeron mutuamente y dieron lugar a cambios históricos con una regularidad extrañamente desigual, todo en un ambiente de gran confusión, incluso caótico. Es lógico que no se pueda comprender el sistema político sin vincularlo a los efectos retroactivos que generan sus propias iniciativas. En otras palabras, el sistema político que dio pie a la revuelta se inspiraba, a su vez, en su propio resultado y de ahí surgió una dictadura muy peculiar.

Por consiguiente, no podemos pasar por alto su historia social al ocuparnos del «sistema político» o, más concretamente, del grupo Estado-Partido.

La palabra *tekuchka*, que podríamos traducir como «movilidad espontánea de la mano de obra», recoge adecuadamente las dimensiones de los movimientos de población en todos los sentidos, especialmente durante los primeros años. Millones de personas circulaban por todo el país: se desplazaban a las ciudades y a las grandes canteras, pero también abandonaban dichos lugares; huían del campo y de la amenaza de la expropiación o de la deportación por kulaks; se formaban o cambiaban de trabajo, aunque lo dejaban con la misma rapidez con que lo habían aceptado. Todas estas formas de *tekuchka* se fundían en un gran flujo social, difícil de controlar, con una población en constante movimiento, por carretera o en tren, a lo largo y ancho del país.

Tal era el telón de fondo que condujo a una situación que se ha considerado explosiva. La introducción del pasaporte interno y del *propiska*, el registro obligatorio en las ciudades con la policía, para gozar de los

derechos de residencia, fue uno de los mecanismos que el régimen adoptó para restaurar el orden en el país, al tiempo que recurría a todo tipo de medidas administrativas y represivas y experimentaba con proyectos sociales y económicos.

La planificación rudimentaria del entorno urbano fue, en sus primeras fases, una parte inherente de esta inestabilidad social y una fuente significativa de ella. Incluso años más tarde, cuando se logró alcanzar un cierto grado de estabilidad, persistía aún un rasgo sociológico importante: además de las ciudades parcialmente ruralizadas, el 67 por 100 de la población de la Rusia de Stalin seguía viviendo en el campo, y una parte importante de la clase trabajadora se podía considerar preindustrial, a pesar de los tractores y de las MTS. Sus condiciones de vida se desarrollaban aún, principalmente, en poblaciones de pequeño o mediano tamaño, agrupadas en ocasiones alrededor de otros núcleos, aunque lo más habitual era que estuvieran dispersas y aisladas. Por descontado que existían poblaciones más grandes y más pobladas, principalmente en determinadas zonas de la estepa y del Cáucaso norte, pero su número era muy inferior. Asimismo compartían algunos rasgos con otras localidades, y eso las diferenciaba rotundamente de las grandes ciudades: unas redes vecinales que regían el sistema de las relaciones sociales en el seno de la comunidad, una actividad económica marcada por las estaciones, una cultura profundamente religiosa y plagada de creencias mágicas... Todos estos factores tenían un impacto poderoso en la vida cotidiana y en el comportamiento de las poblaciones rurales.

Crear una cultura urbana y adaptarse a ella es un proceso continuado. En el corto espacio de tiempo que tratamos en estas páginas, la transición de un modo de vida a otro habría constituido una experiencia de lo más desestabilizadora, aun cuando las condiciones hubieran sido más favorables. Por sencillas que pudieran haber sido, las ciudades, y más concretamente las más grandes, representaban un fenómeno tremendamente complejo para todos aquellos que acababan de llegar del pueblo. Baste con una nota para dar cuenta de la diferencia entre ambos mundos: mientras que en las grandes ciudades la cifra de profesiones ejercidas era de unas 45.000, la cifra en el campo rondaba las 120.

La escasez de comida y de vivienda, por citar tan sólo los aspectos más evidentes y angustiosos de la existencia en la urbe, insinuaban un estado de crisis que no hacía sino acentuar las dificultades con que se topaban los emigrantes rurales en el mundo urbano-industrial. En el pueblo, todos vivían

en el universo familiar del hogar, rodeados por el ganado y los vecinos, y se conocían entre sí, y esta familiaridad se puede convertir en una verdadera necesidad psicológica. La muchedumbre anónima de las ciudades, por su parte, se suele ver como una masa hostil por definición. Pero había más rasgos que dificultaban si cabe la adaptación al medio urbano. Por si fuera poco, en aquellos años las ciudades soviéticas estaban habitadas casi en su mayoría por jóvenes y la inseguridad era un problema recurrente (este fenómeno, una plaga en las ciudades, recibía el nombre de «vandalismo»), aunque también facilitaba, respectivamente, que los jóvenes que llegaban directamente desde el pueblo se integraran... y que abandonaran los valores de sus mayores.

Para muchos campesinos, la única manera de sobrevivir a los retos que planteaba un entorno difícil radicaba en mantener cuantas más tradiciones de su lugar de origen mejor. Esta actitud defensiva resucitó el carácter rural de muchas ciudades heredadas de la Rusia zarista, dando paso a un entorno híbrido y a un estilo de vida que se mantuvo como un rasgo duradero del proceso de urbanización soviético. De ahí que debamos insistir en algo que debería ser obvio a estas alturas: cuando entró en la guerra en 1941, la Rusia de Stalin no era todavía una potencia importante en términos urbanos e industriales, aunque iba camino de serlo. Sociológica y culturalmente, era la continuación, en muchos sentidos, de su pasado agrario, aunque dentro del molde de un Estado en vías de modernización.

ENTRE LA LEGALIDAD Y LA BACANAL

Nada hemos dicho hasta el momento de todas las críticas, de las expresiones de disconformidad y de las palabras a menudo altisonantes que salían de las clases bajas y que llegaban a oídos de los miembros del Partido y del gobierno. La política de palos y zanahorias hacia los funcionarios y la *intelligentsia* buscaba convertirlos en un dique de la maquinaria del Estado que protegiera al régimen y a los cuadros. Toda expresión a gran escala de descontento popular, así como las críticas mordaces y repetidas, se consideraban peligrosas, aun cuando no se acompañaran de disturbios o manifestaciones en las calles que pudieran ser tildadas de «oposición» o «contrarrevolución». Incluso las reacciones de los miembros que trabajaban fuera del aparato eran motivo de preocupación para los líderes del Partido. Y el descontento no se inició con los planes quinquenales.

LOS MIEMBROS DEL PARTIDO PARTICIPAN EN LAS HUELGAS (1926)

Los informes del GPU y del Departamento de Información del Partido advertían de que no todos los miembros de éste eran esquiroles, a pesar de que algunos fueran vistos como tales y de hecho lo fueran. Entre enero y septiembre de 1926, los miembros del Partido habían participado en 45 de las 603 huelgas organizadas en todo el país^[1]. Según algunos documentos, varios miembros del Partido no sólo organizaron las huelgas, sino que también las encabezaron. Los documentos también lamentan la conducta negativa de los miembros de diferentes fábricas y señalan que las dificultades económicas están motivando lo que describen como actitudes «campesinas»: pasividad en la vida social y laboral, prejuicios religiosos y nacionalistas y reacciones hostiles contra las decisiones de la célula del Partido.

Existen casos de miembros del Partido que se pronunciaban de manera evidentemente crítica. Por ejemplo: «Hoy estamos más explotados que en el pasado. Entonces teníamos burguesía; ahora tenemos a nuestros propios gestores». En otro caso, la célula del Partido rogaba a sus miembros que pusieran fin a una huelga, lo que provocó esta respuesta de una obrera comunista: «¿Qué queréis? ¿Acaso me da de comer el Partido? Hoy es imposible sobrevivir». O una tercera reacción: «Nos están exprimiendo hasta la última gota. Nuestros representantes sindicales intentan agradar a la dirección de la fábrica y no prestan atención a las peticiones de los obreros».

En una fábrica de cristal de la provincia de Krasnoyarsk, algunos obreros, entre cuyos líderes se encontraba un miembro del Partido, se declararon en huelga para pedir un aumento salarial, de 42 a 52 rublos. Todos los huelguistas fueron despedidos, posiblemente porque su número no era importante. Cuando las huelgas alcanzaban proporciones mayores, a menudo se satisfacían las demandas de los huelguistas.

En los astilleros Nevski de Leningrado se declaró una huelga que dos miembros del Partido a quienes los trabajadores tenían en gran consideración podrían haber evitado. Pero cuando la dirección les pidió que intervinieran, ambos se negaron.

Los informes se hacen eco de las críticas de algunos miembros del Partido a propósito de todos los aspectos de la política de éste. Veamos un ejemplo: dos afiliados fueron a ver al secretario de su célula, dejaron sus carnets sobre el escritorio, pagaron la cuota del último mes y anunciaron que abandonaban el Partido: «Tu célula trabaja para la dirección; le estás ayudando a oprimir a los trabajadores».

Los informes de la GPU sobre las campañas electorales en los sindicatos y demás organizaciones dan cuenta de una pasividad considerable entre los obreros, incluso entre los que eran miembros del Partido. En una ocasión en que algunos querían abandonar una reunión, respondieron lo siguiente al ser detenidos en la salida: «¿Por qué no nos dejas marcharnos si los miembros del Partido son los primeros en largarse?».

También contienen los informes declaraciones antisemitas por parte de los miembros del Partido pertenecientes al proletariado, unas declaraciones que nos resultan familiares: «Todo el poder está en manos de los judíos», «Los judíos se han hecho con el poder y oprimen a los trabajadores», «No hay un

solo judío decente», «Me muero por dar una lección a los de esa tribu odiosa»...

Debemos andarnos con cuidado a la hora de interpretar estas historias. Aunque estos casos fueran frecuentes, de los informes, de la GPU o del Departamento de Información del Partido no podemos deducir la importancia de las protestas. Según otros documentos, rara vez los miembros del Partido desobedecían las instrucciones o las prohibiciones dictadas por la célula. No quiere ello decir que no manifestaran o compartieran unos puntos de vista que tan sólo se atrevía a expresar una minoría, o que no simpatizaran tácitamente con las quejas de los obreros. Pero tenían en mente la posibilidad de represalias por parte de otros obreros, algo habitual cuando despertaban la hostilidad o provocaban el estallido de una huelga —por miedo a las represalias desde el Partido—, que podía hacer que acabaran perdiendo sus puestos de trabajo. Hoy sabemos también que confidentes a sueldo, los *stukachi*, o agentes secretos espiaban a las bases del Partido, como a todos los demás trabajadores.

Si el material procedente de las bases recoge las peticiones de «democratización» de las condiciones laborales y de la vida de Partido, las corrientes en el interior del régimen se movían en el sentido contrario y dejaban ver un abanico de reacciones, algunas de ellas directamente políticas, incluso entre algunos *apparatchiks*. No sólo se enfrentaban al problema de la aparición de la crítica en esos grupos, sino que había otro peor: algunos viejos bolcheviques convencidos, o diversos miembros idealistas de nuevo cuño, se confesaban profundamente decepcionados —e incluso asqueados— con su trabajo y querían dejar de servir en el corazón de la ciudadela. Algunos *apparatchiks* que no se habían movido por la voluntad de hacer carrera a la hora de escoger su puesto de trabajo se vieron atrapados por una maquinaria que ahogaba su sentido de la vocación, sus perspectivas políticas y el destino del país en un *vermicelli* burocrático, un término de origen italiano que los viejos revolucionarios usaban frecuentemente. Ya hemos citado algunos documentos que hablan en estos términos, pero también circulaban expresiones más rotundas de rechazo hacia el sistema y acusaciones de traición, evidentemente anónimas.

En los años treinta, sin embargo, el régimen disponía de más instrumentos, y entre ellos el código penal y la policía secreta, que en los años veinte para imponer su autoridad sobre todos los ciudadanos, incluidos los miembros del Partido. No obstante, se daba otro fenómeno que demostró ser

mucho más potente: con la expansión del aparato, el Partido acabó convirtiéndose en un mero apéndice, si bien no era éste el objetivo último de Stalin, que diseñaría varios proyectos aún más radicales en los años cuarenta. No es éste el lugar para dirimir cuándo adoptó estas medidas, si en 1933 o algo antes. Lo importante es que se produjo una combinación de factores: el dominio de un país sumido en una industrialización a gran escala y en un proceso de «colectivización» precisaban de la eliminación definitiva del viejo Partido revolucionario y de su transformación en una herramienta sumisa. A tal efecto, se crearon agencias represoras «idóneas», o se actualizaron las ya existentes para adaptarlas a los nuevos propósitos, y se forjó un léxico ideológico para justificar la represión. La categoría de «crimen contrarrevolucionario», que ya figuraba en el código penal y que era evidente en un contexto revolucionario, se redefinió para abrazar nuevas situaciones. Un fiscal militar especialmente activo en tiempos de Jrushchov, V. A. Viktorov, describió las tendencias y las prácticas terroristas del estalinismo de un modo sumamente crítico, refiriéndose a las «enmiendas con unas consecuencias desproporcionadas» que se introdujeron en el código penal en 1926, a pesar de la oposición enérgica de diferentes círculos^[2].

El artículo sobre «crímenes contrarrevolucionarios» precisaba que antes de llevar a cabo la acusación debía existir una «intención claramente probada y una acción posterior». El nuevo, redactado desde la GPU, se las ingeniaba para que fuera posible sortear la supervisión de los fiscales, los encargados de garantizar la legalidad del proceso, en los arrestos y los interrogatorios, así como para evitar otras «extrañas» disposiciones legales del código penal. Las enmiendas en el código penal y los nuevos poderes que el gobierno había concedido a la GPU hicieron posible que pudiera perseguir y castigar sin disponer de pruebas reales, es decir, sin que el «cabeza de turco» hubiera cometido realmente un crimen, y el objetivo de las investigaciones ya no era demostrar la existencia de una «intención y una acción posterior». El análisis de Viktorov señala que se había abierto la veda para un tipo de represión «legal» donde bastaba simplemente con la propia acusación. Por extraño que pueda parecer, la culpabilidad quedaba fijada antes incluso de que se presentaran cargos.

En el último análisis, la combinación de manipulación pseudolegal del código y de uso y abuso del «síndrome de la herejía» desembocó en una situación surrealista en la que los ciudadanos llevaban la culpa inscrita en el genotipo, y que podían ser acusados si así lo decidía el poder. Paradójicamente, este absurdo legal, encubierto por una terminología de lo

más vaga, fue rápidamente aprovechado para combatir no sólo lo que se consideraban tendencias contrarias al régimen sino también, y ante todo, a la propia organización en el poder, en cuyo nombre se llevaban aparentemente a cabo las operaciones. Los miembros del Partido, así como el conjunto de antiguos miembros, se convirtieron en el objetivo de una caza de brujas en un período en que no existía una oposición seria a Stalin, a menos que consideremos como oposición la actitud de quienes renunciaban o abandonaban sus obligaciones en el Partido, o las muchas quejas y críticas procedentes de las bases, e incluso de algunos miembros de la cúpula, quejas denunciadas por cualquier persona que tuviera conocimiento de ellas.

Así, conforme Stalin se iba enroscando más y más en la cúspide y a medida que la categoría de «crímenes contrarrevolucionarios» se convertía en una definición más y más vaga tanto en el código penal como en la práctica, las agencias de seguridad se zafaron del control de la ley y de las autoridades legales para ampliar el radio de sus poderes punitivos arbitrarios. Existía una auténtica maquinaria del terror, lista para caer sobre quienquiera que fuera. El hecho de ser miembro del Partido, viejo o nuevo, ya no era relevante, sino algo incluso peligroso. Stalin tenía varias cuentas pendientes con muchos miembros de lo que se suponía era su propio Partido, incluidos algunos de aquellos que le habían ayudado a llegar hasta la poltrona. Con el Partido domesticado y la policía totalmente desatada y subordinada directamente al líder, el camino estaba expedito para que Stalin encabezara en solitario, sin «sentimentalismos» o controles, un Estado profundamente centralizado. De hecho, dicho Estado era una máquina de guerra dispuesta al combate y armada con todas las herramientas necesarias para llevar a cabo dicha misión. Como enuncia el título de la primera parte, había en ese Estado un componente de «psique». Es de destacar que los de la «vieja guardia», excepción hecha de Lenin, no fueran capaces de ver durante tanto tiempo de qué era capaz Stalin. Cuando lo advirtieron, ya era demasiado tarde. ¿Acaso estaban demasiado «occidentalizados» para descifrar una mentalidad tan retorcida? ¿O simplemente eran miopes? ¿O, por decirlo de un modo más amable, seguían demasiado impregnados de la ideología socialista para darse cuenta de que habían iniciado un viaje que los llevaba a las profundidades de la Madre Rusia, y que habrían tenido que tomar un camino diferente para evitar lo peor?

Cualquiera que sea la respuesta a esta pregunta, en cuanto las diferentes tendencias de la vieja guardia —partidarios de Trotski, de Zinoviev o de Bujarin, líderes que «surgieron» respectivamente después de la caída del

anterior— pasaron a oponerse a Stalin, se enfrentaron al líder con todas sus fuerzas durante unos cuatro años. Muchos acabaron cediendo ante Stalin. Trotski, obligado a exiliarse, fue la gran excepción. A raíz de la derrota de varios grupos de opositores menores, entre 1929 y 1932 otros grupúsculos de funcionarios de rango intentaron dar voz a determinadas críticas, pero no tardaron en ser neutralizados. Es preciso referirse aquí a una organización ilegal especialmente valiente encabezada por el antiguo secretario del Partido de Moscú, Ivan Riutin, que hizo circular un documento de mil páginas titulado *Plataforma de marxistas-leninistas* en el que se acusaba a Stalin de traicionar al Partido y a la Revolución. Según algunos informes, el Comité Central no estaba dispuesto a permitir que Stalin lo eliminara físicamente en 1932. Sabemos que Riutin era valeroso e intransigente hasta el punto de llegar a declarar ante uno de sus interrogadores: «No pienso arrodillarme». Fue a parar a la cárcel y posteriormente desapareció. Otra figura de la oposición que ya ha aparecido en estas páginas, el antiguo socio de Trotski, Christian Rakovski, siguió elaborando unos extraordinarios análisis críticos de la política y del régimen de Stalin hasta 1934, fecha en la que finalmente se «arrepintió». Con todo, dicho acto sólo sirvió para alargar su vida unos años más.

Pequeños grupos, en ocasiones minúsculos, y un gran número de individuos siguieron manifestando sus críticas. Las autoridades tenían constancia de ello bien cuando la policía se incautaba de material en los registros en casas particulares, bien cuando se enviaban estas críticas por correo a la prensa, al Partido, a los líderes o al propio Stalin, invariablemente de manera anónima para evitar las represalias. Aún hoy los investigadores siguen desenterrando montones de notas así que aparecen en los archivos.

En aquella tesitura, la oposición organizada, abierta o clandestina, era una entelequia. Sin embargo, las manifestaciones individuales y las reacciones colectivas con una carga política evidente (disturbios, huelgas, bajas del Partido, aunque se hicieran de una manera discreta) parecen indicar que la población y muchos miembros del Partido no habían enmudecido. Es necesario ahondar en la investigación a este respecto, pero ya disponemos de una obra pionera, *The Year 1937*, de Oleg Jlevniuk, que expone por vez primera lo extendidas que estaban algunas formas de oposición y protesta, en este caso, en contra de las purgas. Una de las formas de protesta que menciona es una oleada de suicidios. La propaganda oficial insinuaba que el suicidio de un sospechoso era una prueba de su culpabilidad o de cobardía, pero las medidas adoptadas para reducir el número de suicidios fueron

infructuosas. Indefensos ante el terror del Estado, a algunas personas no les quedaba otra opción para defenderse. Según una fuente, los suicidios se contaban por millares. En 1937, se produjeron sólo en las filas del Ejército Rojo 782 casos. Un año más tarde, la cifra aumentó hasta 832, sin contar los casos en la marina. Estos suicidios no siempre eran actos desesperados cometidos por personas que se sentían impotentes; también eran valientes manifestaciones de protesta.

Los disturbios sociales que provocaron el «gran salto adelante» —los movimientos de población masivos, especialmente los que se pueden encuadrar bajo el término *tekuchka*— y la necesidad de controlar a los sectores más duramente golpeados por la crisis llevaron al régimen a adoptar dos estrategias de dinámicas contradictorias:

1. el recurso a diferentes formas de represión, a las que se referían con la palabra *shturmovshchina* (tormenta): grandes campañas para cumplir con los objetivos fijados al precio que fuera;
2. la construcción de una burocracia hipertrofiada para controlar los flujos de población, sistematizándolos y canalizándolos.

Aparentemente inevitables, estas estrategias se contradecían entre sí. Las campañas de movilización se alternaban con, o eran simultáneas a, los intentos por «regularizar» las cosas: en definitiva, el míster Hyde del terror se enfrentaba al doctor Jekyll de la burocracia, proclive a la planificación, a la estabilidad y a la «ocupación». Ambos representaban las dos caras de la moneda del régimen.

Esta alternancia de palos y zanahorias se mantuvo incluso durante el apogeo del terror, y en las sangrientas purgas de 1937-1939, aunque al ritmo que éstas marcaban. La incapacidad para mantener un curso constante de los acontecimientos y la preferencia innata por los cambios bruscos acababan provocando siempre una estela macabra que había que eliminar antes de dar inicio a la siguiente movilización^[3]. Esta preferencia innata era el distintivo de una concentración de poder considerada como la única vía posible para llegar hasta el final del camino escogido. Fuera cual fuese este camino, arduo o más suave, el régimen jamás perdió la querencia compulsiva por un estricto centralismo que se erigía en el único punto fijo en medio de una situación caótica, un punto de vista que no carecía de lógica: la empresa monumental en que se habían embarcado jamás podría haber nacido desde abajo, y era imposible dirigirla también a escala local. No obstante, este centralismo daba

pie a un sinfín de desequilibrios. El centralismo estalinista era hijo de una situación concreta: desde finales de los años veinte había existido un centro poderoso, pero en el que apenas intervenían un puñado de figuras. La configuración del poder era tal que el análisis de la situación, el diagnóstico y la definición misma de la realidad y de las políticas que había que seguir dependían de las opiniones y de los puntos de vista de un número muy reducido de líderes. A medida que se producía ese gran salto hacia delante, posiblemente vieran la manera en que se había gobernado el país antes de 1929 como la manifestación más evidente de la sencillez. Pero el objeto de gobierno estaba, literalmente, en movimiento perpetuo.

Evidentemente, esta extraordinaria fluidez social e institucional era el resultado de la velocidad y de la magnitud de la transformación en que se hallaban sumidos. Por definición, era inevitable y los resultados únicamente podrían corregirse a largo plazo. Con todo, y más concretamente a principios de los años treinta, el régimen tuvo que acometer esas grandes medidas económicas al tiempo que debía hacer frente a una intensa agitación social. El crecimiento inexorable de todo el aparato administrativo, que en sí mismo constituía una novedad por su magnitud, tuvo unas consecuencias sociales inevitables. Antes incluso de que hubiera aprendido a hacer su trabajo, el personal administrativo hizo gala de una sorprendente capacidad para dar voz a sus necesidades, deseos e intereses, y halló los medios para satisfacerlas. El órgano que debía encargarse de solucionar los problemas no hizo sino provocar más, como pasaba en tantos terrenos en aquellos años turbulentos. Así, es menester trazar un esbozo de las estructuras burocráticas del Estado.

EL «GEN» BUROCRÁTICO

Un documento de principios de 1929 y otros dos de 1940 arrojan algo de luz sobre algunos aspectos primordiales de la maquinaria burocrática de aquellos años, o cuando menos de la percepción que de ella tenían los gobernantes. El primero procede de Kuibishev, miembro del Politburó y responsable del Cuerpo de Inspectores del Estado, integrado por los miembros de la Comisión de Control Central del Partido y del Cuerpo de Inspectores Proletario-Campesino, que tenía rango de comisariado. El discurso que pronunció ante su departamento a principios de 1929 era, como mínimo, algo alarmante: «Nada hay en nuestro nuevo Estado que se asemeje tanto al viejo régimen zarista como la administración». Enumeraba los conocidos defectos de ésta y

concluía, como ya había hecho Lenin en el pasado, afirmando que era muy difícil devolverla al recto camino. Los abusos y los escándalos eran tales que se había propuesto tomar medidas urgentes. Sin embargo, lo máximo que se conseguiría de este modo sería deshacerse de algunos caraduras, que no tardarían en ser sustituidos por otros, sumiendo en la desesperación a los miembros del Cuerpo de Inspectores Proletario-Campesino. Se suponía que ese comisariado debía dar ejemplo y gozar de una autoridad incontestable entre el resto de agencias gubernamentales, pero esta exigencia entrañaba un cierto peligro, pues ninguna agencia podía estar a la altura de semejantes expectativas. Todo el mundo conoce, prosiguió, las disputas típicas que se dan en el seno de la agencia y ningún departamento está preparado para aceptar las soluciones que propone otro cuerpo, especialmente si éstas pueden provocar cualquier inconveniente, por pequeño que sea. Las grandes agencias gubernamentales, cuya misión es coordinar la actividad de otros organismos de menor rango, se desmembran por causa de esas mismas pugnas y sus decisiones suelen ser producto únicamente de mayorías fortuitas. Los cuerpos supraministeriales, como el Consejo del Trabajo y de la Defensa o los consejos económicos regionales, carecen del poder necesario porque el Partido, ofendido, apela al Consejo de Comisarios y logra, con frecuencia, que sus decisiones se revoquen. «En una palabra —afirmaba Kuibishev—, no daréis en este sistema con un solo cargo que no esté en el ojo del huracán». Y añadía: la gente confía aún en que el Cuerpo de Inspectores Proletario-Campesino encuentre el modo de convertirse en esa autoridad.

Por increíble que parezca, en ese diagnóstico que revelaba la ausencia de autoridades indiscutibles, no se decía que el Politburó fuera una excepción, aunque tampoco podemos concluir que se tratara de un descuido.

El propio Politburó buscaba la manera de remediar la situación, sobre todo destituyendo a viejos cuadros del aparato y formando a nuevos, y sabemos lo suficiente de Stalin para intuir a estas alturas que, a su entender, una organización defectuosa como aquella no equivalía a otra cosa que al sabotaje a gran escala.

En 1940, ya con las grandes purgas en el recuerdo, el comunismo «sin deformaciones», y más concretamente «sin burocratización», que algunos habían presagiado seguía quedando muy lejos. Basta leer estos lamentos publicados en *Izvestia*, que recogen las palabras que Kuibishev pronunciara doce años antes: «Muchos departamentos y agencias superfluas han crecido en nuestra administración estatal, un sinfín de superestructuras cuyos

trabajadores se limitan a escribir, a “realizar indagaciones” o a responder correspondencia. Demasiado a menudo, todo este papeleo no conduce a nada». Este texto figuraba en uno de los artículos principales, que lamentaba a continuación la plétora de agencias de abastos y ponía el ejemplo de Gorki, donde proliferaban sin el menor control, tanto que sólo en dicha población ya había sesenta. Cada comisariado contaba con varias agencias de abastos; cada agencia, con un personal considerable, y los gastos corrientes no dejaban de aumentar. Las agencias se solapaban, pues todas llevaban a cabo en principio las mismas tareas. En Gorki, los gastos corrientes se duplicaron en 1940, y el editor de *Izvestia* no acertaba a comprender el porqué. Sin embargo, mucho más preocupante era que se tratara de un fenómeno extendido.

El régimen responsable de esta situación, bien de la «movilidad social», bien de la proliferación de la burocracia, se hallaba a su vez entre la espada y la pared y se veía obligado a reaccionar a una emergencia tras otra, emergencias que constituían, todas ellas, una amenaza. Esta percepción de la situación se convirtió en el principal motor del estalinismo. No sólo existían las amenazas, sino que el régimen las necesitaba para movilizar a los fieles y justificar el terror. Aun así, el terror no logró poner fin a los factores que habían desestabilizado la estructura social. Los campos y el terror no hicieron sino agravar la inestabilidad y la sensación de inseguridad entre la sociedad, un sentir que acababa repercutiendo en el Estado. El temor a un sistema ingobernable y a perder el control del «magma» social azoraba a los jerarcas. Sus contramedidas consistían en reforzar el control del Estado sobre la mayoría, cuando no todos, los aspectos de la vida, en incrementar la centralización y en transformar el sistema en un campamento fortificado, aumentando el número de jefes en cada nivel administrativo, precisamente lo que denunciaba *Izvestia*.

Sabemos que las burocracias, por eficientes o ineficientes que sean, no son una herramienta que sea fácil de doblegar. El estalinismo confiaba en dar con una solución a sus problemas «domando a los domadores», es decir, sometiendo a los líderes de la burocracia. Pero este propósito se vería dificultado por una trampa imprevista en la que cayó toda la cúpula. Habían concentrado en sus manos un poder extraordinario, que justificaban amparándose en sus tareas. La estrategia que empleaban consistía en ejercer desde la cúpula una presión asfixiante, algo que tenía su lógica. Que tantas decisiones cruciales dependieran de la capacidad y del maquillaje psicológico de un pequeño grupo de dirigentes, y de cada uno de sus miembros por separado, pudo haber servido, a la vista de los hechos, para unificar y

consolidar el grupo. Sin embargo, en la vorágine de los años treinta, cuanto más reforzaba la cúpula el control sobre los mecanismos de poder, más intensa era la sensación de que las cosas se les iban de las manos, y conforme leían informes o visitaban fábricas, pueblos y ciudades, se daban cuenta de que la gente no cumplía las órdenes, de que ocultaba la realidad tanto como podía o de que, simplemente, era incapaz de mantener el ritmo fijado. Millares de directrices y decretos no se habían llevado a la práctica, y todo ello contribuyó a que se extendiera entre los dirigentes la percepción de que su poder era mucho más frágil de lo que parecía. Compartían una sensación de inseguridad y de desorientación, y algunos dudaron incluso de la validez de sus políticas.

Podríamos calificar este fenómeno de «paranoia sistémica», un término que da cuenta de la precariedad del poder y que se erigió en uno de los elementos principales de la autocracia estalinista y de su propia beatificación.

Abrumados por problemas y socavada su fe por las dudas, los jerarcas fueron quedando más y más a merced de la influencia de uno de sus miembros, que parecía suficientemente fuerte y decidido para enfrentarse a aquel momento histórico. Su dureza, su carácter implacable incluso, parecía la cualidad necesaria para la misión que tenían ante sí. Vivían el clásico momento propicio para que alguien que manejara los hilos entre bastidores lograra reunir todo el poder en sus manos, incluido el de decidir el destino del resto de líderes. Fue precisamente entonces cuando el poder autocrático llegó a su apogeo. El futuro del país quedó a expensas de una psique, de una personalidad dada a la paranoia, de una figura sobre quien había recaído todo el peso del país en los años treinta. Tal es la coyuntura que explica el subtítulo de esta primera parte, «Un régimen y su psique». De haber existido un liderazgo colectivo, habría sido posible atenuar los efectos de dichas tensiones. Pero en cuanto una persona se impregna de tal modo del poder, es inevitable que acaben produciéndose episodios de irracionalidad, y por supuesto episodios sangrientos. La «paranoia sistémica», a nivel político, cristalizó con la aparición de tendencias paranoicas, a nivel psíquico, en un individuo. Rencor, malicia, arteria, furia... Todos estos componentes pasaron a formar parte del *modus operandi* del sistema.

Sin embargo, también coincidió todo eso con el momento en el que el sistema que creó Stalin se mostraba firmemente reacio a dejarse «dominar», a pesar de que la imagen del «dominador» se proyectaba tanto en el país como en el extranjero. Por supuesto, se había alcanzado el objetivo, una

centralización extrema del poder, pero ya no quedaba más alternativa que seguir aferrándose compulsivamente a la cima del poder. La situación provocó tensiones y efectos colaterales: cuanto menos poder se delegaba, más imperceptible era su ejercicio por parte de los «pequeños Stalines» locales; cuanto más se monopolizaba la información, más lejos estaba la verdad; cuanto más se controlaba una institución, menos poder se tenía sobre ella. Ya hemos dicho que esta configuración era inestable de por sí y que se percibía como una amenaza. Por lo tanto, no es de extrañar que una de las características del estalinismo fueran las luchas entre los grupos rivales. El sistema no sabía cómo sobreponerse a los efectos de esta evidente sobreconcentración de poder, puesto que formaba parte de su esencia. Aun así, los «rivales» no eran individuos, de manera que la seguridad personal del dictador jamás estuvo en peligro. Los rivales reales eran limitaciones objetivas, cuya existencia «para nosotros» había negado Stalin en 1924: tendencias y cambios sociales, desgaste institucional, estructuras psicológicas y culturales... Más tarde tendremos ocasión de apreciar los efectos de dichas limitaciones.

Entretanto, comoquiera que la esencia del estalinismo consistía en la acumulación de todo el poder en manos de Stalin, podemos ocuparnos de la cuestión de cómo gobernaba Rusia. Si no le hubiera preocupado en exceso ese ejercicio solitario del poder, podríamos usar el título de la obra de Merle Fainsod *How is Russia ruled?* para encabezar el siguiente capítulo. Pero nuestra investigación nos lleva a formular la pregunta de un modo totalmente diferente.

¿CÓMO GOBERNÓ STALIN?

Empecemos con un descubrimiento sencillo y sorprendente: el mismo hombre para quien la vida familiar apenas tenía significado (de hecho, casi no le interesaba) y cuya vida personal era un desastre (¿acaso le afectaba que fuera así?) decidió, en tanto que dirigente, personalizar y privatizar el poder institucional. Y no es de extrañar, porque a eso, y no a mucho más, se reducía su vida. Para llevar a término ese extraño proyecto, se sirvió del método de fragmentar las principales instituciones políticas y vaciarlas de contenido.

Empezando por el Partido, donde las cosas se ven con mayor claridad. El Partido fue liquidado como organización autónoma, que es lo que había sido durante el bolchevismo, y se transformó en un aparato burocrático, y así fue tratado, es decir, con un desdén considerable. Es sintomático que se abandonara en 1932 el viejo principio comunista del «máximo del Partido», en virtud del cual un miembro, con independencia de su cargo en la jerarquía, no podía ganar más que un obrero cualificado, como sucedió también con otros residuos del igualitarismo inicial, y que se refirieran peyorativamente a esa máxima como *uravnikolvka* (un descenso de nivel). El motivo era evidente: un «aparato igualitario» es tan real como un círculo cuadrado. Para motivar y controlar a los *apparatchiks*, éstos debían ir asumiendo más responsabilidades y gozar de más privilegios. Los jefes menores del Partido y de la administración del Estado, miembros del Partido en su mayoría, ya no constituían la «fraternidad proletaria». Se buscaban líderes duros y autoritarios, a los que Stalin llamaba «comandantes», para que formaran un cuerpo de dirigentes (*nachal'stvo*) cuya jerarquía estructural abrazara todo el sistema. Estos individuos contaban con el respaldo y los parabienes del Estado, pero no se les permitía apoltronarse en su cargo, un rasgo peculiar de la dictadura estalinista, que desaparecería con su fin. Conforme Stalin reforzaba su control sobre los mecanismos de poder, asistimos también al desmantelamiento de la mayoría de los antiguos órganos consultivos del

Partido y del Estado, a los que reunía sistemáticamente el Politburó. Para sorpresa de quienes aún no estaban al tanto de ello, Stalin despojó a todas las instituciones de su poder, incluido el propio Politburó.

EL POLITBURÓ (1935-1936)

Sigue siendo escaso el conocimiento que se tiene de esta institución central, de ahí que sea conveniente echar un vistazo a su funcionamiento en los años 1935 y 1936, un período de violentos temblores previos al gran seísmo de 1937.

El 1 de febrero de 1935, el pleno del Comité Central elevó a Mikoyan y a Chubar a la categoría de miembros de pleno derecho del Politburó, mientras Zhdanov y Eije eran nombrados candidatos. No hubo en esta ocasión juegos de manos entre «moderados» y «radicales», sino un mero procedimiento para llenar los puestos vacantes. Mikoyan y Chubar sustituyeron a Kirov (asesinado) y a Kuibishev (fallecido) porque eran miembros candidatos desde tiempo atrás y habían ocupado cargos de responsabilidad desde 1926. Eije, líder de una importante región remota (Siberia Occidental), no podía participar con regularidad en las reuniones. En cuanto a Zhdanov, era imposible negarle la categoría de miembro candidato: era secretario del Comité Central desde 1934, trabajaba *de facto* como miembro del Politburó e iba a sustituir a Kirov como secretario del Partido en Leningrado.

La redistribución de funciones y de responsabilidades en el seno del Politburó (27 de febrero de 1937), probablemente decidida en una reunión previa entre algunos miembros del Politburó y Stalin, fue significativa. Andreyev abandonó su cargo como comisario del Ferrocarril y fue nombrado secretario del Comité Central. Kaganovich asumió los ferrocarriles y mantuvo su puesto en la Comisión de Control Central y en el comité del Partido de Moscú. Andreyev se unió al poderosísimo Orgburó, que preparaba los informes para el Politburó y se puso al frente de él. Sin embargo, la preparación de la agenda del Orgburó debía llevarse a cabo en colaboración con Yezhov, que había sido ascendido para dirigir la Comisión de Control. Andreyev también pasó a encabezar el Departamento Industrial del Comité Central, en sustitución de Yezhov, y se le encargó la supervisión del Departamento de Transporte del Comité Central y del Departamento de Asuntos Corrientes. Yezhov, por su parte, pasó a ocupar un cargo de suma importancia: responsable del departamento de «órganos principales del

Partido». El resto de departamentos, especialmente el de Cultura y el de Propaganda, siguieron bajo la supervisión personal de Stalin. Kaganovich continuaba encargándose de los comités del Partido de la región de Moscú y de la capital, pero le rogaron que diera prioridad a su trabajo en el Comisariado de Ferrocarriles. Confiaban en él para que solucionara los problemas que se pudieran plantear y el sector precisaba de alguien con mano firme.

Esta reorganización da una idea de la actividad del Comité Central y, en especial, de sus departamentos y cargos más importantes. Nuestra fuente, Oleg Jlevniuk, nos ofrece algunas de las claves para interpretarla, al revelar que, detrás de esa redistribución de cargos, había un plan deliberado por parte de Stalin^[1], que pretendía debilitar el poder de sus socios más cercanos repartiéndolo. Kaganovich, considerado en el pasado el segundo de a bordo, perdió su puesto. Formalmente, lo sustituyó Andreyev, que compartía responsabilidades en algunos ámbitos con Yezhov. Andreyev tenía algunos cometidos importantes en el Politburó, pero estaba al frente de un departamento de segunda fila, el de Industria, mientras que Yezhov, que no era miembro del Politburó, se ocupaba de departamentos de primer orden, motivo por el cual participaba en las reuniones. Stalin había confiado a Yezhov el mando de Asuntos Internos (el NKVD), donde éste se ocupó de la organización del juicio a Zinoviev. Encargado por el Partido de la supervisión del NKVD, preparó los estatutos del Departamento de Espionaje y Contraespionaje, el GUGB (Departamento General de Seguridad Estatal) y controló *de facto* el NKVD durante dieciocho meses, convirtiéndose oficialmente en el comisario de Asuntos Internos. Su primera misión como responsable de la Comisión de Control del Partido fue organizar la campaña para el control de los carnets del Partido, una especie de purga previa. Posteriormente, sería el responsable de las purgas durante un año y medio.

Zhdanov fue trasladado a Leningrado, pero pasaba diez días al mes en Moscú. Siguiendo con la política de dispersión, Stalin decidió también que en lugar de tres secretarios del Comité Central (él mismo, Kaganovich y Zhdanov), la cifra ascendería a cinco. Y desapareció el puesto de «segundo» de Stalin. Sus reuniones con los miembros del Politburó eran menos frecuentes, se regían por un calendario estricto y pasaba menos tiempo con Molotov y Kaganovich. Aunque no había sido degradado, en los años 1935 y 1936 Kaganovich tenía que consultarlo todo con Stalin, y pedir su aprobación. Sus cartas al líder contenían toda clase de fórmulas obsequiosas, toda vez que en el pasado había tomado unas cuantas decisiones por sí mismo y se dirigía a

Stalin sin mostrarse servil. Estas lisonjas en las altas esferas son un buen indicador de la pérdida de influencia de los miembros del Politburó y del aumento del poder personal de Stalin. Con el tiempo, la mera firma en una circular que contenía la resolución que había que aprobar bastaba para adoptarla. Se habían acabado las críticas y las reservas, algo considerado normal hasta entonces entre los jerarcas. También desaparecieron sin dejar rastro las peticiones de jubilación, las negativas a redactar un informe o los ultimátums para defender los intereses de una agencia en particular. Dejaron también de circular de vez en cuando los documentos con las decisiones que debían aprobarse. En muchas resoluciones no figura sino el sello de Molotov. Otras las tomaban algunos miembros que visitaban a Stalin, estando éste de vacaciones en Sochi.

En ocasiones bastaba con un telegrama de Stalin. La famosa carta en la que anuncia la designación de Yezhov al frente del NKVD y que presagia la caída de Yagoda, que llevaba un retraso de cuatro años en la organización de las grandes purgas, estaba firmada por Stalin y Zhdanov. Kaganovich recibió copia el 25 de septiembre de 1936. Por su parte, el «pobre» Yagoda, que no se había dado cuenta de que debía haber actuado en 1932, fue ejecutado. Stalin ejercía un poder tan rotundo que hacía que todos pasaran constantemente por el aro. Un buen ejemplo de ello son las acusaciones contra Yagoda: es evidente que habría sido incapaz de iniciar una gran purga en 1932 de no haber recibido instrucciones expresas en ese sentido por parte de Stalin.

Para dominar el Politburó, aplicó el método del divide y vencerás. Por capricho de Stalin, funcionaba en pequeñas unidades (reuniones de siete personas, de cinco, de tres o de dos). Tan sólo se convocaba a quienes tenían que presentar alguna cuestión, y los encuentros solían ser cenas en la dacha de Stalin, a las que estaban invitados los considerados «amigos». Así lo cuenta Mikoyan^[2], que explicaba que existió un quinteto en el Politburó hasta 1941 formado por Stalin, Molotov, Malenkov, Beria y él mismo, que se ocupaba de las cuestiones de política internacional y de «asuntos operativos». Después de la guerra, se unió al grupo Zhdanov, como haría más tarde Voznesenski. Voroshilov, que había ingresado en él al principio de la guerra, fue apartado en 1944.

Este núcleo, del que estaban excluidos Kaganovich, Kalinin y Jrushchov, a quienes se habían asignado pesadas tareas administrativas ajenas al Politburó, ha recibido el nombre de «pequeño» Politburó. La «costumbre» de convocar a un número reducido de personas de confianza surgió en tiempos

de la pugna del triunvirato, formado por Stalin, Zinoviev y Kamenev, contra Trotski, y prosiguió con unos participantes diferentes en la lucha contra Rikov, cuando éste estaba al frente del Sovnarkom, el Consejo de los Comisarios del Pueblo. En los años treinta, Stalin envió a Molotov una carta en la que le pedía que se ocupara de un problema importante y lo discutiera con algunos «amigos». No todos los miembros del Politburó eran considerados como tales, ni podían tener la certeza de que iban a serlo para siempre. Antes de la guerra, gente como Rudzutak, Kalinin, Kossior y Andreyev jamás fue invitada a estos encuentros «íntimos», aunque seguramente estaban al tanto de su existencia.

En resumen: en manos de Stalin, el Politburó era, precisamente, un órgano cuyos miembros nominaba él personalmente y del que se servía a su antojo.

EL APARATO DEL PARTIDO

A medida que el Partido perdía su identidad política, aumentaba la complejidad del aparato, el corazón mismo del sistema. Con el propósito de «simplificar» las cosas y garantizar un mayor control, se creó un superaparato, tildado de diferentes maneras —«especial», «político» o «general»— para ponerlo al servicio de Stalin, sin el conocimiento del resto del aparato, y cuyo personal crecía constantemente; algo parecido a lo que sucedía con su estatus variable con respecto a los departamentos del Comité Central. Lo dirigía el secretario personal de Stalin, el ubicuo y tremendamente discreto Poskrebishev, que logró de este modo un ascenso y un aumento salarial. Por su parte, la autoridad del Sovnarkom, una institución presuntamente poderosa y formada por departamentos, especialistas y asesores, se vio socavada por los manejos conspirativos de su cúpula. De hecho, quedó marginado, ya que Stalin y Molotov tomaban todas las decisiones en otras instancias. Éstos usaban un canal de comunicación de lo más secreto para llevar a cabo sus planes: Molotov presentaba sus propuestas a Stalin y éste las corregía, aprobaba o rechazaba, enviándole una respuesta con carácter de orden a través del mismo canal. ¡Cuánta privacidad! Si hoy conocemos todos estos detalles es gracias al trabajo de Oleg Jlevniuk y su equipo de denodados investigadores en los archivos soviéticos.

Si echamos un vistazo al complejo y creciente sistema de poder de Stalin, podemos destacar algunos rasgos. Nos enfrentamos a un «Estado de la seguridad», encabezado por una figura que organizaba su propio «culto» y

que recurría a un método laborioso, refinado hasta el último detalle, para dirigir y controlar todo el edificio. El objetivo no era únicamente garantizar su buen funcionamiento, sino también evitar que el entorno o cualquier funcionario acumularan demasiado poder o autoridad, lo que consiguió dividiendo las grandes instituciones del Estado y vaciándolas de contenido. Esta forma de gobierno, totalmente opuesta a lo que se esperaba en aquellas circunstancias, creó una situación de saturación, a la que la capital respondió con medidas de emergencia.

Como si de un gobierno pragmático se tratara, el propio Stalin, el Politburó, el Orgburó y la Secretaría se ocupaban de cuestiones locales insignificantes, lo que equivalía, ni más ni menos, a un intento de gestionar a pequeña escala un continente desde el centro de poder situado en Moscú.

Para apreciar el esfuerzo que dedicaban los líderes y sus equipos a esta gestión de grupos sociales, instituciones, gente y bienes materiales, nos basta con fijarnos en las minutas de las dos principales agencias del Comité Central: el Orgburó y la Secretaría. Las agendas de los dos organismos, donde se preparaban los materiales para las reuniones del Politburó, son una lluvia de ideas, tan aleatorias como la cantidad de puntos y de documentos que estudiaban. Sin embargo, no hay mejor ilustración de qué significaba en la práctica esta gestión a pequeña escala que los numerosos telegramas de Stalin (firmados por él) al Partido o a las agencias estatales situadas en el otro extremo del país, y en los que ordenaba que enviaran a una cantera los clavos que les urgían, que construyeran una línea de ferrocarril interior en una acería o que consiguieran alambradas, un producto difícil de encontrar por esas fechas. Conviene añadir que todos estos mensajes revestían la forma de ultimátum.

La Secretaría y el Orgburó actuaban siempre del mismo modo, y se ocupaban minuciosamente de todo tipo de problemas. La labor que hacían era impresionante, especialmente el empeño que ponían en formar o reciclar a los obreros, los especialistas y los cuadros en todo tipo de profesiones, en crear cursos, escuelas y academias, o en recopilar listas de estudiantes y de profesores. Se trataba de proporcionar al Estado los cuadros necesarios y de sustituir un grupo de especialistas por otro, por escasos que éstos fueran.

En resumen: lo aquí expuesto es el funcionamiento de un Estado altamente centralizado, que asumía una cantidad de tareas a menudo inviables. Como consecuencia de ello, el sistema sufría de una «hipercentralización», únicamente remediable delegando en las capas

inferiores, al tiempo que la orientación política general queda en manos del núcleo. Sin embargo, en el sistema que nos ocupa, el líder supremo confundió su propia seguridad con la del país y vio cada fracaso como una falta que había que castigar. Un jefe así debía parecer omnipotente, de ahí que, en un país con una falta acuciante de cuadros, Stalin pudiera declarar que «no hay nadie insustituible», una fórmula tanto más falaz por cuanto era falsa.

EL DOMINIO DE LOS TALENTOS Y SU UTILIZACIÓN

Las características a las que nos hemos referido anteriormente, incluida la gestión práctica a pequeña escala, también se pueden aplicar a las políticas culturales y, por descontado, a las relaciones del gobierno con las principales figuras del mundo de la cultura y de la ciencia. En este extremo, la dictadura de Stalin fue innovadora.

En cuanto Stalin se vio firmemente instalado en la poltrona, emergió otro rasgo más de su personalidad: una curiosa fascinación, una mezcla de atracción y repulsión, por el genio o el gran talento, una urgencia por dominarlo, utilizarlo, humillarlo y, en última instancia, destruirlo, algo así como si se tratara de un niño que afirma su posesión de un juguete destrozándolo. El trato que Stalin dispensaba a grandes escritores, científicos o figuras militares da cuenta de esta tendencia a la destrucción. Algunos de ellos quedaron inexplicablemente a salvo, pero el hecho de que se interesara por alguien siempre resultaba peligroso, cuando no ominoso, para el personaje.

Esta cuestión nos abre la puerta de otra faceta importante de la insaciable sed de Stalin por el control total de su mundo. Decidió aprovecharse del poder de la ficción en las novelas, las obras de teatro y las películas, para introducirse en la mente y en el alma de sus súbditos, en su sistema emocional. Era consciente, y lo envidiaba, del poder de un escritor que, por sí solo, podía hacer suyos los pensamientos y las emociones de millones de personas de un modo más eficaz que toda la *agitprop* del mundo. Para él, el arte era una herramienta que le podía rendir un gran servicio, siempre y cuando se formara a los creadores y su trabajo fuera revisado personalmente, una situación en la que Stalin ejercería, en cierto sentido, de editor y asesor o discutiría con los autores la conducta de sus protagonistas. Como ya se habrá dado perfecta cuenta el lector, estos «protagonistas» debían obedecer, y no

había necesidad alguna de ser un escritor para que dicha obediencia fuera un hecho.

Stalin tampoco era un científico, pero editó personalmente el discurso de Lisenko en la Academia de Ciencias con vistas a su publicación. También tenía la última palabra en cuestiones económicas y lingüísticas y, huelga decir, en historia. Comoquiera que estaba escribiendo una página de la historia, ¿por qué no iba a ocuparse personalmente de los manuales de historia de las escuelas? En definitiva, el trabajo de Stalin asumió unas proporciones patológicas: buscaba el control personal de un universo complejo que jamás nadie había logrado dominar y sobre el que nadie había conseguido imponer su voluntad. ¿Acaso se tomaba por un genio? Podemos afirmar que lo fascinaban los grandes talentos. ¿Colmaba su apetito el saber que podía destruirlos en cuanto se lo propusiera? ¿O no era lo que le colmaba sino el placer de que podía detectar errores y brindarles consejo lo que le satisfacía? Cuesta dar con una respuesta, pero sin lugar a dudas se trata de una cuestión pertinente para el tema de la patología política.

LA «DISCULPA» DE STALIN A TUJACHEVSKI

Su comportamiento para con el brillante mariscal Tujachevski, que por aquel entonces tenía treinta y siete años, nos da el primer ejemplo del humor cambiante de Stalin con respecto a las personas de talento^[3]. Sabemos que Stalin se tenía a sí mismo por un gran estratega. Cuando, en 1929-1930, Tujachevski se embarcó en una campaña para llamar la atención del líder sobre la nueva tecnología militar y los cambios inminentes en el concepto de guerra, Stalin apoyó el rechazo manifestado por Voroshilov a propósito de esas ideas y le escribió para decirle que Tujachevski «se movía peligrosamente en terrenos antimarxistas, irreales e incluso en el militarismo rojo». Al mismo tiempo, destituyó y detuvo a 3.000 antiguos oficiales zaristas. El NKVD «arrancó» una confesión de uno de ellos, que aseguraba que Tujachevski, un antiguo oficial zarista, pertenecía a una organización derechista y colaboraba en la preparación de un golpe.

Stalin estaba encantado con aquella declaración. Aún conservaba un amargo recuerdo de la campaña de Polonia en 1920, en la que lo acusaron una y otra vez, incluido Tujachevski, de ser un comandante militar mediocre. Pero aún no había llegado la hora de la venganza. Stalin escribió a Molotov, entre otros, para contar que había investigado personalmente las acusaciones contra

Tujachevski y que había llegado a la conclusión de que estaba «limpio al cien por cien». En 1932, dirigió incluso una disculpa personal a Tujachevski, que incluía una copia censurada de la carta que había enviado a Voroshilov en 1930, de la que había desaparecido la mención al «militarismo rojo». Se acusó a sí mismo de haber sido inexplicablemente duro, una postura cuando menos curiosa. De hecho, Stalin había adoptado el punto de vista de Tujachevski sobre la tecnología militar, aunque en este sentido, como en tantos otros, los objetivos fijados en 1932 estuvieran lejos de cumplirse. La disculpa no se hacía eco de las acusaciones fabricadas por el NKVD contra el mariscal en 1930. Era una misiva evidentemente falsa, y esta duplicidad no habría escapado a ojos de Tujachevski de haber comprendido el militar a Stalin. El sentido real del gesto de Stalin era: en estos momentos te necesito, pero sigue colgando sobre tu cabeza una espada...

Bien porque era ingenuo o por pura audacia, Tujachevski fue el único participante que no acabó su discurso durante el XVII Congreso del Partido, en 1934, con el viva obligatorio al líder. La hora de la verdad llegó en 1937, cuando Stalin se deshizo del Estado Mayor. A Tujachevski, posiblemente la mejor mente militar del país, le esperaba un destino especial. Salieron a la luz «informes procedentes de una fuente alemana», totalmente falsos, que «demostraban» que la flor y nata del ejército había traicionado a la patria. Golpeado de un modo atroz, Tujachevski fue arrastrado en presencia de Stalin para un careo con quienes lo acusaban. Evidentemente acabó siendo encontrado culpable. Nos hallamos ante un maníaco que rompe un objeto de valor simplemente para demostrar que no es irrompible. Preferir al incompetente pero obsequioso Voroshilov antes que a Tujachevski y al resto y acabar con el Estado Mayor fue un error garrafal. Esta purga se bastaría para condenarlo a la pena de muerte...

No hay posibilidad de saber si a Stalin lo perseguía el recuerdo de sus víctimas. Sin embargo, las estrategias a las que recurrió durante la segunda guerra mundial habían sido brillantemente expuestas por Tujachevski, que llegó a bombardear a Stalin con memorandos y artículos sobre la necesidad de prepararse para una guerra en la que serían indispensables unos recursos tecnológicos extraordinarios y en la que los ejércitos móviles, preparados para incursiones y sitios, tendrían un papel sin precedentes. Todos estos adelantos precisaban de un nuevo sistema de mando y de coordinación. Al principio de la guerra, los alemanes emplearon estas estrategias contra las tropas soviéticas con un efecto devastador. Por supuesto, nadie se atrevió a preguntarle a Stalin por qué se había deshecho de los generales más brillantes. ¿Quién era el

auténtico traidor? La tragedia del 22 de junio de 1941 se habría podido evitar con gente como Tujachevski, Blucher y Yegorov.

En una ocasión, Stalin recibió una bofetada moral en la cara, aunque no sabemos si en el momento en que se produjo fue consciente de ello. Después de liquidar al Estado Mayor, Stalin y Voroshilov asistieron a una reunión con los comandantes de la aviación para discutir cómo recuperar a la fuerza aérea del lamentable estado en que se encontraba a raíz de las purgas. Los mandos pusieron las cartas sobre la mesa: todo, los aviones, el armamento, los motores, el combustible, las provisiones, la economía, la administración..., se hallaba en un estado penoso. La formación era un desastre y la cifra de aviones y pilotos perdidos, alarmante. Stalin prestó atención, pidió detalles y planteó preguntas concretas para demostrar su competencia y su dominio de la cuestión. Voroshilov adoptó un papel menos activo, pero fue el encargado de cerrar la reunión con un rapapolvo contra los mandos, a quienes acusó de no haber sido capaces de mencionar lo que era «evidente»: la situación se debía al sabotaje y a la traición del antiguo Estado Mayor, justamente castigado. Las actas de la reunión muestran que, de las docenas de mandos que intervinieron, ni uno solo empleó la palabra «sabotaje». Tal silencio deja patente que su explicación era otra bien distinta: la dura situación que vivía la aviación era el resultado de la pérdida de un grupo de oficiales altamente cualificados. El arrebató de Voroshilov se pudo deber, también, a que éste interpretó que el silencio llevaba implícita la condena hacia los jefes, y al miedo ante la posible reacción de Stalin al enterarse de que sus subordinados no prestaban la atención debida a los enemigos de la URSS. No sabemos qué le dijo Stalin a Voroshilov. Sea como fuere, y sin duda preocupado porque la aviación no estuviera ni mucho menos preparada para entrar en combate, no perdió la compostura en aquella ocasión.

Otro ejemplo, que encontramos en las memorias del escritor Konstantin Simonov y que también tiene a la aviación como protagonista, revela la otra cara de Stalin. En él se narra una conferencia de alto nivel a la que el dictador asistió al principio de la guerra, a propósito del número desmesurado de accidentes de aviones y de las enormes pérdidas de pilotos. Un joven general de la fuerza aérea lanzó una pregunta de lo más simple: aquellos aviones, de mala construcción, eran auténticos «ataúdes volantes». Stalin era el comandante en jefe. Enfrentado a una acusación tan categórica como aquella, enrojeció de ira. Evitó un desplante en público pero murmuró: «¡Más le habría valido quedarse callado, general!». Aquel mismo día, el joven general desapareció para siempre jamás^[4].

LAS AGUAS DEL DON BAJAN ALGO REVUELTAS

En el último ejemplo interviene el escritor Mijail Sholójov, que se erigió en portavoz de la corriente nacionalista y conservadora tras la muerte de Stalin, lo que le granjeó un buen número de enemigos. No obstante, los acontecimientos aquí narrados se remontan al año 1933, cuando la región cosaca de Kuban, tan querida por Sholójov, fue golpeada por la hambruna, como muchas otras regiones de Rusia y de Ucrania.

Sholójov escribió a Stalin para condenar la tragedia de los campesinos de Kuban, privados a la fuerza de las cosechas a raíz de las órdenes de las agencias de abastos de grano en el preciso instante en que la hambruna empezaba a dejarse notar. Sholójov era audaz, pero Stalin toleró la descripción dramática de los resultados de sus propias políticas. ¿Por qué? De hecho, todo estaba calculado. Stalin se obligó literalmente a leer la rotunda denuncia que Sholójov hizo de los malos tratos que se infligían a unos campesinos condenados al hambre, de la arbitrariedad de la administración local y de las provocaciones de la policía secreta. En cuando acabó la lectura, ordenó que se enviara a la región la cantidad de grano que Sholójov consideraba necesaria para evitar un desastre. Protegió incluso a Sholójov de la ira de las autoridades locales, incluida la policía secreta, que hicieron todo cuanto estuvo a su alcance para desprestigiar este diálogo directo entre ambos, que tantos problemas les causaba. La otra era toda una demostración de artimañas, y Stalin interpretaba a todos los personajes: provocaba «enfrentamientos» falsos, fingía haber comprobado personalmente los hechos y rehabilitó a los amigos de Sholójov en el aparato local del Partido. Y lo hizo porque anhelaba algo de Sholójov: el prestigio a ojos del público ruso. Aquel hombre era un auténtico cosaco ruso —Stalin, no—, un escritor poderoso y un buen orador —todo lo contrario de Stalin—. El líder se resignó a aceptar los hechos y las críticas del escritor, a pesar de que le irritaba sobremanera toda la situación. Finalmente, sin embargo, se quitó la máscara. En un breve fragmento de una carta presuntamente amistosa a Sholójov, dio rienda suelta a su ira. Stalin en estado puro:

No ves sino un cara de la moneda. Pero para evitar los errores políticos (tus cartas no son literatura, son política), tienes que ver la otra cara. Tus tan respetables campesinos han lanzado una guerra

«secreta» contra el poder soviético, una guerra que usa la hambruna como arma, camarada Sholojov. Evidentemente, en modo alguno justifica esto el escandaloso tratamiento que se les dispensa. Pero está claro como el agua que estos respetables campesinos no son tan inocentes como podría parecerlo desde la distancia. Sea como fuere, recibe mis cordiales saludos. Un abrazo. I. Stalin.

Si dejamos de lado la cuestión de quién hizo morir de hambre a quién en 1933, vemos en esta carta (como también lo vio Sholojov) una expresión de la *realpolitik* de Stalin, un llamamiento político-ideológico a coger las armas contra el sabotaje perpetrado por los «respetables campesinos». Stalin declaró esta guerra recurriendo a términos similares en una reunión del Comité Central de enero de 1933, cuando hizo un llamamiento al Partido y al país para movilizarse contra las hordas de enemigos anónimos que estaban «socavando perniciosamente» los cimientos del régimen. En su carta a Sholojov, llegó a insinuar que un enemigo aún mayor, todo el campesinado, había declarado la guerra del hambre al sistema.

Es posible que Sholojov se diera cuenta de lo peligroso de su situación. De hecho, Stalin lo acusaba de defender a unos enemigos «perniciosos» por los que el dictador sentía un odio visceral. El prestigioso corresponsal de Sholojov le estaba indicando que su vida podía correr peligro en cualquier momento. Puede que Stalin odiara a Sholojov, pero necesitaba de su talento para llegar a su meta.

A Stalin no le preocupaba el sufrimiento del pueblo, pero sabía que era responsable de aquel desastre y que su imagen saldría muy perjudicada si las masas campesinas se volvían en su contra. Las repercusiones en el ejército y en la policía, cuerpos formados en su mayoría por jóvenes del campo que no tendrían miedo a alzar la voz cuando supieran que sus padres se morían de hambre o sufrían todo tipo de injusticias a manos de las autoridades, serían inmediatas.

Stalin jugaba a construir su propia imagen. Estar sobre un pedestal, lejos de las disputas, garantizaba mucho mejor su seguridad y su poder que un grupo de guardaespaldas. Y, en aquellos tiempos de hambrunas y de persecuciones campesinas, ¿acaso había algo mejor para su imagen que una declaración pública por parte de un defensor del campesinado como Sholojov, en la que afirmara que Stalin había ordenado en persona el envío de toneladas de cereales para salvar vidas? Ése era, justamente, el quid de la cuestión y eso

fue, precisamente, lo que Sholojov dio a la prensa, sin tener que mentir siquiera.

LA VIDA EN LA CÚPULA (LOS AÑOS CUARENTA)

Otra de las imágenes que Stalin gustaba de proyectar, la del campesino ahorrativo (*joziain*), era, en cierto modo, un rasgo real de su carácter. No toleraba debilidades personales como la bebida, las relaciones extramatrimoniales o el comportamiento lujurioso, ni siquiera en sus colaboradores más cercanos. Se aseguraba de estar al tanto en todo momento de dichos comportamientos y ordenó que espieran a los miembros del Politburó para poder conocer dichos actos y explotar esas debilidades en caso de ser necesario.

Las memorias de Aleksei Kosigin nos permiten conocer un tanto las maquinaciones de Stalin en los años cuarenta. Una estrella en progresión al final de la segunda guerra mundial, Kosigin contaba en su haber durante la contienda con logros como la evacuación de una planta industrial de los territorios que estaban a punto de caer en manos de los nazis y la organización de las provisiones en la sitiada Leningrado. Kosigin no era un personaje popular a ojos de muchos miembros de la jerarquía, envidiosos como estaban de su rápido ascenso, pero también era una persona temida, porque Stalin lo había puesto bajo su paraguas y le había asignado la delicada misión de preparar una lista con los privilegios de que debían disfrutar los miembros del Politburó. Como explicó más tarde Kosigin a su yerno Gvishiani, Stalin le dijo en una reunión del Politburó que disponía de una lista detallada de todo lo que las familias de Molotov, Mikoyan, Kaganovich y algunas más gastaban en ellos, en sus guardaespaldas y en su servicio, y estaba hecho una furia: «Es sencillamente repugnante». En aquella época, aunque los miembros del Politburó ganaban un salario comparativamente modesto, tenían acceso ilimitado a bienes de consumo, de ahí la reacción airada de Stalin cuando pidió a Kosigin que pusiera la casa en orden. Evidentemente, nadie se atrevió a culpar a Stalin, y algunos, como Mikoyan, comprendieron que era una manera de mantenerlos alerta, si bien tal vez también fuera un pretexto para deshacerse de algunos cuando lo considerara necesario.

De hecho, Stalin se pasaba el día tramando. Kosigin también contó a Gvishiani que una de las acusaciones que pesaban sobre Voznesenski, responsable del Gosplan y viceprimer ministro hasta que fue purgado en

1950, era que poseía una o más armas. Kosigin y Gvishiani registraron inmediatamente sus propios hogares y lanzaron a un lago todas las armas. También buscaron dispositivos de escucha y los hallaron en la casa de Kosigin, aunque es posible que los hubieran instalado para espiar al mariscal Zhukov, que había vivido ahí antes que Kosigin. No es de extrañar, por lo tanto, que cada mañana durante aquellos años (1948-1950) Kosigin, un miembro candidato del Politburó, se despidiera de su esposa y le recordara qué debía hacer si no regresaba a casa por la noche. Pero pronto llegaron a la conclusión de que no le pasaría nada; Stalin sentía algo de simpatía por él^[5].

Fue afortunado. Pero todos los líderes, a menos que fueran unos ingenuos o estuvieran demasiado pagados de sí mismos, no tardaron en descubrir la realidad en carne propia o en la de sus colegas. Después del asesinato de Kirov en 1934, se produjo un cambio radical en su estatus a ojos de Stalin, del que se dieron cuenta de inmediato, como se observa en la correspondencia entre Stalin y Kaganovich, su número dos por aquellas fechas. Seguro de sí mismo y muy directo hasta entonces, Kaganovich cambió el tono, se declaraba inmensamente «agradecido» al destino por haberle dado un amigo como aquel, líder y padre: «¿Qué habríamos hecho sin él?», y cosas por el estilo. Es evidente que Kaganovich tuvo, en algún momento, una «revelación»: descubrió que Stalin estaba al tanto de todo lo que podía escribir a quienquiera que fuera. Que líderes de este calado se vieran envueltos en una situación así es algo único en los anales de la historia. Ni siquiera en el entorno de Hitler había ocurrido nada semejante después de la noche de los cuchillos largos, en 1934 (las SA eran rivales políticos potenciales). Observamos aquí, sin embargo, la existencia de un régimen altamente despótico, que no se detenía ante nada y dirigido por todo un maestro en la materia.

Stalin recurrió a diferentes métodos a la hora de construir su imagen. Escogía personalmente las palabras que había que usar a la hora de cantar sus alabanzas en películas, discursos y biografías. Se aseguró de que se emplearan sus superlativos predilectos, pero censuraba otros para demostrar así su modestia. Seleccionaba sus condecoraciones y sus títulos. Cuidaba hasta el último detalle los rituales de congresos y demás acontecimientos públicos, y reescribió la historia de manera que todo girara en torno de su persona.

Stalin se veía como un autócrata y estaba decidido a no compartir ni su lugar ni aquella imagen con nadie más, pasado o presente. Ningún otro jerarca estaba a su altura, y no contaban: los necesitaba simplemente para garantizar

su servilismo. A partir de 1934, los convirtió en una suerte de reclusos temporales encerrados en el corredor de la muerte. Sus espías le proporcionaban todo lo necesario para usarlo en su contra llegado el momento. Para poner a prueba la inquebrantable lealtad de su entorno, acusó a diferentes miembros de sus familias: tres hermanos de Kaganovich fueron asesinados, y la esposa de Molotov, detenida.

En diversas ocasiones, Stalin explicó en las reuniones que se celebraban en su dacha que «el pueblo» quería un zar, un generalísimo. Todo indica que ese deseo coincidía con lo que él mismo anhelaba y necesitaba. Además, el espectáculo del juramento a Lenin en 1924 creó un precedente para su propio culto. Todo esto se aprecia con más claridad al examinar la relación de Stalin con su pasado revolucionario. Resulta sencillo demostrar que lo destruyó y que se empeñó no sólo en elaborar un sistema diferente, sino también todo un panteón y un pasado nuevos. Stalin se enfrentaba a lo que podríamos denominar la necesidad de una coartada histórica, y precisaba de legitimidad. A diferencia de Hitler, por ejemplo, se limitaba a servir su verdadera estrategia y su programa en pequeñas dosis, como hiciera en el discurso sobre los cuadros de 1925. Pero también es conocido el rencor que sentía por otros líderes del partido bolchevique, que no le habían brindado el reconocimiento del que se creía digno. No en vano, el liderazgo histórico, personificado por Lenin, lo había rechazado. A ojos del Partido, no figuraba entre los «padres fundadores» y no se merecía ingresar en ese grupo; era preciso borrar todo eso para justificar la nueva imagen que intentaba imponer por todo el país. Y lo consiguió con un éxito considerable.

LAS PURGAS Y SUS «RAZONES»

La necesidad de armarse con una nueva coartada histórica era, sin lugar a dudas, una de las razones que llevaron a Stalin a iniciar, en 1937, las purgas de cuadros del Partido, que llevaba años contemplando. Necesitaba eliminar todo un período histórico y deshacerse de quienes lo habían vivido y que sabían quién había hecho qué en aquellos heroicos años. Sin embargo, no siempre ejecutó fríamente esta venganza, cuidadosamente planeada y alimentada. En varias fases, dio pie a un estado de extrema tensión.

LA MALDICIÓN DE BUJARIN^[1]

La eliminación de una figura como Bujarin, políticamente débil pero extraordinariamente superior a Stalin desde el punto de vista intelectual, y culpable de haber sido, a pesar de su juventud, uno de los «padres fundadores», el «favorito del Partido», nos da pistas sobre las ideas de Stalin y su mentalidad. La liquidación se llevó a cabo a partir de un guión preciso, que empezó con una fase prolongada de tortura psicológica, siguió con la humillación pública y concluyó con un juicio espectáculo y la ejecución.

Las primeras maniobras se iniciaron en 1936. Angustiado pero desafiante, la reacción de Bujarin muestra una de las caras del drama. En un primer momento, consideraba que aún tenía amigos en la cúpula y envió una carta desesperada a Voroshilov, en la que le pedía ayuda y apoyo. Proclamó su inocencia y concluía así: «Te abrazo porque de nada soy culpable». Pero Voroshilov no era el hombre adecuado al que acudir en busca de ayuda. Inmediatamente mostró la carta a Molotov, que le ordenó que respondiera a Bujarin con una nota que decía: «Más te valdría confesar tus viles acciones en contra del Partido». Si Bujarin no lo hacía, Voroshilov lo consideraría una «sabandija». Voroshilov hizo lo que se le dijo.

Desesperado, y consciente de que era víctima de una trama mortal, Bujarin se dirigió por carta a Stalin el 15 de diciembre de 1936. Usando el apodo georgiano del líder, como en los viejos tiempos, Bujarin lo llamaba «Querido Koba», y afirmaba que acababa de leer un artículo en *Pravda* contra la «derecha» (es decir, contra él) que «me ha hecho desmoronarme». La carta acababa en estos términos: «Las sabandijas, la escoria humana y el odio de la gente me matan. Tuyo, Bujarin».

Supuestamente dirigida contra sabandijas anónimas, aquella diatriba con un tono de maldición se adecuaba perfectamente al carácter de Stalin. Por angustiado que estuviera, es poco probable que Bujarin no supiera quién movía los hilos. Stalin no dudaba de que el odio de la gente al que se refería la nota era una referencia hacia su persona, y su respuesta vengativa a la petición de ayuda de Bujarin y a las acusaciones indirectas llegó durante un «espectáculo» planeado al detalle: las reuniones del Comité Central de febrero y marzo de 1937. La manera como Stalin dirigió los encuentros nos hace pensar en un actor medio enloquecido que se propone llevar a un público cuerdo —los miembros del Comité Central— a un estado de locura colectiva y hasta lograr que compartan sus propias fantasías. Lo que tenía que decir no tenía la menor coherencia, pero el propósito de la reunión no era únicamente destruir a «su» enemigo, sino que quería poner a prueba a los miembros del Comité Central sirviéndose de una maquinación apenas disimulada. Se sometieron a votación tres versiones de la resolución sobre la «culpa» de Bujarin. La primera, «arresto y traslado de la cuestión al NKVD», era obviamente la preferida de Stalin, y comportaba la pena de muerte, precedida posiblemente de la tortura; la segunda no se pronunciaba a favor del arresto, pero ordenaba al NKVD que prosiguiera con la investigación; la tercera contemplaba dejar en libertad a Bujarin. Estas resoluciones no eran sino una trampa tendida a los miembros del Comité Central, como muchos de ellos probablemente advirtieron. Nadie se atrevió a inclinarse por la tercera opción, aunque algunos escogieron la segunda... y pagaron por ello con sus vidas.

Esto es sólo un pequeño ejemplo de la increíble pesadilla que fueron las purgas de 1937 y 1938. «Escoria humana» es la expresión que mejor define a los responsables de una orgía de unas dimensiones sin precedentes de arrestos, juicios espectáculo y sentencias sin vista. Y tenemos motivos para pensar que hacía tiempo, tal vez desde 1933, que se habían empezado a diseñar los acontecimientos de aquellos años atroces. Como ha indicado Jlevniuk^[2], el supuesto «reexamen de la realidad» que figuraba en el orden del día del Comité Central de febrero y marzo de 1937 recuerda uno de los

puntos que se abordaron en la sesión del Comité Central de enero de 1933. Muchos participantes dijeron entonces cosas que prácticamente repitieron en 1937, con la esperanza de demostrar su sagacidad y su atención. No sería descabellado pensar que, en 1933, Stalin estaba dispuesto a declarar la guerra a la sociedad, e incluso al Partido, con el apoyo de sus acólitos y de los aparatos represivos. Pero es posible que hubiera razones que le desaconsejaron hacerlo (ya hemos indicado algunas), y optó por un «interludio», a pesar del rencor que le provocaban los métodos de «termitas» de sus enemigos, especialmente los «respetables campesinos» de quienes había hablado a Sholojov.

LA PREPARACIÓN DE LOS VALIENTES CHEKISTAS

En la preparación del inicio del terror, había que tomar determinadas medidas además de la limpieza administrativa general, como comprobar las funciones de los miembros del Partido y dar validez a sus carnets. Ante todo, era necesario preparar a la policía secreta, a los dirigentes y al personal, para la escabrosa tarea que se les avecinaba. Para ello se recurrió a incentivos ideológicos y morales, así como a otros de índole material. Mientras la propaganda ensalzaba el valor del cuerpo, el nuevo ministro de Asuntos Internos, Yezhov, subía el salario de todos los funcionarios del NKVD. Un responsable de dicho órgano a escala republicana cobraba 1.200 rublos mensuales, la misma cantidad que otros altos cargos, cifra que contrastaba con el salario medio de un obrero, que era de 250 rublos. Sin embargo, los jefes del NKVD pasaron a recibir hasta 3.500 rublos mensuales. Si en el pasado se les habían proporcionado dachas colectivas y estancias en sanatorios, donde coincidían con otros activistas del Partido, ahora se veían recompensados con dachas individuales e importantes prebendas^[3].

El infame documento del NKVD 00447 de julio de 1937, aprobado por el Politburó el 31 de julio, contenía la orden de actuar y un plan de acción. Distinguía dos categorías de víctimas y estipulaba el castigo que se debía aplicar a cada una de ellas: había que fusilar a 75.000 personas y enviar a 225.000 a los campos. Existen diferentes borradores de esta orden, y las cifras varían un tanto, pero los documentos de que disponemos demuestran que, en este caso, como mínimo se cumplió la «norma» llevando la cifra a más del doble. La operación contaba con un presupuesto de 85 millones de rublos, pero las atenciones que recibía el NKVD aumentaron cuando, en un discurso,

Stalin dedicó a su aparato de seguridad el elevado calificativo de «destacamento armado de nuestro Partido»^[4]. «El culto al NKVD», escribe Jlevniuk, «el estatus ilegal especial de la policía secreta, alcanzó su punto álgido». Stalin utilizó a los responsables del NKVD y los recompensó por sus servicios, sin dejar por ello de controlarlos con mano firme. Repartía con la misma arbitrariedad recompensas materiales y castigos severos. Varios autores han visto en este punto una analogía con el uso que hizo Iván el Terrible de los *oprichnina*, su milicia, en su enfrentamiento con los boyardos.

Esta actitud dual es típica de Stalin. Los chekistas, un calificativo histórico que aún se emplea en la actualidad, se habían escindido del resto de miembros del Partido, incluso socialmente, pues tenían sus propias dachas, clubes y demás instalaciones de ocio. En diciembre de 1937, se celebraron unas sensacionales ceremonias a lo largo y ancho del país para conmemorar la gloriosa tradición de la Cheka-GPU-NKVD. El Kremlin solicitó a los comités regionales del Partido que organizaran juicios públicos de «enemigos del pueblo» en el ámbito de la agricultura y ordenó al NKVD que «desenmascarara» a los culpables, es decir, que proporcionara los cabezas de turco. Asimismo, con motivo del tercer aniversario del asesinato de Kirov, el 29 de noviembre de 1937, Stalin telegrafió a las autoridades locales del Partido y les ordenó que «movilizaran sin miramientos a los miembros del Partido para que erradicaran a los agentes trotskistas-bujarinistas». Para Jlevniuk, todo este aparato, así como una parte importante de la sociedad, se enfrentaba a una verdadera caza del enemigo carente de sentido, sazónada por la aparición de la policía secreta, a menudo de madrugada, en la puerta de casa para arrestar a las víctimas y llevarlas a su destino en unas siniestras furgonetas negras.

CRIMEN Y CASTIGO EN EL NKVD (1935-1950)

Como ya hemos comentado, la incorporación simbólica del NKVD al Partido —en otras palabras, su vinculación personal a Stalin— lo puso por encima del resto de instituciones. El Partido contaba por fin con su propia guardia pretoriana, con sus cruzados, para con los que Stalin no escatimaba favores y honores. El partido estalinista, y sobre todo su aparato, se convirtió en una agencia policial, con la salvedad de que esta policía secreta informaba exclusivamente a Stalin. Estaba, por lo tanto, por encima del Partido y era un arma poderosa para coaccionarlo. Conviene plantear en este punto una

pregunta impertinente: si los chekistas eran un valiente destacamento al servicio de la moral y de la ideología, ¿por qué el salario de sus líderes decuplicaba el de los obreros? La paga de los auténticos chekistas de la guerra civil, que habían arriesgado sus vidas, era escasa. ¿Acaso era realmente necesario pagar a aquellos a quienes se había confiado la representación de la vanguardia ideológica del país en metálico, con bienes materiales y también con privilegios? Lenin se habría revuelto en su tumba... de no haberlo evitado el embalsamamiento.

Pero las ironías del destino no se detienen aquí. Ensalzado, el NKVD era un cuerpo burocrático con sus propias rutinas, y un cuerpo interno de inspectores se ocupaba de supervisar con regularidad su correcto funcionamiento. De los informes se desprende que se trataba de una institución caracterizada por un sinfín de irregularidades, ineptitud profesional, carestías y robos; existen listas interminables de hechos delictivos que fueron investigados y trasladados a instancias más altas, con la petición de la imposición de duras sanciones.

Bastará con algunos ejemplos para arrojar algo de luz. En un memorando dirigido al responsable del Departamento de Cuadros del NKVD, el camarada Veinshtok, cuyo rango era el de mayor de la seguridad del Estado, se detallan los delitos y las faltas cometidas por varios agentes del NKVD en 1935. Los datos procedentes de todo tipo de agencias, tanto regionales como republicanas, relativos a los primeros diez meses de ese año dan una cifra total de 11.436 delitos y faltas. El memorando también contenía una lista de las medidas que se habían tomado como castigo. Según Veinshtok, algo fallaba en las decisiones administrativas de las agencias locales y regionales del NKVD, y era preciso abordar la cuestión. El número total de expedientes criminales era de 5.639, y 3.232 de ellos pertenecían a las secciones urbanas. Sin embargo, lo más preocupante a ojos del mayor era que de éstos, 2.005 fueran los propios responsables de sección.

Un análisis de las penas dictadas en función del rango del culpable permite ver que todas las categorías de cada una de las ramas se entregaban a estas prácticas, incluso en los cuerpos militares y de transporte, y que los culpables se hallaban en todos los niveles de la administración, desde los responsables hasta los empleados más jóvenes, pasando por los vicerresponsables. Por lo tanto, el 62 por 100 de los jefes de las secciones de distrito o urbanas, es decir, 2.056 personas de 3.311, fueron sancionados. Tal y como comentó Veinshtok, no se podía negar que se trataba de un porcentaje

altísimo. El 60 por 100 de las sanciones contra agentes regionales se debía a casos de negligencia o dejadez en el trabajo, ebriedad, libertinaje y otros actos que desacreditaban al NKVD. Debemos prestar una atención especial al elevado número de sanciones impuestas por desobedecer órdenes e instrucciones (13 por 100), por faltas de disciplina (8,5 por 100) o por infringir las normas de actuación (5 por 100). En la lista, también figuran casos de desfalco y apropiación indebida, ocultación de los orígenes sociales (67 casos), comportamientos «antisoviéticos y contrarios al Partido» (17 casos), suicidios y violaciones (78 casos en total), actitud impropia por parte de un chekista y miembro del Partido (76 casos) y declaraciones falsas.

Las víctimas de la mayoría de las sanciones eran agentes jóvenes, sobre todo de servicios auxiliares como el de comunicaciones, pero el número de condenas de miembros del núcleo duro del NKVD con doce años de servicio o más también parecía demasiado elevado: 1.171 casos^[5].

Otro informe del Departamento de Cuadros sobre el período comprendido entre el 1 de octubre de 1936 y el 1 de enero de 1938 se ocupa de las «salidas» del GUGB (una agencia independiente en el seno del NKVD). Entre las razones aducidas para estas «salidas», encontramos 1.220 detenciones, 1.268 dimisiones y 1.345 pases a la reserva. A estos números hay que añadir 1.361 casos de castigo por pertenencia a grupos contrarrevolucionarios, contacto con contrarrevolucionarios (trotskistas), nacionalistas de derechas, traidores o espías, 267 casos de «alteración del orden en el lugar de trabajo» y 593 de «comportamiento inmoral». Por último, había 547 individuos considerados «socialmente extraños», que estaban en contacto con personas así o que habían servido en el pasado en las filas de los blancos. Entre el resto de motivos para la salida del GUGB, cabe destacar la enfermedad (544 casos), la muerte (138 casos) o el traslado a otras agencias (1.258 casos).

Según esta documentación, la situación no cambió hasta después de la muerte de Stalin. Las agencias de inspección siguieron adelante con su labor. Asimismo, una agencia independiente, encargada de los controles financieros, también intervino a propósito de la elevada frecuencia con que se producían robos y desfalcos, se emitían facturas falsas y al respecto de la doble contabilidad. Este organismo puso especial énfasis en la situación en los almacenes y los depósitos^[6]. Existen también informes contables anuales para uso de las autoridades (y de los investigadores en la actualidad), cuando menos en lo tocante al período estalinista. En definitiva, los servicios de seguridad no destacaban del resto en cuanto a su profesionalidad, respeto por

la ley y honradez. Se intentó mejorar la calidad del personal con la llegada de millares de cuadros de las escuelas del NKVD, pero habría de pasar mucho tiempo antes de que los resultados positivos vieran la luz.

Estos documentos sobre las fuerzas de seguridad del Partido permitieron que el país se protegiera del enemigo interior, al tiempo que revelaban otra de las caras de aquel episodio nefasto: los sistemas de seguridad estaban atestados de elementos profesional y moralmente dudosos. El Estado mimaba a los mandos, pero eso no bastaba para vencer la desmoralización y la desorientación por el cariz de la tarea que se les había asignado. No tenían que demostrar nada, sino que se les pedía únicamente que cumplieran con unos cupos y, en el conjunto del sistema planificado de la URSS, que los sobrepasaran para conseguir premios, ascensos y aumentos salariales. No obstante, la espada de Damocles que pendía sobre la cabeza del país también lo hacía sobre la cabeza de esos funcionarios, y no por una cuestión de ebriedad o libertinaje. Todos los servicios de seguridad, incluido el espionaje en el extranjero, vivían constantemente al borde de una catástrofe inherente al régimen y que era mucho más peligrosa que espiar o desenmascarar a un espía, enfrentarse a estafadores o a ladrones o hacer frente a los riesgos que entrañaba su profesión.

LA CAZA DEL HOMBRE

Fue gracias a una comisión encabezada por el secretario del Partido, Pospelov, creada por Jrushchov en 1955, con anterioridad al «discurso secreto» de 1956, como se conocieron por vez primera muchos detalles de los arrestos y de las ejecuciones masivas. De hecho, la política de rehabilitación se había iniciado en 1954. Vale la pena empezar revelando los hallazgos de esta comisión, siquiera sea para advertir lo poco que sabía de aquellos espantosos episodios no sólo el gran público, sino también la propia elite política^[7].

La comisión de Pospelov trabajó con documentos procedentes de los archivos de la policía secreta, así como con declaraciones de muchos interrogadores-verdugos que narraron cómo habían arrancado las confesiones de sus víctimas. La Oficina del Fiscal también proporcionó a la comisión una cantidad considerable de materiales. El papel personal de Stalin quedó claramente documentado. Gracias a otros documentos, se supo que las troikas, formadas por el secretario local del Partido, el responsable de la policía

secreta y el fiscal de la región, los responsables del terror a escala local, presionaban a Moscú para que se aumentaran los «cupos de ejecuciones», pues sabían que la capital estaba más que dispuesta a hacerlo.

Cuando Pospelov presentó ante el Presidium del Partido sus conclusiones, «emergió una imagen terrorífica que dejó atónitos a todos los presentes». Podemos suponer que no se trataba de una reacción fingida. Poca gente imaginaba realmente la mecánica y el alcance de lo que eran, fundamentalmente, operaciones secretas. Las estadísticas aportadas se referían, sobre todo, a líderes del Partido acusados de traición, así como a una categoría más etérea de gente detenida por «actividades antisoviéticas», en su mayoría cuadros del Partido y del Estado. Por otro lado, Pospelov no habló de la numerosísima categoría de «elementos socialmente extraños». En los desafortunados años de 1937 y 1938, la cifra que constaba en el informe era de 1.548.366 personas detenidas por actividades antisoviéticas, 681.692 de las cuales fueron ejecutadas. La pérdida de personalidades estatales y del Partido se produjo en todos los niveles, y quienes los sustituyeron también sucumbieron, como sucedería a su vez con quienes llegaron después que ellos... La mayoría de los delegados del XVII Congreso del Partido, el «Congreso de los Vencedores», en 1934, fueron arrestados (1.108), y 848 de ellos, fusilados.

El documento también daba cuenta de las órdenes del NKVD en que se explicaba a los agentes cómo debía conducirse la represión y brindaban una idea de sus métodos: la creación inmediata de una lista con todas las organizaciones y centros antisoviéticos; las violaciones flagrantes de la ley por parte de los investigadores; las tramas ficticias maquinadas por los propios agentes del NKVD; el fracaso rotundo de la Oficina del Fiscal a la hora de vigilar debidamente la labor del NKVD; la arbitrariedad judicial por parte del Colegio Militar de las fuerzas armadas de la URSS, que condonó los «procedimientos extrajudiciales»...

Según el informe, toda aquella empresa nació de la autorización emitida por el Comité Central Ejecutivo, en diciembre de 1934, a raíz del asesinato de Kirov, para actuar fuera de la ley. La señal que supuso el inicio de la represión masiva fue el telegrama de Stalin y Zhdanov a Kaganovich y Molotov, y que preparaba el terreno para el pleno del Comité Central de febrero y marzo de 1937. De las palabras de numerosos testimonios, incluidos algunos agentes del Ministerio de Asuntos Internos (MVD), víctimas también de la represión, así como del contenido de tres documentos anexos al informe, un telegrama

de Stalin, con fecha del 10 de enero de 1939 que ratificaba la validez de los «métodos físicos», un memorando en el que aprobaba la ejecución de 138 mandos de alto rango y una carta de P. I. Eije, miembro del Politburó, previa a su ejecución, se desprendía la responsabilidad personal de Stalin en el recurso generalizado a la tortura de los acusados. Entre 1937 y 1939, Stalin y Molotov firmaron personalmente unas 400 listas de personas que debían ser ejecutadas (con un total de unos 44.000 nombres).

El propósito del informe de Pospelov no se reducía a dar cuenta del pasado. Su contenido se convirtió en tema de encendidos debates sobre política y estrategia, que estudiaremos en la segunda parte. Pero el peaje total del terror fue muy superior, porque el veredicto de los años cincuenta se ocupaba principalmente de las víctimas pertenecientes a las filas del Partido.

LA DIMENSIÓN DE LAS PURGAS

Es posible que jamás se escriba una historia completa de las purgas de 1937 y 1938. No obstante, si deseamos comprender un fenómeno que sobrepasa los límites de la imaginación, debemos tomar en consideración diferentes datos. Hay que empezar con las estimaciones de las diferentes agencias, difíciles de interpretar en ocasiones porque se basan en varias fuentes, cálculos, cifras y fechas, si bien permiten llegar a una aproximación razonable. Para la etapa central de las purgas, los años 1937 y 1938, existe un texto escrito por una comisión *ad hoc* creada por el Comité Central del Presidium en 1963, y presidida por I. M. Shverník.

Según algunas fuentes, en los años 1937 y 1938, 1.372.392 personas fueron detenidas, y 681.692 de ellas, fusiladas. Las cifras que dio Jrushchov en el pleno del Comité Central de 1957 son algo distintas: más de 1.500.000 de arrestos y 680.692 fusilamientos (las diferencias proceden de los criterios empleados por los funcionarios de el KGB). Según las fuentes para el período comprendido entre 1930 y 1953, las detenciones totalizaron 3.778.000 personas, 786.000 de las cuales fueron ejecutadas^[1].

Otros números se ocupan exclusivamente de la categoría de la «represión administrativa», es decir, la que corrió a cargo de cuerpos no judiciales: el «consejo especial» del NKVD en Moscú y sus equivalentes en los escalafones más bajos de la administración y las «troikas» anteriormente mencionadas, responsables de la mayoría de los crímenes de 1937 y 1938. Estos grupos tenían prácticamente carta blanca y, como ya hemos visto, presionaban al Kremlin para que aumentara los cupos. El consejo especial del NKVD, creado el 10 de julio de 1934, fue un órgano excepcionalmente eficaz: condenó a 78.989 personas en 1934, a 267.076 en 1935, a 274.607 en 1936, a 790.665 en 1937 y a 554.258 en 1938. Pero si fueron capaces de llevar a cabo este «gran trabajo», ello se debió a que no atendían a lo que estipulaban los

procedimientos. En la mayoría de los casos, el acusado ni siquiera estaba presente. Un caso podía quedar visto para sentencia en diez minutos, y la condena variaba, de cinco a veinticinco años en un campo o la ejecución sumaria. La acusación que pesaba contra la mayoría de las víctimas era la de «actividades contrarrevolucionarias», de ahí la rapidez de los juicios y la cantidad de ejecuciones.

Otra fuente son los datos que proceden de los propios investigadores del NKVD. El «histórico» decreto del Comité Central del 2 de julio de 1937, al que ya nos hemos referido, ordenaba al NKVD que acabara con cualquier «grupo enemigo». El texto, que fue enviado a las regiones administrativas para su cumplimiento, como había sucedido con las campañas de confiscación de cereales, establecía los cupos de los arrestos. Estos cupos se dividían en cuatro categorías de delitos, y también se mencionaban las condenas correspondientes. La categoría 1 incluía a 72.950 personas que debían ser arrestadas y ejecutadas (la cifra total debía repartirse entre las diferentes regiones). En la categoría 2 constaban 186.000 personas que debían ser deportadas a los campos. Con este fin, había que abrir nuevos campos en los bosques, aunque éstos también serían rápidamente insuficientes. Todo el procedimiento era ciertamente kafkiano: la cifra de enemigos quedaba estipulada por un cupo, pero estaba permitido superarlo. Bastaba con nombrar a los chivos expiatorios.

Las cifras de los arrestos anuales son las que siguen: el 1 de enero de 1937, 820.881 personas; el 1 de enero de 1938, 996.367; el 1 de enero de 1939, 1.317.195. Del total de detenidos, fueron a parar a los campos de trabajo 539.923 prisioneros en 1937 y 600.724 en 1938. Ese año, la cifra de deportados al gulag alcanzó su máximo. De hecho, 837.000 detenidos fueron liberados de los campos a raíz de una revisión de los casos durante el mandato de Beria, con motivo de una «campaña de rectificación» ordenada por Stalin. En 1939, sin embargo, la represión se puso de nuevo en marcha y el 1 de enero de 1940 la cifra de internos en los campos y en las colonias era de 1.979.729, prisioneros comunes en su mayoría. Los presos políticos, condenados en virtud de los artículos «contrarrevolucionarios» del código penal, sumaban el 28,7 por 100 del total, algo más de 420.000 personas. La cifra de reclusos también aumentó con el traslado de prisioneros procedentes de territorios anexionados, a los que debemos añadir los detenidos a raíz de dichas anexiones. La aplicación de los decretos de 1940 y 1941, que castigaban el robo y la marcha sin autorización del lugar de trabajo, también contribuyeron a engrosar estas cifras^[2].

No resulta sencillo evaluar en números el vacío que trajeron consigo las purgas, especialmente entre los cuadros del Partido y del Estado. Una fuente autorizada sobre la rotación de personal en el Comisariado de Ferrocarriles entre 1937 y 1938 indica que durante ese período fueron sustituidos el 75 por 100 de los responsables y de los funcionarios técnicos (cuadros superiores y medios^[3]). No podemos extrapolar estos datos a toda la maquinaria del gobierno, pero nos bastan para hablar de una hemorragia de cuadros, incluso en las agencias estratégicamente más importantes.

Las consecuencias del terror se dejaron sentir en la economía, la burocracia, el Partido y en la vida cultural. A mediados de 1938, el daño humano, económico y político y su coste eran tales que se imponía, y era incluso previsible, un cambio de rumbo. Se habló de una «normalización», que se llevó a cabo de la manera habitual: había que «nombrar» a un culpable de las «desviaciones», algo que no suponía ningún problema, pues nadie era inocente en todo el asunto. El 25 de noviembre de 1938 llegó la hora de la caída de Yezhov al frente del NKVD y su sustitución por su mano derecha, Beria. Yezhov fue detenido en abril de 1939 y acusado, como mandaba la fórmula habitual, de estar «al mando de una organización contrarrevolucionaria». Lo ejecutaron en febrero de 1940, de acuerdo con el mismo guión escrito en 1936 cuando el entonces jefe del NKVD, Pagoda, fue eliminado. Todo aquel que estaba en el ajo empezaba a especular con el tiempo que habría de pasar antes de que se repitiera la situación.

En el contexto de esa «nueva línea», varios cientos de miles de personas fueron liberadas de los gulag, pero se trató principalmente de prisioneros comunes, no políticos^[4]. Después del XVIII Congreso del Partido, algunas víctimas de las purgas fueron rehabilitadas. Una vez más, sin embargo, aquella operación de maquillaje afectó únicamente a un número reducido de personas en relación con las dimensiones de las purgas, suficientes para que Stalin pudiera presentarse como la persona que había restaurado la justicia y castigado a los culpables. El líder repitió esta demostración de benevolencia tiempo después, con el arresto y la eliminación parcial, para variar, de un grupo importante de agentes del NKVD, acusados de haberse excedido en sus atribuciones al atacar a miembros del Partido y a ciudadanos inocentes. Entre 22.000 y 26.000 agentes se unieron a sus víctimas en los campos o en los cementerios, pero nadie sabe si entre aquella multitud estaban los peores elementos. Con todo, aquella actuación sirvió para tranquilizar a mucha gente. Jlevniuk sostiene que, en 1939, los miembros de la cúpula dirigente

recobraron la confianza en sí mismos: aumentaron los salarios y los arrestos se ceñían a unas normas mucho más estrictas. Asimismo, la evidente discreción que rodeaba a la agencia de Yezhov después de su caída convenció a los cuadros del Partido de que habían recuperado terreno frente al aparato de seguridad, aunque varios líderes regionales y urbanos fueron purgados, así como varios chekistas caídos en desgracia por haberse desviado del recto camino.

Jlevniuk también insinúa que el fin del terror de masas se debió a que Stalin sentía que había logrado su prosaico objetivo: rejuvenecer a los cuadros del Partido. (Debemos destacar lo curioso del método pedagógico empleado para dar cancha a los nuevos talentos). En el XVIII Congreso del Partido, en marzo de 1939, Stalin anunció que, entre abril de 1934 y marzo de 1939, habían reclutado a más de 500.000 cuadros para insuflar un aire nuevo a la administración del Estado y del Partido, especialmente en las altas esferas. A principios de 1939, de los 32.899 funcionarios que formaban parte de la *nomenklatura* bajo las órdenes del Comité Central (del comisario del pueblo a los funcionarios del Partido que desempeñaban funciones importantes por orden del Comité Central), 15.485 habían sido nombrados entre 1937 y 1938. Una cifra interesante, ya que en ella se encuentra el grupo posterior a la purga, la denominada «promoción de Stalin». La rapidez en su ascenso fue extraordinaria, pues muchos ni siquiera habían finalizado los estudios. Entre ellos se encontraban las personas que habrían de dirigir los destinos de la URSS tras la muerte de Stalin.

Después del desastre que supusieron las purgas en número de vidas humanas, las mayores pérdidas se sucedieron en el terreno de la economía. Nombrados inmediatamente después del terror, los nuevos cuadros se encontraron en sus despachos con sillas y escritorios vacíos, y con la evidencia de que sus predecesores no estaban ahí para introducirlos en su nuevo cometido. Inexpertos, muchos de los recién llegados no se atrevían a dar ningún paso. Las purgas habían destruido la disciplina y habían minado la productividad, aun cuando muchos en Rusia se empeñaran en sostener lo contrario. Las agencias gubernamentales estaban llenas de todo tipo de personajes torvos. Para poner remedio a la situación, se decidió rehabilitar a algunos «expertos honrados», si aún seguían con vida, y liberarlos de los campos. Entre ellos había figuras militares —futuros generales y mariscales, académicos, expertos en estrategia o ingenieros— como Rokossovski, Meretskov, Gorbátov, Tiulenev, Bogdanov, Jolostiakov, Tupolev, Landau o Miasishchev. El eminente experto en misiles Korolev tuvo que esperar hasta

1944, y muchos más siguieron retenidos hasta 1956. Los que recuperaron la libertad en 1939 representaban, no obstante, un contingente importante. Algunos de ellos no estaban en condiciones de regresar a su trabajo inmediatamente después de la liberación, de modo que no podían ayudar a solucionar los estragos que había ocasionado en el ejército la destrucción del Estado Mayor y de buena parte de la tropa. En el verano de 1941, el 75 por 100 de los oficiales de campo y el 70 por 100 de los comisarios políticos llevaban en su cargo menos de un año, así que el núcleo del ejército carecía de la experiencia necesaria para comandar unidades de envergadura. Que el Ejército Rojo apenas estaba preparado para entablar batalla quedó de sobras demostrado en la desastrosa guerra contra Finlandia en 1940. El análisis sumamente certero de aquella «derrota victoriosa» encabezada por los líderes políticos y militares puso al descubierto la lamentable falta de liderazgo y formación, los defectos que presentaba el cuerpo de oficiales y la descoordinación entre los diferentes cuerpos del ejército. Pero en ningún momento se pronunció el nombre del principal culpable: Stalin.

La demencia de 1937 y 1938 jamás se repetiría con la misma intensidad, aunque prosiguió a un nivel más modesto. En 1939, el Partido reclutó a un millón de nuevos miembros y todo parecía volver a la «normalidad».

Aquel súbito cese del «terror de masas», ejemplificado, como ya hemos dicho, con la eliminación de Yezhov, sobre quien recayeron las culpas, no fue nunca admitido como tal. Más tarde, diversas maniobras intentaron camuflarlo. Se afirmó que se había acabado con el grueso de los saboteadores, y también con quienes se habían excedido en su lucha contra ellos. Con todo, la propaganda contra los «enemigos del pueblo», ora clamorosa, ora insidiosa, no se detuvo, porque el régimen no quería que nadie pensara que los enemigos habían desaparecido del todo. La maquinaria del Estado y su actividad terrorista quedaron cubiertas por un velo, sin dar siquiera a conocer sus actividades a mandos bien informados en otros aspectos. El Politburó imponía una «rectificación», pero de un modo que bordeaba el absurdo pues lo hacía de manera clandestina, al tiempo que negaba que estuviera actuando así.

Algunos documentos ahora desclasificados y procedentes del archivo presidencial arrojan algo de luz^[5]. En las actas de la sesión del 9 de enero de 1938, el Politburó ordenó a Vishinski que informara al fiscal general de que ya no era aceptable destituir a alguien de su puesto porque un familiar hubiera sido detenido por crímenes contrarrevolucionarios. Esto suponía dar un paso

hacia el «liberalismo» que ponía fin al indecible sufrimiento que habían experimentado muchas personas. Sin embargo, aunque se puso fin al tema de los «parientes», es decir, aunque el Estado reconoció su error, el *mea culpa* del régimen no llegó a oídos de nadie. Un ejemplo: el 3 de diciembre de 1939, el Tribunal Supremo aconsejó a Stalin y a Molotov que la revisión de las sentencias por delitos contrarrevolucionarios se realizara siguiendo un procedimiento legal —¡bienvenido el cambio!—, aunque se ocupara de los casos un tribunal reducido. En otras palabras, aunque los tribunales reconocían los errores que se habían cometido, se hacía todo lo posible para que dichos casos no llegaran a oídos de la opinión pública. En una línea idéntica, el 13 de diciembre de 1939, Pankratov, el fiscal general de la URSS, propuso a Stalin y a Molotov que no se informara a los parientes de la revisión de las sentencias en aquellos casos en los que las víctimas ya hubieran sido ejecutadas.

También temía el gobierno que los métodos empleados durante los interrogatorios salieran a la luz. Para impedirlo, Beria escribió a Stalin y a Molotov el 7 de diciembre de 1939 a fin de proponer que no se admitiera la presencia de los abogados defensores y de los testigos en las «investigaciones preliminares» (cuyo objeto era revisar los procedimientos ilegales), «para evitar que se revele cómo se llevan a cabo dichas investigaciones». No obstante, incluso en este documento de alto secreto Beria recurría a una artimaña, pues el significado real de sus palabras era éste: para evitar que se descubra lo que las presentes investigaciones pueden revelar acerca de las indagaciones del pasado. En los intercambios más confidenciales no se mencionaba en ningún momento que se hubieran producido torturas (por orden expresa de Stalin), ni que se hubiera obligado a los detenidos a firmar «confesiones». Plasmar todo aquello en papel suponía arriesgarse a que lo descubriera algún funcionario y lo desvelara. Es decir: no debemos decir a nadie que los enemigos y los saboteadores, por encima de todos los que fueron ejecutados, eran inocentes; no debemos revelar cómo se arrancaron las confesiones, o que alguien rehabilitado ya ha sido fusilado.

Otras dos decisiones del Politburó muestran los límites de la «retirada»^[6]. El 10 de julio de 1939, ordenó a los responsables de los campos del NKVD que abolieran las reducciones en las sentencias que se concedían a los prisioneros comunes, y a algunos prisioneros políticos, por buena conducta. A partir de ese momento, había que cumplir la pena íntegramente. Del mismo modo, en las acusaciones de índole política, quedaba descartado el abandono de la línea dura. El siniestro presidente del Tribunal Militar Supremo, Ulrij,

propuso a Stalin y a Molotov que, en los casos en que estaban acusados «trotskistas de derechas, nacionalistas burgueses y espías», no se permitiera a los abogados defensores ver los expedientes o estar presentes en la sala. Los miembros de estas categorías seguían siendo el blanco del Estado y sufrían el mismo tratamiento a manos de los investigadores que en el pasado. Sin esos métodos, ¿cómo se podía purgar a un «trotskista de derechas»?

El velo que ocultaba los secretos seguía en su lugar. Se negó la presencia de los abogados en las salas, a pesar de que la ley así lo exigía. No debía llegar al público nada relacionado con los errores del régimen, sus métodos o sus objetivos, toda vez que de hecho estos métodos estaban siendo objeto de revisión.

Es inevitable señalar las paradojas: la tan proclamada lucha contra los enemigos del pueblo no era sino una conspiración organizada por un gobierno que sabía perfectamente que estaba incurriendo en ilegalidades a gran escala. Y ese mismo gobierno pretendía mantener en secreto los errores que había cometido. Por descontado, era necesario llevar a efecto algunos cambios para tranquilizar a unas elites sumamente desmoralizadas y aterrorizadas. En ocasiones, estos cambios eran públicos, aunque también se recurría a otros canales más discretos. Pero, a diferencia de las persecuciones, había que controlar la «retirada». Dar con el equilibrio adecuado precisaba de una gran habilidad. Los miembros más cercanos del círculo de Stalin admiraban su control... o eso decían.

Stalin tenía razones para estar satisfecho después de las purgas. Ahora que había exterminado a la mayoría de los viejos cuadros, había conseguido finalmente un nuevo sistema: el suyo propio. Muchos de los que no habían logrado dejarse llevar por su admiración hacia el líder, o que lo consideraban un traidor a la causa, habían sido destruidos. La elite dirigente había sufrido una renovación casi completa, y el conjunto de la sociedad parecía sometido. Todos los acólitos de Stalin estaban intimidados, y el Politburó en tanto que órgano dirigente había perdido prácticamente todas sus atribuciones. Como ya hemos visto, Stalin trabajaba con un pequeño grupo, que en ocasiones se limitaba a cuatro personas. El resto no estaban al corriente de los «asuntos secretos», y la mayoría de los asuntos entraban en esta categoría. Los líderes del Partido, a quienes se había informado de todo tipo de cuestiones a través de boletines periódicos, dejaron de recibirlos. Y el Comité Central, que en ocasiones se reunía para «debatir» asuntos que ya estaban decididos, también perdió peso.

LOS CAMPOS Y EL IMPERIO INDUSTRIAL DEL NKVD

Los documentos que centrarán ahora nuestra atención deberían permitirnos hacernos una idea más clara del alcance y del carácter de los campos y del trabajo forzado, así como de su conexión orgánica con el sistema estalinista. Aquí no hubo «retirada». Trataremos de esbozar lo que podríamos llamar el «imperio económico» del NKVD, resumiendo sus principales rasgos y sus líneas de actuación.

Los estudiantes de las leyes y de los sistemas penitenciarios durante los años veinte, el período de la NPE, saben que los campos querían ser una forma más humana de arresto que las «jaulas» de lo que se denominaban prisiones: se creía que el trabajo en unas condiciones que se asemejaran a las de un lugar de trabajo normal era la mejor manera de reeducar y rehabilitar a la gente. Por aquel entonces, las condiciones en los campos no eran ni mucho menos duras, a excepción de los recintos en los que había prisioneros políticos, y especialmente en las islas Solovski, del mar Blanco, el único campo bajo la jurisdicción de la GPU. Por supuesto, los delincuentes peligrosos estaban sometidos a una vigilancia estrecha, pero algunos de los detenidos trabajaban en el campo de día y por la noche regresaban a casa. Los tribunales trataban de limitar las penas de prisión, y optaban en su lugar por «trabajos obligatorios» (*prinud-roboty*), una expresión que en ocasiones se ha traducido erróneamente en Occidente como «trabajos forzados», y que significa, en realidad, que el condenado mantenía el mismo empleo pero se pagaba una multa que se deducía de su salario durante el tiempo que durara la pena. El Estado estaba experimentando con el sistema penal, y la literatura y los debates sobre estas cuestiones eran públicos e innovadores.

Con todo, el liberalismo del período de la NPE en materia de política penitenciaria estaba coartado por un límite objetivo: apenas había trabajo para

reeducar a los prisioneros. La tasa de paro del país era elevada, y los parados debían tener prioridad en el acceso al empleo.

Todo esto tocó a su fin a finales de los años treinta, a pesar de que las nociones liberales siguieron flotando en el ambiente durante unos años más. Los jueces y los criminólogos libraron una batalla perdida de antemano contra el proyecto para hacer de los campos un instrumento de castigo a través del trabajo (ahora sí, de los trabajos forzados), lo que los vaciaría de la filosofía inicial de reeducación por medio del trabajo. Esta nueva tendencia era un «efecto colateral» de la hiperindustrialización. Era fácil movilizar a los prisioneros para trabajar, su coste era menor y estaban sujetos a una disciplina férrea. Asimismo, no era difícil sustituir a los que ya no estaban. Los liberales del pasado, aún presentes en los comisariados de Justicia y de Trabajo, aunque este último no tardaría en desaparecer, se enfrentaron a otros miembros del gobierno y del Partido para evitar que el sistema penitenciario volviera a abrazar la esclavitud. Pero Moscú estaba decidida a seguir por ese camino, aunque en aquellos años pareciera más un lodazal. Las treguas que de vez en cuando declaraba el gobierno no significaban un cambio en la política, sino simplemente su consolidación y una mayor coordinación.

El NKVD y su policía secreta acabaron interesados, inevitablemente, en desempeñar un papel de primer orden en la industrialización del país y abanderaron la transformación del sistema penitenciario en un inmenso sector industrial bajo su control administrativo. Evidentemente, los condenados proporcionarían la mano de obra, así que había que lograr el máximo número posible de ellos. El NKVD no veía la política, sin más, como una fuente de glamour. Sin embargo, en cuanto la industrialización se convirtió en el *ethos* nacional, el NKVD confió en que su prestigio aumentara al asumir un papel importante en el desarrollo económico gracias al gulag. El Politburó, por su parte, aunque no fue el impulsor de esta nueva línea, no cabe duda de que estaba sumamente interesado en ella. El Comisariado de Justicia fue perdiendo jurisdicción sobre las instituciones penitenciarias, y el control de éstas pasó paulatinamente al NKVD. El proceso culminó en 1934.

Llegados a este punto, debemos ahondar en un aspecto complejo de la situación administrativa. Oficialmente, el NKVD absorbió a la policía secreta, la OGPU. Sin embargo, en aquellos años, la «seguridad» no era nunca lo que parecía. De hecho, fue la GPU, rebautizada GUGB^[1], quien asumió el control de todo el NKVD desde dentro, y su responsable tomó el mando del

Comisariado de Asuntos Internos. Este embrollo ilustra el carácter confuso de las prácticas administrativas soviéticas.

Para supervisar el sistema penitenciario —formado por campos, colonias y prisiones—, se creó una nueva agencia administrativa, denominada Gulag (*Glavnoe Upravlenie Lagerei*), o Directorio General de Campos, que también se ocupaba de las cárceles y de las colonias de prisioneros comunes y de delincuentes juveniles. Un organismo independiente en su seno era el responsable de los condenados al exilio y a penas de aislamiento en las colonias de reasentamiento, como los kulaks. Todo esto no es sino el principio de la historia. Alrededor del gulag, y con él, el NKVD creó una gran red de agencias administrativas industriales para la construcción de carreteras, ferrocarriles y presas hidroeléctricas, empresas metalúrgicas y mineras, obras de ingeniería forestal y para el desarrollo de la región del Extremo Oriente (el *Dal'stroi*). En unos campos especiales, los conocidos como *sharashki*, que albergaban a expertos como Tupolev (aviones) y Korolev (misiles), se iniciaron diferentes proyectos de investigación e ingeniería para la producción de armamento.

La primera hazaña del NKVD fue la construcción del canal del mar Blanco, inaugurado entre aclamaciones en 1931-1932 y considerado la obra de unos prisioneros dedicados y de sus custodios, la policía secreta. Estas odas al trabajo soviético y a las masas trabajadoras escondían una realidad muy diferente: el trabajo corrió a cargo de obreros que no fueron remunerados y a quienes se había despojado de sus derechos; era el fruto del trabajo de esclavos.

Por aquellas fechas, diversos informes confidenciales transmitieron a los líderes el vertiginoso crecimiento de un gulag relativamente joven y la importancia de los principales proyectos de construcción que ahí se llevaban a cabo. En 1935, la cifra total de prisioneros que figuraba en las listas de mano de obra se aproximaba al millón de personas. Entre los proyectos más importantes, figuraba la construcción de ferrocarriles —la línea Baikal-Amur en la región transbaikal, siguiendo el curso del río Ussuri—, la de una serie de canales, uno de los cuales debía conectar Moscú con el Volga, y un número considerable de fábricas, sovjoses y aserraderos. Con el tiempo, los informes fueron más detallados. En 1936 se hizo un mapa de los gulag, que identificó dieciséis centros a los que se añadió el término *lager'* (*Dmitrovskii lager'*, *Ojto-Pecherskii lager'*, *Baikalo-Amurskii lager'*, etc.). No eran centros penitenciarios, sino núcleos administrativos alrededor de los cuales crecían

estos centros, en forma de campos o de colonias. Cada núcleo tenía asignado un representante de la Oficina del Fiscal, y en ocasiones contaba con diversos ayudantes. No obstante, pese al generoso salario del que disfrutaban, su presencia no alteraba en absoluto lo que sucedía en los campos.

Lo importante era el número creciente de funcionarios del sistema, administrativos o agentes, que ocupaban cargos en el gobierno central o local. Como sucede con cualquier otra burocracia, la soviética tenía una sed de crecimiento desmesurada. A principios de 1940, una brigada de funcionarios del Comisariado de Finanzas inspeccionó la estructura administrativa del gulag, y llegó a la conclusión de que el volumen del aparato era excesivo^[2]. A raíz del informe, se ordenó la creación de una comisión que había de revisar la estructura y el personal del gulag, y que contaría con la ayuda de los inspectores de finanzas. Del informe se desprendía que la administración central del gulag estaba formada por 33 departamentos, con 1.697 empleados a su servicio, a los que había que añadir las unidades auxiliares. En su conjunto, el gulag constaba de 44 directorios y departamentos, 137 secciones y 83 oficinas, unas 264 unidades estructurales cuyas funciones se solapaban entre sí. La brigada propuso una serie de recortes, fusiones y demás cambios en la organización que permitirían eliminar 511 puestos de trabajo, un 30 por 100 del total. Las agencias de abastos de Moscú y de Leningrado también sufrirían recortes similares, y se perderían 10 puestos de trabajo. La brigada deseaba reducir el número de unidades administrativas, de 264 a 143, y el número de trabajadores, de 1.696 a 1.186. También quería inspeccionar, simplificar y racionalizar las estructuras locales, que daban empleo a 4.000 administradores y agentes. Los mapas y listas del informe mostraban un sistema terriblemente complejo. Desconocemos si, a la luz de estas propuestas, algo cambió.

No cabe duda de que, si no hubiera estallado la guerra, el aparato del gulag habría seguido creciendo. El número de campos de prisioneros de las principales unidades regionales, a las que se referían invariablemente con un término geográfico, se mantuvo en 528 a principios de 1941, justificando así una nueva ampliación de los directorios con sede en Moscú y de sus funcionarios y personal de campo. Como en cualquier otra administración, recurrieron a todo tipo de excusas para crear nuevos órganos —abastos, finanzas, coordinación...—, con la connivencia de quienes se habían aprovechado de los campos de trabajo. Y se registró una tendencia evidente a la creación de nuevas agencias en Moscú u otras grandes ciudades atractivas, «donde se lo pasaban en grande sin preocuparse en absoluto por los campos»,

en palabras de una comisión de control del Estado, atónita ante lo que había descubierto. El informe añadía que esos funcionarios no tenían nada que hacer en Moscú, ciudad en la que su cifra era excesiva.

Por horrible que sea su función, la administración puede seguir adelante como si nada. Y esta administración quería ser como las demás. Lo cierto, sin embargo, es que se vio al frente de un gigantesco imperio industrial.

EL MVD COMO AGENCIA INDUSTRIAL

En 1940, el Comisariado de Finanzas recibió diversos informes y memorandos del NKVD (que, como el resto de comisariados, adoptaría más tarde el título de ministerio y se convertiría en el MVD, o Ministerio de Asuntos Internos) referidos a cada una de las ramas, industriales o no, de la actividad económica. Se trataba, probablemente, de la primera vez que sucedía algo así. En este punto, el complejo sistema administrativo del que hemos hablado se enreda aún más. Cuarenta y dos agencias enviaron sus informes, pero sólo dos unidades pertenecían a los campos y a las colonias del gulag. El resto eran directorios industriales (papel, madera, combustible, agricultura, etc.). Los informes reproducían el lenguaje habitual de los textos de cualquier ministerio de industria, en el que se planificaban las finanzas, los costes, los presupuestos, la mano de obra y, por descontado, el rendimiento^[3].

Esta actividad se redujo durante la guerra a causa del descenso en el número de prisioneros (*zeks*), que en su mayoría habían sido movilizados, por lo general en «batallones de castigo» asignados a las ofensivas más peligrosas. Los supervivientes se unían a las filas de unidades ordinarias y eran así «rehabilitados». Muchos eran criminales reincidentes, y ya podemos imaginar su comportamiento para con los civiles en los territorios liberados del yugo alemán y, *a fortiori*, en las zonas conquistadas. Una cifra considerable fue condenada a muerte o regresó a los campos.

En tanto que productor o subcontratista directo, el gulag empezó a repuntar después de la guerra (véase el Apéndice 1). Me limitaré aquí a resumir la operación del NKVD como «agencia industrial», a partir de una fuente tan fiable como los escritos de Marta Kraven y Oleg Jlevniuk.

En cuanto se decidió usar a los internos como mano de obra para tareas económicas, el NKVD (rebautizado MVD) se convirtió en uno de los componentes principales del estalinismo. En 1952, sus inversiones, que

totalizaban 12.180 millones de rublos (un 9 por 100 del producto interior bruto), sobrepasaban las de los ministerios del Petróleo y el Carbón juntos. En febrero de 1953, el beneficio bruto de la industria del MVD era de alrededor 17.180 millones de rublos, el 2,3 por 100 de la producción total del país. Aun así, era el principal productor de cobalto y de peltre y se encargaba de un tercio de la producción de níquel y de un porcentaje importante de la de oro, madera y de la leña que empleaban los aserraderos (del 12 al 15 por 100). Los planes para principios de los años cincuenta potenciaron el peso del MVD. Una de las últimas órdenes de Stalin estaba relacionada con la producción de cobalto^[4].

El estudio de los informes detallados y regulares sobre la producción, las finanzas y la mano de obra no deja lugar a dudas acerca de la prosperidad de aquel floreciente complejo económico. No obstante, dan que pensar algunas frases que recogen las quejas de la agencia por los impagos de algunos ministerios, lo que imposibilitaba alimentar adecuadamente a los internos. De hecho, aquel conglomerado industrial-policial, de unas dimensiones extraordinarias y curiosamente arcaico, atravesaba una profunda crisis a pesar del buen rendimiento de algunas ramas. Las condiciones de vida —léase muerte— y de trabajo de los *zeks* no podían sostener una verdadera expansión industrial. Tarde o temprano, por unas razones o por otras, habría que abandonar el sistema. Un informe del propio Beria dirigido a Molotov, en 1940, nos da una imagen realista de los problemas de los campos^[5].

Según el documento, no se aprovechaba al máximo la mano de obra del campo, que se utilizaba en la construcción de grandes fábricas, líneas de ferrocarril, instalaciones portuarias y «canteras especiales» (para tareas de defensa), o para inventariar y producir leña para su exportación, porque los internos apenas comían y su indumentaria era deficiente para soportar las difíciles condiciones climáticas. El 1 de abril de 1940, había 123.000 internos agotados que no podían trabajar por falta de los alimentos necesarios, y varias decenas de miles haraganeaban porque carecían de la ropa adecuada. Esas condiciones provocaban tensiones en los campos y comportaban pérdidas, y la situación se había deteriorado porque el Comisariado de Comercio hacía caso omiso de las directivas del gobierno y del Partido acerca de la mejora en la alimentación y la distribución de ropa. Peor aún, las existencias de comida y de vestuario disminuían cada trimestre. Se había distribuido el 85 por 100 de la harina y los cereales previstos, pero tan sólo la mitad del 15 por 100

restante había aparecido, y únicamente un tercio en el caso de la ropa. De ahí el aumento en el número de internos enfermos o desocupados.

Conviene echar un vistazo a lo que estipulaba la ley. La previsión de gasto diario por *zek* era de unos 4,86 rublos, mientras que el plan preveía que fuera de 5,38^[6]. Es evidente que no se estaban cumpliendo los objetivos pero, en caso contrario, ¿qué habría supuesto satisfacerlos? La respuesta no puede ir más allá del terreno de las conjeturas: el coste de un guardia armado era de 34 rublos por día, seis veces más que un interno. Comoquiera que desconocemos la fecha exacta de esta estadística, podemos recurrir al punto de referencia más cercano a 1940: un general alemán prisionero de guerra en un campo soviético costaba 11,74 rublos por día en 1948, y no tenía que trabajar.

Una alimentación y un vestuario inadecuados, mano de obra gratuita, el hambre y las enfermedades hacían que muchos *zeks* no fueran aptos para el trabajo. Algunos, los más temerarios y desesperados, se negaban a servir. A este panorama hay que añadir el elevado índice de criminalidad en los campos y la tasa de mortalidad, por no hablar del fenómeno del *dojodiagi*, prisioneros que al final de su vida eran poco más que deshechos humanos. Ante este panorama, la administración del gulag se nos aparece como un complejo de una obscenidad brutal. Era un imperio más bien opulento, un Estado dentro de un Estado, con unos intereses económicos amplios, su propia policía secreta, sus servicios de espionaje y contraespionaje y sus actividades culturales y educativas. El MVD también estaba a cargo de la policía, de los guardias fronterizos, de recoger los datos demográficos y de los traslados de población, así como de otros aspectos del gobierno local. Es decir, nos hallamos ante el clásico producto de la tendencia de la administración soviética a levantar grandes estructuras y a la centralización. Visto desde arriba, la manera más sencilla de gobernar este sistema profundamente centralizado era crear pirámides administrativas bajo los auspicios de un único líder, apoyado por cuatro o cinco ayudantes, para supervisar esta miríada de agencias. Una idea sensata si no se hubieran creado agencias innecesarias o se hubiera contado con una estructura organizativa más simple. Tal y como estaba la situación, mantener la confianza en las «pirámides» era un espejismo costoso y que amenazaba incluso con paralizar la capital.

En aquel clima, era prácticamente imposible interferir con un monstruo como el MVD. Al mismo tiempo, sin embargo, se amontonaban los problemas en el imperio del gulag, y sobre todo en su administración. Los robos, los desfalcos, las denuncias falsas y el trato criminal a los *zeks* (palizas

e incluso asesinatos) se veían favorecidos por el aislamiento de los campos y el secretismo que los rodeaba. La fabulosa cantidad de mano de obra barata disponible provocaba que el MVD apenas se preocupara por controlar la eficacia del funcionamiento de los campos. La tendencia general a engrosar el aparato burocrático y el exceso de cuadros daban alas a las conductas irresponsables. El MVD quería convertirse en el mascarón de proa de la «construcción del comunismo» del que se jactaba la propaganda estalinista, y que consistía en llenar el país de grandes obras tan inútiles como caras. No obstante, otras agencias gubernamentales, como el Ministerio de Finanzas, el Gosplan, la Fiscalía General o los cuerpos de inspectores (por ejemplo, el de Minas), se daban cuenta de la situación, y seguían pidiendo al gobierno que eliminara el secretismo que daba cobijo a tanta irresponsabilidad e ineficacia, y a tantas violaciones graves de la ley. Tal vez estuvieran al corriente del informe de Kruglov, el ministro de Asuntos Internos, quien afirmaba que el coste de un *zek*, por bajo que fuera, seguía siendo superior al valor de lo que producía. Para el ministro, la única posibilidad de lograr que el presupuesto se equilibrara consistía en ampliar la jornada de trabajo y en promulgar más leyes laborales, unas conclusiones que hablan por sí solas de los conocimientos de Kruglov.

La cúpula del Partido y del Estado, el fiscal general, la presidencia del Soviet Supremo y muchas otras figuras estaban al tanto de la situación. Al igual que tantas otras instituciones estatales y del Partido, recibían montañas de cartas de los *zeks* con sus quejas, sus llamamientos, sus acusaciones y sus denuncias y críticas políticas. Por si esto fuera poco, algunos miembros honestos del Partido que trabajaban en los campos o en las regiones vecinas, e incluso algunos administradores de los campos conscientes de sus responsabilidades, enviaban en secreto cartas desesperadas e informes sobre las terribles condiciones que tenían que soportar los internos, sobre el grado de agotamiento de éstos y la tasa de mortalidad. El problema, por lo tanto, no era la falta de información: el gobierno conocía la situación hasta el último detalle. Pero entre los jerarcas, la filosofía reinante era «¿Y qué?». O, peor aún, hacían caso omiso de la situación: están fingiendo, se hacen los enfermos...

A pesar de todo, y como sucedía en otros ámbitos, la inquietud que empezaba a manifestarse era un presagio de los cambios que se avecinaban. En el apogeo del estalinismo, empezó a ser patente, de una manera espontánea y subrepticia, en las agencias gubernamentales. Todo el mundo sabía que la escasa productividad de los *zeks* era un gran problema que

centraba las discusiones del gobierno. El Comité Central había recibido un largo e interesante análisis obra de un *zek*, que demostraba que el trabajo en la prisión era una pérdida de tiempo y que la administración no se preocupaba lo más mínimo por la productividad. Su autor, un tal Zhdanov, proponía que se enviara a los campos únicamente a los delincuentes peligrosos, y que el resto de condenados cumplieran su pena en sus lugares de trabajo, con trabajos obligatorios aunque en libertad. Kruglov intentó refutar estos argumentos, así como los de las cartas citadas en su favor, pero la mayoría de responsables de los departamentos de producción del MVD no tardaron en pedir autorización para conceder a los prisioneros una remuneración parcial con vistas a mejorar la productividad. En algunos campos, los internos llegaron incluso a recibir la totalidad de su salario. El 13 de marzo de 1950, el gobierno decidió instaurar en todos ellos la paga.

Mientras el MVD seguía anunciando a bombo y platillo los logros como si nada, muchos funcionarios del ámbito de la economía seguían advirtiendo que los campos no podían aprovechar la mano de obra *zek* como debían y que los recursos del país se estaban agotando como consecuencia del uso de aquel contingente. La «planificación» del MVD tenía un rasgo inquietante: aunque el salario de los *zeks* era casi inexistente, las finanzas de los campos estaban en número rojos. A causa de esta anomalía, el desarrollo del sistema económico pasaba por reconocer la superioridad del modelo laboral de la industria civil, basado en la remuneración en función del trabajo. El componente policial del sistema industrial no sólo era ineficaz, sino que también estaba agonizando. Como su progenitor, iba camino de la autodestrucción y amenazaba con arrastrar todo el edificio consigo, algo evidente para muchos administradores, economistas y políticos, algunos de los cuales habían comprendido que el resurgir del sistema pasaba por eliminar aquel forúnculo.

La búsqueda de maneras de «resucitar» el sector de los trabajos forzados, motivando por ejemplo a la mano de obra, empezó antes incluso de la llegada de Jrushchov al poder. Varios administradores de los campos se habían embarcado discretamente en modestas reformas mucho antes de que los ministerios de Finanzas y de Justicia, el Gosplan y los miembros del aparato del Partido contrarios a los campos reconocieran la gravedad de la situación y la necesidad de intervenir. Algunos ofrecían a los *zeks* una reducción de la condena, por ejemplo un día de prisión a cambio de tres días de trabajo productivo, una práctica que ya existía antes de la guerra y que se abolió en 1939. En 1948, muchos sectores la restauraron. El 19 de enero de ese mismo

año, en una carta a Molotov, el vicerresponsable del Gosplan, Kosiachenko, se mostró partidario de volverla a introducir^[7].

Fuera a raíz de todo esto o no, lo cierto es que se puso en marcha una reforma más radical. Se acabó con las penas de prisión y los detenidos regresaron a sus puestos de trabajo remunerado. En abril de 1952, el Consejo de Ministros estudió estas medidas y promulgó un decreto que devolvía la libertad a algunos prisioneros antes de que concluyera su condena, a condición de que siguieran trabajando como asalariados en empresas del MVD. Este órgano se mostró abierto también a tratar con una mano de obra relativamente libre, reconociendo así la ineficacia de los trabajos forzados. En los campos donde el número de *zeks* era considerable se introdujeron modificaciones parciales. Empezaba a estar claro que el siguiente paso sería la abolición total de los trabajos forzados.

LOS NUEVOS «COMETIDOS» PARA EL *DAL'STOI* (NOVIEMBRE DE 1948)

Uno de los pilares de toda esta reforma fue el gigantesco complejo *Dal'stoi* del MVD en la provincia del Extremo Oriente, donde trabajaban 120.000 *zeks* y donde se introdujo un salario para los internos, así como otras medidas con el propósito de incentivar la productividad. A causa de la presión ejercida por el Ministerio de Metales no Férricos, el *Dal'stoi* tuvo un papel pionero en la transición. Los responsables del canal del Volga-Don no tardaron en emularlos, aunque también podríamos pensar que adoptaron las mismas medidas simultáneamente. El complejo *Dal'stoi* consiguió autofinanciarse totalmente y su modelo se extendió por todo el país^[8].

Según Kraven y Jlevniuk, el «deshielo» de la era Jrushchov, intuido ya en estas decisiones, era un proceso inevitable, con independencia de los cálculos y de las maniobras de los líderes en la cúpula. El motivo de la «desgulagización» (un neologismo de mi cosecha) fue la propia crisis del gulag y de los trabajos forzados que ahí se realizaban. El MVD tenía problemas para mantener el orden en los campos. En las últimas oleadas de arrestos, se había detenido a muchos opositores recalcitrantes, en especial mandos militares experimentados, así como a criminales violentos. Las negativas a someterse a los trabajos forzados eran masivas, y los antiguos agentes se habían convertido en unos expertos en el arte de neutralizar a los soplones y a los agentes secretos infiltrados en los campos, desmantelando un viejo sistema de espionaje y dificultando aún más el reclutamiento de

confidentes. Además, escaseaban los vigilantes, en un momento en el que los actos de insubordinación, e incluso las revueltas, aumentaban (la primera se produjo en 1942). El MVD buscaba la manera de evitar que todo esto saliera a la luz, a pesar del alud de cartas de protesta enviadas a Moscú, que topaban siempre con una negativa obstinada. No obstante, las críticas y las condenas procedían ahora de los propios guardias y de los fiscales, al tiempo que el MVD solicitaba al gobierno que destinara más guardias armados para reforzar el régimen de los campos, admitiendo implícitamente su incapacidad para gobernarlos. En 1951, la cifra de «negativas a trabajar» llegó hasta el millón en días en 174 campos, colonias y demás instituciones penitenciarias. La bancarrota del gulag, tanto como organización económica como penitenciaria, era irremediable^[9].

Inmediatamente después de la muerte de Stalin, se aceleraron los cambios y se tomó finalmente la decisión inevitable de acabar con la base del sistema de trabajos forzados del MVD. El 18 de marzo de 1953, Malenkov, el primer ministro, trasladó la mayoría de los directorios industriales del MVD a los ministerios civiles, y puso las instituciones penitenciarias y a sus internos bajo la égida del Ministerio de Justicia, restaurando la situación previa a 1934. El 27 de marzo se promulgó otro decreto que liberaba a un millón de prisioneros sobre un total de 2,5 millones. Ese mismo mes se dio orden de suspender algunos de los principales proyectos del MVD: el gran canal de Turkmenistán, la red de canales del Volga-mar Báltico y varias presas hidroeléctricas y sistemas de irrigación a gran escala. Estas obras faraónicas, especialmente los canales, empleaban grandes cantidades de mano de obra forzada, y en sus informes el MVD se enorgullecía una y otra vez de su papel en aquellas maravillas quiméricas, que colmaban el gusto de Stalin por las grandes obras. Jlevniuk insinúa que las altas esferas gubernamentales llegaron a la conclusión de que aquellos trabajos eran ruinosos, por la misma razón por la que, en 1950, Beria, responsable del MVD como viceprimer ministro, había planteado la reforma de aquel gran ministerio. Sin embargo, mientras Stalin estuvo con vida, nadie se atrevió a proponer esta cuestión de manera oficial. La única salida era dejar que los factores que podían provocar la crisis fueran haciendo su trabajo, como también lo hacían las valientes protestas de quienes estaban injustamente encarcelados. Hubo que esperar hasta la muerte del dictador para poner fin a muchas de estas gloriosas iniciativas, inútiles para el desarrollo económico, lo que supuso un golpe decisivo para el sistema de trabajos forzados.

CIFRAS OMINOSAS

Hoy tenemos más información sobre la cifra de internos del gulag y demás datos relevantes^[10]. Durante mucho tiempo, se hicieron todo tipo de especulaciones infundadas a este respecto, dando pie en ocasiones a unas exageraciones sensacionales. Dejaremos que sean los autores de estas hipótesis quienes expliquen qué buscaban con ellas. Además de referirnos a las pérdidas humanas atribuibles al sistema de los campos, podemos abordar ahora con cifras en la mano otra cuestión: el número de detenciones políticas anuales durante prácticamente todo el período preestalinista y postestalinista, y las penas impuestas a los acusados.

Es más complicado cuantificar, de una manera exacta e irrefutable, el precio en vidas humanas que se cobraron episodios como el hambre, el exilio forzado de los kulaks y otras calamidades. La mejor manera de hacerlo es recurriendo a los estudios estadísticos que calculan el exceso de muertes en los períodos indicados. Estos estudios tienen en cuenta todos los acontecimientos y medidas políticas que pueden haberlas provocado, y nos permiten asimismo identificar las pérdidas atribuibles no a un aumento de la mortalidad sino a un descenso de la natalidad, pues también hablamos en este caso de pérdidas. Con todo, no podemos incluir a quienes no llegaron a nacer entre las víctimas del régimen, pues no padecieron el terror. Los lectores pueden consultar las estadísticas y demás datos en los apéndices.

Me limitaré a sintetizar el material estadístico con el que contamos para el período que va de 1921 hasta mediados de 1953 (los detalles figuran en el Apéndice 1).^[11] Durante estos treinta y tres años, la cifra total de detenciones por razones fundamentalmente políticas (la acusación era «delitos contrarrevolucionarios») fue de 4.060.306 personas. De éstas, 799.455 fueron condenadas a muerte; 2.634.397 fueron enviadas a los campos, a las colonias o a la cárcel; 423.512 fueron desterradas —o, en otras palabras, se les prohibió residir en un lugar concreto (*vysylka*) o fueron deportadas a un asentamiento (*ssylka*)—, y 215.942 pertenecen a la categoría de «otros». Dado el extraordinario incremento de los arrestos a partir de 1930, podemos distinguir las cifras de los años 1921 a 1929 y las pertenecientes al período específicamente estalinista. En 1929, el número de arrestos, superior al del año anterior, alcanzó las 54.211 personas, y 2.109 personas fueron condenadas a muerte. Pero esta cifra en nada se asemeja a la del año

siguiente, en que las detenciones afectaron a 282.926 personas y las condenas a muerte ascendieron a 20.201.

También contamos con otros datos, calculados por el KGB en tiempos de Jrushchov, para el período comprendido entre 1930 y 1953: 3.777.380 personas fueron detenidas por «delitos contrarrevolucionarios» y el número de condenas a muerte se situó alrededor de las 700.000, la mayoría durante las purgas de 1937 y 1938.

La intensidad de la persecución, la criminalización de actividades consideradas legales en el pasado y la inflación en la cifra de delitos ficticios son, sin lugar a dudas, unos buenos indicadores del grado de «paz social» del que gozaba el sistema y del nivel de calma que reinaba en el Estado. A pesar de la fuerza de la represión en 1928, y especialmente en 1929, la cifra total para el período de 1921 a 1929 es inferior, o ligeramente superior, a la cifra del año 1930.

Durante la primera mitad de 1953, el aparato represivo puso el freno repentinamente y las cifras son, comparativamente, más bajas: 8.403 detenciones, con 198 condenas a muerte, 7.894 penas de prisión de todo tipo, 38 exilios o deportaciones y 273 «otros». En el momento de la muerte de Stalin, 600.000 presos políticos seguían en los campos o en las cárceles. A finales de 1954, la cifra había disminuido hasta las 474.950 personas. Por iniciativa de Jrushchov, el régimen había empezado a revisar la política estalinista del terror.

Según algunas estimaciones, entre 1934 y 1953, alrededor de 1,6 millones de internos, incluidos los prisioneros comunes, murieron en los campos. La mortalidad era algo superior entre los presos políticos; en estos veinte años, murió medio millón. En un período de treinta y tres años, unos cuatro millones de personas fueron condenadas por delitos políticos, y un 20 por 100, fusiladas, la mayoría a partir de 1930.

Resulta más complicado calcular con exactitud el resto de víctimas de Stalin, pero existen, no obstante, datos fiables. Entre 1930 y 1932, 1.800.000 de campesinos considerados kulaks fueron obligados a exiliarse en los denominados «asentamientos para los kulaks» (*kulakskaja ssylka*), vigilados por la policía secreta. A principios de 1932, solamente seguían con vida 1.300.000; el medio millón restante había muerto, huido o habían sido puestos en libertad tras la revisión de la condena. Entre 1932 y 1940, en esos «asentamientos kulaks» se produjeron 230.000 nacimientos y 389.521

fallecimientos; 629.042 personas habían huido, de las que 235.120 fueron capturadas y devueltas a sus respectivos asentamientos. A partir de 1935, los índices de natalidad superaron los de mortalidad: entre 1932 y 1934, hubo 49.168 nacimientos y 271.367 muertes, pero entre 1935 y 1940, se registraron 181.090 nacimientos por 108.154 decesos^[12].

Sin entrar en detalles, podríamos concluir que la gran mayoría de kulaks no pereció. Un número considerable abandonó sus poblaciones y se dispersó por el país, confundiéndose con rusos y ucranianos, y enrolándose en los principales proyectos del plan quinquenal, siempre escasos de mano de obra y dispuestos a aceptar a cualquiera sin hacer demasiadas preguntas. Los exiliados vieron cómo recuperaban sus derechos gradualmente y se archivaban sus casos. Algunos ingresaron en el ejército, y otros fueron simplemente rehabilitados. En 1948 se clausuraron los asentamientos de kulaks vigilados por la policía.

Tenemos entre manos, por lo tanto, una cantidad importante de víctimas del terror, un grupo que no es necesario incrementar, manipular o falsificar. Resta por añadir el precio que tuvo que pagar una categoría mucho más triste: las pérdidas demográficas en el sentido más amplio. Para poner en orden la complicada situación del período comprendido entre 1914 y 1945, recurriremos a un especialista en historia demográfica: Robert Davies^[13]. En este sentido, las cifras que da se refieren a la historia de la población rusa durante todo ese período, pero la etapa estalinista se desmarca claramente.

En Rusia-URSS, las dos guerras mundiales y una guerra civil provocaron unas pérdidas demográficas (o déficits de población) más importantes que en cualquier otro lugar. Los indicadores utilizados para medirlas son el «exceso de muertes» fruto de la violencia, del hambre y de las epidemias, y el «déficit de la natalidad» a causa de una caída temporal en la tasa de natalidad. En el caso de la primera guerra mundial y de la guerra civil, se calcula que el exceso de muertes fue de 16 millones, y el déficit de la natalidad, de 10 millones. En la segunda guerra mundial, las cifras correspondientes son respectivamente, de entre 26 y 27 millones y de 12 millones.

La industrialización estalinista también provocó un exceso de muertes en tiempos de paz, del orden de 10 millones o más, la mayoría durante las hambrunas de 1933. Las pérdidas totales de población entre 1914 y 1945 a causa de muerte prematura y como consecuencia del déficit de la natalidad sumaban 74 millones: 26 millones entre 1914 y 1922, 38 millones entre 1941 y 1945 y 10 millones en tiempos de paz. Davies no aporta números sobre este

último período, pero sus investigaciones contribuyen a acabar con las estimaciones ficticias que manipulan los datos a partir del principio de que la historia del «comunismo» está bañada en sangre. Si ciframos los muertos en 80 millones, uno puede llegar a preguntarse: ¿y por qué no el doble?

Conforme se acercaba el fin de la guerra, el país estaba agotado y los vastos territorios ocupados por los alemanes, o que habían sido el escenario de la contienda, estaban literalmente devastados. En las zonas reconquistadas, no existía la menor estructura económica y carecían de un gobierno. Había que reconstruir el sistema soviético de arriba abajo, en un principio sin un sostén económico y con una población en la que había un buen número de antiguos colaboracionistas.

Me ceñiré aquí a un aspecto de la reconstrucción del sistema soviético en estas regiones. Encontrar cuadros para los territorios reconquistados fue una tarea titánica y transcurrió en unas condiciones absolutamente caóticas. Los nuevos nombramientos eran sustituidos una y otra vez, bien por su incompetencia, bien porque no eran de fiar, bien porque se trataba de criminales que habían ingresado en la administración. Los cuadros procedentes de las regiones que habían escapado de la conquista alemana solían ser personas con una formación escasa y proclives a abandonar un trabajo complicado para regresar a casa. En Ucrania, Lituania y Letonia, unidades de insurgentes nacionalistas bien preparadas se enfrentaron a las tropas soviéticas y a las fuerzas de seguridad, a veces en combates encarnizados, con pérdidas importantes en uno y otro bando. El régimen tuvo que dedicar tiempo y esfuerzos para someter a esos partisanos. Pero volvió a haber trabajo, se reconstruyeron las fábricas y la vida fue recuperando lentamente la normalidad.

Cuando murió Stalin, el país ya había recuperado los niveles de los indicadores sociales y económicos anteriores a la guerra, especialmente en lo referente a la producción agrícola. Sin embargo, su desaparición de la escena no fue suficiente para librar a la URSS de su legado, sobre todo porque la

reconstrucción posterior a la guerra suponía restaurar un modelo estalinista en crisis, con todas sus aberraciones y sus rasgos irracionales.

El retorno de la paz hizo que el Estado y el Partido, totalmente sumidos hasta entonces en el esfuerzo que suponía el conflicto, debieran enfrentarse a una realidad que no habían previsto. La burocracia del Estado, el cuerpo a cargo de la organización durante la guerra, tenía que abordar los problemas de la reconversión. Para el Partido y su aparato, la situación era más complicada si cabe. Con independencia de la propaganda, entre 1941 y 1945 el aparato se había visto relegado a un papel secundario. Los miembros del Politburó dirigían la máquina de guerra a través del Comité de Defensa Estatal, pero lo hacían como líderes del Estado, no del Partido, bajo el puño de hierro de Stalin. El Comité Central había perdido peso y hacía años que no se convocaba ningún congreso.

Para poner orden en el Partido, Stalin trajo al reputado líder de éste en Leningrado, Alexis Kuznetsov, que se había distinguido durante el sitio de la ciudad como mano derecha de Zhdanov. Lo nombró secretario del Partido para los cuadros, miembro del Politburó, y todo apuntaba a que Stalin lo estaba preparando para que se convirtiera en su sucesor. Todo esto, sin embargo, no era una situación envidiable para un principiante atrapado en el complejo aparato del poder que rodeaba a Stalin. Sus prerrogativas eran importantes, pero la tarea que tenía ante sí intimidaba. Era el encargado de proporcionar líderes de calidad y políticamente fiables a todas las agencias importantes del Estado. Para ello, tenía que supervisar el trabajo del Directorio de Cuadros del Partido, reorganizado para afrontar la tarea. Su primera misión consistía en dar con personal cualificado para asumir cargos de responsabilidad en las ramas más importantes de la economía a lo largo y ancho del país.

Otra de las misiones que cayó sobre sus espaldas fue la reorganización del Partido. Si bien el personal del aparato del Partido estaba en movimiento constante, sus estructuras no habían variado mucho, de ahí que la nueva estructura fuera lo suficientemente instructiva para que le dediquemos nuestra atención.

Se decidió que al frente del Directorio de Cuadros habría cinco directores adjuntos, y que lo integrarían veintiocho departamentos (en lugar de los cincuenta anteriores), cada uno responsable de controlar a un grupo de ministerios u otras agencias gubernamentales. También se proyectó la

creación de un único departamento de personal y de diversos servicios de sección en el conjunto del directorio.

De los veintiocho departamentos, uno se ocuparía de los cuadros para las organizaciones del Partido, otro de la formación y del reciclaje de los cuadros, y un tercero, de los cuadros en las instituciones soviéticas (fuerzas armadas, interior y comercio exterior). Los servicios de seguridad del Estado, la Oficina del Fiscal y el Departamento de Justicia quedaban englobados en el mismo departamento. Otro tanto sucedía con Transporte y cada una de las ramas de Industria, así como con Agricultura, Finanzas, Comercio, Educación Superior e Investigación, Publicaciones, Arte y demás. El nuevo directorio, por lo tanto, era una máquina pesada que daba trabajo a unos 650 funcionarios. Posiblemente el mayor de los aparatos del Comité Central, se organizó a partir de líneas de funcionamiento hasta que, dos años más tarde, retornó a la vieja estructura de «ramas de la economía». Entretanto, el nuevo cometido de Zhdanov como secretario le permitió conocerlo todo, incluidas las instituciones más secretas, pues todas necesitaban a los cuadros que salían de su directorio y que éste controlaba —o, cuando menos, empezaba a suministrar y a controlar.

De los discursos y las conversaciones inéditas con sus subordinados, podemos concluir que Kuznetsov era un hombre de una inteligencia considerable. Sus capacidades organizativas y la facilidad con que se granjeó la estima del aparato dan cuenta de su importancia. El intento de reconstruir y revitalizar el Partido y su aparato se hizo, evidentemente, de acuerdo con Stalin. Es obvio que, a la hora de tratar cuestiones de organización, Kuznetsov iba por libre. En materia ideológica, sin embargo, tenía que ceñirse a la línea marcada. Antes de proseguir con la discusión sobre las reformas en el aparato del Partido, debemos plantear estas «cuestiones ideológicas», y en particular una novedad que nació de la creciente identificación de Stalin con los símbolos zaristas durante la guerra. La nueva línea ideológica afectaba directamente a los cuadros centrales del Partido, sujetos ahora a un proceso de readoctrinamiento junto con diversos grupos sociales y cuerpos de la administración.

EL ZHDANOVISMO Y LOS «TRIBUNALES DEL HONOR» (1946-1950)

El zhdanovismo, denominado así a partir de su principal ponente, Andrei Zhdanov, secretario del Partido por aquel entonces, hace alusión a un capítulo

especialmente siniestro en la historia del estalinismo^[1]. Dado que estas medidas, que asolaron la vida cultural del país, se estudian en todas las historias de la literatura soviética, hemos optado por ocuparnos aquí exclusivamente de los documentos inéditos del aparato del Partido.

El principal objetivo del zhdanovismo era la *intelligentsia* profesional, acusada de «alabar a Occidente» y tachada de «cosmopolita», un término tras el que se ocultaba el antisemitismo apenas disimulado de aquellos años. No obstante, su espíritu dejó una huella profunda en el Estado y en los aparatos del Partido, que daban trabajo a una cantidad importante de personas con estudios superiores. Expresión del nacionalismo ruso más extremo, el zhdanovismo atacaba las manifestaciones del nacionalismo en las repúblicas no rusas. La introducción en las altas esferas del Partido y del gobierno de los arcaizantes «tribunales del honor» va en contra de toda lógica administrativa, y frustró los intentos por elevar el nivel profesional del aparato del Partido. Estos «tribunales» debían infundir entre los *apparatchiks* un sentido de patriotismo y de orgullo por los logros únicos de su patria (estalinista) a través de juicios amañados en todas las agencias de la administración. A los chivos expiatorios se les acusaba de todo tipo de infamias, pero sólo se veían afectadas sus carreras (escapaban con vida). En suma, estos «tribunales» juzgaban «delitos» similares a la traición, pero que no estaban sujetos a penas criminales.

Kuznetsov explicó esta práctica en un informe a todo el aparato del Partido el 29 de septiembre de 1947. Las medidas se dirigían contra personas con educación superior, incluido el creciente número de especialistas. El aparato central no estaba inmunizado contra esa enfermedad y el informe fue leído en una reunión convocada para elegir el «tribunal del honor» del aparato del Comité Central, una elección que dio inicio a los procesos de selección en el resto de cuerpos administrativos de todo el país. Los tribunales tenían como misión combatir los comportamientos adúladores para con Occidente.

También se instauró uno de estos tribunales en el Ministerio de Seguridad del Estado (MGB). Sus miembros estaban aparentemente irritados por el hecho de tener que someterse a semejante procedimiento, pero Kuznetsov les informó de que, si un tribunal así era necesario en el aparato central del Partido, el baluarte del país, no había razón alguna para que no lo fuera en el MGB. Sus miembros también tenían que mejorar en cuestión de patriotismo y de «independencia espiritual», las únicas cosas que podían garantizar el reconocimiento de la superioridad de la cultura soviética sobre la occidental.

El argumento de Kuznetsov era el siguiente: en la medida que la actividad del país dependía de la calidad del aparato del Partido, los «tribunales del honor» tenían un papel decisivo. El aparato daba cobijo a un número de trabajadores que habían mostrado desviaciones antipatrióticas, antisociales y antiestatales. A partir de ahora, en cuanto se descubrieran estas conductas, se resolverían de manera interna, con la mayor discreción posible. La razón que dio pie a todo esto fue la creencia extendida de que, en cuanto alguien ingresaba como miembro en el aparato, ya no era necesario estar alerta ni mejorar políticamente. Pero muchos funcionarios parecían pasar por alto que su trabajo en el aparato central, el sanctasanctorum (la expresión aparece en el informe), no era un trabajo rutinario, sino una obligación del Partido. También había comportamientos disolutos entre algunas de las principales figuras, como apuntó Kuznetsov, algo totalmente inadmisibles en las filas del Partido, y menos aún en el aparato del Comité Central. Las faltas más frecuentes que se citan son la ebriedad, el libertinaje y la negligencia en el manejo de documentos confidenciales. Estas negligencias eran de lo más peligroso, porque el Comité Central recibía informes sobre todos los aspectos de las actividades del país, incluida la defensa y la política exterior. Por este motivo, toda tarea dentro del aparato, cualquiera que fuera el cargo que se desempeñara, debía ser confidencial. La mejor arma del Partido contra sus enemigos era estar alerta; tenía que convertirse en un principio inviolable de la vida nacional.

Había en esta política un trasfondo inquietante y evidente. Durante la reunión, se dijo de manera oficial que la nueva línea se inspiraba en los métodos de las grandes purgas. De hecho, se citaban algunos episodios de éstas a modo de recordatorio, como las cartas «confidenciales» dirigidas a miembros del Partido que habían marcado el inicio de las purgas: la carta del 18 de enero de 1935 a propósito de las acciones contra los «asesinos de Kirov», la carta del 13 de mayo de 1935 sobre los carnets de miembro del Partido, la circular del 29 de julio de 1936 sobre el «bloque terrorista» trotskista-zinovievista y la circular del 29 de junio de 1941 a los agentes del Partido y del Estado que se encontraban en las proximidades del frente. Todas estas misivas precedieron o llegaron después de episodios de terror contra la población en general y contra los cuadros en particular. La invocación deliberada a aquella época servía de aviso a la *intelligentsia* potencialmente desleal, aunque también se citaba el discurso de Stalin sobre la necesidad de no bajar la guardia durante las alucinantes sesiones del Comité Central de

1937-1938, otro «clásico» sobre cuál era la mejor manera de tratar a los enemigos.

Tal era el espíritu de una campaña iniciada para inculcar, nada más y nada menos, la «independencia espiritual», y para la que también se recurría al espionaje internacional. Se hizo saber a los *apparatchiks* que los servicios de inteligencia occidentales buscaban la manera de introducirse en el Partido y que sus familias no eran inmunes: «Contadle algo a vuestra mujer, ella se lo contará al vecino... Y todo el mundo estará al tanto de los secretos de Estado». Todo aquel algo familiarizado con la manera que tenía Stalin de criticar a los funcionarios y a los líderes del Partido podía reconocer en estas palabras su estilo inimitable. De hecho, la condena que se hacía de las «charlas familiares» de los miembros del aparato se basaba en un episodio reciente: en 1948, el gobierno había decidido, rodeado del más alto secreto, aumentar los precios, pero la decisión llegó a oídos de la población antes de ser promulgada, lo que provocó el frenesí por llegar a las tiendas.

Las purgas que acompañaron el zhdanovismo no fueron ni mucho menos de la magnitud de las de 1936-1939, aunque se cometieron atrocidades como la ejecución de los escritores del Comité Antifascista Judío, el asesinato del gran actor Mijoels (que murió en un presunto accidente de automóvil), multitud de detenciones y ejecuciones de figuras de la cultura, la ruina profesional de varios personajes y la destrucción de obras artísticas y científicas. En 1950 se produjo el «asunto de Leningrado»: todos los antiguos líderes del Partido y de la administración en Leningrado, incluido Kuznetsov y el viceprimer ministro y responsable del Gosplan, Voznesenski, fueron ejecutados y otros cien perecieron o fueron enviados a los campos.

La ideología de esta *zhdanovshchina* era, por supuesto, la ideología de Stalin, y el punto culminante de su deriva ideológica. Stalin se sentía fascinado por el «glorioso» pasado zarista, y los «tribunales del honor» no eran el único elemento histórico que tomó de aquellos tiempos. Todos los altos cargos ministeriales vestían ahora uniformes y sus títulos derivaban directamente de los de la «tabla de rangos» de Pedro I. Peor aún que la parafernalia externa era el ultranacionalismo ruso típico de los últimos años del estalinismo, con un regusto a protofascismo. Stalin quería que su espíritu le sobreviviera, y para ello revisó personalmente el nuevo himno soviético, imponiendo a un país multinacional un canto chovinista a la «Gran Rusia».

Conviene añadir que, al llegar Jrushchov al poder, se abolieron o se abandonaron los «tribunales del honor» y los títulos y uniformes arcaicos, con

sus ridículas charreteras, y que la administración, que apenas tenía tiempo para aquellas reliquias, las olvidó rápidamente. El pútrido olor del zhdanovismo desapareció para siempre.

Todo esto es importante para entender el ambiente que se respiraba en el país cuando Kuznetsov lanzó la importante empresa de racionalizar, primero en el Partido, el trabajo de los cuadros. Su idea era tratarlos con firmeza pero también de manera justa, y esperaba que ellos respondieran adecuadamente. La diferencia en tono y espíritu entre la explicación pública que Kuznetsov hizo del zhdanovismo en 1947 y los primeros debates serios con sus colegas en 1946 y 1947 es sorprendente. Y suscita la cuestión de si realmente aprobaba el zhdanovismo.

EL NUEVO ENFOQUE

Varias fuentes nuevas, y más concretamente las actas de las reuniones a puerta cerrada del Directorio de Cuadros, algo posiblemente sin precedentes en la historia del aparato, nos permiten intuir qué se disponía a hacer el Politburó para poner orden en su casa. En primer lugar, intentar redefinir las funciones de todo el aparato, clarificar la división de tareas en su seno y, no menos importante, cambiar la política económica del aparato central. Por sorprendente que pueda parecer, el aparato quería acabar con su intervención directa en la gestión de la economía.

Estos cambios impulsaron la necesidad de redefinir y de separar las funciones y las esferas de actuación del Partido y del Estado. Según la nueva doctrina organizativa, el Comité Central era un cuerpo que se encargaba de fijar las orientaciones políticas, que trasladaba posteriormente al gobierno. Por medio del personal de gestión, el Partido se ocupaba de los cuadros dirigentes del Estado, y su misión era educar ideológicamente a la nación y supervisar las organizaciones locales.

No había nada inherentemente nuevo en esto, pero fue una sorpresa para los *apparatchiks* saber que el Comité Central ya no se ocuparía directamente de la economía. Sus departamentos económicos, así como los de agricultura y transportes, fueron abolidos. La tarea principal del aparato era gobernar el propio Partido y supervisar a los cuadros de cada uno de los ámbitos, aunque sin entrar en detalles sobre sus actividades ni en cómo llevaban a cabo su trabajo. Por descontado, el Comité Central seguiría promulgando directivas,

incluso sobre cuestiones económicas, para el gobierno aunque, en el marco de sus responsabilidades para con la supervisión de los cuadros en los órganos gubernamentales, también tenía que continuar interviniendo indirectamente en el seguimiento de la política económica. Por último, los órganos locales del Partido, por ejemplo los comités regionales que se ocupaban de «funciones ejecutivas», siguieron con sus actividades económicas, como en el pasado. Sus responsabilidades no eran un calco de las del Comité Central.

Para arrojar algo de luz en esta oscura división de tareas entre los dos órganos que estaban situados inmediatamente por debajo del Politburó, el Orgburó y la Secretaría, se decidió que el primero se encargaría de los órganos locales del Partido. Los convocaba, escuchaba sus informes y proponía mejoras, a pesar de que éste no era el papel que le habían concedido en el pasado los estatutos del Partido. Celebraba reuniones con regularidad y se fijaban las citas con antelación. La Secretaría, a su vez, era un órgano permanente, que se reunía diariamente, e incluso varias veces al día, y también lo hacía cuando era requerido para ello. Preparaba el orden del día y los materiales importantes para las reuniones del Orgburó, y se cuidaba de que las resoluciones que adoptaba éste y el Politburó se llevaran a la práctica. También era el encargado de la asignación de cuadros en las diferentes agencias del sistema a través de los departamentos pertinentes.

Ayudar a las organizaciones locales del Partido a tomar el control efectivo de los órganos estatales y económicos, criticarlas y asumir la responsabilidad del liderazgo político de las masas eran los objetivos principales de la cúpula del Partido, y precisamente en estos términos estaban definidos.

Las fuentes que tenemos a nuestra disposición nos revelan las razones que llevaron a los jerarcas a desentenderse así de la economía. La situación de los órganos locales del Partido, dependientes todos ellos del Comité Central, no era ni mucho menos buena, e incluso este último estaba asediado por los problemas. La causa principal de la situación era la dependencia generalizada de los funcionarios del Partido, y su sumisión para con los ministerios económicos.

Un aspecto de esta dependencia lo encontramos en lo que se ha denominado «autoincentivos» (*samosnabzhenie*), que cubrían diversas prácticas. Los responsables de las agencias gubernamentales, especialmente los que trabajaban en los ministerios económicos y en sus ramas locales, ofrecían a los jefes del Partido incentivos ilegales en forma de premios, primas, bonificaciones, regalos de lujo y todo tipo de servicios, como

construcción de dachas, reparaciones a domicilio, estancias en sanatorios de primera categoría para los secretarios locales del Partido (y por supuesto para sus familias). Todo ello iba a cargo del Estado. Según una fuente, aquellos favores económicos con que se premiaba a la elite del Partido «adoptaban proporciones inimaginables».

Otro documento de Kuznetsov, de finales de 1947, ofrece más información a este respecto. El Politburó acababa de promulgar un duro decreto contra las recompensas que los responsables económicos ofrecían a los funcionarios del Partido. Una práctica que se había extendido durante la guerra y que ahora formaba parte de absolutamente todas las esferas de actividad. En una época como aquella de racionamiento y de unas condiciones de vida severas, el país vivía más cerca incluso de la hambruna que de la escasez cotidiana, y muchos miembros del Partido se dedicaban a requisar ilegalmente, recurriendo incluso a la extorsión, comida y otras mercancías que pertenecían a las agencias económicas. Evidentemente, esos actos eran delictivos. Según Kuznetsov, eran, «esencialmente, una forma de corrupción que hacía que los representantes del Partido dependieran de las agencias económicas». Éstas daban prioridad a sus propios intereses por encima de los del Estado al que, supuestamente, representaban. Si la defensa de los intereses estatales tenía que anteponerse a los privados, ¿cómo podían garantizarla los cuadros del Partido cuando la mejora de su situación material dependía de las bonificaciones y de las prebendas que obtenían de los responsables de la economía?

Semejantes casos de corrupción, en los que los ministerios económicos «remuneraban» a los funcionarios del Partido a lo largo y ancho del país — algunos de ellos ocupaban puestos de responsabilidad en el aparato—, fueron descubiertos y revelados a Stalin por su mano derecha, Lev Mejlis, ministro de Control del Estado. Es evidente que Kuznetsov tenía acceso a esta información. Un buen número de documentos que he recopilado muestran que muchos *apparatchiks* locales y sus jefes dedicaban buena parte de sus energías, cuando no estaban organizando bacanales en las que el alcohol corría a costa de las agencias locales o gubernamentales soviéticas, a hacerse con viviendas y bienes y a dejarse sobornar. Los inspectores informaron con todo lujo de detalles de la cantidad de botellas de alcohol que se consumían, de su coste, de la factura del restaurante que se había ocupado de la comida y del nombre de la institución pública que había asumido todos estos gastos. Los sobornos no siempre llegaban en forma de ofertas; en ocasiones eran una petición, o incluso una exigencia. En la Oficina del Fiscal del Estado se

amontonaba la documentación de los expedientes contra los líderes del Partido acusados de conducta impropia o criminal.

Las cúpulas locales del Partido estaban obviamente en baja forma después de la guerra. El aparato central era consciente de la situación, pero no informó al respecto porque no quería conceder demasiada importancia a aquellos comportamientos, tan habituales que todo el mundo se había acostumbrado a ellos. No obstante, se decía que Stalin había declarado que aquel pillaje de los recursos del Estado era delito. Para Kuznetsov, los sobornos daban lugar a relaciones «familiares» íntimas, y convertían las organizaciones del Partido en juguetes en manos de los responsables económicos. «Si la situación se mantiene, acarrearé el final del Partido», declaró: era necesario que «las organizaciones del Partido recuperen la independencia». Para aquellos que consideraban la primacía del Partido como algo sólido, una frase como aquella debió sorprenderles. Es evidente que Kuznetsov repetía lo que ya había escuchado en una reunión a puerta cerrada del Directorio de los Cuadros en 1946, poco después de su nombramiento. Pero se trataba posiblemente de la primera vez que se producía una consulta como aquella, en presencia de todos los miembros del aparato. Kuznetsov rogó a los participantes que fueran sinceros y escuchó de todo: los responsables de departamento del propio directorio eran superburocratas inaccesibles a sus subordinados; formaban camarillas y gozaban de privilegios especiales; la jerarquía era de lo más estricto y no permitía el amiguismo entre miembros del Partido; por último, el ambiente de secretismo era sofocante. No menos elocuente fue la valoración que hicieron los *apparatchiks* de los ministros importantes: los veían como señores feudales que miraban con desdén a sus funcionarios. Alguien inquirió: «¿Cuándo viste por última vez que un ministro nos visitara en el Comité Central?». A lo que otro añadió: «Ni siquiera un viceministro».

Es interesante advertir, como lo hizo Kuznetsov, que muchas de las críticas, especialmente cuando salían de boca de los *apparatchiks* más jóvenes, encargados de la instrucción, resumaban idealismo y la amargura que les provocaba ver que sus esperanzas se habían ido al traste. Kuznetsov escuchó incluso una frase inesperada, incluso para un investigador como yo cincuenta años más tarde: «Hemos [el Partido] perdido poder» (*my poteriali vlast'*). Todo esto está contenido en las actas de la reunión de 1946, así que no es extraño que, al cabo de un año, Kuznetsov declarara que las organizaciones del Partido debían recuperar su «independencia». Ni siquiera fue necesario que especificara con respecto a quién. La «economización» del

Partido era una maldición que hizo que la cúpula se llevara las manos a la cabeza como nunca hasta entonces.

La propia existencia del Partido en tanto que institución de gobierno estaba en peligro. Durante la guerra, se había acelerado su transformación en un apéndice ministerial, con la consiguiente pérdida de poder. Es evidente: los ministerios se habían encargado del esfuerzo de la guerra y de las actividades de más relumbrón. Los gestores, que trataban cada vez más asiduamente con el Consejo de Ministros e ignoraban al Comité Central y su *nomenklatura*, se dedicaban a sobornar al aparato del Partido y a corromperlo. Hay multitud de datos sobre este desprecio hacia las «reglas de la *nomenklatura*» (un término que volverá a aparecer más adelante).

El remedio parecía ser alejar al aparato central de cualquier implicación directa en cuestiones económicas y del trato con las agencias —apartarlo de la economía, ni más ni menos—, así como distanciarlo de las directrices económicas y de la supervisión de los cuadros. Pero el zhdanovismo no haría sino complicar las cosas. En el pasado, el Directorio de Cuadros había preferido reclutar a gente que ya tuviera la formación técnica necesaria para el trabajo en el Partido. Ahora se decantaban por los licenciados en humanidades para evitar lapsos ideológicos como el fracaso a la hora de censurar pasajes «ideológicamente alienantes» en una ópera, o la publicación de una biografía insuficientemente censurada de Lenin. Se consideraba que los «técnicos» eran incapaces de descubrir la subversión ideológica, y menos aún de combatirla. Y una amenaza como la «economización», mucho más prosaica pero también menos obvia, y que empezaba a enturbiar el campo de visión ideológico del Partido, superaba con mucho sus posibilidades.

¿Cuál era, sin embargo, el marco ideológico que estaba perdiendo supuestamente vigor? ¿Y qué había que contraponer a la influencia del Occidente capitalista? Llegamos aquí a uno de los talones de Aquiles del edificio ideológico del Partido. En aquella época, el estalinismo se caracterizaba por su poca predisposición, e incluso por su incapacidad, a criticar el capitalismo desde un punto de vista socialista. Como ya hemos dicho, se había optado por adoptar un nacionalismo ruso virulento. Recuperaremos esta cuestión en la tercera parte, cuando hagamos un repaso más general a su historia ideológica. En cuanto al problema de la recuperación por parte del aparato del Partido del control de los ministerios, estaba ligada, una vez más, a una excesiva implicación directa con la esfera económica, que había hecho posible que los gestores impusieran sus

designios. De ahí que la reforma de 1946 del aparato consistiera, fundamentalmente, en acabar con aquella relación directa y en poner fin a la «economización» del Partido.

Aun así, esta línea, por sí misma, no podía sustituir los cimientos ideológicos que había perdido el estalinismo. Kuznetsov lo insinuó durante la reunión plenaria del aparato del Partido. «El Partido carece de programa», declaró, afirmando que los únicos textos programáticos existentes eran la Constitución de Stalin y el plan quinquenal. Había una audacia innegable en estas palabras, pues venían a decir que, con Stalin, el Partido había perdido su empuje ideológico inicial, y habría sido una declaración suicida de no ser porque podemos inferir que el propio Stalin opinaba lo mismo y Kuznetsov se limitaba a citarlo. Cuando Kuznetsov dijo que el Partido estaba perdiendo terreno frente a los responsables económicos y que debía recuperar la independencia, posiblemente se hiciera eco del sentir de Stalin, o cuando menos contara con la aprobación del líder. Como el dictador sabía, la erosión de la mayoría del esqueleto ideológico original fue uno de los factores que hizo posible la «economización» de los cuadros del Partido. Las políticas zhdanovistas se impusieron a instancias de Stalin, lo que indica que estaba al tanto de la debilidad ideológica del régimen y que había decidido levantar unos nuevos cimientos ideológicos, que ya hemos visto en qué consistían. Pero no eran sino una parte del problema, y en modo alguno una parte de la solución.

Sea como fuere, se había identificado la «economía» como el motivo de la decadencia del aparato principal del Partido. Las medidas adoptadas se apoyaban en la convicción de que la solución podía provenir de una mejor división del trabajo entre el Comité Central y el Consejo de Ministros. Este último seguiría dirigiendo el país, mientras que el primero se ocuparía de los nombramientos para los puestos clave y de supervisar los departamentos de cuadros de cada una de las instituciones. Esta línea, sin embargo, «el abandono de la economía y el regreso al trabajo de partido», no duraría mucho. Menos de dos años más tarde, dicha reorganización, prueba de una visión a largo plazo a pesar de que apuntara a un objetivo inalcanzable, dio marcha atrás.

LA RETIRADA

El proceso se detuvo a finales de 1948. Analicemos brevemente sus consecuencias. A principios de 1949, los sectores especializados del Directorio de Cuadros se transformaron en departamentos independientes adscritos a diferentes esferas de la actividad estatal. Oficialmente, tan sólo trataban con los cuadros de dichas esferas, y no tenían relación alguna con el entorno profesional de las actividades. De hecho, sin embargo, estos departamentos del Comité Central, sin saberlo o deliberadamente, seguían estando involucrados en las estructuras económicas de gestión, a causa del carácter sectorial del sistema, un aspecto que la reforma de 1946 había intentado superar. El «giro» acabó convirtiéndose en una retirada.

El talante de esta nueva fase se resume en un documento. Los movimientos pendulares eran recurrentes en las prácticas de la administración soviética, así que esta etapa no constituía novedad alguna. Para sustituir el pesado Directorio de Cuadros, y las unidades especializadas encargadas de inspeccionar los órganos del Partido, se estaba preparando una nueva estructura organizativa. En adelante, el aparato del Comité Central, supervisado principalmente por la Secretaría y, en menor medida, por el Orgburó, se ocuparía de controlar las operaciones de los ministerios y demás agencias del gobierno central. De este cometido se ocupaban los nuevos departamentos del Comité Central, entre los que figuraban la *agitprop*, el de «Partido-Komsomol-sindicatos», el de «relaciones internacionales», el de industria pesada, el de industria de bienes de consumo, el de ingeniería (construcción de maquinaria), el de transporte y agricultura, un departamento «administrativo» nuevo, dotado de un gran poder y responsable de los servicios de seguridad, y el grupo de agencias dedicadas a la planificación, la economía y el comercio. (Estas tres últimas se acabarían desligando poco después para formar un departamento independiente).

Esta reorganización consistía, en definitiva, en convertir las unidades estructurales del viejo Directorio de Cuadros en departamentos autónomos y en distribuir, de un modo más o menos lógico, los 115 ministerios y todos los órganos del Partido (a escala republicana y regional) en dichos departamentos. Un cometido en absoluto sencillo. Cada uno de estos agentes del Estado que había que supervisar tenía a su cargo un gran número de ramas locales, un conjunto laberíntico de redes de suministro que llevaban de cabeza a cualquier agencia de inspección. Pero aquella red ya de por sí intrincada era mucho más compleja que la que veremos a la hora de hablar de la administración del Estado.

Cada departamento del Comité Central tenía su propia estructura más o menos compleja y su departamento de personal, aunque también había estructuras que estaban al servicio de todo el aparato del Comité Central, como la Oficina Central de Estadística, y departamentos encargados de tareas de coordinación, como la «unidad especial» del secretario general, el servicio de codificación y el de «asuntos confidenciales». Además, existían diferentes «grupos» o «cuerpos especiales» desconocidos para quien no estuviera familiarizado con el sistema, como el que se encargaba de recibir a los visitantes extranjeros, un «departamento del Comité Central» (posiblemente, una secretaría auxiliar del Orgburó) independiente, un «departamento general» por el que pasaban todos los textos y los nombramientos importantes de los diferentes departamentos o que éstos debían recibir, un departamento de «negocios», una «oficina de correos» para cartas destinadas al público, un despacho para las altas de los miembros del Partido, una «comisión para viajes al extranjero», una oficina especial que se encargaba del Kremlin y una unidad que trabajaba con las «granjas auxiliares», y que posiblemente formara parte del departamento de negocios, que también tenía un servicio de reparación mecánica.

Nos queda aún un engranaje más por estudiar, pero su complejidad no desanimará a los lectores (a menudo, la sencillez pasa por el dominio del detalle). En última instancia, la tendencia soviética a la opacidad administrativa no es tan complicada como parece. Y, aunque la comparación entre la burocracia soviética y la del resto de países pueda generar confusión, sus resultados son, indudablemente, esclarecedores. Y, en ocasiones, sorprendentes.

LA NOMENKLATURA DEL COMITÉ CENTRAL

La empresa de los años 1946 a 1948, reorganizar el aparato central del Partido, queda contenida en el término *nomenklatura*, que alude al mecanismo empleado para mantener bajo el control del Partido a los cuadros de mayor rango. También fue la *nomenklatura*, sin embargo, el origen de los problemas y de los efectos colaterales que afectaron al régimen hasta sus últimos días.

La resurrección en 1946 de la *nomenklatura* del Comité Central exigió un esfuerzo titánico por parte del Directorio de Cuadros y de los tres órganos supremos: el Politburó, el Orgburó (abolido en 1952) y la Secretaría. La

palabra rusa *nomenklatura* significa una «lista» de cosas, cualesquiera que sean, a las que hay que «darles nombre». Ahora examinaremos más atentamente esta lista para ver cuál tenía que ser, en la práctica, su funcionamiento.

Un documento del 22 de agosto de 1946 firmado por Andreyev, responsable del Directorio de Cuadros, y su ayudante Revski, fue trasladado a los cuatro secretarios del Comité Central, Zhdanov, Kuznetsov, Patolichev y Popov, para que éstos dieran su aprobación a una versión de la *nomenklatura* que contenía 42.894 puestos de mando en los aparatos del Estado y del Partido. (La cifra exacta varía de un borrador a otro, pero esto es algo que no nos incumbe). Conviene subrayar una vez más que era el Comité Central el autor de esta lista y quien controlaba sus contenidos.

El texto se inicia con una mención a lo obvio: es difícil controlar a los cuadros cuando más de la mitad de los nombramientos y de las renuncias de los cargos ministeriales que figuran en esta *nomenklatura* no han contado con la aprobación del Comité Central. Por lo tanto, era urgente que éste diera su visto bueno a la nueva lista, que no era sino un borrador, aunque se adecuara mejor que las versiones precedentes a los requisitos del plan quinquenal de 1946 a 1950. El directorio trabajaba también en otra lista tanto o más importante: el denominado «registro de reservas», una lista auxiliar de candidatos para puestos de la *nomenklatura*. En el supuesto de que aumentaran las demandas de personal, esta lista permitiría disponer rápidamente de los cuadros necesarios. La última versión de esta nueva *nomenklatura* eliminaba unos 9.000 puestos e introducía diversos cargos nuevos, unos cambios fundamentales para reflejar los cambios tecnológicos y económicos y otras variaciones en la importancia relativa de los diferentes puestos.

La primera «*nomenklatura* de los cargos del Comité Central» de la posguerra tardó unos tres meses en ser aprobada, en diferentes etapas. A finales de noviembre de 1946, el Comité Central disponía de un texto que podía servir de base para el reparto de los principales cargos. La lista general de puestos que había que ocupar de acuerdo con las reglas de la *nomenklatura* se acompañaba de un registro detallado de los funcionarios que desempeñaban esas funciones en aquel momento. Un vistazo a algunos de esos 41.883 cargos, y a los nombres que figuran, nos permitirá hacernos una idea de aquel contingente considerado fundamental para el sistema. La clasificación era sumamente detallada. La enumeración de los cargos que el

Comité Central quería en su propia lista se iniciaba con «puestos en las organizaciones del Partido», clasificados por rango: Comité Central, secretarios y sus ayudantes, responsables de departamento y sus ayudantes, responsables de «sectores especiales» y demás. A continuación venían los funcionarios locales del Partido en las repúblicas y a escala regional, y tras ellos los directores de las escuelas del Partido y los catedráticos de historia y economía marxista-leninista.

La lista continuaba con los principales cargos en el aparato del Estado, en el gobierno central, en el de las repúblicas y en los distritos —ministros, viceministros, miembros de los colegios ministeriales o responsables de departamento—, y reseguía toda la jerarquía de cargos administrativos en las agencias gubernamentales, así como en el aparato paralelo de los soviets, hasta llegar al escalafón más bajo que el Comité Central quería tener bajo su tutela directa o indirecta.

El texto contiene cifras para cada ministerio, pero es mucho más elocuente el examen de los datos por estratos jerárquicos. De los 41.883 «puestos de la *nomenklatura*», las altas esferas (ministerios y Partido) sumaban 4.836, el 12 por 100 de la lista. (A estas alturas, los lectores ya se habrán dado cuenta de que esta excursión por los terrenos de la *nomenklatura* nos lleva a hacernos una idea de todo el sistema administrativo soviético). Para analizar su peso real, debemos leer estos datos junto con los de la Oficina Central de Estadística, que ofrecen las cifras de todo el aparato del Estado. La *nomenklatura* representaba aproximadamente un tercio de los 160.000 cargos de primera categoría, de los que 105.000 estaba en el aparato central del gobierno en Moscú, y 55.000, en los órganos administrativos de las repúblicas (ministerios y agencias). Conviene señalar que, en esa época, la administración del Estado contaba con 1,6 millones de puestos de responsabilidad, un 18,8 por 100 del total de empleados, que era de ocho millones. (Unos cálculos más realistas reducirían esta cifra a 6,5 millones, al excluir de la «administración» categorías como empleados de la limpieza y demás personal menor). En la categoría «cuadros gerentes superiores» figuraban los funcionarios que estaban al frente de unidades administrativas y que tenían a sus órdenes, directa o indirectamente, a funcionarios de un nivel inferior. En la lista también encontramos cargos bajo el epígrafe (que tal vez describía acertadamente su función) de «rector» o «experto».

Si nos centramos de nuevo en la *nomenklatura* del Comité Central, disponemos de una lista desglosada por sector de actividad. El contingente

más importante era el de funcionarios del Partido y del Komsomol: 10.533, un 24,6 por 100 de los nombres de la lista. A continuación, estaba industria, con 8.808 puestos, el 20,5 por 100; las agencias administrativas generales, con 4.082, el 9,5 por 100; defensa, con 3.954, el 9,2 por 100; cultura, arte y ciencia, con 2.305, el 5,4 por 100; transporte, con 1.842, el 4,4 por 100; agricultura, con 1.548, el 3,6 por 100; seguridad del Estado y orden público, con 1.331, el 3,1 por 100; fiscalía y justicia, con 1.242, el 2,9 por 100; asuntos exteriores, con 1.169, el 2,7 por 100; las empresas de construcción, con 1.106, el 2,6 por 100; adquisiciones y comercio, con 1.022, el 2,4 por 100; servicios sociales, con 767, el 1,8 por 100; sindicatos y cooperativas, con 763, el 1,8 por 100; planificación estatal, registro y control, con 575, el 1,3 por 100; y, por último, instituciones financieras y de crédito, con 406, el 1 por 100.

El análisis del perfil profesional de los funcionarios que figuraban en la lista a mediados de 1946 muestra que 14.778 puestos estaban en manos de ingenieros con diferentes especialidades. El hecho de que una buena parte de los nombres restantes fueran personas con un perfil educativo discreto se veía compensado por, o eso se aseguraba, la duración del servicio. El 70 por 100 de quienes no habían pasado de la educación primaria llevaban más de diez años al frente de cargos de responsabilidad. De estas cifras se desprenden unas conclusiones no demasiado optimistas: en total, el 55,7 por 100 de los cuadros de la *nomenklatura* central llevaban más de diez años en su cargo; del porcentaje restante, el 32,6 por 100, entre seis y diez años; el 39,2 por 100, entre dos y cinco años; el 17,25 por 100, entre uno y dos años; y en 22,1 por 100, menos de un año. Unos 1.400 miembros de la *nomenklatura* no eran miembros del Partido (el 3,5 por 100 del total). Por último, el 66,7 por 100 de los cargos estaban en manos de rusos, el 11,3 por 100 en manos de ucranianos, el 5,4 por 100 en manos de judíos, etc. (el «etc.» figura en el documento).

Los lectores que sientan un interés especial en cuestiones burocráticas tienen aquí material de sobras para reflexionar sobre los métodos de supervisión y sobre la lógica, o la falta de lógica, que había detrás de una política de personal tan centralizada. La complejidad de la jerarquía de la *nomenklatura* hace que nos preguntemos sobre el realismo de los métodos burocráticos para controlar a la burocracia. Un examen más atento revela que la lista no era sino una parte de un sistema mayor. El Comité Central controlaba, o pretendía hacerlo, el escalafón superior del funcionariado, pero estos funcionarios también tenían poder sobre otros cargos de rango inferior, aunque solamente podían ejercerlo de acuerdo con el comité pertinente del

Partido en cada nivel, o con el escalafón más bajo de su propia jerarquía, que a su vez se comportaba de igual modo con los cuadros de las instituciones que tenía a su mando (en solitario o en colaboración), que a su vez...

De ahí que un sistema que parece sencillo visto desde la cumbre acabe acumulando jerarquías diferentes, entre las que las prerrogativas fluyen y permiten un sinnúmero de derogaciones. El sinfín de quejas del aparato del Comité Central contra los ministerios da fe de que éstos no eran especialmente diligentes a la hora de seguir las reglas de la *nomenklatura*. Decidían las designaciones, los traslados o las destituciones de los funcionarios sin consultarlas con el Comité Central, o lo hacían *a posteriori*. Y se comportaban así porque la *nomenklatura* no funcionaba en realidad como un sistema unívoco: cuando quedaba vacante un puesto, el Comité Central buscaba un candidato en la lista de reservas, pero sólo lo hacía cuando el ministerio en cuestión reconocía estar en una situación de crisis; en caso contrario, le pedía al ministro que propusiera al mejor candidato y confirmaba el nombramiento.

En la segunda parte y en la tercera de este estudio, volveremos a preguntarnos quién controlaba en última instancia este sistema, y daremos una respuesta. Pero ahora podemos concluir que la logística que implicaba el control de estos engranajes demuestra el grado de dependencia hacia ellos. Y precisamente así se formulaban los peligros de la «economización» y de la pérdida del control sobre la máquina del gobierno y de su clase administrativa en los debates internos del Partido.

A modo de conclusión, podemos incidir en dos rasgos del sistema estalinista. Al hablar de los métodos de gobierno de Stalin, nos hallamos en el reino de la arbitrariedad y del despotismo personal. Sin embargo, cuando hablamos del gobierno soviético, viajamos a los dominios de la burocracia o, mejor dicho, a sus dos ramas: una menor, el aparato del Partido, y otra, de mayor envergadura, la administración del Estado.

¿DESPOTISMO AGRARIO?

Con posterioridad a la guerra, Stalin seguía obsesionado con forjarse una «coartada histórica» adecuada y poder así legitimar su poder. Necesitaba algo consistente para conseguir la absolución total de sus antiguos compromisos políticos. Durante la guerra, se había entrevisto la tercera parte de lo que iba a conformar un auténtico «tríptico», que seguía, sin embargo, parcialmente oculto. La primera pieza correspondía a la eliminación del leninismo y la domesticación del Partido; la segunda, al exterminio de los miembros históricos de éste a través de las purgas y la reescritura de la historia. La tercera sería el reparto de responsabilidades históricas y el paso a una ideología nacionalista que exaltara a la «gran potencia», comparable al zarismo y que adoptaría precisamente sus características.

Durante estas tres fases, una multitud de ciudadanos, muchos de ellos cuadros independientes y de una cierta importancia, perdieron la vida, y toda la sociedad vivía sumida en el terror. Con todo, el estalinismo también acabaría por ser «enterrado». Sería un error pensar que la muerte del dictador, inevitable a la larga, fue el factor decisivo. Después del fin de la guerra, el sistema había entrado en crisis y Stalin, a pesar de seguir convencido de la impresión de omnipotencia que había creado, buscaba una solución que le infundiera vida. La causa principal del declive eran las contradicciones internas del régimen. Sus rasgos absolutistas, más propios de otra época, eran intrínsecamente incompatibles con los efectos de una industrialización forzada, la respuesta a los desafíos de los nuevos tiempos. El gobierno que había invocado a aquellas furias se mostraba incapaz de adaptarse a las realidades emergentes, a los grupos de intereses o a los problemas que presentaban las estructuras sociales y las capas que habían surgido de dicho proceso de desarrollo. No hay mejor ejemplo de todo esto que las purgas patológicas: Stalin no podía vivir con los frutos de sus decisiones políticas,

empezando por su propia burocracia. No podía vivir sin ella, pero tampoco con ella.

La senda personal de Stalin se inspiraba, en cierto sentido, en su experiencia en los años de la guerra civil. Las conclusiones a las que había llegado acerca de las necesidades presentes y futuras de Rusia eran las soluciones a las que le predisponía su personalidad, su intelecto y su experiencia. Sin embargo, no debemos pasar por alto el papel decisivo que tuvo el carácter singular de la historia de Rusia: no sólo engendró a Stalin, sino que le permitió alcanzar el poder y dirigir los destinos del país en una dirección determinada. A lo largo y ancho de su territorio y de las regiones que lo rodeaban —Oriente Medio, Extremo Oriente y también Europa Oriental—, el sistema político abrazado por Rusia había tenido numerosos ancestros, vecinos y primos experimentados en el despotismo agrario. La transformación de Muscovi en un Estado centralizado requirió de la combinación de diversos principados independientes para crear una única unidad política. Este proceso dio lugar a una suerte de «desfeudalización» en tanto se redujo la parcelación. Sin embargo, también trajo consigo la introducción de un nuevo tipo de feudalismo, motivado por la conversión de los campesinos en siervos de la tierra que les ofrecía la burguesía naciente a cambio de su trabajo para el Estado: simultáneamente, nacían los siervos y sus señores, que eran a su vez siervos del Estado. La expansión de los dominios personales del gobernador de Moscú coincidió con la aparición de una autocracia y la creación, en un vasto territorio, de una nación a través de la colonización, el rasgo principal del nacimiento de Rusia. Según la expresión empleada por el historiador ruso del siglo XIX Solovev, el proceso «se fue estirando», es decir, que fue extensivo y repetitivo, y con él apareció un Estado sumamente centralizado regido por un soberano que gobernaba por voluntad divina.

En los siglos XVIII y XIX, la autocracia había buscado, no sin problemas, la manera de deshacerse del corsé agrario, que se había convertido en un obstáculo para sus métodos de gobierno y para su imagen imperial. Los cambios que se habían operado con el paso de los siglos hicieron que aquel escenario fuera más y más insostenible, toda vez que el zar Nicolás II sentía una gran querencia por un modelo autocrático que se remontaba a un período en el que el soberano identificaba el Estado con un dominio personal y lo gobernaba como si de un asunto familiar se tratara. En este sentido, conviene recordar que, en griego antiguo, la palabra *despotes* se refería al cabeza de una unidad familiar que tenía a su cargo a siervos y esclavos. En el siglo XX,

sin embargo, ya no existía la servidumbre, y el sistema patriarcal campesino, en el que el señor representaba el equivalente a la máxima autoridad en el imaginario popular, algo que habría podido servir de pilar para una forma *sui generis* de monarquía popular, estaba cambiando rápidamente. La cabeza de la unidad familiar campesina llevaba años apoyando el zarismo porque, como pequeño monarca que era, sentía una cierta afinidad por el gran monarca, un «pequeño padre» (*batiushka*) como él. Pero la base de este primitivo sistema monárquico rural perdía robustez al tiempo que los campesinos empezaban a poner en duda esta analogía.

La creciente tendencia de Stalin a identificarse con el pasado imperial ruso, y a explotar sus tradiciones ancestrales en beneficio de su régimen, pueden parecer algo sorprendente a la vista del rápido declive que sufrió el zarismo. Sin embargo, cometeríamos un error si redujéramos el fenómeno a un mero mecanismo dictado por la movilización en la guerra contra el invasor alemán, o a su opinión reiterada sobre los rusos, un pueblo que «no podía vivir sin un zar». Su visión se correspondía con una necesidad política y psicológica arraigada: una redefinición radical de su persona y de la identidad política e ideológica de su régimen.

Es posible que Stalin fuera consciente de la evolución histórica del título asumido por los gobernantes rusos. Originariamente, el gobernante era un *kniaz'* (príncipe), un título sin demasiado prestigio ya que existían muchos príncipes. Vassili III adoptó la denominación *gosudar'* (soberano), pero este título seguía siendo demasiado similar al de otros gobernantes contemporáneos. El título «zar», equivalente ruso del alemán káiser y del latín César, adoptado por Iván el Terrible, resultaba más imponente, y sonaba incluso funesto en un personaje como aquel. Pedro el Grande optó, finalmente, por el de emperador, el más prestigioso de todos. Sus sucesores conservarían toda la lista de títulos, empezando por el de emperador. Stalin quería encontrar su lugar en aquella sucesión pero, dado que no había ningún título por encima del de emperador, tuvo que conformarse con el de «generalísimo», que ningún zar había utilizado.

No nos ocuparíamos de estas minucias si no fuera porque el gusto por los títulos rimbombantes no era exclusivo de Stalin, sino que lo compartía con otros secretarios generales. Este síndrome nos da alguna pista de la vacuidad política que se apodera de los gobernantes cuando no saben qué hacer con su poder.

Al mismo tiempo, los cálculos políticos y psicológicos que se ocultan detrás de estos recuerdos del pasado no deben hacernos olvidar lo principal: el título de «generalísimo» no servía para nada. Afirmar la afinidad que lo unía al imperio, y más concretamente a sus zares, estadistas implacables; le permitió deshacerse de la carga que suponían las promesas originales, imposibles de llevar a la práctica, de construir el socialismo, lo que, a su vez, le permitió cerrar de una vez por todas el capítulo del bolchevismo, cuyos padres fundadores se habían vuelto en su contra. Lenin había descrito a Stalin como un «matón ruso», la réplica georgiana de la misma figura, y pidió que lo destituyeran de su cargo de secretario general del Partido, un puesto para el que no estaba preparado. Stalin estaba realmente decidido a convertirse en un «matón ruso» y, como tal, se ganó el cariño de los rusos, aunque para ello hubiera de cambiar de identidad ideológica. No hay nada más instructivo, en este sentido, que la adopción de un nuevo himno chovinista para gloria de la «Gran Rusia» mítica; éste ofendía a todo el resto de nacionalidades del imperio, y respondía a la peor variante del nacionalismo ruso, que emergió tras la guerra, en la campaña contra el «cosmopolitismo». Todos estos elementos prefiguraban el deseo de Stalin de renunciar a su pasado revolucionario en favor de un pasado diferente. No bastaba con eliminar a los cuadros bolcheviques. Y no se trataba de alcanzar la fase 1, 2 o 2,5 de cualquier «-ismo», o de estar a punto de hacerlo: todo eso no eran sino palabras carentes de sentido. El principal logro de Stalin había sido el superestado que había creado, libre de promesas por cumplir, un despotismo agrario que se puede contar entre los giros más sorprendentes que ha dado la historia en este siglo. El sistema estalinista recuperó un viejo modelo histórico, más cercano al de Jerjes que al de Nicolás I o Alejandro III, y lo fortaleció por medio de un vertiginoso proceso de industrialización que ni Jerjes ni Nicolás habrían sido capaces de llevar a cabo.

Aquí nos viene a la mente la expresión «despotismo oriental», propuesta por el orientalista Karl Wittfogel y que alude a un sistema burocrático en el que la casta sacerdotal (¿el equivalente del Partido?) desempeñaba una función pivotal. Al frente del sistema estaba un monarca con un poder extraordinario, dotado *ex officio* de unos orígenes sobrenaturales. La base económica y social del sistema la formaba el multitudinario proletariado agrícola. Las similitudes son sorprendentes, más a la vista del «derecho» despótico que Stalin se había arrogado para decidir la política en función de sus arrebatos, y de la necesidad de tener enemigos «con cara y ojos» antes de lanzar contra ellos a las fuerzas de una policía secreta totalmente salvaje.

Con todo, la expresión «despotismo oriental» no es acertada. El viejo despotismo modificó las sociedades rurales, pero muy lentamente. En el caso del sistema estalinista, sería más adecuado hablar de «despotismo agrario». Aunque el régimen nació y estuvo anclado en un pasado rural, porque el campesinado seguía sumando el 80 por 100 de la población durante la NPE, su principal motor fue la industrialización, que precipitó una gran cantidad de cambios en la sociedad y la lanzó a una nueva época. En un primer momento, este matrimonio entre dos sistemas autoritarios, el viejo modelo estatal y el modelo industrial, contribuyó a acentuar el cariz despótico y represivo del régimen, integrados como estaban ambos en una economía planificada y en manos del Estado.

Gracias a esta amalgama de formas podemos reconstruir un sistema despótico personal, centrado en el culto al líder supremo, y cuyas raíces se remontaban a un pasado muy remoto, temporalmente fortalecido por la aparición de un nuevo rasgo: la industrialización. De hecho, apreciamos un patrón similar, aunque a menor escala, en la empresa modernizadora impulsada por Pedro el Grande. Con este telón de fondo y en aquella situación, resulta sencillo entender el significado de la mano de obra forzada (el gulag), de un despotismo que permitía dar rienda suelta al delirio individual (purgas, trabajos forzados o deportaciones masivas) y de un gigantesco aparato represivo.

Conviene recordar aquí que Stalin se encargó de preparar y supervisar personalmente, con la ayuda de Vishinski y de su gente, las grandes purgas y los juicios espectáculo. Hace falta poseer la destreza de un dramaturgo para escribir y dirigir una obra; pero alguien que gobierna un imperio en el siglo xx a la manera de un titiritero no es sino un gobernante primitivo.

El superestado creado por Stalin era, y estaba destinado a ser, burocrático, un rasgo de su carácter inscrito genéticamente en un Estado que tenía en sus manos todos los activos del país. Eso explica el extraordinario poder que alcanzó la burocracia, pero también hace que nos preguntemos si Stalin podía coexistir con un complejo de poder que lo evitaba. La respuesta a la que llegó el jerarca fue tan irracional como patética: las purgas masivas eran inevitables para detener, o cuando menos demorar, los acontecimientos.

Para Stalin, las purgas se convirtieron en la quintaesencia de su *modus operandi* hasta el fin de sus días. Las consideraba la estrategia más eficaz, algo así como un medicamento, pues siempre parecían funcionar. Si Stalin hubiera desenmascarado a algún enemigo real, el sistema, con ser dictatorial,

habría sido muy diferente. En 1953, seguía planeando nuevas purgas, y es más que probable que sólo la muerte le impidió ejecutar a sus acólitos más próximos: Beria, Molotov, Kaganovich y Mikoyan, entre otros.

En cierto sentido, la victoria de 1945 «rehabilitó» el estalinismo — también a escala global a su manera—, en un momento en el que el sistema y Stalin habían empezado a experimentar un declive notable. De hecho, había perdido la capacidad para gobernar el país de un modo eficaz. Parecía haber alcanzado todos sus objetivos, pero el camino que tenía ante sí, con independencia de su estado de salud, sólo tenía una dirección: era un camino de vuelta. Basta mencionar el zhdanovismo para ilustrar hacia dónde se dirigía el régimen, y para demostrar que no le quedaba nada más por ofrecer.

Podemos, por fin, volvernos al último aspecto de nuestro estudio: ¿por qué triunfó como lo hizo el culto a Stalin? Porque, a pesar de todas las aberraciones, el culto, la leyenda, su aura y su personalidad gozaban de un gran predicamento en Rusia y en todo el mundo, donde se veía todo eso como los rasgos de un *vozh* (guía) sin parangón en la historia. Y su culto siguió con vida entre muchos rusos después incluso de la denuncia que Jrushchov hiciera de él y de sus atrocidades. Existen multitud de documentos que recogen la reacción de las masas en Rusia a la noticia de su muerte: una pena incontenible, la sensación de una pérdida insustituible y la desesperación ante lo que nadie había considerado; nada menos que la muerte de un ser inmortal.

Las razones que lo explican son diversas, y podemos resumirlas aquí brevemente. Empezaremos volviendo a la vieja imagen rural-patriarcal del terrateniente (*joziain*), cuyo comportamiento severo se aceptaba siempre que fuera justo, una tradición muy arraigada en Rusia. La victoria sobre la Alemania nazi fue un importante factor «legitimador», a pesar de que el régimen de Stalin no gozara por aquel entonces de una salud de hierro. También influyó una habilidad especial a la hora de proyectar una determinada imagen, que venció la resistencia de no pocas figuras intelectuales de peso. Volveremos más adelante a este aspecto, el del fundador fabuloso de un poderoso imperio, y al valor patriótico que se le concedió, tanto más estentóreo cuanto que no estaba tan alejado de la realidad. La falta de información y las dimensiones del país completaban el misterio del líder, cuyas apariciones eran minuciosamente preparadas: sabía cómo tranquilizar y cautivar, o cómo infundir terror. Debemos incidir en la falta de información: cuando se proporcionaban datos, siempre se envolvían los detalles con una propaganda poderosa y eficaz. Mucha gente simplemente ignoraba los

horrores que se habían cometido y no podían imaginar que al frente del Estado se encontrara una persona que se inventaba enemigos y que masacraba a inocentes. ¿Cómo podían conciliar esta imagen con la que Stalin había proyectado al principio de la guerra en aquel inolvidable discurso transmitido por la radio en un momento crucial, tan diferente? «Hermanos y hermanas, me dirijo a vosotros, amigos. Vienen a esclavizar a nuestra madre patria, pero vivirá nuestro suelo otro día glorioso. Acabaremos con el enemigo. Saldremos victoriosos». Cito de memoria lo que yo mismo escuché por la radio. Y eso mismo escucharon los ciudadanos soviéticos, ajenos a la cara más iracunda de Stalin, la de quien firmaba interminables listas de condenados a muerte.

Incluso aunque lo hubieran sabido, ¿qué importancia habría tenido en un momento en el que estaban en juego el destino de Rusia y el de Europa? No es fácil responder a esta pregunta. Por último, hay que incluir los elementos religiosos, «dovstoyevskianos», en nuestra búsqueda de una explicación, aunque no se merecen que les dediquemos demasiada atención. Sea como fuere, muchas, cuando no la mayoría, de las personas más honradas, brillantes y creativas del país se sometieron al estalinismo e incluso lo aceptaron, temporal o definitivamente. La lista es larga, pero también podríamos hacer una lista con los nombres de quienes, sumidos en el proceso, jamás aceptaron a Stalin o su modelo de Rusia.

Concluiré sobre esta cuestión recalcando un aspecto del estalinismo que está implícito en todo lo dicho anteriormente. No he ahorrado a los lectores ninguna de las atrocidades de Stalin, pero no hay que olvidar que el estalinismo descansaba en dos imperativos históricos: ponerse a la altura de Occidente en términos industriales como condición indispensable para construir un Estado fuerte. La imagen y la realidad de un Estado poderoso, de una potencia victoriosa (*derzhava*) reconocida como tal en todo el mundo, es un factor fundamental, y con una gran capacidad hipnótica, no sólo a ojos de muchos ciudadanos, sino también para la clase política, incluidos los miembros del Politburó que odiaban a Jrushchov por haber bajado del pedestal al constructor de un Estado de unas dimensiones sin precedentes en la historia de Rusia. ¿Qué necesidad hay de preocuparnos de sus actos irracionales si hemos alcanzado el objetivo?, se preguntaban. Estos razonamientos no se limitaban a Rusia o al liderazgo de Stalin. La insensibilidad hacia las víctimas de las atrocidades cometidas por un Estado fuerte en nombre de sus intereses estratégicos está muy extendida en los círculos de poder de todo el mundo. El «poder del Estado» es el principal valor de los nacionalismos y de los imperialismos.

Estas consideraciones no alteran lo más mínimo nuestras conclusiones: el estalinismo estaba impregnado de un carácter irracional que no sólo lo convirtió en un régimen decrepito, sino también abyecto. Para librarse de él, era necesario algo así como un chamán, y eso ofreció Jrushchov, respondiendo a las creencias populares. Cuando el cuerpo de Stalin partió del mausoleo de la Plaza Roja para ser enterrado en otro lugar, salió con los pies por delante. Según la demonología campesina, así se aseguraban de que el demonio muerto no regresara a atormentar a los vivos. Librarse del espectro, como pretendía Nikita, brindaría a la Rusia soviética otra oportunidad, más prometedora, aunque no fuera a tener una vida demasiado larga.

SEGUNDA PARTE



LOS AÑOS SESENTA EN ADELANTE: DE UN NUEVO MODELO A UN NUEVO *IMPASSE*

Mi recuerdo de los años sesenta es tan intenso como intensa fue la dedicación al estalinismo durante los años treinta, y nos llevarán, a través de diversos temas especialmente seleccionados, hasta el final del régimen. Tras hacer gala de una vitalidad envidiable en muchas esferas, a principios de los años setenta la Unión Soviética empezó a perder cuerda, antes de que su economía se estancara definitivamente (*zaskoi*). Un buen indicador de la salud irregular del sistema la tenemos en las personalidades políticas: Jrushchov y Andropov representaban un cierto dinamismo, al contrario que Brezhnev y Chernenko, dos ejemplos de decadencia. Estas fluctuaciones en el gráfico de la historia no eran ninguna novedad, sino que seguían la dinámica histórica de la URSS desde sus primeros tiempos. No obstante, nos encontramos en este caso ante la fase final de una nueva y ominosa curva descendente, en la que se percibía asimismo más de un aspecto intrigante.

Todo esto nos lleva a reiterar lo que a estas alturas ya debería ser evidente: la Rusia que entró en guerra en 1941 y que salió victoriosa de la contienda en 1945 seguía siendo un país en vías de convertirse en una potencia industrial urbanizada. Sociológica y, en muchos aspectos, culturalmente, seguía anclada en un pasado rural, incluso en lo que respecta a los rasgos característicos de un Estado modernizador. El adjetivo que mejor define el período de posguerra y los últimos años de Stalin es «primitivo». Todos los esfuerzos estaban centrados en dos objetivos: recuperar los estándares de vida anteriores a la guerra y reconstruir algo que se asemejara al sistema soviético en los vastos territorios que habían ocupado los alemanes.

El caos que reinó inicialmente en las tareas de reconstrucción era inevitable. Millares de funcionarios fueron destinados a los territorios reconquistados, pero a menudo carecían de la formación para desempeñar la tarea que les aguardaba. Entre los miles de reclutados localmente, muchos

eran antiguos colaboracionistas. El régimen tenía, asimismo, muchos enemigos: en Ucrania, Lituania y Letonia, la guerrilla se enzarzó en combates con el Ejército Rojo. La reconstrucción del sistema y la recuperación de la calma exigían paciencia, y comportaron un número de bajas importante. Con todo, el país se embarcó con decisión en la tarea de insuflar oxígeno a la economía. Y, si bien en 1953 ya se habían recuperado en muchos ámbitos los niveles anteriores a la guerra (los de 1940), no se puede decir lo mismo en lo tocante a los bienes de consumo. En este sentido, la URSS de 1945-1953 era todavía un país cuya población pasaba hambre o, cuando menos, apenas tenía qué llevarse a la boca.

Conviene aquí poner el acento en lo siguiente: la reconstrucción, por impresionante que fuera en determinados sectores, empezando por la producción de armamento, y más concretamente la de armas atómicas, coincidió con la restauración del estalinismo, un sistema profundamente disfuncional y que estaba en plena degeneración. Esta restauración coincidió con un regreso a un terror deliberado, el principal instrumento político del viejo dictador, y con la promulgación de una ideología retrógrada nacionalista basada en la idea de la «gran potencia». Abiertamente abrazada por el dictador durante la guerra, el molde autocrático de la Rusia imperial contribuyó a perfeccionarla.

El régimen político era la dictadura personal de un hombre cuyos títulos prácticamente rivalizaban con los de los zares, y que impuso entre las altas instancias de la burocracia una réplica de la «tabla de rangos y uniformes» de Pedro el Grande. La referencia a la «Gran Rusia Sagrada» en el himno nacional de la Unión como símbolo máximo del Estado y de su ideología fue la guinda que coronó este pastel retórico en el que se mezclaba lo nuevo con lo viejo. La adhesión popular quedaba garantizada por el terror. Nada hay más característico de este aspecto de la «restauración», que al parecer se saldó con un cierto éxito, que las cifras del gulag. Después de disminuir el número de internos hasta los 800.000 durante la guerra, en 1953 la cifra superaba los 3 millones. Si a estos números añadimos los exiliados y los encarcelados, llegamos a un total de 5 millones, un récord absoluto; aun así, ese mismo año esa cifra empezó a disminuir una vez más. Entretanto, no se apreciaba ninguna transformación política de importancia. Stalin seguía planeando cambios de personal y ningún miembro de la cúpula sabía dónde (o cómo) acabaría: Molotov y Mikoyan, por ejemplo, estaban convencidos de que serían liquidados. La cantidad de nombramientos y de reorganizaciones, una repetición del constante juego de las sillas ministerial de los últimos días del

zarismo, es indicativa de la confusión que reinaba en las altas esferas. Todo ello nos lleva a afirmar que es imposible decir que, en aquellos años, existiera realmente un gobierno al frente de la URSS.

Cuando Stalin cayó víctima de una grave enfermedad, los miembros del Politburó se turnaron a su lado en el lecho (o tal vez en la habitación anexa). En cuanto quedó claro que de aquella no saldría con vida, volvieron la vista a las cuestiones políticas. La mayoría ya estaba maquinando planes y empezaron a moverse en busca de cargos y de aliados. Cualquiera que fuera el resultado de aquellas múltiples combinaciones, los nuevos gobernantes heredaban un régimen que pertenecía a una época diferente y pasada. Los cambios se llevaron a efecto casi de inmediato, y una serie de medidas inicialmente aisladas dieron paso a diversas oleadas de reformas.

Hablaremos de estas reformas más adelante, pero ahora es importante que seamos conscientes de que la desaparición de Stalin abrió varias compuertas del sistema cerradas hasta el momento, lo que posibilitó que surgiera un grupo de líderes capaz de resucitar el régimen. Quienes estaban en las altas instancias eran, a todas luces, «estalinistas», así que no es extraño que una de sus primeras decisiones fuera una solución típicamente estalinista: eliminar a uno de los suyos, Beria, así como a una cifra considerable de agentes de la policía secreta, que fueron fusilados o encarcelados y acusados de toda una retahíla de cargos incoherente y pergeñada a última hora.

La explicación cabe encontrarla, en parte, en la secuencia de los acontecimientos. Stalin murió el 5 de marzo de 1953. Ese mismo día, el pleno del Comité Central, el Consejo de Ministros y el Presidium del Soviet Supremo decidieron, reunidos en sesión, que el MGB (Ministerio de Seguridad del Estado) y el MVD (Ministerio de Asuntos Internos) volvieran a fusionarse en un MVD encabezado por Beria, que también fue nombrado viceprimer ministro. El Soviet Supremo refrendó estas decisiones el 15 de marzo. Ese mismo día, el Consejo de Ministros designó a varias personas del entorno de Beria y de Malenkov para diferentes cargos: Kruglov, Kobulov y Serov se convirtieron así en los principales ayudantes de Beria, Maslennikov fue nombrado viceministro del MVD y todos ellos ingresaron en el Colegio del MVD, un consejo consultivo interno presente en cada uno de los ministerios. Todavía hoy son un misterio las razones que se ocultaban detrás de estos nombramientos, pero lo cierto es que Beria, auspiciado por su aliado putativo, el primer ministro Malenkov, conservó un puesto de suma

importancia en el gobierno y siguió teniendo a su cargo todo el aparato represivo y los cuerpos militares, en total más de un millón de personas.

Algún episodio de esta rápida secuencia de acontecimientos hizo que Jrushchov se pusiera en guardia. No acabo de entender cómo consiguió convencer a Malenkov para que abandonara a su compinche, pero Beria fue arrestado el 26 de junio de 1953, durante una reunión del Politburó. Días más tarde, otros funcionarios del MVD corrieron su misma suerte. Se decidió dismantelar las estructuras industriales del ministerio y el 1 de septiembre se abolió el «consejo especial» extrajudicial. Pero los cambios no se detuvieron aquí.

Con todo, no se hizo pública la historia real de las fechorías de Beria y sus socios, porque nadie le habría dado crédito. En su lugar, se presentó ante la población una conspiración típicamente estalinista. Es imposible saber si Beria quería realmente eliminar al resto de sus colegas. Además, la mayoría de los líderes en el poder, por no decir todos, habían firmado o transmitido documentos que ordenaban la ejecución de personas inocentes, de modo que se arriesgaban a verse también salpicados. En su lugar, solamente uno de los principales líderes, un individuo peligroso sin lugar a dudas, y algunas figuras de menor importancia pagaron por los crímenes de otros estalinistas, que aún no se habían pronunciado al respecto de todo el pasado sangriento que llevaban a sus espaldas. Hay un elemento que, sin embargo, destaca del resto: de la noche a la mañana, se puso fin a las terribles «investigaciones», a las acusaciones falsas y a los juicios que estaban en marcha, y especialmente a la «conjura de los médicos». Las víctimas fueron rehabilitadas y los doctores regresaron a su lugar de trabajo en el Kremlin. Poco después, se producirían más rehabilitaciones y excarcelaciones, aunque no estuvieron rodeadas de la misma publicidad.

Todo aquello era una señal inequívoca de que algo se movía. Ilia Ehrenburg calificaría estos cambios como «deshielo» en una novela homónima, aunque entre los jerarcas había aún diversas figuras que se mantendrían fieles a Stalin durante el resto de su vida y que no renegarían de su pasado. Cuando, en 1956, Nikita Jrushchov lanzó el sensacional ataque contra Stalin en el XX Congreso del Partido, la sociedad soviética, y especialmente la *intelligentsia*, comprendió que se habían acabado para siempre los días de los juicios espectáculo estalinistas y de las detenciones y las ejecuciones arbitrarias. Pero el deshielo no se inició en aquel congreso: sus participantes estaban tan sorprendidos como el que más y muchos estalinistas

presentes estaban en estado de *shock*. Nadie había previsto el estallido de aquella bomba, ni que sucediera tan pronto. La respuesta estalinista llegó un año más tarde: mayoritarios en el Presidium, intentaron derrocar a Jrushchov, pero fracasaron por culpa de una alianza entre el estamento militar y la mayoría de los miembros del Comité Central. Jrushchov permaneció en el poder y consolidó su posición. Lo que sucedió a continuación fue lo nunca visto: no se dictó una sola condena a muerte, o una sola pena de prisión contra los conspiradores. Simplemente, fueron relevados de su cargo. Uno de ellos, Voroshilov, fue incluso indultado y mantuvo un cargo honorífico.

Todo esto, y todo lo que no hemos mencionado, suponía una manera de actuar sin precedentes y fue la norma entre la clase política bajo el gobierno de Jrushchov y con posterioridad a su relevo. Se produjo, asimismo, otro cambio decisivo al que no se han referido lo suficiente la mayoría de historiadores: el gobierno dejó de encarcelar a la gente por «delitos contrarrevolucionarios». Dicha acusación desapareció incluso del código penal, y fue sustituida por «crímenes contra el Estado», un concepto dirigido contra las actividades de la oposición. La represión de los opositores políticos no cesó pero, como veremos, tuvo a partir de ese momento una magnitud diferente y fue menos brutal. Los acusados, en lo que suponía un paso significativo, tenían que cometer algún delito antes de ser acusados. El precio que pagaban las víctimas de la represión era ciertamente elevado, y de poco sirven las comparaciones con el pasado, pero lo cierto es que los cambios en la política penal fueron significativos. Expresar una protesta ya no era una acción suicida, y la gente seguía con vida después de cumplir la pena a la que había sido sentenciada. Existían incluso algunos canales públicos y privados para quejarse del uso arbitrario del poder.

Llegados a este punto, podemos volver la vista hacia algunos cambios de mayor calado en el sistema. Éstos, impulsados por la política del gobierno aunque también posibles gracias a una transformación espontánea de la realidad soviética, se refieren a la tríada «militarización-criminalización-movilización» social característica del régimen estalinista.

Bajo el epígrafe que recoge todos los cambios que se produjeron en el sistema penitenciario, debemos mencionar también el desmantelamiento de uno de los elementos centrales del régimen anterior: el gulag, un sistema de trabajos forzados que, como ya hemos dicho anteriormente, estaba en fase de descomposición. Duró veinte años. Muchos hablan de él como si siempre hubiera existido, mientras que otros no dan cuenta de su desaparición. La

reforma se inició en serio a partir de 1954, aunque algunas de las principales estructuras ya habían sido abolidas un año atrás. Sumamente importante fue el desmantelamiento, ya mencionado, del complejo económico-industrial del MVD, el elemento esencial del imperio de trabajos forzados del gulag. Con el traslado de la mayoría de sus agencias industriales (construcción de carreteras y de ferrocarriles, ingeniería forestal, minería, etc.) a los ministerios civiles, aquel siniestro complejo represivo, profunda y constantemente necesitado de mano de obra gratuita, se vio notoriamente reducido. La mano de obra ya no eran esclavos, sino trabajadores remunerados que disfrutaban de la protección que les brindaba la legislación laboral, que por aquel entonces había sufrido cambios de consideración. Aquella «expropiación» a gran escala del MVD estuvo acompañada de una transformación progresiva de la estructura del gulag, que pasó a convertirse en un sistema penitenciario reformado y con un nuevo nombre, antes de que la cifra de internos en los campos, conocidos ahora como «colonias», «cárceles» o «asentamientos de deportados», disminuyera. La cifra de detenidos en las diferentes instituciones, sin contar las prisiones, pasó de 5.223.000 personas el 1 de enero de 1953 a 997.000 el 1 de enero de 1959; el número de «contrarrevolucionarios», de 580.000 a 11.000. A partir de principios de 1960, las detenciones arbitrarias dejaron de ser una práctica habitual.

La implantación de estas reformas no fue sencilla, pero la presión popular para acelerar la «normalización» contaba con el apoyo del Ministerio de Asuntos Internos y de la Oficina del Fiscal General, que se mostraba sumamente crítica con las actividades del Directorio de Prisiones del MVD y se empeñó en poner en práctica las decisiones tomadas por el Estado y por el Partido a propósito del sistema penitenciario. En este sentido, hay dos informes, separados por cuatro años, que son altamente instructivos. El primero, de 1957, se debe a Dudorov, el ministro del Interior, en su segundo año en el cargo, y se ocupaba de «El problema de los campos y las nuevas políticas penitenciarias». El segundo pertenece al ayudante del fiscal general de la URSS, Mishutin, y data del 1961. Empezaremos con este último, pues incluye un estudio de las medidas que se tomaron entre 1953 y 1956^[1].

Los principales puntos del informe de Mishutin eran los siguientes. Hasta 1953, las administraciones de los campos no se habían preocupado de la «corrección y la reeducación» de los prisioneros. La población penitenciaria era vista, fundamentalmente, como mano de obra, y de ahí que el MVD pasara por alto la que debería haber sido su tarea principal. Durante años, la legislación sobre política penitenciaria había sido prácticamente inexistente.

Los representantes de la sociedad tenían vetado el acceso a las instituciones penitenciarias, y los fiscales, limitada la supervisión de su funcionamiento. El 10 de julio de 1954, el Comité Central había adoptado una resolución con el propósito de mejorar la situación de los campos y de las colonias del MVD, órgano al que se le criticaba que se concentrara exclusivamente en el factor económico, cuando su principal cometido tenía que ser que los internos se involucraran en tareas productivas y se prepararan para reinserirse en la sociedad. El 24 de mayo de 1956, el Comité Central, y poco después el Presidium del Soviet Supremo, promulgó un «estatuto de la supervisión por parte de la Fiscalía» en la URSS, cuyo capítulo quinto se ocupaba de la supervisión de los centros de detención. En adelante, los fiscales de los campos tenían que informar a las sedes territoriales de la Oficina del Fiscal en lugar de dirigirse directamente al fiscal general. Esta medida fue, en sí misma, un paso adelante, pero la situación en los campos seguía siendo insatisfactoria. El 25 de octubre de 1956, un decreto conjunto del Consejo de Ministros y del Comité Central enunciaba una serie de «medidas para mejorar el trabajo del MVD en la URSS» y de sus homólogos republicanos, acusados de obviar su tarea reeducativa a la vista de la cantidad de reincidentes. El gobierno aceleró las medidas para reducir y abolir el sistema de campos de trabajo correctivo (*ispravitel'no-trudovye lageria-ITLs*) y crear órganos supervisores que trabajaran codo con codo con los comités de los soviets locales en el control de lo que sucedía en lo que, a partir de ese momento, se conocería como «colonias».

Las actas de una sesión del Colegio del MVD de principios de 1957, bajo la presidencia de Dudorov, un antiguo *apparatchik* del Partido, nos permiten hacernos una idea de la situación. Nombrado al frente del MVD por el Partido para mejorar su funcionamiento, Dudorov no estaba satisfecho con que los campos y las colonias estuvieran adscritos a su ministerio, especialmente en lo relativo a la reeducación y a la utilización de mano de obra de la comunidad penitenciaria^[2]. Alrededor del 6 por 100 de los prisioneros no trabajaba porque no había trabajo para ellos; para quienes sí lo había, el sistema de remuneración implantado era un caos total. En 1956, el MVD había dedicado buena parte de sus energías a ocuparse de asuntos policiales, y el ministerio confiaba que en 1957 se lograra finalmente resolver los problemas acuciantes del sistema de prisiones, como había exigido el Comité Central. Y afirmaba lo siguiente:

Saben que el Comité Central y el Consejo de Ministros han decidido pasar de un sistema de *campos* a un sistema de *colonias*. Las colonias dan un mejor resultado, pero aún quedan cosas por hacer en dicho sistema. Por el momento, el 35 por 100 de los prisioneros están en colonias, y el resto en campos, donde trabajan en virtud de un contrato con diferentes agencias económicas. La tarea que se alza ante nosotros es trasladar a todos los prisioneros a colonias. Para ello habrá que construir, en los próximos cuatro o cinco años, unas 370 colonias. Todo el trabajo de producción deberá recaer en los prisioneros y lo tendrán que desempeñar en su lugar de confinamiento. [Ésta y un sistema normalizado de remuneración tenían que ser, en principio, las principales diferencias entre una colonia y un campo, ML]. Las 66 colonias que ya existen dan unos buenos resultados en términos de reeducación, el objetivo principal de la reclusión, y el método principal para lograrlo es el trabajo.

De paso, el ministro apuntó que «las colonias producen bienes de consumo (ropa, mobiliario, utensilios domésticos, maquinaria agrícola...). Así, los *zeks* consiguen ganar algo de dinero para ellos y para sus familias».

Dudorov pintaba un cuadro bastante optimista. La experiencia indicaba, y él mismo se encargó de afirmarlo, que no había que pagar en metálico a los prisioneros, porque muchos tendían a perder el dinero en timbas o eran asaltados por otros prisioneros. Algunos *zeks* preferían el pago en especie. Dudorov concluía el informe asegurando que el directorio y el Colegio del ministerio confiaban en resolver este problema durante 1957 (lo cierto es que la construcción de las colonias necesitó de varios años más).

Regresemos ahora al texto de Mishutin de 1961. En él descubrimos que la liberalización inicial había ido demasiado lejos, que provocaba disfunciones en el sistema y que era necesario realizar algún que otro ajuste (algo que ya se deducía de la recomendación de Dudorov de no entregar demasiado dinero a los prisioneros).

Las autoridades locales tenían el cometido de buscar un empleo a los que quedaban en libertad. El 8 de diciembre de 1957, el gobierno aprobó un decreto presentado conjuntamente por la Oficina del Fiscal y el MVD sobre las «colonias y las prisiones de trabajo correctivo del Ministerio de Asuntos Internos». El texto exigía la separación estricta de los prisioneros en diferentes categorías, para evitar que se mezclaran criminales peligrosos con delincuentes noveles, y la revisión de los procedimientos que permitían la

reducción de pena a partir de los días trabajados, también reducía drásticamente el número de prisioneros a quienes se permitía abandonar los confines de la colonia sin escolta. Entre otras medidas introducidas estaba el pago en especie.

A partir de 1953, la cifra de prisioneros fue disminuyendo regularmente. Entre 1953 y 1957, el Presidium del Soviet Supremo anunció diversas amnistías para diferentes categorías de prisioneros; entre ellas, hubo en 1955 una para quienes habían colaborado con el ocupante alemán. En 1957, coincidiendo con el cuadragésimo aniversario de la Revolución de octubre, se produjo una nueva amnistía que afectó a un número importante de internos. En 1956 y en 1959, las repúblicas nombraron varias comisiones cuya misión era revisar directamente en los centros penitenciarios los casos de los condenados por crímenes contra el Estado, malversación de fondos y otros delitos económicos, así como los de los condenados por delitos menores. El fiscal general de la URSS ayudó a preparar estas medidas y supervisó su entrada en vigor.

En enero de 1961, la población penitenciaria había disminuido considerablemente y su composición, atendiendo a la tipología de crímenes, había cambiado. En 1953, el 10,7 por 100 de los prisioneros habían sido condenados por crimen organizado, robo, homicidio premeditado y violación; en 1961, esta cifra era del 31,5 por 100, lo que significaba que una cantidad importante de internos eran prisioneros comunes y que existía un núcleo duro de reincidentes y de criminales peligrosos. Por eso el estatuto de las colonias y de las prisiones promulgado el 8 de diciembre de 1958 parecía ya inadecuado, pues no era lo suficientemente estricto con los reincidentes peligrosos y la lucha contra la delincuencia se resentía de ello. El 5 de noviembre de 1959, el Comité Central invitó a la Oficina del Fiscal General a dar un paso más en la lucha contra la delincuencia y a encargarse de aplicarles un régimen penitenciario acorde.

Dos años después, el gobierno seguía sin estar satisfecho con la situación. El 3 de abril de 1961, un nuevo decreto del Comité Central y del Consejo de Ministros conminaba a los ministerios de Asuntos Internos de las diferentes repúblicas a mejorar los sistemas penitenciarios que tenían a su cargo, a analizar con detenimiento el estado de cada institución y a reforzar la división entre las diferentes categorías de prisioneros. Asimismo, abolió el sistema de reducción de pena por trabajo. Como indican los documentos de que disponemos, hacía unos cinco años que se habían empezado a discutir estas y

otras medidas, pero no siempre habían sido llevadas a la práctica. Los políticos y los juristas liberales y conservadores discutían cada punto, y no eran pocos. Otra medida importante fue la creación, el 27 de febrero de 1959, del Colegio del Fiscal General y de sus equivalentes en las repúblicas, una medida que tuvo su continuación en diversas inspecciones y en sesiones de formación a cargo de un grupo de los principales funcionarios de la Oficina del Fiscal de la URSS, con vistas a fortalecer la lucha contra el crimen y para mejorar la administración penitenciaria.

No nos extenderemos más en cómo abordaron estas cuestiones los diferentes órganos gubernamentales. Precisaríamos de monografías especializadas para explicar esta historia con todo detalle, pero podemos extraer entretanto algunas conclusiones provisionales. El sistema estalinista de trabajos forzados gratuitos a cargo de los prisioneros, en su mayoría prisioneros comunes aunque también había un número importante de «contrarrevolucionarios» que no habían delinquido, se había convertido ya en un vestigio del pasado. Y otro tanto podemos decir de los asentamientos masivos en el exilio, donde cumplían su condena, en algunos casos a perpetuidad, más de dos millones de personas: en 1960, tales centros prácticamente se vaciaron de internos y se suspendieron sus sentencias^[3]. Por otro lado, la normalización del complejo penal y penitenciario no pudo ser inmediata porque se trataba de un sistema que había heredado una poderosa inclinación al castigo sin preocuparse excesivamente por las pruebas que demostraban la culpabilidad del sujeto. Aquel sistema no guardaba la menor relación con la idea de justicia y en los años sesenta hubo un intento de crear un sistema de justicia propiamente dicho. Tal es la conclusión a la que llegamos si nos centramos en todos los borradores que hicieron del código penal y del penitenciario las instituciones penitenciarias y los órganos de gobierno responsables. Las discusiones y las presiones por seguir adelante con los cambios que se habían iniciado inmediatamente después de la guerra persistieron con la llegada de Jrushchov al poder, y se mantuvieron prácticamente hasta el final del sistema soviético. Una rápida ojeada a la legislación en vigor en 1984 nos ofrece una imagen clara de los principios jurídicos que rigieron el trato dispensado a los delincuentes hasta 1991.

Nos ocuparemos, más concretamente, de la política penitenciaria y de la «ley de trabajo en prisión» que figuran en los códigos relevantes y en los comentarios a ambos. Se trata de un ejercicio algo pesado pero, desde el descubrimiento del código de Hammurabi, los historiadores saben hasta qué punto pueden ser instructivos los textos legales, aunque no sean siempre

respetados. No hay que subestimar los cambios que introdujeron estos códigos^[4]. Esto es así especialmente en el derecho de los prisioneros a reunirse con sus abogados, sin límite de tiempo y sin la presencia de guardias. Todo esto formaba parte, sin embargo, de una definición más genérica de los derechos de los prisioneros, basada en una premisa a la que los códigos y la jurisdicción dedicaban mucho espacio: la reclusión no comporta la pérdida del estatuto de ciudadano ni, por extensión, la de los derechos como ciudadano. El castigo restringe estos derechos, por supuesto, pero los internos siguen perteneciendo a la comunidad. Las restricciones eran considerables: la mujer de un prisionero podía divorciarse sin esperar a que fuera puesto en libertad, los internos no tenían derecho de voto y no podían disponer libremente de su dinero, entre otras. Sin embargo, disfrutaban del derecho básico a la crítica y podían quejarse de la administración penitenciaria, directamente, por medio de una carta a la administración, que ésta estaba obligada a responder, o apelando a otras instancias (el Partido y el Estado) a través de la administración penitenciaria. Ésta probablemente intentaría convencer al prisionero para que no siguiera adelante con la queja, pero estaba obligada a trasladarla si el interno insistía. De lo contrario, el caso llegaría a oídos de la familia o de los amigos del condenado que iban a visitarlo. La administración penitenciaria no estaba autorizada a abrir el correo que los prisioneros enviaban a los fiscales y tenía que remitirlo en veinticuatro horas.

Como ya hemos dicho, un avance importante lo constituyó el derecho de los internos a poder reunirse con su abogado sin límite de tiempo. Según otra fuente, las visitas de los abogados a los prisioneros estaban incluidas en la sección «derechos de visita»^[5]. No obstante, se regulaban en virtud del «código del trabajo correccional» de las repúblicas, no del de la Unión. Salvo si los códigos estipulaban lo contrario, las reuniones con el abogado tenían que estar autorizadas previa petición por escrito del prisionero, de un miembro de su familia o de un representante de un organismo público. Tenían que celebrarse fuera de horas de trabajo y el abogado debía estar debidamente acreditado. Si el prisionero o el abogado lo solicitaban, la reunión sería en privado. (Debo confesar que fue toda una sorpresa descubrir estas disposiciones legales en textos de finales de los años setenta y principios de los ochenta).

Los fiscales, los tribunales y los órganos locales poseen multitud de pruebas de gran número de quejas de los prisioneros que llegaban al

Ministerio de Asuntos Internos, a las agencias de supervisión del gobierno (central y local), a los órganos regionales y a los organismos públicos. Todas se investigaban más o menos detenidamente, o eran trasladadas a las autoridades competentes^[6]. Diversos cuerpos, los más importantes de los cuales eran la Oficina del Fiscal y las agencias de control del Estado (tenían diferentes denominaciones), se ocupaban de velar por el cumplimiento de la ley en los lugares de confinamiento. El MVD también tenía un cuerpo general de inspectores interno, dotado de poder y capaz de llevar a cabo investigaciones en profundidad. Como es normal, lo veían como una entidad parcial, ya que el sistema de prisiones entraba dentro de las atribuciones del ministerio. No obstante, no cabe duda de que los funcionarios del ministerio estaban bien informados de la situación.

El control que ejercían los altos tribunales para garantizar el respeto a la ley en el sistema judicial influyó en los órganos que gobernaban las instituciones penitenciarias. En dichos tribunales se veían los casos de violaciones de derechos por parte de la administración penitenciaria y las apelaciones, así como casos en que había que refrendar la adecuación de una sentencia. Su actividad tenía repercusiones en la población penitenciaria y en el ambiente que reinaba en el sistema de prisiones. El derecho de los cuerpos sociales a interesarse por el destino de los prisioneros también tuvo un efecto similar, porque abrió las puertas para que los internos gozaran de algunos derechos y tuvieran posibilidades de rehabilitación.

Los prisioneros políticos, incluidos los disidentes más célebres, no tenían totalmente restringida la posibilidad de una revisión de su caso, ni el acceso a los canales que les permitían dar voz a sus quejas. Existen documentos que dan fe de las protestas de los científicos y demás miembros de la *intelligentsia*, dirigidas directamente al Comité Central u otras altas instancias, o transmitidas por canales confidenciales. Algunas incluso podían ser harto eficaces. La presión internacional también jugó su papel, y llevó a las autoridades a decantarse por despojar a los disidentes de la nacionalidad y mandarlos al exilio antes que dejarlos en prisión, pero volveremos a abordar esta cuestión más adelante.

El deseo de las autoridades y de los jueces de evitar que los delincuentes comunes y los criminales peligrosos estuvieran mezclados, un principio adoptado por los sistemas democráticos, llevó a la creación de instituciones para los diferentes tipos de prisioneros, cada una con su régimen correspondiente. Con independencia del delito que hubieran cometido, la

gente que cumplía su primera condena estaba separada de los reincidentes. También había instituciones para mujeres y para menores. Por último, los complejos de máxima seguridad, aislados del resto del sistema, albergaban a quienes habían sido condenados por «crímenes especialmente peligrosos contra el Estado», «reincidentes particularmente peligrosos» y presos condenados a muerte pero cuya sentencia había sido conmutada a raíz de un perdón o de una amnistía. Los extranjeros y los apátridas también iban a parar a otros establecimientos. Las repúblicas podían asimismo pedir la separación del resto de categorías. Sin embargo, estas distinciones no se aplicaban en los hospitales penitenciarios, cuya normativa la establecía el Ministerio de Asuntos Internos de acuerdo con los fiscales.

En total, el sistema tenía cuatro categorías de colonias de trabajo correctivo, que se distinguían entre sí por su régimen interno: régimen general, «potenciado», «estricto» y «especial». A éstas había que añadir los diferentes «asentamientos». El régimen «estricto» estaba pensado para los condenados por «crímenes especialmente peligrosos contra el Estado» y para quienes ya habían cumplido una sentencia, mientras que el régimen «especial» se reservaba a los reincidentes y a las mujeres a las que se había conmutado la pena de muerte. A los «asentamientos» iban a parar los internos que ya estaban en vías de rehabilitación y que procedían de otras colonias.

Había una sexta categoría, las prisiones, que albergaban a quienes habían cometido crímenes abyectos, aunque también era el destino de los reincidentes especialmente peligrosos si el tribunal así lo especificaba. En esta sexta categoría podíamos encontrar asimismo a los internos trasladados de las colonias por mal comportamiento y a los prisioneros que habían cambiado el envío a las colonias por trabajo. En las prisiones había dos regímenes: el «general» y el «estricto». Un prisionero no podía estar sometido al segundo por más de seis meses, y estaban exentas las mujeres embarazadas o las que estaban encarceladas con sus hijos pequeños. En el régimen general, los prisioneros vivían en celdas colectivas, aunque podían ser trasladados a celdas individuales si lo decidía el gobernador de la prisión, con el consentimiento del fiscal. Se les permitía una hora diaria de ejercicio (30 minutos en el régimen estricto) y quienes cumplían la sentencia como personal auxiliar estaban autorizados a conservar el dinero, a recibir visitas breves y paquetes, de acuerdo con las normas del régimen general, y a comprar comida.

En las colonias de trabajo correctivo para los adolescentes, otro sector importante, había dos regímenes: el «general» y el «especial», reservado para

los delitos de gravedad.

Por último, en los asentamientos, donde aunque no había guardias los prisioneros estaban supervisados, los internos podían moverse con libertad desde que se despertaban hasta que se acostaban. Si su trabajo o sus estudios lo exigían, esta libertad se extendía hasta los confines de la región administrativa. Los internos podían vestir ropa de civil, llevar dinero y usarlo a discreción y conservar sus objetos de valor. Mediante una autorización de la administración, podían vivir con su familia en la colonia, e incluso comprarse una casa y cultivar la tierra. Después de casarse, hombre y mujer podían vivir juntos en la misma colonia, con independencia de dónde hubieran cumplido la primera parte de la condena.

Todos los internos aptos estaban obligados a desempeñar un trabajo que se ajustara a sus aptitudes físicas y, en la medida de lo posible, a sus habilidades profesionales. Los puestos de trabajo solían estar en empresas ubicadas dentro de la colonia. Los internos podían trabajar para otras agencias, pero el MVD era el encargado de organizar sus propios talleres y fábricas. Las agencias económicas debían ayudar a las instituciones penitenciarias a que éstas llevaran a cabo su cometido.

En principio, el régimen «especial» obligaba a los internos a realizar trabajos duros. Lo cierto es que se les asignaban los puestos que estaban vacantes en las ramas de las actividades económicas de las zonas colindantes, lo que significa que no siempre el trabajo era «duro». Las personas con minusvalías físicas desempeñaban un trabajo más ligero. Comoquiera que el objetivo explícito era la rehabilitación y la reeducación, el trabajo no debía acarrear sufrimiento físico, pues un esfuerzo excesivo habría entrado en contradicción con el principio de que el trabajo no era un castigo. Una comisión médica se encargaba de evaluar la capacidad física de cada interno, a partir de su estado de salud, su experiencia en el pasado y otros factores. Únicamente si así lo estipulaba la sentencia, un interno no tenía derecho a trabajar en su ámbito de especialidad. El objetivo de las colonias era que todo el mundo desempeñara una actividad provechosa y reducir al mínimo el trabajo en los servicios internos de la colonia.

Hay que señalar aquí que la cuestión del «trabajo duro» del régimen «especial» fue objeto de debate. La impresión que se desprende de todo lo dicho hasta ahora es que los juristas no se sentían cómodos con ese tema. Aunque no estaba en su ánimo, cuando menos indirectamente, poner en entredicho la idea misma de «trabajo duro», ponían todo su empeño en

suavizarla. No en vano estos textos se estudiaban en las facultades de derecho, donde se formaba a los juristas, y permitieron plantear algunas preguntas en los años ochenta o incluso con anterioridad.

La categoría de «trabajo duro» es más vaga aún si leemos los párrafos en que se habla de la alimentación de los prisioneros. Quienes estaban sujetos al régimen especial sólo tenían derecho a unas raciones menores y menos variadas. ¿Se castigaba a esos prisioneros a morir de hambre? La desnutrición de los prisioneros condenados a estos trabajos, o la mera capacidad de poder infligir ese castigo, era algo sobre lo que los juristas que glosaban estos códigos no se habían pronunciado con rotundidad. Por abyectos que fueran los crímenes que hubieran cometido (no olvidemos que se trataba de los criminales más peligrosos), la legislación permitía los abusos. Por su parte, las mujeres embarazadas y los enfermos tenían derecho a una mejor alimentación. En un sentido más general, las mujeres, especialmente cuando las acompañaban sus hijos pequeños, los adolescentes y los inválidos debían recibir mayor atención y sus condiciones debían ser mejores. Es posible que todo el mundo respetara este punto: la muerte de un bebé habría conllevado inmediatamente el inicio de una investigación.

LA MANO DE OBRA EN LAS COLONIAS

Todos los prisioneros trabajaban ocho horas diarias, salvo los domingos y las fiestas públicas, pero no tenían derecho a vacaciones y los años pasados en la prisión no se tomaban en cuenta a la hora de calcular la pensión. Por lo demás, las normas sanitarias y de seguridad y el resto de disposiciones del código laboral sí que eran de aplicación en las colonias. La gente que, durante el confinamiento, sufría una invalidez tenía derecho a una pensión y a una compensación después de ser liberados. La remuneración del trabajo de los prisioneros se ajustaba a las normas civiles, aunque se les descontaban los gastos de mantenimiento (ropa y comida) y, en los casos estipulados, todas aquellas deducciones dictadas por los tribunales.

Los estudios de W. I. Butler, un experto occidental en leyes soviéticas, aportan más datos y algunas aclaraciones cronológicas^[7]. El 26 de junio de 1963, las repúblicas soviéticas crearon las instituciones penitenciarias conocidas como «asentamientos», pensadas para los prisioneros que habían dado muestras de sus posibilidades de reintegración en la sociedad. El 3 de junio de 1968, entró en vigor un estatuto de los menores en las colonias de

trabajo. Aunque no se publicaron los textos, esas medidas legislativas contribuyeron a perfeccionar el desarrollo general de las instituciones penitenciarias, en este caso con vistas a reducir la dureza innecesaria en las sentencias pronunciadas. El papel de los juristas en este sentido fue considerable^[8]. Entre ellos, podemos identificar una escuela de pensamiento que intentaba que las cosas tomaran el camino adecuado, aunque necesitaban evidentemente el apoyo de las altas instancias.

El MVD de la URSS promulgó el procedimiento que había que seguir para asignar a los condenados a una institución penitenciaria u otra, o, de acuerdo con la Oficina del Fiscal, a una institución psiquiátrica. De la regulación de las atenciones médicas en las prisiones y las colonias se ocupaban conjuntamente el MVD y el Ministerio de Sanidad. En 1977, el MVD adoptó el «Reglamento de Orden Interno de las Instituciones de Trabajo Correctivo», aplicable en todo el territorio de la URSS. El Consejo de Ministros de la URSS o el de la república pertinente, así como el ministro del Interior y sus viceministros, también podían aprobar otras leyes que definieran el régimen de un centro de confinamiento. Sin embargo, los juristas soviéticos alertaron públicamente sobre la concesión de prerrogativas a los responsables de los departamentos de Interior en escalafones intermedios o a los directores de las propias instituciones. Su opinión no estaba exenta de realismo, pero posiblemente también se sintieran tentados a reducir las prerrogativas del MVD a la hora de fijar los regímenes penitenciarios, porque (y se trata de una hipótesis mía) muchas instituciones penitenciarias estaban lejos de Moscú y entre sus administradores había partidarios de métodos más severos. Estos juristas conocían la historia de su país y qué gente trabajaba en las agencias encargadas de garantizar la ley y el orden.

Algunos de los principios enunciados por los juristas soviéticos bajo el lema del «humanismo socialista» no sólo afectaban a la interpretación de la ley. Al tiempo que apremiaban para que se explicaran los códigos que debían proteger a la sociedad de los criminales, también querían promover una política poliédrica basada en la reforma, la reeducación y la resocialización de los prisioneros, con vistas a rehabilitarlos socialmente. Combinar el castigo con el trabajo, uno de los puntos principales de su credo, era la mejor manera de que el prisionero regresara a una vida normal. Los principios que invocaban constantemente y por los que luchaban eran el respeto por la dignidad humana, la remisión de la sentencia por buena conducta, la mezcla de coerción y persuasión, la distinción entre los castigos separando a los prisioneros en diferentes categorías y la proporcionalidad de la pena impuesta

en función de la gravedad del crimen. De las seis clases de regímenes penitenciarios que hemos mencionado, el número de internos en las dos más severas era reducido, aunque desgraciadamente carecemos de las cifras exactas. Estos juristas también se mostraban partidarios del principio de «individualización», es decir, de adaptar el castigo y la reeducación a la personalidad del condenado, en virtud del principio de que todo el mundo puede reformarse.

Sería lógico pensar que estos «principios» eran inaceptables para los conservadores, e incluso para algunos liberales que no creían que los celadores o los funcionarios de prisiones pudieran educar a nadie y que temían las consecuencias negativas de estas medidas.

No es éste el lugar para comentar otros aspectos debatidos por los juristas, aunque hay uno que ya hemos mencionado que merece que le prestemos de nuevo nuestra atención: la premisa básica de que un prisionero seguía siendo un ciudadano. En sí misma, esta idea desafiaba una tendencia tan arraigada entre los soviéticos como la de la represión. La categoría misma de «enemigo del pueblo», y el tratamiento especial que se dispensaba a quienes pertenecían a ella, había sido condenada implícita, y a menudo explícitamente, en muchos textos desde los años sesenta. Las disposiciones por las que se perseguía a la gente por «crímenes contrarrevolucionarios» o como «enemigos del pueblo» desaparecieron del código penal, y esas expresiones se desvanecieron de la terminología empleada por los agentes de la ley. En 1961 fueron sustituidas en el código por seis párrafos que se ocupaban de «los crímenes más peligrosos contra el Estado», la base para la posterior persecución de los opositores políticos, aunque, a diferencia de la furia mostrada por el estalinismo, éstos no serían condenados a muerte. El castigo contra tales crímenes era la pérdida de la ciudadanía soviética y la expulsión de la URSS, algo que en sí mismo no era ninguna atrocidad. La definición de la culpa debía establecerse en función de los códigos soviéticos, y fue así como la arbitrariedad dejó de ser la norma. Sin embargo, el mero hecho de perseguir a los opositores políticos, o incluso a cualquier ciudadano que manifestara una simple crítica, era motivo de sonrojo para el gobierno soviético, a escala internacional pero también nacional.

No es fácil asegurar que se respetaran en la práctica el texto y el espíritu de la legislación aquí evocada. No ha caído en mis manos una monografía fiable sobre el sistema de prisiones de la etapa postestalinista, salvo en lo que se refiere a las condiciones de detención de los prisioneros políticos,

especialmente los «disidentes». Estos últimos estaban invariablemente confinados en colonias de máxima seguridad en Mordovia y en los Urales, y sometidos al régimen «especial». Las condiciones eran muy severas y las relaciones entre los prisioneros, entre los que había algunos individuos beligerantes e inflexibles, y una administración penitenciaria implacable contribuían a que la vida en el campo fuera particularmente dura. Sería necesaria una investigación exhaustiva para descubrir el estado real de dichos campos: la cifra de internos, las sentencias que allí se cumplían, la cifra de bajas... Disponemos de algunos datos gracias a Amnistía Internacional^[9], y una buena parte de los derechos citados en las fuentes judiciales no aparecen en el informe. Amnistía Internacional se ocupa de las limitaciones que afectaban a la presencia de los abogados durante las investigaciones (de las que ya teníamos constancia), pero no dice nada de las posibilidades de visita de los abogados después de que los condenados ya estuvieran cumpliendo sus condenas. De ello podemos inferir que los presos políticos, condenados por «crímenes especialmente peligrosos contra el Estado» y confinados a prisiones de máxima seguridad, donde se les sometía a un régimen de lo más estricto, gozaban de menos derechos que el resto de internos. Por ejemplo, mientras que una disposición legal respetada en la mayoría de los casos permitía que casi todos los prisioneros pudieran quedarse en la región donde habitaba su familia, los textos legales estipulan lo contrario en el caso de los disidentes. En ausencia de pruebas en sentido contrario, no hay motivo para suponer que se les consideraba ciudadanos con unos derechos inalienables.

La situación de la mayor parte de la población penitenciaria mejoró ostensiblemente, pero a falta de más datos es imposible saber hasta qué punto se correspondían la realidad y la nueva legislación. A causa de la dispersión de las colonias a lo largo y ancho del territorio, del bajo nivel de formación y de los administradores penitenciarios y de los hábitos brutales del personal de prisiones del MVD, por no hablar de la evidente dificultad que suponía vérselas con criminales recalcitrantes, es posible que las condiciones reales difirieran en mayor o menor medida de las disposiciones legales.

Aun así, la existencia de códigos y de instituciones fuertes encargadas de velar por su cumplimiento, la opinión pública y la enorme experiencia de los prisioneros acerca del sistema y sobre cómo aprovecharse de las disposiciones pertinentes dan que pensar que las reformas engendraron un sistema muy diferente al que estaba en vigor con Stalin, incluso para los presos políticos, un aspecto sobre el que volveremos a hablar más adelante. Sea como fuere, ésta es la conclusión que se extrae de todo el material que tenemos a nuestra

disposición —quejas, recursos a fiscales y jueces y las peticiones de revisión de casos por parte de los internos o de sus familias que llegaban al Partido o a las diferentes autoridades estatales— y de los documentos de las diversas comisiones de investigación, algunos de cuyos textos están en ocasiones al alcance de los observadores occidentales. Los recursos y la intervención de los fiscales o de los tribunales supremos a la hora de revisar las sentencias de los tribunales de primera instancia eran medidas correctoras importantes en los procedimientos legales y mejoraron la suerte de los prisioneros.

Otro avance significativo, vinculado a la racionalización —o tal vez deberíamos hablar de modernización— de la política penitenciaria, fue la presión que ejercieron los círculos legales y sus aliados políticos para moderar aún más la tendencia punitiva del sistema, un procedimiento que, a ojos de muchos, no resolvía nada sino que se limitaba a suscitar nuevos problemas. W. I. Butler ha estudiado el aumento de la presión para lograr la aplicación de sentencias que, por duras que fueran, no comportaran penas de prisión. En este sentido, ha estudiado un abanico de «sentencias condicionales», cuyas condenas podían llegar a ser el exilio en un lugar determinado o el destierro a una región remota. Otras sentencias estipulaban trabajos obligatorios (el condenado permanecía en su puesto de trabajo, pero se le deducía de su salario una parte equivalente a una fuerte multa), ayudar a antiguos prisioneros a reinserirse o incluso sentencias que ni siquiera obligaban al condenado a ningún tipo de trabajo (introducidas en la legislación de la URSS y de las repúblicas por un decreto del 15 de marzo de 1983 y que regulaban el estatuto de tales sentencias, su supervisión por parte de los fiscales y su ejecución). Además de las multas anteriormente citadas, estas condenas solían conllevar la prohibición de ocupar determinados puestos o de desempeñar algunas actividades, la confiscación de las propiedades, la pérdida del rango militar o de un título y amonestaciones públicas en el lugar de trabajo. Las reformas en la justicia criminal en los años setenta y ochenta demuestran que esta tendencia estaba cada vez más consolidada, y que las condenas que no exigían el cumplimiento de una pena de prisión se fueron popularizando entre el estamento judicial.

No debemos olvidar que el número de presos políticos y de criminales peligrosos confinados en las prisiones, o en las dos categorías de colonias con los regímenes más estrictos, era relativamente pequeño. La gran mayoría de los prisioneros cumplían sus condenas en las categorías menos «rigurosas», y eran el blanco de los experimentos que defendían las altas instancias judiciales, los juristas y algunos círculos gubernamentales. Su propósito era

llevar a cabo una «despenalización» a gran escala de un sistema tradicionalmente proclive a imponer penas principalmente de prisión. La lucha por liberalizar las sentencias se había iniciado mucho antes, en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Stalin, e incluso antes, pero se recrudeció, y se saldó con éxito, a principios de los años ochenta. La frase «en busca de la despenalización», enunciada por Todd Fogleson, la fuente de la que proceden estos datos^[10], describe perfectamente este período.

Los datos del Ministerio de Justicia de la Federación Rusa indican que, en 1980, alrededor del 94 por 100 de los acusados en causas penales fueron hallados culpables, y que una cifra cercana al 60 por 100 acabaron en prisión. En 1990, estos números cayeron hasta el 84 por 100 y el 40 por 100 respectivamente. Según Fogleson, es curioso que se produzca un descenso de tal magnitud, y cuesta explicar el fenómeno únicamente a partir de los materiales publicados y de las entrevistas (los archivos de la justicia criminal de finales de los años setenta y de principios de los ochenta siguen siendo inaccesibles). Sin embargo, el investigador propone, y no sin razón, que la escasez de mano de obra puede haber tenido algo que ver. Volveremos sobre este aspecto.

Ahora nos ocuparemos, sin embargo, de un hallazgo importante de Fogleson en relación con el universo político. En el pasado, los funcionarios del Partido y de los ministerios de Justicia habían supervisado la labor de los jueces, mientras que los altos tribunales se limitaban prácticamente a una tarea de seguimiento judicial. En los años setenta, la campaña de liberalización de la justicia criminal no estuvo encabezada por el Partido, que había renunciado a inmiscuirse en este ámbito. Tampoco tenía mucho peso el Ministerio de Justicia. Quien tomó la iniciativa a la hora de presionar a los tribunales ordinarios para que «despenalizaran» las sentencias y se decantaran por condenas que no acabaran en una pena de prisión fueron las altas instancias del sistema judicial, es decir el Tribunal Supremo de la URSS y sus equivalentes en las repúblicas. Para ello, se sirvieron de su poder como instancia de apelación y de control, mostraron su disconformidad y organizaron seminarios de formación para los jueces.

Los primeros cambios de importancia se produjeron en febrero y marzo de 1977, cuando el Soviet Supremo «despenalizó» todo un abanico de pequeños delitos, que a partir de ese momento se castigarían con multas o con dos semanas de reclusión (hasta entonces, la pena mínima era de un año). En aquellos casos que no consideraban «socialmente peligrosos», los jueces

podían pronunciar sentencias suspendidas, así como penas de trabajo obligatorio para aquellas condenas de menos de tres años. En 1978, el Soviet Supremo amplió la lista de los delitos que podían castigarse con multas o penas que no exigían el ingreso en prisión. Cabe observar aquí que los argumentos que se esgrimieron a favor de esta reducción de las penas por delitos menores habían sido expuestos por criminólogos soviéticos, que ponían en duda la eficacia de las penas de prisión cortas. Uno de los especialistas más eminentes sostuvo, desde 1976, que una parte considerable del aumento de la criminalidad se debía a la desestructuración familiar, a la destrucción de los lazos sociales, a la falta de integración en una red social mayor y al aumento del impacto de los subsidios sociales. El aislamiento en las prisiones no hacía sino empeorar las cosas. Otros, citados por Fogleson, afirmaban que las sentencias que no se cumplían en la cárcel evitaban que los condenados se vieran como criminales y no acabaran convertidos en tales.

Entre 1977 y 1978, un grupo de destacados juristas se manifestó a favor de una «mayor economía en los medios de represión» y pidió la introducción de cambios en el código penal que lo hicieran más eficaz a la hora de cumplir con los objetivos generales del sistema. Otros insistían en el carácter científico de sus conclusiones y en el hecho de que, a finales del siglo xx, la política debía basarse en la ciencia. Algunos autores exigían distanciarse inmediatamente de la lógica punitiva para abrazar una filosofía utilitaria: el castigo debía quedar en segundo plano si de lo que se trataba era de lograr un objetivo social.

Mientras el Tribunal Supremo urgía a los tribunales ordinarios a que optaran por otro tipo de sentencias y a que fueran más exigentes con las investigaciones criminales y con las pruebas de culpabilidad, los resultados globales de estas medidas fueron decepcionantes a ojos de sus promotores. En noviembre de 1984, el Ministerio de Justicia llegó a la conclusión de que algunos jueces no habían recibido el mensaje y apenas tenían en cuenta los dictámenes de los tribunales supremos. Las viejas medidas planteaban muchos menos problemas y eran más aceptables a ojos de la mentalidad represiva que aún empapaba buena parte de los tribunales ordinarios soviéticos. Sin embargo, se producirían más cambios, puesto que el frente de la reforma penal era importante y podía tomar diferentes direcciones.

Las razones legales, jurídicas e ideológicas que se ocultaban detrás de esta decisión de acabar con las tendencias punitivas no eran el único elemento de la historia. La creciente escasez de mano de obra, de lo que nos ocuparemos

con más detalle posteriormente, era un factor de fondo en la empresa despenalizadora y en sus debates. En el sistema estalinista, no existía el «trabajo libre», pues una serie de corsés legales y económicos ligaban a los obreros a su lugar de trabajo. La situación real se veía atenuada por una movilidad casi imparable y espontánea de la mano de obra, que las autoridades intentaban en vano contrarrestar con medidas legales y económicas, y con campañas de denuncias morales de vagos y desertores.

Estamos en presencia de un fenómeno más generalizado, un paso natural que ni siquiera el estalinismo pudo contener en su momento álgido y que los cambios durante el postestalinismo acabaron legitimando y reconociendo, lo que podríamos bautizar como la «desestalinización de la mano de obra». La reforma del sistema penitenciario y la tendencia a las sentencias «despenalizadas» formaban parte de este proceso. La poderosa voluntad de cambio que seguía contagiando las relaciones en los centros de trabajo obligó a los encargados de dictar la política penitenciaria y social a seguir el ejemplo. El estudio que nos disponemos a realizar de la legislación laboral y de sus prácticas indica cómo lograron adquirir los trabajadores, en las fábricas y en los despachos, unos derechos *de iure* y *de facto*. Y estos derechos estaban recogidos en documentos legales, dando inicio así a la legislación laboral.

LA LEY DEL TRABAJO: UN ESTUDIO HISTÓRICO

Desde los inicios del régimen soviético, la legislación laboral, con la jornada de ocho horas, dos semanas de vacaciones pagadas y prestaciones por desempleo, enfermedad o incapacidad, fue una parte importante de la agenda de gobierno. El 9 de diciembre de 1918, se promulgó, aunque no llegara a publicarse jamás, el código laboral de la Federación Rusa. Toda persona comprendida entre los dieciséis y los sesenta años, con la excepción de los minusválidos, tenía la «obligación de trabajar». Se proclamó el principio de remunerar con el mismo salario a todas aquellas personas que desempeñaran la misma función, y diferentes condiciones laborales quedaron sujetas a regulación. Según los expertos soviéticos, la guerra civil de 1918-1921 trajo consigo el reclutamiento de mano de obra en lugar de las relaciones contractuales voluntarias. El 15 de noviembre de 1922 entró en vigor un nuevo código que había sido promulgado el 30 de octubre anterior y que sustituía la «obligación de trabajar» por los «procedimientos de empleo»: a partir de ese momento, las relaciones laborales se basaban en un contrato

voluntario. Asimismo, la «obligación de trabajar» quedaba restringida a situaciones excepcionales, como los desastres naturales o las obras públicas urgentes. Otro capítulo se ocupaba de los acuerdos colectivos y de los contratos individuales. Siempre que se respetaran algunas disposiciones especiales, los trabajadores y los gestores podían modificar los segundos. Los sindicatos se encargaban de las negociaciones colectivas, los tribunales populares dirimían los conflictos laborales y se crearon comisiones *ad hoc* sobre salarios, órganos de conciliación y tribunales de arbitraje. Se mantuvo la jornada de ocho horas y se regularon las horas extras. El código de 1922 se asemejaba, en definitiva, a los de los países occidentales, aunque el beneficiado fuera el sector público.

La transición a la economía nacional planificada de 1929 conllevó cambios en una serie de disposiciones. El Estado pasaba a ser el único patrón y los sindicatos se integraban en la gestión de la economía. A partir de 1934, dejaron de preparar los borradores de los convenios colectivos para ocuparse de la seguridad social y del cumplimiento de las leyes, algo que hasta la fecha corría a cargo del poderoso Comisariado de Trabajo, abolido en 1933; presuntamente se fusionó con los sindicatos, pero éstos carecían de la misma autoridad que un comisariado que perteneciera al gobierno. En 1930 se implantó la asignación obligatoria de licenciados a los centros de trabajo como parte de los procedimientos de planificación. En 1932 se reforzó el control de los trabajadores: una ausencia de un día podía acarrear el despido inmediato. Las medidas disciplinarias se endurecieron aún más en 1938, que tipificó como delito llegar tarde al trabajo o abandonar el puesto prematuramente. Un decreto de principios de 1940 acabó con la renuncia a un puesto de trabajo sin el consentimiento de la dirección. Sin embargo, el Estado podía trasladar a los trabajadores a su antojo sin que éstos tuvieran que dar su aprobación. En 1947 se reinstauraron formalmente los convenios colectivos que, a pesar de que el Estado los había abolido en 1935, habían sobrevivido durante todo este tiempo de diferentes maneras, lo que demostraba cuán necesarios eran. Los aumentos salariales dependían más que nunca de las decisiones centralizadas, aunque se permitía una cierta flexibilidad a escala local. Entre 1930 y 1940, la mayor parte de la legislación laboral de 1922 había quedado obsoleta. Y el texto dejó de publicarse^[11].

En la etapa postestalinista se derogaron algunas de las medidas más draconianas. Los trabajadores recuperaron el derecho a dimitir o a cambiar de trabajo, y un nuevo texto, de 1957, suavizó las rígidas disposiciones que se habían promulgado durante la guerra. Se estaba preparando una nueva

legislación laboral, y el primer borrador se publicó para su discusión en 1959, aunque no fue aprobado hasta 1970 y entró en vigor el 1 de enero de 1971.

El análisis de estos textos, y los comentarios que suscitaron, nos permite seguir la evolución de la legislación laboral hasta 1986. El derecho a abandonar el puesto de trabajo, rescindiendo el contrato con el patrón, quedó fijado como una disposición fundamental, y el patrón no podía negarse a ello^[12]. El «contrato laboral» se convirtió en un procedimiento serio, con multitud de garantías para ambas partes y cláusulas especiales que favorecían a los trabajadores. Los derechos de los patronos estaban explicados con todo detalle, incluida la potestad para imponer sanciones por las faltas que figuran en el código.

La rescisión del contrato por parte del trabajador, en el caso de los contratos fijos, ya figuraba en el artículo 16 de los «Fundamentos del Derecho Laboral», que el código laboral de la Federación Rusa y del resto de repúblicas habían adoptado. Los trabajadores debían dar un preaviso de dos meses por escrito: si tenían motivos fundados, el preaviso podía ser de un mes. En el caso de los contratos temporales (sección 2, artículo 10), el trabajador podía terminarlo antes de su conclusión por causa de enfermedad, invalidez, infracción de la legislación que regía los contratos individuales o colectivos, o por cualquier otra razón válida, como se especificaba en las nuevas versiones de dicha sección redactadas en 1980 y 1983.

Asimismo, la versión de 1983 permitía a los obreros abandonar su trabajo antes de que expirara el preaviso de dos meses. En todo caso, los responsables estaban obligados a devolver el «libro de registro del trabajador» y a liquidarle los salarios pendientes. Estas cláusulas eran sumamente precisas y un analista ha añadido que un trabajador no tenía siquiera que explicar el motivo que le llevaba a abandonar su trabajo (esta afirmación está vinculada al texto de 1980, que estipula que basta con un preaviso de dos semanas, o de tres días en el caso de los trabajadores temporales). Solamente aquellos que quisieran abandonar su trabajo mientras cumplían una condena que no acarreaba pena de prisión precisaban de la autorización del órgano que supervisaba el cumplimiento de su condena.

CONFLICTOS LABORALES

Los conflictos en el trabajo ocupaban mucho espacio en las legislaciones laborales, tanto en la de la Unión como en las de las repúblicas. Se creó un sistema formado por diferentes instituciones y con todo un aparato normativo que permitiera resolver las quejas planteadas por los trabajadores, incluidas las relativas a la propia legislación. Todas las grandes empresas estaban obligadas a disponer de una «comisión de conflictos laborales» donde estuvieran representados por igual los sindicatos y la dirección. En las pequeñas empresas, el órgano competente era una «comisión sindical». En el supuesto de que ésta no pudiera resolver un conflicto, lo trasladaba a un tribunal local, de la ciudad o del distrito. Los conflictos en que estaban implicados trabajadores veteranos o el personal técnico eran competencia de la dirección de la empresa. Si el conflicto se resolvía a favor del demandante, la dirección no sólo tenía que compensarlo, sino también tomar las medidas necesarias para acabar con la causa que había originado el conflicto. Cuando la dirección era hallada culpable de haber conculcado los derechos de los trabajadores, el caso podía llegar a los tribunales^[13]. Cuando eso sucedía, el caso se juzgaba de acuerdo con la legislación civil, los fiscales entraban en juego y estaban autorizados a aceptar a trámite cualquier demanda, de acuerdo con una lista muy concreta de instrucciones. Tenían incluso la potestad de iniciar un proceso si una de las partes infringía la ley. Los trabajadores inmersos en un conflicto en un cierto escalafón empresarial podían apelar simultáneamente a sus responsables y dirigirse a los tribunales si no estaban de acuerdo con la decisión del comité sindical de la empresa, como también podían hacerlo los patronos. En caso de despido, los trabajadores podían acudir directamente a los tribunales —también podían denunciarlos los patronos por los daños que les pudieran haber causado— sin necesidad de pasar por el comité sindical ni por el comité de conflictos laborales^[14].

La legislación era extremadamente detallada. Por ejemplo, los trabajadores podían constituirse en partes legítimas en cualquier acción judicial sobre cuestiones laborales, aunque cabría preguntarse si los procedimientos legales no eran excesivamente complicados para los obreros y mucho más sencillos para los patronos. Sin embargo, según las estadísticas que tenemos al alcance, podemos concluir que los obreros también sabían cómo acudir a estos procedimientos en la resolución de conflictos a diferentes niveles, y emplearon en masa el recurso a los tribunales, que solían decantarse más por sus motivos que por los de los patronos^[15].

Sea como fuere, el contrato laboral obligaba a ambas partes. Y aunque la dirección aún conservaba un poder considerable, los trabajadores poseían un arma más eficaz que acudir a los tribunales: podían defender sus intereses cambiando de puesto de trabajo. Los sociólogos y los expertos en estadística soviéticos estudiaron atentamente este fenómeno. Los administradores, a diferencia de los obreros, formaban parte de la clase privilegiada, pero ante la escasez de mano de obra que se avecinaba, la burocracia se vio en la obligación de llegar a acuerdos para que los trabajadores no abandonaran su lugar de trabajo. Las grandes empresas contaban con más medios, y ofrecían viviendas, clubes, guarderías y demás servicios, o trasladaban los gastos que estos generaban a los ayuntamientos, que dependían por lo general de la presencia de estas empresas, especialmente a la vista de la proliferación de ciudades industriales, un capítulo ya olvidado en la historia de la industrialización en Occidente.

Este fenómeno social generalizado que acabamos de mencionar, la movilidad de la mano de obra, afectó a todos los sectores. Pero detrás de las disposiciones de la legislación laboral, y alrededor de ella, se dibujaba una realidad muy diferente, con cambios de patrón constantes y migraciones a zonas que ofrecían nuevos empleos, si bien estos movimientos se invertían cuando las condiciones laborales, de vivienda y climáticas se tornaban demasiado rigurosas. Las tendencias que se observaban en la mano de obra planteaban no pocas dificultades a la planificación económica. Quedaba descartada la solución estalinista, basada en la movilización, en la coerción y en los métodos policiales, y los gobernantes tenían que enfrentarse a lo que podríamos calificar legítimamente de «mercado de trabajo», así como a la aparición de un acuerdo tácito entre trabajadores y el Estado-patrón, recogido en la fórmula «recibes lo que pagas», o su variante surrealista «haz como si pagaras y nosotros haremos como si trabajásemos». No obstante, la expresión «mercado de trabajo» recoge esta realidad mejor que el «surrealismo» tan apreciado por algunos intelectuales. En realidad, la Unión Soviética asistía a la aparición y al desarrollo de un proceso abierto y directo, o en ocasiones más velado e indirecto, de mercadeo económico, que justificaba el recurso a dicha expresión. La creciente escasez de mano de obra obligaba a pasar por el aro, dado que los patronos no sólo necesitaban desesperadamente trabajadores, sino también, a raíz de la paradoja que se cernía sobre la situación del mundo laboral, debían mantener una reserva de ellos. El resultado fue una anomalía interesante: los trabajadores que abandonaban sus puestos en zonas difíciles donde había escasez de mano de obra, escudándose

en que el Estado no había cumplido con sus obligaciones contractuales a la hora de garantizar unas condiciones de vida decentes, podían regresar a las regiones donde había un excedente de obreros y encontrar aún un empleo.

Los hechos que hemos descrito (sobre la política y la política penitenciaria, la abolición del gulag y del terror de masas, los códigos legales y los derechos laborales) también afectaron al funcionamiento del Estado, al de la burocracia y al del Partido. La cúpula respondió a lo que veía como el gran universo social, y especialmente el universo laboral, reforzando los tics conservadores, unas medidas que comportaron una serie de cambios institucionales y que llegaron incluso al KGB. Enfrentados al aumento de la presión social que exigía que el régimen cediera, hubo quienes se plantearon reaccionar, con la ayuda del KGB, apretando aún más las tuercas del sistema. Pero cada vez resultaba más complicado localizar esas «tuercas».

Llegados a este punto, podemos centrar la atención en la policía secreta, una de las principales agencias encargadas del cumplimiento de la ley, y en cómo se ocupaba de los opositores políticos. No contamos aún con ningún estudio sólido sobre el KGB y, en el momento de escribir estas líneas, los investigadores siguen sin poder acceder a sus archivos. Por lo tanto, tendremos que arreglárnoslas con algunos de los datos que han ido saliendo a la luz.

En sus diferentes manifestaciones anteriores a la llegada al poder de Jrushchov (Cheka, GPU y NKVD), la policía secreta había tenido una historia irregular de la que ya han dejado constancia los historiadores. Desde la creación de la Cheka (*Chrezvychainaia Kommissiia*) en 1917, sus agentes fueron conocidos oficialmente como «chekistas» (*chekisty*), y aún se les da ese nombre en la Rusia postsoviética. Esta vinculación inquebrantable a un título de prestigio, que se explica por el papel desempeñado por los agentes en el período revolucionario, es posible que sirviera tácitamente para alejar de la agencia la herencia de la etapa estalinista. Los chekistas estuvieron al servicio de una gran causa, se jugaron la vida y murieron por sus ideales, mientras que los agentes del NKVD en tiempos de Stalin, los *nkvdisty*, torturaron y mataron a millares de personas inocentes. Aunque también pusieron sus vidas en peligro, no lo hicieron heroicamente, y podían ser exterminados por su superior para eliminar así el rastro de las misiones criminales que él mismo les había encomendado.

Conviene recordar que, cuando en 1934 la GPU fue presuntamente absorbida por el NKVD, el Comisariado de Asuntos Internos, sucedió exactamente todo lo contrario. El NKVD fue engullido por la cúpula de la GPU, pero conservó sus atribuciones dentro del comisariado con el nombre de GUGB, Directorio General de Seguridad del Estado. De este modo, el

conglomerado de la seguridad política y los servicios de inteligencia, internos e internacionales, podían erigirse, a la voz de pronto, en una agencia independiente, algo así como el MGB o el KGB, o volver a integrarse en el NKVD-MVD. No podemos olvidar tampoco que este último estuvo encabezado, durante el régimen de Stalin, por el jefe de los servicios de seguridad, y que la «parte» tenía el control del «todo». Queda para los expertos dirimir por qué eran necesarias tantas y tan frecuentes reestructuraciones. El aspecto que nos preocupa aquí es que la policía secreta y los servicios de inteligencia se mantuvieron prácticamente como estaban, toda vez que las grandes purgas se cobraron un precio considerable y que los diferentes cambios durante el postestalinismo suscitaron la inquietud, e incluso el caos, entre sus filas.

En un momento determinado, el MVD, una «superpotencia» burocrática, estuvo al mando del gulag, de todos los servicios de inteligencia y de una parte importante de las fuerzas especiales del ejército, así como de los agentes aduaneros, y desempeñó asimismo las funciones habituales de un ministerio del interior: orden público, registros públicos y supervisión de los gobiernos locales. Después de la muerte de Stalin, su poder se vio seriamente reducido, y en 1962 desapareció en tanto que ministerio de la Unión. El 10 de febrero de 1954, el MGB, el Ministerio de Seguridad del Estado, volvió a independizarse del MVD, para siempre en esta ocasión. Quedó bajo los auspicios del general Serov, antiguo viceministro del MVD, y pasó a asumir diversas funciones de las que se había encargado el MVD. El 8 de diciembre de 1958 Serov abandonó su cargo después de ser nombrado responsable de los servicios militares de contraespionaje (GRU) y jefe adjunto del Estado Mayor de las fuerzas armadas. Al frente del MGB, que en el ínterin se había convertido en el KGB (K de *Komitet*), pusieron a A. N. Shelepin, que había empezado su carrera en el Komsomol antes de dirigir el departamento del Comité Central encargado de la supervisión de las organizaciones del Partido en las repúblicas. Siguiendo instrucciones de Jrushchov, Shelepin simplificó la estructura organizativa del KGB, que había crecido sin control alguno, y redujo drásticamente sus efectivos. Algunos historiadores consideran estos cambios como «fundamentales» y se resumen en la sentencia antimilitarista de Jrushchov: «arranquémosles sus pomposas charreteras y las listas de los pantalones» (la frase tiene más contundencia en ruso: *raspogonim, razlampasim*). Por ello, ni Shelepin, ni el nuevo ministro del Interior, Dudorov, ostentaban rango militar, ni vestían los uniformes tan ansiados por algunos de los principales dirigentes.

La situación fue recuperando lentamente la normalidad en la Lubianka, el cuartel general del KGB en Moscú. La policía secreta recobró el mando, pese a que hubo cambios significativos en su *modus operandi*, si bien éstos no fueron tan importantes como esperaban los ciudadanos, los juristas y los intelectuales liberales. La estructura interna del KGB permaneció intacta entre 1958 y mediados de los años sesenta. Con todo, durante ese período, los cambios que se produjeron y que afectaron al régimen, como la importancia cada vez mayor que cobraban las leyes y los códigos legales, el papel considerable que fueron adoptando las profesiones legales o la pérdida de eficacia de las medidas coercitivas en una sociedad donde el peso del componente urbano era cada vez más importante, habrían de tener un impacto en dicha organización. Es cierto que en una estructura tan «sibilina» como aquella había límites «naturales» en los cambios, especialmente porque sucedía otro tanto con el régimen en su conjunto, y es importante que no lo olvidemos. Aun así, los cambios que se operaron no fueron nada desdeñables.

De entrada, el recorte en las competencias de la policía secreta de Stalin se produjo escalonadamente, por más que fuera en definitiva una exhaustiva operación de limpieza. El desmantelamiento de órganos extrajudiciales como las conferencias especiales, los tribunales arbitrarios controlados directamente por la policía política o las siniestras «troikas» locales constituyeron un paso decisivo, que tuvo su continuación en la orden al KGB para que entregara los resultados de sus investigaciones a los tribunales ordinarios. Esta decisión acabó con la sorprendente arbitrariedad con la que actuaban los servicios de seguridad y que debían aprovechar al máximo, tal y como les habían ordenado. Otro de los puntos de inflexión fue la abolición del gulag como reserva de mano de obra industrial para la policía secreta, y la posterior desaparición de ésta como agente económico. La campaña que se había lanzado contra la corrupción y la brutalidad de la policía, secreta o uniformada, iba en la misma dirección. En la primera parte ya hemos señalado cómo, en una fecha tan temprana como los años veinte, la GPU había mostrado su disconformidad ante la supervisión de los fiscales del Estado, una «sutileza legalista» a ojos de los chekistas, que preferían tener las manos libres para perseguir a los enemigos del régimen. En aquella ocasión, los fiscales habían salido derrotados y muchos de ellos perecieron. Pero ahora el ministerio fiscal volvía a ocuparse de la supervisión de las investigaciones del KGB, aunque fuera una relación no exenta de altibajos.

Una de las medidas más importantes tomadas durante el mandato de Jrushchov para frenar la monstruosidad estalinista y cambiar el ambiente que

se respiraba entre los servicios secretos fue la elección de nuevos superiores, procedentes del aparato del Partido. En su autobiografía^[1], Mikoyan, en realidad el segundo personaje más importante del régimen después de Jrushchov, aprueba este paso, aunque critica al líder por la designación del general Serov, que había estado al frente del NKVD en Ucrania desde el 2 de septiembre de 1939 hasta el 25 de julio de 1941, coincidiendo con el período en el que Jrushchov había sido el primer secretario general del Comité Central de esa república. El nuevo inquilino del Kremlin confiaba ciegamente en Serov, cuando menos si hacemos caso de las palabras de Mikoyan, que afirma que Jrushchov era fácilmente manipulable en manos de cualquier sicofante con un mínimo de habilidad. Obligado a destituir a Serov a causa de unos argumentos irrefutables, puestos sobre la mesa por sus enemigos, Jrushchov le otorgó un puesto honorífico.

La conversión del MGB en el KGB, una agencia con jurisdicción sobre todo el territorio de la URSS, se llevó a cabo en 1954, y el cuerpo fue asumiendo más y más funciones de las que había tenido previamente el MVD, como el control de la policía fronteriza, por ejemplo. Sin embargo, a diferencia del MVD, ya no tenía a su cargo un vasto sistema de prisiones (seguía estando en manos de éste) y se encargaba únicamente de un pequeño número de cárceles donde se hallaban recluidos los sospechosos que estaban siendo investigados. Es posible que tuviera poder sobre algún gran campo o colonia, pero carezco de pruebas concluyentes en este sentido. Por otro lado, el KGB era una máquina formidable que concentraba bajo un mismo techo servicios de espionaje, de contraespionaje, de comunicaciones y de transporte, y que estaba dotado de unos recursos técnicos magníficos para la vigilancia, del clásico cuerpo de detectives («vigilancia externa», según su jerga), de un sinnúmero de departamentos y subdepartamentos y de un número de trabajadores considerable, por no hablar de los *stukachi*, los confidentes no remunerados, reclutados en cualquier sector que el KGB considerara de interés. Esta concentración de poder era característica de la tan arraigada creencia soviética en las virtudes de la centralización, y es mucho más evidente si cabe si concluimos esta panorámica añadiendo que el KGB se encargaba de la seguridad de los líderes soviéticos y, en gran medida, de cuanto sabían, o de cuanto el KGB quería que supieran, sobre la URSS y el resto del mundo. De ahí que podamos considerar al KGB como un gigante administrativo, aunque no guardara muchas similitudes con el órgano que lo había precedido en tiempos de Stalin.

Los mandatarios del KGB dependían de la constelación de líderes que se

dibujaba sobre sus cabezas, y no cabe duda de que sintieron en algún momento la tentación de decantarse por un líder para oponerse así a otras figuras. Indudablemente, el KGB tuvo que ver en la caída de Jrushchov en 1964, como insinúa una fuente tan bien informada como R. G. Pijoia, que opina que la facilidad con la que triunfó la conspiración se explica, en parte, a partir de las tensas relaciones que Jrushchov mantenía con los servicios de seguridad. Después de la detención de Beria en 1953, su mano derecha, S. N. Kruglov, fue nombrado al frente del MVD. Muchos interpretaron esta designación como un signo del retorno a la escena de los métodos estalinistas, especialmente después de que el MVD recuperara el control perdido sobre diferentes ramas de la industria militar. De hecho, estos funestos augurios se debían a un cortocircuito parcial y temporal en la cúpula, y poco después la purga de los viejos compañeros de viaje de Beria se reanudó. A finales de agosto de 1953, el director del MVD informó de que la operación de limpieza en los directorios regionales había llegado a su fin con la condena a muerte o a largas penas de prisión de diferentes funcionarios. Acusado de ser el responsable de los «pogromos» de los años treinta, la influencia del MVD empezó a declinar al tiempo que comenzaba a brillar la futura estrella del KGB.

Un año después, en una decisión que hacía prever la llegada de más cambios, la república rusa fundó su propio MVD, del que había carecido desde 1930, cuando se creía que bastaba con un Ministerio del Interior con sede en Moscú para toda la Unión. En 1956, Dudorov, responsable del Departamento de Construcción del Comité Central, sustituyó a Kruglov al frente del MVD. En 1956-1957, un número importante de cuadros del MVD fueron destituidos, en lo que se interpretó como el preludio lógico a la abolición, el 13 de enero de 1962, del MVD de la URSS, cuyas funciones pasaron a las instituciones correspondientes de las repúblicas. En Rusia se modificó incluso el nombre de la misma, que pasó a denominarse MOOP, Ministerio del Orden Público. Pero que no se alarme el lector, pues poco después recuperó su viejo nombre, porque no resulta sencillo eliminar de sopetón tan poderosas tradiciones en un Estado autoritario^[2].

Los estatutos del KGB, aprobados por el Presidium del Comité Central el 9 de enero de 1959, definían sus denominadas funciones «políticas». Se trataba de un «órgano político» responsable de la defensa del sistema contra los enemigos internos y externos. Con el nombramiento de Shelepin en 1958, se produjo una nueva depuración entre sus filas, ampliando de este modo las medidas que se habían tomado desde la llegada de Jrushchov al poder. En

enero de 1963, Shelepin fue ascendido al Politburó y fue sustituido al frente del KGB por Semichastni, un antiguo camarada del Komsomol. Ese mismo año, Semichastni comunicó la destitución de 46.000 funcionarios, la mitad de ellos antes de 1959, y que más del 90 por 100 de los generales y de los oficiales del contraespionaje habían sido trasladados a puestos civiles «durante los últimos cuatro años» (probablemente se refería al período comprendido entre 1959 y 1963). Llegaron nuevos agentes, avalados por el Partido y por el Komsomol. Asimismo, un buen número de antiguos agentes del KGB cambiaron de ocupación para trabajar en el Partido, en los soviets o en la Oficina del Fiscal. El KGB de Shelepin y de Semichastni, con el apoyo de diversos cuadros del Partido, que debían reavivar su fervor ideológico, volvió a erigirse en un «brazo armado del Partido», según la fórmula de Stalin, aunque no necesariamente defendiera las posturas de Jrushchov. No obstante, es probable que muchos de los antiguos cuadros supervivientes se sintieran inquietos con la destitución de decenas de millares de agentes, la reducción salarial y la eliminación de diferentes prebendas, como los medicamentos gratuitos o los privilegios por la antigüedad en el cargo.

El KGB estaba condenado a heredar la siniestra reputación del NKVD del período estalinista. En la URSS y en todo el mundo, «gozaba» de la imagen de ser la agencia represiva de un régimen basado fundamentalmente en la represión (basta para ello con echar un vistazo a la lista de sus cometidos). Lo cierto es, sin embargo, que sus actividades en esta esfera apenas tenían relación con las que había desempeñado el MVD en tiempos de Stalin. Contamos hoy con cifras que hablan de la cantidad de arrestos y de los tipos de sentencias pronunciadas contra los opositores, en el sentido más amplio de la palabra. Como ya se observaba en otros ámbitos, la magnitud de la represión ya no era la misma, aunque conviene especificar que no sólo el KGB se encargaba de la represión; también se observa un cambio en el tipo de decisiones que tomaron los jerarcas. Horrorizado y fascinado por el carácter absurdo de la represión estalinista, y armado con suficientes datos al respecto, Occidente aceptó de buen grado la idea de que, después de la caída del dictador, las represalias seguían siendo tan importantes como en el pasado y que se basaban en los mismos métodos. Pero la verdad es que no podemos comparar uno y otro período, siquiera sea porque la policía secreta, por poderosa que fuera, carecía de la vergonzosa potestad de juzgar y castigar personalmente a sus víctimas. Tenían que llevar los casos ante los tribunales. El KGB, por su parte, como ya sucediera con la Cheka a principios de la NPE, debía informar de sus investigaciones al fiscal general o a los fiscales

regionales y comunicar los resultados de las pesquisas al departamento especial de la Oficina del Fiscal que las supervisaba (otro tanto sucedía a escala local). Las pruebas que tenemos a nuestro alcance, si bien insuficientes, ya indican que nadie se apartaba de estos procedimientos, toda vez que es de prever que la desclasificación de los archivos revelará la existencia de defectos en dicha supervisión. Evidentemente, el respeto hacia los procedimientos dependía del peso relativo de las corrientes conservadoras y reformistas entre los jerarcas. También estaba cantado el resultado de los casos y de los juicios estrictamente políticos, de los que se ocupaba directamente el Politburó de acuerdo con los intereses del régimen: los jueces y los fiscales se limitaban a actuar a partir de un guión decidido de antemano, dejando de lado las garantías reconocidas. Comoquiera que los acusados de crímenes políticos, y especialmente los disidentes, ya no podían ser condenados a la pena de muerte, se abrían las puertas para que la opinión pública nacional e internacional pudiera desempeñar un determinado papel. Los debates en el seno del régimen y las razones guiadas por los intereses de la alta política servían, a menudo, para introducir castigos importantes. En los casos en que se juzgaban actividades contrarias al régimen de individuos o grupos sin tanta relevancia social, las vías legales seguían su curso. Contamos hoy con un caudal de información considerable sobre la cifra de casos y sentencias pronunciadas, apeladas, reducidas o revocadas.

CRÍTICOS Y OPOSITORES

Empezaremos con la información que ofrecía el KGB al gobierno sobre actividades políticas antisoviéticas. La cúpula del KGB estaba intranquila ante lo que consideraba un creciente sentir de oposición en el país^[3]. En el primer semestre de 1962, esta oleada fue, ni más ni menos, una «explosión de descontento popular hacia las políticas de Jrushchov» (según la conclusión de Pijoia, no del informe del KGB). Durante este período, la cifra de panfletos y cartas anónimas antisoviéticas en circulación doblaba las detectadas en el primer semestre de 1961: se incautaron de 7.705 panfletos obra de 2.252 autores. Durante la primera mitad de 1962, el KGB desenmascaró a sesenta grupos antisoviéticos, formados siempre por unos pocos individuos, en comparación con los cuarenta y siete detectados en todo el año anterior. Después de un largo intervalo de tiempo, empezaron a aparecer folletos que aplaudían el «grupo antipartido» (Molotov, Kaganovich y Malenkov),

desmantelado en 1957. Los chekistas lograron identificar a 1.039 autores de un total de 6.726 documentos antisoviéticos: entre ellos, había 364 obreros, 192 empleados, 210 estudiantes o alumnos de enseñanza secundaria, 105 pensionistas y 60 miembros de los koljoses. Más del 40 por 100 de estos autores tenían educación secundaria, el 47 por 100 no llegaban a los treinta años y algunos eran veteranos del Partido y del ejército. Los lectores decidirán qué conclusiones se pueden extraer de estas estadísticas. Sin embargo, el Comité Central y el KGB se vieron sacudidos por otros episodios mucho más terribles.

A finales de mayo de 1962, a raíz del deterioro en la situación de los suministros, el gobierno aumentó los precios de los alimentos al tiempo que ordenó a los responsables de las fábricas que incrementaran los objetivos de producción sin tocar los salarios de los trabajadores. Dado que se había prohibido a los miembros de los koljoses cultivar alimentos en sus parcelas privadas, la popularidad de Jrushchov estaba por los suelos. El KGB observó signos de un descontento cada vez mayor entre la población. En Novocherkask, en la región de Rostov del Don, la situación tomó un cariz especialmente dramático: entre el 1 y el 3 de junio de 1962, las protestas estallaron en una importante fábrica y se propagaron por toda la ciudad, con manifestaciones, barricadas frente a los trenes, ataques contra las oficinas del Partido y del KGB y palizas a la policía. La administración local, la del Partido y la militar no pudieron reaccionar, pues los soldados confraternizaron con los huelguistas y sus mandos se negaron a ordenarles que abrieran fuego. Tanto ellos como el KGB se encontraban ante algo nunca visto. Sin embargo, cuando la situación amenazaba con desbordarse totalmente, Moscú envió tropas que aplacaron la revuelta, cobrándose veintitrés muertos y numerosos heridos, y con un reguero de arrestos y sanciones^[4].

Este tipo de situaciones eran preocupantes, sobre todo porque quedó de manifiesto que el sistema podía desmoronarse y perder el control sobre toda una ciudad: los funcionarios soviéticos y los secretarios del Partido eran tipos arrogantes, burócratas impopulares incapaces de actuar a la hora de la verdad. A menudo carecían de raíces locales y de apoyo popular.

Otros disturbios, de diversa índole e importancia, exigieron también la intervención de las tropas. Nadie se había tomado aquellos actos demasiado en serio hasta el momento, pero ahora se les prestaba una mayor atención y se adoptaron medidas para evitar que se multiplicaran. El movimiento contestatario en Novocherkask había cogido al KGB desprevenido, y aún no

se había recuperado de su fracaso. El Comité Central decidió otorgar más poderes a la policía secreta. Tal vez Jrushchov tuviera motivos para lamentar la política emprendida en relación al KGB y, en un sentido más amplio, su antiestalinismo.

Diversos documentos de finales de 1962 y de principios de 1963 nos permiten acceder al sanctasanctórum del KGB y hacernos una idea de las discusiones, los motivos, la organización y la actuación de sus mandamases. El nuevo responsable del KGB, Semichastni, recuperó el viejo estilo represivo y agresivo hacia los enemigos. Esta actitud, calificada por sus agencias como realmente «chekista», nacía de hecho de la ideología conservadora con la que había comulgado Semichastni cuando era un funcionario del Komsomol. En julio de 1962, llegó a manos del Comité Central un memorando de una comisión formada por siete funcionarios veteranos (Shelepin, Semichastni, Ivashutin, Zajarov, Tikunov, Rudenko y Mironov, este último un *apparatchik* del Partido con la vista puesta en el sillón de mando de el KGB) que contenía diferentes propuestas para la lucha contra las actividades antisoviéticas y los posibles desórdenes públicos^[5]. El texto argumentaba que no había necesidad de tomar nuevas medidas, pues las directivas del Comité Central existentes y del propio Jrushchov ya eran adecuadas para llevar adelante la misión. Esta comisión de siete representantes se limitaba a proponer algunas medidas adicionales relacionadas con la actividad de determinados cuerpos administrativos, medidas que ya aparecían en borradores de órdenes redactados por el responsable del KGB y el fiscal general. Añadían también que el MVD y la Federación Rusa querían crear unidades de reserva dentro de las fuerzas armadas ya existentes y recurrir a ellas, en caso de necesidad, para proteger los edificios públicos, los centros de comunicación, las emisoras de radio, los bancos y las prisiones (en caso de disturbios), y que contarían con armamento y sistemas de comunicación especiales. Para ello, el MVD de la Federación Rusa había presentado una propuesta ante la oficina del Comité Central que gestionaba los asuntos de la rama rusa del Partido.

El texto no se pretendía alarmista. Como tampoco quería serlo, sin embargo, el texto que redactó el propio Semichastni y que envió por su cuenta, un escrito con un grado de «activismo» más acusado. Su referencia a los desórdenes populares que se habían producido en diferentes partes del país tal vez traslade una cierta sensación de peligro, pero puede que quisiera presentar al KGB, y a sí mismo por extensión, como un órgano más

indispensable que nunca. De hecho, las pocas cifras que da no son nada estremecedoras, sobre todo en un país de las dimensiones de la URSS.

El Presidium del Comité Central aprobó los borradores de las decisiones que Semichastni y Rudenko, el fiscal general, debían poner en marcha en sus respectivos ámbitos. El KGB tenía autorización para reclutar a otros 400 agentes para los servicios regionales de contraespionaje. Diversos fragmentos del texto se comunicaron a los secretarios regionales y de distrito del Partido, pero únicamente los miembros principales del Politburó y los líderes del MVD y del KGB tuvieron acceso a su totalidad. Los funcionarios locales debían conformarse con los párrafos 1 y 3, de modo que no sabían que el KGB estaba a punto de incorporar a 400 agentes más (no siempre estaban de acuerdo con la rama local del KGB).

Tras el texto hay otro documento, con la mención «alto secreto», que contiene el borrador de una orden de Semichastni a sus agentes para que «intensifiquen la lucha del KGB contra las muestras de hostilidad de los elementos antisoviéticos». Se inicia con un informe sobre el período comprendido entre el XX Congreso y el XXII (1956-1961). Para Semichastni, las relaciones entre el KGB y la población se habían reforzado, lo que había posibilitado una mejora en la información obtenida y en las «actividades operativas», así como en las medidas «profilácticas», un concepto al que regresaremos más adelante. Con todo, muchas agencias del KGB habían bajado la guardia a la hora de desenmascarar y acabar con las actividades antisoviéticas. Los ciudadanos honrados estaban del lado del gobierno, tanto en el frente interno como en el internacional, pero no había que subestimar el hecho de que aún existieran elementos antisoviéticos en la sociedad. Influidos por la propaganda extranjera hostil, se dedicaban a calumniar al Partido y se aprovechaban a veces de dificultades temporales para llamar a los ciudadanos soviéticos a levantarse. En los últimos años, entre tales desórdenes se incluían el saqueo de edificios administrativos, la destrucción de la propiedad pública o ataques contra representantes del Estado. Estas acciones estaban instigadas o perpetradas principalmente por criminales y exaltados, aunque también habían salido de su escondrijo todo tipo de sujetos hostiles al régimen, como antiguos colaboradores de los alemanes o miembros de iglesias y sectas. Después de haber cumplido sus sentencias, estos sujetos hostiles se habían trasladado al sur, y tal vez hubieran desempeñado un papel importante en los acontecimientos de Novocherkask. Para enfrentarse a la situación era preciso intensificar la lucha contra las actividades subversivas de los servicios de espionaje extranjeros y mejorar las actuaciones del KGB contra los enemigos

internos. Además, en algunas unidades del KGB, los agentes que ocupaban puestos de mando, o que tenían responsabilidades en las operaciones, eran culpables de una cierta complacencia y no adoptaban las medidas necesarias, entre las que se incluía la represión.

Semichastni mencionaba otros puntos débiles del KGB. Las empresas del sector militar-industrial disponían de sus propios servicios de espionaje. No obstante, en muchas empresas importantes consideradas no estratégicas, por más que estuvieran bajo el mando de los funcionarios del KGB, nadie se dedicaba a su labor. Carecían de agentes secretos y de confidentes fiables, y por lo tanto el KGB no recibía a tiempo información sobre cuestiones de interés operativo. Lo mismo se podía decir de muchas instituciones de enseñanza superior. Además, las unidades de contraespionaje fracasaban en la tarea misma que debía ser su preocupación constante, a saber, la vigilancia de sospechosos después de que hubieran cumplido sus sentencias: agentes extranjeros, miembros de organizaciones nacionalistas o extranjeras, antiguos nazis y sus colaboradores, miembros de iglesias y sectas... En muchos casos, ni siquiera se sabía dónde residían, lo que imposibilitaba su vigilancia. Asimismo, también se había perdido la pista de muchos otros que constaban en los archivos.

Semichastni lamentaba la falta de cooperación con el MVD y la ausencia de planes comunes para actuar contra elementos antisociales, que «llevan una existencia de parásitos». El KGB no tenía datos de sus lugares de reunión, y no sabía cómo actuar en el supuesto de que los tuvieran a su alcance. De ahí que, en varios casos, hubiera sido imposible evitar unos disturbios populares que tuvieron unas consecuencias desproporcionadas.

Estos «disturbios populares», una expresión y una realidad evidentemente traumáticas para el jefe del KGB, habían sido objeto de pesquisas por parte de la organización, sobre todo con vistas a descubrir cómo habían actuado los chekistas locales. Las conclusiones alcanzadas demostraban que estos últimos no estaban preparados. En cuanto se produjo la revuelta, se perdió el contacto entre las fuerzas operativas y los servicios de inteligencia. Las fuerzas desplazadas sobre el terreno carecían de información precisa y no tenían modo alguno de manipular a los exaltados, porque no habían logrado infiltrar a agentes en sus filas.

En este punto, cabe preguntarse: ¿se habrían evitado los disturbios de haber habido infiltrados? Únicamente si los desórdenes estaban organizados. Pero no era así, y de nada habrían servido entonces los topes. El factor que

provocó la revuelta fue la indolencia de los líderes locales. El jefe del KGB no se hizo estas preguntas, y tras su informe figuraba un documento de seis páginas que se iniciaba con la fórmula «Por la presente ordeno que», dividido en trece puntos. La filosofía del texto era la siguiente: sin que por ello escatimaran esfuerzos en la lucha contra los agentes extranjeros, era necesario reforzar el servicio de espionaje interior y convertirlo en una cuestión prioritaria. A los elementos potencialmente peligrosos que ya había citado, Semichastni añadía ahora a todas aquellas personas que habían sido juzgadas en el pasado por crímenes contra el Estado, a los emigrantes que habían regresado a la URSS y a muchos extranjeros procedentes de países capitalistas. También era preciso mejorar el uso de los servicios técnicos y de la red de detectives, y la formación política de los agentes secretos y de los confidentes, de modo que tuvieran más elementos para identificar a todo aquel que mostrara una actitud o intenciones hostiles, a los posibles incitadores de desórdenes públicos y a los autores de actos terroristas y a los de panfletos y demás materiales anónimos que propagaran rumores y que incitaran a la rebelión. De consuno con los órganos del Partido, se tomarían medidas para aislar a esos individuos. También era importante explicar a los cuadros que las operaciones preventivas del KGB no sustituirían ni perjudicarían la lucha contra los enemigos ya identificados.

El jefe del KGB siguió exponiendo medidas organizativas concretas y planes para hacerse con recursos técnicos, y volvió a poner el acento en la necesidad de fortalecer la actividad de los servicios de inteligencia en las instituciones de educación superior y en las escuelas técnicas, así como entre los miembros de la *intelligentsia*. Este paquete de medidas tenía como objetivo evitar, con la ayuda del Partido, los errores políticos y desviaciones ideológicas que pudieran resultar peligrosas, que podían conducir fácilmente a actividades antisoviéticas. El extenso documento se cerraba con una nota «progresista»: aseguraos de que ningún enemigo queda impune y de que no se castiga injustificadamente a ningún inocente.

Los datos que tenemos a nuestra disposición no nos permiten dar una respuesta a la siguiente pregunta: ¿hasta qué punto eran graves el «aumento en el sentimiento de oposición» y los «estallidos de descontento popular» a los que se había referido una de nuestras fuentes (Pijoia)? Sabemos que, en 1962, el KGB desenmascaró a más autores de cartas anónimas que un año atrás, y que las medidas promulgadas por Jrushchov no hacían sino alimentar un descontento cada vez más generalizado. Nada de esto es nuevo, sin embargo. También tenemos constancia de algunos episodios de violencia a

gran escala que cogieron al KGB desprevenido, siendo el más dramático el de Novocherkask. Con todo, carecemos de las claves que han de permitirnos interpretar estos acontecimientos. En la tercera parte de la obra, ofreceremos algunos indicadores que pueden servirnos para comparar los disturbios en tiempos de Jrushchov y en tiempos de Brezhnev, y descubriremos que jamás planeó amenaza alguna sobre el sistema, aunque los partidarios de una línea dura ideológica y el KGB tal vez estuvieran interesados en exagerar las dimensiones del problema.

Algunos líderes conservadores como Semichastni, partidarios de la línea dura, presentaron la imagen de un régimen acosado, pues era así como lo veían. Aun así, los disturbios a los que se referían eran fácilmente identificables de antemano y controlables, y sus cabecillas no disponían de los instrumentos para organizarse políticamente. Su análisis de la situación se vio rebatido desde el propio KGB. Tal vez Semichastni lo advirtiera inconscientemente cuando manifestó que los viejos cuadros no veían con buenos ojos el reciente ingreso en el KGB de un gran contingente de funcionarios del Partido y del Komsomol, entre los que se contaba él mismo. Gracias a otras fuentes, sabemos que estos «insatisfechos» se consideraban a sí mismos profesionales y opinaban que los recién llegados del Komsomol eran unos impertinentes y unos incompetentes y que su preparación ideológica no era la adecuada. Parece por lo tanto plausible que hubiera líderes, de los que Semichastni decía que no estaban «tan atentos como cabría esperar», que no compartieran la misma interpretación de los acontecimientos y que prefirieran otras medidas. Las memorias de los antiguos funcionarios del KGB están repletas de guiños en este sentido. Había individuos muy preparados en las filas del KGB, especialmente en las agencias que se ocupaban del análisis de los datos procedentes de los servicios de inteligencia, y se dieron perfecta cuenta de que el texto de Semichastni no sólo carecía de contenido analítico, sino que tampoco había la menor reflexión autocrítica. Se limitaba a listar diferentes incidentes lamentables, de los que responsabilizaba a un grupo de personas, y su respuesta consistía en proponer medidas de espionaje y de vigilancia técnica, así como la «bonificación» de otros 400 agentes para todo el país.

Esta cantinela ideológico-represiva conservadora, evidente a ojos de Semichastni, no tenía su origen en el propio KGB, sino que había nacido en el Komsomol, donde los opositores a las primeras medidas desestalinizadoras de Jrushchov empezaban ya a mostrar signos de rebeldía. Sin embargo, también se intuían estas opiniones en el discurso de la mayoría de los conservadores, y

más concretamente la tendencia a considerar la «inmoralidad» como el presagio más evidente de la criminalidad.

Para Semichastni, los «vagabundos» eran enemigos potenciales del Estado y todo aquel que no tuviera un empleo regular era, por definición, un conspirador antisoviético en potencia. También lo eran los creyentes, no a causa de su religión, sino por su tendencia a crear organizaciones que eran, prácticamente, la antesala de una conspiración. De ahí que, bajo el mandato de Semichastni, el KGB se excediera en sus atribuciones a la hora de espiar a los ciudadanos y lo hiciera a costa de los cometidos que se le habían asignado y que ya lo habrían tenido ocupado.

El trasfondo del panorama dibujado por el líder del KGB insinuaba que la situación era más tensa en la URSS que en el pasado. Jrushchov estaba perdiendo el rumbo y vacilaba. Había aumentado los precios y había endurecido la legislación laboral en un momento en el que la comida era un bien escaso. Alejándose del fervor antiestalinista del principio, que había tenido un coste político considerable, había optado por una línea más «conservadora» precisamente cuando lo que el país precisaba eran iniciativas audaces. (Volveremos a esta cuestión a su debido tiempo). En 1963 se reforzó la legislación contra la oposición política gracias a la promulgación de seis nuevos artículos del código penal que redefinían los crímenes contra el Estado. Esta decisión provocó un aumento en el número de arrestos, aunque no fue importante. A partir de 1966 se observa, sin embargo, un franco descenso en la persecución política.

LA RESPUESTA A LA OPOSICIÓN: LAS LEYES CONTRA LOS CRÍTICOS

Las leyes contra todo aquel que manifestara una postura política crítica, pensadas para atajar los «crímenes especialmente peligrosos contra el Estado», alcanzaron una cierta notoriedad durante la guerra fría, cuando salió a la luz el fenómeno de la disidencia. Las acusaciones se basaban en los siguientes artículos:

Artículo 64: volar al extranjero o negativa a regresar a la URSS; acto de traición.

Artículo 70: agitación y propaganda antisoviética.

Artículo 72: actividades a cargo de grupos organizados que conduzcan a crímenes especialmente peligrosos contra el Estado y participación en organizaciones antisoviéticas.

Artículo 142: violación de la ley sobre la separación de la Iglesia y el Estado, incluso en el terreno de la educación, punible con un año de prisión o una multa de hasta 50 rublos. (En caso de reincidencia, la sentencia máxima era de tres de años de cárcel).

Artículo 190: circulación o redacción de textos que difamaran al Estado soviético y su sistema social (hasta tres años de cárcel, un año de trabajos obligatorios o una multa de no menos de 100 rublos).

Artículo 227: infracción de los derechos de los ciudadanos a través de ceremonias religiosas encubiertas como, por ejemplo, bautizos «obligatorios», punibles con entre tres y cinco años de cárcel o el exilio, con o sin confiscación de la propiedad. La participación activa en un grupo, o la propaganda activa a favor de tales actos, podía suponer una pena de hasta tres años de cárcel o el exilio, o un año de trabajos obligatorios. Si los actos y las personas acusadas no suponían un peligro para la sociedad, se aplicaban en su lugar métodos de presión social^[6].

La mayoría de los casos de índole política correspondían a «agitación y propaganda antisoviética», «actividades organizativas», difamación del Estado o, en menor medida, violación de la ley de separación entre la Iglesia y el Estado. Según el KGB, se celebraron 8.124 juicios por «manifestaciones antisoviéticas» durante los períodos de Jrushchov, Brezhnev y Chernenko (de 1957 a 1985), basándose, las más de las veces, en los artículos que se referían a la agitación y la propaganda antisoviética y a la difusión deliberada de calumnias contra el Estado^[7].

DETENCIONES POLÍTICAS Y «PROFILAXIS» (1959-1974)

Durante veintiocho años, las cifras anteriormente mencionadas parecieron «decepcionantemente» bajas. Volvamos la vista a un cuadro estadístico elaborado por una fuente autorizada^[8], y que contiene los datos de la represión a lo largo de cuatro períodos de cuatro años cada uno: de 1959 a 1962, de 1963 a 1966, de 1967 a 1970 y de 1971 a 1974. La cifra total de

casos supera la que da el KGB para el período comprendido entre 1957 y 1985, pues tiene en cuenta todas las condenas por crímenes contra el Estado a partir de los seis artículos citados del código penal. Los totales respectivos de los cuatro períodos son de 5.413, 3.251, 2.456 y 2.424 personas. En el primer período, la cifra media anual de acusados fue de 1.354, una cantidad que baja hasta las 606 personas en el último período. A la mayoría de los encausados se les acusaba de agitación y propaganda antisoviética: 1.601 en el primer período y 348 en el último. El lector podrá encontrar detallada toda esta información en el Apéndice 3. Debemos añadir, no obstante, una nueva categoría: aquellas personas que no fueron acusadas o encarceladas pero que se vieron sometidas a procedimientos «profilácticos»: 58.291 entre 1967 y 1970, y 63.108 entre 1971 y 1974. Los factores que desencadenaban la intervención «profiláctica» del KGB eran los contactos sospechosos con extranjeros, la posibilidad de un acto de traición o las manifestaciones políticamente perniciosas. La «profilaxis» se podía producir en el lugar de trabajo o podía revestir la forma de una amonestación oficial. En caso de reincidencia, el expediente llegaba a los tribunales, como sucedió con 150 casos a lo largo de ocho años. Algunas publicaciones ofrecen unas cifras distintas, emplean diferentes períodos de tiempo y dan cuenta de los diferentes delitos que presuntamente se cometieron, pero los datos de Pijoia parecen ser los más fiables (sin duda, proceden de los archivos presidenciales), y también nos proporcionan información sobre los diferentes tipos de delitos.

Los datos que brinda el KGB para los años de 1967 a 1972 han hecho posible ampliar nuestros conocimientos sobre este curioso procedimiento de la «profilaxis». A la cabeza de la agencia se encontraba por aquel entonces Andropov, y aunque sus informes están plagados de la retahíla habitual de crímenes denostados por el régimen, el texto ponía el acento en el trabajo profiláctico, que consistía en «medidas para evitar atentados por medio de actividades subversivas organizadas de nacionalistas, revisionistas y otros elementos antisoviéticos» y en «confinar a los grupos potencialmente peligrosos que se manifestaban de vez en cuando».

Este método no carecía de ambigüedades y sorpresas. Empleado ya en tiempos de Shelepin, o incluso antes, su nombre procedía de la terminología médica, e implicaba que todo aquel que sostuviera opiniones políticas diferentes a las del régimen necesitaba «tratamiento». Con Andropov, se convirtió en una estrategia más habitual, y preferida a otros recursos. Carecemos de fuentes que documenten las discusiones sobre la validez de esta

opción, pero no deja de ser interesante examinar el informe presentado al Comité Central por Andropov y por Rudenko, el fiscal general, el 11 de octubre de 1972, que trata precisamente de cómo se llevaban a cabo las medidas profilácticas^[9].

En el texto, se reconoce el uso generalizado de este método. Entre 1967 y 1972, se habían descubierto 3.096 grupos, y 13.602 de sus miembros habían sido sometidos a profilaxis. En otras palabras, no se les había detenido, sino que los habían convocado a una entrevista con un funcionario del KGB que les explicaba el carácter equivocado de sus posturas o de sus acciones. De un modo más bien educado, aunque sin ocultar el peligro que corrían, el agente les aconsejaba dar marcha atrás. En 1967, el KGB se entrevistó con 2.196 personas pertenecientes a 502 grupos; en 1968, con 2.870 de 625 grupos; en 1969, con 3.130 de 733 grupos; en 1970, con 3.102 de 709 grupos, y en 1971, con 2.304 de 527 grupos. Estos grupos, formados en general por un número reducido de integrantes, se encontraban en Moscú, Sverdlovsk, Tula, Vladimir, Omsk, Kazan y Tiumen, así como en Ucrania, Letonia, Lituania, Bielorrusia, Moldavia o Kazajstán, entre otras repúblicas.

Gracias a estas medidas preventivas, la cifra de detenciones por propaganda antisoviética disminuyó considerablemente. La mayoría de los entrevistados abandonó sus actividades, pero otros siguieron con las tramas que podían llevarlos a cometer un «crimen contra el Estado». Para reforzar la acción preventiva contra todo aquel que contemplara la posibilidad de recurrir a actividades criminales, y con vistas a eliminar de una manera más activa las manifestaciones de elementos antisociales, los autores del informe recomendaban que se autorizara al KGB, en caso de necesidad, a emitir amonestaciones por escrito a dichos individuos, rogándoles que abandonaran las actividades políticamente perniciosas y recordándoles las consecuencias si se negaban a obedecer.

Andropov y Rudenko creían que este proceder serviría para reforzar la sensación de responsabilidad moral de los amonestados. Si, a pesar de todo, cometían actos delictivos, se les arrestaría, se les sometería a una investigación preliminar y pasarían a disposición judicial para una «evaluación de carácter».

Los autores adjuntaban para su consideración una propuesta de resolución para el Comité Central y una propuesta de decreto para el Presidium del Soviet Supremo, el procedimiento burocrático habitual a la hora de presentar propuestas. A diferencia de los textos de 1962 y 1963 del KGB, en los que

lamentaban los «disturbios de masas», en esta ocasión no se insinuaba que el sistema estuviera en peligro. El énfasis en la «medicina preventiva», una expresión demasiado suave para los conservadores, era bastante liberal en un país como la URSS. Agitar el fantasma de un peligro inminente habría provocado, indudablemente, la vuelta a un estilo similar al de los años de Semichastni, algo que quedaba totalmente descartado en un futuro inmediato. Con todo, la salud del sistema a largo plazo no era ni mucho menos alentadora, como veremos al ocuparnos de cuestiones económicas.

En cierto sentido, esta «medicina preventiva» tenía un aspecto inquietante. ¿Qué significaba exactamente la «evaluación del carácter»? Entre otras cosas, podía provocar que la persona investigada acabara no en prisión, sino en un hospital psiquiátrico, un gesto que puede parecer indulgente a ojos de muchos jueces del mundo entero pero que no eliminaba la posibilidad de los abusos y que, en el caso de la Unión Soviética, se utilizó para encarcelar a gente totalmente cuerda cuyas opiniones políticas eran consideradas como delirios paranoicos y que acababan atiborradas de todo tipo de medicamentos nocivos, como demuestran muchos estudios documentados. Este comportamiento ponía de manifiesto la mentalidad inquietante y reaccionaria de algunos líderes soviéticos.

Abunda en Occidente la literatura al respecto, pero no me he topado todavía con ninguna fuente en Rusia que haya logrado ofrecer un relato satisfactorio. Seguimos sin saber hasta cuándo se mantuvieron estas prácticas y a cuánta gente afectaron. Desconocemos si hubo debate interno acerca de la idoneidad de dichos métodos, con los que no comulgaban todos los miembros del gobierno. De todos era sabido que algunas figuras de la comunidad académica, y por supuesto diversos estudiosos de la esfera legal, se quejaron ante el Comité Central, especialmente en el caso del investigador Zhores Medvedev, que acabó siendo puesto en libertad. No cabe duda de que Andropov y su círculo debatieron la cuestión en el seno del KGB y que estas discusiones posiblemente llegaron también al Politburó^[10].

La cifra real de personas contra las que se actuó, incluidas las que fueron víctimas de la profilaxis, no altera en modo alguno el hecho de que el sistema soviético fuera políticamente retrógrado y que permitiera que la propaganda difundida por sus opositores ganara adeptos. El régimen se caracterizaba por determinados rasgos repulsivos que lo perjudicaron en la escena internacional. Sin embargo, el alcance de la represión que aquí nos ocupa durante el período postestalinista —una media anual de 312 casos en

veintiséis años para los dos delitos principales (en ocasiones, los tribunales supremos reducían o anulaban las sentencias)—no es tan sólo una estadística, sino un indicador: el estalinismo había quedado atrás y la URSS ya no era el «imperio del mal», una imagen común en Occidente. Las invectivas apocalípticas de este estilo hacen que, en comparación, la Unión Soviética pareciera un país más bien inocente. Los líderes deberían aprender a medir sus palabras, no fuera que se volvieran en su contra.

Cualesquiera que fueran las cifras exactas, las agencias de Andropov perseguían y espiaban sin miramientos a los disidentes, cuyas figuras más conocidas eran Solzhenitsin, Sajarov y, posteriormente, Sharanski. Se confiscaron materiales comprometedores y buscaron testigos hostiles que fueron inducidos a testificar. No obstante, podemos hacernos una idea más clara del enfoque concreto que adoptó Andropov, al frente del KGB desde mediados de 1967, si lo comparamos con lo que habrían querido verle hacer los «conservadores normales» en cada uno de los casos. Es cierto que éstos ya no pedían la pena de muerte, pero seguían mostrándose partidarios de perseguir legalmente los delitos y de arrancar sentencias lo suficientemente duras para que los chivos expiatorios se esfumaran, exiliándolos así a una región remota donde nadie pudiera verlos ni oír sus palabras. En cada uno de los casos, Andropov insistió para que se adoptara una solución más clemente, principalmente la expulsión de la Unión Soviética. Sajarov, por ejemplo, se tuvo que exiliar en Gorki, una ciudad cuyo clima y condiciones de vida no diferían mucho de las de Moscú. El modo en que Occidente se sirvió para sus propios fines de cada uno de los casos, y de todo el movimiento de los disidentes, y la manera en que diferentes disidentes respondieron al llamamiento de Occidente, no pasaba inadvertido a ojos del responsable del KGB, ni tampoco lo dejaban indiferente, con independencia de que una «clemencia» excesiva pudiera provocar el fin súbito de su carrera.

La literatura occidental sobre los disidentes es abundante, pero nos ceñiremos a algunos puntos y, en primer lugar, al caso de Solzhenitsin, que, junto con Sajarov, fue el más famoso de todos, a pesar de que cuesta imaginar a dos personalidades tan dispares. Al referirnos a Solzhenitsin, no podemos dejar de mencionar el célebre caso de un opositor que actuaba desde dentro del sistema, el poeta Alexander Tvardovski, editor de la publicación literaria *Novyi Mir*. Sajarov, Solzhenitsin y Tvardovski conforman el «paradigma» de oposición política y crítica social, pues sus discursos abrazan todas las tendencias, desde la protesta abierta a la «emigración interna» silenciosa por

medio del rechazo, pasando por la indiferencia y la defensa insistente de reformas en el régimen.

El fenómeno Solzhenitsin tiene varias caras. Desde la distancia, es decir, desde el extranjero, parecía un gigante que se enfrentaba, sin la ayuda de nadie, a una máquina dictatorial. Con el tiempo, sin embargo, esta percepción se ha ido complicando. Una mejor comprensión de su personalidad nos ayudará a entender por qué no sólo despertaba admiración entre los rusos, sino que también tenía muchos críticos entre las filas de la oposición liberal, posiblemente porque no lo veían como una figura democrática. Mientras llevó a cabo su lucha desde el interior, muchos observadores creyeron que pugnaba por la democratización del sistema: la causa que defendía, una mayor libertad para los intelectuales, y especialmente para los escritores, contribuiría a que el resto de la ciudadanía pudiera gozar de una mayor libertad política. Sin embargo, en cuanto se exilió en Occidente, quedó rápidamente de manifiesto, como en tantos otros casos, que su anticomunismo no era necesariamente un vehículo para la democratización. La lucha de Solzhenitsin se inspiraba, de hecho, en una ideología profundamente antidemocrática, a cuyo servicio estaba, y que combinaba elementos del «nacional-estatismo» y rasgos arcaicos de la religión ortodoxa. El escritor no ocultaba su hostilidad hacia los males de Occidente, ni hacia el concepto mismo de democracia, y alimentaba una concepción autoritaria propia y profundamente arraigada que, aunque no la formuló al irrumpir en la escena pública, fue desarrollando conforme avanzaba su lucha, especialmente en un momento de su vida en el que presintió, con la publicación de su *Archipiélago Gulag*, que las alta instancias lo invitaban a «matar al dragón», y a hacerlo en solitario.

Un libro como éste, lanzado a la cara del régimen soviético, puede ser entendido como un acto de venganza literario-política: la condena de un sistema que había traicionado sus propios ideales y los de la humanidad al convertirse en un infierno sobre la Tierra para millones de personas, incluido Solzhenitsin. Aun así, en ningún momento insinuó que, en el momento de su aparición, el gulag tal y como lo había conocido ya no existía. Haberlo reconocido habría sido un acto de honestidad política y le habría obligado a realizar un análisis crítico más exhaustivo del sistema, apoyándose en argumentos adaptados a la Rusia postestalinista. Pero no ofreció ni uno solo, y tampoco le parecía importante hacerlo. Era mucho más sencillo atacar a la Unión Soviética por su historia estalinista y fingir que seguía vigente, algo que le iba como anillo al dedo a su imagen. Porque Solzhenitsin se consideraba el garante de los elevados valores heredados del pasado remoto

de Rusia, y recurría a ese pasado en su intento de proponer soluciones para la Rusia del siglo xx.

Había razones excelentes para que su celebrada novela *Un día en la vida de Iván Denisovich*, publicada por la revista *Novyi Mir*, de Tvardovski, hubiera tenido una excelente acogida en Rusia. La resistencia a un sistema penitenciario que se estaba desmoronando se identificaba con una serie de valores humanos indestructibles, personificados en la figura de un trabajador, un campesino, armado del valor interior suficiente para resistir la humillación a la que lo sometían los carceleros. Pero también había razones poderosas para que *Archipiélago Gulag*, escrita y publicada cuando el gulag ya pertenecía fundamentalmente al pasado, fuera recibido con hostilidad por muchas voces críticas de la URSS, que lo consideraban una hipérbole apocalíptica sumamente útil para los enemigos de la Unión Soviética y nociva para la lucha democrática contra un sistema que, a pesar de haberse modernizado, seguía siendo primitivo en muchos aspectos. Muchos detractores del autoritarismo soviético no podían sino rechazar la alternativa de Solzhenitsin, así como sus pretensiones de erigirse en una suerte de liberador. Buen escritor pero políticamente inepto y muy pagado de sí mismo, Solzhenitsin carecía del conocimiento suficiente de la realidad para poder pensar en términos políticos. En este sentido, el contraste con figuras de la talla de Andrei Sajarov, Roy Medvedev o Andrei Sinyavski era abrumador.

Su autobiografía nos brinda más claves para descifrar su personalidad, y sobre todo para entender por qué se creía el elegido para llevar a cabo una misión mística, aunque también contiene otros rasgos menos atractivos que le llevaron a lanzar un ataque despiadado, y bastante imprevisto, contra Tvardovski y sus colegas de *Novyi Mir*, unas personas que habían luchado denodadamente por Solzhenitsin y su obra en la Unión Soviética y que lo catapultaron a la escena nacional e internacional. Acusó al consejo editorial de cobardía, de glorificarse a sí mismos, de ineptitud y de duplicidad. La respuesta del antiguo ayudante de Tvardovski, Vladimir Lashkin, un crítico literario y ensayista extraordinario, fue rotunda, indignada y demoledora^[11]. En el retrato psicológico que esbozó de Solzhenitsin, Lashkin destaca las características que le sirvieron para sobrevivir en los campos. De hecho, el autor afirma que Solzhenitsin hizo suyas las enseñanzas del gulag. Era un producto de los campos, que se había identificado con el *zek* y que jamás dejó atrás la manera de pensar de los *zeks*.

Este análisis, altamente relevante, nos obliga a detenernos aquí por un instante. La cuestión crucial a la que ya hemos aludido es cuál era el objeto de la lucha de Solzhenitsin. El entorno de *Novyi Mir* era fundamentalmente socialista o socialdemócrata, y las luchas en las que se enzarzaban, aunque lo hicieran de manera prudente, giraban en torno de esa ideología. Fue eso, más que nada, lo que provocó la ira de Solzhenitsin. Lashkin no estaba nada convencido con el programa que el escritor presentó a sus ciudadanos: «A juzgar por su concepción idílica de nuestro pasado prerrevolucionario, parece que crea que no hay más futuro para Rusia que ... su pasado». En resumidas cuentas, el escritor aconsejaba a la cúpula de la Unión Soviética que renunciara a su ideología para abrazar el nacionalismo y la ortodoxia: «De la neblina de su discurso emerge la tríada propuesta por el conde Uvarov [un personaje del siglo XIX]: ortodoxia, autocracia y nación». Lashkin no niega el gran talento de Solzhenitsin, ni su papel en la lucha contra el mal, pero lamenta su incapacidad para lograr que nada bueno saliera de todo eso:

No logro detectar el menor atisbo de sinceridad en su fe, como también me cuesta creer en el Solzhenitsin político o en el pensador, aunque ya se haya hecho con todos los atributos de una tipología familiar de político: la urgencia por anatemizar, por rechazar y por exigir de sus partidarios ni más ni menos que un juramento de lealtad.

El rechazo que Lashkin manifestaba al encuentro del mensaje de Solzhenitsin se endurece aún más:

No quiero formar parte de su paraíso; me temo que me vería atrapado en una prisión con una organización ideal. No creo en su cristianismo porque nadie con esta vena misantrópica y tan pagado de sí mismo puede ser cristiano. Estoy harto de su odio y de su rechazo hacia todo cuanto existe en la Rusia actual ... ¿Acaso no había hecho saltar por los aires el edificio de la mentira? Sí. En su lugar, se ha convertido en una máquina infernal convencida de su misión divina, y que ha empezado dinamitando todo cuanto había a su alrededor. Mucho me temo que también se destruirá a sí mismo. De hecho, ya está en ello.

Estas citas resumen la ira, la amargura y la complejidad de las luchas contra el sistema soviético, y el drama que vivieron quienes estaban sumidos en él. Nadie salió victorioso; todo el mundo estaba en lo cierto; todos perdieron. Solzhenitsin regresó a su país cuando éste ya se había librado del comunismo y lo vio «en pleno hundimiento», una expresión que utilizaría para titular la

obra que publicó en 1998. La sensacional publicación *Novyi Mir* se vio progresivamente silenciada después de la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968, pero siguió luchando hasta que el Sindicato de Escritores nombró a un nuevo consejo editorial sin consultarlo con Tvardovski, obligándole de este modo a dimitir, como hizo en febrero de 1970. Murió poco después. Era un hombre roto, resentido, que dejó como herencia una gran poesía y su nobleza personal.

Nos hemos ocupado brevemente de algunos aspectos de la oposición y la disidencia, una vez trazada la evolución de las formas de la represión política en el período postestalinista. La polvareda que provocó la disidencia en la Unión Soviética y en el extranjero, y el tratamiento que le dispensaron las autoridades, no debería eclipsar las tendencias del sistema que seguían en marcha en la URSS. Una cosa es que un trabajador no pueda abandonar su puesto de trabajo, ni pueda protestar legítimamente contra las injusticias que ahí se cometen, y otra bien distinta es que por fin tenga la posibilidad de hacerlo. El sistema que negaba cualquier derecho cedió su lugar a un sistema con leyes, derechos y garantías.

La eliminación de la noción de «delito contrarrevolucionario» y su sustitución por la de «crímenes especialmente peligrosos contra el Estado» podría parecer una mera operación de maquillaje y un hecho en última instancia irrelevante para quienes eran y habían sido perseguidos por esos delitos. En este contexto, más importante que la historiografía es la biografía. Sin embargo, los cambios desencadenan, a ojos de los historiadores, una transición que ha de conducir a otra fase. Ya hemos mencionado que la cúpula soviética tenía una pésima reputación en el extranjero justificada a causa de la represión política. Con todo, cuando un sistema penitenciario basado en el castigo arbitrario y en los trabajos forzados se transforma en uno en el que se acaba con el trabajo esclavista, que posee procedimientos judiciales, donde los prisioneros gozan de algunos derechos y pueden enfrentarse a la administración penitenciaria, en el que no se les veta el acceso al mundo exterior, pueden entrevistarse con un abogado o protestar legalmente por el trato que reciben, y cuando el sistema reconoce que tiene interés por instaurar un mínimo de legalidad en el ámbito penitenciario, una vez se ha logrado todo esto, el tipo de régimen que se dibuja ante nosotros cambia. Una condena por motivos políticos provoca una sensación legítima de injusticia, y la experiencia biográfica ensombrece la dimensión histórica: «¿Qué me importa

si el castigo habría sido peor diez años atrás?». Pero los historiadores no pueden pasar por alto lo que habían soportado los condenados, y sus familias, diez años atrás.

La policía secreta, que hasta entonces había trabajado en la impunidad más absoluta, actuando sin control, deteniendo, torturando, encarcelando y ejecutando a su antojo, pasó a ser un cuerpo supervisado: el KGB ya no tenía potestad para encarcelar y dictar sentencias, y sus pesquisas estaban sujetas a la supervisión de diferentes órganos de la Oficina del Fiscal, creados a este respecto. El fiscal general trabajaba desde el corazón mismo de un sistema dictatorial que, en tiempos de Stalin, se había cargado a una cifra considerable de fiscales «entrometidos». Desde marzo de 1953 hasta 1991, el Departamento de la Oficina del Fiscal encargado de supervisar las investigaciones del KGB debía ser informado de todos los casos que iniciara la policía secreta para poder abrir así su propio expediente. Asimismo podía reexaminar un caso si los condenados o sus familiares presentaban una apelación. Podía devolver el caso a los tribunales (hay más de un ejemplo de reducción de condena) o poner en marcha un proceso para rehabilitar al condenado o corregir la sentencia, basándose para ello en un artículo del código penal diferente al que se había citado en el juicio inicial^[12].

Estos hechos y tendencias, como tantos otros factores, pueden verse sujetos a dos tipos de comparaciones, lo que nos obligará a ver cada fenómeno con una luz distinta. En primer lugar, podemos comparar la Unión Soviética con otros países. En este sentido, la incapacidad del régimen para aceptar la creciente diferenciación política de la sociedad y el miedo y la negación de las opiniones divergentes, un derecho básico en una sociedad moderna civilizada, demuestran la inferioridad de un sistema que había dado con mecanismos para tolerar o profesar más de un punto de vista, aunque fueran por lo general de un cariz más bien conservador. La Unión Soviética pagó por ello un elevado precio político en el concierto internacional. Puede ser toda una revelación para algunos descubrir que no sólo los intelectuales soviéticos estaban preocupados por esto, sino que también había gente en las filas del KGB que compartía esta opinión.

Así, no debe de sorprendernos que las autoridades soviéticas recurrieran a una política de «acción-reacción», introduciendo o recuperando toda una serie de leyes específicamente diseñadas para responder a los críticos que, explícita o implícitamente, se alineaban con el bloque occidental. En lo que se refiere a la «inferioridad» del sistema, su cariz dictatorial, las leyes contra los

«crímenes contra el Estado», que presuntamente debían defenderlo de los ataques de sus opositores, no eran sino una muestra más del fracaso del régimen, *testimonium paupertatis*. Cuando los gobernantes querían acallar a los detractores, se abandonaban todas las garantías legales y los jueces, el servicio secreto y los fiscales trabajaban todos a una.

La segunda comparación histórica relevante se refiere al propio pasado del país. Las leyes para combatir los crímenes contra el Estado estaban a la vista de todos los ciudadanos, y era imprescindible violarlas para poder ser acusado. La intención de cometer un acto criminal ya no bastaba para justificar los arrestos, declarados finalmente ilegales. La nueva versión de un código penal mucho más exhaustivo y el refuerzo de las instituciones legales propició un marcado contraste con el pasado, a pesar de que el marco global siguiera impregnado de un cierto carácter antidemocrático. Este aspecto de la represión política fue el tema de un sinnúmero de discusiones entre los jerarcas, los juristas y el KGB, y explica el porqué de las protestas de diferentes círculos académicos que consideraban que el régimen no respetaba las reglas del juego que había impuesto. Estos episodios formaban parte de la vida política, y deben ser vistos como tales.

Otro aspecto se plantea asimismo en el contexto de una reflexión histórica. Ya hemos destacado los cambios históricos que se estaban produciendo en todos los ámbitos de la vida social, incluido el cambio de rumbo del régimen. Sin estos fenómenos, que dan fe de la adaptación del régimen a las nuevas realidades, entre las que no podemos obviar sus prácticas represivas, sería imposible explicar el cómo y el porqué de la desaparición del régimen sin que se hubiera disparado un solo tiro.

Un enfoque realista, que no rehúya los hechos más desagradables, no puede por menos que admitir que las democracias que alcanzan la categoría de superpotencia no siempre respetan los derechos y no siempre son muy democráticas. Los países que carecen de un sistema democrático no tienen por qué ser «culpables» por no tenerlo. La democracia no es una planta que nazca en todas partes. Las realidades históricas no se corresponden necesariamente con los ideales o con las afirmaciones propagandísticas. Occidente es plenamente consciente de qué derechos humanos hay que fomentar y qué derechos humanos se pueden obviar o recortar y la defensa de las libertades democráticas se mueve al son de las consideraciones estratégicas. Las presiones de la guerra fría, y de toda la estructura que levantó Occidente, donde los servicios de espionaje desempeñaban un papel

de primer orden, para identificar cualquier grieta en el armazón del otro, no fueron un invento de la paranoia soviética. Y de nada sirvieron para ayudar a los pequeños grupos o a los individuos aislados en territorio soviético que aspiraban a liberalizar el régimen.

LA AVALANCHA DE LA URBANIZACIÓN

El trasfondo de los cambios que hemos presentado, especialmente en el ámbito de la política penitenciaria y en lo que he denominado «desestalinización de los lugares de trabajo», fue un paso capital en el proceso de urbanización, y uno de los grandes episodios en la historia de la URSS. Después de la guerra, y evidentemente de manera escalonada, la urbanización empezó a tener un poderoso impacto en la sociedad, la cultura, la mentalidad e incluso en el Estado. Una transición acelerada de una sociedad predominantemente rural a otra fundamentalmente urbana implica, a medio plazo, la convivencia momentánea de ambas sociedades. Por lo general incompatibles, cohabitaron en un equilibrio inestable y la distancia histórica entre ambas jamás dejó de ser considerable. La «semiurbanización» llegó a la Unión Soviética en 1960, pero la Federación Rusa había cruzado este umbral unos años antes. Hasta 1958, no existía una definición oficial de «ciudad» o «asentamiento urbano» que fuera válida para toda la Unión Soviética; cada república tenía la propia. En 1958, se fijó la cifra de 12.000 habitantes para las ciudades y de 2.000 para los «asentamientos urbanos», siempre y cuando la mitad de la población, como mínimo, no trabajara directamente en el sector agrícola.

Por lo tanto, esta fase intermedia se nos aparece como una etapa histórica por derecho propio, tanto para el país como para el régimen. La población rural, de la que iba a surgir la gran masa de población urbana, «ruralizó» las ciudades antes de que éstas logran urbanizar las zonas rurales, algo que no sucedería hasta el período postestalinista, y no sin fricciones y muchos «efectos colaterales». Aunque hubo una cierta intervención gubernamental, estos procesos eran, por lo general, espontáneos, lo que nos obliga a distanciarnos por un momento de la idea de la existencia de un Estado-Partido monolítico que lo tenía todo bajo control y a señalar que hay algo que ha pasado inadvertido en la mayoría de los estudios: la «espontaneidad» (*stijiia*,

una palabra de etimología griega). Cualquier historia seria de la Unión Soviética debería abordar la *stijia*, incluso dándole la categoría de tema central, a pesar de que sea un concepto inaceptable para todos aquellos analistas cuyas opiniones al respecto están profundamente politizadas.

Aunque no fue un proceso sencillo, la urbanización fue la principal novedad de la historia rusa del siglo xx y podríamos fijar su conclusión a mediados de los años sesenta. Por aquel entonces, la mayoría de la población estaba formada ya por urbanitas rusos, ucranianos y de los estados bálticos. Existían algunas ciudades viejas, pero la mayoría eran de nueva planta. Un índice escogido al azar da cuenta de las condiciones de esta urbanización: en las ciudades soviéticas de los años sesenta, el 60 por 100 de las familias vivían en casas propiedad del Estado, con cocinas y lavabos comunitarios. Esta estadística, indicativa de unas pobres condiciones de vida, también deja entrever que la urbanización fue un proceso excesivamente apresurado, y podemos añadir sin riesgo a equivocarnos que careció de planificación. Sus consecuencias, tan imprevistas como el proyecto, fueron muchas y diversas. Cualesquiera que sean las características específicas del proceso en la URSS, algunas también se advierten en otros procesos acelerados de urbanización. Aunque regresaremos a este punto al analizar otros datos, podemos aventurar aquí que, en ese momento de la historia, el país se adentró en una nueva fase: se convirtió en una nueva sociedad que interactuaba con el Estado de una forma diferente. La yuxtaposición de ambos temas nos llevará a tener en cuenta diversos parámetros que tuvieron una importancia fundamental para la vitalidad, la longevidad y la mortalidad del sistema.

Ya hemos hablado de la movilidad de la mano de obra y del emergente «mercado de trabajo», que se convirtieron en una realidad aceptada por todos. Si queremos ampliar estas consideraciones a toda la sociedad, debemos señalar una manifestación importante de «espontaneidad» que se observó en aquel período: los poderosos flujos migratorios que las autoridades ya no podían controlar recurriendo a las viejas rutinas de sanciones y restricciones. En un nuevo entorno caracterizado por los movimientos masivos de población, se hacían necesarias otras estrategias. Las estadísticas que presentamos a continuación de los flujos de población en 1965 pueden ayudarnos a resumir este fenómeno^[1]:

TODAS LAS CIUDADES DE LA URSS

Procedentes de:

Otras ciudades	Campo	Desconocido	Total
4.321.731	2.911.392	793.449	8.026.572

Partidas a:

Ciudades	Campo	Desconocido	Total
4.338.699	1.423.710	652.478	6.414.887

Balance a favor de las ciudades en relación con:

Ciudades	Campo	Desconocido	Total
-16.968	1.487.682	140.971	1.611.685

Aunque estas cifras no parecen especialmente elevadas, hay que incluir una precisión a propósito de la Unión Soviética: los datos sólo tienen en cuenta a las personas inscritas en la policía. Aun así, muchas se desplazaban a las ciudades, permanecían en ocasiones durante largos períodos y se marchaban sin haberse inscrito, mientras que otras se quedaban indefinidamente, sin informar a la autoridad administrativa.

Los movimientos de población entre los años 1961 y 1966 solamente en el caso de la Federación Rusa son impresionantes: casi 29 millones de personas llegaron a las ciudades y 24,2 millones se marcharon de ellas, lo que da una cifra total de emigrantes de 53,2 millones. En Siberia Occidental, el número total fue de 6 millones; en Siberia Oriental, de 4,5 millones; en el Extremo Oriente, también de 4,5 millones.

Estas cifras ponen al descubierto algunos fenómenos preocupantes. Por ejemplo, que poca gente se decidió a partir al este del país con la intención de instalarse ahí. Muchas personas, por el contrario, se marcharon de esas regiones, a pesar de que había una necesidad acuciante de población, y lo hacían en parte por la escasez de viviendas, en parte porque los salarios eran demasiado bajos. Según muchas investigaciones locales, el 82 por 100 de los solteros y el 70 por 100 de los matrimonios se fueron a causa del pésimo estado de la vivienda (vivían en habitaciones alquiladas, o incluso en un rincón de una habitación).

La situación provocó un problema a escala nacional. Para cambiar la dirección de esos flujos de población, era necesario mejorar las condiciones de la vivienda en las regiones más pobres. Con todo, y a pesar de los

esfuerzos llevados a cabo, el problema de la vivienda continuó siendo acuciante en todo el país. En 1957, la disponibilidad media de espacio por habitante en la Federación Rusa era de 6,7 metros cuadrados; de 5,9 en el Extremo Oriente; de 6,1 en Siberia Oriental; de 6,3 en Siberia Occidental, y en los Urales, también de 6,3. En los territorios orientales de la URSS, hacia los que el gobierno intentaba atraer mano de obra, el espacio habitable era menor, había menos calefacción central y menos agua corriente por habitante que en Rusia, y menos también que en la Rusia central, una región que también experimentaba carencias.

La cúpula soviética y las elites estaban asimismo muy preocupadas con cómo inducir a los trabajadores a emigrar hacia el este y a instalarse en aquellas regiones. El problema no era tanto la imposibilidad por parte de la policía de controlar aquellos flujos de población sin recurrir a métodos «totalitarios»; nadie se lo planteaba realmente. A la vista de las nuevas condiciones y de las realidades sociales, la situación parecía inextricable. Por un lado, Siberia era un territorio extraordinariamente fecundo que podía garantizar la prosperidad del sistema, y las regiones más pobladas del país tenían la mano de obra necesaria para explotar aquellos recursos. Por otro lado, era imposible atraer a aquellos trabajadores e inducirlos a que se instalasen en las regiones orientales. La gente de las zonas europeas de la URSS más prósperas habrían exigido unos salarios considerables y las provisiones adecuadas, mientras que los individuos de las regiones más pobres, donde había un excedente de mano de obra, como por ejemplo las repúblicas del Asia Central, no se planteaban marcharse por los estrechos lazos culturales que los unían a su entorno tradicional.

Volveremos a toparnos con entuertos así, porque constantemente iban apareciendo en diferentes sectores del sistema. Por el momento, sin embargo, nos limitaremos a los problemas vinculados a la urbanización, y prestaremos una atención especial a la cuestión de la disponibilidad de mano de obra entre 1953 y 1968.

A mediados de los años sesenta, y también con posterioridad, la situación seguía pareciendo corregible sólo con coordinar mejor e implementar diversos planes relacionados con el suministro de mano de obra, es decir, con vistas a corregir el exceso en determinados puntos y remediar el déficit en otros aprovechando las reservas disponibles en determinadas zonas o sectores. El país todavía no estaba ante la crisis generalizada y aguda de mano de obra de la que hablaremos en la tercera parte de esta obra.

El propio instituto de estudios del Gosplan, una buena institución interdisciplinaria, era perfectamente capaz de estudiar y predecir situaciones complejas, y conocía bien el sistema de planificación. Su intención era entender el presente para prepararse para el futuro inmediato. Intellectualmente, sus investigadores estaban mejor formados que otros planificadores y políticos para desentrañar una constelación socioeconómica complicada, y anunciaron la posibilidad de problemas en un futuro. En febrero de 1965, a petición de la cúpula del Gosplan, presentaron un informe sobre la cuestión de las existencias de mano de obra y la demografía. El responsable del instituto, Yefimov, ya había alzado la voz en el pasado y había alimentado el fervor de los reformistas económicos. Sin embargo, estos informes solían ser criticados por otros planificadores y funcionarios en textos inéditos y de uso interno. En un año marcado ya por un debate encendido, Yefimov, partidario posiblemente de Kosigin, elaboró un estudio ambicioso sobre la industria soviética, con argumentos de peso a favor del cambio y con una visión detallada de los mecanismos que intervenían en la compleja misión de gestionar las existencias de mano de obra^[2]. Yefimov abordó los problemas con los que se había topado en la capital y en las regiones sin ocultar las tensiones existentes, y propuso diferentes soluciones, algunas formuladas con claridad, otras simplemente esbozadas, para atajarlos. Desde un punto de vista empírico y analítico, el texto es de una gran riqueza, y hace un buen diagnóstico y lanza una advertencia acerca de las consecuencias funestas que cabía esperar de no producirse las reformas.

He aquí el cuadro que pintó Yefimov. De entrada, llamó la atención sobre el creciente desequilibrio entre la mano de obra disponible y el uso que se le daba. Entre 1959 y 1963, la población activa había crecido en 9 millones de personas, mientras que los suministros de mano de obra sólo lo habían hecho en 1,7 millones. En otras palabras, la mayor parte de la mano de obra necesaria era gente que trabajaba en casa o que labraba sus pequeñas parcelas. Así se había cubierto el 81 por 100 que faltaba, es decir, unos 7,3 millones de trabajadores. Sin embargo, la cifra de los que trabajaban en casa seguía cayendo, y esta fuente no tardaría en agotarse.

El panorama nacional muestra áreas en las que había escasez de mano de obra, pero también otras con un excedente de trabajadores. En Asia Central, el crecimiento demográfico natural había pasado del 27 al 33 por 100 en los últimos años, doblando así la media soviética. De 1959 a 1963, el número de personas que trabajaban en la economía dirigida por el Estado o que aún estudiaban había crecido a un ritmo de entre el 2,2 y el 4,4 por 100, y el

porcentaje de trabajadores que no estaban al servicio del Estado se situaba entre el 20 y el 26 por 100, una cifra superior a la media de la Unión Soviética, que era del 17,2 por 100. En la mayoría de las repúblicas del Asia Central, el grueso de quienes no trabajaban en el sector público pertenecía a la etnia mayoritaria. El crecimiento demográfico en Kazajstán había sido inferior, aunque ahí también era considerable el porcentaje de personas que trabajaban por su cuenta: un 21,8 por 100. En muchas regiones, los índices de crecimiento demográfico y de desarrollo económico no coincidían.

Estas grandes disparidades eran el resultado de la pobre utilización de los recursos laborales. Las repúblicas del Asia Central, Armenia y Kazajstán no dejaban de acumular excedentes, mientras que en las repúblicas bálticas, y especialmente Letonia y Estonia, se daba el crecimiento demográfico más bajo y la tasa de desempleo más elevada, y se veían obligadas a importar la mano de obra. También se registró un importante crecimiento de la población por causas naturales en Moldavia, la zona occidental de Ucrania y en el norte del Cáucaso, tanto en las ciudades como en el campo. Asimismo, un flujo considerable de gente procedente de Siberia se desplazó a regiones en las que la mano de obra ya era numerosa.

Los índices de empleo también variaban en función de las dimensiones de las ciudades, ya fueran grandes, medianas o pequeñas. El informe, y no es un detalle baladí, lamentaba que, al planificar la distribución regional de las fábricas y su rendimiento, no se tomara en cuenta la disponibilidad de mano de obra y se produjeran situaciones dantescas. (Un apunte de mi cosecha: el autor del informe no habría recurrido a este lenguaje de dirigirse a funcionarios de más categoría). Las industrias que exigían una dedicación más intensiva se hallaban en zonas donde escaseaba la mano de obra, mientras que en otras regiones donde se podría haber mejorado el índice de ocupación de las mujeres se había optado por la industria pesada, que daba trabajo principalmente a los hombres.

En las pequeñas ciudades, había unos 2,3 millones de personas en busca de trabajo. En realidad, la cifra posiblemente se acercara más a los 3 millones, ya que las grandes empresas tenían, por lo general, una reserva de trabajadores. La mayor parte de quienes buscaban un empleo apenas tenían estudios y sus habilidades eran muy pobres; precisaban por lo tanto de formación. Con el objeto de alentar a las mujeres para que buscaran trabajo, había que crear guarderías, porque de lo contrario sería imposible que ellas pudieran trabajar fuera de casa. En las repúblicas del Asia Central, las

entrevistas realizadas a desempleados de ciudades pequeñas y medianas revelaron que no querían trabajar lejos de casa, ni siquiera cuando existía demanda. Los entrevistados eran, fundamentalmente, mujeres jóvenes con hijos y que carecían de estudios y aptitudes.

Debemos prestar una atención especial a la creación de puestos de trabajo para jóvenes, no sólo en el caso de los que habían llegado a la edad mínima para trabajar, dieciséis años, sino también entre los adolescentes de catorce y quince años que por diferentes razones habían dejado la escuela prematuramente. A menudo no había ofertas para ellos, y la legislación laboral prohibía emplear a jóvenes que no hubieran acabado la educación obligatoria, a pesar de que únicamente el 60 por 100 de los chicos que acababan esta etapa pasaban a la educación superior. La Oficina Central de Estadística calculó que, el 1 de julio de 1963, unos 2 millones de chicos de entre catorce y diecisiete años no iban ni a la escuela ni trabajaban. Otro estudio del mismo órgano, con fecha del 1 de octubre de 1964, dio como resultado una cifra aún mayor.

El deterioro de la situación laboral durante los últimos años se «debía en parte a errores de cálculo atribuibles a las agencias económicas y de planificación, y a errores de la política económica», concluía el informe, que no se andaba con rodeos a la hora de identificar a los culpables. Esta escasez había limitado la eficacia de la inversión, sobre todo de resultados de una distribución regional de los activos defectuosa. Recientemente se había observado una redistribución hacia el este de las inversiones, a sectores como la minería y la generación de electricidad, más concretamente con la construcción de grandes centrales hidroeléctricas. Esta política, sin embargo, no se vio respaldada con los incentivos suficientes para que la mano de obra se decidiera a trasladarse a esas regiones. Asimismo, en otra decisión errónea, se recortaron las inversiones en las zonas donde existía un excedente de mano de obra.

La creación de puestos de trabajo dependía de la inversión de capital, pero esta última disminuía como consecuencia de la «congelación» de grandes cantidades de materiales, como equipos sin instalar o canteras abandonadas, que representaban grandes sumas de dinero. Concluir esos proyectos y poner en marcha otros nuevos habría bastado para dar trabajo a 15 millones de personas, dos tercios de las cuales en el sector industrial. Este número duplicaba los puestos de trabajo que se habían creado durante todo el último plan quinquenal. El mal uso de las inversiones, sin embargo, también se debía

a que un porcentaje elevado del dinero se destinaba a centros regionales y de las repúblicas, y a ciudades industriales de importancia donde escaseaba la mano de obra. Todo esto provocaba un crecimiento de estas urbes a costa de las ciudades pequeñas o medianas y del campo. El crecimiento excesivo de las grandes ciudades comportaba una poderosa inversión en infraestructuras y en viviendas, a pesar de que algunas donde ya había alojamiento de sobras para los ciudadanos no siempre podían optimizar el uso de la mano de obra local, y la desaprovechaban incluso.

Los obstáculos para una distribución racional de la mano de obra y del trabajo se vieron agravados con la restricción que Jrushchov impuso a las parcelas familiares en el campo, lo que provocó la pérdida de 3,5 millones de puestos de trabajo en el sector, según cifras de la Oficina Central de Estadística, así como una grave escasez de comida en las ciudades y en el campo. Las estimaciones indicaban que, para mantener los niveles existentes de consumo de carne y productos lácteos de los *koljozniks* que se habían visto privados de sus terrenos, los koljoses deberían aumentar su producción de leche y de productos lácteos en dos tercios, la de carne y de manteca en tres cuartos, la de huevos en un 150 por 100, la de patatas en un 50 por 100 y la de verduras, melones y calabazas en dos tercios. Estas cifras ponían de manifiesto la importancia de esas tierras como fuente de alimentación y de ingresos: aproximadamente, la mitad de lo que la gente recibía procedía de los koljoses. La restricción de los terrenos familiares a través de medidas administrativas, especialmente en las ciudades pequeñas y medianas, donde eran muy habituales, no hizo sino acrecentar el problema de la mano de obra. La gente que se había visto privada de su fuente de ingresos estaba en la obligación de encontrar un trabajo para sustituir aquella ocupación, pero el trabajo era en las ciudades un bien escaso. (Esta decisión insensata de Jrushchov explica en gran medida el descontento popular y los estallidos de violencia que condenaba el KGB, que carecía de los medios para contenerlos).

Aquella llegada masiva e imprevista de habitantes rurales a las ciudades complicó más si cabe la situación del mercado laboral. Entre 1959 y 1963, unos seis millones de personas procedentes del campo desembarcaron en las urbes. La mayoría eran jóvenes y menores de veintinueve años. Este hecho era positivo en sí mismo, pero no cuando se producía bajo unas condiciones de un crecimiento lento en la producción y en la productividad laboral del campo. Buena parte de los recién llegados no huían de regiones donde había

un excedente de mano de obra, sino de las zonas donde ésta escaseaba y donde la producción de alimentos era insuficiente.

Otro aspecto más: la migración espontánea del campo a la ciudad obligó a encontrar habitantes de las ciudades que estuvieran dispuestos a trabajar en el campo, especialmente cuando llegaba el momento de la recolección. En algunas áreas, esta actividad agrícola adoptó la forma de un «patrocinio» de la zona rural en cuestión, un fenómeno cada vez más extendido. Los «patrocinadores», en su mayoría fábricas, se cobraban un porcentaje importante del producto agrícola de las unidades que patrocinaban (cultivo, recolección, etc.), enviaban al Estado la cuota de las cosechas que le correspondía y se encargaban de los trabajos de construcción y de las reparaciones necesarias. Las fábricas se vieron obligadas a mantener un stock de mano de obra para llevar a cabo este trabajo estacional. En algunas regiones, la organización de estas tareas no servía para aumentar la producción, ya que los responsables de los koljoses y de los sovjoses dependían cada vez más de la ayuda exterior. Asimismo, esta cooperación tenía un efecto negativo en las fábricas, pues entorpecía las mejoras destinadas a aumentar la productividad. Las consecuencias, en última instancia, eran negativas en todos los sentidos.

La formación de stocks de mano de obra en las empresas urbanas para satisfacer las necesidades agrícolas promovía un proceso anormal de intercambio de trabajadores. Muchos *koljozniks*, acostumbrados a trabajar en el campo, preferían conseguir un trabajo en las fábricas situadas en los alrededores de las ciudades por una razón muy sencilla: los salarios que se pagaban en las empresas industriales de una región duplicaban y hasta triplicaban los que se pagaban en los koljoses de la misma zona.

Conviene hacerse eco de una posible solución propuesta por el instituto de estudios del Gosplan. En las repúblicas del Asia Central, Kazajstán y Georgia, el índice de crecimiento de la población era elevado y la mano de obra disponible, considerable, pero carecían de activos económicos, dejando de lado la agricultura, los terrenos familiares y otras ocupaciones menores. Además, las poblaciones de la zona, predominantemente musulmanas, eran reacias a emigrar. Para el instituto, esas regiones tenían que ser el destino de las inversiones, y no otras más desarrolladas, donde el crecimiento de la población era escaso, como lo era la mano de obra.

La pregunta surge por sí misma: ¿y qué hay de la mano de obra necesaria para explotar una región tan rica en recursos como Siberia? Los

investigadores pensaron posiblemente que el traslado de las inversiones a Asia Central y al Cáucaso daría lugar a un crecimiento económico suficiente que permitiría al Estado pagar los salarios necesarios para atraer mano de obra a Siberia.

No cuesta imaginar las discusiones que provocó esta propuesta. Vencer la oposición a remunerar el trabajo de las mujeres fuera de su hogar no era tarea sencilla en las zonas islámicas, pero a ello había que añadir los problemas de idioma y la capacitación profesional. Por otro lado, priorizar el desarrollo de regiones no rusas, y posponer la explotación de Siberia a la espera de épocas más propicias, provocaría una reacción airada por parte de los nacionalistas rusos, defensores del centralismo, y de otras corrientes análogas a las que sería difícil oponerse. Con todo, el autor del informe, impertérrito, siguió adelante con su estudio de todas las regiones, proponiendo en cada caso soluciones concretas que se integraban en un paquete de medidas políticas exhaustivas, como si lanzara el siguiente mensaje a la cúpula soviética: «Si de verdad queréis planificar, esto es lo que hay que hacer».

A estas alturas, los lectores ya se habrán hecho una idea de la complejidad de la cuestión de la mano de obra, así como de las consecuencias sociales y económicas de las distorsiones que se habían acumulado con el tiempo. Aquella empresa exigía un conjunto de medidas coordinadas que tuviera en cuenta también los incentivos materiales, el elemento que constituía la esencia misma de la planificación. Aun así, el instituto del Gosplan no dudaba en afirmar que «el problema no es tanto la falta de información como que el factor laboral no se ha integrado aún realmente en la redacción del plan económico nacional». En otras palabras, el Gosplan no sabía cómo planificar las políticas sobre empleo, su distribución y estabilización, de ahí que no lo hiciera. Seguía anclado en una era en la que existía un excedente de mano de obra y bastaba con fijar la inversión y los objetivos de producción que debían lograr los trabajadores, o que había que obligarles a lograr. Ese período se correspondía con una etapa determinada del desarrollo económico, y no había sido cuestión de suerte. Pero los tiempos habían cambiado y la complejidad de la tarea era cada vez mayor.

Podemos aventurar aquí una conclusión provisional. En el horizonte del país no se dibujaba aún la sombra de una crisis inminente, pero el gobierno debía optar por un método de planificación diferente que no se limitara a fijar objetivos cuantitativos, sino que coordinara, previera y corrigiera el trabajo de las unidades de producción, conscientes por sí mismas de sus necesidades y

de lo que querían. El Gosplan y el gobierno estaban sobre aviso: era urgente abordar la cuestión de la disponibilidad de mano de obra y de su aprovisionamiento. De lo contrario, o si se asumía que estos factores podían regularse por sí mismos, la economía se estancaría, con el concurso del Gosplan o sin él.

A raíz de este análisis de los problemas derivados de la disponibilidad de mano de obra en 1965, podemos completar el cuadro con datos y análisis de 1968 y de 1972.

El 16 de septiembre de 1968, tres años después del informe de Yefimov, el responsable del departamento de mano de obra del Gosplan de la Federación Rusa, Kasimovski, que posiblemente perteneciera al instituto de estudios de Yefimov, pronunció un discurso ante un público reducido y formado por expertos gubernamentales. Éstos fueron los principales puntos de su alocución: la extraordinaria concentración de población en las ciudades durante los últimos veinte años había complicado significativamente los problemas de disponibilidad y de distribución de la mano de obra; el crecimiento había sido fulgurante en las grandes ciudades, mientras que el porcentaje de población de las pequeñas poblaciones disminuía; entre 1926 y 1960, la población de las ciudades de más de 500.000 habitantes se había multiplicado por 5,9 (en el caso de la Federación Rusa, este factor era de 4,5); en muchos casos, las pequeñas ciudades y los asentamientos urbanos que podían desempeñar un papel clave en las poblaciones de los alrededores se habían visto desestabilizadas por el ritmo incontrolado de la urbanización, y en lugar de convertirse en centros de apoyo para toda la zona, acababan siendo a menudo una fuente de problemas laborales y demográficos.

El número de ciudades pequeñas no aumentaba y su población había caído en un 17 por 100 en Rusia, y en menor medida en el conjunto de la URSS. En la República Federal de Rusia, el porcentaje de población que vivía en ciudades de menos de 10.000 habitantes había pasado, entre 1926 y 1960, del 9 por 100 al 1 por 100, mientras que la cifra de poblaciones de 100.000 a 200.000 habitantes había aumentado. En Estados Unidos, la tendencia era diferente: el número de pequeñas ciudades y su cuota de población urbana se había mantenido estable, la cifra de ciudades medianas (de 10.000 a 50.000 habitantes) había crecido y las grandes metrópolis habían sufrido un descenso de población. Sin lugar a dudas, este patrón era más deseable, porque explotar una hectárea de tierra era más barato en una pequeña ciudad. En Rusia,

costaba de 45 a 47 rublos, por los 110 a 130 rublos que costaba en una gran ciudad.

En las veintiocho urbes más grandes del país se había prohibido la construcción de nuevas fábricas. Sin embargo, durante ese plan quinquenal, los ministerios, bien porque hubieran obtenido exenciones, bien porque hicieran caso omiso de las leyes, habían levantado empresas para aprovecharse de una mejor infraestructura, lo que comportaba un serio problema de mano de obra en esas ciudades. Su población crecía a un ritmo rápido, pero la creación de nuevas industrias, y me atrevería a añadir que no sólo de las industrias, la superaba. En otras ciudades menos importantes sucedía lo contrario: se abrían nuevas empresas, pero seguía habiendo un excedente de mano de obra. Esto dio pie a toda una serie de problemas adicionales, especialmente el impacto social negativo de los desequilibrios entre los trabajadores de uno y otro sexo^[3].

Cuatro años más tarde, otro experto en cuestiones laborales analizó en profundidad esta compleja situación. En las ciudades pequeñas y medianas, se amontonaban los problemas de índole económica y social, como quedaba de manifiesto en el uso que se hacía de la mano de obra, y volvió a salir a la palestra la cuestión del desequilibrio entre trabajadores masculinos y femeninos.

En las ciudades donde se hallaban las nuevas industrias, la proporción de mano de obra sin explotar se reducía. Por su parte, aquellas poblaciones que no habían experimentado desarrollo económico alguno veían que la población se marchaba de ellas, tanto que algunas urbes pequeñas y medianas empezaban a tener problemas de escasez de mano de obra. Asimismo, en muchas ciudades, una especialización del mercado laboral, bien predominantemente masculina o predominantemente femenina, produjo un desequilibrio entre ambos sexos. En Rusia, unas 300 ciudades se enfrentaban a desequilibrios más o menos importantes de este tipo, lo que afectaba en última instancia a la composición de la población. El estudio había analizado unas setenta ciudades situadas en veinte grandes regiones donde se había observado este problema.

En las ciudades en las que predominaba uno de los dos géneros como fuente principal de mano de obra, el otro sexo estaba prácticamente en el paro y se dedicaba a trabajar en casa o a ocuparse de los terrenos privados. La imposibilidad de fundar una familia animaba la movilidad de la mano de obra. Empezaba a observarse una escasez de mano de obra, un hecho que afectaba a

las empresas económicas más importantes de la ciudad y distorsionaba la distribución de las habilidades y las calificaciones profesionales. El estudio mostraba que, en las ciudades donde las mujeres constituían el grueso de la mano de obra, el porcentaje de hombres desempleados se situaba entre el 27 y el 57 por 100, mientras que la media nacional era del 13 por 100. La renovación de plantilla era mucho mayor ahí que en cualquier otro lugar, e iba acompañada automáticamente del éxodo y de la falta de mano de obra. Muchas fábricas textiles tenían que importar a sus trabajadoras, que en ocasiones apenas tenían quince años. El número de mujeres locales en estas empresas era cada vez menor, y no superaba el 30 por 100, frente al 90 o el 100 por 100 en el caso de los hombres. Sin embargo, estas recién llegadas no permanecían mucho tiempo en su puesto, a la vista del desequilibrio demográfico. Éste era el principal motivo de inestabilidad entre la mano de obra femenina hasta los veintiséis años, como puso de manifiesto un estudio sociológico realizado en el gran centro textil de Ivanovo-Voznesensk. Otro aspecto fuera de toda lógica que se apreciaba en las ciudades donde la mano de obra estaba formada fundamentalmente por mujeres era que los trabajadores cualificados no tenían otra ocupación que cultivar sus terrenos privados, una tarea para la que no se necesitaba formación alguna. En las ciudades de la región de Vladimir, entre el 20 y el 30 por 100 de los trabajadores en la esfera del comercio y en la industria alimentaria eran hombres, toda vez que la media en la Federación Rusa era del 15,1 por 100.

La suma de estos desequilibrios, especialmente en la distribución de generaciones y sexos, tuvo un impacto demográfico negativo: la población experimentó un índice de crecimiento natural bajo, un éxodo alto y automático y una caída en su crecimiento global. En las ciudades pequeñas, había 125 mujeres por cada 100 hombres, frente a 118 mujeres por cada 100 hombres en las ciudades de la Federación Rusa. De media, el excedente de mujeres se manifestaba principalmente a partir de los cuarenta años, aunque en ciudades pequeñas y medianas ya era evidente a partir de los quince.

Una de las consecuencias de esta ralentización en el crecimiento demográfico era el envejecimiento de la población: las personas comprendidas entre los veinte y los treinta y nueve años totalizaban únicamente el 30 por 100 de la población de las ciudades rusas, y un 33 por 100 del total de la población de la república, incluidas las zonas rurales. El informe también se refería al problema de fundar una familia y a las familias monoparentales.

Según el autor del informe, la complejidad de estos fenómenos escapaba a la comprensión de las autoridades de la república. Las medidas que se habían tomado para corregir la situación se habían demostrado insuficientes. Entre los obstáculos que citaba el documento, destacaba la falta de incentivos de los ministerios para abrir industrias en ciudades pequeñas, la inestabilidad de los planes y la debilidad de las infraestructuras. El gobierno de la Federación Rusa había intentado convencer al Gosplan de la URSS para que le ayudara a acabar con estos problemas mediante un plan especial para veintiocho ciudades «feminizadas» y cinco «masculinizadas», pero sin éxito. El Gosplan tenía otras prioridades^[4].

Como podemos ver, las dificultades a la hora de garantizar mano de obra y los problemas demográficos llamaron la atención de las autoridades y fueron una fuente de angustia, y a estos debates se unieron también diversos sociólogos y un pequeño equipo de psicólogos sociales. Las dimensiones nacionales y étnicas de la cuestión eran otra de las causas que motivaban esta preocupación.

¿Disponía el sistema soviético de los recursos para enfrentarse a una situación como esa? Es indudable que había demostrado su capacidad a la hora de fijar prioridades, como el desarrollo acelerado de algunos sectores económicos de primer orden, de la defensa (vinculada en muchos aspectos a los anteriores), y del acceso a la educación del mayor número de personas posible. Sin embargo, en cada uno de estos casos, la tarea específica era de fácil definición. En los años sesenta, el sistema tenía ante sí unos retos muy distintos, que exigían capacidad para articular diferentes planes. En otras palabras, se trataba de conceptualizar y de gestionar la propia complejidad. La ocupación era una pieza más del puzzle social, económico, político y demográfico, y como tal lo veían los jefes.

OTROS MALES DEL MODELO ECONÓMICO

Después de la muerte de Stalin, se produjeron algunos cambios en la esfera económica con resultados positivos. Un aumento marcado en la inversión agrícola, fundamentalmente en las «tierras vírgenes» de Kazajstán y de otras regiones, y la subida de los precios que se pagaban a los productores agrícolas motivó un aumento de los ingresos monetarios de las granjas colectivas, que se multiplicaron por dos entre 1953 y 1958. La producción agrícola se incrementó en un 55 por 100 entre 1950 y 1960, y la producción de cereales

pasó de 80 millones de toneladas a 126 millones; el 75 por 100 de este incremento provenía de las tierras vírgenes, aunque estos terrenos no serían una fuente estable de cereales a largo plazo.

Para mejorar las condiciones de vida, se aumentó la inversión en vivienda y en bienes de consumo. Entre 1950 y 1965, el stock de viviendas urbanas se duplicó, y se redujo la distancia entre la inversión en bienes de primera necesidad, una prioridad del período estalinista, y en bienes de consumo.

Asimismo, también se destinaron muchos recursos a la sanidad. La tasa de mortalidad bajó del 18 por 1.000 en 1940 a un 9,7 por 1.000 en 1950, y a un 7,3 por 1.000 en 1965. La mortalidad infantil, el mejor indicador para medir los estándares de la salud pública, disminuyó vertiginosamente, pasando del 182 por cada 1.000 nacimientos en 1940 al 81 por 1.000 en 1958 y al 27 por 1.000 en 1965.

También se dio una mejora en el terreno de la educación: el número de alumnos que seguían estudiando después de los cuatro años de escuela primaria pasó de 1,8 millones en 1950 a 12,7 millones en 1965-1966. En cuanto a la educación superior, las cifras se triplicaron en ese mismo período: de 1,25 millones a 3,86 millones de estudiantes.

Los ingresos de los campesinos, mínimos en 1953, crecieron a un ritmo mayor que el de los habitantes de la ciudad. En las urbes, se operó una cierta uniformización: la renta mínima, así como las pensiones, aumentaron, al tiempo que se reducían las diferencias salariales.

Sin embargo, la preferencia por la industria pesada y por la armamentística seguía vigente, y comoquiera que el Estado dividía sus esfuerzos entre estas actividades y su empeño por mejorar las condiciones de vida y favorecer el progreso tecnológico, los problemas se le amontonaban. Japón igualó en esa época los índices de crecimiento rusos y logró mejorar las condiciones de vida de sus ciudadanos y modernizar su economía. Por su parte, los economistas y los planificadores soviéticos sabían y afirmaban, en secreto, aunque también se atrevían a publicarlo, que en el modelo económico del país, fundamentalmente estalinista aún, convivían algunos desequilibrios peligrosos. A pesar de ello, la Unión Soviética cosechó algunos éxitos espectaculares, especialmente en el terreno aeroespacial, de modo que, en palabras de R. W. Davies, «en 1965, la Unión Soviética encaraba el futuro con confianza, y las potencias capitalistas dirigían la vista hacia ella con preocupación»^[5]. Sin embargo, tal y como se advierte en el material de los

archivos del Gosplan y de otras instituciones, el futuro inmediato era mucho más complejo y preocupante, y los encargados de la planificación tenían cada vez más motivos para estar preocupados de verdad.

Un vistazo a los objetivos del octavo plan quinquenal (de 1966 a 1970) permitía advertir ya algunos fallos, y el Colegio del Gosplan había avisado al gobierno de que dichas carestías afectarían al siguiente plan^[6]. Aunque las inversiones de todas las fuentes habían aumentado en un 1,7 por 100, es decir, en 10 millones de rublos, el plan central de inversión del que derivaba el grueso de la nueva capacidad productiva, especialmente en la industria pesada, mostraba un déficit de 27.000 millones de rublos, un 10 por 100. Asimismo, había que gastar 30.000 millones de rublos adicionales para cubrir el aumento de los costes de construcción de las unidades de producción, cuya capacidad productiva seguía siendo la misma. De este modo, los objetivos del plan para la entrada en funcionamiento de nuevas unidades sólo habían alcanzado el 60 por 100 en el caso del carbón y del acero, entre el 35 y el 45 por 100 en el caso de la industria química, entre el 42 y el 49 por 100 en el de los tractores y los camiones, el 65 por 100 en el del cemento y el 40 por 100 en el caso de la celulosa. Estos resultados influirían en la construcción de maquinaria durante el siguiente plan.

El Gosplan responsabilizaba a los ministerios gubernamentales, encargados de buscar las reservas necesarias para mejorar la productividad. La mayoría, no obstante, no presentaban propuestas para mejorar sus respectivos sectores en los planes para el período de 1971 a 1975, a pesar de todos los llamamientos que había realizado el gobierno para que las plantearan y buscaran reservas.

EL CRECIMIENTO CONTINUO DE FACTORES EXTENSIVOS EN LA ECONOMÍA

El instituto de estudios del Gosplan presentó otro diagnóstico mucho más revelador. El 19 de noviembre de 1970, su director, Kotov, envió una nota al vicedirector del Gosplan, Sokolov, en la que le comentaba lo siguiente: en su directiva a propósito del noveno plan quinquenal (1971-1975), el XXIV Congreso del Partido había afirmado que el éxito económico se basaba en el crecimiento intensivo y en la introducción de nueva tecnología, algo que también se aplicaba a la agricultura. No obstante, los datos relevantes demostraban que, en la agricultura en primer lugar, los gastos en que se había incurrido en cuanto a mano de obra, salarios y gasto social superaban la

producción. Esta tendencia contradecía el primer mandamiento del desarrollo económico: lograr un ahorro relativo en los costes sociales^[7].

La perspectiva nada halagüeña que planteaba el siguiente plan quinquenal se debía principalmente a la disminución considerable de la productividad de los activos de capital. El indicador existente para medir el rendimiento de las inversiones no era el adecuado, y los economistas del departamento agrícola carecían de instrumentos fiables para evaluar dichos activos y hacer una planificación adecuada del capital necesario.

Kotov realizó una serie de cálculos que no reproduciremos aquí pero que le sirvieron de base para la advertencia realizada al Gosplan y al gobierno: «Los factores extensivos están cobrando más fuerza en el desarrollo de la economía soviética, principalmente porque el crecimiento de los activos básicos de capital supera el crecimiento de la producción. Esta tendencia es mucho más evidente en la agricultura que en otros sectores».

Los expertos estaban en estado de alerta porque esta tendencia iba en el sentido contrario al desarrollo moderno industrial y científico. No cabe duda de que algunos líderes implicados en el diseño y en la puesta en marcha de la política económica también estaban al corriente de estas tendencias y de lo que presagiaban.

LOS «ADMINISTRADORES»:
UNA CLASE TOCADA PERO PUJANTE

LAS NEGOCIACIONES

Volvamos de nuevo la vista a la burocracia soviética, cuyo destino en tiempos de Stalin hemos examinado. Tras su muerte, y sin riesgo a exagerar, podríamos describir lo que le sucedió como la «emancipación de la burocracia». El estalinismo se cobró un precio elevado y, aunque los administradores hicieron todo cuanto estuvo en su mano, el sistema no les permitió comportarse como los jefes que se suponía que eran. A partir de ese momento, se esforzaron por eliminar del sistema todos los elementos del estalinismo que habían arruinado su carrera. En cierto sentido, podríamos decir que el fenómeno burocrático floreció como nunca hasta entonces y que, como consecuencia, el *modus operandi* del sistema soviético iba a sufrir una transformación profunda. El proceso de toma de decisiones se «burocratizó»: ya no revestía la forma de unas órdenes categóricas, sino que era un proceso complejo de negociación y coordinación (*soglasovyvanie*) entre los principales líderes políticos y las agencias administrativas. Este nuevo modelo de actuación ya había existido, pero siempre había planeado sobre él la amenaza de una desaparición súbita por causa de las purgas sangrientas. Todo esto, sin embargo, formaba ya parte del pasado, a pesar de que la reforma perentoria que llevó a cabo Jrushchov acabó de un plumazo con un gran número de agencias y órganos gubernamentales. Con todo, este proceder no tenía nada que ver con el de Stalin. Además, aquella reforma acabó fracasando, como veremos ampliamente más adelante.

Hay dos términos rusos especialmente útiles a la hora de hablar del universo burocrático. El primero, que hemos citado anteriormente, es *soglasovyvanie*, y recoge a la perfección el interminable proceso de negociación y coordinación, una especie de regateo, entre los departamentos

ministeriales, así como entre el gobierno y los funcionarios del Partido. El segundo es *upravlentsy*, y hace alusión a los cuadros administrativos que trabajaban en *upravlenie*, algo así como las tareas de «gestión y gobierno».

Tras identificar el lamentable estado en el que se encontraba el aparato del Partido después de la guerra en comparación con la influencia y la arrogancia que tenían todavía algunos ministros, algo que los *apparatchiks* del Partido veían con resentimiento, estamos en disposición de echar un vistazo a la política que se propuso llevar a cabo en un primer momento Jrushchov, y cuyo objetivo no era sino robustecer el Partido y restaurar la función y la importancia del aparato reforzando su papel ideológico (posteriormente, esta política y estas esperanzas acabarían desvaneciéndose). Con este fin, Jrushchov puso todo su empeño a la hora de reformular sus aspiraciones socialistas, nuevas y viejas, y prestó una atención especial a medidas prácticas como la mejora de las condiciones de vida, no sólo del conjunto de la población, sino también de los *apparatchiks*, para que éstos pudieran acercarse al nivel de confort material del que gozaban los principales funcionarios ministeriales, la vara de medir para los jefes del Partido y para quienes estaban tras ellos en la jerarquía. No se trataba tan sólo de una cuestión salarial, sino de todo un abanico de prebendas fervientemente anheladas por los círculos de poder. A sus ojos, tales prebendas eran la única manera de medir la importancia real de sus personas, un método que no habían inventado los burócratas soviéticos. El Comité Central tenía que actuar para satisfacer cuanto antes al personal del aparato del Partido, tanto a los miembros de las repúblicas como a los del órgano central, para evitar que se convirtieran en un grupo de segunda fila formado por individuos empobrecidos y descontentos. Comoquiera que no había otra alternativa para evitar que los *apparatchiks* más brillantes y más listos desertaran para trabajar para la «competencia», el gobierno tomó las medidas necesarias para que volvieran a sentirse como en casa y fueran vistos como los miembros de un partido en el poder.

LA ADMINISTRACIÓN DEL ESTADO

En esta panorámica de la administración del Estado distinguiremos, como ya hiciéramos en la primera parte, entre los *upravlentsy*, por un lado, y los *apparatchiks* del aparato del Comité Central y los órganos del Partido por otro.

Previsiblemente, en cada sector, la poderosa administración del Estado era, como el resto de la sociedad, extremadamente sensible a la transición que se estaba produciendo y que apuntaba a una nueva organización social, cultural y, en cierto sentido, política. La burocracia tuvo que reaccionar a estos cambios espontáneos, y al hacerlo dio muestras de una «espontaneidad» propia, dejando al descubierto las diferentes tendencias que coexistían en su seno. Adoptó nuevos patrones de comportamiento, y la imagen que proyectaba de sí misma y la manera de concebir sus propios intereses evolucionó. Nuestro estudio se centrará en este último aspecto: la importancia que la burocracia, especialmente entre las altas esferas, concedía a sus propios intereses y el análisis que hacía de su posición dentro del sistema.

La historia de la burocracia soviética es todavía poco conocida. El relato complejo y turbulento de la construcción de las estructuras administrativas del Estado y del reclutamiento de su personal, un punto que siempre figuró en la agenda del Partido desde que Lenin pidiera que se redactara una lista de los funcionarios después de la guerra civil, encierra una intrahistoria: la creación de nuevos órganos para controlar a la administración. Al igual que las propias estructuras administrativas, estos cuerpos también eran desmantelados constantemente y sustituidos por otros diferentes. No es necesario entrar en detalles. Bastará con decir que la historia de la administración soviética tiene una tendencia sorprendente a la «burocreatividad», y que está plagada de reestructuraciones interminables que también acabaron en los últimos años del régimen. Por entonces, sin embargo, como decían las malas lenguas, los burócratas más veteranos no se retiraban: morían en sus despachos.

Cualquiera que fuera la agencia supervisora en cuestión, y la primera data de 1921, su cometido era definir, clasificar y, por supuesto, hacer un inventario de los números y del coste del monstruo. Esta tarea ya era de por sí onerosa. En las primeras dos décadas del régimen, se llevaron a cabo gran cantidad de cálculos, inventarios y clasificaciones. Sin embargo, nos trasladaremos directamente a 1947, cuando la Oficina Central de Estadística realizó un censo completo de los diferentes estratos administrativos y trasladó a la cúpula unas cifras fiables. Por supuesto, los números no eran sino el inicio de la operación. Evaluar el coste de las agencias administrativas, fijar las normas que habían de regir la remuneración, trabajar con las estructuras organizativas y ocuparse de los nombramientos —de la *nomenklatura* o las *nomenklaturas*, porque había varias— era una misión mastodónica. Solamente la política salarial, asumiendo que fuera necesario poner ahí algo de orden, exigía ya una labor ingente: definiciones de los trabajos, escalas

salariales (con tratamiento especial para los sectores prioritarios y privilegiados), control sobre el uso del fondo salarial... por no hablar del problema más genérico de cómo empleaban los ministerios los presupuestos que les había asignado el Ministerio de Finanzas, después de que los hubiera aprobado el Comité Central y el Consejo de Ministros. Cada una de las tareas que hemos mencionado exigía mucho tiempo y esfuerzo por parte de las agencias supervisoras, pero la cúpula también se preocupaba por estas cuestiones. La complejidad «circular» de la empresa, en la que un aparato controlaba a otro aparato, era tal que ninguna de las denominadas agencias de «control estatal» podía supervisar de un modo efectivo un universo burocrático en constante expansión.

El primer «controlador» era el Ministerio de Finanzas, que administraba los presupuestos. A continuación, venía el Gosplan, que se ocupaba de asignar a cada ministerio sus cometidos económicos y que, por lo tanto, tenía que estar al corriente de la cifra de personal que empleaba, de la estructura del órgano y de su coste. La Oficina Central de Estadística, cuyo concurso era inevitable, realizaba inventarios globales o parciales cada cierto tiempo. Posteriormente estaba la agencia de «control estatal» propiamente dicha, reorganizada y rebautizada con frecuencia a lo largo de su historia, y que se encargaba de estudiar y de investigar a los órganos administrativos, con lo que destapó la proliferación de agencias y de funcionarios. En sus archivos hay una gran cantidad de datos a la espera de que los investigadores se abalancen sobre ellos y que nos muestran, entre otras cosas, que la administración del Estado sufría una cierta propensión a la «parcelación», es decir, a la creación de una multitud de subunidades cuyas funciones se solapaban y que daban lugar a un sinfín de disfunciones. Por último, la Oficina del Fiscal, la policía y el KGB estaban desbordados por los casos de negligencia en el cumplimiento del deber y de conducta delictiva. Las organizaciones del Partido, y especialmente el aparato, pusieron su grano de arena en el análisis del fenómeno con vistas a presentar propuestas políticas. En más de una ocasión pusieron en marcha investigaciones o crearon comisiones de investigación para estudiar los problemas del «sistema administrativo» en general o de una agencia concreta. La expresión rusa que se usa para referirse a todo el fenómeno burocrático, *administrativno-upravlencheskaia-sistema* (sistema de mando y administrativo), es de lo más acertada, pero cubre bajo su paraguas tanto a la administración del Estado como al aparato del Partido. No podemos concluir esta panorámica de una burocracia sometida a una inspección, una vigilancia y una reestructuración

constantes sin mencionar, siquiera sea brevemente, que cada órgano administrativo contaba con su propio cuerpo de inspectores. Aun así, no había nada que pudiera evitar que esta estructura compleja siguiera creciendo por su propio ímpetu en una dirección que nadie deseaba.

Conviene no obviar la capacidad de la cúpula para empuñar el hacha y lanzar alguna que otra ofensiva en contra de la burocracia. Las purgas de Stalin son un buen ejemplo. Sin embargo, las iniciativas para reducir y racionalizar la administración, para hacerla más eficaz, menos cara y más receptiva a la cúpula y a la opinión pública eran tan numerosas como inútiles, lo que probablemente explique por qué Jrushchov, un personaje decidido y engreído, optó por un ataque frontal para zanjar de una vez por todas la cuestión, aunque lo hiciera sin haber decidido la estrategia de antemano, como era habitual. En un primer momento, esa terapia de choque causó impresión, pero lo cierto es que era inviable.

LA REVISIÓN ADMINISTRATIVA DE JRUSHCHOV (1957-1964)

El objetivo de dichas medidas era sustituir la extraordinaria pirámide de ministerios económicos, vinculados la mayoría a la industria, extremadamente centralizados y ajenos a los intereses locales, por cuerpos administrativos económicos de carácter local, cuya misión fuera gestionar y coordinar la economía a partir de un conocimiento mucho más claro de las condiciones locales y del que carecían los burócratas de Moscú. Comoquiera que el grueso de la actividad económica se producía a nivel local, este paso quería dar pie a iniciativas y liberar así nuevos recursos, remediando de este modo los fracasos de la estructura piramidal previa. Se cuenta un chiste en Rusia que recoge este problema: dos agencias económicas situadas frente a frente en una calle de Kazan almacenan, cada una, determinadas mercancías que la otra necesita. Pero no pueden negociar la transacción sin llamar al ministerio de Moscú. Cuando este último da su aprobación, de Moscú salen varios trenes con destino a Kazan cargados con un material que ya está en los almacenes locales y en cantidades suficientes. La situación descrita por el chiste era más que cierta.

La rigidez de los ministerios provocó que fuera urgente acercar la gestión a la producción, adoptando un principio más territorial que sectorial. El 10 de mayo de 1957, el Comité Central decidió que era imposible dirigir las 200.000 empresas y las 100.000 canteras que se extendían a lo largo y ancho

del país desde los despachos ministeriales de Moscú. Había llegado la hora de potenciar el poder de las repúblicas y de las municipalidades, y confiar la gestión a las regiones económicas y administrativas.

El programa, diseñado sobre todo con la mente puesta en el sector industrial y de la construcción, también se implantó en otros sectores. En mayo y junio de 1957, el Soviet Supremo creó 105 regiones económicas (70 en la Federación Rusa, 11 en Ucrania y, en otros casos, una por república). En total, se abolieron 141 ministerios económicos a escala central, central-republicana y republicana, que daban empleo a 65.000 funcionarios, lo que supuso un ahorro de 600 millones de rublos. Estos funcionarios fueron sustituidos por consejos económicos (*sovnarjozy*), encargados de varios sectores en su territorio. En un primer momento, no tenían demasiado personal, entre 11 y 15 funcionarios. En 1960, sin embargo, los responsables de las principales empresas y canteras fueron cooptados y se crearon otros departamentos, con secciones cuya misión era la supervisión de los sectores. A raíz de ello surgieron consejos técnicos, en los que ingresaron expertos, ingenieros y los denominados racionalizadores económicos.

En 1959 y 1960, nadie podía discutir los éxitos económicos, que arrojaban unos índices de crecimiento anual del 8 por 100. En las repúblicas más grandes se instauraron los «consejos republicanos de la economía nacional» con el fin de coordinar a los consejos locales menores y abordar las cuestiones de abastos técnicos y materiales. A finales de 1962, diversos *sovnarjozy* se habían fusionado y su cifra cayó de 105 a 43. El 24 de noviembre de 1962, se fundó en Moscú el Consejo de Economía Nacional de la URSS, cuya tarea era diseñar un plan nacional y un sistema general de abastos para materias primas y tecnología, y gestionar la situación a través de los gobiernos de las repúblicas, los *sovnarjozy* y los ministerios. El gobierno central, es decir, el Consejo de Ministros de la URSS, solamente se ocupaba de lo que no formaba parte del plan. Aunque la situación seguía siendo un tanto fragmentaria, se había restituido un cierto centralismo. El 13 de marzo de 1963, el Consejo de Economía Nacional de la URSS alcanzó un doble estatus, a escala nacional y de las repúblicas, al convertirse en un órgano central con homólogos en todas las repúblicas. Entre 1963 y 1965, el Gosplan, el Comité de Construcción del Estado y los comités republicanos del Consejo de Ministros de determinados sectores clave quedaron bajo su jurisdicción. A raíz de los buenos resultados en el período 1957-1960, los siguientes cuatro años se caracterizaron por un ralentí del crecimiento económico, lo que hizo que salieran a la luz los defectos del nuevo sistema. El proyecto de

descentralización de la economía y de democratización de su gestión era bueno, pero los *sovnarjozy* demostraron su incapacidad para asegurar la especialización necesaria en las ramas intermedias, allá donde se produce el desarrollo tecnológico de primer orden. En su lugar, daban prioridad a relaciones con las empresas de sus regiones, pasando por alto los problemas transversales que afectaban a todos los sectores^[1].

A la vista del escenario existente en 1957, muchos comprendieron que era necesario combinar los principios territoriales con los sectoriales. En este sentido, empezaron a surgir comités de producción estatales, bajo las órdenes del Consejo de Ministros de Moscú. Otra de las anomalías que había que corregir propició que la investigación científica y las unidades de desarrollo se separaran de las unidades de producción. Ya no estaban sujetas a los *sovnarjozy*, y los comités de producción estatales que las supervisaban únicamente podían hacer recomendaciones, pues carecían del poder para llevar a la práctica sus proyectos.

Asimismo, los *sovnarjozy* tenían tendencia a dar prioridad a los intereses locales, en su afán por instaurar una forma de autarquía económica donde la esfera local había de dar respuesta a todas las necesidades. Este hecho propició un cierto «localismo» que llevó a toda la población a ocuparse, en primer lugar, de sus asuntos. En tales circunstancias, los comités sectoriales del gobierno central, tal y como explicó Kosigin, su responsable, ante el Comité Central en 1965, no podían tener el menor impacto en el avance tecnológico, sino que cumplían una función de meros órganos consultivos. Mal diseñada, la reforma de Jrushchov empezaba a venirse abajo.

El fracaso de los *sovnarjozy* dio lugar a una nueva oleada de críticas hacia el «voluntarismo» y hacia la tendencia a «administrar», que llegaba hasta el punto de dictar cualquier instrucción. Por lo general, estas críticas se habían dirigido contra el anterior sistema, pero después de la caída de Jrushchov se restauró el *statu quo* anterior: los *sovnarjozy* fueron desmantelados y volvió a entrar en vigor el sistema ministerial vertical.

La recuperación de los ministerios verticales en 1965, que fue prácticamente inmediata a la caída de Jrushchov, no fue casual. El régimen se sentía más seguro amparado en su capacidad para controlar pirámides administrativas centralizadas que enfrentado a un sistema que combinaba ambos principios y que jamás había acabado de funcionar como debía. El pleno del Comité Central de 1965 había aprendido la lección de esos siete años de desarrollo y eliminó de un plumazo los órganos centrales,

republicanos y locales pertenecientes a los *sovnarjozy*. A finales de 1965, el gobierno recuperó treinta y cinco ministerios, que volvían a funcionar como en el pasado. El Gosplan, que se había visto obligado a cohabitar a regañadientes con el Consejo Nacional de Economía, recuperó sus atribuciones, como también sucedió con otro órgano poderoso y célebre, el Gosstab (el Comité Estatal para Abastos Técnicos y Materiales).

Esta reorganización, sin embargo, no tendría un resultado positivo, por más que Kosigin se hubiera mostrado partidario de reinstaurar las pirámides verticales de los ministerios centralizados. A diferencia de otros líderes, no los había idealizado, y ese mismo año, 1965, puso en marcha, sin darle demasiada publicidad, un nuevo experimento económico, el último del régimen, con el fin de modificar el sistema de incentivos económicos, aunque sin tocar la estructura de mando y la administrativa.

La velocidad a la que se había desmoronado la gigantesca administración económica anterior a Jrushchov hizo pensar en la intervención de una mano milagrosa, pero lo cierto es que el viejo sistema jamás desapareció del todo. Poco después de la creación de los *sovnarjozy*, aparecieron también, a modo de órganos sustitutivos, diversos comités industriales sectoriales asociados todos ellos al Consejo de Ministros, y que se correspondían, por sus características, con los antiguos ministerios. A finales de 1964, la cifra de funcionarios que trabajaban en las diferentes agencias industriales del Estado totalizaba 123.000 personas, unos números que superaban los de 1956. Asimismo, y se trata de algo a lo que todavía no nos hemos referido, por obra del Gosplan surgieron, sin que hubiera motivo para ello, muchos comités de abastos sectoriales que reemplazaron al extinto superministerio de abastos. Estas agencias empleaban a muchos de los antiguos cuadros de los ministerios, preservando así la experiencia de éstos para poder, en cualquier momento, volver a poner en pie la antigua estructura.

La reestructuración promovida por Jrushchov había afectado a algunos funcionarios ministeriales, obligándolos en algún caso a marcharse de Moscú con dirección a las provincias, pero no podemos decir que esas decisiones respondieran a un proceso de purga. De sobras es sabido en los círculos burocráticos que los administradores miraban por sí mismos: en cuanto eran despojados de un cargo, encontraban otro, por lo general del mismo rango. El supercentro moscovita era la capital del arte de saber moverse por este «sistema de seguridad burocrática», aun cuando quienes participaban de sus entresijos sabían que no siempre se mantenían en su cargo los mejores

funcionarios sino los mejor conectados y los más hábiles socialmente, algo que, conviene repetirlo, no es un rasgo exclusivo de la URSS.

Aunque la reinstauración de los ministerios fue motivo de alegría para muchos burócratas, también trajo consigo la reaparición de los problemas que habían motivado la reforma iniciada por Jrushchov. A partir de la lectura de un libro que recoge contribuciones de familiares y amigos de Kosigin, el político que estaba al frente de la economía y que había hecho de la eficiencia su santo y seña, podemos hacernos una idea de la terrible conclusión a la que éste había llegado^[2]. Kosigin se quejaba amargamente de la cantidad de asuntos que habían llegado al Consejo de Ministros y de los que deberían haberse ocupado los diferentes cuerpos administrativos, cuya misión era resolverlos: «¿Por qué tiene que encargarse el Gobierno de la calidad de la arena que se suministra a la industria vidriera y a otros sectores industriales? Existen ministerios y una agencia estatal de calidad: ¿por qué no se reúnen y resuelven la cuestión?». La Agencia Estatal de la Construcción, un organismo poderoso, acudió a Kosigin para discutir los nuevos diseños de las viviendas, a pesar de que esta decisión recaía únicamente en ella. Según el autor del capítulo en cuestión, todo esto no hacía sino dar fe de la ineficacia de muchas agencias estatales. Kosigin era implacable en su crítica y se había fijado la meta de mejorar el rendimiento de estos órganos. En una ocasión, cuando Garbuzov, el ministro de Economía, le hablaba del crecimiento del aparato del Estado, de los diferentes escalafones jerárquicos y de la cifra de departamentos prescindibles, Kosigin le respondió lo siguiente:

Es cierto, la productividad de nuestro aparato es ínfima. Mucha gente no trabaja lo suficiente y no tiene la menor idea de lo que hará al día siguiente. Acabamos de abolir el Comité de Relaciones Culturales con los Países Extranjeros. ¿Acaso alguien lo ha advertido? Nadie... Bueno, yo no. Producimos toneladas de papeleo, pero en realidad apenas hacemos nada. Una mejor organización del trabajo nos permitiría reducir a la mitad la cifra de funcionarios.

Podemos intuir en estas palabras una cierta desesperación. Kosigin describe un sistema que, justo por debajo de la cúpula, apenas trabaja y ni se inmuta. Por razones históricas fácilmente comprensibles, se inició la construcción del sistema por el tejado, y no se pasó de esa primera fase. La etapa de irresponsabilidad que inauguró Jrushchov fue un intento legítimo de variar el *modus operandi*, pero el viejo sistema volvió a irrumpir con fuerza. A grandes

rasgos, el sistema burocrático siguió tal cual, aunque temporalmente dejara paso a un cúmulo de réplicas del «gran hermano a escala local».

¿Tenía Kosigin una idea clara de por qué las cosas iban tan mal? ¿Acaso había sopesado las causas más profundas del fenómeno? Es imposible asegurarlo mientras no podamos acceder a sus archivos. Con todo, podríamos aventurar una respuesta provisional a la vista de la reforma del «mecanismo económico», iniciada oficialmente en 1965 y que lleva su nombre. Se trataba de la reforma económica de más envergadura desde la guerra y el gobierno la inició no sin reservas, y sin darle demasiada publicidad. El principal propósito del proyecto era reducir la carga que suponían los indicadores centrales de planificación, un sistema tentacular difícil de coordinar, y dotar al sistema ya desde la base de nuevos incentivos, en particular creando provisiones de fondos que sirvieran para recompensar a los gestores y a los empleados por su buen rendimiento o para premiar la innovación tecnológica. Un número limitado de fábricas sirvieron para poner a prueba el método, que, después de los resultados alentadores de dicho ensayo, se aplicó a empresas mayores y a sectores empresariales. Aun así, rápidamente topó con unos obstáculos que solamente habría sido posible sortear de haber tomado otras medidas con el fin de reforzar la ruptura con las estructuras existentes, despejando así el camino para una «desburocratización» y alterando la relación entre los indicadores del plan (un auténtico corsé) y los incentivos materiales tanto en el seno de las unidades de producción como entre los consumidores. Los detractores conservadores estaban en lo cierto cuando afirmaban que todo aquello no habría hecho sino transformar radicalmente el sistema. Y precisamente era eso lo que convenía, pero carecían de la dinámica política necesaria para llevar a cabo esa metamorfosis. Los opositores de Kosigin lograron suavizar la reforma sin siquiera tener que exponer públicamente sus opiniones.

Entre estos «opositores» se encontraba una coalición o, más exactamente, un bloque formado por los altos funcionarios de la burocracia estatal y del Partido, a quienes podemos calificar aquí recurriendo al término *nomenklatura*. Todos eran miembros del Partido y algunos ocupaban, al mismo tiempo, cargos administrativos de responsabilidad y un escaño en el Comité Central. Sin embargo, hay motivos para diferenciar a los cuadros administrativos de los *apparatchiks* del Partido, y para estudiarlos por separado. En la primera parte, vimos que durante y después de la guerra ambas burocracias se tomaban a sí mismas como dos categorías separadas y rivales entre sí, y que aspiraban a ocupar el espacio de la otra. Uno de los

primeros objetivos públicos de Jrushchov había sido devolver al Partido —y, de entrada, al aparato— su preeminencia para convertirlo así en un instrumento de su propio poder. Por eso conviene repasar algunos de los aspectos más importantes de este aparato.

EL APARATO DEL PARTIDO

Tomemos algunas cifras como punto de partida^[3]. El 1 de octubre de 1949, había 15.436 comités (u organizaciones) del Partido en todo el país. Los *apparatchiks* a tiempo completo (a saber, remunerados) a cargo del Partido, excluyendo a los miembros de la administración del Comité Central, sumaban 138.961 personas, 113.002 de las cuales eran «funcionarios políticos» y 25.959, «técnicos». Disponemos de datos sobre el personal de los órganos locales del Partido para el período comprendido entre 1940 y el 1 de noviembre de 1955, divididos en dos categorías, funcionarios políticos y técnicos, aunque también se da otra clasificación atendiendo al lugar que ocupaba la organización en la estructura administrativa del país: repúblicas, regiones, distritos, subdistritos y fábricas. A continuación presentamos algunas de las cifras anuales totales a 1 de enero de cada año.

	Políticos	Técnicos
1940	116.931	37.806
1947	131.809	27.352
1950	113.313	26.100
1951	115.809	26.810
1952	119.541	25.517
1953	125.005	28.710
1954	131.479	28.021
1955	142.518	27.830
1955 (1 de noviembre)	143.768	27.719

Según una fuente fiable de los datos sobre el personal del Partido a fecha de 1 de diciembre de 1963, el listado más reciente que me ha sido posible conseguir, las cifras en el caso del aparato, sin contar a los miembros del Comité Central, son las siguientes: 24.290 organizaciones del Partido, con 117.504 personas a tiempo completo, de las cuales 96.909 eran «funcionarios políticos» y 20.595 eran técnicos. El total de los salarios mensuales de los primeros sumaba 12.859.700 rublos, por 1.054.100 de los segundos. La proporción relativamente baja de personal técnico se debía a la presión que ejercía la cúpula para no superar los límites presupuestarios. Por todo ello, el personal político carecía del personal de apoyo adecuado, y más concretamente de secretarías y mecanógrafas^[4].

En 1958, el personal del Comité Central, el núcleo de Moscú, totalizaba 1.118 funcionarios y 1.085 técnicos, es decir, 2.203 personas, a los que había que sumar los funcionarios del comité del Partido asignados al Comité Central, pues, como sucedía con cualquier otro lugar de trabajo, los miembros del Partido en el Comité Central disponían de su propia célula. Como vemos, el Comité Central precisaba de más «técnicos» y podía permitírselos. El total anual de salarios en 1958 era de 57.039.600 rublos^[5]. Cinco años después, esta cifra había ascendido, según un informe, a 65 millones de rublos, un aumento justificado por el reclutamiento de nuevos *apparatchiks* para cargos y estructuras de nueva creación^[6].

La cifra de personas ocupadas en la Staraia Ploshchad de Moscú, la célebre plaza donde se ubicaba la sede del Comité Central, el centro del poder de la Unión Soviética, superaba los dos mil trabajadores, de los cuales 1.100 se ocupaban de actividades políticas. Sin embargo, estos números no dan cuenta de la configuración real del poder central, porque a todo esto debemos añadir la administración central del gobierno y de los ministerios de la URSS, y unas 75.000 personas más con domicilio en Moscú (estas cifras no incluyen al aparato del Partido de Moscú y de la región, aunque pertenezca a la misma categoría). Sin necesidad de añadir otros indicadores, es preciso también incluir a las «cúpulas» de las repúblicas y de las regiones administrativas, especialmente de las más prósperas, pues su poder fue creciendo conforme la capital se vio sepultada por una avalancha de problemas a primera vista irresolubles.

Esta cifra relativamente pequeña de personas situadas en las altas esferas no se debe confundir con la de los casi dos millones de *rukovoditeli*, los funcionarios que desempeñaban cargos de gestión, un grupo más numeroso y

que ocupaba, a lo largo y ancho del país, cargos en los sectores económico y administrativo y en el Partido.

Es innegable que el salario de los *apparatchiks* de Moscú era bueno. Sin embargo, en la Unión Soviética los salarios no eran una vara de medir adecuada para evaluar las condiciones de vida o la valoración que se hacía de los méritos personales. Además de la satisfacción inherente que provocaba el hecho de ocupar un alto cargo, las recompensas reales a que todos aspiraban cabía buscarlas en el sistema de privilegios y prebendas, del cual nos ocuparemos siquiera sea brevemente.

PRIVILEGIOS Y PREBENDAS

Uno de los privilegios más anhelados era el acceso prioritario a servicios médicos^[7]. La lista de beneficiarios estaba en poder de un directorio especial del Ministerio de Sanidad, el cuarto, que también tenía a su cargo los mejores centros hospitalarios. A su mando estaban tres centros de diagnóstico y tres hospitales de primer nivel, así como un centro especial de diagnóstico y tratamiento reservado a los miembros del Comité Central, al gobierno y a sus familias. El primer y el segundo centro de diagnóstico, así como el hospital universitario y un centro de urgencias, estaban reservados a los líderes de los órganos del Partido a escala local y central, a los de los órganos del soviet y a los responsables de las agencias económicas.

La lista de privilegiados creció a raíz de decisiones posteriores del Comité Central y del Consejo de Ministros, en las que se percibía la bonanza de la economía nacional, de las organizaciones sociales y de los medios de comunicación. La nómina acabó incluyendo a cerca de medio millón de personas. De este modo, los funcionarios de primera categoría, así como sus familiares, desde los que habitaban en la capital hasta los que estaban destinados a los distritos, tenían acceso a las mejores instalaciones sanitarias. El reducido círculo de miembros del Politburó y del Consejo de Ministros disponía de sus propios servicios de salud en el Kremlin, supervisados por el Ministerio de Sanidad.

Bastaba con afirmar que se tenía derecho a las «instalaciones médicas del Kremlin» para dar a entender el rango personal (y sacar partido de él). No hay mejor fuente que los archivos del Ministerio de Sanidad, donde también podemos hallar algunos datos interesantes sobre quiénes perdieron las

prebendas, y no sólo por el hecho de haber sido defenestrados, para saber con exactitud quién figuraba entre los escogidos. Sin embargo, los hospitales y las instalaciones médicas son únicamente una parte de esta historia.

El 19 de abril de 1966, el vicerresponsable del Departamento de Asuntos Financieros del Comité Central trasladó a la Oficina Central de Estadística, en respuesta a una petición de la agencia, la lista de sanatorios, casas de reposo y hoteles que controlaban. El 1 de enero de 1966, había doce sanatorios, cinco casas de reposo (sin contar las que admitían estancias de un solo día) y dos hoteles. El documento puntualizaba quién, adultos y niños, tenía derecho a usarlas, cuántas personas pasaban por cada uno de esos lugares al año en temporada alta y dónde estaban ubicados. La Oficina Central de Estadística había recibido la orden de vigilar de cerca estas prebendas. Asimismo, el documento ofrecía datos similares acerca de los edificios controlados por el Ministerio de Defensa y por el KGB. Todo ministerio que se preciara disponía de tales espacios de asueto, por no hablar de las dachas para los peces gordos.

También había que motivar a los funcionarios del Partido de menos rango y destinados a las fábricas, de manera que se crearon privilegios extraordinarios para los *apparatchiks* del Partido, del Komsomol y de los sindicatos, es decir, para los funcionarios remunerados que no estaban en las cadenas de producción. En marzo de 1961, el Comité Central decidió otorgarles las primas concedidas a los ingenieros y a los administradores por la introducción de nueva tecnología en las líneas de producción, incluida la industria armamentística. Las primas que concedía el órgano del Partido pertinente no podían superar el salario de tres años, mientras que los administradores y los ingenieros podían lograr un incentivo que podía llegar a igualar el salario de seis años^[8]. Aun así, esta cantidad ya era una cifra considerable. La afirmación —o ficción— de que el trabajo de los secretarios del Partido era fundamental se vio potenciada de este modo gracias a la remuneración por la «contribución» a la innovación tecnológica debida en realidad a los ingenieros de las empresas y los departamentos de investigación. A falta de tales mecanismos, la paga y el cargo de los funcionarios del Partido en las fábricas solamente les habría granjeado unas pobres relaciones. Sin embargo, escatimarles el derecho a estas primas habría sido como decir que su trabajo no contaba.

Carezco de pruebas que demuestren que esta medida se llevó a cabo. No podemos afirmar que fuera la mejor manera de devolver el prestigio a los funcionarios del Partido a ojos del personal técnico. Sea como fuere, es un

recordatorio —¿acaso necesario?— de que la mayoría de secretarios del Partido eran funcionarios, y no gente con un cometido político, que aspiraban a recibir el mismo trato que el resto de la población, aun cuando su contribución real a la producción fuera nula.

PENSIONES: UNA CUESTIÓN DELICADA

No hemos esgrimido aún el espinoso tema de las pensiones de los *apparatchiks* más importantes del Partido. Se podría pensar que dependían del cargo que el interesado había alcanzado al llegar al final de su carrera pero, por sorprendente que parezca, en una burocracia obsesionada por los privilegios, las pensiones eran un tema menor. El Estado, básicamente, evitaba el problema, ya que de haberlo afrontado habría tenido que fijar una edad de jubilación, lo que podría haber tenido consecuencias desafortunadas. La edad de jubilación era algo que se decidía de un modo arbitrario, un capricho de los superiores. Esta falta de regulación provocaba no pocos problemas a los funcionarios de más categoría que se jubilaban o que se veían obligados a hacerlo. A pesar de la edad, muchos secretarios regionales se habían apoltronado, impidiendo así la llegada de savia nueva, pues temían asimismo un descenso pronunciado y dramático en sus condiciones de vida. Con Brezhnev, las pensiones dependían de lo que acordaran los miembros del Politburó, incluso en el caso del propio Brezhnev o de la gente de su entorno. Este vacío legal no hacía sino acrecentar la subordinación de los líderes locales para con la capital. Con frecuencia, un líder local devoto que no había cuidado lo suficiente las relaciones con sus superiores se veía perjudicado a la hora de jubilarse, a diferencia de lo que sucedía con los «pelotas»^[9]. Volvamos la vista a lo que dice Ligachev, un miembro del Politburó entregado al Partido y conocido por su integridad personal al que, no obstante, más le habría valido informarse de si tal comportamiento era «comunista» y de los motivos que tenía para insistir tanto en aplicar al Partido dicha etiqueta.

Acabaremos este apartado, sin embargo, con una nota alegre: finalmente, el Consejo de Ministros aprobó, en 1984, un decreto que regulaba las pensiones de los principales funcionarios estatales y del Partido, un año antes de la llegada de Gorbachov al poder.

UN ESTADO DEL BIENESTAR... PARA EL PARTIDO Y PARA LOS CAPITOSTES DEL ESTADO

Aunque existían vacíos sorprendentes en el tema de las pensiones, las prebendas que el régimen ofrecía a los miembros de la cúpula, que también trabajaban para el Estado y para el Partido y recibían por ello un salario, a pesar de que no fueran los propietarios o los copropietarios de las unidades que estaban bajo su control, nos permiten hablar legítimamente de un Estado del bienestar. Evidentemente, tal Estado del bienestar también existía para las capas más pobres de la población, pero en el caso de los privilegiados cobraba unas proporciones lujosas impensables para las condiciones de la Unión Soviética. En una economía constantemente azotada por la escasez, un buen salario no era suficiente, y se necesitaba una autorización para acceder a productos y servicios muy buscados y que únicamente estaban a disposición de las clases acomodadas. Eso explica el desarrollo de un mecanismo perverso en el que participaban los funcionarios de más rango, que presionaban para conseguir prebendas por su buen rendimiento, y los patronos más poderosos, como el Comité Central, el Consejo de Ministros o los ministerios, que se servían de tales privilegios como si de una zanahoria o un palo se tratara, y los concedían o los retiraban a su antojo. Esta situación llegó a poner en peligro el sistema, ya que giraba en torno de la redistribución de los recursos existentes, no de la creación de nuevos. Inevitablemente, este panorama puso de manifiesto la existencia de motivaciones desconocidas en ambos bandos. El apetito de los administradores era insaciable, y superaba los límites del sistema. Que algunos *apparatchiks* con cargos de responsabilidad siguieran siendo ardientes defensores de su «socialismo» tiene una explicación bien sencilla: bajo ningún otro sistema habrían conseguido llegar tan lejos. Sirvan unos cuantos ejemplos para que juzguemos por nosotros mismos el grado de confort material del que disfrutaban los principales *apparatchiks* a medida que ascendían en el organigrama del aparato central.

Sin ocultar su incredulidad, un secretario del Comité Central hizo una relación de las prebendas que le ofrecieron. El relato se remonta a 1986, pero la información puede ser válida también para períodos anteriores, y procede del antiguo embajador en Washington, Anatoli Dobrinin^[10]. Dobrinin conocía bien a los jerarcas, pero no tenía sino una vaga idea del universo del aparato del Partido. En marzo de 1986 fue nombrado secretario del Comité Central en tanto que responsable del Departamento Internacional. Al día siguiente, se reunió con un representante del noveno directorio del KGB encargado de la

seguridad personal de las principales figuras políticas y de las prebendas materiales de los miembros del Politburó y de la Secretaría (con frecuencia se referían a él como «la niñera del Politburó»). «Me vi sumido en un mundo diferente», escribe Dobrinin. Según las normas en vigor, le correspondían tres guardaespaldas, una limusina Zil y una dacha cerca de Moscú, en Sosnovyi Bor, la «Sosnovka» que ocupara el mariscal Zhukov hasta su muerte, así como el siguiente personal: dos cocineros, dos jardineros, cuatro camareras y vigilantes. El edificio constaba de dos plantas y tenía un gran comedor, un salón, varias habitaciones y una sala de proyecciones, a lo que cabía añadir un complejo adyacente con pista de tenis, sauna, un invernadero y un huerto. «¡Menudo contraste con la vida en Moscú a la que estaba acostumbrado!». Aun así, Dobrinin no era sino uno más de los secretarios del Comité Central, ni siquiera un miembro del Politburó, y menos aún el secretario general. ¿Qué le correspondía a un miembro del Politburó? No lo menciona. Más, por supuesto, que a un secretario del Comité Central, pero mucho menos que al secretario general. Sea como fuere, es preciso destacar la sorpresa, sincera, de aquel moscovita bien situado; y por eso, digno de algunos privilegios.

Cualesquiera que fueran los privilegios que tenían a su alcance, los miembros del Politburó siempre podían pedir más, aunque algunos, la mayoría tal vez, no estaban demasiado interesados en el lujo, y mucho menos en el lujo ostentoso, con la salvedad ya conocida de Brezhnev.

La experiencia personal de Ligachev nos sirve para hacernos una idea de cómo trabajaba el Politburó en sus últimos años, a principios de los ochenta^[11]. Después de la muerte de Andropov, el Comité Central eligió a Konstantin Chernenko como secretario general, a propuesta del primer ministro, Tijonov, y secundado por Gromiko. Se trataba de una elección segura. Un año más tarde, Chernenko provocó una cierta consternación al proponer que Gorbachov, el protegido de Andropov, presidiera las reuniones de la Secretaría, convirtiéndolo así en el número dos del régimen. Algunos sectores dejaron oír su disconformidad, pero Chernenko, a pesar de que la relación entre él y Gorbachov no era ni mucho menos estrecha, insistió. El número dos del régimen no era un puesto formal. Según recuerda Ligachev, en 1984 hubo quien buscó pruebas comprometedoras contra Gorbachov de los años en que había sido secretario regional de la región de Stavropol, pero no da nombres. El uso de materiales comprometedores era una de las armas más habituales en las luchas entre los miembros de la cúpula: uno de los dos bandos hacía todo lo posible para hundir al otro en el lodo. En estas

circunstancias, tener acceso a los archivos de la policía o a información procedente del mundo del hampa podía ser algo de sumo valor.

Tchazov, el ministro de Sanidad, trasladó a Chernenko informes detallados sobre el estado de salud de otros líderes. Sin embargo, el estado de salud del secretario general era materia reservada, y ni siquiera los miembros del Politburó lo conocían. Este secretismo suponía un marco idóneo para todo tipo de rumores y permitió que varios miembros de la cúpula, que tenían acceso personal al secretario general, ya enfermo, lo manipularan para obtener de él favores para su persona o su grupo.

El edificio del Comité Central en Staraia Ploshchad también era un lugar rodeado del más alto secreto, pero quienes estaban al corriente de sus interioridades cuentan que, tradicionalmente, el despacho número 6 del noveno piso era el del secretario general y que el número 2 era conocido como «el despacho de Suslov», desde donde, posiblemente, se movieran los hilos de la Secretaría del Comité Central.

El Politburó se reunía cada jueves a las once en punto de la mañana, en el Kremlin o en la Staraia Ploshchad. En el tercer piso del ala antigua del edificio del Kremlin también tenía un despacho el secretario general, así como una sala de visitas. En ese mismo lugar se hallaba la «sala de nogal», con una gran mesa redonda en torno de la cual los jefes discutían de manera informal las cuestiones antes de que se iniciara la sesión del Politburó. Los miembros candidatos y los secretarios generales del Comité, que aguardaban también el inicio de ella, no participaban en estas discusiones informales.

Con Brezhnev, las reuniones del Politburó habían sido cortas, y tardaban una hora, o incluso cuarenta minutos, en tomar las decisiones que ya se habían preparado de antemano. Con Andropov, el trabajo del Politburó era mucho más concienzudo, y las deliberaciones podían durar horas. El Politburó tenía que aprobar nombramientos importantes, algo a lo que no se prestaba demasiada atención en tiempos de Brezhnev y que se cuidó un poco más con Andropov.

Un fragmento de las memorias de Ligachev añade algo más de interés a este retrato colectivo. Un día, posiblemente en 1983, uno de los miembros más influyentes del ala conservadora, Ustinov, que durante años había sido responsable de Defensa y que murió en 1984, dijo al recién llegado Ligachev: «Igor, eres uno de los nuestros. Formas parte de nuestro círculo». Ligachev

confiesa que no acertó a entender a qué se refería. De hecho, Ustinov ayudaba al novato a comprender que el Politburó estaba integrado por varias facciones, y que en la suya se congregaban los «patriotas estatales» conservadores. Tras la muerte de éste, la falta de apoyo de Ligachev por «su» grupo se dejó notar, aunque por aquel entonces, Ligachev ya formara parte del círculo de Gorbachov. Más tarde, sin embargo, durante la perestroika, regresó a las filas conservadoras. En sus memorias, Ligachev explica que se puede trazar una descripción de Gromiko, Ustinov y Chernenko, las figuras de la generación anterior, a partir de toda una serie de fracasos: eran responsables de que el Estado estuviera «al borde de la ruina» en los años ochenta. Con todo, añade que debe constar en su haber no haber decidido seguir la línea de Brezhnev sino respaldar a Gorbachov. En este sentido, demostraron más talla que todos los chaqueteros que, a última hora, abandonaron la política para centrarse en sus negocios. Gromiko fue el primer miembro del Politburó que propuso el nombre de Gorbachov para el cargo de secretario general, lo que le granjeó el refrendo unánime no sólo del Politburó, sino también de las secretarías del Comité Central. Según Ligachev, sin embargo, las cosas habrían podido ser muy diferentes.

A propósito del *modus operandi* del Politburó en tiempos de Gorbachov, las memorias de Dobrinin aportan un dato interesante, y es que apenas había cambiado su funcionamiento. La diferencia principal radicaba en el estilo personal de Gorbachov, mucho más moderno que el de las figuras mencionadas por Ligachev en un período en el que, con Chernenko enfermo, el ambiente que se respiraba era mucho más parecido al del círculo de sacerdotes de un culto místico que al de los jerarcas de un Estado moderno.

Dobrinin participaba en las reuniones del Politburó en calidad de secretario del Comité Central, y tenía derecho a intervenir pero no podía votar. Los secretarios del Comité Central siempre asistían. De vez en cuando, Gorbachov convocaba reuniones especiales. Raras veces se votaban cuestiones polémicas, ya que Gorbachov ponía freno a esas situaciones afirmando que había que estudiar con más detenimiento la cuestión y que se discutiría en la próxima reunión. Entretanto, preparaba la decisión que quería que se adoptara. A Gorbachov le gustaba hablar extensamente, y en ocasiones las sesiones se alargaban hasta las seis o las ocho de la tarde, pero también daba la palabra a sus colegas: en este sentido, el ambiente de las reuniones era de lo más democrático. A la hora de la comida, todos se sentaban en una larga mesa situada en el pequeño salón de reuniones. Podían escoger entre dos menús sencillos, sin alcohol. Durante el ágape, la discusión era más

distendida, y no se tomaban notas de lo que se decía, aunque la asistente personal de Gorbachov sí que tomaba notas «privadas».

Oficialmente, tan sólo se consignaban por escrito las decisiones del Politburó, y se transmitían a un grupo de funcionarios, que debían encargarse de ponerlas en práctica y de supervisarlas. Las decisiones más importantes se guardaban en un archivo especial. El secretario general se ocupaba de dictar el orden del día, pero los miembros del Politburó tenían la potestad de añadir más puntos o de corregirlo, si bien casi nunca lo hacían. El Departamento General, el principal órgano ejecutivo de la Secretaría, enviaba la documentación de las reuniones uno o dos días antes. Este departamento ocupaba un lugar especial en el aparato del Partido, y siempre estuvo bajo las órdenes de la mano derecha del secretario general: Chernenko, en tiempos de Brezhnev, y Lukyanov, y posteriormente Boldin, en la era Gorbachov. Lukyanov era un tipo educado y comedido, mientras que Boldin era un burócrata estrecho de miras que influía en Gorbachov, de ahí que muchos se sorprendieran, cuando Boldin se quitó la máscara al presentarse como uno de los instigadores del golpe de Estado contra Gorbachov en agosto de 1991.

El Departamento Internacional, del que se ocupaba Dobrinin, no guardaba relación alguna con el de Asuntos Exteriores. Los 200 funcionarios que trabajaban en él trataban con los partidos comunistas y demás grupos de izquierdas del extranjero, pero no mantenían contacto con los partidos de las democracias populares, de los que se ocupaba otro departamento. Dobrinin había pedido a Gorbachov que acabara con esta situación, que databa de los tiempos del Komintern, y permitiera a su departamento ocuparse de las relaciones exteriores, y lo logró el 13 de mayo de 1986, cuando Gorbachov también autorizó el traslado de varios expertos del Ministerio de Asuntos Exteriores al Departamento Internacional para que asistieran a Dobrinin en su nuevo cometido^[12]. Este movimiento respondía a una serie de tejemanejes internos. Como podemos leer en sus memorias, Gorbachov se había propuesto acabar con la influencia de Gromiko en materia de política exterior, e incluso eliminarlo por completo de la vida política. Con la ayuda de Dobrinin en el terreno profesional, el secretario general monopolizó la política exterior.

En el contexto de este esbozo del funcionamiento del Politburó, es importante que veamos que, a pesar de su estilo «moderno», Gorbachov era, en el fondo, un secretario general «chapado a la antigua». Su trayectoria en el aparato del Partido había modelado la concepción que tenía del poder, y especialmente la del papel del secretario general como un personaje de más

importancia que el resto de miembros del Politburó y sujeto a sus propias reglas. Aunque no abunde Dobrinin en ello, su descripción así lo confirma: Gorbachov manipuló a sus colegas sirviéndose de estrategias más bien diáfanas para lograr sus objetivos. Gorbachov fue incapaz de librarse del «síndrome del secretario general», y tardó un tiempo en darse cuenta de que el sistema de poder que había dado a luz a un cargo «incorpóreo» como éste estaba en las últimas.

Prosigamos con el estudio de los problemas y de los males del país desde una óptica diferente: la de los hombres que estuvieron al frente de las instituciones o de un determinado sector clave. Las figuras que hemos seleccionado no son los miembros del Politburó típicos (Brezhnev, Kirilenko, Suslov, Chernenko...), gestores hábiles en algunos casos, pero medianías políticas e intelectuales que, con el tiempo, sobrevivieron; a éstos podríamos calificarlos como «la ciénaga», y ejemplifican, por el mero hecho de que supieron mantenerse en el poder, la decadencia del sistema. En su lugar, hemos escogido a diferentes figuras que demostraron su capacidad para reflexionar sobre el sistema, o sobre su ámbito de actuación, y que se mostraron dispuestas a intentar modificarlo. Es posible que muchos de ellos compartieran nuestra opinión sobre «la ciénaga» como la principal responsable del período de «estancamiento».

El espacio nos obliga aquí a presentar únicamente unas pocas figuras, y en especial a Jrushchov, que inaugura este período, y a Andropov, que lo cierra.

ANDREI GROMIKO

Andrei Gromiko fue una figura de una talla política considerable, pero una personalidad harto gris, una rara combinación de características incompatibles. Estuvo al frente de la política exterior de la Unión Soviética durante veintiocho años. Aunque no se tiene conocimiento de que hubiera participado en ninguna iniciativa reformista, fue uno de los pilares del sistema en este ámbito de primer orden. Muchos lo consideraban una persona aburrida hasta el tedio y malcarada, pero si recabamos la opinión de los diplomáticos occidentales con los que trató, como Henry Kissinger, intuiremos que se trataba posiblemente del «número uno» de la diplomacia internacional,

reconocido entre sus homólogos por su extraordinaria capacidad de trabajo: «Sólo si has sobrevivido a Gromiko después de reunirse con él durante una hora, puedes empezar a considerarte un diplomático». Uno de esos supervivientes fue el presidente Reagan. Tras una hora con Gromiko, regresó emocionado a la Casa Blanca, donde celebraron el acontecimiento como se merecía: en cierto sentido, aquella reunión era su acto de graduación. Lo que el político no sabía, sin embargo, era que Dobrinin había informado a Gromiko acerca de Reagan y le había recomendado que no presionara al presidente por razones diplomáticas. Los responsables de la delegación israelí en las Naciones Unidas, incluido David Horowitz, jamás dijeron nada en sus memorias sobre la expresión «amarga» de Gromiko en su etapa como embajador soviético en aquella institución, momento en el que se debatía la creación del Estado de Israel. Cada día les preguntaba: «¿Qué puedo hacer hoy por ustedes?». Los tiempos cambian.

Cualquiera que sea el análisis que se haga de la personalidad de Gromiko, la diplomacia soviética y la actuación de sus expertos y embajadores fue extraordinaria bajo su mandato, un hecho que podemos atribuir, sobre todo, a su perfeccionismo. La lectura de sus notas, análisis y recomendaciones sobre la situación internacional pone de relieve el profundo conocimiento que tenía del asunto. Otra cosa bien distinta es que sus colegas del Politburó le prestaran atención. No obstante, la información que llegaba a la cúpula, y no sólo en el ámbito de la diplomacia, era cada día mejor, una prueba irrefutable de la «modernización» del sistema. Hoy, basta con toparse con un diplomático ruso formado en esta escuela, que dominará asimismo varios idiomas, para comprobar lo orgullosos que están de su *alma mater*. Los embajadores soviéticos en los países estratégicos siempre eran personas muy respetadas, y especialmente el decano de estos, Dobrinin, o el embajador especial Kvetsinki, famoso por los progresos alcanzados durante el «paseo por el bosque» con su homólogo norteamericano, Paul Nitze.

La característica principal de Gromiko era su identificación absoluta con los intereses del Estado y el servicio fiel a la patria, rasgos que explican su capacidad para borrar de la primera línea y dominar su ego, algo extraordinariamente inusual en quien fue la pieza fundamental de la diplomacia internacional durante veintiocho años. Egon Bahr, el político de la República Federal de Alemania que estuvo al frente de la diplomacia entre 1968 y 1972, no esconde su admiración por Gromiko. En referencia a los recuerdos que tenía de éste, y que apenas dan pistas sobre su vida y sus logros, Bahr observaba:

Ha dejado un verdadero tesoro escondido para las generaciones futuras y se ha llevado consigo a la tumba un conocimiento sensacional de la relación existente entre los episodios históricos y las principales figuras de su etapa, un saber que únicamente él podría haber desvelado. ¡Qué pena que un hombre tan extraordinario no fuera capaz al final de recoger sus vivencias! Servidor fiel del Estado, creía que debía limitarse a presentar de un modo sobrio y conciso los hechos esenciales^[1].

Podemos concluir esta rápida semblanza de Gromiko aludiendo a una de sus intervenciones políticas más importantes. Después de haber sido uno de los estadistas más notables del Politburó en tiempos de Brezhnev, Andropov y Chernenko, desempeñó un papel crucial en el nombramiento de Gorbachov como secretario general, a pesar de saber que se iniciaba así una vía reformista, posiblemente en la dirección insinuada por Andropov. Como dio a entender Ligachev, el resultado de aquella reunión del Politburó podría haber sido muy distinto.

NIKITA JRUSHCHOV

En la personalidad de Nikita Jrushchov se mezclaban, de un modo insólito, diferentes rasgos. Sigo sin saber cómo logro sobrevivir a Stalin y si llegó a temer por su vida mientras estaba a las órdenes del dictador. Tal vez fueran su vertiente campechana y su capacidad para bailar el *gopak*, un baile popular ucraniano, durante un banquete organizado por Stalin —«cuando Stalin dice “baila”, tienes que bailar», recordaba— lo que confundió al jerarca acerca de las ambiciones y las intenciones de este «bobalicón». Y lo cierto es que no hay dos personas más diferentes entre sí.

Jrushchov causó sensación en todo el mundo, y no sólo por haber golpeado con el zapato el pupitre durante una sesión de las Naciones Unidas (¡qué poco diplomático!) o por haber exclamado «¡Os vamos a enterrar!» ante los norteamericanos, unas palabras que responden, de hecho, a un error de traducción, pues *My vas pojoranim* también significa «os sobreviviremos». Sabía asumir riesgos considerables, como hizo sobre todo en 1962 durante la crisis de los misiles, de la que no salió vencedor ni vencido. Era asimismo un partidario convencido de la paz a escala mundial. Quienes trataron con él directamente en cumbres internacionales jamás negaron que fuera él quien movía los hilos. Sin embargo, tendía a hablar demasiado, tanto que en

ocasiones revelaba secretos de Estado incluso estando sobrio, para desesperación del KGB. Jrushchov fue un reformista, no un estadista; un líder impetuoso e impaciente con una cierta predilección por las panaceas a gran escala y, a veces, arriesgadas. De vez en cuando, podía ser de lo más audaz. La iniciativa del «discurso secreto» contra Stalin durante el XX Congreso partió de él, y sorprendió a sus colegas recalcitrantes y se impuso a ellos sin mostrar el menor respeto por las reglas o los cumplimientos. Y fue así como, de súbito, el Congreso supo que el icono, el ídolo, el símbolo glorioso del extraordinario poder que había alcanzado el país era un sangriento asesino de masas. Para los antiestalinistas, fue toda una revelación. Los estalinistas de todas las tendencias, por su parte, estaban avergonzados, y afirmaban que aquella descripción era exagerada, cuando lo cierto es que no era sino incompleta. Para los estalinistas inveterados, lo más vergonzoso era ver cómo manifestaban su sorpresa tantos jerarcas: ¿cómo podían fingir que no sabían nada de tamañas atrocidades? De hecho, sólo unos pocos estaban al corriente de la dimensión real de los crímenes: la secretaria personal de Stalin, un puñado de miembros del Politburó y los responsables del MVD que habían dirigido las operaciones.

La denuncia de Stalin y de su culto estuvo precedida de la rehabilitación de un número importante de víctimas inocentes, a las que se devolvió el carnet del Partido. Todo este episodio convirtió el terror estalinista en una de las cuestiones más importantes del primer congreso celebrado tras la muerte del líder^[2]. Antes incluso del «discurso secreto», el Presidium creó, el 31 de diciembre de 1953, y en virtud de una decisión del Comité Central, una comisión de investigación en la que figuraban Pospelov, Komarov, Aristov y Shverník, y que se bautizó con el nombre de su presidente, Pospelov. La tarea de este grupo era determinar el alcance de la represión entre los miembros y los miembros candidatos del Comité Central elegidos en el XVII Congreso, en 1934. La comisión contó con la ayuda del jefe de el KGB, Serov, y de un grupo de responsables departamentales de ese mismo órgano: secretaría, personal, archivos e inspección especial. La Oficina del Fiscal estaba representada por el ayudante del fiscal militar jefe. Todas estas personas eran, por descontado, miembros del Partido. En vísperas del Congreso, el Presidium del Comité Central escuchó el testimonio del prisionero Boris Rodos, que había intervenido como inspector en algunos casos célebres y que había sido una figura clave en los juicios políticos de finales de los años cuarenta. En su declaración, afirmó que Stalin se había encargado personalmente de todo. Rodos había interrogado a las víctimas y solicitaba

constantemente que se incrementaran las cuotas de ejecuciones. Jrushchov insistió en destacar la responsabilidad personal de Stalin y solicitó que se abordara la cuestión durante una de las sesiones del XX Congreso. En los debates mantenidos en las reuniones del Presidium, Molotov, Voroshilov y Kaganovich se mostraron partidarios de ensalzar la grandeza de Stalin a pesar de sus crímenes. Mikoyan y Saburov, sin embargo, se opusieron: «Si todo esto es cierto, no hay perdón posible», afirmó Saburov. El 8 de febrero de 1956, el comité presentó al Presidium un cuadro escalofriante que plasmaba el exterminio sistemático de un sinnúmero de cuadros del Partido y del Estado ordenado por Stalin.

Con el desalojo de Jrushchov del poder, en 1964, reapareció una línea más conservadora. Los círculos reformistas se mostraban nerviosos ante la posibilidad de una rehabilitación de la figura de Stalin. Con todo, y salvo algunas iniciativas en este sentido por parte de diversos miembros del nuevo equipo, no regresó ni el espíritu de Stalin, ni el estalinismo. Gracias a la decisión de Jrushchov, el término «estalinismo» dejó de asociarse al sistema soviético. Su decisión de sacar el cuerpo de Stalin del mausoleo y darle sepultura en otro lugar evitó que retornara el espíritu del mal (a veces se tienen en cuenta las supersticiones populares). Toda vez que seguía habiendo estalinistas en las altas esferas que albergaban deseos secretos, y por más que siguieran vigentes algunos vicios del viejo sistema, el estalinismo como tal pertenecía al pasado.

Jrushchov tuvo que pagar un elevado precio político por la terapia de *shock* que practicó. Aun así, sobrevivió a las consecuencias de la desestalinización, no sin dificultades, y es posible que en algún momento lamentara lo hecho en el pasado. Sea como fuere, la denuncia de Stalin no se quedó en las meras palabras, sino que se apoyó en hechos, antes y después del discurso: toda una serie de «rehabilitaciones» y el desmantelamiento del complejo industrial del MVD que, como ya hemos visto, era el núcleo de la maquinaria represiva del estalinismo.

El estilo y el fervor de Jrushchov se explican por su populismo genuino, pero también por un sentimentalismo que no siempre sabía controlar. Sin embargo, dejando de lado las bromas sobre su «socialismo de goulash» —llegó a afirmar que era mejor un goulash a pronunciar frases vacuas sobre el bienestar popular—, estaba convencido de que la mejora de las condiciones de vida era algo más que un imperativo de la política: era una cuestión de justicia y de «socialismo». Su carácter campechano era real. Estaba orgulloso

de sus orígenes obreros e incluso de sus raíces campesinas, y había sido aprendiz de pastor antes de iniciar su carrera como obrero metalúrgico y minero. Existía una relación directa entre este pasado y su manera de expresarse, su odio hacia el estamento militar, su aversión hacia la burocracia y su predilección por las escuelas secundarias orientadas a la producción. Afirmó que había intentado promocionar tal reforma porque las escuelas secundarias existentes eran centros educativos donde no se enseñaba nada acerca del trabajo físico en el campo o en la fábrica. La presión de la opinión pública, es decir, de las clases acomodadas, más instruidas, y de la burocracia, indignadas ante esta «industrialización» de la escuela secundaria y que se opusieron a ella, le hizo desistir de llevar adelante la reforma. Y con el tiempo quedó claro que estaban en lo cierto, pero todo nos hace pensar que estos rivales eran los grupos para quienes Nikita no tenía tiempo que perder: ¡no habían cogido un pico en la vida!

Jrushchov aplicaba la misma filosofía en sus difíciles relaciones con los artistas creativos. Le gustaban *La casa de Matriona* y *Un día en la vida de Iván Denisovich*, y autorizó su publicación. Ambas novelas describían a unos personajes del entorno rural con una gran carga moral: Matriona, una campesina, posee una personalidad fuerte y admirable; Iván, también campesino, conserva su dignidad a pesar de la realidad humillante de los campos.

Debemos referirnos aquí una vez más a Tvardovski, el editor de la revista literaria *Novyi Mir*, que había publicado las dos primeras novelas de Solzhenitsin y que intentó editar algunas más. Las buenas relaciones entre Jrushchov y Tvardovski se basaban, literalmente, en la procedencia rural de ambos. Tvardovski era el hijo de un kulak expoliado y perseguido. Conocía al dedillo el mundo rural y se había mantenido en contacto con la realidad rural a pesar de formar parte de la elite intelectual de Moscú. Jrushchov posiblemente aceptara las críticas políticas si salían de la boca de gente de extracción popular y las formulaban de un modo sencillo, pero no soportaba que los intelectuales urbanos dijeran lo mismo con su estilo alambicado. Asimismo, era capaz de despreciar con dureza, e incluso grosería, las obras que no entendía o a los artistas que sospechaba que eran hostiles al régimen.

Tvardovski era diferente a ojos de Jrushchov. Durante la guerra, escribió un largo poema sobre las aventuras de un soldado de extracción popular, Vasili Terkin. Tras la guerra, regresó a su héroe, ahora desmovilizado, en un poema titulado «Terkin en el cielo», en el que Terkin va al cielo, donde

observa (y padece) la burocracia celestial antes de decidirse por retornar a la tierra; ahí la burocracia es, cuando menos, soportable. En cuanto se enteró de la existencia de esta sátira feroz sobre la burocracia soviética, y por extensión del sistema, y que se convirtió con el tiempo en una obra de teatro, Nikita llamó a su yerno, editor de *Izvestia*, para decirle que la publicara inmediatamente. Si la hubiera escrito, en cambio, un intelectual de moda, posiblemente habría marcado otro número.

Citaremos aquí un detalle sintomático. El célebre director de cine Mijail Romm y el escultor no menos famoso Ernst Neizvestni estuvieron sometidos ambos a los arranques de ira de Jrushchov; y ambos reaccionaron brusca e inflexiblemente. Con todo, pasado el tiempo ambos se refirieron a él con buenas palabras, y defendieron el papel histórico del dirigente. Neizvestni se encargó de esculpir la lápida de Jrushchov, sin cobrar por ello, en contra de la voluntad de quienes estaban en el poder. Años más tarde, las palabras que Romm dedicó al político también fueron amables. Es evidente que Jrushchov emitía señales contradictorias, pero los dos artistas destacaron únicamente los rasgos positivos. Del mismo modo, como veremos más adelante, Anastas Mikoyan, después de sopesar los pros y los contras, acabó considerando que Jrushchov había sido «alguien».

Llegados a este punto, es preciso regresar a dos hechos históricos a los que nos hemos referido en la primera parte. En primer lugar, la Rusia soviética era, en 1945, un Estado poderoso, aunque también convulso. Un sistema en decadencia provocaba que el país se muriera de hambre, que estuviera devastado, agotado y aterrorizado. La URSS era poco más que una superpotencia necesitada y enferma. Con Jrushchov, el país sufrió una mejoría extraordinaria durante los años cincuenta y principios de los sesenta. Por más que digan los expertos sobre la necesidad de no exagerar los resultados a la vista de lo bajo que era el punto de partida, los ciudadanos soviéticos notaron estos cambios. Rusia logró recuperar el estatus de potencia, y cerró al mismo tiempo las heridas de la segunda guerra mundial y se sobrepuso a los estragos del estalinismo. Dio con los recursos para garantizar el crecimiento en el futuro y el funcionamiento de las instituciones a todos los niveles. El régimen disponía de los recursos y de la fuerza, porque para recuperarse de tan ruinosa situación hacía falta una vitalidad desbordante.

En segundo lugar, a pesar de ser un personaje con talento, astuto y capaz de aprender, Jrushchov no era un estadista contemporáneo y un estratega político, sino un líder «no moderno», una nueva versión del *joziain* («amo»).

El modelo del *joziain* aún estaba vigente entre los miembros de la cúpula, que continuaban creyendo que llevaban las riendas del Estado como quien dirige una granja, ocupándose del menor detalle. Jrushchov y la mayoría del resto de jerarcas eran fruto de un patriarcado muy arraigado, como lo demuestra, por ejemplo, la intransigencia con las opiniones de otros. Observadores como F. M. Burlatski, que trabajó durante muchos años en la prensa y en el aparato soviético, confirman esta opinión. Aunque el impetuoso gobernante populista no era un déspota en comparación con Stalin, también él tenía una cierta tendencia a ocuparse personalmente de todas las cuestiones, ya afectaran a las instituciones o a las personas. No en vano, Stalin había sido el único jefe al que Jrushchov —y muchos otros más— había conocido, y posiblemente se inspirara en él, toda vez que despreciaba muchas de las prácticas en que había incurrido. A diferencia del generalísimo, por ejemplo, no soportaba a los militares, ni sus ridículos uniformes. Los sacó de quicio, sobre todo a los miembros de la cúpula del KGB, tan apegados a sus uniformes y a sus títulos, al exclamar: «Vamos a arrancarles las charreteras y los galones», una amenaza que llevó a cabo en el caso de los generales del KGB. Algunas ideas de Jrushchov suponían todo un peligro para los *apparatchiks*, como por ejemplo la propuesta de introducir la rotación obligatoria de los funcionarios de cualquier nivel a partir de una edad determinada. Algunos afirman que este fue el motivo por el que los brezhnevistas lo derrocaron. Otros opinan que los «conservadores» jamás le perdonaron la «desestalinización» y la pérdida de prestigio, así como la desorientación que provocó en el universo comunista y en otros lugares. Lo cierto es que ambos factores tuvieron que ver en su caída, junto con muchos más, como las nuevas ideas «descabelladas» que barajaba y que los conspiradores de 1964 cortaron de raíz.

ANASTAS MIKOYAN

Anastas Mikoyan fue un personaje extraordinario, alguien que resumía en su persona el régimen soviético o, mejor dicho, la historia de sus jerarcas. Miembro del Politburó durante unos cuarenta años, quienes lo conocían lo consideraban «indestructible». Maestro en el arte de la supervivencia, demostró una gran capacidad para conservar un cierto grado de humanidad y no perder el contacto con la realidad, a pesar de haber participado en un sinnúmero de actos atroces de los que no siempre podemos responsabilizarlo. En sus memorias, se confiesa estalinista desde los inicios. Sus reflexiones sobre sus primeros años como líder son de lo más ingenuas e indulgentes para con

Stalin, feroces contra los opositores antiestalinistas y extraordinariamente desinformadas acerca de lo que realmente estaba en juego.

Como miembro del Politburó, Mikoyan no habría sobrevivido de no haber firmado las sentencias de muerte que Stalin dictaba o si no hubiera hecho los discursos apropiados sobre los «traidores contrarrevolucionarios». En sus memorias, afirma que en una ocasión le obligaron a firmar órdenes de arresto y ejecuciones porque se habían presentado pruebas «irrefutables» contra los culpables. Encargado de las cuestiones comerciales en el Politburó, en un país afectado constantemente por la escasez, Mikoyan logró alguna que otra proeza en un ámbito que, aunque vital, no figuraba a menudo entre las prioridades del régimen. Su talento organizativo está fuera de toda duda, pero también hay que admitir que era un político hábil. Aunque de él se podía esperar una gran flexibilidad, su apoyo decidido a la desestalinización de Jrushchov resulta sorprendente. Fue la única persona que apoyó a Jrushchov durante la sesión del Comité Central en la que se le destituyó: una voz aislada entre el tumulto. Y de la lectura de su archivo personal se deduce que estuvo en el punto de mira de los conservadores hasta bien entrados los años setenta. Pero Mikoyan era demasiado para ellos.

El libro de Mikoyan contiene una gran cantidad de detalles sobre los últimos días de Stalin. Éste había decidido eliminar, y posiblemente ejecutar, a Molotov y a Mikoyan, y ambos lo sabían. Tal vez eso sirva para explicar el fervor antiestalinista del Mikoyan postestalinista. Mientras Stalin agonizaba en marzo de 1953, las principales figuras del Politburó se mantuvieron casi constantemente en contacto, y se reunían en el Kremlin o se encontraban cada día en casa del jerarca. En aquellos días se sucedieron las discusiones y empezaron a cobrar forma las futuras alianzas. Mikoyan no dio el primer paso, sino que lo hizo el trío formado por Malenkov, Beria y Jrushchov. La descripción que Mikoyan hace de cómo se sucedieron los acontecimientos en el despacho que se usaba para las reuniones del Politburó es digna de Ionesco. Todo el Politburó estaba presente, pero los pesos pesados (Jrushchov, Malenkov y Beria, es decir, secretario general, primer ministro y viceprimer ministro respectivamente, aunque Beria también estuviera al frente de la policía secreta y de todo el complejo de producción industrial-militar) se encontraban en una esquina, charlando sobre los puntos que debían tratarse durante la reunión inminente. Las figuras de menor importancia tuvieron que conformarse con observar, no sin cierto temor, la formación de la nueva camarilla que tendría que dirigir sus destinos. El suspense, sin embargo, aún se mantendría, ya que esta sociedad no duraría mucho: Malenkov y Jrushchov

se aliaron con Molotov para deshacerse de Beria. Las cosas no habían hecho sino empezar. Las alianzas cambiantes eran algo endémico y una herencia manifiesta del *modus operandi* de Stalin.

Mikoyan se muestra satisfecho del cariz que adoptó la relación entre Jrushchov y Beria, así como del rumbo que tomaron otras alianzas, posicionamientos o coaliciones. Sus memorias sirven también para arrojar más luz sobre cómo trabajaba el Politburó: su incapacidad para definir unas reglas para todos, en medio de debates en los que se podía disentir y que culminaban con una decisión aprobada por la mayoría antes de pasar al siguiente punto del orden del día. Otra herencia más del estalinismo. En tiempos del dictador, que deliberadamente alimentaba la inseguridad en la que vivía su entorno, enzarzarse en una discusión y perderla podía tener consecuencias fatales. Cuando por fin el Politburó se hubo liberado de este yugo siniestro, no tenía la menor idea de cómo construir una rutina de trabajo, el «liderazgo colectivo» que proclamaban. Todo siguió girando en torno del secretario general, que conservaba el título de presidente del Presidium del Politburó, y no se podía adoptar ninguna medida política sin la aprobación del secretario general y de sus acólitos. Antes de Stalin, los órganos de gobierno, y sobre todo el Politburó, tenían una constitución, escrita o tácita. Las mayorías variaban según la cuestión que se trataba. Lenin, el líder en aquellos tiempos, estaba acostumbrado a estar en minoría y a sacar adelante, sin embargo, sus planes: una situación totalmente diferente. Volveremos a la ausencia de constitución en el Politburó.

El principal problema que plantean las memorias de Mikoyan estriba en los argumentos que presenta acerca de Stalin y del estalinismo. Fue un partidario acérrimo del líder, de su ideología y de sus políticas; mantenía una buena relación con él, lo consideraba como un político altamente capacitado y a menudo discutía con él, por lo general de asuntos económicos. No obstante, cuando Stalin empezó a eliminar a las personas que tenía a su alrededor, y sobre todo después de la inexplicable muerte de Kirov, Mikoyan comenzó a hacerse preguntas. Defendió ante Stalin a aquellos detenidos a los que conocía personalmente, con frases como: «Sabes perfectamente que es imposible que fuera un espía». Stalin respondía a estas alegaciones mostrándole presuntas «confesiones», aunque también accedía en ocasiones a sus peticiones de clemencia. Al llegar al gran terror de los años 1937 y 1938, el texto de Mikoyan sorprende por lo falso de su contenido: «El resto de miembros del Politburó no sabíamos la verdad [siempre les mostraban los documentos que se aportaban como “pruebas”], ni la escala de la represión».

Mikoyan afirma que no tuvo conocimiento de los hechos hasta los trabajos de la comisión de rehabilitaciones que encabezó. Sin embargo, más inquietante es el hecho de que Mikoyan no haga la menor reflexión crítica sobre esa manera de gobernar o ese modelo de «Partido», por más que hubiera dejado de serlo, y confiesa que Stalin hizo gala de una gran racionalidad y de una extraordinaria grandeza durante la guerra, pero que con posterioridad su comportamiento se volvió «imprevisible», y se negó a llevar a cabo la democratización que un pueblo victorioso esperaba. Sin llevar más allá las críticas, se limita a declarar que, tras la muerte de Stalin, aguardó una democratización que no llegó nunca.

Cabe suponer que estas críticas están fuera de lugar en el caso de un político que no se dedicaba al trabajo teórico, de ahí que pueda ser más pertinente identificar algunos rasgos de su personalidad que nos permitan diferenciar a los estalinistas entre sí. En otras palabras, no todos los estalinistas compartían el estalinismo «estructural». Gracias a la posición que había alcanzado, el joven Mikoyan se adaptó a la perfección al sistema antes de que se produjera el triunfo definitivo del estalinismo. Por ese motivo, no tuvo el menor problema en abandonar algunas prácticas y actitudes estalinistas y en adoptar un punto de vista diferente, incluso en términos del orden mundial. Los estalinistas «estructurales» como Molotov o Kaganovich estaban totalmente identificados con el modelo estalinista y con la persona del jerarca, y jamás renegaron de sus ideales. Existía otro tercer grupo de estalinistas que cambiaron, o fingieron haberlo hecho, de bando aunque mantuvieron una pose y una actitud estalinista. El dogmatismo y el hábito de la exclusión, la condena rotunda, la argumentación inflexible y la impresión de estar rodeados de conspiradores eran características de este grupo de personajes. Pero Mikoyan no pertenecía a ellos.

Resulta revelador lo que Mikoyan comenta sobre Jrushchov (pasaremos por alto el análisis demasiado evidente que hace de Brezhnev). Mikoyan aprueba algunos de los cambios instituidos por Jrushchov después de la llegada de éste al poder, pero también critica muchos otros. Asimismo, también se muestra en desacuerdo con lo que de él dijo Jrushchov en sus memorias. Aun así, Mikoyan hace un elogio comedido de la persona y de la tarea de Jrushchov, y compensa el relato de sus defectos con el de sus cualidades. A menudo la actitud de Jrushchov irritaba a Mikoyan, que repasa los errores del primero con todo detalle. Pero el retrato acaba con una nota positiva. De hecho, Mikoyan respaldó a Jrushchov en muchas de sus decisiones importantes y también en momentos complicados. Sin embargo,

nos lo pinta como un personaje incoherente y desleal que perdió en más de un momento el sentido de la realidad. Como también han explicado otros testigos, sus años al frente del país fueron una sucesión de iniciativas temerarias y exhibió una capacidad incomparable para poner el país patas arriba. Mikoyan se refiere a la deriva de Jrushchov sin escatimar espacio. Supo ver que Jrushchov se había enfrentado prácticamente a todo el mundo y que sus días estaban contados, y aun así defendió al caótico secretario general porque tenía en su haber no pocos méritos y porque la alternativa no resultaba atractiva. La conclusión de Mikoyan es que el irascible Nikita era «alguien» y que, después de que se deshicieran de él, deberían haber aprovechado sus conocimientos en otras tareas. Esta valoración hace alusión a un episodio poco conocido. Poco antes de ser destituido, Jrushchov, que se había desencantado con el Partido, había barajado la posibilidad de revitalizar el Soviet Supremo transformándolo en una suerte de parlamento con atribuciones. El primer paso habría sido la designación de Mikoyan como presidente del Soviet Supremo antes de dotar a este órgano de poder. Jrushchov había tomado algunas decisiones en este sentido, y Mikoyan estaba entusiasmado con la idea, pero el proyecto se fue al traste después de la caída de Jrushchov. Este episodio sirve para aclarar en parte las reflexiones que cierran la obra de Mikoyan. Sea como fuere, aunque este proyecto no salió adelante, Jrushchov ya había logrado introducir algunos cambios.

Hay un aspecto en las críticas de Mikoyan que merece ser comentado con detenimiento. Echa en cara a Jrushchov que hubiera cedido a las presiones de los conservadores (o a sus propios errores) al poner fin súbitamente a la política de rehabilitación de las víctimas del estalinismo, de la que se ocupaba Mikoyan en virtud de su cargo en el Presidium del Soviet Supremo. Mikoyan y la opinión pública de corte liberal querían rematar el proceso rehabilitando a las víctimas de los juicios espectáculo, como Bujarin, Kamenev o Zinoviev, pero Jrushchov se negó a ello a pesar de la insistencia de Mikoyan. Para éste, todas las acusaciones eran falsas y las ejecuciones se enmarcaban dentro de los crímenes que Stalin había cometido. Aun así, y a pesar de que formaban parte del sector del Partido que no se había sometido a Stalin, los acusados, por más que hubieran sido eliminados a partir de cargos falsos, eran los líderes de la oposición contraria al Partido. En uno de los primeros capítulos de su obra, el propio Mikoyan se refiere a ellos despectivamente y no niega que apoyara las propuestas de Stalin en contra de este grupo. En su fervor por seguir adelante con la desestalinización, Mikoyan parece no apreciar que

rehabilitar a las víctimas equivalía a devolver a los opositores, es decir, a los «trotskistas-derechistas», su papel de detractores del estalinismo y de Stalin.

Y es aquí donde podemos «entender» la decisión de Jrushchov. La desestalinización que puso en marcha le trajo no pocos quebraderos de cabeza, y revisar los juicios espectáculo le habría llevado demasiado lejos. No en vano, jamás se había planteado la posibilidad de abrir el Partido a la aparición de diferentes facciones y al debate.

ALEKSEI KOSIGIN

Aleksei Kosigin jamás fue una pieza política central ni un personaje extravagante. No sólo eso, sino que jamás quiso figurar entre los candidatos al puesto de secretario general. Aun así, sus extraordinarias habilidades administrativas lo convirtieron en un actor indispensable, y todo el mundo en las altas esferas sabía que sobre sus hombros descansaba el peso de la economía —nadie más tenía unas espaldas tan anchas como las suyas.

La carrera de este fabuloso administrador se asemeja a una historia del gobierno soviético, desde su inicio en puestos menores hasta alcanzar cargos de responsabilidad, y hay en ella incluso algunos episodios heroicos en tiempos de guerra. Entre éstos se encuentra, como ya hemos mencionado, la evacuación de la industria del territorio que estaba a punto de caer en manos de los alemanes y el fin del bloqueo de Leningrado al organizar la construcción de una ruta de aprovisionamiento y de agua desde las profundidades del lago Lagoda. También ostentó durante algún tiempo el cargo de ministro de Finanzas, el de responsable del Gosplan, el de viceprimer ministro, el de primer ministro y el de miembro del Politburó, y fue un personaje admirado y envidiado por los secretarios generales porque sabía mejor que nadie cómo lograr que la maquinaria administrativa funcionara. ¡La gente que lo rodeaba sí que trabajaba! No obstante, en los círculos del gobierno también era famoso por haberse enfrentado a Brezhnev a propósito del derecho del secretario general a representar al país en el extranjero, una función que consideraba debía recaer en el primer ministro, como sucedía en el resto de naciones. Esta medida estuvo vigente durante un tiempo hasta que Brezhnev, que no estaba demasiado satisfecho con dicha figura, acabó con ella. Kosigin fue asimismo el artífice de una interesante

reforma económica que puso en marcha y que los conservadores, que se la echaron en cara durante el resto de sus días, sabotearon.

El libro editado por su yerno, Gvishiani, nos deja entrever el pensamiento de Kosigin^[1]. Dedicado en cuerpo y alma al sistema, también era consciente de la necesidad de reformarlo. Allá por 1964, todo parecía aún posible. Creía en las compañías y en las cooperativas semipúblicas, era consciente de la superioridad occidental y de la necesidad de aprender de ella, creía en poner en marcha cambios graduales que allanaran el camino para una transición de una «economía administrada por el Estado» a un sistema en que «el Estado se limite a guiar a las empresas» y se mostraba partidario de diversas formas de propiedad y de gestión, un planteamiento que trató de explicar a Jrushchov y a Brezhnev aunque sin éxito. Jrushchov había nacionalizado las cooperativas de productores, y Gvishiani presenció, en una ocasión, cómo Kosigin intentó convencer a Brezhnev para que elaborara una estrategia económica real y la sometiera a discusión en una reunión del Politburó. Como de costumbre, Brezhnev recurrió a todo tipo de estratagemas dilatorias que acabaron enterrando la idea. Kosigin salió de aquellas conversaciones totalmente desmoralizado: «Lanzó una advertencia contra la fe ciega en nuestro sistema y el peligro de adoptar unas medidas políticas inadecuadas». Estaba decididamente en contra de los proyectos descabellados para «invertir el curso de los ríos de Siberia», y de las intervenciones en Checoslovaquia y Afganistán. No ocultó que la URSS estiraba más el brazo que la manga con el enorme gasto militar o la ayuda a «países amigos», pero el Politburó se negó a abordar estos problemas reales y «perdía el tiempo, en su lugar, con todo tipo de insensateces».

En tiempos de Brezhnev, muchos asuntos importantes, incluida la política exterior, se discutían en la Staraia Ploshchad, pero costaba encontrar a un interlocutor con una buena base intelectual. El papel de cerebros grises como Suslov o Kirilenko era «considerable», afirma Gvishiani, que estuvo presente en muchas reuniones o comisiones del Comité Central en las que nadie abría la boca. Los asistentes se sentaban obedientes y en silencio hasta que aparecía un documento que rezaba: «El Politburó (o la Secretaría) considera que...».

A nadie se le ocurriría conceder un papel de cierta «efervescencia intelectual» o de motor del «renacimiento» a un personaje austero y discreto como Kosigin. Lo cierto, sin embargo, es que así fue de hecho con las reformas económicas de mediados de los años sesenta, o incluso ya desde finales de los años cincuenta. El cauto Kosigin, que jamás había alzado la voz

en público, respaldó y defendió un renacimiento real en el pensamiento económico y en su literatura. Empezaron a publicarse libros de economía plagados de datos, entre los cuales había algunos escritos de lo más subversivos camuflados bajo títulos inocuos. Esta situación comportó un torrente de creatividad en las ciencias sociales, que coincidió con los debates económicos de algunas «vacas sagradas» críticas y sus consecuencias políticas. Todo este proceso contó con el amparo del primer ministro.

Los debates fueron cubriendo, lentamente, todos los aspectos principales del sistema económico. En 1964, el académico V. Nemchinov publicó una acusación en toda regla en *Kommunist* contra el sistema de abastos materiales y técnicos, donde demostraba que éste era el principal obstáculo que impedía el desarrollo económico. En las discusiones participaron muchos economistas de renombre, como Novozhilov, Kantorovich y Yefimov, así como un grupo de economistas matemáticos. Todos atacaron directamente al Gosplan, acusándolo de no ser sino un producto de un sistema administrativo de planificación que gestionaba la economía en términos de unidades físicas y fijaba arbitrariamente los precios. El capital necesario para las inversiones se otorgaba sin intereses, de ahí la extraordinaria presión que ejercían los ministerios, las empresas y los gobiernos locales para aumentar las inversiones sin la obligación de dar un uso productivo al dinero.

Todo esto era, en sí mismo, un obstáculo para que la reproducción incesante del capital permitiera alcanzar un mayor nivel tecnológico. El exceso de inversión iba por detrás de los índices de crecimiento y la consecuencia inevitable adicional de tal situación era una escasez permanente. En tales condiciones, la planificación se limitaba, en última instancia, a perpetuar una rutina.

Los debates acalorados de los años sesenta llegaron a un gran número de publicaciones. Aunque muchos autores no querían que de sus análisis se derivaran conclusiones políticas concretas, éstas estaban implícitas en los textos. Todo el mundo sabía que había un «dueño» político que estaba al frente de la economía y del sistema, y que no había manera de lograr que el genio saliera de la botella. Una carta enviada al Comité Central por tres disidentes, A. D. Sajarov, V. F. Turchin y Roy Medvedev, llegó a *Le Monde*, que la publicó en su edición del 12-13 de abril de 1970. La misiva lanzaba una advertencia sobre los peligros que se avecinaban si se demoraban mucho más las reformas. La situación de la producción era crítica, como también lo era la de los ciudadanos, y el país estaba condenado a convertirse en un

Estado de segunda fila. Un libro, *Ekonomika i Pravo* (Economía y derecho), de V. P. Shkredov, publicado en 1967, se atrevía a criticar frontalmente y de manera rotunda al Estado y sus cimientos ideológicos, algo tanto más encomiable cuanto que defendía una postura marxista. Para Shkredov, el Estado, una institución político-jurídica que se arrogaba el control de la economía, olvidaba que el aspecto político-jurídico, por importante que fuera en la vida económica, debía subordinarse a la situación real del desarrollo socioeconómico del país. Por lo tanto, el deseo del propietario de imponer su visión de la economía, de planificarla y dirigirla a su antojo, provocaría un daño irreparable si el desarrollo económico y tecnológico no permitían, como había pasado hasta la fecha, realizar una planificación administrativa adecuada. No había que confundir las relaciones de producción con formas legales como la propiedad. Eso sería prudhonismo, no marxismo. Un Estado usurpador, parapetado en su derecho a no adaptarse a la realidad, estaba condenado a la burocratización y era el principal obstáculo para el desarrollo económico. Shkredov insistía en que las formas de propiedad básicas no habían cambiado durante largos períodos de la historia, mientras que las formas de producción, como había demostrado Marx, habían evolucionado gradualmente hasta llegar al capitalismo avanzado.

El libro tuvo una buena crítica en *Novyi Mir* (n.º 10, 1968) por parte de V. Georgiev, un partidario de Kosigin. El autor alabó a Shkredov por haber abordado sin rodeos la principal tarea que tenía ante sí el país: «superar las buenas intenciones a la hora de dirigir el sistema de producción de la sociedad», insertándolo en el marco de un problema teórico mucho mayor, «la correlación entre relaciones de producción objetivas y la actividad subjetiva y voluntaria de los seres humanos». Nadie era tan ingenuo como para no interpretar aquellas líneas como una advertencia al Estado, cuya política económica estaba provocando un daño enorme.

La economía no fue, sin embargo, la única ciencia que floreció en estos años. Otros ámbitos del conocimiento estaban también en un estado de efervescencia, dando a conocer nuevas dimensiones de la vida social y cultural, planteando preguntas pertinentes y tendiendo peligrosamente hacia la arena política. La revista *Novyi Mir* se había convertido en el escaparate del pensamiento crítico en muchos terrenos, no sólo en el literario. Las 150.000 copias que se publicaban mensualmente y que llegaban hasta los rincones más recónditos del país eran aguardadas con impaciencia, y llegaban repletas de información y de análisis sobre Occidente y de una embrionaria visión socialdemócrata sobre la Unión Soviética. Jrushchov fue el primer protector

de la publicación, y Kosigin continuó respaldándolo lo mejor que pudo, al menos hasta 1968. Como ya hemos visto, Tvardovski fue destituido de su puesto de editor en 1970 y murió un año más tarde. Fue enterrado en el cementerio de Novo-Devichii de Moscú, cubierto por una lápida pequeña y discreta y rodeada por una multitud de tumbas lujosas donde descansaban personajes anónimos que habían recibido todas las condecoraciones habidas y por haber.

Los sociólogos también intentaban hacerse oír por medio de estudios sobre la mano de obra, los jóvenes y muchos otros temas obviados en el pasado, relacionados sobre todo con la urbanización (migración, familia, mujeres...). Planteaban los problemas que debía resolver una sociedad en pleno proceso de formación, que exigían nuevos enfoques y nuevas soluciones.

El mundo legal, y especialmente los criminólogos y los juristas, apremiaban al Estado para que reformara el código penal y acabara con las instituciones puramente punitivas. Se designó para ello una comisión formada por tres ministros competentes en la materia y seis jueces liberales y académicos, entre los que estaba Strogovich, lo que les aseguraba la mayoría. Podemos afirmar sin riesgo a equivocarnos que alguien en las altas esferas se había cuidado de la composición de la comisión. En 1966, el mismo Strogovich, miembro de un grupo pequeño pero combativo, publicó *Fundamental Questions of Soviet Socialist Legality*, un libro en el que se mostraba decididamente a favor del Estado de derecho, sin excepciones ni exenciones. La obra brindaba argumentos sólidos, que se apoyaban en numerosos ejemplos, con el fin de proteger los derechos de los ciudadanos de las infracciones arbitrarias. Aún quedaba mucho por hacer en este sentido. El autor se había topado con un sistema legal retrógrado y esencialmente represivo, mucho más proclive a castigar que a buscar soluciones, y ajeno al resto de caminos que podía tomar la justicia a la hora de luchar contra el crimen. En efecto, la cárcel sólo servía para convertir a los internos en criminales más duros.

El impulso recibido por la econometría y la cibernética, y la creación del Ministerio de Desarrollo Científico y Tecnológico, al frente del cual estaba Gvishiani, que daba empleo a reformistas y que gozaba de un prestigio considerable, eran signos de aquellos tiempos, de una época que se caracterizaba por la renovación de las ideas y de las esperanzas. Kosigin no veía con malos ojos nada de todo esto, aunque nunca se hubiera atrevido a

desafiar el *statu quo* con declaraciones polémicas. Otros usaban los medios oficiales para dar rienda suelta a sus ideas sin medir las palabras. El académico Nemchinov, por ejemplo, declaró que «un sistema tan lleno de obstáculos sería un problema para el desarrollo social y tecnológico, y no tardaría en sucumbir a la presión de los procesos reales de la vida económica».

Es falso decir que «nadie» predijo el derrumbe del sistema, como se ha dicho una y otra vez en los últimos años: la declaración de Nemchinov data de 1965^[2]. Los lectores ya saben que los años posteriores se conocieron como el «período de estancamiento», y que estuvieron precedidos de una cantidad importante de aportaciones intelectuales prácticas que llegaron del extranjero y de las que se benefició la elite, y posiblemente también la gente corriente, aunque este punto no ha sido estudiado, y que podemos atribuir a los «hombres de los años sesenta», que confiaban en hacerse algún día con el control del Partido y transformar Rusia. Todo esto, sin embargo, llegó a su fin con el «brezhnevismo» y su «maduración» debilitadora. Cuando Gorbachov inició la perestroika, los «hombres de los años sesenta» ya habían desaparecido.

YURI ANDROPOV

Yuri Vladimirovich Andropov, que cierra el período objeto de nuestro estudio, es un personaje aún hoy poco conocido. A continuación nos ocuparemos de diferentes aspectos de la historia del régimen directamente relacionados con su persona. Y esbozaremos, posteriormente, el breve período en que fue secretario general, a pesar de que los archivos pertinentes siguen clasificados. En mayo de 1967, cuando abandonó la dirección de uno de los departamentos internacionales del Comité Central para encabezar el KGB, Andropov se convirtió en el escudo del sistema. Sus biógrafos afirman que las escenas que había presenciado en 1956, durante la revuelta de Budapest, donde era embajador, lo acongojaron. También parece que fue considerable la influencia del líder húngaro, Janos Kadar.

Con Andropov, el KGB alcanzó su apogeo. Un año después de hacerse cargo de la agencia, el 5 de julio de 1968, el KGB se convirtió en un comité estatal directamente ligado al Consejo de Ministros de la URSS, poniéndolo así por encima de otros comités y ministerios, y su director, en miembro del gobierno. Miembro candidato del Politburó desde 1967, Andropov alcanzó la

categoría de miembro de pleno derecho en 1973. El KGB, con sede en Moscú, tenía a su cargo toda la Unión Soviética, y disponía de órganos equivalentes en todas las repúblicas. Según sus estatutos, se ocupaba del espionaje, de las amenazas contra la seguridad del Estado, de la vigilancia de las fronteras, de la protección de secretos oficiales y de documentos confidenciales, de investigar actos de alta traición, terrorismo, contrabando y crímenes monetarios a gran escala, y de defender todas las vías de comunicación del espionaje electrónico. No está claro aún hoy qué tareas exigían una mayor dedicación de tiempo, aunque no sería descabellado pensar que la respuesta podría ser el espionaje y el contraespionaje.

Desde los años sesenta y hasta los ochenta, el KGB logró una influencia considerable en todas las esferas. Controlaba el aparato del Partido, la policía secreta y las iglesias; estaba al frente del contraespionaje militar, entablaba acciones legales contra los opositores y luchaba contra la *intelligentsia*. Estas actividades hicieron que se forjara una imagen atroz, como también le sucedió a su responsable, que logró subyugar al movimiento disidente, una cuestión central en la guerra propagandística que libró contra Occidente. Andropov era un brezhnevista leal pero lo cierto es que no tenía otra alternativa. A todo esto cabe añadir el recurso abusivo a las instituciones psiquiátricas, posiblemente el acto más reprochable del régimen.

Sin embargo, los rumores y las propias características de Andropov complican si cabe la imagen que tenemos de él. ¿Cómo es posible que a este bastión de un sistema ultraconservador se le atribuyera una y otra vez fama de «liberal»? ¿Para engañar a la gente? Tal vez no. De entrada, a diferencia de otros jefes del KGB, era ante todo un político, no un producto de la empresa. En su época al frente de uno de los departamentos de relaciones internacionales del Comité Central, sus adjuntos —había contratado a algunos sumamente brillantes— lo describieron como alguien muy proclive al debate, un lector empedernido y una persona sagaz en el análisis de cuestiones domésticas e internacionales. Para sus principales lugartenientes, como Arbatov o Burlatski, trabajar con y para Andropov fue una experiencia inolvidable. Ubicado en el corazón de aquel bastión del dogmatismo, la Staraia Ploshchad, el despacho de Andropov era el «mundo libre». Ahí trataban cualquier tema con una libertad absoluta y podían expresar sin temor sus desacuerdos. Aunque no coincidiera en ocasiones con la opinión de alguno de sus ayudantes, no lo castigaba por ello. Él mismo les dijo: «Recordad que en este despacho podremos decir lo que nos plazca. Pero no lo olvidéis: en cuanto salgáis por la puerta, acordaos de dónde estáis».

Estas palabras de boca de un político interesado en cuestiones intelectuales, que no dejaba de ser, sin embargo, una persona con los pies en el suelo, nos confirman la impresión de que era un tipo con dos caras, lo suficientemente inteligente para hablar con libertad y para actuar, al mismo tiempo, con cautela. Las memorias de Markus Wolf, el antiguo jefe de los servicios secretos de la República Democrática Alemana y gran admirador de Andropov, nos dan muchas pistas sobre este otro «yo»^[3].

Durante los años cincuenta, el KGB desempeñó un papel siniestro en los países del bloque del Este. Sin embargo, la situación mejoró radicalmente cuando Andropov fue nombrado director, afirma Wolf: «Por fin había una figura que se ganó mi admiración, alguien ajeno al protocolo y a las pequeñas tramas que habían marcado los períodos de sus antecesores». Andropov carecía de la arrogancia habitual de los líderes soviéticos, que consideraban que su imperio era invulnerable. A su entender, las intervenciones en Hungría y Checoslovaquia no eran muestras de fuerza, sino de debilidad. Sus cualidades políticas y humanas lo convertían en alguien totalmente diferente a sus predecesores y a sus sucesores. Sus muchos intereses y su capacidad para hacerse una idea de los principales problemas de la política doméstica e internacional le sirvieron para convencerse de la necesidad de llevar a cabo una reforma en la Unión Soviética y en sus satélites, por arriesgada que fuera, y se propuso ponerse manos a la obra. Durante las visitas oficiales a la Alemania del Este y en los banquetes que se daban en su honor, Andropov se mostraba educado y tranquilo, y su talante no variaba después de tomar alguna copa. Rechazaba el enfoque puramente ideológico en temas como Checoslovaquia o las relaciones con los socialdemócratas de la República Federal de Alemania. De su discurso se desprendía que los comunistas checoslovacos no se habían dado cuenta a tiempo de cuán grande era el descontento de la población ni de cómo se podía haber remediado la situación. También se mostraba partidario del diálogo con los socialdemócratas y no le afectaba que esta opinión chocara con el odio que la cúpula de la Alemania del Este sentía por el SPD. Wolf valoraba tanto candor «en un foro donde la adulación y la retórica estaban al orden del día».

Las ideas de Andropov sobre los métodos de los servicios de espionaje extranjeros y la estructura de gestión, así como la exigencia de responsabilidades que implantó en el KGB no tienen tanto interés en el contexto de esta obra. Sin embargo, conviene mencionar su disconformidad con la arrogancia de los agentes del KGB, para con sus propios diplomáticos

o para con las agencias gubernamentales en los países del bloque del Este: la «actitud imperial» de algunos agentes mereció palabras de desaprobación.

De las muchas entrevistas de Andropov con Wolf queda claro que el dirigente sabía que la distancia entre la Unión Soviética y Occidente seguía creciendo. Una centralización excesiva, la obsesión por el secretismo y el divorcio total entre los sectores militar y civil privaban al país de los enormes beneficios que los países occidentales obtenían de los adelantos en la tecnología militar. Ambos diplomáticos buscaron la manera de superar esta atomización perniciosa. Consciente de la parálisis que lo rodeaba, Andropov insinuó una posible «tercera vía» socialdemócrata encabezada por Hungría y por determinados grupos de la RDA, y posibles formas de pluralismo político y económico.

Las conversaciones entre Andropov y Wolf confirman asimismo un aspecto clave: a la luz de toda la información que tenía a su disposición sobre Occidente y Rusia, Andropov había llegado a la conclusión de que era necesaria una reestructuración a fondo del país. Según Bobkov, uno de sus ayudantes, la propaganda de guerra sirvió para acentuar el convencimiento de que no había más camino que el cambio. No sabemos cuándo empezó a considerar que era él quien debía asumir personalmente este cometido, pero había tomado la decisión y estaba preparado por si llegaba el momento, sin desatender su cometido al frente del KGB y como miembro del Politburó.

El KGB era una organización compleja, en ocasiones descuidada e indisciplinada, pero Andropov convirtió ese «conglomerado» en un instrumento sumamente eficaz. Muchas son las pruebas que así lo demuestran, si bien no estoy en disposición de pronunciarme al respecto con rotundidad. Andropov tenía sus propias opiniones, y sólo las compartía con su círculo más íntimo y con gente como Markus Wolf. Quienes lo conocieron y trabajaron con él coinciden en que era un antiestalinista confeso, una característica importante si tenemos en cuenta las fuerzas que rodeaban a Brezhnev. Esta postura era perceptible en su estilo y en sus métodos de trabajo. Al transformar el KGB y sus métodos represivos, Andropov exigió a sus subordinados «disciplina» ante todo. Sentía una curiosidad insaciable por el mundo occidental, especialmente por Estados Unidos, y sus conocimientos en este sentido le hicieron digno de la admiración de los mejores diplomáticos soviéticos e incluso de algunos detractores del sistema.

Para Andropov, había que concebir la política represiva como una manera de resolver un problema. Frente a Solzhenitsin, Sajarov, Medvedev y otros

disidentes, optó por limitar el daño político que éstos podían provocar, y por no destruir a las personas, a diferencia de lo que habría hecho un estalinista o cualquier otro *derzhavnik*. Andropov era un analista, no un ejecutor. Mientras que los partidarios de la línea dura querían aislar a Solzhenitsin enviándolo a Siberia, Andropov prefirió desterrarlo al extranjero. Desconozco las preferencias de los primeros en el caso de Sajarov, pero la solución de Andropov, el exilio en Gorki, no era una amenaza ni para la salud del físico, ni le impedía seguir adelante con su trabajo intelectual.

Se ha dicho a menudo que Andropov no era sino un policía del antiguo régimen, un conservador, un partidario de la represión y, por lo tanto, un líder más del KGB. Pero esta afirmación no se corresponde con la realidad. Es evidente que era un paraguas del sistema y que su misión era encarcelar a los opositores políticos. ¿Acaso se podía esperar otra cosa de él, dado que estaba en el punto de mira de los halcones del Politburó y de su propia agencia? Andropov cumplía con su cometido fiel y cuidadosamente. Le preocupaba la seguridad del país y creía que no había que dar cancha a los enemigos, aliados por lo general del mundo occidental. Que su cargo y su seguridad dependieran de los caprichos de Brezhnev es otro rasgo más de esta trampa en que se había visto atrapado.

Con todo, su mente analítica y el animal político que llevaba dentro lo convirtieron en un jefe del KGB cuando menos peculiar. Su antecesor, Semichastni, solía llevar dos listas: en una la de los enemigos, y en la otra la de las amenazas, y los nombres que figuraban en la primera eran considerados culpables en cuanto se les acusaba. Había que yugularlos, punto final. Andropov se preguntaba: ¿Cuál es la naturaleza de la amenaza? ¿A qué causas responde? ¿Cómo podemos protegernos teniendo en cuenta que los problemas de gravedad, si quedan sin resolver, acaban siendo heridas abiertas? Quería encontrar una solución política y dar con las reformas necesarias a estas cuestiones. Dada su reputación de defensor de la línea dura del sistema, podía permitirse neutralizar a algunos influyentes partidarios de ella, o incluso ganárselos para su causa y dividirlos de este modo. Así sucedió, por ejemplo, con las buenas relaciones que mantenía con el ultraconservador Ustinov.

Su talante analítico, en contraposición a un enfoque represivo, se apreciaba claramente en dos informes sobre la situación en los círculos estudiantiles que presentó al Politburó, el 5 de noviembre de 1968 y el 12 de diciembre de

1976, respectivamente. El mensaje de uno y otro difieren considerablemente^[4].

El primer informe, que incluye un análisis exhaustivo de la «psicología de grupo» de los estudiantes de la ciudad de Odesa, es decir, de su mentalidad, sus aspiraciones y sus comportamientos políticos, era obra de un estudiante que trabajaba para el KGB. Andropov recomendó su lectura atenta a los miembros del Politburó porque, dejando de lado una cierta ingenuidad por parte del joven autor, su contenido era importante. El mensaje principal del documento era el fracaso total y rotundo de toda la estructura del Partido y de su aparato político-ideológico entre el universo estudiantil. El informe lo expresaba claramente: los estudiantes conocían la ciudad como la palma de su mano y sabían que los líderes locales se dedicaban a acaparar privilegios materiales, y les sorprendía la desfachatez con la que éstos se servían del poder para su beneficio personal. El texto hacía referencia a documentos, datos y citas que demostraban la inutilidad del Komsomol y del Partido en las instituciones de educación superior. El autor señalaba el total desapego intelectual de los funcionarios del Partido, que daban unas clases «idiotas» y eran incapaces de responder a las preguntas de un modo lógico y convincente. El nivel en el mundo de las ciencias sociales era bajísimo, de ahí que los estudiantes prefirieran las ciencias naturales y las carreras tecnológicas, que gozaban de un mayor prestigio. Las ciencias sociales eran vistas con desdén, y únicamente interesaban a quienes buscaban hacer carrera en el Partido. La predilección del estudiante por todo cuanto fuera occidental no era nada sorprendente, a la vista del poco respeto que les inspiraban las personas de cuya boca habían salido críticas hacia Occidente.

Esto era lo que, poco después de su nombramiento, Andropov quería plantar ante las narices del Politburó. Con el tiempo, aprendería la lección. No sabemos cuánto tardó en darse cuenta de que su mano derecha, Semen Tsvigun, nombrado general al tiempo que él, era en realidad un topo de Brezhnev, y el encargado de vigilarlo e informar de sus actividades (según la costumbre de la época). Ni tampoco de que no era el único topo.

El segundo documento, ocho años posterior, fue obra del quinto directorio, el encargado de la subversión ideológica, al frente del cual estaba Bobkov, que firmaba un texto que también se ocupaba de la situación de los estudiantes. Empezaba sosteniendo que los servicios de inteligencia y las agencias de propaganda occidentales apuntaban en particular a la juventud soviética, lo cual era cierto, antes de pasar a realizar un análisis estadístico de

diversos «acontecimientos» de naturaleza política en el universo estudiantil durante los últimos años: distribución de panfletos, pequeñas manifestaciones y demás. Según Bobkov, lo más alarmante de todo era el número de jóvenes sancionados por ebriedad y otros hábitos «inmorales». Algunos observadores del KGB comentaron que estas conductas eran el camino más corto a la oposición política. Desconocemos qué opinaba Andropov del documento ni por qué consintió que el quinto directorio se excediera en sus atribuciones en el terreno del contraespionaje. Sea como fuere, estas acciones eran plenamente del agrado de los miembros de la línea dura.

La diferencia de enfoque entre ambos textos es sorprendente. Como hiciera Semichastni, Bobkov culpa a Occidente y a los propios chivos expiatorios, y en ningún momento alude a la responsabilidad del sistema. Andropov presentó el informe sin añadir recomendación alguna, simplemente con una lista con los nombres de los cinco destinatarios, entre los que figuraba, en primer lugar, Suslov, el «cerebro gris» del Politburó, y se limitó a incluir una nota que decía que el KGB se proponía emplear sus métodos habituales («profilaxis» y arrestos en el supuesto de que existieran organizaciones clandestinas). Los cinco destinatarios contestaron con un simple «Sí», que posiblemente no quisiera decir nada más que «Sí, lo he leído».

Andropov no incluyó comentarios en el documento porque el contenido del informe no coincidía con sus deseos. Sin embargo, en el libro que escribió después de la caída del régimen, Bobkov sostiene que el KGB y el quinto directorio se oponían por lo general a las «persecuciones» que les solían atribuir detractores «desinformados»^[5], y se limitaban a obedecer las órdenes que les llegaban desde el Politburó o el aparato del Partido. Su principal argumento, habitual también en boca de Andropov, era que la mejor respuesta a la intensa campaña occidental de propaganda antisoviética no era devolver las acusaciones a Estados Unidos, sino que la URSS podría haber ganado la batalla reconociendo sus puntos débiles y los defectos del sistema y buscando la manera de corregirlos. Los analistas del quinto directorio también se habían pronunciado en este sentido, pero los jerarcas los habían marginado, como si el KGB se estuviera entrometiendo en un asunto que no le correspondía. Según Bobkov, Andropov era el único líder que se lanzó a cambiar drásticamente la política interior soviética. Plenamente consciente de la estrategia del otro bando para dinamitar el sistema, propuso una serie de contramedidas diseñadas por investigadores científicos, entre los que había psicólogos, especialistas militares, economistas y filósofos, con el objeto de

modificar completamente el carácter de la propaganda, adoptar una actitud totalmente diferente frente a la religión y la heterodoxia política, intensificar la lucha contra la corrupción y las tendencias nacionalistas y, sobre todo, atajar los principales problemas económicos. El quinto directorio había preparado cuidadosamente los argumentos que figuraban en el informe de Andropov al Politburó, «que podría haber abierto el camino para una democratización del Partido y del Estado».

Andropov presentó el informe durante una reunión del Politburó. Brezhnev, Kosigin, Mazurov, Shelepin, Shcherbitski e incluso Suslov, el principal ideólogo del grupo, se mostraron de acuerdo con este programa doble de reformas y con un contraataque propagandístico. Bobkov afirma que no sabe si el Politburó se lo tomó en serio, pero lo cierto es que no pasó nada, a pesar de que el texto circuló entre los miembros del aparato. Así desaprovecharon la última carta que les quedaba.

Nunca ha quedado claro por qué no data Bobkov esta reunión. Con todo, parece impensable que un general experimentado del KGB se inventara este episodio. Es posible que el informe descansa en más de un archivo. De ser así, el Politburó recurrió a una maniobra elegante: un paquete de propuestas reformistas que llegaban a los conservadores y gracias a las cuales podían demostrar que también eran contramedidas propagandísticas poderosas, en un momento de la guerra fría en que la Unión Soviética estaba en la cuerda floja. La sensacional popularidad de Gorbachov en el teatro del mundo durante los primeros compases de la perestroika demostró que una Rusia reformada podía ganarse los elogios de la opinión mundial.

Con todo, bien la idea era demasiado inteligente dado el nivel intelectual de los miembros del Politburó, bien eran demasiado ladinos para aceptar su propio suicidio. Sea como fuere, los mejores estrategas del KGB vieron desvanecerse sus esperanzas, motivo por el cual Bobkov siempre lamentó que no supieran jugar sus cartas quienes tenían la mejor mano. Este episodio, de hecho un no-episodio, reafirma el carácter único del perfil de Andropov. Pero sería mejor que pudiéramos leer con nuestros propios ojos el célebre informe.

ARRESTOS Y DISIDENTES

Disponemos de datos acerca de la represión de la disidencia política durante buena parte de los años sesenta y setenta, y ya nos hemos referido a ellos en el

capítulo 15. La cifra de arrestos y el tipo de castigos que se aplicaron resultan reveladores. Con Andropov, el método predilecto era la prevención, y alentó la «profilaxis». Esta medida afectó a mucha gente, pero los arrestos masivos arbitrarios habían pasado ya a formar parte del pasado. Y muchos rusos afirman que, a partir de los años sesenta, el miedo a la policía secreta y a su irrupción repentina, algo frecuente en tiempos de Stalin, prácticamente se había desvanecido, abriendo parcialmente la puerta a la disidencia y a otras formas de actividad política.

Andropov, que conocía personalmente a algunos de los disidentes, incluido Roy Medvedev, se dedicó a estudiarlos y a leer sus obras, y tenía una buena opinión de algunos. Sin embargo, en tanto que responsable de la seguridad política, su cometido iba mucho más allá. Las agencias que él controlaba debían estar capacitadas para dibujar un mapa detallado de las fuentes de posibles problemas. Según sus estimaciones, el número de personas que podían pasar a la oposición política se situaba en torno a los 8,5 millones, y muchos de ellos estaban más que dispuestos a dar ese paso cuando se dieran las circunstancias adecuadas. La existencia de esta cantidad de posibles opositores brindaba a algunos de los disidentes más importantes la posibilidad de adoptar un papel de aglutinador. Andropov opinaba que los métodos policiales eran imprescindibles para atajar esta amenaza, tanto más cuanto que la cifra de disidentes que se identificaban con el «otro lado» era considerable. Con todo, más importante que esto era, a sus ojos, la eficacia del sistema. La distancia entre sus necesidades cada vez mayores y los medios de que disponía, más y más escasos, y no sólo en términos materiales, sino también en lo tocante a lo limitados que eran los recursos intelectuales de la cúpula, no dejaba de aumentar en la esfera de la economía, pero también se dejaba notar en los cimientos políticos del sistema.

EL NUEVO JEFE

Paradójicamente, para que el líder (o los líderes) hubiera tenido la menor posibilidad de triunfar en 1982 y 1983, debería haber reconocido no sólo que el sistema estaba tocado, algo que Andropov y Kosigin sabían desde hacía algún tiempo, sino que algunos de sus órganos estaban muertos.

Ya en 1965, el economista Nemchinov había augurado los peligros que se avecinaban cuando atacó «un sistema mecánico y anquilosado en el que todos los indicadores fundamentales ya están fijados de antemano, por lo que el

sistema sufre una parálisis total». Cuando se certifica la muerte de un individuo, sabemos que es imposible resucitarlo. Sin embargo, cuando nos referimos a un sistema de gobierno, sigue existiendo la opción de desmantelarlo y reconstruirlo. Por sorprendente que parezca, los sistemas de gobierno se han reconstruido sirviéndose de un número importante de piezas viejas.

Como ya hemos mencionado, Kosigin y Andropov conocían la situación mejor que cualquier historiador occidental gracias a los informes que leían, que han tardado veinticinco años en llegar a nuestras manos. Entre estos documentos, hay un estudio inédito y concienzudo, encargado por Kosigin cuando era primer ministro y realizado por la sección económica de la Academia de Ciencias. Tres años después de las advertencias de Nemchinov, los académicos realizaron una comparación sistemática entre las estructuras económicas norteamericana y soviética (productividad, condiciones de vida, progreso tecnológico, sistema de incentivos, dirección y carácter de las inversiones...). El veredicto puro y duro del informe era que la URSS iba por detrás en todos los campos, salvo en el del carbón y el acero. Este último era la niña de los ojos del régimen, pero ponía de manifiesto el atraso del país en tanto este sector había sido un parámetro de referencia el siglo pasado. El mensaje que se desprendía del documento era diáfano: la misma inscripción aramea que adornaba las paredes del palacio de Belshazzar en Babilonia, aunque ahora la lectura que se realizaba de ella fuera diferente. Dios ya no era la amenaza, sino Estados Unidos. Y no había un minuto que perder.

Un elemento subyacente al estancamiento, aunque también fuera su síntoma principal, era el inmovilismo del Politburó alrededor de un Brezhnev clínicamente muerto, un *impasse* humillante frente a todo el planeta. Era imposible derrocar a Brezhnev porque, a diferencia de lo que había sucedido con Jrushchov, no se podía lograr una mayoría que arrojara a un nuevo líder. Pero este cuadro se completaba con otra imagen, tan flagrante que no pasaba inadvertida para los rusos: el alcance de la corrupción. Varios miembros de la familia de Brezhnev estaban evidentemente implicados en ella, un asunto del que el pobre Leónidas no quería ni oír hablar. El país (y sus jerarcas) también asistía a la aparición indiscriminada de grupos mafiosos, con los que estaban vinculados muchos funcionarios eminentes del Partido, algo nunca visto hasta la fecha. El KGB poseía, evidentemente, toda la información al respecto.

Al tiempo que el país presenciaba la ofensiva del KGB contra esta plaga, y al tiempo que el cerco alrededor de la familia de Brezhnev y de otros pesos

pesados se estrechaba, se escuchó un disparo que sacudió la arena política: el 19 de enero de 1982, el asistente de Andropov, Semen Tsvigun, el hombre que Brezhnev había colocado para vigilar los pasos de Andropov, se suicidó. No fue ésta la única detonación. Pocos días más tarde, el segundo miembro más influyente del ala conservadora del Partido, Suslov, el cerebro gris, murió de causas naturales. La suma de estos acontecimientos fue la clave que alteró el equilibrio de fuerzas en el seno del Politburó, en detrimento de «la ciénaga».

Parece ciertamente el guión de un *thriller* político, así que prosigamos por esta senda. Dentro del KGB, Tsvigun, supervisado por Suslov, se ocupaba de los principales casos de corrupción, los que implicaban a personas bien situadas, incluida la familia de Brezhnev. Irreprochable en este sentido, Suslov le prohibió utilizar estos archivos o mostrárselos a nadie. En teoría, por lo tanto, Andropov no tenía acceso a ellos. Cuando Tsvigun y Suslov murieron, Andropov se hizo con los documentos y siguió investigando, hasta descubrir que el propio Tsvigun, junto con otras personas relacionadas con miembros del Politburó, estaba envuelto en algunos negocios turbios.

Pasaremos por alto los detalles de este episodio, pues son numerosos. Brezhnev murió en 1982, en el momento oportuno. La ofensiva para acabar con la corrupción había puesto fin a la capacidad de «la ciénaga» de mantener un equilibrio de fuerzas que le fuera favorable en el Politburó y el Comité Central. Y fue así, casi accidentalmente, como Andropov, aquel jefe del KGB que iba por libre, alcanzó la Secretaría General. Estuvo en el poder únicamente quince meses —otro accidente—, pero este breve lapso de tiempo plantea problemas interesantes que sólo podemos abordar de un modo tímido, y en parte como un ejercicio de historia-ficción («y si... y si...»).

Los diferentes personajes a que he aludido hasta ahora eran tipos dinámicos y preparados. Hemos omitido a los ineptos y a los obtusos que conformaban «la ciénaga», así como a los personajes que lastraban al régimen. Sin embargo, conviene fijarse un momento en un aspecto de los tejemanejes internos del Politburó. El secretario general tenía poder de decisión sobre todas las designaciones: podía cooptar o excluir a quien le pareciera. De sus partidarios dependía garantizar que el Politburó o el Comité Central refrendaran estas decisiones. Existía otra posibilidad, que ya tenía un precedente: un grupo que deseara nombrar a un nuevo secretario general podía derrocar al político en ejercicio si contaba con el apoyo suficiente del Comité Central y con el respaldo del ejército y del KGB. De hecho, bastaría con el ejército, aun

cuando el KGB estuviera en contra, pues este último no podía compararse en tales circunstancias a las fuerzas armadas.

Contrariamente, y también paradójicamente, los líderes débiles como Brezhnev o Chernenko podían bloquear la situación si la cúpula estaba dominada por tipos mediocres que dependían de un secretario general debilitado para mantener su cargo. Brezhnev, un personaje astuto pero sin malicia, se erigió en el pilar y en el garante del *statu quo ante*: no era una amenaza, y los pesos pesados del pasado se sentían seguros. Pero la paradoja de la situación se acentuó cuando, estando nominalmente en el cargo el secretario general, llevaba en la práctica ausente desde hacía varios años por su enfermedad.

Mikoyan ponía el dedo en la llaga al criticar las medidas «erráticas» de Jrushchov, pero no todo era atribuible únicamente al carácter de éste. Los defectos del líder se debían, en parte, a la ausencia de reglas constitucionales en el seno del Politburó, la cúspide todopoderosa de un sistema hipercentralizado. En ausencia de una constitución, un secretario general decidido a dotarse o a recuperar la capacidad para llevar a cabo una política determinada, o que quisiera mantenerse en el cargo, tenía que conspirar para lograr el control total con la ayuda de sus acólitos, que no siempre eran del todo fiables. El viejo modelo de dictadura personal volvió a emerger, como si solamente un hombre pudiera llenar el vacío institucional. Esta situación llevó a los miembros del Politburó a brindar su apoyo a una postura autocrática, o a aspirar a ocupar ese lugar, como si no les pasara por la cabeza otra posibilidad. Todo esto permitió la elección del «imposible» Jrushchov, que podría haber desempeñado un papel importante en un equipo que trabajara dentro de las reglas de un sistema regulado constitucionalmente. Esta debilidad cuasiestructural, que llevó al secretario general a comportarse prácticamente como un dictador, o que cuando menos le había permitido hacerlo, era un rasgo heredado del estalinismo, una parte del legado del dictador que no habían eliminado.

Sin embargo, no todas las cartas estaban marcadas en la baraja con la que jugaba la cúpula (el Politburó, el Comité Central y los ministerios). Un personaje mediocre o una figura débil, como Brezhnev o Chernenko, podían llegar a la cima del sistema, pero también podía ocuparlo alguien decidido y dinámico, para lo bueno o para lo malo: un Stalin, un Jrushchov o un Andropov. Durante un tiempo, quedó claro que era imposible deshacerse de un líder mediocre y dar un golpe de timón, pero todo cambió cuando llegó el

momento oportuno: el día en que, a mi entender, los tentáculos de la corrupción habían alcanzado a varios miembros de «la ciénaga», convirtiéndolos en personajes vulnerables y maleables.

Aunque nadie llevaba las riendas de un sistema que era propenso a la parálisis, no por ello dejó de dibujarse la figura del piloto capaz de imponer un cambio de rumbo, un cambio que debía empezar renovando la cúpula. No cabe duda de que una parte del éxito cabe atribuirlo a la fortuna. Pero en cuanto optaron por pasar a la acción, no tardaron en drenar «la ciénaga» mediante una purga decidida de quienes le brindaban apoyo desde dentro del aparato del Partido. Con la llegada de nuevos cuadros dirigentes, fue posible sacar adelante nuevas iniciativas. Y eso fue precisamente lo que sucedió con Andropov.

Aquí entra en liza uno de sus principales colaboradores en el KGB, Viacheslav Kevorkov, un funcionario de alto rango en el servicio de contraespionaje^[6]. Kevorkov se ocupaba de diferentes tareas de alcance internacional, y entre ellas un canal «secreto» con los líderes de la Alemania Federal. Como tal, solía reunirse con Andropov y se trata, por lo tanto, de una fuente primaria. Según Kevorkov, Andropov barajaba la posibilidad de llegar a un acuerdo con la *intelligentsia* para que éstos le ayudaran a reformar el sistema. El modelo en que el líder se inspiraba era, evidentemente, Lunacharski, quien, con Lenin, había sabido entrar en contacto y colaborar con este grupo. Andropov, un personaje de una inteligencia extraordinaria, era plenamente consciente de que el Partido se veía perjudicado por el bajo nivel intelectual de muchos de sus cuadros de alto rango y de sus líderes. Las burlas frecuentes acerca de su «probrezhnevismo» son un cúmulo de patrañas, ya que su puesto dependía de Brezhnev. Mis sospechas de que Andropov era consciente de la talla real de los miembros de la cúpula se ven confirmadas por Kevorkov, que recoge esta opinión de su jefe: «Prácticamente ni uno solo de los líderes actuales del Partido o del país pertenece al grupo de políticos de talento que pueden abordar los problemas que asaltan al país». Para Kevorkov, Andropov sí pertenecía a este grupo, y cierra su libro con esta frase: «Sin lugar a dudas, Andropov fue el último estadista que confió en la vitalidad del sistema soviético, pero no en el sistema que heredó al llegar al poder: creía en el sistema que aspiraba a crear por medio de unas reformas implacables».

A partir de este relato y de muchos otros, parece evidente que un político inteligente como Andropov supo ver que era necesario reconstruir el sistema,

porque sus cimientos políticos y económicos estaban en ruinas. Y reconstruirlo solamente podía significar sustituirlo dando inicio a un proceso de transición. ¿Realmente lo creía? Aunque sus archivos personales siguen clasificados, las decisiones que tomó, o que pretendía tomar, nos permiten dar una respuesta afirmativa a esta pregunta.

Asumió el poder con decisión y elegancia. Empezó de un modo muy cauto, pero el país descubrió en poco tiempo que algo se movía en el Kremlin. Los primeros pasos que dio fueron previsibles: restaurar la disciplina en las fábricas. Esta medida, sin embargo, no sólo afectaba a los obreros, sino que se propuso reeducar a las elites, que no daban en modo alguno ejemplo si nos atenemos a su ética laboral. Acabó con la adicción de éstos a las dachas y demás servicios (Andropov era famoso por su estilo de vida austero). En cuanto se conoció esta medida, su popularidad aumentó. El país parecía tener por fin un líder. Las reformas exigían preparación y tiempo: se crearon grupos de trabajo y comisiones. Algunas decisiones eran temporales; otras, irreversibles, como por ejemplo la purga de todo un contingente de funcionarios del aparato con cierto poder y nostálgicos que habían sido el enlace con la anterior cúpula. El relato que ofrece uno de los designados para sustituirlo aporta algunos detalles más^[7].

El cese de N. A. Shchelokov, un protegido de Brezhnev que encabezaba el Ministerio del Interior, fue recibido con gran alegría. En el aparato del Comité Central, los líderes de departamentos como los de «organización empresarial», «organizaciones del Partido», «instituciones académicas e investigación» y del «departamento general», que formaban lo que se conocía como el «pequeño gabinete», o incluso el «gabinete en la sombra», eran los encargados de diseñar buena parte de las políticas importantes. Andropov acabó con su omnipotencia.

La *intelligentsia* acogió con fervor la jubilación de Trapeznikov, otro protegido de Brezhnev que se consideraba la luminaria ideológica del Partido. Gran inquisidor y estalinista inveterado, se dedicó a perseguir a los escritores y a los académicos cuyas manifestaciones le desagradaban. Personajes como este formaban el núcleo duro de la cúpula del Partido. Deshacerse de ellos de un plumazo fue una demostración de fuerza.

Con Andropov, la figura de Gorbachov fue cobrando más y más importancia. La savia nueva se apoderó de los puestos clave del aparato del Partido: Andropov invitó a Vadim Medvedev a ponerse al frente del departamento de «instituciones académicas e investigación». Medvedev había

sido criticado con dureza por el anterior jefe de dicho departamento por haberse «insubordinado» al querer convertir la Academia de Ciencias Sociales, de la que era director, en un centro de investigación serio. Andropov le comentó que era necesario cambiar el enfoque para acelerar el avance científico y tecnológico, y para mejorar asimismo la situación de las ciencias sociales, un terreno que Trapeznikov había maltratado. La Academia debía centrarse en la investigación y abandonar la producción de textos ideológicos vacuos.

En 1983, Andropov nombró a V. I. Vorotnikov, viceprimer ministro de la Federación Rusa, primer ministro y miembro del Politburó. El diario privado que éste escribió^[8] se añade a la lista de materiales que nos permiten completar la semblanza de Andropov. Vorotnikov quedó gratamente sorprendido por su inteligencia, evidente a partir de las charlas que mantuvieron. Sus notas, tomadas durante las reuniones del Politburó, nos muestran a un Andropov decidido, incisivo, valiente a la hora de abordar problemas más complejos, desde la disciplina laboral hasta el funcionamiento de la economía y la búsqueda de un nuevo modelo. Concebía el cambio de un modo sumamente pragmático: quería ampliar gradualmente el alcance de las reformas. El primer paso de importancia que dio en el terreno económico fue permitir que las fábricas se autofinanciaran totalmente, es decir, que gestionaran ellas mismas los costes y los beneficios. Con todo, Vorotnikov, un novato que aún no estaba del todo habituado a las prácticas del Politburó, no menciona los comités de altos funcionarios que se crearon para diseñar estas medidas, y desconocía los planes de Andropov acerca de la reforma del Partido. En este sentido, debemos buscar otras fuentes de información.

Al tiempo que Andropov iba poniendo sobre la mesa sus primeros proyectos, modestos, seguía planeando otras iniciativas y hablaba de ellas: «Tenemos que cambiar la maquinaria económica y el sistema de planificación». Un grupo de trabajo que tal vez ya existiera antes de que llegara a la secretaría general se puso manos a la obra. Entretanto volvieron a emerger las conspiraciones, que Jrushchov había reducido o proscrito. Y desde la cúpula se lanzó un aviso a la administración del Estado: los departamentos ministeriales no habían dado ejemplo de ser organizaciones eficaces y no habían logrado crear las condiciones para que se diera un «ambiente de trabajo normal y sumamente productivo»^[9].

Estas medidas fueron importantes, aunque predecibles, y no parecían ser sino la punta del iceberg. No obstante, las actas de las reuniones del Politburó

que se han desclasificado arrojan una luz sorprendente sobre la estrategia emergente. Conforme la campaña para la reelección de los órganos del Partido se aproximaba, y al tiempo que llegaban los informes que habitualmente se entregaban en dichas reuniones, Andropov promulgó, en agosto de 1983 y para sorpresa de todos, una resolución oficial del Partido: «Las asambleas electorales del Partido transcurren de acuerdo con un guión elaborado de antemano, sin que exista un debate serio y sincero. Los candidatos leen declaraciones que han sido editadas, y se suprime toda iniciativa o crítica. En adelante, nada de esto se tolerará»^[10].

Aquella declaración cayó como una bomba. La crítica a los jefes del Partido, unos tipos descuidados y egoístas, y el hecho de que afirmara, coincidiendo con el inicio de la campaña para su reelección, sin tapujos que se les podía destituir dio pie a una situación nueva para toda la cúpula dirigente, en su mayoría miembros *ex officio* de los órganos del Partido en todos los niveles, desde las agencias del Partido a los comités, pasando por los comités regionales hasta llegar al mismísimo Comité Central. Cambiar aquella tesitura iba a ser un paso decisivo, que modificaría de arriba abajo la situación: la «elección» había dejado de ser simplemente una «nominación». Andropov manifestaba que quería unos comicios de verdad, una sentencia que equivalía a declarar que sabía que el denominado «Partido» era un cadáver cuya resurrección era imposible y que, por lo tanto, había que acabar con él. Y los políticos afectados así lo comprendieron. La famosa «seguridad de los cuadros» (a saber, la seguridad de mantener el puesto con independencia de su rendimiento) estaba a punto de desaparecer, y con ella la impunidad de los «viejos tiempos». El poder acomodaticio y parasitario del grupo de jefes del Partido-Estado tocaba a su fin. Las elecciones de verdad en el seno del Partido abrían la puerta a la reaparición de las facciones políticas y de nuevos líderes, lo que a su vez podía desembocar en la aparición de un nuevo partido, comoquiera que se denominara. Este partido, que seguía en el poder a pesar de todas las reformas que proyectaba, podría haber asumido la tarea de dirigir el país durante la difícil transición hacia un nuevo modelo.

Por supuesto, todo esto no son sino hipótesis. Andropov, afectado por una enfermedad incurable del hígado, abandonó la escena en 1984. Lo sustituyó otro hombre enfermo, Chernenko, un *apparatchik* anónimo que se mantuvo únicamente trece meses en el cargo. Tras este período, el «Partido» apostó por una línea nueva y espectacular. Primero llegó, en 1985, un secretario general joven, Gorbachov, el heredero de Andropov y que enarbolaba un buen número de las iniciativas adecuadas, aunque también le esperaba una caída

tan miserable como meteórico había sido su ascenso. Después de él, el Estado-Partido (o el Partido-Estado) desaparecería sin que se derramara sangre, en un episodio en el que las formidables fuerzas de seguridad, intactas, recibieron la orden de no abrir fuego. Éste fue otro de los logros de Gorbachov, pero ello no evitó que la impotencia se apoderara de él y el líder perdió el mando. De hecho, no había nadie contra quien disparar, ya que el sistema no había cedido ante la ira de una masa enfurecida. A continuación llegaron las «reformas» que han conducido a Rusia a una nueva forma de subdesarrollo.

DIAGNÓSTICO

Términos como «paradoja» o «ironía» son de lo más adecuados para calificar el destino histórico de Rusia. Pero también lo es la imagen de su pueblo llevando a lomos una pesada carga, a la manera de los bateleros del Volga que cargaban a cuestras los bultos mientras cantaban: «Los ingleses, que son listos, lo hacen fácil; se sirven de máquinas para cargar los fardos». Los rusos, sin embargo, únicamente podían recurrir a la canción para infundirse ánimo.

Esta historia turbulenta, con todas sus derivas, ha provocado una profunda angustia existencial en muchos rusos —o, más concretamente, en muchos habitantes de Rusia—, una sensación perfectamente expresada por la palabra *toska* y todos sus matices, desde la melancolía a la depresión, pasando por la tristeza y la angustia. Podemos añadir a esta imagen el concepto de *unynie* (desesperación), y una pizca de conmiseración por uno mismo, por supuesto. Una poderosa mezcla de penas, una mezcla que solamente otra combinación de sensaciones puede eliminar... Estos sentimientos, más una dosis insoportable de cinismo, impregnan las canciones populares que hablan del hampa y de su apego por los cuchillos, una herramienta ideal para zanjar disputas y el símbolo de todo un estilo de vida. Antes de la perestroika, cantantes como Okudzhava, Galich y Visotski apenas cantaban melodías alegres: daban voz a un humor, el propio y el del país, en el que se entremezclaban el rechazo, la conmiseración, la súplica y la desesperación. Y no porque la gente no supiera lo que era la alegría en la URSS, porque abundaba, sino porque estos artistas intuían que el país iba por el camino equivocado y que la historia no sería benévola con él. En tiempos de decadencia, crisis y estancamiento, los ricos y los bardos pierden la fe.

Los datos que hemos expuesto proceden de los archivos del Gosplan y de la Oficina Central de Estadística, archivos clasificados en aquellos años en los que las canciones de los bardos resonaban en Rusia. De la combinación de ambas «fuentes» obtenemos, sin embargo, la misma historia.

TERCERA PARTE



EL SIGLO SOVIÉTICO:
RUSIA EN SU CONTEXTO HISTÓRICO

En la introducción, hemos señalado que la polarización de la opinión pública y el poderoso impacto de la propaganda de la guerra fría ahogaron la reflexión contextual indispensable para el análisis histórico en aras de otros fines y prioridades que habrían de beneficiar a los medios, a la ideología y a las pasiones.

Los estudios especializados sobre la Unión Soviética tienen que hacer frente a unas opiniones generalizadas y que eran defendidas con fervor: un discurso público muy estructurado que no se daba en otros campos del conocimiento. Dicho discurso se basa en una serie de errores metodológicos que los diferentes medios de comunicación repiten como verdades absolutas. El primer error consiste en centrar la atención en los líderes, en los protagonistas y en la ideología, representándolos como actores independientes y aislándolos del contexto histórico, sin mencionar las circunstancias que les dieron forma o que los condicionaron, sin tener en cuenta el pasado, ni el mundo que los rodeaba. Para muchos, todo comenzó en 1917, el momento del «pecado original»; para otros, empezó incluso antes —en 1902-1903— con la publicación de la obra de Lenin *¿Qué hacer?* A partir de entonces, los hechos se desarrollaron como si hubieran estado genéticamente programados, y la secuencia leninismo-bolchevismo-comunismo son las diferentes fases de un proceso fatal. Estoy exagerando algo, pero la ironía se justifica si tenemos en cuenta que Lenin escribió *¿Qué hacer?* en un momento en el que la socialdemocracia rusa al completo, y el autor con ellos, estaba absolutamente convencida de que la revolución rusa venidera sería una revolución liberal («burguesa-democrática» era el término que aplicaban), cosa que descartaba que la izquierda fuera a tomar el poder. En aquellos años, Lenin veía el capitalismo ruso como una fuerza triunfante, un sistema que avanzaba inexorablemente y cuya presencia se percibía por doquier.

Siempre que se adopta una perspectiva determinista, la investigación histórica opta por una postura cauta; cuando se abraza una «disciplina de partido» en la investigación histórica, ya sea de izquierdas, de derechas o de centro, los resultados que se consiguen equivalen al esfuerzo que se ha invertido en lograrlos, nada más.

En lo que se refiere a la historiografía sobre la Unión Soviética, hay un impedimento añadido: la tendencia habitual a descartar los cambios sociales que, desde luego, tuvieron lugar. Centrarse casi exclusivamente en la estructura del poder en detrimento del estudio a largo plazo de la sociedad se justifica a veces mediante la fórmula «No existía una sociedad, sino un régimen»: el Kremlin, la Staraia Ploshchad y la Lubianka eran simplemente tres direcciones. Más recientemente, se ha presentado el término *nomenklatura* como un gran descubrimiento sin prestar atención al hecho de que, a falta de un estudio detallado de su significado, no es sino un significativo.

Éste es sólo un ejemplo de los muchos en que se observa la tendencia de numerosos comentaristas a pasar por alto las lagunas obvias que hay en el conocimiento de ese país. Reconocer que estas lagunas existen y querer solventarlas se deriva de un fragmento de un viejo consejo epistemológico: *scio ut nescio*.

El enfoque «contextual» también exige prestar atención a la coyuntura general europea, a su dramatismo y a sus repercusiones. La situación cambió rápidamente, y las crisis se sucedieron. Entre 1914 y 1953 asistimos a una verdadera retahíla de cataclismos que afectaron enormemente a la población rusa; y los líderes, antes de tomar cualquier medida, tenían que enfrentarse a estas crisis, muchas de ellas de origen ajeno a ellos. Lenin no provocó la primera guerra mundial, ni fue el artífice de la caída del zarismo, ni siquiera de la imposibilidad de las fuerzas democráticas para controlar el caos de la Rusia de 1917. Por acción u omisión, locura o razón, estos hechos no pueden entenderse sin tener en cuenta ese período de confusión y crisis y que estuvo marcado por el peso del pasado, que se apoderó del ánimo del pueblo y dictaba sus acciones. Lenin, un estratega político por excelencia, se limitaba a reaccionar a lo que percibía y entendía de las crisis nacionales. Por tanto, resulta imperativo que nos distanciamos de la situación para poder ubicar en el lugar que les corresponde a personajes y movimientos.

La complejidad histórica se compone de innumerables factores que pueden converger, divergir o chocar. Hay siempre algo más que la acción de

un líder, de un grupo dirigente, de una clase dominante o de una elite. Para comprender mejor dichos factores, es indispensable fijar unos parámetros más amplios. Ninguna historia de un régimen tan brutal como el de Stalin es unidimensional. Debemos plantear sus cómo y porqués, distinguir entre las diferentes fases, y establecer cuándo mantenía y cuándo no el contacto con la realidad.

Sea cual fuere el grado de aislamiento y de autarquía del régimen, no debemos ignorar la coyuntura externa. No sólo se controlaban las emisiones de radio extranjeras, sino que a las mesas de trabajo de los líderes soviéticos llegaban también los estudios sistemáticos sobre el rendimiento de la economía occidental. Los servicios de inteligencia, los diplomáticos y los funcionarios del Ministerio de Comercio Exterior eran fuentes de información sobre lo que sucedía en el exterior, aunque sólo la elite tuviera conocimiento de sus revelaciones. En lo que se refiere a un público soviético más amplio, no conviene subestimar la importancia de la literatura extranjera traducida, que, aunque seleccionada, era numerosa; entre los títulos había muchas obras maestras de la cultura universal, y la calidad de las traducciones era excelente. Los ciudadanos rusos adquirieron fama de grandes lectores de libros de calidad, por no hablar de su pasión por la poesía y del papel político específico de ella. Hoy estas cualidades se han desvanecido prácticamente por completo.

Ya me he referido anteriormente a otro conjunto de problemas igual de complejos y difíciles de desentrañar. Los sistemas soviético y occidental se afectaron e influyeron mutuamente, con unas repercusiones que variaron en forma e intensidad en función de la cambiante situación internacional. En el núcleo de este proceso se encontraba el deseo de proyectar la imagen de la URSS como un país que había nacido de la fuerza de un socialismo creador. Un análisis más pormenorizado de esta cuestión nos permitirá esclarecer algunos de sus aspectos, tanto los relativos a la historia de la ideología soviética como a la de su interacción con el mundo exterior, especialmente en lo que se refiere a las imágenes propias y ajenas de «socialismo versus capitalismo» que ambos bandos lanzaron en diferentes etapas históricas. Cómo y por qué tantos críticos de izquierdas occidentales tendieron a ver en la Unión Soviética algo que no era y que no podía ser es una cuestión complicada que debemos tratar en este punto. Pero tampoco podemos pasar por alto la reivindicación de la derecha soviética de ser lo que en realidad no era para conseguir fortalecer su imagen en las sociedades occidentales e intentar así minar las instituciones democráticas.

La reivindicación soviética de que representaba un modelo diferente, una alternativa al capitalismo, sirvió a la URSS para movilizar no sólo a su gente, sino también para conseguir un considerable apoyo exterior, que empleó tras la guerra para defender la existencia de un «bando socialista» y vestirlo con lo que parecían sus mejores galas naturales. Pero aunque quien hablaba era Jacob, quien actuaba era Esaú; mirada más de cerca, la realidad no tenía nada de idílica, aunque era un fenómeno en sí misma, mucho más parecido al sistema chino, que hoy es una potencia que hay que tener en cuenta.

El último de los impedimentos digno de ser mencionado aquí es la utilización masiva de conceptos como «totalitarismo» (que retornaré más adelante), que ha llevado a ignorar los cambios importantes que se produjeron en el sistema soviético. El menosprecio flagrante de la dimensión social era una evidencia clara de la inadecuación conceptual de la ideología del totalitarismo; centrar la atención en el régimen —como si la sociedad fuera maleable por definición— hizo que se desatendieran los profundos cambios estructurales de la sociedad que eran cruciales para la comprensión de los logros, los cambios internos, las crisis y la caída del régimen.

Dichas omisiones, fomentadas por la tirantez de la confrontación ideológica y por la guerra propagandística, son en sí mismas objeto legítimo de una investigación histórica, como lo es el daño que el régimen soviético se infligió a sí mismo prohibiendo la libertad en la investigación y en el debate. Los argumentos y los postulados ideológicos, vengan de donde vengan, no pueden erigirse en una guía de la investigación, sólo pueden funcionar como temas de ésta a través de una visión que desentrañe las reivindicaciones no justificadas y la comprensión de su origen y finalidad. Pero la tarea verdaderamente importante radica en elaborar las herramientas conceptuales y las estrategias de investigación que permitan esclarecer qué era en realidad el sistema soviético, cómo evolucionó (incluida la ideología) y dónde hay que situarlo en el mapa de los sistemas políticos.

Repito: el pasado (en realidad varios pasados) estaban, y siguen estando, activos, dado que en Rusia coexistían simultáneamente las realidades (y no unas simples reliquias) heredadas de los siglos anteriores. A diferencia de los períodos en que el ritmo del cambio es lento, en los períodos de crisis, los fenómenos y los estratos sociales pertenecientes a diferentes épocas chocan violentamente y fundan y refundan las instituciones y el comportamiento político en el momento de mayor desconcierto. La Rusia zarista experimentó una buena parte de sus convulsiones en el siglo xx, y continuaron bien

entrada la era soviética con una amplia gama de fenómenos relacionados con los cambios políticos y sociales: crisis, revoluciones, guerra civil, levantamientos, expansión, decadencia y, finalmente, su hundimiento. Este espectáculo no es necesariamente tedioso, aunque resulte algo deprimente. También tenemos que hallar los términos adecuados para cada episodio, puesto que no podemos utilizar los mismos calificativos para la fase estalinista de industrialización vertiginosa anterior a la guerra, que aunó el desarrollo social y una patología política «cancerosa», y para el período estalinista posterior a la guerra, de rápida recuperación económica y de campañas ideológicas y políticas retrógradas. Por último no debemos obviar el movimiento pendular propio de Rusia: una importante potencia europea en 1913 que, en 1920, se había convertido en un país devastado; movilizada en un impresionante esfuerzo bélico entre 1941 y 1945, se convirtió en una superpotencia victoriosa en 1945, aunque nuevamente devastada; unos diez años después, volvía a ser una superpotencia, gracias a sus sputniks y a los misiles intercontinentales, y las consecuencias no fueron menos sorprendentes. Abundan en este escenario los procesos históricos frenéticos, y ofrecen un abanico de posibilidades considerable para los estudiantes del cambio social.

No vamos a desempeñar el papel de fiscal ni de abogado defensor. Cualquier estudio histórico digno de ese nombre se dedica a exponer un caso: si se trata de algo positivo —progreso— emergerá con claridad; si esconde una patología —la historia está llena de ellas—, también saldrá a la superficie.

Las opiniones generalizadas de los círculos políticos, los medios y la impresión de la gente son un obstáculo para un estudio riguroso de la URSS. Los trabajos académicos dedicados a este país y a su sistema pertenecen por lo general a otra categoría, y deben considerarse de una manera diferente a pesar de que algunos académicos hayan contribuido a la elaboración de un «discurso público» homogeneizado acerca de la Unión Soviética. Diversificada a lo largo de muchos países, la investigación académica ha generado una amplia variedad de estudios que reflejan en algunos aspectos la parcialidad del «gran concurso», pero que, no obstante, son el producto de un trabajo serio y, a veces, admirable. A falta de acceso a las fuentes soviéticas, estos estudios adoptaron diferentes enfoques y dieron lugar a varias escuelas de pensamiento. En la actualidad, dado que el acceso a los archivos es más sencillo, pero quizá también a causa del triste estado de la Rusia contemporánea, muchos colegas estarán de acuerdo en que una aproximación

más equilibrada a la época soviética, sin pasar por alto sus defectos, no sólo es posible, sino indispensable.

La Unión Soviética fue parte implicada e integral del siglo xx, y no podemos «descodificarlo» sin entender claramente el papel que desempeñó el país en los dramas que se han vivido en estos años. Esto nos devuelve a un lugar común virtual: la influencia de los hechos mundiales sobre Rusia fue constante e influyó en el devenir del Estado.

La revolución de 1905 y la primera guerra mundial influyeron poderosamente en el programa de los socialdemócratas rusos, incluida la tendencia liderada por Lenin (que se convirtió en partido en 1912), y guiaron sus expectativas y estrategias. Es momento de repetir que este movimiento político no se había propuesto llegar al poder o iniciar una revolución a corto plazo, sino participar en ella e impulsarla en la dirección de la etapa histórica obligada. No obstante, cuando en 1905-1907 fracasó el intento de revolución burguesa-democrática, Lenin empezó a dudar de la validez de la valoración que él y el partido socialdemócrata habían hecho del grado de desarrollo del capitalismo y de su impacto en Rusia. Hasta la fecha, Lenin había comprobado que el capitalismo funcionaba en todas partes, pero en ese momento descubrió que la fuerza impulsora capaz de derrocar al régimen zarista no eran los liberales, sino los campesinos. En consecuencia, empezó, a modo más bien de prueba, a buscar nuevos enfoques y estrategias, y no fue hasta los años de la primera guerra mundial cuando empezó a cambiar su idea inicial de la revolución (formulada en realidad por Plejanov), aunque dicha idea inicial fuera la que prevaleció entre la mayoría de los miembros de su partido.

Es importante subrayar que muchos miembros del partido socialdemócrata ruso, incluido Lenin, habían vivido en Occidente y participado en las actividades de los partidos socialdemócratas occidentales mientras seguían muy de cerca las cuestiones rusas. Contaban con una «doble nacionalidad» política, es decir, vivían en dos mundos políticamente diferentes. Lenin es un buen ejemplo; era un socialdemócrata germano-ruso y miembro del comité ejecutivo de la II Internacional. No hay motivo para dudar de su compromiso con esa parte de la ecuación, y, como sucedió con tantos otros, fue allí donde adquirió las herramientas conceptuales que utilizó para reflexionar acerca del mundo. Sin embargo —y esto no era un secreto para nadie— también le influyó Rusia, el centro de sus preocupaciones. Pero el universo ruso era bien distinto del occidental; tal y como descubrió Lenin,

en particular mediante la lectura de diferentes historiadores de la Rusia zarista, el país era un conglomerado poliédrico cuyos formantes coexistían en el mismo espacio aunque se movían a ritmos diferentes. Ambos mundos estaban entrando en un largo período de agitación que se iniciaría con la primera guerra mundial y que continuaría con diferentes crisis y revoluciones. Dichos acontecimientos se adelantaron en toda la Europa central y oriental, una región mayoritariamente agraria y económicamente subdesarrollada, y en la que habían alcanzado el poder, o estaban a punto de hacerlo, regímenes sumamente autoritarios o dictatoriales (a excepción de Alemania y Checoslovaquia, cuya democracia era de hecho más estable en ese momento que la de la República de Weimar). No hay que pasar por alto estos factores al estudiar el sistema soviético, ni olvidar otro aspecto crucial: la socialdemocracia alemana, en cierto sentido el *alma mater* ideológica de Lenin, había hecho un tremendo esfuerzo nacional durante la guerra, al igual que otros partidos socialistas en sus respectivos países. La II Internacional, que parecía tan poderosa en 1914, se escindió, un desastre del que nunca se recuperó el socialismo europeo. La masacre sin precedentes y la devastación económica que se derivaron de la guerra infundió esperanza en muchos círculos de la izquierda, que creían que a continuación estallarían revoluciones en toda Europa; y los izquierdistas se embarcaron en la búsqueda de las prognosis y las estrategias que habían de desembocar en la creación de un gobierno revolucionario en Europa. Al papel de Rusia y de su potencial histórico en tanto que país atrasado se le otorgó una importancia secundaria.

El intercambio epistolar de 1915 entre dos bolcheviques emigrados, Lenin y Bujarin, en el que hablaban de las perspectivas y de estrategia revolucionaria, nos descubre los anhelos y las ideas de ambos. En ese momento, tanto Lenin como Bujarin, un joven y romántico revolucionario diez años menor que Lenin, confiaban totalmente en una futura revolución en Europa e incluso a escala mundial. A menudo jóvenes, los bolcheviques andaban preparándose para desempeñar un papel decisivo en ella. Lenin y Bujarin trataron de un modo serio la posibilidad de recurrir a una «invasión revolucionaria» de Alemania para defender la revolución, pero discrepaban en la necesidad de buscar o no el apoyo de la izquierda alemana. Bujarin lo consideraba indispensable; de otro modo, argumentaba, existía el riesgo de que surgiera una fuerza nacionalista en Alemania que acabara con «nuestra invasión». En el marco de esta perspectiva revolucionaria europea, la revolución de Rusia era, para Lenin, un asunto secundario, y lo que Bujarin

denominaba «nuestra invasión» se refería a cualquier fuerza revolucionaria europea, no a una invasión por parte de Rusia. Lenin y Bujarin se planteaban si la imposibilidad de establecer el socialismo en Rusia (una idea comúnmente aceptada hasta la fecha) seguía representando un problema. Según Bujarin, lo sería sólo si la revolución afectaba a algunos países; sin embargo, si la revolución era paneuropea, Rusia sencillamente pasaría a formar parte de una entidad mucho más amplia. Sea como fuere, las identidades nacionales estaban condenadas a la desaparición^[1].

De esta correspondencia se deduce que serían ni más ni menos los bolcheviques, término este que parece hacer referencia ahora a los partidos revolucionarios europeos unidos bajo una nueva organización internacional, dado que la II Internacional estaba extinta y sus líderes, desacreditados, quienes encabezarían la estrategia revolucionaria (no sólo en Rusia). Lo que en realidad sucedía era que en Europa se estaba produciendo un giro hacia la izquierda, con los «bolcheviques» a la cabeza.

La idea que destilan estas cartas es bastante utópica y puede intuirse en ellas un cierto «imperialismo rojo». No obstante, comoquiera que la sucesión de hechos presentes y futuros fue y sería de alcance mundial, no estaba Rusia al frente de este imperialismo —como sostenía todo el mundo, el país no contaba con un potencial socialista—, y menos aún en el centro de los acontecimientos, ni permitía su situación especular sobre las ventajas expansionistas que pudieran derivarse de ese movimiento. La tendencia de Lenin a ensalzar el potencial revolucionario de Europa se mantuvo hasta el lanzamiento del NPE en la Unión Soviética. Con la recesión en Europa del empuje revolucionario, algunos países, destrozados por la crisis acabaron abandonando la búsqueda febril de aliados, una búsqueda motivada no sólo por la fuerza del régimen ruso sino también por su vulnerabilidad. En ese momento, un leninismo muy diferente ocupó el lugar de su predecesor.

1917: LOS GRUPOS PRINCIPALES

Sin perder de vista todo lo anterior, debemos dar un salto hasta 1917, un año en que la primavera fue gloriosa y el otoño, riguroso. La brevedad e intensidad de las dos estaciones y el contraste entre ambas son desconcertantes, pero lo cierto es que, obviamente, hubo más de dos capítulos en esta etapa tan comprimida de historia.

La extraordinaria revolución que estalló en Rusia entre febrero y marzo de 1917 se caracterizó por un cúmulo de rasgos inusuales. En realidad, nadie derrocó a la autocracia zarista: desapareció de la escena en plena guerra sin que ninguna iniciativa obvia pudiera ocupar su lugar. La Duma, una institución desprestigiada, no fue capaz de sustituirla; sencillamente constituyó un gobierno provisional para, más tarde, retirarse de la escena política. El gobierno no era responsable de la situación, y no resistió. A partir de entonces, se constituyó un nuevo gobierno cada dos meses. Dado que aquí no sólo nos ocupa lo estrictamente esencial, conviene reflejar la aparición —y la posterior desaparición— de tres actores principales: en primer lugar, los soviets, cuyos líderes, revolucionarios socialistas y mencheviques, se convirtieron, con o sin el concurso de los liberales, en las figuras centrales de los sucesivos gobiernos provisionales a partir de mayo de 1917; luego aparecieron los bolcheviques, que al principio desempeñaron un papel puramente secundario en los soviets, pero cuya fuerza fue creciendo rápidamente; por último, los futuros blancos, casi inexistentes en los inicios, empezaron a aunar fuerzas y pronto se convirtieron en el tercer protagonista principal. En cuanto a los liberales, tenían su propio programa y cambiaban de aliados según les convenía.

Los soviets, un fenómeno único que surgió en 1905, eran en realidad la única estructura con cierto parecido a un poder estatal. Sin embargo, sus líderes no se atrevieron a tomar el poder, porque, según sus análisis e ideología, el futuro régimen iba a ser liberal. Los dos partidos socialistas obtuvieron un lugar en el gobierno gracias a los soviets, pero se sentían más bien incómodos por ello. Los mencheviques, en su mayoría marxistas ortodoxos, basaban, por ejemplo, toda su estrategia en la imposibilidad del socialismo en Rusia. Para ellos, el único camino que había por delante era el del capitalismo y la democracia; por lo tanto, su único aliado indispensable era la clase acomodada, la clase media en términos actuales. Tal y como ha expuesto Ziva Galili, los mencheviques se dividieron en varias corrientes: una vez en el gobierno, algunos revisaron su postura prerrevolucionaria; otros trabajaron en los soviets o se mantuvieron fieles a sus ideas primigenias; hubo también una minoría, la corriente internacionalista, dirigida por Martov, que se decantó por un gobierno exclusivamente socialista sustentado por los soviets y que se oponía a la participación socialista en el Gobierno Provisional, pues consideraban que era un precio demasiado alto^[2].

Los demócratas constitucionalistas (los cadetes), dirigidos por el historiador y político Pavel Miliukov, pretendían inicialmente preservar la

monarquía para evitar una revolución. No obstante, a partir de mayo se «retiraron», en palabras de Miliukov, declinando cualquier responsabilidad como partido frente a la evolución de los acontecimientos y simpatizaron con el general Kornilov cuando éste intentó dar un golpe de Estado contra el gobierno de Kerenski. Anhelaban un gobierno fuerte capaz de controlar el caos que amenazaba con invadir el país. Miliukov hizo hincapié en que la suya no iba a ser una dictadura militar, pero propuso a Kornilov ocupar el lugar de Kerenski, a quien no consideraba capacitado. Así, los cadetes confiaron en que el general monárquico restauraría el orden e instauraría una república democrática cuando lo permitieran las circunstancias. El punto clave radica en que los liberales, al menos los que compartían las ideas de Miliukov, creían que se necesitaba mano dura, pero, por supuesto, no por parte de la izquierda, así que cooperaron con el gobierno provisional de manera tibia, no como partido, sino como sujetos que aceptaban carteras ministeriales como una manera de oponerse a la izquierda, ligada a los soviets. Estos últimos representaban la única fuerza con la que podía contar el gobierno provisional. No obstante, dado que buscaban el apoyo de los cadetes, los partidos democráticos de izquierdas tenían que pagar con su participación en el gobierno y su posterior renuncia a apoyar a los soviets; tales eran las contradicciones en las que, dadas su posición política e ideológica, se encontraban, por un lado, los cadetes y, por otro, los líderes de los soviets. Estos asuntos deben tratarse más pormenorizadamente, dado que nos ayudarán a entender todos los acontecimientos que tuvieron lugar en los diez primeros meses de 1917.

Las opiniones y opciones políticas de Miliukov y sus seguidores entre los cadetes son profundamente esclarecedoras. El aspecto más duramente criticado de la revolución leninista —su programa para un régimen dictatorial de partido único— nacía del sentimiento de lo que era posible e inevitable que compartieran otras fuerzas políticas en la arena pública. No es pues ninguna revelación señalar que los blancos, principalmente monárquicos, aspiraban a instaurar una dictadura militar que había de reinstaurar la autocracia. Detestaban instituciones como la Duma, incluso la que existía en tiempos del zar, que tenía un papel meramente ornamental. Y no hay duda de que no veían con buenos ojos el partido de Miliukov, ni siquiera cuando, en respuesta a sus ataques, Miliukov insistió en que había hecho todo lo posible para salvar el zarismo (no era responsabilidad suya que el sistema no tuviera salvación). Pero, aunque partidarios de la monarquía constitucional, los cadetes —el partido liberal— consideraban que Rusia aún no estaba preparada para tal

grado de liberalización en un futuro inmediato y, por ese motivo, se decantaban por la dictadura. También opinaba así el tercer actor principal: Lenin y los bolcheviques. Este paralelismo inesperado entre la valoración de Rusia de Miliukov y la de Lenin puede resultar esclarecedor.

La descripción que Miliukov hace de los últimos días de la monarquía en su libro de 1927, *Rossia na Perelome* (Rusia en la encrucijada), es tan sombría como la que presentó el historiador soviético Avrej en un profuso volumen sobre el crepúsculo del zarismo. Miliukov plantea en su tesis la falta de «cohesión» entre las diferentes clases —campesinado, nobleza y clases medias— y entre el zarismo y el resto de la sociedad^[3]. De aquí deriva la enorme fragilidad del sistema zarista, que se plasmó en la indolencia del Estado, una tendencia a la rebelión entre los estratos sociales populares y el pensamiento utópico de la *intelligentsia*. Las ideas de Miliukov —entre ellas sus fórmulas sobre la primacía del Estado sobre la sociedad, que equivalían a convertirlo en el único baluarte posible frente al peligro de fragmentación— influyeron en la historiografía rusa. Aunque usaran una terminología diferente, las ideas de Lenin y Trotski sobre la estructura social rusa presentan ciertas similitudes con las de Miliukov; su pesimismo sobre la perspectiva de un resultado democrático de los acontecimientos a partir de 1917 se basaba en una perspectiva histórica: dictadura militar o caos.

Algunos textos más antiguos e inéditos de Miliukov, y recientemente descubiertos en los archivos, explican por qué pretendía salvar la monarquía^[4]. Es evidente que lo hacía porque no consideraba que hubiera ninguna otra alternativa aceptable en un momento en que la puerta a la democracia estaba atrancada, justificando así su mano en aquella histórica partida de póquer.

En principio, las «fuerzas democráticas», que se correspondían con los no bolcheviques, o más exactamente con la izquierda antibolchevique (mencheviques y revolucionarios socialistas), se habían comprometido con una solución democrática. Sin embargo, ante la realidad de un país en desintegración, algunos de sus miembros —especialmente varios ministros del gobierno provisional— se vieron obligados, aunque sin estar demasiado convencidos al principio, a aceptar medidas asociadas con un estado de emergencia: control de precios, racionamientos, compras obligatorias de cereales, envío de unidades políticas y militares para sofocar el malestar en las zonas rurales. De manera inadvertida al inicio, pero luego deliberadamente, muchos de estos miembros se convirtieron en adalides de un

Estado duro, una postura que contradecía su orientación e ideología previas. Además, aunque estaban más cercanos a una visión verdaderamente democrática y rechazaban categóricamente las conclusiones de Miliukov y Lenin, nunca dejaron de «anhelar a Miliukov», lo cual era un espejismo, dado que Miliukov ansiaba el «puño de hierro» de un monárquico: otro espejismo. No es de extrañar que nada pareciera viable.

El gobierno había puesto rumbo a la bancarrota financiera. El ministro de Economía, Shingarev, describió la catástrofe que se avecinaba del modo siguiente. Antes de la guerra, el dinero en circulación ascendía a 1.600 millones de rublos en billetes y a 400 millones en oro. Sin embargo, durante la guerra, en lugar de los 6.000 millones de rublos previstos, se habían imprimido 12.000 millones, lo que derivó en la alta inflación que definió como un «dulce veneno». La revolución había desatado unas expectativas enormes entre la población; todo el mundo había visto aumentar sus salarios y las pensiones. Los gastos siguieron creciendo, pero las arcas del Estado estaban vacías. Se emitían treinta millones de rublos al día (lo que precisaba de 8.000 trabajadores). ¿Cómo se debía acabar con este caos? Era imposible imprimir más de mil millones de rublos al mes y, dada la inflación, el coste de la operación ascendía a 1.500 millones. En el ejército había enroladas diez millones de personas: «La sangre mana en el frente, pero en la retaguardia tenemos lo que podríamos llamar un festín en medio de esta plaga. El país está al borde de la ruina. ¡La patria está en peligro!»^[5].

Los informes de la policía procedentes de todo el país daban fe del creciente malestar de las zonas rurales, del deterioro de los suministros de comida y del penoso estado del ejército. En este lúgubre contexto, el gobierno provisional, compuesto fundamentalmente de revolucionarios socialistas y mencheviques, y con la participación simbólica de algunos propietarios, cayó en la cuenta de que ya no controlaba nada, de que su legitimidad disminuía cada día que pasaba y de que se estaba quedando sin espacio para maniobrar. La necesidad de una coalición nueva y revitalizada le llevó a convocar, el 14 de septiembre, una «Asamblea Democrática» que tendría que elegir un «parlamento previo» no oficial encargado de negociar la creación de un nuevo gobierno provisional fuerte con algo de prestigio (o eso confiaban). Sin embargo, cualquiera que observara los debates y las posturas del parlamento previo elegido por la Asamblea llegaba a la conclusión de que carecía totalmente del deseo y de la habilidad política para la creación de un nuevo Estado. Lo único que podía ofrecer era una sarta interminable de discursos.

La realidad del parlamento previo queda descrita de manera clara en las memorias de Nikolai Avksentev, uno de los líderes de la facción más próxima a la corriente derechista de los socialistas revolucionarios^[6]. A partir de febrero de 1917, fue el presidente del comité ejecutivo de los campesinos soviets; en julio, fue designado ministro del Interior y, en septiembre, se convirtió en el presidente del soviet provisional de la República Rusa (parlamento previo).

Su relato da la impresión de que nos encontramos ante una sesión solemne en un palacio lujoso —de hecho, una reunión completamente estéril con el odio hacia los bolcheviques como único vínculo—, mientras en el exterior ya se concebía un sistema muy diferente. Con suma tristeza, Avksentev describe vívidamente las divisiones internas de todos los grupos (todos ellos se escindían). Como sucede en estos casos, la situación estaba en punto muerto y nada parecía que fuera a desatascarla, igual que sucedió en la reunión en el cuartel general de Nicolás II en el frente el año anterior, cuando demostró su incapacidad para hacer nada salvo reorganizar una y otra vez el gobierno mientras todo a su alrededor se derrumbaba. No era el único ejemplo de esta parálisis; el escenario es diferente en cada momento, pero el espectáculo siempre es el mismo: la incapacidad política de los actores principales del momento. Los esfuerzos realizados en septiembre y octubre de 1917 para recobrar el control de los acontecimientos no eran sino la reacción clásica en situaciones de este calibre.

Avksentev y sus colegas intentaron estabilizar la situación instando a los representantes de los soviets a aceptar una posición minoritaria en el parlamento previo que la Asamblea Democrática iba a instaurar. A los propietarios, es decir, a las organizaciones y partidos que representaban a las clases medias, se les ofreció una posición mayoritaria. La Asamblea Democrática se celebró a mediados de septiembre en Petrogrado. Los bolcheviques, que estaban representados desde el primer momento, pretendían excluir totalmente a los propietarios y crear un gobierno exclusivamente socialista, al que se comprometían a apoyar. Esta posición resultaba interesante únicamente para un pequeño grupo del ala izquierda del partido menchevique, con Martov al frente. La Asamblea Democrática eligió a los 250 miembros según el peso relativo de cada partido dentro de la Asamblea, y designó después a otras 250 personas de entre las clases medias

y el entorno empresarial. Estos representantes debían prestar su apoyo político y moral al gobierno. Según Avksentev, era necesario porque «el gobierno carecía de cualquier otro apoyo».

La situación que describe Avksentev es una sucesión de paradojas. El bando democrático ofrecía a los propietarios una mayoría para asegurar la legitimidad del gobierno pasando por alto que los soviets (a los que lideraban) eran la única fuente posible de apoyo legítimo. De este modo, buscaron el refrendo de otros grupos que carecían de un poder equiparable al de los soviets. Avksentev lo comprendía perfectamente: ensalzaba los esfuerzos realizados por los líderes de los soviets para organizar a la burguesía e introducirla en la arena política y apuntaba: «esto sirve únicamente para poner de manifiesto la debilidad de la burguesía», algo de lo que no eran responsables ni los bolcheviques ni las fuerzas democráticas. En el gobierno de coalición, los demócratas (es decir, los socialistas) contaban con el apoyo de la masa, mientras que sus aliados burgueses no contaban con ningún respaldo. Aun así, las fuerzas democráticas ofrecían un acuerdo en pie de igualdad, e incluso aceptaban que se diera un equilibrio de fuerzas mayoritario, a los constituyentes burgueses de la Asamblea, que no tenían nada que ofrecer a excepción de su debilidad y que, sin embargo, exigían un alto precio por ella.

Avksentev recalca la debilidad de todo el proceso en sus sucesivos intentos por establecer una coalición totalmente artificial. Esto producía únicamente peleas nimias que no llegaban a crear una unidad o el tipo de auxilio que necesitaba el gobierno.

El resto de ministros del gobierno provisional (Kerenski, Tereshchenko y demás) se embarcaron entonces en negociaciones con diferentes protagonistas en el Palacio de Invierno. Todas las partes eran conscientes de que el país iba de camino a la ruina y que lo que se precisaba con urgencia era la unidad. Sin embargo, todos se mantenían firmes en su fórmula sacrosanta temiendo que las masas del exterior se sintieran traicionadas si faltaban a sus palabras mágicas. Las discusiones se centraban en cuestiones menores de dogma o en simples aspectos gramaticales. Mientras se sucedían las puntualizaciones quisquillosas entre las paredes de palacio, en el exterior se estaba gestando la tormenta que pronto los arrastraría a todos.

Entretanto se creó un gobierno de coalición y se estableció otro cuerpo, el Consejo Provisional de la República. Este último se inauguró a principios de octubre para que los cadetes y los propietarios dispusieran de tiempo

suficiente para seleccionar a sus representantes; siguieron las negociaciones sobre la composición del Presidium. Avksentev narra el proceso con todo detalle hasta llegar, finalmente, a la solemne reunión del gobierno provisional del 7 de octubre a las 3 de la tarde en el Palacio Marinski, en el mismo salón donde el zar convocaba al Consejo del Gran Estado. El salón estaba lleno; el cuerpo diplomático estaba presente en sus logias; Kerenski, que abrió la sesión, fue recibido entre aplausos. Avksentev continúa: «no se percibía ninguna convicción real de que se estuviera gestando algo nuevo... Se había creado una institución unitaria para los demócratas y la burguesía, pero carecía de unidad... y las contradicciones seguían siendo enormes». Estaban más preocupados por las palabras que por los hechos: la izquierda insistía en la paz y en la cuestión agraria, puntos que los cadetes no podían aceptar. Avksentev estaba de acuerdo con estos últimos e intentó convencer a los mencheviques para que eliminaran los puntos controvertidos del documento final que se tenía que adoptar. Según Avksentev, fueron los soviets —dicho de otro modo, los líderes mencheviques y los socialistas revolucionarios— los que, en el momento clave, demostraron su incapacidad y no apoyaron al gobierno.

Avksentev acusaba a la «izquierda democrática de inflexibilidad programática». De hecho, carecían de un programa político independiente que reflejara su fuerza del momento. Sus representantes depositaban todas sus esperanzas en los cadetes y en los constituyentes burgueses, mientras que los cadetes sólo tenían ojos para los monárquicos. Al igual que los socialistas revolucionarios, los mencheviques estaban divididos, y ninguno de los grupos aportaba nada claro ni aceptaba nada que llegara de las otras fuerzas. Cuando Martov promovió un gobierno únicamente socialista basado en los soviets, al menos su posición tuvo el mérito de ser clara, pero sólo contaba con una pequeña minoría de su grupo.

Como todos decían a los bolcheviques, el socialismo no era posible. Los mencheviques y el resto de fuerzas tenían toda la razón. No obstante, aunque ya contaban con un poder considerable, la situación no encajaba en su «fórmula». Estos últimos pretendían convencer a las clases medias de que optaran por un sistema democrático, pero la burguesía se encontraba desorganizada y no quería participar en un gobierno de este tipo, así que surge la pregunta: ¿en qué tenían razón los mencheviques? Tal y como lo entendió claramente Miliukov, las «clases medias» con las que todo el mundo contaba, no eran sino un ejército político fantasma ... y los liberales, que deberían haber sido sus líderes políticos, soñaban únicamente con domesticar a la

bestia y encontrar a alguien con mano dura. El país se estaba viniendo abajo y no había un gobierno central capaz de impedir el caos total.

La derecha monárquica no veía otro modo de resolver los asuntos que mediante la fuerza militar y el terror, y no lo ocultaba. Pero ¿qué sistema iban a establecer una vez hubieran colgado de las farolas a los alborotadores? Algunos de los generales blancos miraron al pasado en busca de un modelo, un regreso a la monarquía que aún consideraban plausible. En los primeros meses de 1917 parecía que estos incondicionales del viejo régimen habían encontrado el camino. Sin embargo, el golpe frustrado de Kornilov de agosto y el hecho de que los liberales lo hubieran apoyado deberían haber hecho saltar las alarmas. El objetivo de Kornilov no eran sólo los bolcheviques, sino toda la izquierda, el gobierno provisional y las fuerzas que lo apoyaban. Para los militares y otros círculos de derechas, los líderes de los soviets eran culpables de un crimen, el equivalente a lo que la derecha alemana denunciaría tras la derrota de 1918 o el mito de la «puñalada por la espalda» por parte del enemigo. La introducción de los soviets en el ejército por iniciativa de los líderes civiles de éstos resultó una afrenta para el cuerpo de oficiales y, a su entender, minaba la capacidad de lucha de las tropas. Las futuras fuerzas blancas (entre ellas los Cien Negros) necesitarían un tiempo para reagruparse. Soñaban con retomar Moscú, hacer repicar las campanas de sus cientos de iglesias y restaurar el imperio con un zar a su cabeza.

Sin embargo, durante ese tiempo, a partir de septiembre de 1917, el país estaba sin gobierno y parecía ingobernable. Sólo podría salvarlo un movimiento que apoyara la construcción de un Estado fuerte, pero uno de los candidatos a tomar las riendas, la izquierda democrática, había entrado en crisis. No contaba con fuerzas armadas y no llevó a cabo ninguna iniciativa. Convencida en el pasado de que el país estaba listo para una democracia liberal, y nada más, e incapaz de darse cuenta de que ni siquiera los liberales creían en su futuro, la izquierda democrática no supo reconocer su error ni plantearse una pregunta obvia: ¿para qué estaba preparada Rusia? Por su parte, los liberales eran muy débiles y no veían que su causa común con los blancos, para los que la salvación del país residía únicamente en la mano dura, pudiera cuajar.

No pretendo denigrar a estas personas, muchas de ellas hombres honorables atrapados en un callejón histórico sin salida. Una buena parte de los futuros vencedores también se rompió la cabeza (algunos literalmente) al

enfrentarse a esos problemas, y buscando, en primer lugar, una respuesta a esta pregunta: ¿para qué estaba preparada Rusia?

La incapacidad del parlamento previo de tomar decisiones era algo crónico, un presagio de lo que pasaría en la Asamblea Constituyente tras la sesión inaugural del 19 de enero de 1918, bajo la presidencia de V. Chernov, a quien incluso su partido, los socialistas revolucionarios, desacreditaron y marginaron. Las fuerzas que habían apoyado al gobierno provisional, en junio de 1918, no eran más capaces de conseguir un nuevo equipo de liderazgo de lo que lo habían sido en septiembre de 1917. Para entonces, su potencial político estaba totalmente agotado, y habían perdido también el apoyo entre los militares, especialmente tras los desastrosos resultados de la ofensiva de julio de 1917 ordenada por Kerenski. Cuando, en enero siguiente, se reunió la Asamblea Constituyente elegida en octubre, ya eran un órgano agotado. La Asamblea, que era algo completamente nuevo en Rusia, fue incapaz de dar un giro histórico al carecer del apoyo de las tropas y de las masas populares. Tampoco contaba con el apoyo de los soviets (ni siquiera de los soviets militares), y aquellos que la habían elegido en octubre ya se habían olvidado de ella en enero: así de rápido cambió el escenario en esta etapa histórica. Los bolcheviques no eran los únicos que querían acabar con esta Asamblea Constituyente. Si los blancos hubieran sido una fuerza unificada en esos momentos, hubieran hecho lo mismo; y los cadetes —supuestamente el partido demócrata-burgués por excelencia— tampoco tenían ninguna necesidad de ella: sólo contaban con 17 de los 800 escaños, y la izquierda dividida que dominaba la Asamblea no les interesaba^[7].

En enero de 1918, el comité central de los cadetes adoptó una resolución que afirmaba que «no es necesario ni aconsejable» pedir la restauración de la Asamblea Constituyente disuelta, dado que era incapaz de encargarse de los asuntos que se le asignaban y, por tanto, de devolver el orden a Rusia^[8]. Ésta era la lógica de aquellos que anhelaban «mano dura». Los cadetes buscaron una figura de autoridad entre los militares más derechistas, porque ya no creían en una solución democrática en el momento en que Rusia tenía que seguir luchando con sus aliados y cuando, en cualquier caso, no estaba preparada para el cambio. Por tanto, su respuesta a las necesidades de ese momento de un país en desintegración fue iniciar la búsqueda de un general prometedor.

Tal y como hemos comentado, la base para este análisis son las ideas de Miliukov sobre la debilidad estructural de Rusia: su carácter de amalgama

social la hacía propensa a las crisis que amenazaban con desintegrarla. Pero este análisis debería haber llevado a su autor a detenerse en las causas de la caída del zarismo y a ser más escéptico a la hora de analizar el potencial de un dictador militar de derechas. Una de las razones de Miliukov para intentar mantener a Nicolás II en el trono en 1917 era que «no podemos permitirnos cambiar los símbolos nacionales en tiempos de agitación»; no obstante, el zar le había decepcionado. Por tanto, su decisión de optar por un dictador de derechas se basaba en un análisis sociopolítico erróneo de lo que implicaba una figura así: por lo general los dictadores no están en contacto con la realidad social durante el tiempo que dura su misión restauradora. Las fuerzas sociales que respaldaban a los generales en los que Miliukov fue depositando sucesivamente sus esperanzas estaban ya prácticamente agotadas. Más adelante, Miliukov describió el aprieto en que se encontró su partido a la hora de cooperar con los blancos: algunos de sus miembros se encontraban fuera de lugar, mientras que otros se desenvolvían con soltura en este campo, una razón obvia para renunciar a sus lealtades y dividir al partido.

En septiembre de 1917, algunos líderes bolcheviques pensaban que la situación era desesperada y que el gobierno provisional estaba en quiebra, pero aún debatían qué línea de acción había que adoptar. Después de algunas vacilaciones, en septiembre de 1917 Lenin declaró que Rusia estaba viviendo una «situación revolucionaria» que no había que dejar pasar. Este concepto — es decir, la definición de Lenin del tipo de crisis— resultó ser crucial para su pensamiento. A falta de síntomas visibles de una crisis revolucionaria, el intento de hacerse con el poder resultó ser de una osadía absoluta. Evaluar con detalle este tipo de situaciones no es fácil, y Lenin se había equivocado en varias ocasiones: cuando toda Europa se tambaleaba sobre sus cimientos, se podían encontrar todas las «situaciones revolucionarias» que se quisiera y más. No obstante, Lenin admitió sus errores e intentó rectificarlos. En otoño de 1917, las cosas parecían estar claras en Rusia: se había obtenido la fórmula de la crisis revolucionaria, es decir, una situación en la que las clases gobernantes ya no pueden gobernar y las clases populares ya no van a resignarse ante su destino. El creciente vacío de poder sólo podían llenarlo la fuerza o fuerzas de izquierda (una conclusión que, como hemos visto, mencheviques y socialistas revolucionarios rechazaban categóricamente); de otro modo, podía irrumpir la derecha monárquica. Un grupo importante de líderes bolcheviques, encabezados por Zinoviev y Kamenev, coincidían en el

análisis de la crisis, pero se mostraban partidarios de un gobierno de coalición en el que estuvieran representadas las partes que estaban activas en los soviets. Veían esta condición como un requisito *sine qua non* para el asalto al poder por parte de los socialistas. Sin embargo, tuvieron tanto éxito a la hora de lograr la colaboración de los mencheviques y los socialistas revolucionarios como estos últimos habían tenido en su acercamiento a una burguesía que se mostraba distante.

Lenin y Trotski no creían que bastara con proclamar una revolución socialista para instaurar un régimen poscapitalista. El punto de arranque de la teoría de la «revolución permanente» de Trotski era que, por sí misma, Rusia no estaba ni mucho menos preparada para el socialismo. También lo creía así Lenin, para quien sólo se podía considerar el socialismo a una escala europea. Después de octubre, seguía sin respuesta la cuestión de cómo definir el nuevo régimen y cómo podría —y debería— evolucionar. Sea como fuere, lo cierto es que a raíz de la desilusión inicial ante la perspectiva de un rápido desarrollo del capitalismo en la Rusia zarista, Lenin pasó a abrazar una tesis mucho más sólida sobre el «desarrollo combinado» de Rusia (la expresión es de Trotski) con la coexistencia de «la agricultura y un mundo rural atrasados y una industria y un capitalismo financiero de lo más avanzado»^[9]. Evidentemente, el punto de partida no era el mejor para ningún proyecto socialista: incluso después de haberse apoderado de los bastiones del capitalismo industrial y financiero, el grueso de la población seguiría aún lejos de los primeros pasos que habrían de acercarlos al poscapitalismo. El segundo análisis de Lenin sobre el sistema socioeconómico de Rusia como una sucesión de capas, una reflexión inspirada tal vez por la historiografía de Miliukov, no facilitaba las cosas: el socialismo seguía siendo un objetivo tan remoto como antes.

La proclamación de una «revolución socialista» en octubre significó, sobre todo, que los socialistas se harían con el poder y que creían que la situación internacional se decantaría por la revolución. En el caso ruso, era una declaración de intenciones que aludía a un futuro lejano en un entorno internacional diferente. Aunque utópica, la declaración estaba impregnada de una fuerza política genuina: convertir la toma del poder en una revolución socialista, a pesar de las dificultades que podrían presentarse en el futuro, desempeñó un papel decisivo, y daba forma a la noción leninista de que un país tan atrasado como Rusia podría convertirse en el detonante o el catalizador en un teatro internacional muy turbulento. Los pronósticos no se

vieron confirmados, pero nada hacía pensar en aquel momento que fuera una posibilidad absurda.

La segunda ventaja crucial de esta visión utópica procedía de que la idea de «socialismo» suponía un compromiso con la justicia social y con la igualdad de derechos para las diferentes nacionalidades, un componente esencial de este credo y que estos grupos abrazaron con entusiasmo. La ausencia de una orientación nacionalista rusa demostró ser un arma poderosa contra los blancos, que enarbolaban una filosofía basada en el dominio tradicional que había ejercido la Gran Rusia, un defecto total en un país donde convivían varias nacionalidades.

La visión socialista también les permitió acercarse al campesinado, pues ya estaban familiarizados con el lenguaje de clases. «Apoderaos de la tierra de los terratenientes y de los ricos» no era un llamamiento a hacerlo, sino la aceptación retrospectiva del hecho que los campesinos ya estaban actuando precisamente de ese modo y que nadie podría detenerlos. Los campesinos se deshicieron de los terratenientes, una clase por sí mismos, y de los campesinos ricos, los kulaks, a quienes consideraban asimismo como otra clase (aunque esta opinión no plantea problema alguno en un análisis de las clases más riguroso). El enfoque bolchevique ponía sobre el tapete una realidad con la que estaban familiarizados los campesinos y que se hacía eco de las demandas de justicia social que tanto en común tenían con sus intereses. Comprendían perfectamente el significado de la palabra «socialista» sin necesidad de leer a Marx. Y ésta era otra ventaja sobre los blancos: en los territorios que éstos conquistaban, devolvían la tierra a la nobleza y a sus propietarios, un descuido fatal pero ni mucho menos accidental. Por muy poderosos militarmente que fueran, los blancos estaban condenados al fracaso político, como en un sentido más general el movimiento monárquico ruso.

Con todo, pocos meses después de la revolución de octubre y de la llegada de los bolcheviques al poder, la alternativa que Rusia tenía ante sí era evidente. Por un lado estaban los rojos, un grupo radical que despertaba muchas simpatías y que disponía de los instrumentos para crear un Estado; por otro estaban los blancos, un cuerpo de guerreros que carecían, sin embargo, de la habilidad para (re)construir un Estado —tal y como había predicho, precisamente, Lenin.

Porque estaba orientada al campesinado pobre, a los soldados y a los obreros, esta revolución que no podía ser socialista sí podía emparentarse, no obstante, y aunque fuera de un modo lejano, con esa ideología y convertirse

en una revolución «plebeya». Y ésa fue la clave de su triunfo: los bolcheviques lograron movilizar a un ejército sensacional formado por las clases populares. La composición del Ejército Rojo es reveladora: los soldados eran, en su mayoría, campesinos y obreros no cualificados que habían servido en las filas zaristas; otros, como Jrushchov, se habían sometido a un rápido entrenamiento para jóvenes mandos. Muchos miembros de la *intelligentsia* ocupaban cargos militares y político-militares. La imagen se complica más si cabe con la presencia de decenas de miles de antiguos mandos zaristas, algunos de ellos hijos de la nobleza. Si bien algunos miembros de este último colectivo desertaron para ingresar en las filas de los blancos, fueron mayoría los que mantuvieron su fidelidad a los soviets. ¡Una combinación ganadora!

Apenas hubo derramamiento de sangre en el período revolucionario en sentido propio, desde finales de 1917 hasta principios de 1918. La tensión aumentó posteriormente, y cuando estalló la guerra civil en julio de 1918, la lucha fue despiadada y sangrienta, ya que ambos bandos se jugaban mucho: el resultado de la contienda iba a determinar quién se haría con el poder en un país que vivía sumido en un caos indescriptible. No había posibilidad alguna de que ambos llegaran a un acuerdo: se trataba de una lucha sin cuartel.

Estos acontecimientos modificaron dramáticamente la manera de actuar del Partido Bolchevique, que ya no tenía nada en común con la formación anterior a la Revolución de octubre. No sólo habían remodelado de arriba abajo la organización, sino que había variado la tipología de sus miembros gracias a sucesivas oleadas de nuevos afiliados, que aportaban nuevas maneras de pensar y de actuar. Conforme se aproximaba la paz, ingresaron en el Partido más miembros que querían poner su grano de arena en una tarea totalmente nueva: construir un Estado, administrar un país y diseñar una estrategia para dirigir las relaciones internacionales. Durante un tiempo, los cuadros más importantes eran quienes habían ingresado en el Partido durante la guerra civil, una época que había servido para formarlos políticamente. De ahí que muchos estuvieran a favor de una línea autoritaria incluso en tiempos de paz. A partir de 1924, la tipología de los miembros se vería alterada por un nuevo ingreso de partidarios, que llevaron al Partido lo que algunos miembros de la vieja guardia consideraban elementos «vírgenes», es decir, sin la menor experiencia política y que, a diferencia de los veteranos de la guerra civil, no habían demostrado su compromiso con el régimen. Los viejos bolcheviques, que solían ocupar cargos de responsabilidad, ya no reconocían al Partido: no era una formación de revolucionarios entregados en cuerpo y alma a la causa

del socialismo. Los nuevos miembros no compartían sus valores, ni su pasado, y llevarían a la organización a convertirse en algo diferente a lo que había sido, a pesar de que aún se refirieran a ella como el «Partido».

Conviene observar aquí que la orientación principalmente plebeya de los miembros continuó siendo, durante los años veinte, una fuente inagotable de recursos humanos. La política de industrialización exhaustiva de los años treinta llevó a las filas del Partido a más miembros de las clases populares, que tenían intereses en el régimen y que fueron vitales para la victoria de 1945.

Debemos hacer aquí una aclaración: en nada se parecen una persona acomodada que adquiere otro privilegio más y alguien que se encuentra en lo más bajo del escalafón social y que, de repente, puede acceder a lo que antes le resultaba inalcanzable, por modesto que sea este objetivo. Aunque el poder no pertenecía a los «plebeyos» como clase popular, ellos y sus hijos (muchos de ellos) tenían ahora ante sí la oportunidad de llegar a puestos que, anteriormente, les estaban vetados. Para el régimen, esta llegada de individuos de las clases populares a los niveles inferiores y medios de la administración y de las profesiones especializadas se convirtió en una fuente continua de fuerza y de apoyo populares. No obstante, dado que «plebeyo» equivalía a un nivel de formación bajo y a una tendencia al autoritarismo, los bolcheviques de pro —que por lo general tenían un nivel de educación elevado y que habían estudiado *El Capital* (normalmente encarcelados en una prisión zarista)— podían sentirse abrumados en un entorno en el que, citando un ocurrente dicho de Birmingham sobre la industrialización, había quien no distinguía Marx y Engels de Marks & Spencer.

De hecho, este predominio de actitudes y orígenes plebeyos junto con el orgullo de los nuevos «especialistas», formados por lo general en el mismo puesto de trabajo o en cursillos acelerados, abría la puerta a una posibilidad más tenebrosa: esta preponderancia podía convertirse en un foco de la política y la ideología estalinistas, antes de que empezara la NPE y, de manera masiva, durante la década siguiente. Para aquellos que se habían beneficiado de la movilidad social (y que estaban de acuerdo con ella), el poder del Estado y del líder no sólo resultaban aceptables, sino necesarios. Aun así, este fenómeno no se debía únicamente a la base social del estalinismo, que contaba con el apoyo aparente de las masas del que ya disfrutaba en la década de los años treinta y en adelante. Tal y como ya planteé en la primera parte, la semilla del estalinismo residía en la curiosa ideología «estatalista» que surgió

entre las filas de los combatientes de la guerra civil, que pululaban alrededor de Stalin al tiempo que empezaba a aplicarse la NPE.

Ya hemos establecido una relación entre la revolución rusa y la crisis general que asoló a Europa motivada por la primera guerra mundial. Se ha dicho, incluso categóricamente, que el sistema zarista habría sobrevivido de no haber sido por la guerra. Esta argumentación cobra fuerza si recordamos que la revolución de 1905 parece ser la respuesta a la derrota rusa contra los japoneses. No sabemos qué habría sucedido en Rusia si no hubiera estallado la guerra mundial, o si Rusia hubiera podido mantenerse al margen. No tiene mucho sentido explorar esta segunda posibilidad. Lo único que podemos afirmar rotundamente es que, si bien una guerra no es la causa determinante, sí que acelera la caída del régimen que ha sido incapaz de salir victorioso. La Rusia zarista ya había perdido varias guerras en el siglo XIX, y la derrota en 1905 frente a Japón, una potencia que parecía mucho más débil, dio paso inmediatamente a una revolución. El examen de las causas de estas derrotas nos lleva a concluir que Rusia vivía una situación de crisis que no hizo sino agravarse antes y durante el gran cataclismo de 1914-1918. Después de 1905, no se hizo nada para enderezar el rumbo de la nave y el país no se preparó para una posible guerra futura. Los problemas sociales se fueron acrecentando y el propio régimen, o su manera de gobernar más bien, se hallaba sumido en un estado de decadencia avanzado y había perdido el contacto con la realidad. De ser correcto este diagnóstico, la guerra no fue la causa que acabó con el zarismo, pues ya atravesaba una crisis que lo llevó a las derrotas militares y a la posterior descomposición. El fracaso de otros grupos sociales y partidos políticos más modernos, que deberían haberse hecho con las riendas del Estado, a la hora de impedir el desmoronamiento del régimen es una prueba más de la existencia de una grave crisis del sistema que condenaba a la impotencia al reducido círculo zarista, a las elites que representaban a la clase media como alternativa y que también simbolizaban la simpatía que despertaban las diferentes clases y al embrionario sistema pluripartidista que

había surgido de los avances acontecidos en Rusia desde principios de siglo. En una situación de derrota militar y con un gobierno totalmente debilitado, los soldados descontentos y los mandos humillados de un ejército vencido jugaron un papel determinante en la guerra civil y en la victoria de los rojos. Éste fue uno de los principales factores de la revolución de 1917 a 1921, dejando de lado el hecho de que la mayoría de los soldados provenían del campesinado.

Es importante destacar la influencia del componente militar en esos años. Los efectos de la primera guerra mundial y de la guerra civil fueron el tema de una mesa redonda celebrada en Moscú en 1993 con la presencia de diversos académicos y en la que salieron a la luz nuevos datos procedentes de los archivos. Sus conclusiones son interesantes.

La primera paradoja que se detecta es que la guerra mundial, un factor inicialmente unificador entre muchos sectores de la sociedad, también fue un hecho que, de no haber existido, no habría provocado la revolución de febrero de 1917. En un primer momento, la guerra envió a millones de soldados a las trincheras pero, conforme fue avanzando la contienda, la fractura que provocó en el tejido social se fue acentuando. Al crear a 2 millones de desertores y poner las armas al alcance de la nación, la guerra mundial fue la chispa sin la cual no se habría encendido el fuego de la guerra civil. En este sentido, no tiene sentido culpar a los bolcheviques, pues es cierto que contribuyeron a la caída del régimen, pero no fueron los responsables de las condiciones objetivas que hicieron posible su derrumbe. Más de quince millones de soldados se hallaban en el frente oriental y unos tres millones trabajaban en tareas auxiliares; la cifra superaba la de los ejércitos francés y británico juntos y representaba el grueso de la mano de obra de un país, gente de entre veinte y cuarenta años y procedente de las diferentes clases sociales. En una palabra, el motor del país. En vísperas de febrero de 1917, las fuerzas armadas contaban con diez millones de soldados, y 7,2 millones formaban parte del ejército regular. En dos años y medio de guerra, unos cinco millones de los movilizadas y en activo habían muerto en combate o a causa de las heridas recibidas, habían sido hechos prisioneros, habían desertado o estaban incapacitados. ¡Prácticamente un tercio! Las pérdidas eran abrumadoras, muy superiores a las sufridas por el resto de naciones que participaban en el conflicto.

Los soldados rusos pagaron con su sangre el atraso tecnológico del país y la falta de preparación. Tuvieron que llevar a cuestas cargas pesadas, trabajar

hasta la extenuación y recibían una alimentación insuficiente: en medio de una escasez acuciante de todo tipo de productos, el ejército no recibía sino entre el 30 y el 60 por 100 de lo que hubiera necesitado en tiempos de paz. Las magníficas pérdidas militares alteraron considerablemente la situación sociopolítica del país. Una gran cantidad de personas tenía por fin acceso a las armas y se comportaba como si fueran soldados que estuvieran en primera línea de combate. Una cifra importante de mandos del ejército regular y de reservistas de la primera categoría perecieron, y fueron sustituidos por reservistas de la segunda y la tercera categorías, y por hombres demasiado mayores para hacer el servicio militar y que no estaban físicamente preparados para luchar o jugarse la vida. Las pérdidas más importantes se produjeron en las unidades de elite (los cosacos y la guardia imperial) y entre oficiales y sargentos del ejército regular, la columna vertebral de las fuerzas armadas. También cayeron muchos alféreces y oficiales en la reserva. Ahí perdió el zarismo su pilar principal: el ejército. El error monumental de Kerenski en julio de 1917 al ordenar a las tropas que se lanzaran a una nueva ofensiva agravó más si cabe la desmoralización de aquel conjunto de campesinos armados, que no tardarían en dispersarse por todo el país, llevándose consigo las armas o engrosando las filas de todo tipo de bandas, de los «verdes» (que no eran ni blancos, ni rojos) o de simples grupos de bandidos. Aquella desbandada puso el armamento al alcance del campesinado y convirtió a los fugitivos en los líderes que éstos necesitaban para arrebatarse la tierra a sus propietarios y redistribuirla. Ésta fue su principal aportación a la hora de convertir la crisis en una catástrofe de mayores dimensiones^[1].

Los aspectos mencionados aquí son importantes. No hay nada más peligroso y devastador que un ejército desmoralizado que se lanza al bandidaje. A esos grupos de soldados en deserción se volverían ambos bandos para reclutar a los hombres que lucharían en la guerra civil. Si, como hemos visto, los suboficiales eran obreros, y los soldados principalmente campesinos, los mandos provenían de las clases medias, de la *intelligentsia* y de la nobleza. Los blancos lograron atraer a sus filas a los oficiales, a los cadetes y a los restos de las unidades cosacas; los rojos, por su parte, contraatacaron con los miembros del Partido, los obreros, una cantidad nada desdeñable de suboficiales del ejército zarista e incluso, por sorprendente que parezca, con un buen número de oficiales.

Que los soldados derrotados tuvieran un papel tan importante en la descomposición del antiguo régimen y en la creación de uno nuevo es otra prueba más de la influencia en el resultado de la guerra de la caída régimen, y

no del infortunio, y confirma, asimismo, el carácter popular de la revolución. Es sorprendente que los autores en los que me he basado aquí hablen de los «soldados» sin mencionar que pertenecían al campesinado. En la introducción a su *Historia de la Revolución rusa*, Trotski se refiere a ella como un fenómeno fundamentalmente campesino, en el que participaron las masas rurales, con o sin uniforme militar.

EL ATRASO DE RUSIA Y EL LENINISMO

El cuadro de la Rusia posrevolucionaria que hemos dibujado en la primera parte (intelectuales marxistas, una gran masa de miembros del Partido e incluso cuadros semialfabetizados, una industrialización acelerada y un culto al líder directamente surgido de un viejo repertorio político) nos lleva a centrar nuestra atención en la cuestión del atraso del país.

El síndrome fundamental de este subdesarrollo fue el cisma, el abismo histórico, entre las elites y el grueso de una población aún rural. Factor desestabilizador por sí mismo, esta distancia, profundamente arraigada en la historia rusa, no podía sino exacerbar la crisis sociopolítica en curso. La tendencia del Estado a responder a los problemas recurriendo a la represión en lugar de optar por medidas más flexibles y por buscar acuerdos no debe sorprendernos, y no es descabellado pensar que Stalin también lo creyera así.

La otra cara de ese mismo problema era la distancia histórica que había entre un imperio subdesarrollado y los países desarrollados. En tal coyuntura, los problemas por resolver vienen definidos tanto por los países «avanzados» como por los que deben recuperar terreno. Cuanto más apremiante es la necesidad de apretar el paso, mayor es la importancia del papel que tiene que desempeñar el Estado, especialmente cuando la situación ya viene de lejos. En el caso de Rusia, este problema era especialmente grave por la falta de «cohesión» (*tseplenie*, un término utilizado por Miliukov) entre las diferentes capas de la sociedad, que compartían un mismo territorio pero que vivían en siglos diferentes desde un punto de vista económico, social y cultural. Lenin había identificado claramente esta cuestión al diferenciar cinco capas o estructuras socioeconómicas, que iban desde los campesinos sin tierra que aún utilizaban arados de madera hasta los grupos financieros e industriales ultramodernos de Moscú o Petrogrado. Los historiadores críticos de la URSS emplearon estas estructuras (*ukladi*) para poner en entredicho las tesis defendidas por los miembros más conservadores del Partido en los años

sesenta, y más concretamente que la revolución de 1917 había sido una revolución socialista y el sistema, un socialismo desarrollado de buena fe. Dichos historiadores, que proponían una interpretación distinta de los hechos de 1917, partieron de las «estructuras» de Lenin para demostrar que la revolución rusa no había sido, y no podía ser, una revolución socialista, afirmando de este modo que los conservadores en el poder estaban haciendo afirmaciones falsas. Estas discusiones se produjeron en una conferencia en Sverdlovsk, y los lectores no se sorprenderán al saber que los historiadores perdieron su empleo a causa de la presión ejercida por Trapeznikov, un personaje del que ya hemos hablado anteriormente.

Si consideramos que uno de los rasgos principales de la realidad económica y social rusa de 1917 es el hecho de que la gran mayoría de la población aún no había entrado en la era industrial, no queda otro remedio que destacar la extraordinaria importancia del atraso y del subdesarrollo que trajo consigo la guerra civil. En unas condiciones en las que seguir con vida ya era lo suficientemente difícil, no era extraño que las formas más sofisticadas de organización humana fueran las más vulnerables, y que las formas más básicas de actividad, que servían como mínimo para procurarse comida y combustible, fueran las que tuvieran un índice más elevado de supervivientes. En lo que respecta a los indicadores económicos, demográficos, políticos y culturales, el punto de partida del régimen en 1921 llevaba, en efecto, cincuenta años de retraso. Muchos terratenientes y empresarios habían sido asesinados durante la guerra civil, y muchos otros habían emigrado. Los terratenientes, que totalizaban unas 500.000 personas, incluidos sus familiares, y la gran burguesía, unas 125.000 personas, habían desaparecido. Tan sólo entre un 11 y un 12 por 100 de los antiguos propietarios agrícolas, en su mayoría pequeños propietarios, seguían en el medio rural, y trabajaban como campesinos. Las pérdidas en las filas de las profesiones intelectuales también habían sido de importancia. En vísperas de la primera guerra mundial, unas 136.000 personas con un título universitario trabajaban en la economía, y una cifra superior ejercía de semiprofesionales. La gran mayoría eran contrarios al nuevo régimen y se cree que una gran proporción emigró, aunque carecemos de cifras concretas. Sin embargo, se sabe que un gran número de doctores se quedó en el país y siguió con su trabajo. Con todo, los estragos de la guerra, de la revolución y de la guerra civil fueron muy superiores a lo que indican las cifras. A raíz de la guerra y de los hechos de 1917, unos 17,5 millones de personas, más del 12 por 100 de la población, se vieron desplazadas y condenadas a una existencia precaria.

Estos acontecimientos desarraigaron a varios millones más en los años siguientes. Las grandes ciudades perdieron a la mayoría de su población. Entre 1917 y 1920, la suma de los habitantes de Petrogrado y de Moscú pasó de 4,3 millones a 1,96 millones (más de 2 millones de personas habían emigrado). Durante la hambruna de 1921-1922, muchos de los que se habían quedado se convirtieron en refugiados en busca de comida.

Alrededor de 3 millones de soldados murieron en combate o a causa de las heridas recibidas o de enfermedad. Unos 13 millones de civiles fallecieron prematuramente, sobre todo a causa de la hambruna de 1921-1922 y de una serie de epidemias que se declararon en Rusia, como la gripe española que asoló a toda Europa. En enero de 1923, la población de la URSS alcanzó su cota más baja, y se situó entre 6 y 9 millones por debajo de los números de enero de 1914. La combinación de los hechos de 1914 y de 1921 sumió a la población de Rusia en la miseria y provocó unas pérdidas colosales. Por supuesto, estos efectos también se dejaron notar en la economía. La producción de la industria a gran escala representaba únicamente el 13 por 100 del total de 1913; el acero y el hierro apenas llegaban al 4 por 100. La de cereales representaba dos tercios de la producción durante el período de 1909 a 1913, un milagro cuya explicación cabe buscarla únicamente en la terquedad y la resistencia del campesinado. El comercio exterior se había hundido, y a principios de 1921 se produjo una crisis desastrosa que afectó al combustible, al transporte y a la alimentación. Entre los trabajadores del sector industrial, considerados el pilar del régimen, aumentaron las protestas y cundió el nerviosismo^[2]. Nunca en la historia del país se había alcanzado un punto tan bajo. Los efectos políticos de esta extraordinaria regresión provocaron una «arcaización» de la sociedad, con la destrucción de muchos elementos de civilización que se habían ido acumulando en el pasado. Las consecuencias fueron trascendentales. No cabe duda de que estas condiciones acercaban al país a la formación de una autocracia primitiva. Sin embargo, a corto plazo dieron lugar a la Nueva Política Económica, un éxito en muchos sentidos y el motor de una redefinición de la estrategia del régimen.

En 1917-1919, Lenin, que como ya hemos dicho estaba a caballo de dos mundos, reaccionó a la crisis del socialismo en Occidente creando en 1919 la III Internacional en respuesta a la decepción que le había provocado la II Internacional. Dos años más tarde, se enfrentaban a un Occidente que había empezado a recobrar el pulso y a una Rusia más atrasada que nunca y que no era ni mucho menos el puente de mando desde el que dirigir una revolución a escala mundial. Otro lastre entorpecía la marcha del país: el reto que suponían

para Oriente y Occidente los eslóganes revolucionarios y la creación del Komintern. Sea como fuere, todo debía quedar en entredicho y era preciso reubicar tales postulados en su perspectiva histórica. Fiel a su carácter, Lenin reconoció la importancia de los cambios acontecidos en Rusia y en el mundo y se dispuso a reformular muchos aspectos de su antigua estrategia, hasta el punto de diseñar una totalmente nueva. Obligado a reaccionar ante unos hechos históricos dramáticos, modificó su perspectiva y su plan de acción. Todo esto elimina la posibilidad de considerar su «ismo» como una ideología inflexible, a pesar de la opinión generalizada en sentido contrario, que afirma que era una filosofía sumamente rígida.

LENINISMOS Y LA ÚLTIMA REVISIÓN

El «ismo» que nos interesa fue cobrando forma gracias a unas condiciones históricas que cambiaron de manera súbita. El período de preguerra, cuando se creía que la revolución que estaba por llegar sería liberal, la crisis que desencadenó la primera guerra mundial, los hechos de 1917 y sus diferentes interpretaciones, la guerra civil y el comunismo de guerra y, por último, la NPE representaban, cada uno, coyunturas lo suficientemente diferentes entre sí que obligaron, en cada fase, no sólo a realizar un nuevo diagnóstico de la situación, sino a diseñar una nueva estrategia y a definir sus objetivos. Es perfectamente posible que la esencia del «leninismo» no fuera sino la capacidad de Lenin para conceptualizar y poner en marcha estas fases. De ser así, podemos distinguir, como mínimo, tres leninismos, siendo el último particularmente interesante.

En 1921, con la llegada de un período de paz al país, la revisión y la adaptación que Lenin realizó de sus postulados abarcó todos los aspectos del sistema que había que construir, e incluso su ideología. El 27 de marzo de 1922, declaró ante el XI Congreso del Partido, el último en el que participaría, que «el coche no viaja en la dirección que el conductor cree haber tomado», una declaración «típicamente» leninista, sobre todo al añadir: «debemos replantearnos nuestras ideas sobre el socialismo». Tras estas palabras hubo otras declaraciones de la misma índole durante 1922 y hasta mayo de 1923, en lo que se conoce como su «testamento»^[3]. Sin embargo, durante el XI Congreso, a pesar de su frágil salud a causa de la enfermedad, Lenin ya había puesto sobre la mesa unas cuantas ideas nuevas que preparaban el camino para una revisión en profundidad de conceptos y prácticas del pasado.

Lenin lanzaba ahora una recomendación general: «Debemos aprender de todo aquel que sepa más que nosotros sobre cualquier tema», capitalistas nacionales o internacionales, humildes trabajadores en una empresa comercial o incluso antiguos «miembros de la guardia blanca», siempre y cuando fueran personas competentes. Lo importante era demostrar al campesinado que los nuevos señores del país estaban dispuestos a aprender, que sabían cómo gobernarlo de modo que los beneficiados fueran los campesinos. Esta declaración precedió una advertencia rotunda: «O pasamos el examen de la competencia con el sector privado, o fracasaremos rotundamente». Evidentemente, a continuación pasó a referirse a la idea del «capitalismo de Estado» con la que ya había flirtado en 1918 y que le parecía la mejor solución siempre y cuando el nuevo Estado contuviera el sistema dentro de unos límites. Este concepto permitía un cierto grado de realismo al tiempo que se mantenía dentro de la perspectiva socialista, aun cuando pospusiera el sistema hasta un futuro distante. En su discurso en el IV Congreso del Komintern, el 13 de noviembre de 1922, Lenin recordó al público que ya había expuesto esta idea en 1918 (inspirada en la economía de guerra que puso en marcha en Alemania Walter Rathenau). Sin embargo, había que buscar ahora satisfacer las necesidades de una alianza social. Lenin aún veía el sistema socioeconómico de Rusia como un edificio formado por cinco estructuras, desde las granjas privadas de los campesinos hasta las empresas propiedad del Estado, denominadas «socialistas». Sin embargo, lo que el político planteaba era si el «capitalismo de Estado», que aparecía en segundo lugar en la lista de sistemas socioeconómicos progresistas, debía anteponerse al socialismo en el presente y en el futuro inmediatos^[4].

La cuestión era compleja, pero su objetivo estaba claro: Lenin intentaba trazar una nueva perspectiva a largo plazo siguiendo las líneas anunciadas en su llamamiento para «reconsiderar nuestras ideas sobre el socialismo». Dado que el Partido era socialista, ¿de dónde surgía la necesidad de esta línea de pensamiento? En el país coexistían un campesinado basado en una forma todavía primitiva de patriarcado con algunas formas aisladas de socialismo en la cúpula. Aunque no era un modelo socialista, el «capitalismo de Estado» representaría obviamente un paso adelante para Rusia: «Hemos hecho una revolución, pero más vale abrazar primero el capitalismo de Estado». Lenin retomó el término al explicar los motivos que le llevaron a adoptar la NPE: el «capitalismo de Estado» era la mejor vía para crear una alianza entre los campesinos y el gobierno, pues ofrecía al campesinado un Estado que desempeñaría la función de productor y de principal distribuidor. Rusia no era

lo suficientemente moderna para pasar directamente al socialismo. Lo correcto era empezar el camino con el «capitalismo de Estado».

Lenin buscaba ansiosamente un camino no utópico que le permitiera mantener la perspectiva y los ideales del socialismo a largo plazo mientras se embarcaba en una transición en pos de unos objetivos realistas, en virtud de los cuales el Estado se convertiría en una suerte de capitalista colectivo con la ayuda de un sector privado. Se trataba, en definitiva, de una forma de economía mixta similar a la que Trotski había propuesto a finales de 1921 en una sesión del Komintern, o de su comité ejecutivo, aunque sin utilizar en aquella ocasión la expresión «capitalismo de Estado». Trotski explicó que el socialismo era un proyecto lejano, que aún faltaban varias décadas hasta llegar a él, y que sólo había un camino para que las fábricas controladas por el Estado se convirtieran al socialismo: a través de las enseñanzas de la economía de mercado. Lenin había leído el texto, publicado por Trotski en una edición limitada. Le pareció un «manifiesto extraordinario» y escribió a Stalin y a Molotov pidiéndoles que publicaran una edición de 200.000 ejemplares. Evidentemente, hicieron caso omiso^[5].

El rasgo principal de esta filosofía era la importancia que concedía al campesinado y el desarrollo de una estrategia acorde con esta consideración. En los textos que conforman su «testamento», Lenin afirmaba que, toda vez que una política radical habría sido adecuada en el contexto de la guerra civil, era necesario apostar por una línea moderada en tiempos de paz: «ni hablar del comunismo en el campo», «ni una ejecución sumaria más», el socialismo es un sistema de «colaboración civilizada», una misión y un reto en sí mismo, a la vista de que el grueso de los campesinos eran fundamentalmente analfabetos. Pero esta declaración también significaba que el Estado iba detrás de una alianza genuina con el mundo rural, que respondería a sus necesidades vitales, y que lo llevaría a comprender y aceptar las políticas del gobierno, al tiempo que suponía una rectificación considerable del talante dictatorial del sistema. No todas las dictaduras nacen por los mismos motivos, y las diferencias entre una y otra pueden ser enormes, como lo demuestra la sentencia «ni una ejecución sumaria más».

Por fin se habían ensamblado todas las piezas, y Lenin estaba listo para redefinir el concepto de socialismo de acuerdo con la realidad de Rusia, para cambiar su estrategia hacia el campesinado^[6] y para dejar claro qué tipo de Estado esperaba ver. Sus planes sobre el funcionamiento del Partido, y el marco institucional necesario para garantizar la importancia de los congresos

del Partido por encima de los órganos electos, empezando por el Politburó, son otro de los puntos fundamentales de esta nueva doctrina. No debemos olvidar en este contexto su llamamiento dramático, aunque todavía secreto, para que destituyeran a Stalin de su cargo^[7].

Para apreciar en toda su magnitud el alcance y la profundidad de este replanteamiento, debemos volver la vista a algo que ya hemos comentado en la primera parte en relación con el conflicto entre Lenin y Stalin sobre la creación de la URSS; esto supuso el enfrentamiento entre dos esferas políticas: entre lo que aún era el «bolchevismo», una rama radical de la socialdemocracia rusa y europea, y una nueva corriente que nació del Partido Bolchevique y que recibiría el nombre de «estalinismo». Fue una pugna decisiva en que estuvo en juego la naturaleza misma del nuevo Estado: o bien se optaba por una variante dictatorial que rechazaba la autocracia y se dirigía sin ambages a la sociedad, fundamentalmente campesina, y negociaba con ella sin menospreciarla, o bien se apostaba por una autocracia que priorizaba la violencia.

Las dos corrientes parecían ser dos caras de la misma moneda. Sin embargo, lo cierto es que eran antagónicas a más no poder, como lo demuestra el hecho de que el vencedor se lanzó a la destrucción deliberada y sistemática de sus oponentes. La palabra «bolchevismo» no desapareció de la jerga del Partido, pero sí lo hizo su contenido. Así es que nos ocuparemos a continuación de esta organización política antes de que abandone la escena pública.

¿QUÉ ERA EL BOLCHEVISMO?

Podemos responder brevemente a la pregunta después de examinar sucintamente los bandazos políticos que dio el sistema y los mecanismos de acción que adoptó, incluida la capacidad para producir el programa del que hemos hablado.

Dejaremos de lado la actividad clandestina que los bolcheviques llevaron a cabo antes de la revolución (por cuanto sé, no existe una monografía reciente al respecto). No obstante, era por aquel entonces un partido político organizado y continuó trabajando como tal durante la guerra civil y con posterioridad. Es imposible entender la esencia del «bolchevismo» sin examinar atentamente cómo funcionaba. La comparación entre los textos de

los primeros congresos y los de los últimos permite hacerse una idea de la profundidad de esta metamorfosis. El leninismo era una estrategia, o más bien un conjunto de estrategias, para transformar la sociedad. El bolchevismo era una organización del Partido que contaba con diferentes estructuras que garantizaban su funcionamiento como tal. Su objetivo era preservar el carácter popular del Estado incipiente y alejarlo de las afinidades conservadoras que pudiera tener con cualquier forma pretérita de despotismo. Las discusiones políticas eran un procedimiento habitual, los intercambios solían ser encendidos y las decisiones se tomaban por mayoría. Prácticamente todas sus figuras principales, y también algunos personajes menores, habían discutido con Lenin, y en ocasiones airadamente, sobre la estrategia política. Los debates ideológicos eran un rasgo normal de la manera de actuar de la cúpula del Partido, y no sólo en el restringido círculo del Politburó, sino también durante las sesiones del Comité Central y, más genéricamente, en los congresos y en las conferencias del Partido.

Incluso durante la guerra civil, cuando se movilizó a los cuadros del Partido y debían desplazarse desde el frente para asistir a las reuniones, los congresos y las conferencias se celebraban con una periodicidad anual, como lo exigían los estatutos del Partido. Las actas nos ofrecen una imagen clara del transcurso de esas reuniones: la gente no sólo hablaba de política, sino que discutían de política, presentando informes y contrainformes, y la presidencia podía mandar callar a un orador de la facción mayoritaria para que un representante del grupo minoritario pudiera ejercer su derecho a expresar sus opiniones o a refutar la postura mayoritaria. Por muy respetado que fuera, Lenin solía ser el blanco de ataques furibundos y reaccionaba en ocasiones encolerizado. Pero la sangre no llegaba al río, porque ésas eran las reglas del juego. Unos años más tarde, no quedaba ni rastro de estos procedimientos. A la vista de cómo evolucionarían las cosas, no está de más repetir que Lenin no fue el objeto de un «culto», ni antes, ni después de la Revolución. Aun así, si pudiéramos usar la palabra «carisma» sin connotarla metafísicamente, podríamos afirmar que Lenin poseía carisma. El embalsamamiento de su cuerpo, y el consiguiente proceso de «beatificación», se produjo en una ceremonia especialmente preparada para la ocasión, a pesar de las protestas de su esposa y de su familia. Este hecho contribuyó a matarlo políticamente más que si hubiera sido enterrado en una ceremonia normal.

Fundador y líder del Partido y del Estado, Lenin jamás se comportó con los suyos como un déspota o un dictador. Le gustaba la autoridad genuina, aunque tanto como a otros líderes que tuvieron más de un encontronazo con él

y que no vieron su carrera perjudicada por esos choques. En el célebre episodio de 1917 en el que quiso expulsar a dos líderes, Zinoviev y Kamenev, del Comité Central, Yakov Sverdlov, el presidente de la sesión, le respondió sin inmutarse: «Camarada Lenin, nuestro partido no actúa así». Toda una revelación: durante una reunión en la que estaba sobre la mesa quién asumía el poder, Lenin, exaltado y dejándose llevar por los sentimientos, fue llamado al orden por otro líder influyente que dirigía la sesión. Este *modus operandi*, característico de la tradición bolchevique, siguió vigente después de la revolución. Lenin siempre actuaba ciñéndose a los procedimientos del Partido: discutía y protestaba acaloradamente, pero aceptaba que se votaran todas las decisiones importantes, como mandaban los estatutos del Partido, aunque no solía perder las votaciones. Era un líder, no un déspota. Era el líder principal de su Partido, no su propietario. Por lo tanto, no podemos tildarlo de «dictador de Rusia», y menos aún cuando, durante la guerra civil, compartió el liderazgo con Trotski a ojos del mundo y de la propia Rusia, un fenómeno curioso dado que Lenin y sólo Lenin era el fundador del Partido. Pero Trotski era el corresponsable de la revolución, y tanto Lenin como el Partido lo aceptaban.

El bolchevismo era un partido, pero también era un *ethos*. Las discusiones podían versar sobre cualquier cuestión y no se detenían en la superficie. Aquí tenemos algunos ejemplos de los temas que se trataban en los órganos del Partido y en público. Gracias a la publicación de las actas del Comité Central desde agosto de 1917 hasta febrero de 1918^[8], tenemos constancia de las discusiones acerca de la idoneidad de hacerse con el poder en 1917 y de si había que buscar aliados o no. Otro ejemplo: en diciembre de 1920, Osinski-Obolenski, un líder de la corriente opositora «centralista democrática», publicó un artículo en *Pravda*. El Partido aún estaba militarizado y el autor del texto estaba desplazado en el frente. Sin embargo, la victoria parecía ya segura y Osinski creía que había llegado el momento de abordar algunos problemas inminentes, como, por ejemplo, resucitar el Partido como organización política una vez hubiera concluido la fase militar. Proponía, en este sentido, unas normas constitucionales que permitieran que la mayoría sacara adelante las medidas políticas que creyeran adecuadas, al tiempo que la minoría vería garantizado el derecho a la crítica y a hacerse con las riendas de la situación si la línea anterior fracasaba. De no ser así, en lo que podemos leer como un aviso tanto a la cúpula como a la militancia, el Partido sucumbiría como organización política. Aunque la escasez de papel solía

reducir el principal periódico del Partido a una sola hoja, *Pravda* publicó el artículo.

Otro ejemplo más de estos debates sobre cuestiones de importancia fue el análisis del golpe frustrado en Varsovia, que tuvo lugar durante una conferencia del Partido a finales de 1920. Una parte de las discusiones se celebraron a puerta cerrada, y por lo tanto no hay actas, pero la otra parte fue pública y ahí un líder del Partido como Radek pudo burlarse de Lenin, y así lo confirman los documentos, con frases como «Te lo advertimos». Junto con otros dirigentes, había afirmado que los obreros polacos se opondrían a las tropas rusas y que la contraofensiva sobre Varsovia era un error. Desconozco quiénes fueron los instigadores de la aventura polaca, pero Lenin dio su respaldo a la idea con la esperanza de espolear a la izquierda alemana. No cabe duda de que los comentarios hostiles de Radek no le hicieron ninguna gracia, pero no tenía más remedio que escucharlos. También Trotski se opuso a la operación —de ahí tal vez el plural de Radek—, y así lo manifestó en el XI Congreso del Partido, sin que nadie le contradijera, una reacción totalmente aceptada en aquellos años. El sector más izquierdista del Partido estaba en contra de la operación y Lenin se había equivocado.

Pero también se trataban en público o en la prensa del Partido asuntos de mayor calado, como se puede comprobar en las actas de los congresos y de las conferencias del Partido. Lenin no era el único que reaccionaba ante los problemas que afectaban al Partido. Su organización era pobre a pesar de estar en el gobierno, y era plenamente consciente de sus puntos débiles y del bajo nivel de los cuadros y de la prensa, aunque también se resentía de la proliferación de disputas internas y «camarillas», especialmente entre los jefes locales y centrales. Uno de los retos más importantes a los que debía enfrentarse era el abismo cada vez mayor en términos de poder y de privilegios que separaba a quienes formaban parte de la cúpula y a los militantes de base, un fenómeno especialmente inquietante en un Partido igualitario de «camaradas», tipos que en su mayoría rayaban la pobreza. El problema se abordó abiertamente en las organizaciones y en la prensa del Partido, y la cúpula, consciente del grado de malestar, trató de buscar una solución.

Pero no eran las quejas de la base la única voz discordante que debía soportar una cúpula en ocasiones reticente a ello, ya que los dirigentes también planteaban problemas sociales y políticos y los discutían abiertamente, señalando los peligros a los que estaba expuesto el Partido.

Sirva como ejemplo la reflexión de Zinoviev, un miembro del Politburó, en el XI Congreso. Poco antes, Lenin había hecho sonar las alarmas al referirse a la desaparición de la «clase obrera» durante y después de la guerra civil. Según Zinoviev, el problema era otro, ya que la clase obrera se estaba redefiniendo, abandonaba el campo, donde había buscado refugio, y se mostraba dispuesta a enrolarse en el Partido. Lo que le preocupaba era el ingreso en éste de proletarios sin formación y la existencia de un número cada vez mayor de miembros procedentes de otras clases. Zinoviev se mostraba partidario de suspender temporalmente las admisiones para exorcizar el peligroso fantasma de un proceso de degeneración, algo así como un Termidor desde dentro (el calificativo es mío). En un gesto impensable unos años atrás, Zinoviev citó los argumentos de los mencheviques emigrados, que veían este escenario como una posibilidad inminente.

El aumento de las diferencias sociales en el seno del Partido, como consecuencia de la llegada de nuevos miembros, daba pie a la aparición de diferentes tendencias políticas e ideológicas, una tesis defendida por David Dallin, líder menchevique, en un libro que acababa de publicar en Berlín^[9]. El autor consideraba que no había vida social ni política en Rusia fuera del Partido y del ejército, y le parecía por lo tanto imposible acabar con el bolchevismo desde fuera. Sin embargo, podría lograrse si se producían procesos espontáneos dentro del Partido. Dallin anunciaba la aparición de divisiones, de tramas y de intrigas. Diversos elementos del campesinado y varios grupos de obreros y de pequeñoburgueses estaban cobrando lentamente conciencia de sus propios intereses, y la *intelligentsia* recuperaba la capacidad para crear corrientes ideológicas, democráticas, imperiales, revisionistas... Todos estos elementos saldrían a escena a su debido tiempo «y la historia política se llenará de batallas políticas». Zinoviev hizo alusión a estas reflexiones, como se lee en las actas del congreso. Dallin se burlaba de la idea ingenua de que una purga, en el sentido tradicional de la expulsión del Partido, pudiera alterar lo más mínimo la situación cuando se enfrentaba a la expresión inevitable de las fuerzas centrífugas de una sociedad, y Zinoviev no parecía estar del todo en desacuerdo con estas palabras. Él mismo afirmó estar convencido de que «hay, de hecho, un proceso molecular en el Partido que no es tan sólo el reflejo de las luchas internas, sino que recoge todo cuanto sucede en el país en un sentido más amplio, todo el abanico de la lucha de clases que estamos viviendo». Toda suerte de elementos ajenos al mundo proletario se introducían en el Partido, pero el dirigente no perdía la esperanza de que el «núcleo proletario» perviviera, mantuviera con vida el compromiso

ideológico inicial del Partido y evitara que los elementos extraños se hicieran con el poder.

Zinoviev también afirmaba que, en aquella tesitura, preservar la democracia proletaria tendría una influencia positiva en la vida del Partido. La «oposición proletaria», formada por los líderes del sindicato del Partido, lamentaba la ausencia de democracia y convirtió esta reclamación en uno de los aspectos centrales de una lista de peticiones. Llegaba incluso a reclamar que la «democracia proletaria» se viera reforzada con la purga de los elementos administrativos y el silencio impuesto a la *intelligentsia*, un método más bien problemático para crear un partido viable. La cúpula no consideraba aceptables estas posiciones, puesto que el nivel cultural y la conciencia de clase de los trabajadores era, por aquel entonces, demasiado débil para basar en ellos la construcción del Partido.

De hecho, el Partido carecía de respuestas a corto plazo para todas estas preguntas. Lo único que podía hacer era implantar la NPE sin perder el control del proceso, mejorar su trabajo y el de su aparato administrativo e iniciar una tarea educativa a largo plazo al tiempo que purgaba a los elementos sospechosos. Estas medidas hicieron que aumentara el centralismo y el autoritarismo. Cualesquiera que fueran las buenas intenciones que había detrás de todas estas decisiones, los objetivos democráticos eran evidentemente inalcanzables incluso en el seno del Partido. Con todo, la vieja guardia seguía confiando en mantener con vida el espíritu democrático y el *modus operandi* en las altas esferas.

Los miembros de la vieja guardia seguían fieles al *ethos* prerrevolucionario. Para ellos, la pertenencia al Partido no era la vía que había de conducirles a una carrera sin sobresaltos. Se habían quemado al servicio del Partido durante la revolución y la guerra civil, y entre las ruinas que el conflicto había dejado tras de sí. La salud de muchos líderes se había resentido y los doctores les advertían de la imposibilidad de seguir al mismo ritmo. En varios casos, fue precisa una orden del gobierno para obligarles a tomarse un respiro y a cuidarse, a menudo en Alemania o en otros lugares del extranjero. Es cierto que varios millares de personas que se enrolaron en la guerra civil no pertenecían a la vieja guardia en sentido estricto, pero eran tipos dispuestos a pagar un precio elevado por la causa. Los miembros más convencidos no se preocupaban por el poder en sí. Pertenecer al Partido era un compromiso que exigía un precio personal, no algo que fuera a suponerles una recompensa.

Todos estos debates se produjeron inmediatamente antes o durante el replanteamiento radical de Lenin, que duró mientras pudo pensar, hablar y dictar. En su última y dramática aparición, en el XI Congreso, criticó con vehemencia a los partidarios de los métodos autoritarios, un aspecto que aún no habíamos mencionado. Durante esos años, los miembros del Partido participaban en muchas reuniones públicas en clubes por todo Moscú y posiblemente en otros lugares; reuniones en las que se criticaba abiertamente, e incluso se denunciaba, la política del Partido. Algunos miembros conservadores clamaron contra aquella «actitud desleal» y pidieron a Lenin que pusiera fin a tales infracciones de la disciplina de Partido. Durante el XI Congreso, uno de estos «elementos desafectos», Riazanov, se encontraba en la sala y los partidarios de la línea dura, seguros de obtener el respaldo de Lenin, le recordaron a éste que había prohibido las facciones políticas dentro del Partido en 1921, en un momento en que la organización se estaba desmembrando en grupos y subgrupos. La larga respuesta de Lenin no dejaba lugar a dudas. No mencionó el episodio de 1921, sino que ofreció un buen número de ejemplos del pasado que recogían discusiones fundamentales en el seno del Partido y afirmó que éste no habría sobrevivido, y que no lo haría en el futuro, de no haber existido la posibilidad de debatir libremente.

El punto que queremos resaltar aquí es el siguiente: el bolchevismo era un partido político que ofrecía a sus miembros el derecho a manifestar sus opiniones y a participar en el desarrollo de la línea política, y Lenin quería que las cosas siguieran así. En su discurso en ese mismo congreso, declaró asimismo que el Partido debía estar exento de tareas administrativas y concentrarse ante todo en el liderazgo político, dejando la administración en manos de burócratas profesionales, las fuerzas del «capitalismo de Estado» y organizaciones cooperativas.

Éstos eran los aspectos fundamentales de la última versión del leninismo. Queda claro que Lenin estaba alarmado ante la situación. En sus últimas apariciones, declaraciones y escritos, arremetió contra el estilo y la esencia de la política que se habría de seguir tras su muerte con un «No» rotundo y lúcido. Y esto es algo que no podemos borrar de la memoria histórica.

Como sabemos, el programa de esta gran figura, que encabezó una revolución radical e hizo un llamamiento a la moderación después de conquistar el poder, no entró en vigor. La posibilidad de expresarse libremente acerca de los problemas del Partido, de las diferentes corrientes que coexistían o de las amenazas que lo acechaban era patrimonio exclusivo

de esta formación política históricamente específica que se bautizó con el nombre de «bolchevique». Por cuanto los diferentes órganos que lo componían funcionaban y el proceso de toma de decisiones se ceñía a las reglas que fijaban la división de la autoridad entre ellos, no podemos hablar de dictadura personal ni en Rusia, ni en el Partido. La dictadura estaba en manos del Partido, no en las de Lenin. Cuando cayó en manos de un individuo, la cuota de poder del Partido no tardaría en esfumarse.

¿UN SISTEMA UNIPARTIDISTA?

La mayoría de los cuadros del Partido histórico seguían siendo miembros y continuaban viéndose como tales. No obstante, tarde o temprano iban a descubrir que, de hecho, su lugar estaba en otra parte. Poco después de la muerte de Lenin, dejaron de reconocer al Partido y reaccionaron abandonándolo, adaptándose a la nueva línea o ingresando en alguna de las corrientes opositoras; y, por lo tanto, pereciendo. El sistema permaneció intacto pero, con el tiempo, al precio de sufrir una transformación radical, que implicó el terror de masas contra el Partido y un cambio profundo en su espina dorsal y en la del sistema, que pasaron a estar dominadas por las clases que dependían del Estado.

Los mencheviques (residentes en el extranjero) y diversos personajes críticos con el Partido siguieron manifestando su convicción de que el monopolio político acabaría por entrar en conflicto con la inevitable diferenciación social que se estaba produciendo tanto dentro como fuera del Partido. Dallin presagió una implosión a corto o largo plazo. Y podríamos decir, incluso, que algo así sucedió durante la dictadura absoluta de Stalin, aunque no se tratara de una implosión «derivada» de las contradicciones internas del Partido. No tiene sentido referirse a ella recurriendo al lenguaje y a las categorías de las disputas que se vivieron en el seno del Partido en 1902-1903, o a las acontecidas al principio del período soviético. La escena política había cambiado profundamente y, aunque se seguían empleando palabras como «Partido», «bolchevique», «socialista» e incluso «leninista», su significado era bien distinto. El carácter patológico del jefe supremo y la consolidación de su poder autocrático, fenómenos ambos ajenos al bolchevismo, eran los factores que definían la esencia del orden político. La rápida industrialización y los flujos de población que se desplazaban a las ciudades dieron pie a grandes transformaciones, y las diferencias sociales

cada vez más acentuadas iban de la mano de la aparición de nuevas tendencias e intereses sociales. Todo esto complicaba la tarea de los gobernantes. Stalin detectó una amenaza constante en estos avances y en la diferenciación natural, fenómenos por lo demás positivos, y durante todo su largo mandato les declaró la guerra apoyándose en el terror contra los cuadros y contra las capas más liberales de la población. Tal era el enfoque irracional de su política, exacerbado por la naturaleza paranoica de su personalidad.

Podemos considerar el XII Congreso, celebrado en marzo de 1923, como el último en que el Partido aún pudo usar legítimamente su nombre revolucionario, y afirmar que el año 1924 marca el fin del «bolchevismo». Durante algunos años más, un grupo tras otro de viejos bolcheviques se lanzó a la acción en un último intento por rectificar el rumbo de los acontecimientos, pero su tradición y su organización políticas, ancladas en la historia de la socialdemocracia rusa y europea, quedaron rápidamente relegadas en un segundo plano como consecuencia de la cantidad de nuevos miembros y de las nuevas estructuras organizativas que hicieron que esta formación adoptara una configuración totalmente diferente. El proceso de conversión del Partido en un aparato, con carreras, disciplina, rangos y la abolición de los derechos políticos, fue un escándalo mayúsculo para los movimientos de oposición surgidos entre 1924 y 1928. El viejo Partido que ellos conocían estaba muerto. La gente debe andarse con cuidado para no dejar que los nombres y las ideologías del pasado les confundan: en un contexto político dinámico, los nombres sobreviven a las esencias.

Que Rusia no estaba preparada para cualquier forma de socialismo marxista era una verdad como un templo para los marxistas. Sin embargo, los nuevos miembros no concedían la menor importancia a estas consideraciones teóricas. Habían ingresado en el Partido para servir a la causa que les habían presentado, incluida la eliminación total del bolchevismo original. Durante un tiempo, el socialismo imposible fue una cortina de humo, pero no podemos tildar de «fracaso del socialismo» describir los acontecimientos y las corrientes que estamos estudiando, porque no existía, en primer lugar, el socialismo. Rusia, un país devastado, no estaba en disposición de abrazar ni la democracia, como supo ver Miliukov, ni el socialismo, como reconocían Trotski y Lenin. En aquellas condiciones, los cuadros históricos se vieron sepultados por una legión de recién llegados que no compartían ni su ideología, ni su *ethos*. El partido en el poder, denunciado en todo el mundo por los enemigos del socialismo y del bolchevismo, se reinventó a sí mismo

para enfrentarse a nuevos cometidos y nuevas realidades, sin perder sin embargo los calificativos del pasado.

Desde esta perspectiva, los últimos textos de Lenin son un intento por refundar el bolchevismo para evitar la aparición de una criatura totalmente diferente. Lenin advirtió que sus opositores se inspiraban en las formas precapitalistas de un Estado absolutista, y que la cultura política de Rusia, el talante de los cuadros formados durante la guerra civil y la llegada a las filas del Partido de nuevos miembros con escasa o poca cultura, o nula experiencia política, eran los factores que habían motivado esta regresión. El atraso del país y la necesidad de acelerar su crecimiento económico abonaban el terreno para erigir un «Estado fuerte» y firme, que podría ganar para la causa a gente entregada a su país, o convertirse en su ideal de modelo, con independencia de su filiación política, algo tanto más cierto cuanto que el fantasma del atraso acosa en ocasiones a un país con un pasado imperial y un cierto potencial y la presión que sobre él ejercen otros países más desarrollados es tal que el pueblo se moviliza en su defensa. Ante esa situación, la formación de un «régimen despótico» no parecía diferir en última instancia de la construcción de un «Estado fuerte». Pero Lenin había advertido la diferencia, la había tipificado y había identificado a los culpables. Sin embargo, muchos de sus antiguos compañeros de los años heroicos no se dieron por aludidos. Y el bolchevismo dejó la escena poco después de la muerte de su fundador.

Ya nos hemos ocupado de la decadencia institucional del presunto pilar del sistema. Dedicaremos todo este capítulo a las dinámicas sociales, al cambio y al progreso. También aquí aparecerán diferentes conflictos y los abordaremos a su debido tiempo.

En páginas anteriores nos hemos referido al hecho de que las dimensiones del retraso heredado y la complejidad de la tarea que los jerarcas tenían ante sí se vieron agravadas por la dura regresión que se produjo como consecuencia de la primera guerra mundial y de la guerra civil. En un país que ya estaba a las puertas de una crisis, esa regresión dificultó en grado sumo las tareas de reconstrucción y de recuperación, e incrementó la ansiedad por recurrir al gran hermano, el Estado. Con todo, es preciso matizar un tanto esta afirmación a la vista de la NPE, de su vitalidad y del interés que podía existir por mantenerla con vida durante un tiempo más, una esperanza compartida por Lenin y Trotski en el momento de ponerla en marcha. La breve NPE sigue alimentando todo tipo de discusiones sobre las alternativas que tenía Rusia en aquel momento (durante la perestroika, hubo quien llegó a creer que podía servir de modelo para el período postsoviético). Evidentemente, una de las alternativas más a mano era un Estado hipertrofiado y despótico, un modelo que, como no nos hemos cansado de señalar, tenía un buen punto de partida en la historia del país. En 1921, Rusia era mucho más pobre que antes de la primera guerra mundial, y el abismo que la separaba de Occidente se había ensanchado, algo que lamentablemente no pasaba inadvertido a ojos de la población. La «distancia histórica» entre los elementos rurales, urbanos y burocráticos también se había ampliado. Quienes se lanzaron a la tarea de modernizar el país después de la muerte de Lenin empezaron eliminando la organización política original de los revolucionarios que, tras su llegada al poder en 1917, había construido un Estado, evitado la desintegración del país y previsto grandes cosas para el futuro. La prioridad ahora eran sus propios

métodos, que combinaban un desarrollo económico acelerado con una forma acentuada de arcaísmo político, lo que provocó que algunos analistas usaran la expresión «despotismo agrario» para definir al Estado estalinista. Sea como fuere, nos hallamos ante un Estado no moderno que lucha por modernizarse, lo que dio pie a unas cuantas preguntas que marcarían el destino del país durante décadas.

Esta línea de razonamiento también resulta útil si tratamos de entender el fenómeno soviético en el marco de toda su trayectoria histórica. La contradicción presente en la expresión «un Estado no moderno que lucha por modernizarse» pervivió y se manifestó de muchas maneras después de la muerte de Stalin. El cariz modernizador de la actividad del Estado, es decir, la industrialización, produjo una serie de avances, como la urbanización, la educación o el aumento de la movilidad social, que tuvieron un efecto eminentemente emancipador en la masa de población afectada, aun cuando esta emancipación tuviera que resolver algunos obstáculos de consideración. Una de las claves para desentrañar el problema soviético radica en la interrelación entre la emancipación y los factores que la constreñían.

El desarrollo en el sentido habitual de la palabra era imposible sin trasladar a millones de campesinos a las ciudades y sin acabar con la distancia que separaba a las minorías privilegiadas y a la mayoría de la población. Esta dinámica casaba con el espíritu plebeyo y con el carácter de la revolución. De hecho, el desarrollo social soviético fue considerable y profundo, y tuvo unos efectos sumamente importantes que variaron en función del período: en los años veinte, en tiempos de Stalin y tras su muerte. Usado a menudo y criticado en ocasiones, el término «modernidad» es aplicable en este caso siempre y cuando nos ciñamos a los hechos y nos alejemos de sus connotaciones ideológicas, de las que no siempre se pueden librar las fuentes que usamos en este capítulo.

INDICADORES DE MODERNIDAD EN LA URSS

Una de estas fuentes es la historia social de Rusia en dos volúmenes recientemente publicada por B. N. Mironov, un historiador y estadístico ruso^[1]. Su enfoque se basa fundamentalmente en datos antropométricos, aunque también es importante la presencia que tienen los factores sociales. El libro combina el análisis y la información, pero los lectores deben andarse con cuidado con el carácter sumamente subjetivo y metafórico de determinadas

afirmaciones de Mironov, alguna de las cuales discutiremos toda vez que la mayoría son evidentes.

La adopción por parte de Mironov de «Occidente» no sólo como modelo sino también como vara de medir el desarrollo histórico es de lo más ingenuo. Los lectores podrán juzgarlo por sí mismos conforme vaya exponiendo sus conclusiones. En definitiva, la opinión que está presente a lo largo de toda la obra es darnos a entender que Rusia no formaba parte de Occidente. Para ello, sin embargo, no basta con citar las carencias de Oriente en relación con Occidente. A lo largo de los siglos, «Oriente» (una denominación que cubre diferentes conceptos) fundó estados, resolvió problemas y dio a luz culturas. Conviene, por lo tanto, examinar las cosas también desde dentro, y no limitarse a hablar de lo que no existe.

Pese a esto, el planteamiento general de Mironov del camino real que recorrió la URSS hacia lo que podemos denominar «modernidad» es realista y está bien argumentado. El autor sostiene que la diferencia que había entre Rusia y Occidente era la misma que había entre un adolescente y un adulto: es un país emocional, hiperactivo, ingenuo y de pretensiones absolutistas, aunque también posee una curiosidad innata y la capacidad para asimilar cualquier novedad. No en vano, un adolescente no es un «adulto retrasado». Los rusos no fundaron instituciones occidentales, pero no porque no fueran capaces de hacerlo, sino porque no veían la necesidad. Todo lo que tenía valor en Occidente llegaba a Rusia tarde o temprano; si no a principios del siglo xx, a finales.

Mironov destaca la secularización de la conciencia social, que supera con mucho el fenómeno que se produjo en Occidente: el sistema de valores rusos se volvió plenamente secular y temporal. La revolución demográfica liberó a las mujeres de la pesada carga de dar a luz a unos niños condenados a morir jóvenes. La estructura social cambió de aspecto: la movilidad social alcanzó niveles elevados y las clases sociales dejaron de ser estancas. La sociedad en su conjunto se fue abriendo a la influencia de los valores occidentales y a sus normas de conducta. Surgió un modelo de familia nuclear, en el que se prestaba más atención a los niños, y las mujeres lograron equipararse legalmente a los hombres, al tiempo que mejoraba su consideración social. La urbanización siguió su curso: el país se fue tornando básicamente urbano y sus habitantes abrazaron los patrones de consumo urbanos, cambiando automáticamente de formas de organización social rurales y comunitarias a otras más complejas y diferentes, incluso en los mismos entornos rurales.

A finales de la era soviética, la modernización se había acercado mucho a los modelos occidentales. Se implantó un sólido sistema de cobertura social (pensiones, sanidad, subsidios para las mujeres en estado, ayudas familiares), y no podemos cerrar este inventario sin citar el notable desarrollo que se produjo en la educación y en la cultura. A todo esto hay que añadir que ese imperio se transformó en una confederación *de iure* y que las naciones de origen no eslavo también vivieron su propio desarrollo. Únicamente durante el período soviético emergió en Rusia una sociedad «disciplinada» (Mironov emplea el término acuñado por Foucault), lo que evitó el estallido de la revolución durante la transición al régimen postsoviético. En sentido general, la distancia entre Rusia y Occidente se había reducido, y el país ya no formaba parte del mundo en vías de desarrollo. Por supuesto, Mironov es consciente de los medios que se emplearon en un primer momento para llevar a cabo esta modernización, pero acierta al incidir en la importancia del resultado. Sin embargo, me gustaría añadir algunos rasgos más: la seguridad física personal, las bibliotecas, el aumento del público lector, el interés por las artes en general y por la poesía en concreto o la importancia de la ciencia. Por razones que se me escapan, Mironov pasa por alto que, desde 1991, todos estos indicadores elementales han retrocedido ostensiblemente, un aspecto indispensable para entender mejor el fenómeno soviético y su herencia.

Mironov toma prestado, a continuación, un método propio de los investigadores occidentales: el uso de criterios antropométricos, por ejemplo, a la hora de evaluar el aumento de reclutas durante el servicio militar obligatorio, que, a su entender, sirven para dar una buena imagen del estado de fluctuación socioeconómica del país. De este modo, sabemos que la altura media de los hombres empezó a disminuir a partir de los años cincuenta del siglo XIX (por causa de la guerra de Crimea) y que siguió cayendo hasta la emancipación de los siervos. La crisis duró treinta años y afectó principalmente a los campesinos, un grupo que ya estaba al borde de la desaparición pues ellos habían sido los más perjudicados por la guerra y por los impuestos. En los años ochenta del siglo XIX, la condición biológica de la población mejoró un tanto. Como indican diversos datos, aunque no sean fiables en su conjunto, la alimentación empeoró entre 1850 y 1890, pero mejoró con posterioridad, hasta el año 1910. El índice de mortalidad entre 1850 y 1890 fue elevado e inestable, pero los avances médicos permitieron reducirlo a partir de 1890. Mucho se habló de la degeneración del pueblo ruso después de las reformas de Alejandro II, a raíz precisamente de la condición física de los jóvenes reclutas. Estos rumores prosiguieron hasta finales de

siglo, a pesar de que la situación hubiera empezado a repuntar a partir de la década de 1880. Las cifras que da P. R. Gregory para la renta nacional entre los años 1885 y 1913, citadas por Mironov, muestran un crecimiento en el consumo per cápita a partir de mediados de los años ochenta.

En 1927, como sabemos gracias a los datos fidedignos que se publicaron posteriormente, la población ya se había recuperado de los estragos de la primera guerra mundial y de la guerra civil. En las ciudades, la altura media de los reclutas era de 1,676 metros, mientras que en el campo era de 1,675 metros. Su peso medio era de 61,6 kilos y de 61,9 kilos, respectivamente. Por lo tanto, el índice de masa corporal, es decir, la relación entre el peso y la altura, era de 22 y de 22,54, una prueba de lo que Mironov califica como un «buen bioestatus». A diferencia de lo que se podría esperar, la altura de los recién nacidos siguió creciendo entre el final de la guerra civil (1920) y finales de los años sesenta, e incluso entre 1985 y 1991; podemos concluir, así, que ni los años treinta ni la segunda guerra mundial tuvieron consecuencias en este sentido. A partir de la generación de 1936-1940, el aumento de la altura media fue tan rápido en las ciudades como en el campo. En veinticinco años, creció de media, según diferentes categorías, entre 47 y 61 mm, un aumento sin precedentes. Durante la era soviética, el «estatus biológico» de los urbanitas, y probablemente también el de la gente del campo, mejoró.

¿Cómo podía ser si sabemos que el Estado no hacía sino rebajar las condiciones de vida constantemente?, se pregunta Mironov. El autor opina que, entre los años treinta y los años cincuenta, la renta familiar per cápita creció de cuatro maneras diferentes gracias a los recursos internos, y en parte también gracias a los recursos externos. La tasa de natalidad disminuyó considerablemente, y con ella el coste de criar a los hijos. Asimismo, se redujeron los gastos sanitarios, tanto en el conjunto de la población como en el caso de los niños. Muchas mujeres que no habían trabajado hasta entonces podían hacerlo, porque tenían menos hijos, había mucha demanda de mano de obra y el Estado ponía a su disposición guarderías y parvularios. Por último, la mejora en el «estatus biológico» también fue posible gracias a una mejor distribución de la riqueza. Por todo esto podemos afirmar que nos encontramos ante un tema fascinante y apenas estudiado.

Cabe ver estos datos en el contexto de la revolución demográfica que se produjo en Rusia entre 1920 y 1961, más tardía por lo tanto que en Occidente, que ya la había superado a principios de siglo. Los rasgos que la

caracterizaron fueron el descenso acusado en la tasa de natalidad, por expreso deseo de los padres, el éxito en la lucha contra las enfermedades infecciosas y la reducción de la mortalidad infantil. Se instauraba así un patrón de reproducción de la población más moderno, racional y económico.

A raíz de las reformas de 1861, ya se había observado un descenso en el índice de natalidad. Podemos atribuir el descenso posterior a los estragos de las dos guerras mundiales y de la guerra civil. A mediados de los años veinte, se había vuelto al índice de natalidad anterior a la guerra. Durante la segunda mitad de los años veinte se registró una tendencia descendente, que se mantuvo durante los años treinta. En 1941, el índice era un 25 por 100 inferior al de 1925. La segunda guerra mundial agravó si cabe esta tendencia. La paz, sin embargo, no trajo consigo la recuperación. Después de un ligero aumento en 1949, se produjo un descenso marcado e irreversible. Dos cifras ilustran el alcance de este fenómeno: Rusia pasó de una tasa de natalidad de 206 por 1.000 en los años veinte a 29 por 1.000 en los años sesenta. El motivo principal era el deseo de los rusos de limitar el número de hijos, recurriendo especialmente a los abortos (era el país con el índice más elevado del planeta), aunque tampoco podemos desdeñar el papel que tuvo la tendencia a posponer el matrimonio, la cantidad de divorcios y el aumento de las mujeres solteras.

Esta tendencia descendente del índice de natalidad se veía contrarrestada por un descenso extraordinario en la mortalidad general (39,8 por 1.000 en los años ochenta del siglo XIX, 30,2 por 1.000 en 1900, 22,9 por 1.000 en los años veinte y 7,4 por 1.000 en los años sesenta), el aumento consiguiente en la esperanza de vida (28,3 años en 1838-1850, 32,34 en 1896-1897, 44,35 en 1926-1927 y 68,59 en 1958-1959) y el crecimiento acorde en la cifra de jubilados. En 1926, por cada 100 personas aptas, 92 no pertenecían a la población activa (incluidos 71 niños y 16 pensionistas); en 1959, la cifra de población no activa era del 74 por 100 (53 niños y 21 pensionistas). En el período comprendido entre 1926 y 1959, la media bajó en un 20 por 100 por familia. Y, comoquiera que la mayoría de personas discapacitadas recibían pensiones, las ayudas familiares sufrieron un descenso similar. En conjunto, tanto la sociedad como las familias se beneficiaban del descenso de la mortalidad y de la longevidad cada vez mayor de la vida laboral. Mironov concluye que todo el mundo salió ganando con la revolución demográfica, en lo que tilda de «nacionalización del proceso de reproducción».

Este tipo de reproducción moderna permitió racionalizar todo el ciclo vital de las familias y los individuos, y en especial el de las mujeres. Las funciones procreadoras que les habían exigido semejante esfuerzo en el pasado, desde el inicio de la etapa núbil hasta la llegada de la menopausia, pasaron a ocupar una parte menor de su existencia, de modo que pudieron integrarse en el mundo laboral y aportar una cantidad de dinero a los ingresos familiares. De hecho, las mujeres se convirtieron en un componente importante de la mano de obra en todos los principales sectores de actividad. Hacia 1970, tanto su nivel de estudios como su presencia en las profesiones técnicas era notable y también en el terreno de la investigación científica. Mironov acierta al insistir en que «ningún otro país del mundo ha tenido semejante nivel de participación de las mujeres en el mundo laboral y cultural».

Nos detendremos aquí para señalar que, aunque todo lo aquí expuesto es fundamentalmente cierto, el texto rezuma un tono excesivamente triunfante. Muchos estudios sociológicos soviéticos han demostrado que la auténtica emancipación de las mujeres se vio coartada por dos factores: su presencia puramente simbólica en la estructura de poder y un sistema patriarcal sólido, incluso en las familias urbanas. Este segundo aspecto era más grave si cabe a causa de la escasez de electrodomésticos. Después de un día duro de trabajo, las mujeres regresaban a casa y tenían que enfrentarse aún a tres horas más de labores domésticas, lo que se sumaba a una fatiga crónica muy extendida. En los años sesenta, el Estado hizo esfuerzos «titánicos» para incrementar la producción y la distribución de electrodomésticos con resultados satisfactorios, pero esta medida no bastó para acabar con uno de los principales obstáculos que se interponían en el camino de las mujeres hacia la igualdad.

A pesar de estas salvedades, nadie puede negar las cifras que figuran en los indicadores de la emancipación de la mujer y estamos en deuda con Mironov por haber arrojado luz sobre los cambios que se produjeron en la estructura social del país y en la formación de lo que he bautizado como una «nueva sociedad», todo ello en un tiempo récord y superando los cataclismos del pasado. Los datos demográficos volverán a centrar nuestra atención en el siguiente capítulo, porque si bien dan cuenta de una verdadera emancipación, también describen algunas realidades más lúgubres.

Nos limitaremos ahora a mencionar de pasada un fenómeno descrito por Mironov, que es específico de la sociedad soviética y de sobras conocido, aunque jamás nadie lo ha estudiado en profundidad, y de cuya importancia

también se ha hecho eco la prestigiosa socióloga Tatiana Zaslavskaya, de la Academia de Ciencias. Mironov afirma que la «equiparación de los ingresos de la masa de la población alrededor de una determinada media se convirtió en una reserva más que la sociedad soviética podía movilizar». También se refiere, de un modo más insistente, a que la escasa desigualdad en los ingresos entre los grupos sociales incidió en la mejora del «estatus biológico» de la población: cuanto más pobre es una sociedad, más puede verse afectado su «estatus biológico» por las desigualdades. Carecemos de estudios serios sobre esta desigualdad en la URSS, pero el trabajo fue un factor que contribuyó a reducirla y no cabe duda de que lo consiguió. La notable movilidad de la población y los matrimonios mixtos entre personas de diferentes regiones y culturas también tuvieron un impacto positivo en índices como la altura de los reclutas, y también lo tuvo el extraordinario índice de urbanización, que pasó del 15 por 100 en 1921 al 50 por 100 en 1961. Aunque las condiciones de vida que el sistema ofrecía a sus ciudadanos eran inferiores a las de los países occidentales, la altura de los hombres siguió creciendo en Rusia hasta los años ochenta como mínimo, al mismo ritmo que en los países desarrollados.

Del trabajo de Mironov podemos destacar, ante todo, la idea de que el «secreto» del sistema, un secreto del que tal vez no fuera consciente por sí mismo, era la mejora del «estatus biológico» de la población. Y dado que dicho «estatus biológico» entró en crisis en el período postsoviético, es posible que tengamos ahí una de las razones de la nostalgia que muchos ciudadanos rusos sienten por el difunto sistema soviético.

La atención constante que estamos prestando al cambiante paisaje social —y a este paisaje pertenecen la burocracia, la política, la economía y el respeto a la ley— nos ofrece un marco de análisis que nos permite distinguir entre lo que se había urbanizado y modernizado y lo que se había urbanizado pero adonde la modernización no había llegado. Una cuestión tan importante como la de la igualdad de ingresos se merece un estudio más detallado, pero la igualdad relativa, y la consiguiente reducción de las diferencias de clase y de las barreras entre grandes grupos de población, eran hechos indiscutibles, que aún guardaban en el recuerdo muchos rusos que emigraron, por ejemplo, a Estados Unidos, donde las desigualdades económicas forman parte del *ethos* del sistema.

La evaluación positiva de Mironov de este fenómeno se contradice con su propio concepto de modernidad, definido en términos de conformidad con el modelo occidental. Además, le lleva a considerar la pérdida de peso del viejo «espíritu de comunidad» (*obshchinnost*) ruso, heredado de un pasado rural, como un símbolo de la «madurez» del país. Pero ¿cuál fue ese sentido de igualdad y de cercanía que tuvo tal impacto positivo en la salud, el crecimiento físico y el bienestar moral de los ciudadanos rusos, sino el espíritu «no moderno» de comunidad? ¿Acaso es bueno para las sociedades modernas desembarazarse de él? Un fenómeno tan habitual como la soledad, aun estando rodeado por masas urbanas en constante movimiento, es un producto pernicioso de la atomización social que únicamente se puede remediar a través de un «espíritu de comunidad».

Si hasta ahora nos hemos explayado fundamentalmente en los «cambios mecánicos» —los flujos migratorios continuos, un fenómeno ya complejo de por sí—, es importante que apreciemos que la urbanización confiere un nuevo significado a la palabra «movilidad». No sólo implica cambiar de dirección o

de lugar de trabajo, o trasladarse de un lugar a otro. En lo que ahora era un entorno urbano, nos ocuparemos de la movilidad social, cultural, económica y psicológica, y no hay mejor manera de entenderla que yuxtaponerla al significado espacial que tradicionalmente se le da al término.

La complejidad de la urbanización y su poder de transformación consistían en generar una cantidad de ideas que circulara a través de nuevos canales de comunicación, que presentara a la población grandes cantidades de información, que diera prioridad a la inventiva, a la educación y a la creatividad intelectual y que, por último, diera lugar a nuevas concepciones de la existencia y generara nuevas necesidades en la vida de la gente. Todo esto estaba a años luz del ritmo rural de la Rusia tradicional, donde los cambios eran lentos y el mundo social solía ceñirse a un pueblo, y era fácil tenerlo bajo control (todo el mundo conocía hasta el último detalle la vida del vecino), lo que creaba una intensa sensación de familiaridad con la realidad social e inducía al fatalismo a propósito de los caprichos de la naturaleza. Las normas eran sencillas: aferrarse a la tradición, limitar la movilidad y estrechar los horizontes (a menudo en el sentido literal de las palabras). Carente de una alfabetización adecuada y ajena a varias etapas de transición, esta civilización rural no estaba preparada para enfrentarse a las grandes ciudades y a los asentamientos urbanos, donde era indispensable tener una educación, mejorar las propias habilidades o cambiar de profesión. El recién llegado se veía expuesto a una desconcertante variedad de credos, personalidades, modas, información y valores, que constantemente desbarataban toda suerte de convenciones sociales y familiares. La concentración de influencias, así como los incentivos por ingresar en las diferentes redes de nuevas relaciones sociales, políticas, económicas y culturales, planteaban un reto al universo sociocultural tradicional, y en ocasiones acababan con su obstinada resistencia.

Sin embargo, no sólo el mundo rural se vio entre la espada y la pared. La sociedad urbana también ejercía una presión considerable sobre el Estado, de entrada porque era una entidad nueva y totalmente diferente a la que gobernar. Además, esta sociedad era todavía joven, inexperta a la hora de regularse y suponía una carga pesada para las viejas tradiciones. Así las cosas, es conveniente, e incluso obvio a estas alturas, ver el proceso de urbanización como el equivalente a la formación de una nueva sociedad. Porque, en la medida en que el período de transición hizo posible hablar de una etapa intermedia, la coexistencia del viejo mundo rural y del nuevo mundo urbano hizo que las tradiciones y la mentalidad del primero se mezclaran con la

conmoción que asaltó a las capitales y con la complejidad de las «ciudades científicas». El Estado y sus instituciones principales gobernaban «siglos diferentes» al mismo tiempo y estaban sometidos a una presión ideológica y política que ejercían grupos totalmente heterogéneos. La compleja interrelación entre cultura y mentalidad, que en ese momento se proyectaba en la esfera de la política y del Estado, dio como resultado una mezcla de elementos religiosos y seculares perceptibles en el simbolismo del Estado y en cómo éste ejercía el poder, pero también en la reacción de la población a dicho poder. El culto a Stalin, el estallido de dolor popular tras su muerte, la aceptación en su fuero interno de un gobierno autoritario o el fenómeno que supuso Nikita Jrushchov, no sólo por cómo gobernó, sino por las protestas masivas que provocó entre la población y la *intelligentsia*, eran los indicadores de un paisaje social y cultural que se enfrentaba a profundos cambios. La urbanización seguía su curso, y la sociedad urbana iba convirtiéndose en el estilo de vida dominante.

Cualesquiera que fueran los elementos que sobrevivían de las tradiciones y las prácticas del pasado, la urbanización transformó la sociedad y obligó al gobierno a adaptarse a esa nueva entidad, pues no había otra alternativa si querían legislar o que el país siguiera adelante. En otras palabras, el Estado y el sistema de gobierno tuvieron que exhibir un cierto grado de flexibilidad y dar respuesta a una agenda histórica bastante diferente. Los cambios que ya hemos indicado, especialmente en el ámbito de la represión, fueron una reacción a la complejidad de las tareas que las nuevas realidades impusieron al Estado. Los viejos métodos de coerción y de movilización dejaron de ser válidos: se precisaban nuevos medios y unas estrategias novedosas y más concienzudas. Los problemas se planteaban a menudo de improviso y su resolución obligaba a actuar con mano izquierda y a hacer gala de una cierta capacidad de negociación con la población. Con todo, las autoridades burocráticas seguían careciendo de experiencia a la hora de enfrentarse al laberinto urbano, un universo a menudo independiente e intratable. La urbanización, que iba de la mano de un proceso de modernización, creó nuevas tendencias en la conducta social y un acervo de «recursos» específicos que escapaban con creces de las políticas del Estado. No había manera de controlar esta extraordinaria energía dinámica con los métodos y los aparatos que se habían empleado hasta la fecha para someter a una población predominantemente rural y a un sector urbano relativamente pequeño. En este caso en concreto, la «llamada de la historia» obligaba al Estado a adaptarse a la nueva realidad y a transformarse lo suficiente para poder liberar las fuerzas

dinámicas de la sociedad urbana y concentrarse en aquellas cuestiones en las que realmente era competente.

En este sentido, los cambios que se produjeron al principio del período Jrushchov en el ámbito penal, laboral, educativo y social, de los que nos hemos ocupado en la segunda parte, fueron pasos prometedores en la dirección acertada. Lograron arrancar del sistema el reconocimiento del cambio que estaba afectando a la sociedad en su conjunto y dieron pie a nuevas formas de relación entre la sociedad y el aparato del Estado. Este proceso fue paralelo a una «desmilitarización» de la sociedad y del régimen. La imbricación de factores sociales y económicos había alcanzado un grado de complejidad considerable y el Estado luchaba por responder a él adaptándose a las nuevas necesidades y a los cambios de humor. La relación entre el mundo laboral y el Estado se resumía por lo general tomando como vara de medir el punto de vista de los trabajadores a partir de una sentencia que ya hemos citado: «Tú finge que nos pagas y nosotros fingiremos que trabajamos». Algunos la tomaban en sentido literal, y aunque no era sino un comentario ocasional, tampoco estaba exento de verdad, en tanto reflejaba un contrato social tácito que jamás había sido firmado o ratificado y en virtud del cual las partes afectadas llegaban a un acuerdo sobre la manera en que había que llevar una economía de baja intensidad y de baja productividad. Las consecuencias de este acuerdo eran numerosas. En primer lugar, apenas provocaba conflictos en los centros de trabajo, y tampoco en la sociedad en un sentido más amplio. Sin embargo, también tenía como resultado que las condiciones de vida fueran malas, lo que alentaba a la gente a buscar otros caminos para completar los ingresos recurriendo a todo tipo de actividades privadas, legales o semilegales (el cultivo de parcelas privadas, otros trabajos a tiempo parcial...). Y esto, a su vez, traía consecuencias que no tenían por qué ser negativas para los afectados.

Por su parte, los círculos administrativos, cuyo nivel de estudios era mejor y gozaban de una mayor seguridad laboral, recurrían a un abanico de iniciativas, toleradas o ilegales, pero indispensables para el éxito del lado oficial de la operación. En ocasiones se decantaban por actuaciones puramente criminales, de corrupción y de mercado negro. Para poder acercarse a los objetivos fijados por las autoridades, las agencias ministeriales y las empresas de gestión aprendieron a protegerse con todo un arsenal de contramedidas. De hecho, crearon un sistema basado en reglas oficiosas: proveerse de reservas no autorizadas de stocks, de medios de producción y de mano de obra, servirse de los *tolkachi* («emprendedores») y demás

intermediarios para lograr los suministros necesarios fuera de los canales oficiales, sabotear o escabullirse de las investigaciones y de las políticas oficiales o, por último, constituir unas redes poderosas de aliados y de *lobbies* en las altas esferas. Estos órganos administrativos eludían el control real del Partido, o de cualquier otra instancia, y, hasta cierto punto, tenían en sus manos las riendas del poder del Estado.

La realidad de la sociedad urbana y de una economía nacionalizada también explica estos cambios en el *modus operandi* del Partido, supuestamente el bastión del sistema, y en sus relaciones con los escalafones superiores de la burocracia. Sus cuadros de menor rango (los «empleados») formaban parte del grueso de la sociedad y de la red administrativa para la que trabajaban. Como tales, eran emisores y receptores de las opiniones sociales, de los cambios de humor, de sus prácticas y de sus intereses. Los grupos de intereses burocráticos —los responsables de los sectores económicos, el complejo industrial-militar, la comunidad científica o el estamento militar—, así como los intereses, las opiniones y los derechos de las capas más bajas de la burocracia —todos ellos, miembros sindicales—, se vieron legitimados *de facto*. También se vio inmediatamente reconocido el derecho de los expertos a negociar en un «mercado laboral de expertos» sus condiciones de contratación. La existencia, legal y real, de un mercado de trabajo pasó a formar parte de la realidad soviética, igual que las complejas relaciones que mantenían entre sí los dirigentes, los trabajadores, los sindicatos y el Partido.

Uno de los aspectos que, a partir de ese momento, empezó a figurar con más asiduidad en la agenda del gobierno, y que modificó su actuación como no había sucedido desde finales de la NPE, fue la preocupación por las expectativas de la población y el deseo de satisfacerlas. Los documentos del Partido y del Estado que se publicaron por aquel entonces, o que se han descubierto con posterioridad en los archivos, contienen mucha información y diversas advertencias sobre el clima que se respiraba en determinados grupos sociales: los órganos del Partido y del gobierno expresan su malestar respecto de alguna medida política determinada (o respecto de la falta de medidas) que puede generar descontento. La actitud de los trabajadores era una de las principales preocupaciones de las autoridades, y una cuestión a menudo abordada por el aparato, especialmente cuando en los informes se intuía que los obreros no asistían a las reuniones del Partido, que no abrían la boca o que abucheaban a los ponentes, por no hablar de otras actuaciones más decididas,

ni de las diferentes vías que encontraban para demostrar su insatisfacción (el número de huelgas iba en aumento).

Las corrientes y las opiniones entre los estudiantes, los intelectuales y los cuadros administrativos también llegaban a oídos del Partido y formaban parte de estas discusiones. El desánimo que había cundido entre estos grupos producía un descenso de su rendimiento y, a menudo, una reacción hostil hacia el Partido. Por eso, cuando una decisión provocaba el descontento de la población, se moderaba, se retiraba o se abandonaba totalmente. Si las mujeres se negaban a aceptar un puesto de trabajo a menos que hubiera guarderías para sus hijos, las autoridades respondían reprendiendo a los responsables de aquella situación, reconduciéndola, dando pasos para mejorar la política social y haciendo concesiones. El resultado de estas actuaciones era un reconocimiento real —e incluso legal— de todo tipo de derechos a gran escala. Tomar en cuenta la opinión pública y negociar con los ciudadanos habían pasado a formar parte de la situación sociopolítica. Y cuando este escenario se veía interrumpido por medidas políticas fruto del ímpetu, como sucedió alguna que otra vez en tiempos de Jrushchov, inmediatamente el pueblo se cobraba el precio político de aquellas decisiones.

A la vista de los esfuerzos que se hicieron para mejorar los códigos civil y penal y para modernizar el sistema judicial, ¿podemos hablar de *Rechtsstaat*? No. Para ello, también la cúpula habría tenido que someterse, parcial pero inequívocamente, a la legalidad, y el sistema tendría que haber hecho extensivos los derechos a los críticos, o cuando menos garantizar a los opositores el derecho a un juicio justo. Pero no era así. Por otro lado, sí que podemos hablar de una creciente importancia de la ley y del sistema legal a raíz de la abolición de los procedimientos extrajudiciales secretos y con el fin de las ejecuciones arbitrarias.

Los «disturbios a gran escala» como los de Novocherkask tenían en ascuas al KGB, porque no sabía cómo atajarlos: en aquel ejemplo concreto, la intervención militar se había cobrado un número de bajas considerable. Un libro reciente basado en la investigación realizada en los archivos ofrece algunos datos sobre este tipo de episodios, que preocupaban a Semichastni^[1]. En tiempos de Brezhnev, hubo nueve casos de revueltas populares, siete durante los primeros dos años. Con Jrushchov, la cifra había sido dos veces y media superior. Entre 1957 y 1964, se recurrió en ocho ocasiones a las armas; con Brezhnev, en tres, y todas ellas en 1967. Con Jrushchov, el número de muertos y heridos entre los alborotadores había sido de 264; con Brezhnev, de

71. La cifra total de bajas durante los disturbios en veinticinco años fue de 335, heridos en su mayoría, aunque no se especifique la cifra exacta. La media anual de muertos o heridos fue de 13,4, por más que hubo años en que no se produjo ningún incidente de este tipo. Sería útil disponer de detalles sobre estos episodios en otros países, sobre su recurrencia y las bajas que se cobraron. ¿Fue acaso excepcional la cifra del caso soviético, 335 personas en veinticinco años, dadas las dimensiones del país y que se trataba de un régimen no democrático?

El panorama que dibujan los cambios, las innovaciones y las reformas permite a los lectores, afortunadamente, calibrar la diferencia entre los modelos estalinista y postestalinista. La eliminación del terror a gran escala como método de gobierno obligó a las autoridades, y al Partido ante todo, a apostar por lo que he denominado «negociación» con los principales actores sociales y burocráticos, aumentando así la dependencia del régimen para con ellos.

«Sobreestalinizar» la historia de Rusia haciendo que el período de gobierno del dictador abrace los años anteriores y los posteriores es una práctica común que responde a diferentes intereses, pero en ningún caso sirve a la investigación histórica. No hay motivos para pasar por alto la magnitud y el significado de los cambios en la estructura social, el peso estratégico de los diferentes grupos sociales, grandes o pequeños, la fusión del aparato del Estado con el Partido o el fin del terror de masas a menos, por supuesto, que nos dejemos guiar por determinadas hipótesis ideológicas en lugar de intentar desentrañar una realidad histórica compleja.

Dicho esto, tampoco debemos olvidar que esta sociedad y este régimen no eran inmunes a la aparición de corrientes ideológicas y políticas reaccionarias, incluso en el seno del Estado y entre los líderes del Partido. Aquí nos ocuparemos de esta cuestión únicamente en relación con las dificultades de la desestalinización y de las presiones para rehabilitar la figura del dictador. Los continuos debates internos entre la cúpula postestalinista y la oposición a la desestalinización de Jrushchov no giraban en torno de la continuación del estalinismo como tal, sino de la imagen de Stalin como estadista y líder de una «gran potencia» (*derzhava*), y sobre la predisposición para optar por métodos drásticos si los intereses del Estado estaban en juego. Sin lugar a dudas, y no debe extrañarnos lo más mínimo, algunos de los jefes de un régimen dictatorial se mostraban a favor de esta postura. No obstante, es

importante señalar que, a pesar de todos los globos sonda y amagos de medidas con el propósito de rehabilitar la imagen de Stalin en tanto que gran líder, esto no se produjo porque ya no tenía sentido. Incluso entre los estalinistas, nadie justificaba ya las purgas sangrientas. Es cierto que seguía habiendo arrestos por motivos políticos, pero sus víctimas eran críticos reales y apuntaban a actividades políticas auténticas, no a crímenes imaginarios o fruto de las alucinaciones y que la gente se veía obligada a «confesar». Ni por su cariz ni por sus dimensiones, la situación se asemejaba lo más mínimo al período estalinista.

Con todo, este veredicto sobre lo que ya no era el sistema quedaría suspendido en el vacío si no ofreciéramos una imagen más genérica de lo que había llegado a ser. Visto desde arriba, era todo un laberinto: masas de gente y de agencias hacían lo que se les antojaba, mientras la cantidad de decretos y de leyes promulgadas por el Comité Central o, de un modo más solemne, por éste y el Consejo de Ministros eran desobedecidas u obedecidas únicamente a medias. Fenómenos de masas como el absentismo laboral seguían siendo tan evidentes como en el pasado. Los funcionarios no perdían el trabajo aun cuando fueran despedidos; los jueces que estaban en desacuerdo con la dureza de algunas leyes buscaban la manera de reducir los cargos cuando consideraban que no tenía sentido el castigo; otros hacían todo lo contrario, pues creían que las nuevas medidas eran demasiado liberales. Todo esto no hace sino indicar que una historia que se ocupara exclusivamente de las políticas del gobierno induciría a errores. Los hechos históricos aquí analizados fueron procesos que sólo parcialmente dependían de las medidas políticas. De hecho, derivaban principalmente —o totalmente, incluso— de episodios espontáneos, los *stijiia* que hemos citado anteriormente.

«Los de arriba» no sólo eran los abanderados de una política voluntarista. El Politburó gobernaba con la ayuda de una poderosa capa de *nachal'niki* («jefes» en el sentido más amplio de la palabra) formada por entre 2 y 4 millones de personas: un millón ocupaba cargos de responsabilidad; otro millón desempeñaba funciones menos importantes y otro millón estaba al frente de empresas industriales. Éstos constituían una amplia capa social que tenía su propia historia y su propia sociología. Sus miembros eran conscientes de los intereses que los guiaban, como los obreros, los campesinos o los intelectuales que tenían a sus órdenes. De ahí que veamos que los responsables de las empresas industriales construían las fábricas en zonas perfectamente desarrolladas aunque estuviera formalmente prohibido, y que mantenían una reserva de mano de obra y amasaban otros excedentes —

acciones también prohibidas y, peor aún, para las que no había financiación. (¿De dónde salía el dinero? ¿Fondos secretos?)—. Ni siquiera se respetaban las leyes de la *nomenklatura* a la hora de ofrecer un buen cargo o un buen ascenso, permitiendo así la aparición de una red de compinches alrededor del jefe, con sus círculos, sus camarillas y el clientelismo correspondiente, como imaginaría cualquier sociólogo.

Estos hechos espontáneos se repetían en todas las capas sociales, con independencia de cuál fuera el régimen: los mandos se ocupaban de sus asuntos mientras sus subordinados hacían todo cuanto podían, legal o ilegal, para favorecer sus propios intereses. Por lo tanto, cuando tantos factores intervienen, podemos reconocer diversas dinámicas simultáneas que hacen que la realidad sea mucho más compleja de lo que parece según los clichés oficiales. Los cambios sociales que se produjeron durante la febril etapa de urbanización marcaron el comienzo de una nueva etapa de complejidad social, que se manifestó en un ímpetu renovado del «factor social» (una mayor libertad en la movilidad de la mano de obra y la creación de un mercado laboral para los expertos que permitió potenciar el papel de la *intelligentsia*). Dicha complejidad acabaría poniendo a prueba los límites de este sistema político.

Centrarnos en el «factor social», como ya hemos hecho durante toda la obra, nos ayuda a apreciar una realidad social compleja y los profundos cambios que la acompañaron. La existencia del régimen soviético en el período postestalinista fue relativamente corta, pero se caracterizó por una experiencia histórica de una intensidad excepcional. Después de la muerte de Stalin, no sólo asistimos al abandono del terror a gran escala, sino también a la desaparición de otros rasgos típicos de la «servidumbre» de la población. Los cambios que se derivaron del fin de este estado de servidumbre son especialmente significativos, y supusieron un aumento de la libertad personal que no debemos desestimar aduciendo que es mayor la que ofrece un sistema democrático. El destino que aguardaba al régimen sería incomprensible sin esta bomba de oxígeno que recibieron, entre otras, las clases populares. La mejora de las condiciones sociales y de la seguridad en el trabajo, la reducción de la jornada laboral, la posibilidad de disfrutar de unas vacaciones más largas en centros de veraneo más accesibles y el aumento salarial, aunque no fuera espectacular, son algunos de los factores que hay que tener en cuenta a la hora de reflexionar sobre el sistema. Así, como ya hemos dicho en la segunda parte, las relaciones laborales pasaron a regirse por un código laboral y por unas garantías legales que garantizaban a los trabajadores el derecho a

cambiar de lugar de trabajo. Los derechos de los obreros y de los patronos quedaban mejor definidos y mejor protegidos: las disposiciones legales permitieron oponerse a las decisiones de los mandamases y llevar los casos a los tribunales o a las instancias especiales creadas para resolver los conflictos laborales, unos tribunales donde los trabajadores tenían muchas posibilidades de ganar.

A todo esto contribuyó, sin duda alguna, la mejora en el nivel educativo de los trabajadores, debido en parte al influjo de estudiantes salidos de las escuelas secundarias que ingresaron en las fábricas, que motivaron un aumento de la presión social sobre los directores y sobre el gobierno al advertir el abismo que había entre su nivel educativo y sus aspiraciones y las condiciones laborales relativamente primitivas del sector industrial, entre otros, el cual fue introduciendo lentamente las innovaciones tecnológicas que los jóvenes obreros esperaban. Mientras que muchos trabajadores de las generaciones pasadas se habían adaptado sin dificultades a un sistema de baja intensidad, este colectivo de trabajadores instruido no ocultaba su decepción. Insatisfechos con su trabajo, monótono, arcaico y a menudo manual, estaban dispuestos a buscar ocupaciones más interesantes en otros sectores, y ahora tenían derecho a hacerlo. La única posibilidad para que no se marcharan era mejorar el nivel tecnológico de las empresas, pero para ello había que revisar todo el sistema de incentivos en la industria, y en la economía en general, una condición que planteaba unos problemas económicos extraordinariamente complicados y que se convirtió en toda una pesadilla para la cúpula.

Usamos aquí el término «sociología» para referirnos al conjunto de intereses, interacciones y prácticas de los grupos sociales, pero también podemos aplicarla a la producción y a la circulación de ideas, ideologías, corrientes políticas y opiniones, cuya intensidad era por aquel entonces considerable. Todo esto estaba estrechamente relacionado con el papel renovado de la *intelligentsia*, el peso cada vez mayor de la opinión pública y las actitudes reinantes entre la clase burocrática, el aparato del Partido, los jóvenes y la clase obrera. Hay quien opina que no puede haber historia política, y menos aún historia ideológica, en un país que no reconoce el derecho que tienen opiniones políticas diferentes a existir, manifestarse y organizarse. No obstante, existían otras tendencias políticas e ideológicas en la URSS, y hallaron la manera de hacerse oír, aunque no se organizaran ni pretendieran derrocar al régimen. Quienes así actuaban corrían el riesgo de llamar la atención de la policía secreta, pero ésta, por poderosa que fuera, no podía hacer nada cuando tenía que enfrentarse a ideas que se difundían entre

los jóvenes y entre sectores importantes de la población, la burocracia, el ejército o la *intelligentsia*. Cuando emergen estas ideas imprecisas, la historia, o, si lo preferimos, la sociología política, recogen el testigo y nada puede hacer la policía secreta, sobre todo cuando estas opiniones circulan entre las clases dirigentes, e incluso entre las filas de la policía.

El Partido también estaba atado de pies y manos, pero además sucumbió a estas ideas y corrientes: diferentes variantes, en ocasiones virulentas, de nacionalismo o «estatalismo», profundamente arraigadas en esos círculos, se manifestaron con impunidad, a pesar de que no hacían sino minar al régimen que las toleraba. No obstante, las fuerzas frontalmente antigubernamentales no eran una amenaza seria para el ejecutivo. El régimen no cayó, sino que murió después de que se le agotaran las fuerzas y se derrumbó por su propio peso, un caso especial en la historia de la caída de los imperios. Evidentemente, existían núcleos de personas y fuerzas que querían derrocarlo, pero carecían del suficiente apoyo popular. Ya hemos visto que las agencias de Andropov elevaron el número de opositores y conspiradores potenciales a unos 8,5 millones de personas, principalmente en el sudeste de Rusia y entre la *intelligentsia* de las capitales. Estos elementos, sin embargo, jamás lograron combinarse para formar una fuerza política coherente^[2].

La presencia de controles policiales y de confidentes (*stukachi*) no basta para explicar la robustez del régimen. Es indudable que los ciudadanos vieron en esa solidez algo deseable o apreciable, ya fuera la importancia internacional del país, la relativa homogeneidad social de su población, las muchas oportunidades de promoción social para las capas menos favorecidas o la relativa novedad de las libertades concedidas, legales o reales, durante la revitalización del sistema después de la muerte de Stalin e incluso en su fase final. Todas estas libertades derivaban de una nueva realidad urbana, demasiado joven probablemente para que cristalizaran unas aspiraciones políticas nuevas y netamente definidas, capaces de ganarse el apoyo de un gran sector de la población.

En el contexto de una sociedad urbana en expansión, la aparición de la sociología como campo de conocimiento académico es un paso natural y altamente significativo. La presión para permitir el desarrollo de una disciplina hasta entonces prohibida no sólo provenía de los académicos, sino también de diferentes funcionarios y analistas del Gosplan, el Ministerio de Finanzas, la Oficina Central de Estadística y el Comité Estatal de Trabajo, órganos cuya esfera de actividad no se limitaba a una única rama sino que

englobaban la economía, la sociedad y la maquinaria gubernamental. Para no ser menos, el KGB, con la colaboración de la Academia de Ciencias, creó un instituto para fomentar los estudios sociológicos en diversos ámbitos, principalmente el universo estudiantil, que ponía el acento en los comportamientos antisociales y real o potencialmente hostiles al régimen.

La sociología experimentó un rápido desarrollo. Deliberadamente o no, los sociólogos se erigieron en un grupo de presión, apoyado por las instituciones académicas y por sus miembros, y no tardó en parecer un cuerpo indispensable para mejorar el conocimiento de la sociedad, de los centros de trabajo, de la juventud y sus aspiraciones o de la condición de la mujer, por ejemplo. Los artículos de los sociólogos, y sobre todo su ámbito de estudio, ofrecían una imagen de la realidad que apenas tenía nada que ver con los clichés y la retórica de la ideología oficial. Impusieron esta realidad en el imaginario de la gente corriente, pero también en el de los funcionarios del Partido y del Estado, abriéndoles los ojos a nuevas realidades, a nuevas tareas y a nuevos puntos de vista. Las agencias gubernamentales empezaron a encargar estudios sociológicos. Varias figuras despuntaron, como Tatiana Zaslavskaya y sus colegas del innovador centro académico de Novosibirsk, o diferentes personajes de instituciones de Leningrado y Moscú. Sin andarse con rodeos, elaboraron estudios veraces sobre las condiciones de vida en el mundo rural, en las fábricas y en los despachos. Los economistas de diversas instituciones, y más concretamente los del Instituto Central de Matemática Económica, ocupados en sus investigaciones, dieron difusión a sus estudios, inéditos o no, que fueron trasladados al gobierno. Algunos de ellos habían sido encargados, pero otros habían nacido de la iniciativa de los investigadores. También los politólogos expresaron su opinión, aunque nadie se la hubiera pedido, y enviaron memorandos no solicitados a los jerarcas, quejándose de algunas medidas en concreto, como, por ejemplo, la intervención en Afganistán.

El gobierno y el aparato del Partido escogieron a un grupo de expertos académicos como asesores permanentes o temporales. Éstos conformaban el sector de la *intelligentsia* que mejor conocía la realidad urbana en toda su complejidad y se empeñaron en desarrollar un nuevo tipo de análisis, alejado del discurso ideológico oficial o de la *agitprop* conservadora. En este sentido, algunos círculos gubernamentales eran más abiertos que el aparato del Partido, que estaba plagado de berzhnevistas, aunque la influencia se veía contrarrestada por la tendencia de algunos departamentos y secretarías a contar con su propio grupo de expertos. Andropov, posiblemente el iniciador

de esta tendencia, llevó a su departamento a algunos personajes sumamente brillantes y progresistas^[3]. Después de la caída del imperio, muchos demostraron una capacidad moral e intelectual que añade credibilidad a sus relatos del pasado.

Había en aquella sociedad urbana instruida mucho más que los alentadores fenómenos que hemos citado. Políticamente, no sólo surgieron reformistas ilustrados, sino también reaccionarios y partidarios de la línea dura de todas las tendencias. Pero hemos optado por centrarnos aquí en la novedad y en la complejidad de la realidad urbana a la que tenía que enfrentarse el régimen, no en una corriente política en concreto, sobre todo a la vista de que estas tendencias pueden tomar otro rumbo.

¿QUÉ «OPINABA» LA ECONOMÍA?

El funcionamiento y el rendimiento de la economía eran, cada vez más, un problema. Parecía haberse manifestado una dicotomía fatal: conforme aumentaba la nueva estructura social, los índices de crecimiento económico seguían disminuyendo. Basta con indicar que la tasa de crecimiento del ingreso nacional, según las estimaciones occidentales, después de alcanzar la respetable cifra de 5,7 por 100 en los años cincuenta, en lo que supuso un incremento casi tan rápido como el que se había experimentado durante el primer plan quinquenal, cayó hasta el 5,2 por 100 en los años sesenta, hasta el 3,7 por 100 en la primera mitad de los años setenta y hasta el 2 por 100 entre 1980 y 1985^[4].

Robert Davies ha confirmado esta impresión. A partir de mediados de los años setenta, la tasa soviética de crecimiento cayó tanto que, por vez primera desde los años veinte, el aumento del PIB fue inferior al de Estados Unidos, y mucho menor al de otros países de reciente industrialización. Estos datos ocultaban una realidad más compleja si cabe que escapaba de la regulación política o económica. Las agencias económicas y los académicos sabían que la situación empeoraba a pasos agigantados.

No es de extrañar, por lo tanto, que la persona al frente de la nave, el primer ministro Kosigin, se hubiera dirigido en 1966 a la Academia de Ciencias para que ésta evaluara la situación desde el punto de vista de la competitividad en relación con Estados Unidos. La Academia contaba con un departamento que se ocupaba de la «competencia con el capitalismo», de ahí

que se pudiera acudir a ella sin ofender ni al Gosplan, ni a la Oficina Central de Estadística, que trasladaban regularmente al gobierno datos comparativos sobre el desarrollo de las economías occidentales. El informe en cuestión, encargado por el Consejo de Ministros, probablemente se completó a finales de 1966 y llegó a manos del gobierno a principios de 1967. El estudio, en la línea de las reformas económicas de Kosigin, iniciadas oficialmente en 1965 y que fueron el centro de un debate acalorado, se proponía dibujar una situación un tanto alarmista que sirviera para reforzar la posición de los reformistas. El texto presentaba al gobierno y al Gosplan una coyuntura económica dura. Comoquiera que es imposible acceder a los archivos de Kosigin, no podemos desentrañar qué opinaba de la situación, pero ese texto es la mejor pista a nuestro alcance para intuir la ansiedad que le provocaba la vitalidad del sistema. El informe tampoco decía nada sobre la carga que suponía el gasto militar, que lastraba el desarrollo económico. Se limitaba a comentar que los elevados salarios y el aumento de la producción de bienes de consumo eran requisitos indispensables para que todo el sistema económico pudiera embarcarse en un desarrollo tecnológico acelerado^[5]. Pero Kosigin ya estaba al corriente de todo esto por otras fuentes.

Sabemos que los economistas de la Academia demostraron que la URSS se estaba quedando atrás en todos los indicadores de importancia, salvo en los que se habían considerado factores de primer orden a finales del siglo XIX. Es posible que los conservadores reacios a los proyectos de Kosigin manifestaran que bastaría con mejorar la gestión económica para eliminar el despilfarro y aumentar los recursos, sin necesidad de interferir en el sistema, una manera de insinuar que el despilfarro era culpa de Kosigin... Pero aunque éste estaba atado de pies y manos por aquel problema, no se le podía considerar responsable: el despilfarro era el efecto, no la causa, de la enfermedad, e investigar las dimensiones del problema ayudaría a identificar de una manera más clara los obstáculos. Dicha tarea recayó en una Comisión contra el Despilfarro, a la que concedieron amplios poderes y que contaba indudablemente con el apoyo de Kosigin, a pesar de que sus enemigos también eran partidarios de un órgano como aquél (es posible incluso que la iniciativa partiera de ellos).

Creada en 1966, después de haber sido bautizada de nuevo con el nombre de Comisión para el Ahorro de Recursos del Estado, estaba integrada por los responsables de los ministerios y las agencias intersectoriales (Gosplan, Finanzas, Estadística, Trabajo y Salarios, y Gosplan). Con la ayuda de otras agencias, su misión consistía en estudiar los sectores clave del sistema,

aunque no sabemos si entre sus cometidos estaba también el análisis del vasto complejo industrial-militar. Las investigaciones de la comisión desembocaron en un detallado informe que examinaba el trabajo de los cuerpos administrativos de muchas áreas, incluida la investigación, la inversión, los sectores económicos, el mundo de la cultura y el de la salud pública. Hasta cierto punto, se asemejaba a un examen médico de un cuerpo dolorido de dimensiones gigantescas llevado a cabo por todo el personal de un hospital. Probablemente Kosigin conociera los datos y las cifras del informe, pero también podría ser, como ya se ha apuntado, que la iniciativa fuera un arma de doble filo. Además, los «doctores» no tenían voz a la hora de proponer un remedio para curar al paciente.

Entre muchos otros datos, la comisión se sirvió de materiales procedentes de la Comisión de Control del Estado, que detallaban, por ejemplo, el desperdicio y la pérdida de materias primas, los daños importantes que sufrían los materiales durante el transporte, el derroche de combustible y de electricidad, la acumulación de productos no venales, la producción de bienes demasiado pesados o demasiado primitivos a causa de técnicas de producción y de métodos demasiado obsoletos, y el uso desproporcionado de carbón procedente de regiones remotas toda vez que se podía extraer de regiones más cercanas a un coste menor^[6].

Aquí tenemos algunos ejemplos. Aunque la importancia para la economía soviética de las cañerías y de las tuberías era enorme, el sistema seguía produciendo cañerías metálicas en lugar de reforzar, por ejemplo, las de hormigón de la red de suministro, por más que estas últimas fueran entre un 30 y un 40 por 100 más baratas, incluidos los costes de la inversión necesaria para empezar a producirlas. Asimismo, los conductos de hormigón permitirían un ahorro de metal de entre un 80 y un 90 por 100, y su período de vida era tres veces mayor. Con todo, el plan de 1966 únicamente preveía la producción de una cantidad pequeña de tuberías modernas, a pesar del millón de metros cúbicos necesarios para el país.

Otra anomalía de importancia desde el punto de vista económico eran las fábricas que acumulaban reservas de materiales (materias primas y productos acabados), en un nivel muy superior al autorizado por las normas. Por lo general, estos productos se almacenaban en lugares inadecuados, a veces incluso al aire libre, donde estaban expuestos a las inclemencias climatológicas y a los robos. Las empresas se negaban a vender los stocks a otras compañías que los necesitaran, a pesar de que tenían permiso para

hacerlo. Contraviniendo las normas, las fábricas también empleaban una cantidad considerable de sus recursos para pagar las bonificaciones por superar los objetivos de producción en el caso de bienes cuya demanda era escasa. En este sentido, ya se habían propuesto medidas para obligar a los directores a reducir los stocks hasta niveles aceptables.

Otro problema era el aumento de los costes de distribución, que suponía el 5,31 por 100 del precio de venta al por menor en 1958 y el 6,25 por 100 en 1965. También había aumentado considerablemente en ese mismo período el precio de los comedores de las fábricas, a causa de las pérdidas de bienes durante el transporte o el almacenamiento, de los embalajes de mala calidad y de la excesiva retribución del personal (y también por las elevadas multas que se imponían).

Muchas empresas ofrecían aumentos salariales que superaban las mejoras en la productividad. Durante el primer semestre de 1966, se comportaron así el 11 por 100 de las empresas industriales, comerciales y de transporte, motivando un descubierto salarial de unos 200 millones de rublos.

El despido improcedente de trabajadores suponía un esfuerzo económico tremendo para el gobierno. En 1965, los tribunales ordenaron la readmisión del trabajador en el 60 por 100 de los casos que tuvieron que juzgar. Pagar los salarios atrasados suponía unos 2 millones de rublos anuales, pero los mandos responsables de los despidos improcedentes no sufrían castigo alguno.

Según las estimaciones, las pérdidas atribuibles a la escasez de existencias y a la apropiación indebida de bienes en organizaciones comerciales y en la industria de la alimentación rondaban los 300 millones de rublos. Los culpables eran llevados ante la justicia, pero los casos eran interminables y la reparación de los daños, muy lenta. Muchas empresas no tenían ninguna prisa por denunciar a los culpables.

La situación que se vivía en el mundo del comercio era idéntica a la que se daba en el terreno de la investigación y de la cultura, donde las instalaciones estaban infrautilizadas y existía un exceso de personal. Además, las empresas no tenían la menor urgencia a la hora de aplicar a los procesos de producción los avances tecnológicos. El informe contenía una lista de los productos y de los equipos que se habían desarrollado en años anteriores y que aún no estaban en funcionamiento. De nuevo, las pérdidas derivadas de esta situación eran espectaculares.

Por su parte, la Comisión de Control Popular había investigado a un gran número de empresas industriales y añadió su grano de arena a esta letanía de quejas. En concreto, había descubierto que el plan estipulaba invariablemente unos costes de producción exagerados, que no tenían en consideración el hecho de que los costes de los años anteriores, que servían de punto de partida, ya estaban inflados como consecuencia del derroche, de la mala gestión, de la sobreproducción y del mal uso de las posibilidades de producción. La comisión no se arredró a la hora de referirse al derroche o a la ineficacia de las empresas, pero cabe destacar la «elegancia» de las recomendaciones a los ministerios que devoraban recursos, pues se limitaba a llamar la atención de éstos sobre la necesidad de planificar «más cuidadosamente» una reducción de los costes de producción. Pero ¿acaso tenían algún incentivo para hacerlo?

Como solía suceder cada vez que se creaba una comisión de control o un grupo de trabajo para que analizara un problema, se obtenía una imagen sumamente caótica que dejaba traslucir que nada funcionaba como era debido. Es preciso, por lo tanto, que quede claro que muchas empresas funcionaban relativamente bien; de lo contrario, el sistema se habría hundido mucho antes. Sin embargo, se acercaba a un punto crítico en que el «derroche» estaba a punto de provocar una aberración histórica: un sistema que tuviera más costes que bienes producidos.

Si el edificio seguía en pie mal que bien, ello se debía a los fabulosos recursos de que disponía el país. Hete aquí otra paradoja: un país muy rico con un consumo muy bajo. La comisión sugirió, en definitiva, que todo el mundo debía apretarse el cinturón. De hecho, el problema no radicaba exclusivamente en el despilfarro. No menos sorprendente era el hecho de que el sistema de planificación perpetuara, o incluso exacerbaba, la ineficacia y el derroche en el proceso de producción, cuando por definición debería haberlo evitado.

Llegados a esta situación, ya no servían para nada las medidas puramente económicas o tecnológicas. Algunos expertos consideraban que había que identificar las trabas que dificultaban el desarrollo económico en el costoso sector armamentístico, ya que, según los cálculos del Gosplan, el 40 por 100 de la maquinaria producida en la URSS estaba dedicada a «proyectos especiales». ¿No era ya hora de que contribuyera a insuflar oxígeno en el sector civil? Pero esto no era sino otra quimera. En el complejo militar-industrial, el progreso tecnológico derivaba del derroche y del desprecio más

absoluto hacia las consideraciones económicas, una situación que se veía agravada si cabe por el excesivo secretismo, y por el poder desmesurado de este sector. Cualesquiera que fueran sus logros, y eran muchos aunque no salían de las «ciudades cerradas», pozos sin fondo de los que no se obtenía nada a cambio, los beneficios económicos indirectos para la industria civil eran inexistentes.

Por otro lado, el sistema de «planificación» soviético, basado en unos objetivos casi exclusivamente cuantitativos, no logró crear una correlación lo suficientemente elaborada entre dichos objetivos y el sistema de incentivos, ni tampoco garantizar el equilibrio entre los principales factores socioeconómicos que favorecían el progreso científico y técnico y la satisfacción de unas necesidades sociales cambiantes y crecientes. Los planificadores soviéticos eran perfectamente conscientes de que las economías occidentales más avanzadas habían logrado trazar estas interrelaciones, cuando menos, las más de las veces. Sobre el papel, los despachos del Gosplan tenían la fórmula para superar a Occidente, y parecía que las cosas habían marchado bien en los primeros años del régimen y durante la guerra. En el fondo, sin embargo, todo eso indicaba únicamente que las patologías habían sido tolerables durante un tiempo. Con una economía creciente y cambiante, los mismos métodos de planificación de siempre eran una losa, y no hacían sino perpetuar, e incluso agravar, los problemas. El sistema de planificación vivía ajeno a la realidad y se hundía junto con todo el modelo socioeconómico del Estado.

De ahí que, para Kosigin, la tarea no se debía limitar a lograr que cada agencia, ya fuera industrial, comercial, etc., se apretara el cinturón. La tarea que tenía ante sí era, ni más ni menos, hercúlea.

EL PROBLEMA DE LA MANO DE OBRA Y DE LA DEMOGRAFÍA

Un indicador útil para evaluar y entender el crecimiento de los años sesenta y la crisis de los años setenta se halla en el cúmulo de factores que, por sorprendente que parezca, dieron lugar a una pérdida creciente de puestos de trabajo.

Como vimos en la segunda parte, a partir de las investigaciones llevadas a cabo por el Gosplan, el principal problema en 1965 se debía a una distribución geográfica distorsionada del trabajo: en algunas zonas había un excedente de oferta, pero era difícil convencer a los trabajadores para que se trasladaran a ellas; en otras, no había oferta y era difícil salir adelante.

Conforme pasaban los años, fue haciéndose más y más evidente que los métodos de planificación no habían evolucionado lo suficiente después del modelo original de los años treinta, y que seguían basándose en las grandes inversiones y en confiar en la capacidad del sistema para movilizar a grandes contingentes de mano de obra cuando fueran necesarios y allá donde lo fueran. Los sistemas de planificación y educación debían, en primer lugar, formar a una cantidad considerable de personal cualificado —técnicos y especialistas de alto nivel, así como investigadores científicos—, y salieron bastante bien parados de esta tarea. Sin embargo, a partir de 1968, surgió un problema totalmente diferente: la sombra de una escasez total de puestos de trabajo, que afectaba a todas las categorías y sin una perspectiva real de solución.

¿Cómo se puede explicar esta situación en un país de 270 millones de habitantes, una población mayor que la de Estados Unidos, y con una economía y unos ingresos nacionales mucho menores? El informe que hemos resumido en el capítulo anterior revelaba que el «despilfarro» era uno de los factores principales. Las causas que lo habían hecho posible también

perjudicaban a la productividad y provocaban que la única manera de lograr un crecimiento fuera por medio de una inyección de grandes sumas de capital, lo que derivaba en una expansión cuantitativa, una fórmula que, en un plazo más o menos corto, solamente podía conducir a un callejón sin salida a menos que se tomaran medidas. Algunos comprendieron la situación en un momento en que la economía soviética todavía parecía gozar de una buena salud razonable. El plan no podía garantizar la correspondencia entre objetivos de inversión, producción y una oferta laboral adecuada. Disponían de las cifras acerca de la cantidad de trabajadores necesarios, pero el Estado carecía de una política coherente y de las medidas para garantizar que esos puestos se ocuparan. Para ello, a su vez, habría sido necesaria una política social adecuada. En el pasado, la necesidad de mano de obra se había solventado con el desplazamiento espontáneo de los trabajadores o a través de su movilización, pero estos mecanismos ya no funcionaban, y todo se complicó más si cabe a causa de factores demográficos.

La articulación de los factores relevantes en una situación en la que se había vuelto imposible «movilizar» a la mano de obra fueron objeto de análisis, en 1968, por parte de un experto, ante un público escogido formado por funcionarios de primer orden. El ponente, E. V. Kasimovski, estaba al frente del Instituto de Investigación del Gosplan de la Federación Rusa, y su charla llevaba el título de «Problemas del trabajo y condiciones de vida»^[1]. Aquella presentación, ampliamente documentada, se ocupaba de los problemas del trabajo, de la productividad y de la distribución geográfica de los recursos laborales. A continuación, citaremos algunos puntos importantes.

En los últimos años, los grandes centros urbanos habían experimentado escasez de mano de obra, del orden de decenas de millares de trabajadores, no sólo en Leningrado, sino también en Moscú, Kuibishev, Cheliabinsk y Sverdlovsk. La situación era peor si cabe en Siberia. «Nos encontramos ante una nueva etapa —dijo Kasimovski—. Nunca antes habíamos presenciado algo así». Es cierto que las previsiones demográficas alimentaban las esperanzas de que, durante el siguiente plan quinquenal, se produjera un influjo importante de jóvenes que accederían al mercado laboral, pero también presagiaban la posterior caída de este aumento. Entre 1961 y 1965, ingresaron en el mercado laboral 2,6 millones de jóvenes; el plan de 1966 a 1970 preveía la llegada de otros 4,6 millones, y de 6,3 millones en el período comprendido entre 1971 y 1975. Pero las cifras disminuían hasta los 4,6 millones en el plan de 1976 a 1980.

A este descenso en la cifra de jóvenes que ingresaban en el mercado laboral, había que añadir la introducción de la educación secundaria obligatoria, que eliminaría de las cadenas de producción a los chicos de catorce y quince años. En 1965, la Federación Rusa contaba con 287.000 trabajadores de esa edad, y en 1970 aún habría 263.000. La cifra, sin embargo, cayó hasta los 130.000 en 1980.

Evidentemente, los factores demográficos planteaban una nueva barrera. La reducción prevista en el número de jóvenes que iban a pasar a formar parte de la población activa se podía atribuir al descenso en la tasa de natalidad, especialmente pronunciado desde el inicio de los años sesenta. En 1950, dicha tasa era aún de 27 nacimientos por cada 1.000 habitantes, pero en 1967 no superaba los 17 por cada 1.000 (la cifra en la Federación Rusa era de 14,5 por cada 1.000). Pese a la caída en la tasa de mortalidad durante esos mismos años, el descenso de nacimientos redujo considerablemente el crecimiento natural de población, que pasó del 17 por 100 en 1950 al 10 por 100 en 1967 (y a una cifra inferior al 8 por 100 en Rusia). Los índices de natalidad cayeron en las doce repúblicas soviéticas, y especialmente en Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Moldavia y Kazajistán. El fenómeno era preocupante sobre todo en las dos metrópolis de la Unión Soviética: entre 1960 y 1966, la tasa de natalidad en Moscú pasó de 7 por 1.000 al 2,2 por 1.000, y en Leningrado, del 6,4 por 1.000 al 3 por 1.000. Según algunas estimaciones, la tasa de mortalidad de Moscú en 1972 sería un 3 por 100 superior a la de la natalidad, y un 2 por 100 superior en el caso de Leningrado en 1973. En el año 2000, las muertes superarían en 2,5 veces a los nacimientos, lo que equivalía a un descenso de población de varios cientos de miles de personas.

En el conjunto de la Unión, la caída de los índices de natalidad era superior en las ciudades que en el campo, aunque había aparecido una nueva tendencia: la tasa de natalidad global de la Federación Rusa, donde vivía una cuarta parte de la población rural de la URSS, era menor en las ciudades. De las setenta y una unidades administrativas de la Federación Rusa, dieciocho tenían una tasa de natalidad inferior a la de las ciudades. En zonas como Nóvgorod, Pskov y Kalinin, estos índices eran también inferiores a los de mortalidad.

El índice de reproducción de la población había caído en picado. En el conjunto de la URSS, pasó de 1,4 en 1938-1939 a 1,12 en 1968, una cifra menor a la de los principales países capitalistas: en Estados Unidos era de 1,56; en Canadá, 1,13; en Francia, 1,38, y en el Reino Unido, 1,44.

En la Unión Soviética —y también en la Federación Rusa—, las mujeres tenían una media de 2,6 hijos (1,9 en las ciudades y 3,3 en el campo). Los estudios de la Oficina Central de Estadística mostraban que, para que la población se reprodujera a un ritmo normal, era necesaria una media de 3 hijos, lo que significaba que la población urbana había dejado de reproducirse, y solamente crecía gracias a los alumbramientos en las zonas rurales.

El descenso de los índices de natalidad de la URSS fue más rápido que el que experimentaron el resto de países socialistas y los países capitalistas. ¿Qué efectos tendría en la mano de obra? Algunos demógrafos afirmaban que no suponía ninguna amenaza para las condiciones de vida. Sin embargo, Kasimovski no estaba de acuerdo: si se mantenía esta tendencia, las condiciones de vida de los trabajadores se resentirían.

La densidad de población en la URSS seguía siendo baja (32 habitantes por kilómetro cuadrado), y era mucho menor aún en Siberia. La disminución del índice de natalidad reduciría también el aumento de la densidad de población y, por lo tanto, la posibilidad de poblar Siberia, uno de los grandes problemas a los que se enfrentaba el país. Si la tasa de natalidad no repuntaba, se produciría un estancamiento o incluso un empeoramiento de las condiciones de vida, que ya eran bajas de por sí.

LAS CAUSAS DEL DESCENSO EN EL ÍNDICE DE NATALIDAD

Los nacimientos habían disminuido durante la guerra y la situación aún no se había enderezado. La estructura de la población en lo que a género y edad se refiere había cambiado. En primer lugar, existía una disparidad entre hombres y mujeres, pero también había un vacío en los grupos de edad de 30 a 50 años. En 1959, la proporción de mujeres y hombres en el grupo de edad de los 20 a los 24 años era de 106 mujeres por cada 100 hombres en las ciudades y de 98 por cada 100 en el campo. En 1967, las cifras eran de 98 por cada 100 en las ciudades y de 95 por cada 100 en el campo. La situación prácticamente se había equilibrado en las ciudades, pero había empeorado en el campo. En el grupo de edad de 25 a 29 años, en 1959 había más mujeres que hombres en las ciudades, y la situación era peor si cabe en 1967. En el campo, la proporción era de 131 mujeres por cada 100 hombres. Estos desequilibrios constituían un serio problema en términos de disponibilidad de mano de obra

y de demografía, y tuvieron un impacto considerable en los índices de natalidad y de reproducción de la población.

Otro factor fue el marcado aumento en el número de mujeres que trabajaban en tareas de producción (19 millones en 1950 y unos 40 millones en 1968). La proporción de mujeres que trabajaban en el terreno de la producción en la Federación Rusa se duplicó, pero el índice de natalidad entre las mujeres trabajadoras (con independencia de su categoría) era entre un 30 y un 40 por 100 inferior al de las mujeres que trabajaban en casa o que cultivaban la parcela familiar. La razón principal era la mayor dificultad que encontraban las mujeres trabajadoras para dejar a sus hijos a cargo de alguien. Muchas no tenían parientes que pudieran ayudarlas, y no podían permitirse contratar a una niñera, y en muchas ciudades no había plazas en las guarderías o en los jardines de infancia. Pero tampoco podemos olvidar un tercer factor: muchas mujeres, varios millones, desempeñaban trabajos muy exigentes y manuales: minería, construcción de máquinas, metalurgia... Kasimovski reconocía que había llegado el momento de revisar la lista de trabajos aptos para las mujeres para que pudieran trabajar y ocuparse de sus hijos. A todo esto se añadía otro factor: el control de la natalidad (el número de abortos superaba al de nacimientos).

En el primer trimestre de 1968, el Instituto de Investigación del Gosplan de la Federación Rusa, el Ministerio de Sanidad, el Ministerio de Finanzas y la Oficina Central de Estadística estudiaron los motivos del descenso de la tasa de natalidad en trece grandes ciudades y en diez regiones rurales en Bashkiria, Krasnodarskii krai, Kaliniskaia y Pskov. Las respuestas de las 1.600 mujeres a las que se preguntó por las causas que las habían llevado a abortar confirmaron los resultados de un estudio anterior realizado a 26.000 mujeres: el 22 por 100 afirmaron que no querían tener un hijo porque carecían de una vivienda adecuada, y la situación no haría sino empeorar con la llegada del pequeño; el 18 por 100 adujeron la dificultad para encontrar una guardería; el 14 por 100 creían que sus ingresos eran insuficientes y que se reducirían con la criatura. Estas tres respuestas representaban la mitad de las razones expuestas.

Aunque había aumentado la construcción de viviendas, la situación no era aún óptima en muchas ciudades. También había crecido la oferta de plazas en las guarderías y los jardines de infancia, pero sólo servían para satisfacer la mitad de la demanda. Asimismo, a pesar del aumento del salario mínimo en 60 o 70 rublos mensuales, los ingresos de los hogares seguían siendo

demasiado bajos, especialmente en el caso de las familias monoparentales, un fenómeno bastante común. Sólo un porcentaje reducido de la población se beneficiaba de los subsidios, y únicamente a partir del nacimiento del quinto hijo podían aspirar las mujeres a unas ayudas más sustanciosas. En 1967, tan sólo 3,5 millones de mujeres recibían los subsidios familiares. De estas, 2,1 millones tenían cinco o más hijos. Muchas mujeres abortaban por motivos de salud, a menudo a causa de las duras condiciones laborales. Comoquiera que el período de convalecencia después de un aborto no estaba remunerado, muchas regresaban de inmediato al trabajo, lo que daba lugar a complicaciones y podía llegar a provocar esterilidad.

La tasa de natalidad también se vio afectada por el aumento de la inestabilidad en las relaciones conyugales. En los últimos años, el número de divorcios se había disparado, especialmente en el campo. En 1960, la cifra de matrimonios por cada divorcio era prácticamente de 9 a 1; en 1966, la proporción había disminuido hasta 3 a 1.

En las conclusiones del informe, Kasimovski indicaba que, unos meses antes de la investigación, se había creado un observatorio para el estudio de la población en la Universidad de Moscú (todavía no habían vuelto a inaugurar un instituto de la Academia de Ciencias que ya existía antes de la guerra). El gobierno y el Comité Central recibieron un pliego con diferentes medidas para aumentar la tasa de natalidad y un estudio sobre la cuestión.

Podemos atribuir algunos de estos problemas a las condiciones de vida en la URSS. Un autor como Mironov sería partidario de detectar ahí los efectos de la modernización, evidentes en todas las sociedades urbanas, pero ello nos llevaría a subestimar algunos efectos deletéreos de la modernización, teniendo en cuenta las condiciones soviéticas. Por lo tanto, debemos concluir esta imagen injustificadamente positiva llamando la atención sobre los peligrosos efectos secundarios que Mironov pasó por alto.

¿EXISTÍA UNA RESERVA DE MANO DE OBRA?

El descenso de la tasa de natalidad no era lo único que explicaba el problema de la mano de obra. Cada vez era más difícil disponer de la reserva de mano de obra que representaban las personas que seguían trabajando en casa o que se dedicaban al cultivo de sus parcelas. En 1960, el porcentaje de población que se dedicaba a estas actividades representaba entre una cuarta y una quinta

parte de dicha reserva (en el caso de Rusia, un 19 por 100). En 1970, sin embargo, ya no superaba el 8 por 100. Asimismo, conviene distinguir entre quienes trabajaban en ese sector y quienes realmente formaban parte de la reserva. De hecho, únicamente la mitad de quienes se dedicaban a esas actividades aceptaban la idea de trabajar fuera de su hogar, y la mitad ponían condiciones. Asimismo, el método empleado para calcular esa mano de obra potencial era defectuoso y provocaba distorsiones. En la Federación Rusa, entre 1960 y 1965 se había contratado a 5.700.000 personas para trabajar en la administración del Estado, pero la cifra total para el siguiente plan era de un millón. Las previsiones para el posterior indicaban que el máximo estaría alrededor del medio millón, y que el número de personas que trabajarían sus terrenos aumentaría espectacularmente. También es cierto que la variación regional era considerable y que, dicho sea de paso, la mayoría de los que trabajaban en casa o en sus aledaños, cultivando la tierra o criando animales, eran mujeres.

Todo eso demuestra, por lo tanto, que la reserva de mano de obra estaba prácticamente agotada. Seguía habiendo aquí y allá algunos recursos locales, pero era difícil aprovecharlos. Mucha gente prefería trabajar en casa, ya que parecía más factible mejorar así sus condiciones de vida.

Otra posible fuente de mano de obra eran los pensionistas. La población envejecía, y la proporción de jubilados aumentaba. En muchas zonas en que escaseaba la mano de obra, se habían desarrollado diferentes servicios sociales para atraer a este grupo, pero se trataba de una fuente limitada. En 1965, la economía estatal daba trabajo a 1,9 millones de jubilados; las previsiones hablaban de unos 2 millones en 1970 y de 2,5 millones en 1980.

Las autoridades eran conscientes de que el desarrollo no dependía tanto de la reserva de mano de obra como de la mejora de la productividad de los trabajadores. Sin embargo, este indicador también estaba en crisis si se analizaba a largo plazo. La productividad había aumentado anualmente un 7,7 por 100 entre 1951 y 1960, pero únicamente un 5,6 por 100 entre 1961 y 1965. En 1962, se experimentó una recuperación temporal, que situó el índice en el 6 por 100. En 1967, sin embargo, volvió a producirse una caída de resultados del descenso acentuado en el crecimiento de la agricultura. El índice de crecimiento de algunos de los principales sectores industriales seguía siendo elevado, pero el conjunto del país estaba aún muy por detrás de los principales países capitalistas. En Estados Unidos, la productividad era 2,5 veces superior en la industria y en el sector servicios, y 4,5 veces superior en

la agricultura, según las cifras de la Oficina Central de Estadística Soviética. Los expertos hicieron sonar las alarmas: si no aumentaba la productividad, la URSS ni siquiera podría alcanzar a Occidente en el año 2000. Mejorar aquel indicador crucial se convirtió en una necesidad imperiosa, y había que dar con las medidas para lograrlo.

POBLACIÓN Y MIGRACIONES LABORALES

Era fundamental espolear la especialización y la cooperación entre las empresas y los sectores industriales. Moscú y Leningrado tenían que encargarse de tomar las decisiones necesarias en este sentido, pero pasarían años antes de llevarlas a puerto y de que empezaran a dar sus frutos. Lo más urgente era movilizar las reservas de mano de obra. Sin embargo, la distribución geográfica de las mismas planteaba un problema adicional. De los 128 millones de habitantes de la Federación Rusa (nos restringiremos a ellos aquí), tan sólo 25 millones vivían en las regiones orientales (básicamente, los Urales y, sobre todo, Siberia). Este desequilibrio condicionaba el desarrollo económico de esas regiones, que habrían tenido que experimentar el mayor crecimiento dado que era donde se concentraba la mayoría de los recursos naturales. Para lograr los objetivos fijados, había que trasladar a 2,6 millones de personas (el período al que se refieren parece ser el de 1968 a 1980). Sin embargo, durante los últimos quince años, los movimientos de población se habían producido en sentido contrario. La gente abandonaba Rusia y se dirigía a otras repúblicas, a un ritmo medio de 200.000 personas cada año, aunque la cifra en el caso de las repúblicas orientales era incluso mayor. Entre 1950 y 1960, Rusia había perdido 2,8 millones de habitantes, que se habían desplazado a otras repúblicas. Más inquietante, sin embargo, era el hecho de que en la propia Rusia sus habitantes estuvieran marchándose de aquellas zonas donde apenas había mano de obra y se desplazaran a regiones que sufrían un excedente de trabajadores. Lo que les atraía del norte del Cáucaso o de Stavropol, por ejemplo, era un clima más agradable y que la cría de animales a pequeña escala estaba más desarrollada.

También el campo era víctima de sus propias miserias. La productividad era ahí entre cuatro y cinco veces inferior a la de Estados Unidos, aunque se registraban variaciones regionales. El desequilibrio de género y edad en la población rural se agravaba. Las migraciones hacia las ciudades eran importantes e imprevisibles, y el dato era tanto más alarmante cuanto que el

73 por 100 de quienes emigraban tenían menos de veinticinco años. De ese porcentaje, el 65 por 100 eran mujeres. La proporción de jóvenes de entre treinta y cuarenta años entre la población rural disminuyó, mientras que cada vez había más gente mayor o personas impedidas para el trabajo. Y precisamente la gente que se marchaba era fundamental para que el campo pudiera aprovechar la creciente mecanización y la electrificación de la agricultura. En 1968, tan sólo había un hombre apto por cada dos koljoses. La media de edad de un trabajador de un koljós era de cincuenta años, y muchos trabajaban una vez superada la edad de jubilación.

Como se ve, el panorama era desolador. La tipología cronológica, peligrosamente distorsionada, y la suma del descenso de la productividad y de la huida de la gente a las ciudades estaban dejando exangüe al mundo rural, y aquella fuente de mano de obra tradicional y que hasta entonces había parecido inagotable dejó de ser capaz siquiera de poder atender sus propias necesidades. Más que buscar mano de obra, parecía que anduvieran detrás de las sobras. Entre quienes preferían trabajar sus parcelas (sobre todo, mujeres), muchos únicamente aceptaban empleos a tiempo parcial fuera del hogar, pero su número también disminuía rápidamente; por no hablar del hecho de que los trabajos que los alejaran de sus terrenos (especialmente, en el mundo rural) provocarían una caída inmediata en la producción de alimentos.

Si bien tal vez no podamos calificar esta situación como de crisis, lo cierto es que en el horizonte se dibujaba la sombra de una regresión. Los documentos que hemos presentado en la segunda parte indican que, según los expertos del Gosplan, los augurios para el plan quinquenal de 1971 a 1975 no eran, ni mucho menos, buenos.

Conforme la mano de obra se fue convirtiendo en un bien escaso, se produjo una proliferación de estudios, investigaciones y conferencias. El flujo de textos que iban del Gosplan al Comité Central y del Comité Estatal de Trabajo al Consejo de Ministros era continuo. Un experto habló claro: «Tomando el país en su conjunto, creo que prácticamente nos hemos quedado sin trabajo». Cuando recordamos que, en esa misma época, muchas empresas, por no decir todas, estaban superpobladas de trabajadores, el carácter absurdo de este callejón sin salida en que había acabado el problema de la mano de obra, por no hablar de otros aspectos del sistema económico, debería haber servido para que, en la cúpula, hubieran saltado todas las alarmas. Y, sin embargo, a pesar de todo el flujo de información y de todos los análisis, que dibujaban un panorama gobernado por una mala gestión monumental y que

presagiaban que aquel presunto superestado se aproximaba a pasos agigantados a un *cul de sac*, no se observó el menor sobresalto. El Politburó se limitaba a dictar un sinfín de resoluciones en las que conminaba a la población a ser más eficaz.

Ha llegado el momento de volver a ocuparnos de quienes gobernaron (todavía no hemos dicho «poseyeron») los sectores de la economía y los servicios. Es imposible abordar cualquier aspecto de la sociedad, la economía o la política soviéticas sin toparse constantemente con el estamento administrativo, ya sean burócratas del Estado, *apparatchiks* del Partido o ambos, a causa de las íntimas relaciones que mantenían los dos grupos. Volvemos a hablar, por lo tanto, de este fenómeno, y empezaremos refiriéndonos a las conclusiones de la Comisión contra el Despilfarro^[*], cuyo cometido alcanzaba a la burocracia.

La historia de las instituciones del Partido y del Estado está plagada de estructuraciones y reestructuraciones: se creaba un órgano que posteriormente se escindía, era abolido y volvía a surgir. Sin embargo, en los últimos quince años del régimen hubo una gran estabilidad en este sentido. La disolución de más de un centenar de ministerios industriales de un plumazo por parte de Jrushchov fue la iniciativa antiburocrática más espectacular y la única de semejantes proporciones. Y no está de más repetir que todos resurgieron en 1965. El problema institucional al que nos referimos, un rasgo del sistema en sí mismo, consistía en una suerte de jugueteo incesante, una especie de «neurosis burocrática» de la que el sistema se curó cuando contrajo otra enfermedad. La administración tenía mucho peso, su influencia había aumentado considerablemente y buscaba la manera de doblar el poder despótico del Politburó. La neurosis burocrática era una manera de huir de las reformas reales, en virtud de la idea, tan apreciada por Stalin, de que bastaba con «corregir» a los administradores.

Conviene dar una explicación. No es una tarea sencilla trazar los caprichos del sistema administrativo^[1]. Aunque la burocracia y sus redes administrativas habían sido agentes de primer orden en la historia soviética, no se ha profundizado lo suficiente en el papel que desempeñaron, y su

estudio nos lleva hasta el corazón mismo del sistema, demostrando así que los burócratas que llevaban las riendas del Estado prácticamente llegaron a ser sus dueños. Los cambios en la estructura, en la imagen que tenían de sí mismos y en su estatus no sólo deben ser examinados a la luz de los parámetros de la historia administrativa, sino también desde una óptica política, a diferencia de la opinión generalizada que afirma que era el Partido quien ejemplificaba los principales rasgos políticos del sistema. Con Stalin, la burocracia ya era un gobernante indispensable más, aunque inestable y frágil a la vista de la relativa juventud de sus estructuras y de la novedad de las tareas que le habían sido asignadas. Asimismo, sus miembros eran «sospechosos» porque Stalin conocía y temía su potencial de consolidación, y sus ansias de poder. La situación cambió radicalmente en el período postestalinista: profundamente marcada en un primer momento por las tradiciones plebeyas y rurales del país, en los años cincuenta y sesenta la burocracia se convirtió en un fenómeno plenamente urbano dentro de una sociedad en pleno proceso de urbanización. En sus escalafones más altos, gozaba de un poder sólidamente establecido y firmemente anclado. Esta emancipación de la burocracia fue uno de los principales factores de este período. El Estado y la burocracia del Partido pusieron fin a las prácticas arbitrarias que habían hecho que su situación fuera tan precaria en tiempos de Stalin, y sustituyeron el estalinismo por un modelo plenamente burocrático que se hizo rápidamente con casi todos los puestos de poder estratégicos.

Debemos recordar en este punto la velocidad con la que se produjeron los cambios sociales en los años cincuenta y sesenta y la consiguiente alteración drástica del paisaje sociohistórico. La construcción de una burocracia aún frágil bajo Stalin, y su consolidación como estructura de poder monopolística en los años inmediatamente posteriores a su muerte, se produjo en una sociedad fundamentalmente agraria. Su posición monopolística en el seno del Estado y su reafirmación en el poder precedieron la transición definitiva a una civilización urbana. Se repetía aquí una vieja característica de la historia de Rusia, observada por Miliukov y reformulada por Trotski: la creación de un Estado fuerte precedía el desarrollo de la sociedad y permitía que el primero dominara a la segunda. Sin embargo, la etapa soviética también asistió al fenómeno inverso: las sucesivas oleadas de avances sociales a gran escala propiciaron nuevas características del sistema y toda suerte de fenómenos complejos, que intentamos desentrañar en esta obra.

El fenómeno burocrático sería mucho más evidente, sin lugar a dudas, si tuviéramos idea de sus dimensiones, su estructura interna y su poder. Ya

sabemos que no es tarea sencilla dar la cifra exacta de personas que trabajaban para el Estado y demás agencias administrativas, ya que dependía en muchos casos de los criterios que usaran quienes se encargaban del recuento, y más concretamente de la Oficina Central de Estadística. Posiblemente sean los datos procedentes del censo de agencias administrativas, de 1970, los más fiables. De la lectura de este material y de sus conclusiones se desprende el carácter complejo y tentacular del fenómeno. Aquí nos limitaremos a hacer una síntesis.

El censo se centró en el personal administrativo de todas las instituciones del Estado y desglosaba la cifra de trabajadores de las diferentes unidades administrativas, empresas y organizaciones de importancia. Cada administración republicana aparecía por separado, como sucedía con el gobierno local. Mencionamos esta abundancia de estadísticas únicamente para recordar a los lectores su existencia.

El centro de cálculo de la Oficina Central de Estadística explicó que, en aquella ocasión, había optado por incluir a todos aquellos que no estaban directamente implicados en actividades productivas. En aquellos casos que presentaban ambigüedades, señalaban las diferencias: por ejemplo, un ingeniero que trabajara en un taller no se consideraba miembro del personal administrativo; en cambio, sí lo era un ingeniero que trabajara en el departamento administrativo de la fábrica, salvo si se dedicaba a la planificación o al diseño. El estudio también incluía al personal auxiliar y de servicios, aunque figuraban en una categoría diferente, como también sucedía con los vigilantes, posiblemente porque estaban mejor remunerados que el personal auxiliar en sentido literal.

El 15 de septiembre de 1970, la fecha del censo, el aparato administrativo lo conformaban unos 13.874.200 trabajadores, o el 15 por 100 de la población activa (obreros y patronos). Los directivos (*rukovoditeli*) y sus ayudantes sumaban 4.143.400 personas, una cifra que englobaba a los trabajadores de las instituciones central, republicana y regional. La segunda categoría por orden de importancia era la de «experto jefe» y sus ayudantes, en la que figuraban los ingenieros, los técnicos o los agrónomos, que trabajaban en la administración: en total, 2.080.400 personas. Posteriormente, estaban los ingenieros-economistas, los economistas y los planificadores: 543.400. El resto eran contables, estadísticos, científicos informáticos, empleados de oficina y personal auxiliar.

El censo destacaba un tipo especial de institución: los ministerios centrales y sus equivalentes en las repúblicas, así como otras grandes agencias de un rango y una importancia comparables (comités estatales). Las organizaciones que pertenecían a este grupo daban trabajo al grueso de la población: 49.708.377 personas, entre trabajadores y patronos. Al frente de este contingente había 7.996.116 funcionarios, de los que 2.539.797 pertenecían a la categoría de directivos. En otras palabras, un tercio de los trabajadores eran «jefes»^[2].

Por encima de este grupo se hallaban los funcionarios titulares, centenares de personas al frente de instituciones gigantescas. Gracias a otra fuente, hacia 1977 había 32 ministerios en la Unión (25 de los cuales eran de índole industrial) y 30 ministerios de la Unión con órganos equivalentes en las repúblicas (10 de los cuales, de índole industrial^[3]), a los que debemos añadir unas 500 instituciones más, consideradas como «ministerios» pero que eran en realidad agencias gubernamentales en las repúblicas «autónomas», un dato importante para el estudio de las elites locales, aunque no se tratara del escalafón superior.

Antes del censo de 1970, se solía cifrar en 8 millones el número de personas que trabajaban en la administración del Estado, de los que 2,5 millones eran *nachal'niki* («jefes»). El censo sirvió para obtener una cifra más realista, 13 millones, de los cuales 4 millones eran *nachal'niki*. Los estadísticos distinguieron otra categoría más: los miembros del núcleo ministerial, que constituían la verdadera clase dominante. En este grupo figuraban seis comités estatales a escala de la Unión (Ciencia y Tecnología, Comercio Internacional, Meteorología, etc.), doce comités con dobles competencias (a escala de la Unión y de las repúblicas) y agencias como el KGB, el Gosplan, la Oficina Central de Estadística o el Ministerio de Finanzas, entre otras. Todos los funcionarios que estaban al frente de estas instituciones eran miembros del gobierno central.

A este núcleo duro, formado por los jerarcas de las aproximadamente ochenta instituciones de gobierno principales, debemos añadirle los miembros del Politburó, los responsables del aparato del Partido (a escala central y republicana) y los secretarios del Partido en las regiones y en las capitales; un grupo selecto de unas 1.000 personas, de las que poco menos de la mitad pertenecían al Comité Central. Todos estos personajes eran los actores principales, y eran conscientes de los intereses de los 2,5 millones de personas que los apoyaban. Si lo que nos interesa es la «elite dirigente», la cifra

relevante es la primera, 1.000; si, por el contrario, el objeto de nuestro estudio es la «clase dirigente», la cifra apropiada es la segunda, 2.5000.000. A este grupo pertenecían algunos intelectuales, científicos y artistas; varios de ellos formaban parte de la primera categoría, pero la mayoría figuraban en la segunda. Pero esto escapa a los límites de nuestros intereses inmediatos.

EL «ENTORNO» EN EL QUE SE FORMARON LOS DIRIGENTES

Al explorar la cantidad de archivos y documentos relacionados con el Politburó, el Orgburó y la Secretaría, no deja de sorprendernos la intensidad de los contactos entre los burócratas del Estado y los burócratas del Partido en cada aparato. Un director de fábrica, que también podía ser un burócrata, tanto en el sentido formal de la palabra como en el peyorativo, estaba diariamente en contacto con gente de otros grupos sociales, como trabajadores y técnicos. Los jerarcas, sin embargo, sólo veían a los trabajadores con motivo de las visitas oficiales. Por lo general, pronunciaban un discurso y los obreros aplaudían. La pobreza de esos contactos era normal a ojos de los dirigentes, como también lo era el hecho de que su entorno esté compuesto principalmente por burócratas y que todo el proceso político-administrativo girara alrededor de esta estructura. Dentro del aparato del Partido, desde el Politburó hasta las células, las cuestiones personales ocupaban la mayor parte del tiempo, junto con detalles económicos y administrativos de menor importancia. Las cuestiones generales eran el dominio de un grupo muy reducido de personas. Así era el entorno y la actividad en que estaban inmersos Molotov, Malenkov y Jrushchov, y ése fue el patrón que los cortó. Un conocimiento más profundo de los entresijos del poder demostraba su autoridad, y lo tres hacían gala de ella para impresionar a su público o a sus interlocutores.

No obstante, todos ellos carecían en última instancia de la capacidad para abordar grandes problemas, una tarea que, por lo general, recae en el líder. Dedicaban la mayor parte de su tiempo a resolver temas presupuestarios y salariales, y a firmar las decenas de miles de decretos que preparaban las diferentes agencias. Estas actividades no pertenecían a la esfera de actuación de la cúpula política en sentido estricto, sino a la del inspector quisquilloso que se engaña diciéndose que está al mando de la situación, cuando el auténtico poder consiste en aprehender realidades mucho más genéricas. Sus otras habilidades, como la sagacidad, la astucia o la capacidad para ganarse a

su entorno, estaban sobre todo al servicio de sus propios juegos de poder. Tras ellos, y tras su «pasión por el control», que consumía su destreza y sus esfuerzos, se intuye la decadencia de su poder político y la tan ansiada capacidad por manejar todos los hilos. Podemos decir, de paso, que en 1966 Brezhnev cerró una agencia estatal de control muy poderosa, cuyo coste de mantenimiento superaba la suma del presupuesto de los ministerios de Sanidad y de Cultura, sin otro propósito que contrarrestar la influencia de su responsable, Shelepin, un personaje de una ambición desmesurada.

La formación de los líderes en su entorno estaba estrechamente relacionada con el principio soviético de que la economía nacional era propiedad del Estado. Este adagio era la fuente del poder monopolístico de la burocracia y del único tipo de liderazgo que un Estado así era capaz de dar.

Los estratos administrativos, por su parte, experimentaron diversos cambios como consecuencia del proceso de urbanización por el que estaba atravesando el país. El nivel educativo, el profesionalismo, las condiciones de vida y los hábitos culturales eran factores que, necesariamente, tenían impacto en el funcionamiento interno de la burocracia y entre un cuerpo y el otro. Aunque no había desaparecido la impresión de que el secretario general era el líder supremo (¡y punto!), el sistema ya no era una autocracia de veras. El secretario general podía dominar el aparato del Partido, pero también dependía en gran medida de él, si bien el ejercicio real del poder y la puesta en marcha de las políticas, como ya hemos dicho, eran un toma y daca constante entre las diferentes agencias gubernamentales, proclives a manipular las líneas formales e informales de autoridad. Sus derechos, oficiales y oficiosos, siguieron creciendo, tanto que las objeciones que hacían, así como las contrapropuestas y sus exigencias se habían convertido en un componente más del procedimiento político y administrativo, y cobraron casi un estatuto constitucional del que apenas tenemos información. Por ejemplo, ya hemos visto que el centro era incapaz de obligar a los ministerios a cumplir con los procesos estipulados pues éstos actuaban, en muchos sentidos, movidos exclusivamente por sus propios intereses.

Comoquiera que no se podía hacer nada sin los ministerios y otras agencias por el estilo, los acontecimientos, o, para ser más exactos, las corrientes profundamente contradictorias que estaban en activo, obligaron a los gobernantes a adaptarse no sólo a una realidad social cambiante, sino también a la sociología de la burocracia misma. En este punto, podemos calificar algunos comportamientos característicos del mundo de la burocracia

como «rasgos del sistema». No en vano, era ya muy difícil distinguir el Estado de los miembros más importantes del personal administrativo.

La creación de estructuras complejas en este estrato es un fenómeno de primera magnitud. Como ya hemos visto, su cifra superaba los 2 millones de personas en 1970, ciñéndonos a los puestos de mayor responsabilidad, y el poder de éstos les permitía dictar las reglas del juego para satisfacer su sed insaciable por un estilo de vida más lujoso, más prebendas, más poder y para aumentar el umbral de tolerancia en relación con la corrupción. Eran el pilar sobre el que descansaba el régimen. Esto permite adivinar otra tendencia, que nos conduce a la fusión *de facto* de estos escalafones superiores del Estado y del Partido para formar un único poder. Los ministros más importantes eran miembros del Comité Central, y algunos (KGB, Asuntos Exteriores, Defensa) también formaban parte del Politburó. Paradójicamente, los procedimientos de la *nomenklatura* facilitaban esta fusión. Restaurada después de la guerra para poner en su lugar a aquel monstruo burocrático, no tardó en mostrar su otra cara, que apuntaba en la dirección contraria. Si toda la elite estaba integrada por miembros de la *nomenklatura*, todos ellos funcionarios de alto rango, aunque también solía haber funcionarios del Partido de alto rango, no carece de sentido plantearse quién controlaba a quién. La terrible realidad de la política soviética era que las riendas del Estado estaban en manos de las personas designadas por la *nomenklatura* y de los diferentes aparatos.

En tales circunstancias, ¿cuál era exactamente el papel del Partido o, más concretamente, de sus jerarcas? Evidentemente, era un aparato poderoso que se apoyaba en la maquinaria administrativa gubernamental para dirigir el país. Sin embargo, pensar que, porque la burocracia era su propia *nomenklatura*, la primera controlaba a la segunda es un error. El Politburó y su aparato también eran una administración en sí mismos y, del mismo modo, formaban parte de una burocracia mayor. La administración del Estado tenía jefes y trabajadores, y el Partido tenía jefes y trabajadores, de manera que insistir en que sus miembros no controlaban nada sería una frivolidad. Dado que este «Partido» tenía algunos rasgos curiosos, no está de más entrecomillar la palabra.

DE UN SISTEMA «UNIPARTIDISTA» A UN SISTEMA SIN PARTIDO

Por paradójico que parezca a primera vista, vamos a suponer que el «partido en el gobierno» no tuviera el poder. Parece irreal, pero la historia soviética está repleta de mitos y fraudes, denominaciones erróneas y delirios.

Expresiones tan contundentes como «colectivización», «dictadura del proletariado», «comunismo», «centralismo democrático», «marxismo-leninismo» o «vanguardia» apenas guardaban relación con la realidad, cuando menos las más de las veces.

Con el paso de los años, la orientación inicial del régimen hacia las clases trabajadoras y campesinas y las masas cedió su lugar a una orientación distinta: hacia la administración del Estado, sus «órganos» y las diferentes categorías de funcionarios. Este proceso global de «estatalización», en virtud del cual el Estado central se erige en una entidad absoluta, culminó con el culto al Estado, que representaba la actitud de las capas altas de la burocracia. En las charlas privadas, pero también en público, diferentes altos cargos del Partido declaraban que los ministerios del gobierno solamente se ocupaban de cuestiones sectoriales, mientras que el Partido abordaba los grandes problemas del Estado. Evidentemente, ésta era la respuesta que daban a los círculos ministeriales, que afirmaban a su vez todo lo contrario. Este toma y daca nos sirve para comprender mejor el significado de la «estatalización». Los funcionarios del Partido no se presentaban como las únicas personas capaces de representar los intereses de la sociedad: competían con otros burócratas en su afán por convertirse en los mejores portavoces del Estado y por reafirmar su importancia dentro de aquella estructura.

En los años treinta, la organización que se denominaba a sí misma el «Partido» ya había perdido su carácter político y se había transformado en una red administrativa, donde una jerarquía gobernaba al resto de sus miembros. El próximo paso consistió en privar incluso a esta criatura administrativa de su poder: en tiempos de Stalin, no tenía sentido hablar de un partido en el poder, porque sus instituciones no funcionaban, nadie se interesaba por la opinión de sus miembros y los raros congresos que se celebraban no eran sino una larga sesión de aplausos.

Es cierto que Jrushchov devolvió el poder sobre el Partido y el Estado al órgano más importante del Partido (el Comité Central) y a su aparato. Con todo, en nada cambiaron algunos de sus rasgos principales, ya que los miembros de base seguían sin tener derechos políticos y el Partido aún se regía de un modo jerárquico, y carecía de vida política. Con Stalin, el Partido había perdido el poder, que pasó a manos del líder supremo; después de Jrushchov, siguió perdiendo poder, esta vez a manos de la maquinaria estatal, que acabó absorbiendo al cúmulo de dirigentes, convirtiéndolos en sus portavoces y representantes, para siempre jamás. El proceso de

«estatalización» tan importante en el fenómeno soviético, y probablemente su principal característica cuando nos referimos al sistema político, llegó así a su última etapa. Cuando el sistema entró en una fase prolongada de «estancamiento», el Partido, incapaz de actuar y sin posibilidad de imponer medidas de largo alcance a los ministerios y demás agencias, se desmoronó junto con el resto del edificio.

En este punto, podemos formular algunas conclusiones iniciales: el «Partido» no siempre estuvo en el poder y, en un determinado momento, dejó de ser un partido político para convertirse en una agencia más, el enlace con la administración. Por ese motivo conviene entrecomillar el término «Partido». Podríamos ir más lejos incluso y aventurar que el sistema «unipartidista», que ha derramado ríos de tinta, acabó siendo un sistema «sin partido». Es perfectamente posible que, de haber existido en la URSS un partido comprometido con la vida política y capaz de asumir el liderazgo político, hubiera sorteado tan funesto destino y el país se habría librado de una crisis monumental. Pero, después de tantos años y de tantos cambios históricos, esta estructura política, basada en un aparato poderoso y en unos miembros que carecían de derechos, estaba apolillada, y no es de extrañar que se hundiera tan fácilmente, sin necesidad de un cataclismo.

¿Qué factores y qué circunstancias llevaron al sistema partidista a una existencia casi fantasmal, a pesar de la fascinación que provocaba, de tarde en tarde, la Staraia Ploshchad? La transformación del Partido en un aparato —un viejo fenómeno— propició su absorción inmediata por parte de las realidades burocráticas del Estado, que acabaron engulléndolo. El proceso se inició cuando el Partido se vio directamente inmerso en cuestiones económicas, entre otras, asuntos de los que presuntamente debían ocuparse los ministerios del gobierno. El personal ministerial consideraba, con razón, que el Partido doblaba sus esfuerzos en lugar de concentrarse en sus tareas. Un buen ejemplo de este problema es el conflicto entre Brezhnev y Kosigin, que casi ha pasado inadvertido, sobre quién debía ocuparse de la representación del país en el extranjero.

Ocupémonos ahora en la «crisis de identidad» del Partido, una fórmula empleada en la primera parte para hablar de las empresas reformistas del período comprendido entre 1946 y 1948. La reestructuración del aparato se produjo en 1946, y buscaba recuperar su identidad política dejando de intervenir directamente en la vida económica, según el argumento de que los ministerios «estaban comprando a los *apparatchiks*», que «el Partido había

perdido poder» y que debía regresar a sus funciones iniciales si quería recuperarlo. Dos años más tarde, sin embargo, hubo una nueva reestructuración impulsada por un razonamiento diametralmente opuesto: para poder interferir en los asuntos económicos y «controlarlos». La contradicción que planteó fue la siguiente: cuando el Partido se ocupaba de cuestiones políticas, perdía el control sobre la economía y la burocracia; cuando se sumergía en el control de la economía, y se inmiscuía en lo que hacían los ministerios, dejaba de cumplir con sus funciones específicas, cualesquiera que fueran. La segunda lógica se impuso, y permitió la absorción *de facto* del Partido por parte del coloso burocrático.

Conviene recordar que Trotski y Lenin —el primero, en una carta al Politburó inmediatamente antes del XI Congreso— ya habían abordado este problema, y habían advertido a los líderes bolcheviques que mezclarse directamente en los asuntos de las agencias económicas, en lugar de gobernar sirviéndose de ellas, daría alas a la burocratización del Partido, y aumentaría la irresponsabilidad de la administración. Trotski afirmaba que, así como habían declarado que los sindicatos no debían inmiscuirse en la planificación de la economía, sino que debían seguir siendo lo que eran, el Partido también debía seguir siendo un partido. Pero las cosas tomaron un rumbo diferente, tanto que llevaron a Bujarin a lamentarse, en 1928, ante lo que prácticamente era un *fait accompli*: «El Partido y el aparato del Estado se han fusionado, y es una calamidad». Después de la muerte de Stalin, esta tendencia se acentuaría aún más.

EL TRABAJO DE LA COMISIÓN CONTRA EL DESPILFARRO

El aumento de la escasez de puestos de trabajo provocó una respuesta del mercado casi «clásica». El trabajo es un producto, y comoquiera que la dependencia del Estado, su principal patrón, era mayor, y después de que hubiera desaparecido la opción de los trabajos forzados, tenía que buscar más alternativas para hacer frente a las carestías. De resultas de la interacción de los diferentes factores en liza, surgió un nuevo clima en las relaciones laborales, y se observaron nuevos patrones. Todo esto, sin embargo, no bastaba para curar la enfermedad que afectaba a la economía del Estado. El régimen aprobó más medidas para responder a las presiones y a las aspiraciones de los diferentes grupos sociales pero, a pesar de las recomendaciones urgentes que realizaron la Comisión contra el Despilfarro, el

Comité del Control Estatal y demás agencias, el régimen no logró consolidar el aumento de la productividad laboral, ni evitó que las empresas retuvieran puestos de trabajo y materias primas, ni pudo estimular la insignificante tasa de innovación tecnológica. Los gobernantes se enfrentaban a un dilema: por un lado, necesitaban desesperadamente crear trabajo y tenían que ganarse a los trabajadores, pero también tenían que hacer la corte a los órganos administrativos responsables de los trabajadores. La situación no era ni mucho menos sencilla, y no había otra salida que buscar una solución de «consenso», lo que obligó a negociar con los ministerios. Pero, como suele suceder con la burocracia, el resultado de las rondas fue que tuvieron que ceder y compartir su poder con ella. En el caso del trabajo, no se llegó a compartir el poder, aunque podríamos enumerar aquí, como ya hemos hecho, las muchas concesiones, mejoras y exenciones de derechos que se otorgaron, como sucediera con otros grupos sociales y de intereses. Esta nueva manera de llevar las riendas del Estado, que consistía en atender todas las presiones y darles respuesta, no aparece en ninguna de las obras de los teóricos del «totalitarismo», para quienes la dependencia seguía siendo total y unilateral. (En este caso, es difícil no sonreír ante las dificultades que esta situación les plantea: por definición, un régimen semitotalitario es tan inviable como una mujer embarazada a medias.)

Ésta fue, sin embargo, la principal novedad del período postestalinista y no cabe duda de que contribuyó a la vitalidad del régimen en los años sesenta. Pero es difícil reconciliar el hecho de que la burocracia que controlaba el Estado lograra, o más exactamente arrancara, más frutos que los demás, y llegara a una *entente cordiale* con la cúpula política, y a satisfacer los intereses de los trabajadores y demás grupos sociales. Toda esperanza de mantener la paz social y de proseguir con el desarrollo del país se vio frustrada a causa de una economía estancada y dada al derroche. La planificación burocrática modernizó la economía y el «trato» cerrado con la burocracia incrementó su poder, pero no mejoró su rendimiento. Los acuerdos informales con los burócratas no eran política, sino un paso más en una dirección que agravaba los males del sistema.

A estas alturas, los lectores ya se habrán hecho una imagen del mal funcionamiento del sistema y es probable que sientan curiosidad por saber qué soluciones propuso la Comisión contra el Despilfarro a los ministerios de gobierno y otras agencias. Para algunos conservadores, el camino que tenían ante sí estaba claro: el remedio pasaba por una mayor disciplina, «ley y orden», como decían en círculos políticos. Pero estaban equivocados.

Desde el principio, la historia de la administración del Estado había estado dominada por las interminables batallas del Politburó para contener, e incluso reducir, su crecimiento y aumentar su eficacia. La Comisión contra el Despilfarro, que había redefinido su cometido, pasando de la «eliminación del derroche» a una fórmula menos ofensiva, «el ahorro de recursos del Estado», se reunió con representantes de los ministerios de la Unión y de las repúblicas para preparar una borrador de propuesta que tuviera en consideración todos los datos y las informaciones que había recopilado cada una de las ramas. Su empeño por dar con fórmulas que permitieran recortar los gastos de la administración del Estado era digno de encomio. Hasta el momento, había sido prácticamente imposible reducir el creciente número de empleados de los cuerpos burocráticos, ya que cada máquina administrativa estaba controlada por las figuras más poderosas del régimen, y convencerlos para que aceptaran los recortes no era nada sencillo. Además, algunos miembros de la Comisión contra el Despilfarro (sus miembros constan en la nota 4) también tenían a su cargo departamentos administrativos de un tamaño considerable.

N. Rogovski, un reputado experto y responsable del departamento de trabajo del Gosplan, fue el autor del informe sobre las discusiones que se produjeron durante las sesiones de la comisión, y en las que realmente se libró más de una batalla^[4]. La comisión propuso inicialmente reducir los costes de la administración en 1.015 millones de rublos, pero después de largas y arduas negociaciones, se acordó una cifra algo inferior: 905,3 millones. Por su parte, los ministerios del gobierno de la Unión y de las repúblicas se plantaron en 644 millones. Se produjeron largas discusiones acerca de los gastos y del personal con cada ministerio por separado, aunque siempre acababa emergiendo el mismo patrón: en cada caso, la Comisión contra el Despilfarro hacía concesiones a propósito de los recortes exigidos, mientras la otra parte apenas se movía de su postura. Rogovski informó al gobierno de que la mayoría de los ministerios del gobierno de la Unión y de las repúblicas se opusieron a cualquier cambio, y preferían que las cosas se mantuvieran como estaban.

En cuanto al número de trabajadores estatales, otro de los puntos comprometidos, la Comisión contra el Despilfarro quería eliminar 512.700 puestos, una parte importante de la mano de obra administrativa total prevista en el plan de 1967, que habría permitido ahorrar 590 millones de rublos en salarios. Huelga decir que los ministerios afectados no querían ni oír hablar de la cuestión.

En defensa de los recortes presupuestarios que propuso al gobierno, Rogovski puso el acento en uno de los principales obstáculos a los que se enfrentaba la economía soviética: el problema de alcanzar el equilibrio entre los ingresos de la población y el abastecimiento de bienes de consumo. Para ello, sería de utilidad reducir los costes administrativos. No podemos, sin embargo, dejar de mostrar una cierta perplejidad: es evidente que eliminar medio millón de puestos de trabajo reduciría la suma total de ingresos monetarios, pero también lo es que quienes perdieran el puesto de trabajo pasarían a engrosar las filas de los pobres.

¿Qué sucedió? Hubo algunos recortes laborales, pero la mayoría de los funcionarios afectados acabaron encontrando trabajo como administrativos en otros lugares o incluso en los mismos ministerios. La esperanza que algunos alimentaban —que los funcionarios despedidos se dedicaran a trabajos manuales, donde la escasez de obreros era acuciante, sobre todo en las regiones remotas— se quedó en un sueño imposible.

Otra fuente valiosa a la hora de estudiar el universo burocrático es la Comisión de Control Estatal, que, en 1996, supervisó e hizo su propia contribución a la Comisión contra el Despilfarro de Baibakov, planteando una serie de propuestas para reducir los costes administrativos del Estado. Podríamos empezar señalando una sugerencia que estaba camuflada entre muchas otras: la abolición de las bonificaciones que recibían algunas categorías de altos funcionarios, lo que propiciaría un ahorro considerable. La Comisión de Control Estatal preparó una lista de las diferentes prebendas que se otorgaban los funcionarios, calculadas en rublos —en millones de rublos, evidentemente— para cada una de las categorías de «servicio». La lista habla por sí sola. Los funcionarios y los responsables de departamento recibían la denominada «dieta de salud», así como una paga equivalente al salario mensual para «necesidades sociales», con talones para estancias en sanatorios y casas de reposo a precios reducidos. Tenían a su disposición dachas, cuyo mantenimiento iba a cargo del gobierno. La Comisión de Control Estatal propuso acabar con estas prebendas y otras más insultantes con que se premiaba a los mandos militares y a sus familias, y estaba alarmada ante el aumento del personal administrativo (un 24 por 100 en los últimos cinco años), lo que elevaba el total de empleados a siete millones —no olvidemos que esta cifra se refiere al núcleo duro de la red ministerial—, y la partida salarial, a 13.000 millones de rublos. Este índice de crecimiento superaba el índice general de ocupación, y de haberlo reducido se habrían podido ahorrar fácilmente mil millones de rublos.

Un sector especialmente manirroto en términos de personal era el de las diferentes agencias de suministro que estaban a cargo de diferentes ministerios. La Comisión de Control Estatal dio algunos ejemplos, que no debemos obviar si queremos hacernos una idea de la realidad soviética.

Sin contar a quienes trabajaban en las tiendas y en los refectorios, los departamentos y directorios para el «suministro de los trabajadores» ocupaban a 36.700 personas, que recibían 40 millones de rublos al año. Habría sido posible cerrarlos y dejar que fuera la propia red comercial del Estado quien se ocupara del suministro.

El Comité Central y el Consejo de Ministros decretaron que un único sistema unificado, en fase de creación, se ocuparía del problema del «suministro de los trabajadores», con la esperanza de que fuera menos costoso y más eficiente. Sin embargo, varios ministerios se negaron a ponerse en manos de otras organizaciones y preferían conservar sus canales de suministro de comida, materias primas y máquinas, lo que permitía que siguiera habiendo almacenes y oficinas de suministro y de comercialización. Algunos comerciaban con productos de uso industrial general procedentes de otras empresas y los vendían a través de sus propias redes en otras regiones o repúblicas. Pongamos un ejemplo: el Ministerio de la Industria Química enviaba todo tipo de equipos y productos semiacabados desde su oficina de Sverdlovsk a Moscú, Kiev, Leningrado y Donetsk, a pesar de que estos artículos se podían encontrar en los almacenes locales de los organismos encargados de los abastos. Este sistema, que daba trabajo a millares de trabajadores prescindibles que se aprovechaban de un modelo irracional como aquel, era una fuente inagotable de toda clase de chistes (no necesitamos los archivos en este sentido).

Regresaremos a estas cuestiones de abastos y comercialización (*snaby-sbyty*^[*]), a la hora de hablar de una de sus consecuencias imprevistas. Pero antes echemos un vistazo a otros ejemplos de los «excesos» en que incurría la burocracia y que la Comisión de Control Estatal condenaba, entre los que cabe destacar los «viajes oficiales» (*komandirovki*) a Moscú —un millón anual— para seminarios o conferencias, o incluso (en el 50 por 100 de los casos) sin motivo ni invitación, que le costaban al Estado unos 600 millones anuales. La Comisión de Control Estatal propuso reducir estos viajes en un 30 por 100, aunque tampoco esto sería sencillo, ya que ir a Moscú y disfrutar de los placeres que ofrecía la ciudad era uno de los premios más codiciados. Otra práctica que había alcanzado unas proporciones intolerables era enviar a todo

tipo de intermediarios (*jodatye i tolkachi*) a cerrar los tratos y en busca de materias. Por lo general, la Comisión de Control Estatal lamentaba que las medidas y los esfuerzos que se habían hecho por reducir la «movilidad» burocrática no hubieran dado el menor resultado^[5].

Como ya hemos visto, a los funcionarios de la administración les gustaba regalarse tantos servicios y prebendas a costa del Estado como fuera posible. Y también les gustaban las fiestas. Incluso en los días de penuria de la posguerra, los funcionarios de más rango se lo habían pasado en grande. Pero en los años sesenta, las libaciones eran más pródigas, y las fiestas, más salvajes. Nadie trató de justificar en ningún momento que estuvieran al servicio del bien común. La cantidad de botellas vacías consumidas por los funcionarios a cargo del Estado hablaba por sí sola. El gobierno recibía con regularidad cartas de indignación que condenaban este estilo de vida, y saltó la señal de alarma. Se lanzó una campaña nacional para luchar contra el gasto ilegal de recursos del Estado en banquetes y recepciones, y se iniciaron investigaciones a gran escala que revelaron las dimensiones del problema. Cualquier ocasión era buena para dar un banquete —aniversarios, conmemoraciones, conferencias, visitas de dignatarios...— en el que se servía vodka, coñac y vino en cantidades generosas. Las agencias de finanzas y de control tenían material a discreción sobre estas juergas, y estaban al corriente de que los responsables y sus contables hacían pasar esos gastos como «gastos de producción», y de que los ministerios y los altos funcionarios hacían la vista gorda. El Consejo de Ministros preparó un decreto que fijaba que, en el futuro, los ministerios sólo podrían celebrar banquetes en ocasiones excepcionales, previa autorización del Consejo o de las autoridades locales de las repúblicas, y que en ellos se prohibía el alcohol. Toda infracción sería duramente castigada y los culpables tendrían que pagar la multa de su bolsillo.

El proyecto de decreto fue propuesto conjuntamente por el ministro de Finanzas, Garbuzov, y por el presidente de la Comisión de Control Estatal, Kovanov, después de haber presentado ante sus colegas de gobierno una «fotografía» de tales excesos. En 1968, 6.500 empresas y agencias gubernamentales, de alcance nacional, republicano o de distrito, fueron investigadas, y se descubrió que más de mil habían celebrado lujosos banquetes durante los que se habían consumido grandes cantidades de alcohol y se habían ofrecido regalos en honor de los presentes. En Izhvesk, doce empresas pertenecientes a diferentes ministerios habían gastado, cada una, miles de rublos en recepciones y fiestas. Entre octubre de 1967 y julio de

1968, en una de ellas consumieron 350 botellas de coñac, 25 botellas de vodka y 80 botellas de champaña, con un coste total de 3.100 rublos. En ocasiones, los banquetes se celebraban en restaurantes, citados en el documento junto con las facturas en las que constaba el precio de las bebidas^[6].

Como vemos, abundaba la información sobre el estilo de vida a cargo del Estado de los funcionarios, y los jerarcas buscaban la manera de poner fin a la situación. Sin embargo, no está del todo claro que las medidas que tomaron o propusieron tuvieran efecto. El decreto creó un vacío legal, pues autorizaba los banquetes en determinadas circunstancias, ya que era imposible prohibirlos por completo, y no nos cabe la menor duda de que en tales casos se concedía la autorización. Porque así era el sistema: todo funcionaba a través de contactos personales, intercambios de servicios, tratos, promociones...

Este rodeo era necesario para regresar a las masas de «suministradores» (*snabzbentsy*), para quienes las comidas en restaurantes, recepciones y fiestas formaban parte de su rutina. Era de dominio público que, para ellos, era impensable trabajar sin estos ágapes, y menos aún sin los sobornos. El KGB y las autoridades tenían algunas historias de lo más jugoso. Sea como fuere, las libaciones no eran sino el prolegómeno de toda una «cultura» de intrigas y corrupciones. Fue en las agencias de suministros donde nació esta cultura, y de ahí pasó a la administración, especialmente a las agencias económicas. Conforme vayamos avanzando, descubriremos la existencia de unos resortes sumamente poderosos en el sistema, que transformaron todo el universo burocrático soviético en el escenario de una obra totalmente diferente.

EL GOSSNAB: PERSONAL Y ACTIVIDADES (1970)

Cuando menos por su nombre, en todo el mundo se conocía la existencia de instituciones soviéticas como el KGB o el Gosplan. Sin embargo, con la salvedad de los expertos, nadie en el exterior hablaba del Gossnab. Para los economistas soviéticos y para toda la clase administrativa, el Gossnab (Comité Estatal para Abastos Materiales y Técnicos) era el motor del sistema económico. Al igual que el KGB y el Gosplan, el Gossnab era un órgano supraministerial, dirigido por el prestigioso economista y administrador V. Dimshits, que se había ganado los galones en el Gosplan.

En teoría, el Gosplan debía darle a la economía todo aquello de lo que precisara para funcionar. Sus almacenes, tiendas y despachos eran una suerte de Meca para los innumerables *tolkach* («emprendedores») y demás agentes de los diferentes ministerios, agencias y unidades de producción. Estos emisarios llegaban para cerciorarse de que el Gosplan les entregaría lo que se les había prometido con la intención de cumplir los objetivos del plan. Una de las situaciones que provocaba un mayor grado de ansiedad se producía cuando no se recibía todo lo estipulado, nada en absoluto o los materiales llegaban tarde. Y, comoquiera que el Gosplan solía andar escaso de bienes, los *tolkach* eran los encargados de reunirse con los funcionarios al frente del comité, cerrar tratos y lograr resultados.

Los principales economistas soviéticos veían la existencia de un suministrador centralizado a este nivel como una contradicción de términos. Incluso aunque fuera una agencia eficaz, el Gosplan, como el resto de agencias soviéticas, también sufría la escasez de productos entre otras deficiencias. Estaba en el ojo del huracán prácticamente para todo el mundo, salvo para quienes habían sido agraciados por el gobierno con prioridad a la hora de abastecerse (el sector armamentístico y otros pequeños proyectos de los jerarcas).

A pesar de ocupar un lugar de preeminencia en la jerarquía institucional soviética, el Gosplan tenía que plegarse a las mismas rutinas administrativas que el resto de órganos en cuestiones presupuestarias, de personal o de unidades estructurales. Un vistazo a estos procedimientos nos ayudará a entender el carácter de este aparato. Las negociaciones presupuestarias con el Ministerio de Finanzas no eran particularmente arduas, porque éste conocía la complejidad de las tareas del Gosplan y su importancia. El 8 de agosto de 1970, Dimshits aprobó la lista de personal del Gosplan y la envió al Ministerio de Finanzas para su registro, como mandaban los protocolos, para asegurarse el concurso del personal necesario y el presupuesto correspondiente. En los documentos figuraban la cifra de funcionarios de primer rango y sus salarios, la cifra de expertos y los diferentes departamentos especializados, junto con su esfera de actividad, porque todo debía ser aprobado por los auditores financieros. Gracias a esto sabemos que el Gosplan tenía 34 unidades que daban trabajo a 1.302 personas, entre las que había 286 en puestos de gestión y 10 en cargos directivos. El salario mensual de estos 286 puestos de trabajo era de 284.786 rublos. En una tabla anexa figuraba el salario de los 10 directivos (entre 550 y 700 rublos, más diversas prebendas sin concretar), o una cantidad mensual total de 5.300 rublos (en la

que no constaba el sueldo del responsable del Gosstab). En el otro extremo de la escala salarial encontramos a empleados que ganaban mensualmente 70 rublos y que no disfrutaban de ninguna prebenda.

Como ya hemos dicho, las negociaciones no eran difíciles. En este estadio, la posición de Dimshits seguía siendo fuerte. Los inspectores del Ministerio de Finanzas discutieron las mociones que aprobaban la dotación de personal fijada en 1.302 personas, aunque intentaron recortar el presupuesto y los salarios tanto como pudieron. Cuando Dimshits pidió un salario mensual medio de 219 rublos por administrador (el año anterior, había sido de 215 rublos), el Ministerio de Finanzas ofreció 214. Los representantes del Ministerio de Finanzas habían fijado una serie de reglas en relación con las categorías de los trabajadores (*nachal'niki*, «especialistas», «especialistas superiores»), y ponían pegasa a todo. No obstante, se mostraron de acuerdo con el número de funcionarios de alto rango solicitado: diez. A continuación, pasaron al examen de las actividades y de los departamentos del Gosstab (además de agencias de suministro, el Gosstab tenía fábricas, equipos de construcción y laboratorios de investigación). Las actividades de suministro se repartían entre los diferentes departamentos especializados: industria pesada, energía, metales, construcción o materiales, así como un departamento de importación-exportación y las agencias administrativas internas de costumbre^[7].

Necesitaríamos toda una página para listar los departamentos y las secciones de aquella impresionante organización. Daba trabajo a unas 130.000 personas, una cantidad no demasiado elevada si tenemos en cuenta las funciones que desempeñaba: garantizar que los materiales necesarios para el funcionamiento del país (maquinaria y equipos, materias primas, combustible, materiales de construcción y herramientas...) llegaran sin problemas al aparato productivo de la nación. Todo parece perfectamente razonable, hasta que descubrimos que, en la URSS, sólo había una agencia encargada de llevar a cabo lo que, en otras partes del planeta, estaba en manos de los mecanismos del mercado. Si el Gosstab hubiera hecho satisfactoriamente su trabajo, la URSS habría acabado siendo la alternativa al capitalismo que en ocasiones afirmaba ser, y el Gosstab y el Gosplan se habrían erigido en las dos catedrales del nuevo mundo. Tal vez convendría recordar aquí al lector que un buen socialista como Trotski explicó, en 1921, ante el Comité Ejecutivo del Komintern, que el socialismo era un proyecto a largo plazo y que quienes desearan hacerlo realidad algún día debían seguir las huellas de la economía de mercado.

Lo cierto es que, en el mundo soviético, ninguna otra agencia centralizada provocaba tantos efectos colaterales «descentralizados». El Gossnab, el supersuministrador, era, de hecho, uno de los aros por los que el sistema estaba obligado a pasar, porque era la causa de la escasez constante de determinados productos, así como la agencia que debía encargarse de reconducir la situación. Por lo tanto, no es extraño que todo el aparato económico reaccionara ante estas carestías, y ante la evidente incapacidad del Gosplan para garantizar las entregas, con todo tipo de mecanismos y prácticas y creando un sistema independiente de suministros y mercado, a la manera de los que tenían los ministerios y las empresas importantes. Aquel turbio universo de *snaby* y *sbyty* cobró vida por sí mismo, erigiéndose en uno de los rasgos principales de la vida social y económica. Ningún estudio de la realidad soviética puede ignorar este hecho, y es importante que no lo confundamos con el Gossnab.

No hay adjetivo más adecuado que «turbio» a la hora de describir esta plétora de operadores que se encontraban en las márgenes del sistema oficial. Con todo, si el régimen hubiera querido conocer la realidad de la situación (y aunque no deseara realmente saberlo), podría haberse dirigido a las agencias de inspección, que investigaban regularmente el sector o, mejor aún, a la Oficina Central de Estadística, que hizo un censo de estas organizaciones «comerciales» el 1 de octubre de 1970. Si bien no se puede afirmar que sea un documento exhaustivo, pues evidentemente no incluía a las agencias de suministros militares, las cifras que da son impresionantes. Las 11.184 organizaciones registradas en el tercer trimestre de 1970 daban trabajo a 722.289 personas, y la nómina total de esos trabajadores era de 259.503.700 rublos. La Oficina Central de Estadística también disponía de información sobre almacenes, inventarios y costes de transporte^[8].

El censo era incompleto porque no incluía al personal oficioso de estos órganos de *snaby-sbyty*. Los famosos *tolkachi* contaban en las nóminas como empleados de otras agencias administrativas o se les asignaban trabajos más o menos ficticios en diferentes empresas, aunque dedicaran la mayor parte del tiempo a reunirse con todo tipo de proveedores y tuvieran los recursos necesarios para «acelerar la situación», o se limitaran a conseguir los materiales necesarios, bien en términos de producción, bien en bienes de consumo. No era habitual hacerse con los suministros vitales sin dar un pequeño empujoncito, y ésa era precisamente la tarea de los *tolkachi*. El

Partido condenaba rotundamente sus actividades, aunque éstas prosperaban, porque sin ellos la economía se habría estancado definitivamente.

El censo tampoco podía hacerse eco de otra faceta más. Estos operadores, que estaban en posesión de grandes cantidades de recursos, solían mezclarse con traficantes del mercado negro, que pululaban por los almacenes de las fábricas, cuyas existencias no siempre estaban inventariadas. El ingente ejército de *snaby-sbyty* era el teatro donde se desarrollaban todo tipo de actividades y, por extensión, la economía en la sombra, tan vital a menudo como útil. Sea como fuere, éste era un aspecto irreal de la realidad soviética.

¿LUCES Y SOMBRAS?

Gregory Grossman ha sido un pionero en el estudio del fenómeno conocido como la «segunda economía», aunque otros, y los propios rusos, prefieran una expresión más misteriosa: «economía en la sombra», traducción literal del ruso, *tenevaia ekonomika*, que hace referencia a una realidad mucho más amplia y más compleja que la recogida en la fórmula «economía sumergida». Nos encontramos, sin lugar a dudas, ante una cuestión espinosa, y con una dimensión social, económica, legal, penal e incluso profundamente política. Los autores de un trabajo ruso serio, familiarizados con las publicaciones occidentales sobre el tema, a las que recurren, han enriquecido el debate llamando nuestra atención sobre diversas fuentes y estudios rusos, inaccesibles hasta la fecha^[1].

No es fácil definir qué es la economía en la sombra, pero el empeño por acotar el sentido de la expresión nos conduce a algunos aspectos también complejos y menos conocidos de la economía soviética. Para algunos académicos, hay que buscar las causas del fenómeno en el desequilibrio casi permanente entre la oferta y la demanda, y en el hecho de que el déficit en los bienes de consumo y los servicios provocan todo tipo de presiones inflacionistas. Según el economista húngaro Janos Kornai, la planificación burocrática propicia una escasez de capital y de bienes, y es ahí donde aparece la economía en la sombra como un factor de corrección parcial del corsé impuesto por una economía de escasez. Al tiempo que los salarios pierden poder adquisitivo, la población se ve en la obligación de dar con otras fuentes de ingresos, y muchos acaban por buscar otra actividad adicional, que se suma a su trabajo habitual para el Estado. Los expertos que han intentado evaluar el alcance de la economía en la sombra entre los años sesenta y los noventa consideran que, en ese período, su presencia se multiplicó por dieciocho, repartida, a partes iguales, entre la agricultura, el comercio y la hostelería y, por último, la industria y la construcción. En el caso de los

servicios, las principales actividades de la economía en la sombra eran las reparaciones de automóviles y las domésticas, los servicios médicos privados y las clases particulares.

I. G. Minervin, autor del capítulo que se ocupaba directamente del período soviético, no dudó en recurrir a obras occidentales y a otras contribuciones rusas más recientes. La mayoría de los autores occidentales (Grossman, Wiles o Shelley) coinciden en que la aparición de la economía en la sombra es un fenómeno inevitable en las denominadas economías socialistas, un hecho que confirman estudios rusos posteriores. Sin embargo, ¿cómo podemos definirla exactamente? Para algunos, incluye todas las actividades económicas que no aparecen en las estadísticas oficiales o todas las formas de actividad económica con afán de lucro personal que incumplen la legislación existente; para otros, los académicos occidentales, se trata de una «segunda economía» o de un «mercado paralelo». Con todo, dado que a menudo cuesta trazar la frontera entre actividades legales e ilegales, hay quien incluye todas las actividades aceptables en la práctica pero que no pertenecen a la economía oficial. Por ejemplo, la «segunda economía» de Grossman recoge actividades comunes a los países del bloque del Este y de Europa Occidental, como el cultivo de una parcela privada o la venta de sus productos en los mercados de los koljoses, actividades legales en la URSS pero que, en ocasiones, podían estar conectadas con prácticas ilegales. La situación era igualmente ambigua en el terreno de la construcción, y de ahí que se contabilizaran bajo esta categoría, por ejemplo, los materiales para la construcción de procedencia dudosa, los sobornos, el uso ilegal de medios de transporte estatales, o ayudar a ciudadanos particulares o a jefes influyentes en la construcción de una casa o una dacha. Otro tanto sucede con todo tipo de trabajos de reparación a cargo de ciudadanos particulares o de equipos. Estos trabajos podían ser legales, semilegales o ilegales (y las dos últimas categorías quedarían englobadas en la «economía en la sombra»).

Lo más curioso del fenómeno era la circulación de bienes legales y de servicios en mercados ilegales. Las fuentes y el cariz de los «tratos» era semilegal o ilegal. Estos mercados semilegales ofrecían servicios no declarados a efectos fiscales (alquiler privado de viviendas, cuidados médicos, clases particulares, reparaciones) y trueques entre empresas, que buscaban el modo de maquillar el fracaso a la hora de alcanzar los objetivos fijados por el plan.

En esa inequívoca esfera ilegal también se podían comprar todo tipo de productos poco frecuentes, como piezas de recambio o bienes de consumo, y mercancías producidas ilegalmente o robadas. En otra categoría diferente encontramos actividades criminales como las malversaciones, el contrabando, el tráfico de drogas y demás, prohibidas en todo el mundo. Sin embargo, la economía delictiva era sólo una parte de la economía en la sombra, la más peligrosa ciertamente. Como tal, quienes desempeñaban actividades económicas paralelas la consideraban inaceptable.

La académica estadounidense Louise Shelley ha propuesto una buena definición alternativa. La autora distingue, dentro de la «segunda economía», entre las actividades legales e ilegales, pero excluye todo cuanto tenga una naturaleza evidentemente criminal. El sector privado legal se correspondería, fundamentalmente, con los mercados donde los campesinos, pero no sólo ellos, vendían lo que habían cultivado en sus parcelas privadas. La economía ilegal era un fenómeno de mayores dimensiones, y constaba de dos facetas: en una se operaba dentro de los parámetros de la economía oficial; la otra funcionaba en paralelo a ella. Las principales actividades ilegales de la economía oficial consistían en la especulación con bienes escasos, sobornos a personas influyentes, corrupción en el sistema educativo, formación de cuadrillas para la construcción, manipulación contable y falsificación de datos a raíz de una investigación (por ejemplo, la adición de «muertos» en las nóminas) y, por último, la construcción de fábricas ilegales ocultas dentro de fábricas oficiales y que se aprovechaban de las materias primas de las segundas.

EL ALCANCE DE LA ECONOMÍA EN LA SOMBRA

Además del problema de la definición de la economía en la sombra, nos enfrentamos a la dificultad de estimar su alcance. Los investigadores coinciden en que no era nada desdeñable, y que era la fuente de grandes cantidades de bienes y servicios. El instituto de investigación del Gosplan consideraba que, a principios de los años sesenta, en ella trabajaban menos del 10 por 100 de la cifra media anual de obreros, empleados y miembros de los koljoses, mientras que, a finales de los años ochenta, daba trabajo a más de una quinta parte de la población activa, unos treinta millones de personas. En algunos ámbitos del sector servicios, como la construcción y las reparaciones domésticas o las automovilísticas, representaba entre el 30 y 50

por 100 del volumen de trabajo, y a veces incluso mucho más que lo que producía un servicio estatal equivalente, según los cálculos de Menshikov. Resulta difícil, por ejemplo, cifrar la cantidad de vodka destilado en casa, una rama importante del «sector privado», ya que la producción oficial y la oficiosa de alcohol estaban interrelacionadas.

Los investigadores insisten en que también hay economía en la sombra en Occidente, y que su desarrollo refleja el crecimiento de la regulación estatal. En el caso soviético, podríamos considerar la economía en la sombra como una adaptación y una reacción por parte de la población a los controles del Estado y a las deficiencias en la economía planificada.

A principios de los años ochenta, el instituto de investigación del Gosplan propuso la siguiente clasificación, la mejor posiblemente en el caso soviético:

1. La economía «oficiosa», que englobaba principalmente actividades legales que incluían la producción de bienes y servicios no declarados a pesar de estar sujetos a impuestos. Estas actividades estaban toleradas
2. La economía «ficticia»: contabilidad falsa, malversaciones, especulación, sobornos...
3. La economía alternativa, que incluía las actividades prohibidas por la ley.

Podríamos completar esta lista con algunos apuntes sobre los *snaby-sbyty* que nos permitirán hacernos una imagen más realista de la actividad económica soviética, de la interacción entre las diferentes agencias económicas y de todas las variantes de iniciativa privada y semiprivada. En breve nos ocuparemos de las implicaciones políticas de este complejo marco económico.

Todas las carestías y disfunciones que afectaban al sistema burocrático — la extraordinaria escasez de bienes y servicios ya formaba parte del sistema— obligaron a diversas instituciones a buscar soluciones en acuerdos de índole privada, intercambios de mercancías o materias primas, o a falsificar sus resultados. Aunque el principal objetivo no eran los beneficios personales, con el tiempo se convirtió en una razón poderosa, especialmente a principios de los años ochenta, cuando ya era evidente a ojos de todo el mundo que los jerarcas no ponían demasiado empeño a la hora de perseguir a los miembros de la cúpula que cometían delitos. Louise Shelley observa que, en los años setenta, el 90 por 100 de los cuadros acusados de atentar contra la ley tan sólo

recibieron una reprimenda por parte del Partido. La actitud de éste y de los jerarcas estatales hacia la economía oficiosa traslucía una doble moral, lo que complicaba la tarea de perfeccionar y mejorar la figura de la autoridad en la cúpula.

Por su parte, la población luchaba por mantener o mejorar sus condiciones de vida buscando ingresos adicionales, en una época en la que el mercado no funcionaba y la inflación, evidente o encubierta, era elevada. La paradoja entre la corrupción extendida en la administración del Estado y el rechazo ideológico oficial a cualquier empresa privada contribuyó a potenciar diversos factores económicos y psicológicos que llevaron a la gente a volcarse en la economía en la sombra, o incluso a optar directamente por el mercado negro.

Algunos investigadores consideran que la economía en la sombra fue lo que realmente permitió que el sistema sobreviviera, al corregir parcialmente su mal funcionamiento, lo que hizo posible que muchos ciudadanos llegaran a fin de mes y lo que, por lo tanto, mantuvo con vida al régimen. En mi opinión, no debemos sobrevalorar el funcionamiento positivo de formas oficiosas de economía. Esos mismos autores reconocen que dichas prácticas llevaron a los responsables económicos a ejercer nuevas prácticas, que complementaban las responsabilidades oficiales de sus cargos respectivos. Por otro lado, dada la existencia de todo un abanico de redes paralelas, algunas secciones de las elites soviéticas se alejaron del sistema oficial y estrecharon los lazos con las elites «oficiosas». Una y otra tenían mucho en común. Los líderes de las elites oficiosas, que trabajaban en el mercado negro y que estaban incluso conectados con las mafias, también ocupaban cargos oficiales, o bien mantenían una relación estrecha con las elites oficiales, de ahí que pudieran desempeñar un papel discreto en tanto que grupos de presión en cuestiones sospechosas o en favor de elementos indeseables. Estas actividades podrían encuadrarse dentro de la esfera de la «política en la sombra».

El sistema soviético garantizaba la cobertura social, un sistema de salud público, educación y una pensión para todos los ciudadanos, mientras que el trabajo en la economía en la sombra solía ser a tiempo parcial y no estaba regulado. El sector oficial proporcionaba servicios sociales al oficioso, y contribuía así al crecimiento de la mano de obra en la economía en la sombra^[2]. R. Rifkina y L. Kosals han hecho un resumen certero de la situación: en muchas empresas era imposible distinguir entre las actividades legales y las ilegales. Había aparecido un mercado «en blanco y negro»^[3].

Otros opinan que, aunque la economía en la sombra dificultó mucho más la creación de una economía contemporánea saludable, seguía siendo mejor que el capitalismo salvaje y mafioso que se apoderó de Rusia después de la caída del sistema soviético. Sea como fuere, este fenómeno es un aspecto más de las corrientes que surgieron en el sistema soviético y que lo condicionaron, lo mantuvieron con vida o lo socavaron. Una de ellas fueron los recursos de los que pudo proveerse la población, y con los que podía contar a condición de someterse a los caprichos del sistema. La baja intensidad y la baja productividad de la jornada laboral, cláusulas del «contrato social» entre los obreros y el Estado, facilitaban este «trabajo paralelo», como, por ejemplo, el cultivo del propio terreno. Estos recursos, cuya existencia se desconocía oficialmente, fueron cobrando una mayor importancia con el crecimiento de la economía en la sombra, que no sólo aportaba productos alimenticios, sino que también era una fuente de ingresos adicionales gracias al trabajo temporal al que accedía un número de personas cada vez mayor. Quedaban fuera de estos recursos las actividades criminales, pues podían acabar en una pena de prisión.

LOS SOCIÓLOGOS Y LAS CONDICIONES DE VIDA (1972-1980)

Mientras los responsables de la economía planificada buscaban la manera de poner remedio a la escasez de trabajo y al descenso en la productividad, los sociólogos, y en concreto los expertos en sociología económica, reafirmaron la importancia de la economía en la sombra y llegaron a unas conclusiones sorprendentes. A pesar de las malas noticias anunciadas por las autoridades de la planificación y de los signos evidentes de la crisis que afectaba al sistema, las condiciones de vida mejoraron durante los años del estancamiento. La reacción de la población y la adaptación a unas condiciones económicas cambiantes dieron lugar a unos nuevos patrones de comportamiento y a unos nuevos valores que los datos estadísticos oficiales no pudieron asimilar.

Los parámetros que empleaban los sociólogos procedían de dos fuentes: sus propios estudios sobre la ciudad siberiana de Rubtsovsk, en la región de Altai, en 1972, y repetidos en 1980 y en 1990, y los realizados entre la población rural en la zona de Novosibirsk en 1975-1976 y en 1986-1987^[4]. Los indicadores de desarrollo en Rubtsovsk se acercaban a la media rusa en los años setenta y ochenta, mientras que los de la región de Novosibirsk, una de las más importantes de la Siberia occidental, se asemejaban a los de la

media rusa interregional. Los datos recabados en estos estudios, realizados por las academias de ciencias de Moscú y Novosibirsk, son, por lo tanto, un reflejo fiel de la situación nacional.

A partir de los resultados se deduce que las condiciones de la vivienda habían mejorado, que la compra de bienes de consumo no perecederos había aumentado considerablemente, que había más instalaciones de ocio para los habitantes de las ciudades y que muchas familias disponían de un terreno privado cerca de su casa o en la región rural circundante, aunque la demanda todavía superara con mucho a la oferta. Un tercio de la población tenía acceso a huertos colectivos. Durante los veinte años que abarcaba el estudio, y al tiempo que aumentaba el número de viviendas que se construían, también se habían levantado muchos garajes, cobertizos y todo tipo de residencias de verano. En conjunto, los grupos menos favorecidos económicamente de la población habían visto cómo aumentaban sus ingresos, hecho que confirmaba la tendencia general hacia una mejora de las condiciones de vida mínimas. También habían disminuido notablemente las diferencias más notorias, según las mediciones basadas en los grandes indicadores, como vivienda, ingresos y medios de transporte privado.

Estas conclusiones explican la paradoja de la nostalgia que sentía la población de la Rusia poscomunista por «aquellos maravillosos años» de la etapa de Brezhnev. El «milagro» de la mejora en las condiciones de vida en una economía en crisis se basaba en la existencia de una fuerza laboral sin explotar que la economía planificada no había movilizado, de toda una serie de recursos infrautilizados y de una abundancia de otros aún por explotar (el país seguía teniendo una cantidad extraordinaria de recursos). Con todo, tal y como lo confirman los autores del estudio, la mejora de las condiciones de vida en los años setenta y en los ochenta se cobró un precio excesivamente elevado. Mientras los economistas y los dirigentes buscaban la manera de aumentar el rendimiento y la productividad de la mano de obra, de reducir los vertidos y de utilizar los recursos de un modo más racional, el saqueo sistemático de estos últimos no desapareció.

La vida cotidiana en los años setenta y ochenta acabó por reflejar la crisis de la economía estatal, ejemplificada por un incremento de los trabajadores impagados que vivían de su terreno o que se quedaban en casa. Mucha gente se vio obligada a buscarse un segundo empleo, y muchos otros decían que les gustaría hallarlo. En el campo se produjo un aumento similar de la mano de obra, y hombres y mujeres invertían más tiempo en sus campos o en trabajos

en su hogar, la fuente principal de ingresos adicionales, para poder así ayudar a sus familiares en la ciudad e intercambiar productos agrícolas por productos manufacturados.

Esa misma tendencia, un crecimiento de la mano de obra y un descenso de los ingresos, se había observado también en el período comprendido entre 1972 y 1980. A raíz de la desintegración de la URSS, en los años noventa el papel del campo o de los huertos se tornó indispensable, y ocupaba buena parte del tiempo de la gente. Los jardines, un lugar de asueto en las sociedades urbanas desarrolladas, recuperaron su función preindustrial. Muchos otros ámbitos de la existencia hicieron gala de una regresión por el estilo, y las estrategias para garantizar la supervivencia provocaron la devaluación de uno de los principales éxitos de décadas precedentes: la mejora en el nivel de la educación, que fue perdiendo progresivamente su valor (la tendencia ya se había apuntado a finales de los años setenta), como lo demuestra el descenso en la cifra de personas que estudiaban una vez acabada la jornada laboral. Los autores lamentan el descenso de lo que denominan la función económica y cultural de la educación superior y de las cualificaciones profesionales superiores en favor de una búsqueda pragmática de beneficios materiales. La reducción en el tiempo dedicado a las actividades de ocio se explica por la necesidad de trabajar más para poder llegar a fin de mes, de resultados de los fracasos de la economía planificada en los años setenta y ochenta.

En conclusión, aunque realmente hubo una mejora en el nivel de vida en los últimos años del régimen, no fue ningún «milagro», sino más bien un espejismo, algo así como el arrebol que cubre las mejillas después de pellizcarlas. El preludio, en definitiva, de un lento descenso que acabaría con tantos y tantos logros del pasado.

¿LA PRIVATIZACIÓN DEL ESTADO?

Para poder salir adelante, la población de la URSS tuvo que dedicar más horas al trabajo. Por su parte, los círculos dirigentes, especialmente en los escalafones más altos de la *nomenklatura*, vieron cómo mejoraba su bienestar material al incrementarse las fuentes de ingresos existentes, sin necesidad de tener que trabajar más o de cambiar sus hábitos de ocio. Por tanto, nuestra atención debe centrarse, una vez más, en ellos.

El examen de la economía en la sombra hizo que aumentara el conocimiento de los procesos en marcha dentro de los círculos de los funcionarios del Estado, especialmente en los *snaby-sbyty*, las redes de abastos y ventas que proporcionaban a las unidades de producción lo que el Estado debería haberles garantizado. A pesar de la desaprobación oficial, estas actividades semilegales no tardaron en ser indispensables, por cuanto su papel era fundamental para las empresas con las que trabajaban. La disponibilidad parcial o total de reservas ocultas de materiales, de recursos financieros o incluso de mano de obra, las mayores posibilidades de hacer negocios o de ejercer una determinada presión y el sinnúmero de actividades que estaban en la frontera entre la economía en la sombra y el mercado negro son los rasgos que caracterizan la aparición de un modo, o incluso un sistema, que fue, al mismo tiempo, indispensable y pernicioso, algo así como si de un cuerpo que genera patologías beneficiosas se tratara. En el comportamiento de los responsables empresariales adivinamos cómo se van desdibujando progresivamente los límites que separan la propiedad privada de la pública. Pero también fue desapareciendo la distancia que separaba los ingresos y los privilegios oficiales con que se premiaba a los altos funcionarios, por una parte, y la posibilidad que estos últimos tenían de incrementarlos si cabe aprovechando su posición en la jerarquía del Estado. Todos estos caminos desembocaron en algo mucho más significativo en el comportamiento de algunos responsables de instituciones o empresas. Una cosa es luchar para conseguir más prebendas del Estado; otra bien distinta, no contentarse con esas prebendas y anhelar más riquezas. Por vez primera habían aparecido en el seno del Estado este tipo de redes, bajo las diferentes formas que podía adoptar la economía en la sombra. Pero también estaban presentes fuera del sector público, bajo la forma de un «mercado negro», el cual, a su vez, estrechaba con la mafia unos lazos que, en tiempos de Brezhnev, florecieron como nunca en el pasado.

Si adoptamos en este punto una perspectiva histórica más a largo plazo, podremos observar que se produjeron transformaciones políticas de envergadura, que nos han de permitir distinguir el cambio que se operó en el papel de la burocracia dentro del sistema y sus consecuencias para el régimen. En cuanto se hubo liberado la clase administrativa de los rigores y de los horrores del estalinismo, su posición mejoró y pasó a coejercer el gobierno del Estado. Pero la cosa no se detuvo ahí, ya que los miembros más antiguos de la burocracia empezaron de hecho a apropiarse del Estado en tanto que representante colectivo de sus intereses, un hecho del que eran plenamente

conscientes. Los responsables de los ministerios y demás agencias se referían a sí mismos como «los que están a cargo del Estado».

La autobiografía de A. G. Zverev, que trabajó como ministro de Finanzas con Stalin y también con posterioridad a él, es un buen ejemplo de esta imagen que tenían de sí mismos. Apenas habla del Partido: considera una formalidad obvia formar parte de él. Para que sucediera algo así, el Partido, como ya hemos visto en la primera y la segunda partes, tuvo que sufrir una transformación. Convertido en un aparato administrativo y en un órgano jerárquico, no sólo se vio en una situación de una dependencia total, sino que acabó siendo absorbido por el grupo de funcionarios de alto rango que hemos citado. Este hecho hizo posible que los jerarcas llevaran aún más lejos su «emancipación»: aunque formalmente estuvieran sujetos a todo tipo de normas, conformaban por fin una burocracia incontrolable y que se había quitado de encima las cadenas. Empezaron a arremeter contra el sacrosanto principio de la propiedad estatal de la economía. Los procesos espontáneos en marcha vaciaron de contenido ideológico y político diversos principios. El más importante de todos, la propiedad estatal de los activos y de los medios de producción, se fue erosionando poco a poco, primero con la creación de auténticos feudos dentro de los ministerios y posteriormente con la privatización *de facto* de empresas por parte de sus directores. Sólo hay un nombre para referirse a este proceso: la cristalización de un protocapitalismo en el seno de una economía planificada.

Menshikov, un economista al que ya hemos citado en relación con la economía en la sombra, ha señalado este punto^[5]. Presta una atención especial a los sectores ilegales que existían en la economía estatal, la «economía interna en la sombra», y que ejercían una gran influencia en la economía oficial. Este sector poderoso fue posible por la división que existía entre la propiedad y la gestión. Por un lado, el país asistía a la evolución de la gestión privada del capital social de las empresas estatales, pero también a la apropiación privada de los productos de dicho capital. En este proceso no sólo intervenían quienes trabajaban en la economía en la sombra, sino también todos los gerentes oficiales de las empresas que comulgaban con las altas instancias de la *nomenklatura*. Para Menshikov, todas estas cifras tuvieron su importancia cuando el capitalismo que emergió de los poros del sistema de planificación central evolucionó, a su debido tiempo, para convertirse en un motor poderoso y decisivo que habría de destrozar el sistema. Y así fue como la *nomenklatura* pasó de ser la propietaria encubierta de la propiedad estatal a la propietaria fehaciente.

Esta interpretación ya presagia las consecuencias inevitables de una realidad social anterior, a saber, la apropiación de todo el poder estatal, y por ende de la economía, por parte de las altas instancias de la burocracia. El principio de la propiedad estatal, el fundamento del sistema, se vio progresivamente subvertido, preparando así el terreno para la transición de un sistema cuasiprivatizado a uno caracterizado por la variedad.

Llegados a este punto, los lectores probablemente habrán adivinado por qué debíamos abordar de un modo detallado la cuestión de los *snaby-sbyty*: eran las «termitas» que ayudaron a que esta tarea llegara a buen puerto. No es de extrañar que, con la llegada de la perestroika, estos almacenes-depósitos-centros de aprovisionamiento fueran las primeras agencias soviéticas que se declararon «empresas privadas» y que adoptaron un estatus abiertamente comercial. Todo apuntaba a que se trataba de un paso en la dirección adecuada, pero lo cierto es que estaban privatizando algo que no les pertenecía, toda vez que el primer principio de la economía de mercado es que si uno quiere comprar acciones, hay que pagarlas. En caso contrario, se las ven con el código penal. Y de sobras es conocida ahora la estrecha relación que existió durante el período de reformas postsoviéticas entre «privatización» y actividad criminal.

Sin embargo, aún no hemos llegado a la perestroika, sino que estamos examinando el período del «estancamiento», el momento en el que los cimientos del sistema se estaban hundiendo. No sólo había perdido fuelle la economía, sino que generaba, principalmente, un despilfarro de todo tipo de recursos. ¿A qué se dedicaba el Gosplan? Su colegio, la asamblea de los funcionarios de mayor rango, parecía coincidir con las conclusiones a las que había llegado su propio Instituto de Investigación, que había diagnosticado una tendencia fatal en la economía: las corrientes extensivas estaban destrozando a las intensivas. En 1970, realizó una declaración, en un tono sereno, sin una sola palabra alarmista, que contenía una *diagnosis-cum-prognosis* aterradora: desde un principio, las previsiones del octavo plan quinquenal (de 1966 a 1970) eran desproporcionadas. A raíz de ello, «todos los indicadores básicos sufrirán una desaceleración, un deterioro o se estancarán»^[6]. El motivo era que los bajísimos indicadores de eficacia a partir de los que se habían realizado los cálculos conducían a un desequilibrio doble: entre los recursos del Estado y las necesidades de la economía nacional y entre los ingresos monetarios de la población y la salida de bienes de consumo y servicios (esta observación supone que alguna versión anterior del

plan contemplaba el equilibrio y las proporciones adecuadas). De ahí el miedo a un descenso inminente en la circulación de capitales y bienes de consumo durante el noveno plan quinquenal, y era de esperar que se produjera un descenso en el papel de los salarios como incentivo a la hora de aumentar la productividad de la mano de obra y otras posibilidades a la hora de gestionar la producción. Parecía como si, de hecho, el informe afirmara que el octavo plan quinquenal había programado un deterioro de la economía que se haría realidad durante el siguiente plan quinquenal. En otras palabras, los economistas soviéticos eran plenamente conscientes del camino descendente en el que se hallaba la economía.

El «estancamiento» se caracterizaba por la imposibilidad de lograr nada de la burocracia y por una falta de voluntad e ideas entre los jerarcas sobre cómo poner freno a la situación. Todos los intentos por reducir las dimensiones de la burocracia, o por obligarla a cambiar de hábitos, eran batallas perdidas. Después de Stalin, las nuevas reglas del juego, el «mercadeo» entre las agencias gubernamentales y el gobierno central (el Politburó y el Consejo de Ministros), hicieron posible que la burocracia se convirtiera en un coloso que no sólo era el auténtico señor del Estado, sino que también creó feudos burocráticos bajo la mirada del aparato del Partido, reducido a un simple espectador y abocado gradualmente a lo inevitable.

El diagnóstico era sencillo: el sistema estaba enfermo y la burocracia estaba en plena forma. Reformar el sistema comportaba reformar la burocracia. No sólo nadie estaba en disposición de imponer algo así, sino que ¿por qué iba a ponerse a ello? La advertencia estaba clara... y en este caso su destinatario era el Kremlin.

Era necesario resolver el problema de la escasez creciente de mano de obra y detener la crisis económica por medio de un aumento drástico de la productividad, pero para ello se precisaba, ni más ni menos, de una revolución. Era imposible lograrlo pasando a una economía mixta, únicamente concebible bajo determinadas condiciones políticas, y también éstas conducían a una revolución. Las reformas tecnológicas y económicas estaban inextricablemente ligadas a las reformas políticas. Había que despojar a la máquina del Partido de su poder último: el poder para impedir los cambios. Un levantamiento popular masivo lo habría logrado, pero no estalló. La alternativa era la reforma desde dentro, dirigida en primera instancia contra el Partido. Tan sólo una fuerza política revitalizada podía obligar a la burocracia a iniciar la transición a una economía mixta, presionándola para

que respaldara el cambio tanto desde arriba como desde abajo, y amenazándola con una expropiación a gran escala. La creación de un sistema que asegurara la transición haría posible mantener unas condiciones de vida mínimas, evitar el desastre económico y mostrar el camino a la iniciativa económica individual y colectiva. La siguiente tarea consistiría en formar políticamente a la población. Pero como nada de todo esto sucedió, ¿qué sentido tiene, podríamos preguntarnos, hablar de ello? Por una razón puramente metodológica: para llegar a comprender mejor lo que de veras sucedió.

Los aspectos políticos del sistema, sobre los que ya tenemos suficiente información, vuelven a requerir en este punto nuestra atención. La erosión de los sistemas políticos, y la capacidad de los grupos en el poder para actuar, ha sido un fenómeno harto frecuente a lo largo de la historia. Cada instancia es una combinación de rasgos generales y características particulares. Los observadores advierten dicha erosión cuando ven que un sistema se ha quedado anclado en las glorias de un pasado triunfal, como sucede con los generales, que tienden a aferrarse a los planes victoriosos de guerras pasadas. Esta situación resurge periódicamente bajo diferentes circunstancias históricas, y se puede apreciar con cierta regularidad en el caso de los regímenes en declive. Los políticos y los analistas políticos no deberían perder esto de vista jamás, ni siquiera cuando se enfrentan a sistemas que parecen ser prósperos.

El sistema soviético estaba en activo, aunque a trompicones, cuando respondió a la llamada de la historia movilizando la riqueza del país y a su gran población. Una figura como Boris Eltsin, que no pasará a la historia del pensamiento, dijo en una ocasión que el sistema soviético no era sino un experimento que había malgastado el tiempo de todos. Tal vez así fuera en sus años como jefe del Partido en Sverdlovsk y como presidente ruso en el Kremlin, pero opiniones como esta, repetidas hasta la saciedad sin tener en cuenta las realidades históricas, son pura palabrería. He dedicado muchas páginas a describir la decadencia del sistema, puesto que se trata de una realidad que hay que estudiar, pero esto no da pie a distorsionar todo el acervo histórico. El sistema soviético salvó a Rusia de la desintegración en 1917-1922, y la volvió a rescatar, y a Europa con ella, de una dominación nazi que habría ido desde Brest hasta Vladivostok. Imaginemos, si osamos hacerlo, qué habría significado eso para el mundo. A todos estos logros cabe añadir otros, medidos a partir de los criterios del siglo xx, que permiten considerar a un país como un Estado desarrollado: la Rusia soviética tuvo unos indicadores

más que aceptables en demografía, educación, salud, urbanización y el papel de la ciencia, y todo este capital fue el que despilfarraron los deslucidos reformistas de los años noventa.

¿Cuándo se torcieron las cosas? Todos los cambios sociales que hicieron posible que el país se pusiera a la altura del siglo eran simplemente la mitad del trabajo. La otra mitad, la construcción del Estado, tomó la dirección equivocada. Cuando las circunstancias históricas cambiaron, en parte gracias a los propios esfuerzos del régimen, la URSS se vio enfrentada a una dicotomía y una contradicción fatales: la esfera social estalló mientras el universo político-burocrático se quedó paralizado. El rumbo que tomaron los acontecimientos que he calificado de «segunda emancipación de la burocracia» desembocó, en última instancia, en la absorción *de facto* del aparato del Partido por parte de las hordas ministeriales. Este proceso tuvo otras consecuencias, de las que ya hemos hablado. La economía soviética y el conjunto de los recursos del país pertenecían formalmente al Estado, y la administración del Estado existía para estar al servicio de la nación. Pero ¿quién era el auténtico dueño de esta «propiedad»? La práctica de la nacionalización y la ideología que tenía detrás derivaban de las nociones del partido comunista acerca de la construcción de un sistema presuntamente socialista. El Partido debía responsabilizarse de la integridad del sistema, cuyo núcleo era, precisamente, el principio de la propiedad del Estado. Sin embargo, la fabulosa máquina burocrática que gobernaba el «bien común» impuso su visión del Estado y se convirtió en su única representante. Reclamaba un estatuto idéntico al del aparato del Partido, e incluso superarlo en importancia. El reverso de este proceso era la fusión política y social del aparato del Partido con la burocracia del Estado. El Partido siempre había sostenido que conservaba una posición dominante, aunque en realidad los auténticos señores del país fueran ahora los directorios burocráticos en los ministerios y en las empresas, por mucho que la constitución siguiera afirmando lo contrario. Las células del Partido en los ministerios y en las empresas no cumplían ningún cometido y sus órganos centrales se limitaban a repetir lo que habían puesto en marcha el Consejo de Ministros y los propios ministros. Una organización política solamente se justifica si cumple una misión política: en cuanto se dedica a repetir lo que otros han decidido, pierde por completo su *raison d'être*.

Incluyo este proceso en la categoría de lo que se ha denominado la «despolitización del Partido». El papel del Partido cambió no bien su función de liderazgo político quedó erosionada a raíz de su sumisión al entorno

burocrático. Podríamos decir que el Partido y su cúpula habían sido expropiados y sustituidos por una hidra burocrática, la cual formaba un holding de clase que controlaba el poder del Estado. A partir de ese momento, la voluntad política quedó paralizada. La cúpula de aquel Estado sobrecentralizado imposibilitaba cualquier propósito reformista explícito, considerado como inaceptable por los diferentes integrantes de dicha burocracia. Y los líderes del Partido ya no podían permitirse enfrentarse a ellos, sino todo lo contrario, ya que los privilegios de quienes formaban el sostén del régimen podían aumentar para mantenerlos contentos. Peor aún, comoquiera que la voluntad política estaba constantemente bajo mínimos, se toleraba cualquier actividad ilegal y un elevado grado de corrupción. Los períodos de estancamiento y de crisis alentaban a los actores privilegiados a lanzarse a, por decirlo suavemente, cualquier actividad reprobable, una nueva prebenda más que dudosa.

Estamos por fin en disposición de dar una respuesta a una pregunta que hemos planteado en más de una ocasión: ¿puede una burocracia controlar a otra, y puede incluso controlarse a sí misma? La respuesta es un «no» rotundo. El control únicamente puede estar en manos de los líderes políticos y de un país y de los ciudadanos. A ellos les corresponde definir las tareas relevantes y los medios necesarios para llevar a cabo dicho control. Y ésta era precisamente la habilidad que había perdido la cúpula de la URSS, dando pie a una serie de paradojas fatales: el Partido estaba «despolitizado» y la economía, cada vez más burocratizada, estaba en manos de una clase administrativa más y más dispuesta a conservar su poder en lugar de ocuparse de que la producción aumentara; más preocupada por mantener sus rutinas agradables que por alentar la creatividad y el desarrollo tecnológico. Estas paradojas dan lugar a otras: la economía del país estaba maltrecha, pero en cambio la burocracia floreciente medraba con su actitud perezosa, las inversiones aumentaban al tiempo que el crecimiento disminuía, y se advertía un aumento notable de la cifra de personas formadas y cualificadas a las que el régimen, incapaz de tolerar el talento independiente, marginaba. Ingredientes todos ellos de una fórmula realmente mágica, la del hundimiento del sistema.

Los diferentes fenómenos y procesos que se fueron produciendo en las altas esferas tuvieron consecuencias en la población, que veía que las fábricas y otros activos nacionales eran de todos y de nadie, que había una tropa de «jefes» y que nadie asumía la responsabilidad. Por eso fue tan bien recibida entre diversos grupos sociales la llegada de Andropov a la Secretaría General:

por fin, el país tenía un «jefe» (*joziain*). La tarea que tenía ante sí era mastodónica: superar los efectos de este proceso iniciado por Stalin y que había despojado al Partido de cualquier derecho político. Esta tendencia no se había invertido después de la muerte del jefe supremo, y el Partido era, todavía, una organización cuyos miembros carecían de derechos y cuyos líderes se engañaban a sí mismos cuando afirmaban que se dedicaban a la política. Seguían sin tener voz y no podían hacer nada frente a una clase administrativa que había dejado de prestarles atención. Era preciso reconstruir un Partido que respondiera al llamamiento de sus líderes para poner en marcha un paquete de reformas: si tenía ante sí una jerarquía decidida que estuviera en disposición de movilizar a las bases, las posibilidades de subsistencia de la burocracia recalcitrante serían escasas. Andropov parecía prepararse para repetir la famosa pregunta de Lenin de mayo de 1917: «¿Qué partido tendrá el valor de cargar con el poder a sus espaldas?», y respondió así: «Ese partido existe», provocando las carcajadas de los antileninistas congregados.

Describió el régimen soviético como un «Estado sin sistema político», un esqueleto imponente sin carne cubriendo los huesos. Deberían haberse dado cuenta de ello —parece que algunos lo advirtieron—, lo que habría permitido poner en marcha diversas iniciativas con vistas a crear lo que les faltaba: mayor libertad para indagar, informar y discutir, sindicatos libres y la refundación (o la repolitización) del Partido. Resucitar la vida política interna del Partido, bien en forma de fracciones, como programa, corrientes de opinión o en unos estatutos, tal y como había recomendado Osinski-Obolenski en *Pravda* en 1920; tal era el programa formulado por Andropov seis décadas más tarde, un año antes de que se lo llevara una enfermedad.

EL PESO DE LA HISTORIA

Lo que sucedió en el sistema soviético a partir de finales de los años sesenta marca la reaparición de un cúmulo de rasgos que habían infestado la Rusia zarista durante siglos y que el país jamás logró sacudirse de encima. Parecía como si sucumbiera al peso de la historia, de un pasado que creían desaparecido pero que había vuelto. La vieja Rusia, donde el desarrollo del Estado y su poder siempre habían ido por delante de los progresos sociales, acabó tropezando: el sistema político se bloqueó, impidiendo los avances económicos o sociales. Y ahora se repetía el guión, y en el mismo siglo.

El auge y la caída del sistema soviético queda perfectamente representado en el destino de la estación espacial Mir. Desde el exterior, constituía un hito tecnológico sin precedentes, con una larga vida por delante. Pero pronto se destaparon innumerables defectos de fabricación y todo tipo de problemas de funcionamiento: los responsables de la estación, unos tipos de un ingenio extraordinario, se pasaban el día reparándola, confirmando así mis observaciones en tiempos de guerra, cuando descubrí que los camioneros lograban que sus vehículos siguieran funcionando reparando o conectando con los cordones de los zapatos piezas rotas o que simplemente habían desaparecido. El episodio concluyó con el hundimiento de la Mir en el océano, suficientemente bien dirigida para no provocar ningún daño...

Conviene recordar a los lectores, por otro lado, lo que no sucedió. La Rusia postestalinista no sufrió el control excesivo, omnipresente y omnisciente que habían predicho algunos autores. Si el país hubiera sido fiel a algún tipo de totalitarismo, y de haber sido capaz de someterse a él, el régimen habría durado para siempre. No todos los aterradores fantasmas literarios, algunos de ellos escritos con el espectro aún de cuerpo presente y en plena época del horror, se hicieron realidad: Zamiatin, Huxley y Orwell auguraron que un poder monopolístico traería la esclavitud total a los seres humanos, que los transformaría en los dientes numerados de un gran engranaje. Sin embargo, a pesar de sus páginas funestas, la historia nos alejó de esa trampa. En realidad, con independencia de la política o de la ideología del régimen, estaban en funcionamiento determinados procesos históricos que desaparecen cuando en el régimen, o la denuncia, una de sus variantes, se convierte en el centro de atención.

Al hablar del retorno del peso de la historia de Rusia, me refiero a las tendencias históricas seculares que, después de haber beneficiado en un primer momento al país, echaron a perder buena parte de su historia. El historiador ruso Solovev vio el proceso de la colonización rusa —pequeños grupos de personas que emigraban y poblaban grandes extensiones— como un rasgo característico de su historia, que calificó de «constante»^[7]. En otras palabras, esta historia supone una expansión cuantitativa en el espacio, hecho que complica la transición a un *modus operandi* cualitativo, es decir, intensivo y absoluto. Por un momento, parecía que el régimen soviético superaba este hándicap, pero en el ocaso de la era soviética, cuando prácticamente todas las señales se extinguían, Rusia volvió a verse atrapada por el síndrome de la expansión cuantitativa, un anuncio del agotamiento inevitable de sus recursos económicos, sociales y políticos. La extraordinaria

fuerza del desarrollo soviético había logrado modernizar el país, pero perpetuó también un tipo de desarrollo extensivo; por desgracia, los expertos del Gosplan eran conscientes de ello. Cabe añadir que este rasgo de la historia de Rusia está lejos de desaparecer.

Conviene puntualizar una vez más estas observaciones. Paradójicamente, este desarrollo a gran escala y cuantitativo también había ejemplificado la movilización estalinista masiva que hizo posible la victoria en 1945, y que salvó a Rusia y a Europa. El ímpetu tradicional procedente de las esferas dirigentes, del Estado, podía lograr muchas cosas, pero todas estas proezas tenían sus límites y únicamente eran del todo eficaces en la transición de una civilización profundamente rural a una cada vez más urbana.

Insustituible a la hora de hablar del pasado de Rusia y de sus losas, el historiador ruso Kliuchevski, muerto en 1911, insinuó que era difícil gobernar un gran país como el suyo y que sería muy complicado cambiar el rumbo de su historia. Kliuchevski no era pesimista; se limitaba a recordar la existencia de una «losa» de la que todavía tenían que librarse.

¿QUÉ FUE EL SISTEMA SOVIÉTICO?

Dos errores frecuentes, y que deben ser aclarados antes de abordar la cuestión planteada en el título de este capítulo, han perjudicado y perjudican el debate sobre la URSS. El primero es considerar el anticomunismo como un estudio de la Unión Soviética. El segundo, consecuencia del primero, consiste en «estalinizar» todo el conjunto del fenómeno soviético como si de un gulag gigantesco se hubiera tratado, de principio a fin.

El anticomunismo —y sus doctrinas derivadas— no es una disciplina histórica, sino una ideología enmascarada de disciplina que no sólo no se correspondía con las realidades del «animal político» en cuestión, sino que, enarbolando la bandera de la democracia, explotó el régimen autoritario (dictatorial) de la URSS en beneficio de causas conservadoras o aún peores. En Estados Unidos, el maccartismo, así como el papel político subversivo que desempeñó Hoover, el jefe del FBI, se basaban ambos en el fantasma del comunismo. Las vergonzosas maniobras de algunos elementos de la derecha alemana para lavar la imagen de Hitler poniendo en un primer plano la figura de Stalin y sus atrocidades no es sino una consecuencia del uso y del abuso de la historia. En su defensa de los derechos humanos, Occidente ha demostrado una actitud demasiado indulgente para con algunos regímenes al tiempo que se mostraba excesivamente duro con otros (por no hablar de las violaciones de los derechos humanos que Occidente ha cometido). Esta conducta en nada ayudaba a robustecer su imagen, y mucho menos a comprender la experiencia soviética y otros fenómenos relacionados de importancia.

David Joravsky ha sido especialmente duro en sus críticas a los métodos de los que se ha servido Occidente para maquillar su imagen, como si los himnos entonados por los «anticomunistas» por la economía de mercado y la defensa de los derechos humanos, de la democracia y de las libertades fueran a ayudarnos a entender la URSS^[1]. El «totalitarismo», por su parte, una

herramienta históricamente inadecuada y puramente ideológica, servía para ocultar las diferentes etapas escabrosas de la historia de Occidente (a partir de las terroríficas carnicerías que se iniciaron con la primera guerra mundial) y para referirse a las contradicciones y a los puntos débiles de los regímenes democráticos occidentales, así como a las malas acciones de las políticas imperialistas que aún seguían en vigor. Joravsky también ha criticado las contradicciones y los fracasos de la socialdemocracia alemana: su tan loada renuncia al radicalismo de clase y la conversión a unos procedimientos presuntamente democráticos sirvieron para castrar al SPD y convertirlo en un adlátere y posteriormente en una víctima de los regímenes oscurantistas contra los que no estaba preparado para luchar.

La sensata llamada a dejar de correr un velo sobre los muchos errores de la civilización occidental y su terrible crisis (lo que lleva, por extensión, a magnificar la lúgubre realidad del otro lado) también era una llamada a devolver la dignidad a la investigación histórica y a admitir una verdad inevitable: por específica y modelada que esté a partir de sus propias tradiciones históricas, el «otro lado» también era un producto de la crisis de la civilización dominada por Occidente y su sistema imperialista mundial.

Con todo, ¿dónde debemos situar, en el gran libro de la Historia, el sistema soviético? La respuesta es mucho más compleja en tanto que hubo dos, o incluso tres, versiones de dicho sistema, sin contar el período de la guerra civil, años en los que no fue sino un campamento militar.

Ya hemos formulado esta pregunta a la hora de hablar del período estalinista, y hemos propuesto una respuesta. La historia de Rusia es un extraordinario laboratorio para el estudio de todo un abanico de sistemas autoritarios y sus crisis, un laboratorio que llega hasta nuestros días. Formulemos, por lo tanto, la pregunta con otras palabras, y centrémonos en el sistema después de la muerte de Stalin: ¿era socialista? Sin lugar a dudas, no. El socialismo supone que la propiedad de los medios de producción es de la sociedad, no de una burocracia. Siempre se ha pensado en el socialismo como una etapa más de la democracia política, no como un rechazo. Por ello, seguir hablando de «socialismo soviético» es presentar una auténtica comedia de los errores. Asumir que el socialismo es factible supondría la socialización de la economía y la democratización de la política. Lo que sucedió en la Unión Soviética no fue sino el dominio de la economía por parte del Estado y una burocratización de la economía y de la política. Si, ante un hipopótamo, alguien insistiera en afirmar que se trata de una jirafa, ¿se le otorgaría una

cátedra en zoología? ¿Acaso las ciencias sociales son menos exactas que la zoología?

La confusión emana del hecho de que la URSS no era capitalista: el control de la economía y de otros activos nacionales estaba en manos del Estado, es decir, el último escalafón de la burocracia. Nos hallamos ante una característica definitoria crucial, que provoca que debamos situar bajo el mismo paraguas al sistema soviético y a los regímenes tradicionales en los que la propiedad de un patrimonio extraordinario equivalía al poder del Estado. Tal era el proceso histórico que se aprecia en la constitución de Muscovi y su autocracia monárquica, que también contaba con una burocracia influyente, aunque todo el poder se concentrara en manos del soberano, no de la burocracia. En el caso soviético, la burocracia se hizo, en última instancia, con un poder indiviso e incontestado. El «absolutismo burocrático», un pariente de los viejos «despotismos agrarios», era mucho más moderno que el de los zares o el de Stalin, pero pertenecía al mismo grupo, sobre todo cuando el Estado arrebatava el control político a la población.

Estos argumentos suponen también que el Estado burocrático soviético, a pesar de las innovaciones revolucionarias tanto en el terreno de la terminología como en el reclutamiento de personal procedente de las clases bajas, se erigió en el heredero directo de muchas de las viejas instituciones zaristas, de modo que era inevitable que continuara con las tradiciones zaristas de construcción del Estado. En gran medida, todo ello se debió a que, después de la revolución, las agencias que volvieron a funcionar bajo los auspicios soviéticos tan sólo podían cumplir su misión con la intervención de funcionarios del antiguo régimen. El propio Lenin observó con pesar que secciones enteras de la administración zarista seguían en activo con el nuevo régimen, lo que propició un grado de continuidad histórica mayor que el imaginado antes de la Revolución de octubre. El nuevo régimen tenía que aprender a llevar las finanzas, los asuntos exteriores, las cuestiones militares o las operaciones de inteligencia, y se veía obligado no sólo a recurrir a los conocimientos de algunos especialistas, sino de agencias, entes que, en buena medida, seguían funcionando de acuerdo con procedimientos ya establecidos. No era posible sustituir a los viejos funcionarios públicos o cambiarlos de un día para otro. Tal y como lo veía Lenin, el problema al que se enfrentaban era lograr que trabajaran mejor^[2]. Por supuesto, no había manera de impedir el continuismo con las prácticas y las tradiciones del pasado, sobre todo porque las decenas de miles de trabajadores y las tradiciones en las instituciones del Estado estaban sumamente arraigadas. Las nuevas autoridades no sabían

cómo reformarlas. De hecho, no les quedaba más alternativa que abrazar dichas instituciones, modificar algunos detalles y dejar que siguieran funcionando como hasta la fecha.

El sistema soviético acabó erigiendo un Estado burocrático relativamente «clásico», gobernado por una jerarquía piramidal. Después de superar la fase de fervor revolucionario, no había una necesidad real de distanciarse de los viejos modelos, excepto, tal vez, en el caso de las instituciones que no existían durante el zarismo. Para cada nueva agencia que había que crear, se nombraba una comisión especial que supervisaba su organización. Acabó siendo habitual pedir a un académico experto en la materia o a un burócrata experimentado que estudiara el funcionamiento de la institución homóloga en tiempos de la Rusia zarista. Cuando no había precedentes, se consultaban los modelos occidentales.

El recurso a los precedentes históricos es algo natural en todas partes, pero en el caso soviético estaba especialmente arraigado. En la práctica, la Rusia de Stalin adoptó los principios ideológicos del Estado zarista casi de un modo oficial. Toda vez que después de la muerte del dictador se abandonó la práctica específicamente estalinista de exhibir viejos símbolos nacionalistas, el modelo burocrático soviético retuvo no pocos de los rasgos de su predecesor, incluso el envoltorio ideológico. La tradición aún reinante definía la esencia misma del sistema: un absolutismo que representaba a la jerarquía burocrática en el que se basaba. Incluso la supuestamente nueva postura del secretario general tenía en común mucho más de lo que parecía a primera vista con la imagen del «zar, señor de la tierra». Aunque habían variado los símbolos y los escenarios de las manifestaciones de poder, las imponentes ceremonias organizadas por los regímenes zarista y soviético eran hijas de una misma cultura, en la que los iconos ocupan un lugar preeminente, y buscaban proyectar una imagen de invencibilidad, lo que en ocasiones no era sino un modo de ocultar, exorcizar o distraer la atención sobre la fragilidad interna. Pero los sucesores del zar eran plenamente conscientes, especialmente en la etapa crepuscular del régimen, de que la crisis y el derrumbe del sistema también formaban parte del repertorio histórico.

Comoquiera que, a partir de finales de los años veinte su prioridad fue la construcción de un Estado fuerte, se planteó entonces la cuestión de cómo etiquetarlo. Al final, se adoptó abiertamente la vieja palabra zarista *derzhava*, tan apreciada en los círculos conservadores inmovilistas y entre los miembros de los cuerpos de seguridad pública y del estamento militar. En tiempos de

Lenin, *derzhavnik* era un término peyorativo para referirse a los partidarios de un chovinismo brutal y opresivo. El origen de *derzhava*, por su parte, está relacionado con otros dos términos que se empleaban para definir la esencia del poder zarista: *samoderzhets*, que aludía al líder absoluto (el autócrata) y *samoderzhavie*, la palabra que definía el régimen como «autocracia». Es evidente que la hoz y el martillo sustituyeron a la esfera dorada culminada por una cruz, el símbolo del poder imperial, pero no eran nada más que las reliquias del pasado revolucionario para diversión de los círculos burocráticos.

Que el Estado fuera propietario de toda la tierra del país, como sucedía con el autócrata, había sido una característica de diversos viejos estados de la Europa central y oriental. En la URSS, esta propiedad, de acuerdo con las credenciales socialistas, se extendió a toda la economía y a muchas otras esferas de la vida nacional. A pesar de ser un disfraz más moderno (a diferencia de sus predecesores zaristas, los burócratas soviéticos dirigían fábricas que construían máquinas e incluso «ciudades atómicas»), el poder que ejercía el Estado sobre los productores hizo que no se perdiera, e incluso que se viera reforzada, la afinidad con el viejo modelo de propiedad de toda la tierra, el principal recurso económico en el pasado.

A lo largo de la explicación que hemos realizado de la naturaleza de este Estado, nos hemos topado con «bifurcaciones» en el patrón de desarrollo y con toda una serie de ambigüedades. Toda vez que el sistema podía encuadrarse en la vieja categoría de autocracias terratenientes, también es cierto que llevaba a cabo una tarea propia del siglo xx, la del «Estado desarrollista», y ya nos hemos referido con todo detalle a cómo se produjo el desarrollo del país. En las primeras etapas de su existencia, la URSS pertenecía a esta categoría de «Estados desarrollistas», un modelo que ha existido, y que sigue existiendo, en muchos países, en especial en las vastas extensiones del Oriente Próximo y del Lejano Oriente, como en China, India o Irán, donde el poder estaba en manos de antiguas monarquías rurales. Esta racionalidad histórica estuvo presente en la construcción del Estado posleninista, a pesar de que la conversión al «estalinismo» sea algo a lo que son proclives los sistemas dictatoriales. Sin embargo, la transición hacia un modelo despótico no es una patología incurable, como lo ha demostrado la eliminación del estalinismo en Rusia y del maoísmo en China. Y a pesar de los escollos, sigue siendo necesaria la presencia de un Estado que permita y dirija el desarrollo económico.

Alrededor de los años ochenta, la URSS había alcanzado un nivel de desarrollo económico y social superior al de China, pero el sistema se vio atrapado poco después por su propia lógica destructiva. Las reformas previstas por Andropov podían haberle dado al país lo que necesitaba: un Estado activo y reformado, capaz de seguir adelante con el papel de motor del desarrollo, y capaz al mismo tiempo de renunciar a un autoritarismo ya obsoleto, por cuanto el tejido social había sufrido una profunda transformación.

Con todo, el recurso al venerable simbolismo del *derzhava*, que reflejaba la mentalidad y los intereses de una parte importante de la elite en el poder, ponía de manifiesto la pérdida de fuerza por parte del aparato del Estado, cuyos miembros, anquilosados, se servían de su poder con fines personales. La situación también mostraba la interrupción de cualquier atisbo de dinámica reformista, precisamente en el momento en que el país pedía a gritos una reforma. En lugar de añadir el ordenador a la hoz y el martillo, la cúpula se refugió en el conservadurismo, adentrándose así en un camino nada honroso. La población vivía sometida a un sistema de unas características y un pedigrí que venían de antiguo, pero ya no estaban en el siglo XVIII, sino en el XX. El Estado había perdido pie, y esa «bifurcación», la sociedad por un lado, el Estado por otro, era nefasta.

El término «absolutismo burocrático», que nos parece adecuado para describir el sistema soviético, procede de un análisis de la monarquía burocrática prusiana del siglo XVIII, un régimen en el que, de hecho, el monarca estaba en manos de su burocracia a pesar de ser el jefe del gobierno^[3]. En el caso soviético, los jefes del Partido, señores putativos del Estado, ya no tenían poder sobre «sus» burócratas.

Diversos exministros sin importancia de la URSS, refiriéndose nostálgicamente en sus memorias a la gloria del extraordinario poder que perdieron, no son conscientes de que el período en que se puso de moda la palabra *derzhava* coincidió con los años en que el Estado dejó de cumplir con el cometido que había sido capaz de desempeñar en tiempos, y que ciertamente había desempeñado. Se convirtió en una sombra de sí mismo, en el último reducto de un poder que se acercaba a la tumba de la familia de regímenes anticuados a los que los unían demasiados lazos.

El fenómeno soviético fue un capítulo profundamente típico de la historia de Rusia, a causa precisamente del papel del entorno internacional, sin olvidarnos del uso que se hizo de otras ideologías de procedencia extranjera. Los autócratas que mejor habían dirigido los destinos de Rusia también mantenían estos lazos con el mundo exterior. Rusia, un país con una historia sumamente complicada, constantemente atrapado en relaciones amistosas u hostiles con sus vecinos próximos o lejanos, tuvo que tender puentes no sólo a nivel militar, económico, comercial, diplomático y cultural, sino que debió dar respuesta, cultural e ideológicamente, a diversos desafíos. Y lo hizo haciendo suyas ideas procedentes del extranjero o contraponiendo planteamientos propios, lo que explica por qué los dirigentes estaban siempre pendientes de la esfera interior y de la exterior. Del mismo modo, en la historia de la URSS, el mundo exterior no dejó en ningún momento de servir de ayuda para decidir la forma que debía adoptar el régimen, en todos los sentidos. La primera guerra mundial y la crisis simultánea del capitalismo tienen mucho que ver con el fenómeno leninista y con las diferentes fases por las que atravesó la Rusia soviética en los años veinte. La crisis de los años treinta y la segunda guerra mundial también tuvieron un impacto directo en la Unión Soviética de Stalin.

Los «espejos deformadores» de que hablamos en el caso del estalinismo influyeron en la imagen que se hicieron los gobernantes y el pueblo del campo contrario. Sumidos ambos sistemas opuestos en crisis y fases de desarrollo, los «espejos deformadores» de uno y otro lado proyectaban y reflejaban imágenes en las que era prácticamente imposible separar la realidad de la ficción. Que en los años treinta el estalinismo, que atravesaba su momento álgido, gozara de un gran prestigio y llamara la atención de Occidente a pesar de la miseria y de las persecuciones de que eran víctimas los ciudadanos soviéticos, se debe sobre todo a la imagen negativa que la crisis económica global, y más concretamente la que azotaba a Europa central y oriental, proyectaba del capitalismo. Rusia mostró al mundo su ímpetu industrial, y la pobreza de la población quedaba relativizada por la idea de que aquel extraordinario progreso ayudaría en breve a superarla. Un efecto distorsionador similar se aprecia en el caso de Stalin y el estalinismo en el momento de su triunfo sobre Alemania en 1945, cuando el país volvía a atravesar una fase de una pobreza mayúscula provocada, aunque no únicamente, por los estragos de la guerra. El intercambio de imágenes distorsionadas tuvo unas consecuencias políticas importantes, y adivinar las

intenciones del otro lado se convirtió en una suerte de juego de las adivinanzas.

La guerra fría fue un episodio curioso. Vista desde Moscú, su inicio dramático cabe situarlo en el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Japón. Pero si damos crédito a las memorias de Berezhev, había empezado algo antes, con el retraso de los norteamericanos a abrir un segundo frente — occidental—: Stalin consideró aquella demora una treta de Estados Unidos, empeñados en entrar en combate después de que sus rivales alemanes y soviéticos se hubieran enzarzado en una batalla que los dejaría exhaustos^[4]. Este retraso, y el uso del arma atómica contra Japón, fue visto como la prueba del deseo de Estados Unidos de dejar patente que se había iniciado una nueva etapa en las relaciones internacionales, una declaración cuyo destinatario no era Japón, sino la URSS y el resto del mundo, y también lo interpretó así la cúpula soviética. No podemos descartar que este fuera el planteamiento de Estados Unidos en aquel momento. Asimismo, pertenecen al terreno de la especulación los efectos producidos en las relaciones de posguerra si se hubiera iniciado un segundo frente un año antes o no haber lanzado la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki. Sea como fuere, el curso de la guerra y de la posguerra llevó a la URSS a asumir el papel de superpotencia y a una carrera armamentística que sirvió para perpetuar los peores rasgos, y los más conservadores, del sistema, así como a reducir la capacidad del mismo para reformarse.

Entre las consecuencias de la guerra fría, debemos destacar que Estados Unidos se vieron en una posición que les permitía ejercer una influencia y una presión considerables sobre la manera de pensar de los jefes soviéticos. El viejo mundo, es decir, Inglaterra, Francia y Alemania, que hasta entonces había sido el modelo, cedió su lugar al nuevo mundo: Estados Unidos se convirtió en la vara de medir que usarían los soviéticos para evaluar su rendimiento en el terreno de la economía, de la ciencia, de la capacidad militar y, por descontado, del espionaje. Ni la población soviética ni Occidente tuvieron conocimiento del impacto de esta reorientación hacia Estados Unidos (hoy sigue siendo un vasto campo de investigación aún virgen). Podríamos concluir que, gracias a Estados Unidos, los dirigentes de la Unión Soviética llegaron a darse cuenta de la naturaleza sistémica de la grave inferioridad de su país, aunque también es posible que hubiera quien se negara a aceptar la realidad. Después de haber sido derrotados en la carrera por llegar primero a la Luna, una carrera inútil a todas luces, la incapacidad del país para poner en marcha una nueva revolución científica e informativa, a

pesar de la creación de un ministerio especial para supervisar la tarea, provocó una sensación de impotencia en algunos círculos del poder, al tiempo que los conservadores se reafirmaban en su postura inmovilista y en su línea dura.

Esa misma imagen de Estados Unidos como superpotencia llevó a muchos miembros de la *nomenklatura* a apostar por los favores norteamericanos después de asumir el control del Kremlin bajo la égida de Eltsin. No obstante, este episodio pertenece a la etapa postsoviética y tan sólo reviste interés aquí en la medida en que arroja algo más de luz sobre el relato histórico del sistema, un sistema muerto y enterrado y que, aun así, sigue presente en la búsqueda constante de una identidad nacional que no concluirá hasta que se haya examinado concienzudamente y el pasado se haya asumido.

EPÍLOGO: UN PAÍS EN BUSCA DE UN PASADO

Es de lo más normal que los investigadores que estudian el estado de Rusia en los años noventa utilicen como punto de partida los datos del último período soviético. La situación se vuelve irónica cuando los sociólogos que tienen un conocimiento profundo de este pasado, fruto de los estudios llevados a cabo en su momento (cuando eran muy críticos con el sistema), lo traten ahora como si fuera una suerte de El Dorado, a la vista de las condiciones de vida y de las prestaciones sociales de las que gozaba la población unos años atrás y que han ido desvaneciéndose inexorablemente desde principios de los años noventa^[5]. La imagen que presentan es sumamente instructiva: el número de espectadores que iban al teatro, a conciertos, al circo o a las bibliotecas ha disminuido; la lectura de obras literarias y las suscripciones a los periódicos han experimentado un descenso acusado en la ciudad y en el campo. Toda la estructura de las actividades de ocio se ha visto transformada a causa del aumento de las responsabilidades laborales, y el ocio es hoy una actividad mucho más pasiva, esencialmente «regeneradora», toda vez que en los últimos años de la época soviética, a raíz del aumento del tiempo libre, se orientaba a la cultura. El fenómeno es especialmente sorprendente en el caso de los expertos y los responsables. La necesidad de un salario mayor llevó a muchos rusos a criar más ganado y aves de corral en sus pequeñas granjas para mejorar así la dieta y ganar algo más de dinero, o simplemente para sobrevivir, con la reducción correspondiente del tiempo que dedicaban al descanso o a las actividades culturales.

La ampliación de las libertades y de los derechos, así como la aparición de servicios más caros, ha beneficiado únicamente a las clases pudientes, a las mejor cualificadas y a las más emprendedoras. Una mayoría del pueblo vio cómo se reducía el acceso a la cultura nacional e internacional. Los sociólogos a quienes hemos aludido se muestran tremendamente críticos con la calidad de los programas televisivos. La televisión se ha convertido en la principal actividad de ocio, y sus efectos son particularmente deletéreos en una infancia que dedica las tardes a hacer lo que le da la gana y que se traga una programación borreguil.

Según estos autores, se están dando dos procesos: por un lado, una estratificación social mucho más profunda; por otro, los individuos se van cerrando más y más en sí mismos (cada vez hay menos contacto social y familiar, y se observa un desinterés por la política y la cultura), algo menos pronunciado en los grandes centros urbanos de la Rusia europea, pero muy notorio en las ciudades de provincias y en el campo. Este grupo de sociólogos no se ha ocupado del descenso en la investigación científica, en la educación ni en los servicios sociales y sanitarios, como tampoco ha abordado la caída de los indicadores demográficos, hecho que ha propiciado una situación catastrófica que pone en peligro la propia supervivencia del país.

Para ocultar este penoso estado de la cuestión, los nuevos jerarcas, miembros en su mayoría de la vieja *nomenklatura*, bautizados ahora como «demócratas», «liberales» o «reformistas», se han embarcado en una sensacional campaña de propaganda contra el viejo sistema soviético, empleando todos los mecanismos que había utilizado anteriormente Occidente e incluso superándolos: el sistema no era sino una monstruosidad gobernada por monstruos, desde el pecado original de octubre de 1917 hasta el golpe de Estado fallido de los seguidores del partido conservador contra Gorbachov en agosto de 1991. Posteriormente se obró, al parecer, un milagro con el inicio de una nueva era de libertad bajo el presidente Eltsin. De resultados de este tipo de discurso político, la Rusia contemporánea, lamentablemente empobrecida y todavía en estado de *shock*, es víctima asimismo de un proceso en virtud del cual denigra su propia identidad histórica. No contentos con saquear y malgastar la riqueza del país, los «reformistas» también han lanzado un ataque frontal contra su pasado, dirigido a la cultura, la identidad y la vitalidad del país. No había, en este caso, un enfoque crítico del pasado, sino pura y simplemente ignorancia.

La campaña mendaz y nihilista iniciada contra el período soviético estuvo acompañada de esta suerte de búsqueda frenética de pasados alternativos con los que pudiera identificarse la nación. Todo se inició con una readopción a gran escala de todo cuanto fuera zarista y prerrevolucionario, en un intento patético por dar con un antecesor digno de un sistema que se desmoronaba. Posteriormente, cuando se intensificó el rechazo a todo lo que fuera soviético, y que cristalizó con una reacción de odio hacia Lenin, el leninismo y el bolchevismo, como si fueran hijos del demonio, se propusieron rehabilitar a los blancos que participaron en la guerra civil, el grupo más reaccionario y derechista de todo el espectro político del período zarista, y que perdió precisamente porque no tenía nada que ofrecer al país.

La identificación con cualquier cosa que odiaran los bolcheviques o el régimen soviético no hace sino confirmar su debilidad intelectual. Muchos rusos veían la primera oleada de estas «nuevas elites» que conquistaron el Kremlin y el poder como algo parecido a una nueva «invasión tártara» que atacaba los intereses políticos y culturales del país. Las mentes más lúcidas y las autoridades morales temían que la perspectiva que se abría ante ellos era la de sumir al país en los niveles de un Estado del tercer mundo.

Se necesita tiempo para resarcirse de las consecuencias nefastas del oscurantismo, pero hay diversos episodios culturales que dan a entender que se está produciendo una lenta recuperación. Conviene recordar la reacción del historiador Kliuchevski contra quienes, a principios del siglo xx, aseguraron que «el pasado forma parte del pasado». No, contestó: abrumados por todas las dificultades y a la vista de los errores cometidos, el pasado nos rodea, impregna las reformas, las distorsiona y prácticamente las engulle.

Como si quisiera recuperar el discurso ahí donde lo abandonó Kliuchevski, Mezhev, el filósofo político, afirmó con toda rotundidad, en una conferencia en Moscú organizada por Tatiana Zaslavskaya, que «un país no puede existir sin su historia»^[6]. Merece la pena citar aquí textualmente sus interesantísimas reflexiones:

Nuestros reformistas, ya sean comunistas, demócratas, eslavófilos o gente fascinada por Occidente, cometen el craso error de no identificar una continuidad racional y moralmente justificada entre el pasado de Rusia y su futuro, entre lo que ha sido y lo que, según ellos, debería ser. Algunos niegan el pasado y otros lo identifican como el único modelo posible. El resultado es que, a ojos de algunos, el futuro no es sino una mezcla de temas del pasado, mientras que otros lo ven

como la aceptación mecánica de lo contrario, algo sin precedentes en la historia de Rusia. Pero debemos imaginar el futuro, en primer lugar, en relación con el pasado, y en especial con el pasado más inmediato.

Mezhuev critica a continuación al economista liberal A. Illarionov, que opina que Rusia ha malgastado el siglo xx: después de vivir bajo el socialismo, el país se desvió de su trayectoria liberal, de ahí que el gigante de ayer no sea sino un enano en la actualidad. Para Illarionov, no hay otra salida que regresar al liberalismo. Según Mezhuev, esta postura nihilista es, históricamente, absurda. Resulta mucho más sencillo hacer un análisis inteligente después del episodio que estudiar el hecho y sus causas. Echar pestes de Rusia por no haberse convertido al liberalismo a principios de siglo no hace sino demostrar una profunda ignorancia acerca de la historia del país y del liberalismo. El triunfo del liberalismo se debió a un largo proceso histórico: la Edad Media, la Reforma, el Renacimiento y las revoluciones que libraron a las sociedades de las monarquías absolutas (pero ¡no en todas partes!). Ni siquiera Inglaterra, la madre del liberalismo, se embarcó en el liberalismo inmediatamente. Rusia y muchos más países no desarrollaron una economía de mercado liberal. ¿Acaso debemos culparlos por ello? No tendría sentido. Lo importante es entender el siglo pasado y el papel que desempeñará en los acontecimientos del futuro.

Para Mezhuev, la clave de la historia de Rusia en el siglo xx se encuentra en tres revoluciones, y no exclusivamente en la revolución bolchevique. La primera, en 1905, no triunfó. La segunda, en febrero de 1917, asistió a la victoria de las fuerzas revolucionarias moderadas. La tercera, la de octubre, que presencié el triunfo de unos revolucionarios mucho más radicales, no fue sino la última fase de este proceso revolucionario. Así es como se despliegan siempre estos procesos. En cuanto se ponen en marcha, no hay culpables: el proceso sigue su curso hasta llegar al final. Y así lo ha entendido el filósofo Berdiaev: los bolcheviques no fueron los artífices de la revolución, sino el instrumento de su desarrollo. Es inútil adoptar criterios fundamentalmente morales y denunciar las crueldades que cometieron, porque siempre es así en situaciones de guerra civil o en luchas contra la opresión. Una revolución no es un acto moral o legal, sino un despliegue de fuerza coercitiva. No hay revoluciones «buenas»; siempre son sangrientas:

Si condenamos las revoluciones, deberíamos condenar prácticamente a toda la *intelligentsia* rusa, y a toda la historia de Rusia por extensión, ya que preparó el terreno para los acontecimientos

revolucionarios. Las revoluciones no pierden intensidad; todo lo contrario. Siempre defraudan las expectativas, pero abren una página realmente nueva. Lo importante es entender en qué consiste esa página, sin depositar demasiadas esperanzas en lo que digan los vencedores o los vencidos ... Nuestro socialismo fue, de hecho, un «capitalismo a la rusa»: capitalista en su contenido tecnológico y anticapitalista en la forma.

Sobre este punto, Mezhuev repasa las opiniones de pensadores como Berdiaev, Fedotov o Bogdanov, entre otros, y se inclina por la interpretación que sigue: para un país situado en la periferia, es difícil combinar modernización con democracia y libertad. Durante un espacio de tiempo, alguno de estos factores debe ceder su lugar a los restantes. Los bolcheviques lo sabían, y por eso ganaron la guerra civil, y por eso también salió victoriosa la URSS de la segunda guerra mundial. Es, asimismo, el caso de China: ha optado por combinar una rápida modernización vehiculada por el mercado con un sistema político antidemocrático. Cualquiera que sea el régimen en cuestión, la sabiduría no consiste en rechazar el pasado como si fuera un desierto, sino en considerarlo como un trampolín para futuros desarrollos y en conservar su grandeza genuina, no la mítica.

Hay que destacar la fe en la ciencia que tenía la variante rusa del socialismo. Nunca en la historia de Rusia fue el prestigio del científico y del ingeniero mayor que durante el período soviético, y el régimen abrió las puertas de la ciencia a muchas personas. Los gobernantes mostraban una actitud realista y pragmática. Si leemos literalmente sus discursos, Occidente se equivocaba al interpretar esto como un síntoma de hostilidad. La Rusia contemporánea, con su nostalgia por los tiempos prerrevolucionarios, está mucho más lejos de Occidente que los bolcheviques:

Nuestros liberales no pueden jactarse de nada salvo de la destrucción de estos logros. El futuro de Rusia se debe construir sobre la base de la preservación y el desarrollo de los hitos del pasado. Es preciso que exista una continuidad al tiempo que se definen los nuevos cometidos. En la actualidad, este vínculo con el pasado ha desaparecido. Pero llegará el día en que será restaurado. Todo esto no supone el retorno a un pasado pre o posrevolucionario. Preguntemonos qué valoramos del pasado, qué debemos mantener o preservar; la respuesta nos ayudará a encarar el futuro... Si no encontramos nada positivo en el pasado, no hay futuro y no queda sino «olvidarlo todo»... Quienes quieran borrar

el siglo xx, una era de grandes catástrofes, también deberán despedirse de la gran Rusia.

Mezhuev está convencido de que llegará el día en que la revolución rusa recibirá el mismo trato que las revoluciones que se produjeron en Occidente, un trato que abriría el camino para un auténtico renacimiento de Rusia.

Los párrafos anteriores no hacen sino resumir un discurso largo y objetivo. Mezhuev no es historiador, y su interpretación no presenta problemas. Las palabras «socialismo», «bolchevismo» o «comunismo», y todas las ideas expuestas sobre la revolución, proceden de una terminología y de un enfoque que hay que volver a estudiar. Estamos aquí ante un auténtico desafío al «nihilismo», y ante un ejemplo de la batalla por la historia como el remedio que puede permitir que una nación sumida en una crisis dolorosa redescubra su identidad y descubra su futuro.

Es bien sabido que la historia está constantemente sometida a usos y abusos. Escuchar el alegato de alguien ajeno a la historia a favor de un conocimiento objetivo histórico como rasgo indispensable para una nación, bien en momentos poco propicios, bien en sus días de esplendor, no es algo habitual en una era dominada por los ordenadores y los medios de comunicación y obsesionada por el presente. Pero el instante es eso mismo, fugaz, y la historia permanece. Y continúa siendo el proveedor de los ladrillos, sólidos o defectuosos, con los que se construye el futuro. La historia son los cimientos sobre los que descansa una nación y que la hacen crecer. No es una estupidez pensar que la historia, junto con las ciencias aplicadas, tiene una dimensión práctica, aun cuando no pueda dar soluciones inmediatas y absolutas.

GLOSARIO DE TÉRMINOS RUSOS

Apparat:

Administración del Partido. (A veces usamos *apparaty* para los cuerpos de la administración en general, pero *apparatchik* siempre hace alusión a un miembro del aparato del Partido.)

Belye:

Los «blancos», el bando fundamentalmente monárquico que se enfrentó a los rojos (*krasnye*) en la guerra civil.

Derzhava:

Vieja palabra rusa para designar al Estado. Proviene del verbo *derzat'*, que significa sostener o mantener, y se refiere a una posesión. Alude directamente a la esencia política del Estado zarista: *samoderzhavie* (autocracia) y *samoderzhets* (autócrata). El término *derzhavnost'* nos remite a una concepción del Estado en tanto que gran poder.

Esery:

Socialistas revolucionarios (o SR), socialistas no marxistas que se mostraron especialmente activos en los soviets y durante el gobierno provisional. Colaboraron con los «blancos» de manera intermitente. Su ala izquierdista colaboró con los bolcheviques, pero acabó rompiendo con ellos a raíz del tratado de Brest-Litovsk con los alemanes, al que se oponían.

Generalnyi sekretar':

(Abreviado: *genssek*): secretario general del CPSU, elegido por el congreso del Partido. Además de este cargo, existían los secretarios del Comité Central, cuyo estatus variaba. Algunos estaban al frente de diversas esferas

de actividad, pero no eran miembros del Politburó. Los miembros de este órgano (con la excepción del secretario general) no podían ocupar cargos de secretario, como sucedió con Gromiko, por ejemplo, que dirigía el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Gosplan:

Comité del Estado para la Planificación Económica.

Gossnab:

Comité del Estado de Abastos Materiales y Técnicos, una suerte de superministerio que organizaba las provisiones de materias primas, maquinaria y productos manufacturados que precisaban las empresas. El resto de los intercambios entre los ministerios económicos y sus empresas se realizaban a través de sus propias agencias de compra (*snaby*) y comercialización (*sbyty*).

Gulag:

(*Glavnoe upravlenie lagerei*): el Directorio General de Campos, integrado en el NKVD. El nombre oficial de los campos era ITL (*ispravitel'notrudovye lageria*, campos de trabajo correctivo). En tiempos de Stalin, los ITK (*ispravitel'notrudovye kolonii*, colonias de trabajo correctivo) se reservan para los delitos menores y para los delincuentes juveniles. También había los *spetsposeleniia* (lugares de deportación) para los condenados a períodos en el exilio, supervisados por el NKVD pero que no estaban sujetos al régimen del campo. La abreviatura que se utilizaba para los internos (*zakliuchennyye*) era *zeki*, y *zek* en singular.

ITK:

véase Gulag.

ITL:

véase Gulag

ITR:

(*Inzhinerno-tejnicheskie rabotniki*): ingenieros y técnicos que ocupaban puestos relacionados con la supervisión, de un rango superior al de los trabajadores manuales o los obreros no cualificados (*rabochie*).

Joziaín:

Término usado por lo general para referirse a un gerente-propietario, por ejemplo, de una granja, o a todo aquel que ostentara una posición de importancia en la jerarquía laboral. El uso popular de la palabra también alude a los malos espíritus que pueblan una casa.

Kadety:

Cadetes —Demócratas Constitucionales—, el partido liberal a grandes rasgos de la Rusia zarista y poszarista, que se unió a los blancos en la guerra civil y prosiguió con sus actividades en el extranjero con posterioridad.

Koljoz:

Granja colectiva (*kollektivnoe joziaistvo*: «empresa colectiva»). Sus miembros recibían el nombre de *koljozniki*.

Kollegia:

Un colegio integrado por los máximos responsables de cualquier ministerio.

Komsomol:

Unión de Jóvenes Comunistas, la organización juvenil del Partido.

Kulak:

Denominación peyorativa que recibían los campesinos acomodados y con una cierta estructura capitalista (*kulak* significa puño). Los kulaks fueron perseguidos durante la colectivización estalinista, y muchos, deportados a zonas remotas, principalmente en Siberia.

Mensheviki:

Miembros del Partido Marxista Socialdemócrata, que desempeñó un papel de suma importancia en los soviets en 1917 y durante el gobierno provisional. Aunque no colaboraron con los blancos, los bolcheviques los

excluyeron de la vida política. Prosiguieron con su actividad política en el extranjero.

MVD:

véase NKVD.

Nachal'nik:

Jefe. *Nachal'stvo* se refiere a todo el conjunto de dichos jefes. En el caso de los funcionarios del Partido, se usaba el término *rukovodiashchii rabotnik*, que significa literalmente «trabajador principal».

Nepmen:

Beneficiarios de la NPE (Nueva Política Económica), implantada en 1921; neoburgueses.

NKVD:

Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, que se convirtió más tarde en el Ministerio del Interior (MVD). En 1962, se transformó en el MOOP (*Ministerstvo Ojransy Obshchestvennogo Poriadka*, o Ministerio del Orden Público), pero perdió el estatus de ministerio de alcance nacional, que recuperaría en 1966. Dos años más tarde, se le devolvió su viejo nombre (MVD). En tiempos de Stalin, el comisariado constaba de un cuerpo extrajudicial especial que se ocupaba de un modo expeditivo de toda la gente acusada de traición o de crímenes políticos. A escala local, dicha tarea recaía en la *troika*, un cuerpo de tres funcionarios integrado por el secretario local del Partido, un fiscal y el jefe del NKVD.

Nomenklatura:

La lista de cargos que se debían ocupar bajo la supervisión del Comité Central.

Orgburo:

Órgano organizativo del Comité Central.

Politburo:

Órgano principal del CPSU. Stalin lo sustituyó por el Presidium del Comité Central. Fue restituido después de la caída de Jrushchov en 1964.

Politrabotniki:

Cuadros del Partido.

Praktik:

(Plural: *praktiki*): personas en puestos técnicos o administrativos que carecían de la formación necesaria y que aprendían el oficio con el tiempo.

Profilaktika:

Profilaxis o política «preventiva» adoptada por el KGB en tiempos de Jrushchov y que se mantuvo tras su caída. Consistía en advertir a los sospechosos de practicar formas de oposición política de las consecuencias si se mantenían en su postura.

Prokuratura:

La Oficina del Fiscal (el fiscal del Estado). El fiscal general hace referencia al funcionario central dentro de la Unión.

Sekretariat:

Órgano al servicio del Comité Central.

Sluzhashchie:

Literalmente, «empleados». El término hace referencia a funcionarios de todos los niveles, de obreros a *nachal'stvo* de primer orden.

Snaby-sbyty:

Agencias de aprovisionamiento y comercialización en los ministerios y las empresas.

Sovjoz:

Empresa agrícola estatal (*sovetskoe joziaistvo*).

Sovnarjoz:

Consejo de la economía nacional (*Soviet narodnogo joziaistva*), nombre adoptado por diversas agencias centrales y locales. Sin embargo, este nombre se asocia más a los consejos económicos creados por Jrushchov a lo largo y ancho del país para sustituir los ministerios económicos, desarticulados temporalmente.

Sovnarkom:

Consejo de los Comisarios del Pueblo (*Soviet narodnyj kommissarov*), denominado posteriormente Consejo de Ministros. Usamos aquí ambos términos indistintamente.

STO:

Soviet Truda i Oborony (Consejo del Trabajo y la Defensa), un órgano gubernamental de coordinación de tiempos de Stalin.

Tenevaia ekonomika:

Economía en la sombra, o un abanico de actividades comerciales desde las totalmente ilegales y delictivas a las semilegales y legales (aunque conducidas de manera privada).

Tolkach:

Del verbo *tolkat'* (empujar). Hace referencia al personaje semilegal que una organización o empresa envía a las agencias de abastos para «acelerar» la entrega de los bienes solicitados.

Uchreditel'noe Sobranie:

(Abreviado: *uchredilka*): Asamblea Constituyente que se reunió en Petrogrado en enero de 1918 con mayoría de los SR y que los bolcheviques disolvieron.

Uklady:

Término que designa las clases sociales o los estratos.

Upravlentsy:

Literalmente «los que desempeñan cargos dirigentes».

Zastoi:

Estancamiento. Término usado para referirse al período posterior a 1970; a menudo se usa, también, la expresión *zastoinye gody*, «años de estancamiento».

Zek:

véase *Gulag*.

APÉNDICES



Apéndice I

PERSONAS SENTENCIADAS POR DELITOS CONTRARREVOLUCIONARIOS Y ESPECIALMENTE PELIGROSOS Y TIPOS DE PENAS IMPUESTAS, ENTRE 1921 Y 1953

Año	Total de personas sentenciadas	Penas de muerte	Campos, colonias, prisiones	Exiliados[*], desterrados	Otras medidas
1921	35.829	9.701	21.724	1.817	2.587
1922	6.003	1.962	2.656	166	1.219
1923	4.794	414	2.336	2.044	
1924	12.425	2.550	4.151	5.724	
1925	15.995	2.433	6.851	6.274	437
1926	17.804	990	7.547	8.571	696
1927	26.036	2.363	12.267	11.235	171
1928	33.757	869	16.211	15.640	1.037
1929	56.220	2.109	25.853	24.517	3.741
1930	208.069	20.201	114.443	58.816	14.609
1931	180.696	10.651	105.683	63.269	1.093
1932	141.919	22.728	73.946	36.017	29.228
1933	239.664	2.154	138.903	54.262	44.345
1934	78.999	2.056	59.451	5.994	11.498

1935	267.076	1.229	185.846	33.601	46.400
1936	274.670	1.118	219.418	23.719	30.415
1937	790.671	353.074	429.311	1.366	6.914
1938	554.258	328.618	205.509	16.342	3.289
1939	63.889	2.552	54.666	3.783	2.888
1940	71.806	1.649	65.727	2.142	2.288
1941	75.411	8.011	65.000	1.200	1.210
1942	124.406	23.278	88.809	7.070	5.249
1943	78.441	3.579	68.887	4.787	1.188
1944	75.109	3.029	70.610	649	821
1945	123.248	4.252	116.681	1.647	668
1946	123.294	2.896	117.943	1.498	957
1947	78.810	1.105	76.581	666	458
1948	73.263		72.552	419	298
1949	75.125		64.509	10.316	300
1950	60.641	475	54.466	5.225	475
1951	54.775	1.609	49.142	3.425	599
1952	28.800	1.612	25.824	773	591
1953	8.403	198	7.894	38	273
(primer semestre)					
Total	4.060.306	799.455	2.634.397	423.512	215.942

Fuente: B. P. Kurashvili, *Istoricheskaia Logika Stalinizma* (Moscó, 1996, pp. 159-160).

Apéndice 2

Cabría añadir algunos datos de una de las fuentes usadas por Kurashvili, y V. N. Zemskov, un reputado estudioso de Moscú que se hizo un nombre a raíz de ser el primero en dar unas cifras fiables sobre los campos y las purgas. Doy aquí tan sólo algunos ejemplos de la extendida práctica de presentar unas cifras infladas de la represión de Stalin.

Zemskov enlaza en su artículo «Gulag – istoriko-sotsiologicheskii aspekt» (*Sotsiologicheskie Issledovaniia*, n.º 6, 1991, pp. 12-13) con las tesis de Roy Medvedev y Olga Shatunovskaya. Medvedev afirmó que la población de los gulag aumentó en varios millones de personas durante las purgas de 1937 y 1938 y que entre 5 y 7 millones fueron víctimas de la represión. La población del campo pasó de 1.196.369 personas el 1 de enero de 1937 a 1.881.570 en enero de 1938, y se redujo hasta 1.672.438 en enero de 1939. Es innegable que hubo un aumento en los números en el período comprendido entre 1937 y 1938, pero fue en realidad de centenares de miles, no de millones. La declaración de Vladimir Kriuchkov (responsable del KGB durante la presidencia de Gorbachov) de que, en los años 1937 y 1938, «no hubo más de un millón arrestos» se corresponde con las estadísticas de los gulag. Zemskov insiste en que, según el documento oficial que hemos reproducido en el Apéndice I, aproximadamente unas 700.000 personas arrestadas por motivos políticos entre 1921 y 1953 fueron ejecutadas. Shatunovskaya, víctima de la represión y participante activa posteriormente en la campaña de rehabilitación en tiempos de Jrushchov, sostiene que, tan sólo entre 1935 y 1941, fueron detenidas más de 19 millones de personas, que 7 millones fueron ajusticiadas —una cifra que Occidente ha abrazado entusiásticamente— y que el resto perecieron en los campos. Según Zemskov, Shatunovskaya ha multiplicado por diez los números. ¡Menuda exageración! Disponemos de estadísticas fiables para el período comprendido entre el 1 de enero de 1934 y el 31 de diciembre de 1947 que indican que en el conjunto de campos del gulag murieron 963.766 prisioneros. Esta cifra incluye, además de los «enemigos del pueblo», a los presos comunes, y podemos añadirla, junto con la de los

muertos durante la deportación de los kulaks (*raskulachivanie*), al «precio terrible» que hubo que pagar.

UN MILLÓN Y MEDIO DE TRAIADORES SOVIÉTICOS DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

En su *Novyi Sotsializm* (Moscú, 1997, pp. 22-27), B. P. Kurashvili hace una suerte de apología del régimen, recordando a los lectores que existían enemigos e insinuando que, durante la guerra, aproximadamente un millón y medio de personas colaboraron con los nazis. No cita ninguna fuente que apoye esta estimación, que, sin embargo, y no le falta razón en este sentido, englobaba a un 1 por 100 de la población activa. Sin embargo, la existencia de esta colaboración demuestra que las purgas desatadas contra los «enemigos del pueblo» golpearon indiscriminadamente a la población inocente y que no afectaron a algunos de los traidores reales o potenciales. La mayoría de los que lucharon del lado de los alemanes fueron capturados, pero no ejecutados. En palabras de Kurashvili, y como atestiguan algunos documentos que poseo, muchos de los que sirvieron en las filas nazis —el ejército de Vlasov, las unidades cosacas o unidades formadas por individuos no rusos— no fueron acusados en el momento de su arresto de ningún crimen en concreto, sino que fueron asignados durante un período de cinco años a «batallones de trabajo». Lo mismo sucedió con los partisanos ucranianos y de los estados bálticos que se enfrentaron al régimen después de la guerra, en un conflicto con algunas batallas cruentas y no pocas bajas. Con todo, la mayoría de los partisanos que fueron capturados fueron condenados al exilio y, posteriormente, amnistiados, y se les autorizó el regreso a la patria a partir de 1960. Es posible que semejante indulgencia comparativa tuviera como objetivo calmar los ánimos de los círculos nacionalistas de Ucrania y de los países bálticos.

Apéndice 3

CAUSAS CRIMINALES VERSUS MEDIDAS «PROFILÁCTICAS» POR PARTE DEL KGB, 1959-1974

A. Causas criminales

	1959-1962	1963-1966	1967-1970	1971-1974
Total de personas llevadas ante la justicia	5.413	3.251	2.456	2.423
Traición	1.010	457	423	350
Espionaje	28	8	0	9
<i>Agitprop</i> antisoviética	1.601	502	381	348
Contrabando	47	110	183	474
Operaciones ilegales con divisas	587	474	382	401
Cruce ilegal de fronteras	926	613	704	553
Divulgación de secretos de Estado	22	31	19	18
Otros delitos	1.003	1.011	321	258

Fuente: R. G. Pijoia, *Sovetskii Soiuz – Istoriia Vlasti*, 1945-1991 (Moscú, 1998, pp. 365-366).

B. Medidas «profilácticas»

(Estas medidas no se consignaron en años anteriores)

	1959- 1962	1963- 1966	1967- 1970	1971- 1974
Cifra total de «casos»	–	–	58.298	63.108
Contactos sospechosos con extranjeros que podían albergar intenciones traidoras	–	–	5.039	6.310
Manifestaciones políticamente nocivas	–	–	35.316	34.700
«Víctimas» con participación en la comunidad	–	–	23.611	27.709
Notificaciones oficiales emitidas	–	–		981
Personas llevadas ante la justicia por quienes habían sido «advertidos» previamente	–	–	100	50

Apéndice 4

El Ministerio del Interior como agencia industrial y el gulag como proveedor de mano de obra (1946)

En diciembre de 1946, el Departamento de Estadística del Gulag publicó un informe sobre la cifra de internos y de «contingentes especiales» que trabajaban para los diferentes ministerios, que se proveían de mano de obra a través del MVD. La lista contenía el nombre de cuarenta y siete ministerios y agencias gubernamentales, así como el número de internos empleados: industria pesada, actividades militares y navales, explotaciones de empresas petrolíferas, construcción de aviones, construcción de maquinaria agrícola, Ministerio de Energía Eléctrica. En un documento con fecha del 13 de septiembre de 1946 dirigido a Beria, el ministro del Interior, Kruglov, se lamentaba de que cuarenta y cinco de las agencias gubernamentales que se servían de mano de obra procedente del Gulag no hubieran pagado por ella. La deuda acumulada era de 50 millones de rublos, lo que ponía al Gulag en una situación financiera embarazosa. Ya no había dinero para comprar comida para los internos (no sólo no se les pagaba, sino que ni siquiera podían comer^[*]).

El 1 de noviembre de 1946, Kruglov envió un informe a Voznesenski, responsable del Gosplan, para informarle de que el MVD había superado los objetivos del plan en lo referente a explotaciones industriales (entre otras), y, apoyándose en el hecho de que había sobrepasado el plan en términos de inversión, solicitaba 222 millones de rublos. En una tabla, se escribieron los nombres de unas 17 agencias del MVD y sus inversiones, y permite ver una red floreciente de agencias administrativas que se ocupaban de la gestión de un número creciente de filiales (cuesta ir siguiendo la estructura organizativa). Su creatividad administrativa es digna de elogio, y cuanto mayor es la inversión, más elevados son los salarios de las agencias y los extraordinarios

incentivos de los responsables. El informe presta una atención especial al trabajo ligado a las tareas de defensa. El nombre de estos departamentos y agencias suele ir precedido del prefijo *spec* (abreviatura del adjetivo «especial» en ruso^[*]).

Abril de 1947: el MVD constaba de doce directorios, que se ocupaban de la producción de metales, de la minería, de la silvicultura, de los aserraderos, de las fábricas de maquinaria, de las empresas textiles, de las fábricas de calzado, de las refinerías, de las plantas de gas, de los problemas del procesamiento de cobalto y níquel, del trabajo del vidrio, de las fábricas de caucho... La lista es larga y contiene los nombres de los campos (Norilsk, Vorkuta, Uhta, Dal'stroi) célebres por su productividad y por sus durísimas condiciones. El tono «empresarial» pasa por alto u oculta la miseria que se escondía detrás de estos «negocios» y la degeneración moral de los responsables del régimen^[*].

Nota sobre las fuentes y las referencias

La mayoría de las pruebas documentales utilizadas en este libro provienen de archivos soviéticos. Algunas fueron descubiertas por el propio autor en los archivos de Moscú, y el resto han aparecido en revistas especializadas o en recopilaciones de documentos. En este último caso, las referencias que se proporcionan en las notas a pie de página contienen el nombre de los editores y otros detalles indispensables.

Los archivos de los que procede la mayoría del material son los siguientes:

GARF: Gosudarstvennyi Arjiv Rossiiskoi Federatsii (Archivo Estatal de la Federación Rusa), que contiene una sección independiente dedicada a la RSFSR —GARF Berezji—, cuyos documentos siguen un sistema de codificación ligeramente diferente.

RGASPI: Rossiiskii Gosudarstvennyi Arjiv Sotsial'no-Politicheskij Issledovanii (Archivo Estatal Ruso para la Investigación Sociopolítica), conocido anteriormente como RTsJIDNI.

RGAE: Rossiiskii Gosudarstvennyi Arjiv Ekonomiki (Archivo Estatal Económico Ruso).

RGVA: Rossiiskii Gosudarstvennyi Voennyi Arjiv (Archivo Estatal Militar Ruso).

TsJSD: Tsentralnoe Jranilishche Sovremennoi Dokumentatsii (Depósito Central de Documentación Contemporánea). El autor no trabajó en persona en este archivo del Comité Central, y los documentos citados procedentes de esta fuente han sido publicados en su totalidad.

Cada referencia a un documento se inicia con el nombre del archivo correspondiente, seguido del número de la colección (f.), el número del catálogo (op.), el número del documento (d.) y los números de página (L.). Sin embargo, también es habitual entre los historiadores omitir las primeras letras de las categorías de codificación y limitarse a dar cuatro números consecutivos en el orden adecuado.

Las autobiografías son una fuente importante y legítima para los historiadores, especialmente en el caso de la Unión Soviética, ya que contienen relatos de testigos presenciales de episodios o reuniones secretas que no han podido ser estudiados aún a partir de los documentos que generaron. Las biografías son otra fuente también valiosa si sus autores han dado con pruebas de las que no se tenía constancia por ningún otro canal.



Notas

Introducción

[¹] Véase Craig Eisendrath, ed., *National Insecurity: US Intelligence after the Cold War*, Filadelfia, 2000, pp. 8-9. <<

[2] Véase Peter Baldwin, ed., *Reworking the Past: Hitler, the Holocaust and the Historians' Debate*, Boston, 1990. <<

[3] V. P. Mezhuev, «Otnoshenie k proshlomu-kliuch k budushchemu», en *Kuda Idet Rossiia? Krizis Institutsional'nykh Sistem: Vek, Desatiletie, God*, Moscú, 1999, p. 47. <<

1. Stalin sabe lo que quiere... Y lo está consiguiendo

[¹] No tenía posibilidad de estar al tanto de todo esto cuando escribí, en 1967, *Lenin's Last Struggle*. <<

[2] Véase *Istoricheskii Archiv*, n. 2, 1994, pp. 220-223. <<

2. «Autonomización versus Federación» (1922-1923)

[¹] Véase A. P. Nenakorov, V. A. Gornyi, V. N. Dobrojotov, A. I. Kozhokina, A. D. Kotyiov y A. I. Ushakov, *Nessotoiavshiisia Iubilei: Pochemu SSSR ne Otprazdnoval svoego Semidesiatiletiia*, Moscú, 1992, una completa colección de documentos, con artículos firmados por los editores. <<

[2] Hay una descripción más completa del episodio en la obra de Lenin *Sochineniia*, 5.^a ed., vol. 45, y otra más detallada en las fuentes publicadas por Nenakorov *et al.*, eds., *op. cit.* <<

[3] Lenin, «K voprosu o natsionalnostiaj ili ob “avtonomizatsii”», en *Sochineniia*, vol. 45, pp. 356-362. <<

[4] RGASPI, f. 17, op. 84, d. 304, sin número de página, 26 de junio de 1922. Cinco doctores, miembros de un equipo convocado para examinar y posiblemente tratar a Trotski —Ramonov, Voitsik, Semashko, el profesor Klemperer y el profesor Ferster (estos dos, doctores alemanes invitados para tratar a Lenin)—, firmaron el siguiente diagnóstico: Trotski sufre una «colitis funcional crónica, una ligera hipertrofia del corazón y tiene tendencia a los desvanecimientos, a causa de la anemia». Trotski precisaba de una dieta especial (para ganar peso) y debía evitar el ejercicio físico e intelectual. (La copia del informe era de difícil lectura; he transcrito su contenido cuidadosamente). <<

3. De cuadros a herejes

[¹] Stalin, *Sochinennia*, vol. 5, pp. 210-211. <<

[2] Véase Valentin Berezhkov, *Riadam so Stalinym*, Moscú, 1999, pp. 244-245. <<

[3] Georges Duby, «Hérésies et sociétés», en *L'Europe pré-industrielle, xie-xiiiè siècles*, París-La Haya, 1968, p. 404. <<

4. El Partido y sus aparatos

[¹] RGASPI, f. 613, op. I, d. 79: materiales del Collegium de la Comisión de Control Central. <<

[2] RGASPI, f. 17, op. 84, d. 488, L. 68. <<

[3] RGASPI, f. 17, op. 114, d. 685, L. 235, 29. <<

[4] «VKP(b) i oppozitsiia», un archivo del RGASPI, f. 17, op. 120, d. 68, L. 6, que reproduce, para uso interno del Partido, diferentes documentos de la oposición de izquierdas, copiados del *Biulleten' Oppozitsii*, de Trotski, publicado en el extranjero. En cierto sentido, Trotski siguió recibiendo este texto y otros de Rakovski, que posteriormente publicaba. <<

[5] Véase Milovan Djilas, *The New Class: An Analysis of the Communist System*, Nueva York, 1957. <<

[6] RGASPI, f. 17, op. 120, d. 278, que contiene material sobre las diferentes purgas anteriores a 1937 y los miembros del Partido y del aparato. <<

[7] V. G. Koluchev, en D. A. Volkogonov, otvet. red., *Tridtsatye Gody: Vzgliad iz Segodniia*, Moscú, 1990, pp. 24-25. <<

[8] RGASPI, f. 3, op. 3, d. 439. <<

[9] RGASPI, f. 56, op. I, s. 198 (documentos de Molotov). El 16 de mayo de 1934, a instancias de Stalin, circularon entre los miembros del Politburó y Zhdanov dos memorandos «para su información», escritos por Stetski (un antiguo partidario de Bujarin) y Mejlis. En dichos documentos, los dos *apparatchiks* atacaban un artículo de Bujarin publicado en *Izvestia* el 12 de mayo. <<

5. Flujo social y «paranoia sistémica»

[¹] I. A. Poliakov y A. A. Isupov, introducción a *Vsesoiuznaia Perepis' Naseleniia 1939 goda — Osnovnye Itogi*, Moscú, 1992, pp. 7-8. <<

[2] Véase TsSU (Oficina Central de Estadísticas), *Gosapparat SSSR*, Moscú, 1929, p. 47; L. I. Vas'kina, *Rabochii Klas SSSR Nakanune Sotsialisticheskoi Industrializatsii*, Moscú, 1981, p. 16; y también dos artículos de *Statisticheskoe Obozrenie*, de 1928 y 1929, así como diversos documentos de los archivos del TsSU. La mayoría de los datos que hemos usado aquí y en otras partes provienen de *Trud v SSSR: Statisticheskii Sbornik*, Moscú, 1988, p. 47 y *passim*, que también contiene cifras de 1939. Otro tanto sucede con la publicación del TsSU *Itogi Vsesoiuznoi Perepisi Naseleniia v 1959*, Moscú, 1962, basada en el censo inédito de 1939, y que hoy se puede consultar en *Vsesoiuznaia Perepis' Naseleniia 1939 goda*. <<

[3] Véase *Naradnoe Obrazovanie, Nauka i Kultura v SSSR: Statistichiskii Sbornik*, Moscú, 1971, pp. 233-235, 247. <<

^[4] *Ibid.* <<

[5] *Sotsialnoe Razvitie Rabocheho Klassa SSSR: Istoriko-sotsiologicheskie Ocherki*, p. 275; V. M. Selunskaya, otvet. red., *Izmeneniia Sostial'noi Struktury Sovetskogo Obshchestva, 1921-Seredina 30-kh godov*, Moscú, 1979, p. 306; y *Trud v SSSR*, p. 118. <<

[6] *Trud v SSSR*, p. 189. <<

[7] *Vsesoiuznaia Perepis' Naseleniia*, tabla 33, p. 112. <<

[8] Véase V. P. Danilov, *Sovetskaia Dokoljoznaia Derevnia*, Moscú, 1977, pp. 29-30. <<

[9] A. S. Moskovskii y M. A. Isupov, *Formirovanie Gorodskogo Naseleniia Sibiri (1926-1939)*, Novosibirsk, 1984, p. 148. Aunque la etapa posterior en el proceso de urbanización (1939-1959) se vio interrumpida por la guerra, concluyó con un aumento de la población urbana de 39,4 millones de habitantes. Estas cifras proceden del censo de 1939 y de A. G. Rashin, *Istoricheskie Zapiski*, n. 66, 1960, p. 269, que da un 32 por 100 y no un 33 por 100 de habitantes urbanos en 1939, lo que reduce el porcentaje de población rural hasta el 68 por 100. <<

[10] Basile Kerblay, *La Société soviétique contemporaine*, París, 1977, p. 61;
V. M. Selunskaya, red., *Sotsialisticheskoe Stroitel'stvo Sovetskogo
Obshchetva, 1921-sered. 30j godov*, Moscú, 1979, pp. 192-193. <<

[11] *Trud v SSSR*, p. 30. <<

6. El impacto de la colectivización

[¹] Sotsialisticheskoe Zemledelie, 10 de agosto de 1940. <<

7. Entre la legalidad y la bacanal

[¹] RGASPI, 17, 85, 170, LL. 69-80 (un largo y detallado documento del GPU del período comprendido entre enero y septiembre de 1926 sobre el comportamiento y las declaraciones de los obreros de diversas fábricas y regiones). <<

[2] Véase V. A. Viktorov, *Bez Grifa "Sekretno"— Zapiski Voennogo Prokurora*, Moscú, 1990, pp. 95-116. <<

[3] Véase Oleg V. Jlevniuk, «The Politbureau, Penal Policy and “Legal Reforms”», en Peter H. Solomon Jr., ed., *Reforming Justice in Russia, 1964-1966: Power, Culture and the Limits of Legal Order*, Armonk (Nueva York), y Londres, 1997. <<

8. ¿Cómo gobernó Stalin?

[¹] Véase Oleg V. Jlevniuk, *Politbiuro —Mejanizm Politicheskoi Vlasti v 1930-ye gody*, Moscú, 1990, pp. 96-116. <<

[2] RGASPI, f. 39, op. 3, d. 188, L. 246. Todos estos datos proceden de una nota en el volumen IV de las memorias de Mikoyan, *O Staline i Moem Otnoshenii k Nemu, 1934-1953* (Sobre Stalin y mi actitud hacia él). <<

[3] Una de mis fuentes en este punto es Lennart Samuelson, *Plans for Stalin's War Machine: Tukhachevskij and Military-Economic Planning, 1925-1941*, Nueva York, 2000. <<

[4] Konstantin Simonov, *Glazami Cheloveka moego Pokoleniia: Razmyshleniia o Staline*, Moscú, 1990. <<

[5] T. I. Fetisov, sost., *Prem'er — Izvestnyi i Neizvestnyi: Vospominaniia o A. N Kosygine*, Moscú, 1997. <<

9. Las purgas y sus «razones»

[¹] RGASPI, f. 56, op. 1, d. 198. <<

[2] O. V. Jlevniuk, *1937-oi*, Moscú, 1992, pp. 20-21. <<

[3] *Ibid.*, p. 165. <<

[4] *Ibid.*, pp. 164-167. <<

[5] GARF, 940, 8, 46, LL. 1 y 9-15; informe al responsable del Departamento de Cuadros del NKVD. <<

[6] GARF, 940, 8, 45, LL. 4-5. <<

[7] Nuestra fuente en este sentido es R. G. Pijoia, *Sovetskii Soiuz: Istorii Vlasti, 1945-1991*, Moscú, 1998, pp. 138-139 y *passim*. <<

10. La dimensión de las purgas

[¹] E. M. Adreev, L. A. Karskii y T. L. Jar'kova, *Vestnik Statiskii*, n.º 7, 1990, p. 44 (a partir de el KGB y citado en *Izvestia*, 14 de febrero de 1990). <<

[2] *Organy i Vojska MVD Rossii, Kratkii Istoricheskii Ocherk: MVD 200 let*, Moscú, 1996 (con capítulos escritos por expertos del MVD [Ministerio de Asuntos Internos], algunos de ellos «liberales», otros, «estalinistas»). <<

[3] *Zhelezodorozhnyi Transport v Gody Industrializatsii SSSR (1926-1941)*, Moscú, 1970, pp. 309-310, documento n.º 91 (de TsGANKh SSSR, f. 1884, op. 31, d. 2456, LL. 171-173). Se trata de un informe, con fecha del 17 de noviembre de 1938, del sector de cuadros del comisariado dirigido al propio comisario sobre la moral de los cuadros dirigentes en los ferrocarriles. La tabla A (duración del servicio) muestra que, de los 2.968 cuadros dirigentes de importancia estratégica en este comisariado, el 75 por 100 —desde responsables a funcionarios y especialistas medios— habían sido nombrados entre el 1 de noviembre de 1937 y el 1 de abril de 1938. La mayoría de las personas a las que sustituyeron, o bien habían sido despedidas, o bien habían sido purgadas. <<

[4] Los datos que presentamos aquí proceden en su mayoría de O. V. Jlevniuk, *1937-oi*, Moscú, 1992. <<

[5] TsKhSD, f. 89 (diversas minutas y demás textos de este archivo ya han sido publicados). <<

[6] TsKhSD, *perechen'* 73, doc. n.º 1, PB-TsK, n.º 56, 9 de enero de 1938. <<

11. Los campos y el imperio industrial del NKVD

[¹] El GUGB, *Glavnoe Upravlenie Gosudarstvennoi Bezopasnosti* (Directorio General de Seguridad del Estado), era el heredero directo de la Cheka y de la GPU. En cualquier momento se podía desligar del NKVD, un órgano de mayor envergadura, y convertirse en una agencia autónoma de la policía secreta. En diversos momentos, especialmente durante y después de la segunda guerra mundial, el GUGB se convirtió en el NKGB (Comisariado Popular para la Seguridad del Estado), y posteriormente en el MGB (Ministerio de Seguridad del Estado), antes de pasar a formar parte del NKVD o MVD por razones que no están del todo claras. La separación definitiva se produjo en 1953 con la creación del MGB, que posteriormente tomaría el nombre de KGB. <<

[2] RGAE, 7733, 36, 331, LL. 55-65, enero de 1940. <<

[3] RGAE, 7733, 36, 218, LL. 330-350, informe entregado al Comisariado de Finanzas a principios de 1940. <<

[4] Marta Kraven y Oleg Jlevniuk, «Krizis ekonomiki MVD — konets 1940kh-1950e gody», *Cahiers du Monde Russe*, XXXVI (1-2), enero-junio de 1995, pp. 179-190. <<

[5] RGASPI, f. 56, op. 1, d. 900, LL. 25-27; los papeles de Molotov. <<

[6] RGAE, f. 7733, op. 36, d. 442, L. 192. <<

^[7] RGAE, f. 4372, 95, 672, L. 26. <<

[8] RGAE, f. 7733, op. 36, d. 2998. <<

[9] Kraven y Jlevniuk, «Krisis ekonomiki MVD...». <<

[10] He publicado varios cuadros en el apéndice de mi obra *Russia — USSR — Russia* (Nueva York, 1995), recopilados a partir de fuentes fiables. Algunos datos más pertenecen a Arch Getty, Gabor Rittersporn y V. N. Zemskov, en *The American Historical Review*, vol. 98, n.º 4, 1993, pp. 1017-1049. <<

[¹¹] B. P. Kurashvili, *Istoricheskaia Logika Stalinizma*, Moscú, 1996. <<

[¹²] *Ibid.*, pp. 161-162, y GARF, f. 9479, op. 1, d. 89, 205 y 216. <<

[13] R. W. Davies, *Soviet Economic Development from Lenin to Khrushchev*, Cambridge, 1998. <<

12. El final

[¹] Podemos encontrar una buena explicación del zhdanovismo en las historias de la literatura soviética. Para un relato conciso, véase M. Slonin, *Soviet Russian Literature: Writers and Problems, 1917-1967*, Nueva York, 1967, capítulo 26. <<

14. «Epur, si muove!»

[¹] GARF, 8131, 32, 6610, LL. 9196, una parte de un informe más largo de A. Mishutin, ayudante del fiscal general, 13 de mayo de 1961. <<

[2] GARF, 9401, 8, 9. <<

[3] Esta información no procede de las fuentes anteriormente citadas, sino del apéndice de mi obra *Russia — USSR — Russia*, Nueva York, 1995. <<

[4] Mis fuentes principales en este punto son N. A. Struchkov, *Kurs Ispravitel'no – Trudovogo Prava: Problemy Obshchei Chasti*, Moscú, 1984, y N. A. Struchkov y V. A. Kirin, eds., *Kommentarii k Osnovam Ispravitel'no-Trudovogo Zakonodatel'tsva SSSR i Soiuznyj Respublik*, Moscú, 1972. El material adicional procede del reputado académico británico W. I. Butler, *Soviet Law*, Londres, 1983, que da una opinión muy mesurada del sistema legal soviético. Citaremos más adelante otras referencias. <<

[5] N. A. Struchkov, *Kurs Ispravitel'no – Trudovogo Prava: Problemy Osobennoi Chasti*, Moscú, 1985, pp. 83-84. <<

[6] *Ibid.* Del mismo autor, *Problemy Obshche Chasti*, Moscú, 1984, pp. 21-22, es una obra más clara en muchos sentidos. <<

[7] Véase Butler, *Soviet Law*, pp. 282 y ss. <<

[8] Como figura en la obra de Peter Solomon, *Soviet Criminologists and Criminal Policy: Specialists in Policy Making*, Londres, 1978. <<

[9] Véase Amnistía Internacional, *Prisoners of Conscience in the USSR*, Londres, 1974. <<

[10] Véase Todd Fogleson, «The Reform of Criminal Justice and Evolution of Judicial Dependence in Late Soviet Russia», en Peter H. Solomon Jr., ed., *Reforming Justice in Russia, 1864-1996: Power, Culture and the Limits of Legal Order*, Armonk (Nueva York) y Londres, 1997. <<

[¹¹] Mi fuente principal en este punto es Butler, *Soviet Law*, pp. 208-222. <<

[12] El material sobre esta cuestión, los conflictos laborales y demás problemas, procede de V. I. Terebilov, ed., *Kommentarii k Zakonodatel'stvu o Trude*, Moscú, 1996. El editor había sido presidente del Tribunal Supremo de la URSS. Hay un análisis detallado de los conflictos laborales en la p. 409 (párrafos 86-94 y 201-224 del código laboral). Sobre los contratos de trabajo y el derecho del trabajador a rescindirlos, véanse las pp. 50-55, más concretamente el párrafo 29 del código laboral de la Federación Rusa: «Motivos para rescindir el contrato de trabajo». <<

[13] Una sentencia del pleno del Tribunal Supremo, del 29 de junio de 1979, sobre los cometidos de los tribunales, a la luz de la decisión del Comité Central de mejorar el trabajo ideológico y político-educativo. <<

[14] Véase I. A. Korshunov *et al.*, *Sovetskoe Zakonodatel'stvo o Trude: Spravochnik*, Moscú, 1980, pp. 55 y ss. <<

[15] La última versión de la legislación laboral de la URSS se publicó en 1970 (la de la RSFSR, en 1971). En mi opinión, la mejor fuente sobre estos códigos y sobre toda la legislación posterior relacionada con el trabajo es V. I. Terebilov, «Verjsuda SSSR», en A. I. Startseva y M. E. Pankin, eds., *Kommentarii k Zakonodatel'stvu o Trude*, Moscú, 1986. <<

15. El KGB y la oposición política

[¹] Anastas Mikoyan, *Tak Bylo: Razmyshleniia o Minuvshem*, Moscú, 1999.

<<

[2] En este sentido, mis fuentes son R. G. Pijoia, *Sovetskii Soiuz: Istoriia Vías-ti, 1945-1991*, Moscú, 1998; T. P. Korzhijina, *Sovetskoe Gosurdarstvo i ego Ucherzhdeniia, Noiabr' 1917 — Dekabr' 1991 g.*, Moscú, 1995, y A. I. Kokurin y M. V. Petrov, sost., *Lubianka, VChK-KGB, 1917-1960, Spravochnik*, Moscú, 1997. <<

[3] Como explica Pijoia en *Sovetskii Soiuz*, quien utiliza material sobre episodios de los que hablan otras fuentes a mi disposición, aunque los aborda con más detalle. <<

[4] Estos detalles proceden de *Arjivno-informatsionnyi biulleten'*, n.º 1, 1993, pp. 110-136, un apéndice a *Istoricheskii Arjiv*. <<

[5] TsJSD, f. 89, op. 6, d. 20, LL. 1-11, contiene tres documentos que datan de 1962. Dos de ellos pertenecen a la categoría «Informe especial – Alto Secreto: debe devolverse en 24 horas al 1.^{er} sector del Departamento General del Comité Central». El tercero pertenece a la categoría «Informe especial – Alto Secreto». Entre otras cosas, hay un extracto del acta n.º 42 de la sesión del Presidium del Comité Central del 19 de julio de 1962. <<

[6] Amnistía Internacional, *Prisoners of Conscience in the USSR: Their Treatment and Conditions*, Londres, 1975, y Butler, *Soviet Law*, pp. 7-8. <<

[7] O. V. Edelman, sost., 58-10: *Nadzornye Proizvodstva Prokuraturi SSSR po Delam ob Antisovetskoj Agitatsii i Propagande: Annotirovannyi Katalog, 1953-1991*, Moscú, 1999. Esta obra también es mi fuente a la hora de estudiar cómo supervisaba la Oficina del Fiscal las investigaciones del KGB. <<

[8] Pijolia, *Sovetskii Soiuz*, pp. 365-366. <<

[9] TsJSD, op. 25, d. 47, LL. 4-5 («archivo especial») de Andropov y Rudenko. <<

[10] En relación con los pabellones psiquiátricos, hay una publicación reciente que puede resultar de interés. Su autora es D. B. Dmitrieva y se titula *Alians grava i miloserdiia – O Probleme Zashchity Prav Cheloveka v Psijiatrii* (Moscú, 2000). Implacable con el sistema soviético, la autora es una psiquiatra y fue partidaria de Eltsin y ministra de Sanidad durante su gabinete. Posteriormente, fue nombrada al frente del Instituto Estatal de Psiquiatría Social y Criminal, la conocida institución que lleva el nombre de V. P. Serbskii y que presuntamente fue la principal autora de falsos diagnósticos psiquiátricos para políticos críticos en perfecto estado de salud. A partir de la investigación realizada en los archivos del Instituto de todos los casos que pasaron por él, Dmitrieva afirma que el uso de la psiquiatría con fines políticos en la URSS no fue generalizado, y que incluso es posible que no existiera tal política. En su lugar, puede que hubiera casos individuales de corrupción o que algunos psiquiatras cedieran a la presión política. Sea como fuere, la cuestión sigue siendo objeto de debate. <<

[11] Vladimir Lashkin, *Solzhenitsyn, Tvardovskii and «Novyi Mir»*, traducción y edición de Michael Glenny, con contribuciones adicionales de Mary Chaffin y Linda Aldwinckle, Cambridge (Mass.), 1980. <<

[12] O. V. Edelman, sost., 58-10: *Nadzornye proizvodstva prokuratury SSSR.*
<<

16. La avalancha de la urbanización

[¹] RGAE, 1562, 44, 2598, L. 60, 19 de marzo de 1965: tabla de la Oficina Central de Estadística. <<

[2] RGAE, 4372, 81, 1091, LL. 1-44. El 6 de febrero de 1965, Efimov recibió un informe de manos de su ayudante Korobov, encargado el 26 de diciembre de 1964, sobre «los principales problemas relacionados con la nacionalización del uso de los recursos laborales en las principales regiones de la URSS en 1966-1970». <<

[3] GARF, f. A-10005, op. 1, d. 248, LL. 51-55. <<

[4] GARF, f. A-10005, op. 1, d. 249, LL. 244-253, octubre de 1972 (informe del responsable del comité del estado de la RSFRS para la mano de obra al Consejo de Ministros ruso). <<

[5] Salvo algunas observaciones de mi cosecha, este material procede de R. W. Davies, *Soviet Economic Development from Lenin to Khrushchev*, Cambridge, 1998 pp. 67 y ss. <<

[6] RGAE, f. 4372, op. 82, d. 1086 (sin fecha, pero del Colegio del Gosplan, en 1970). <<

[7] RGAE, 4372, 66, 3717, LL. 1-3. <<

17. Los «administradores»: una clase tocada pero pujante

[¹] Véase T. P. Korzhijina, *Sovetskoe Gosudarstvo i ego Uchrezhdeniia, Noiabr' 1917-Dekabr' 1991 g.*, Moscú, 1995. <<

[2] T. I. Fetisov, sost., *Prem'er – Izvestnyi i Neizvestnyi: Vospominaniia o A. N Kosygine*, Moscú, 1997. <<

[3] RGASPI, f. 17, op. 75, d. 9. <<

[4] RGASPI, f. 17, op. 75, d. 23, L. 67. <<

[5] RGASPI, f. 17, op. 75, d. 23, LL. 62-67. <<

[6] RGASPI, f. 17, op. 75, d. 22, L. 64. <<

[7] Véase M. Woslenski, *Les nouveaux secrets de la nomenklatura*, París, 1965, pp. 441-450. <<

[8] RGAE, f. 7733, op. 36, d. 7242, LL. 10-11. Se trata del borrador original de la decisión que el Departamento de Órganos del Partido envió al Ministerio de Finanzas. <<

[9] E. K. Ligachev, *Zagadka Gorbacheva*, Novosibirsk, 1992. <<

[¹⁰] Anatoli Dobrinin, *Sugubo Doveritel'no*, Moscú, 1996. <<

[¹¹] Ligachev, *Zagadka Gorbacheva*, pp. 26-27. <<

[¹²] Dobrinin, *Sugubo Doveritel'no*, pp. 652-653. <<

18. Algunos líderes

[¹] E. V. Nesterenko, ed., *A. A. Gromyko – Diplomat, Politik, Uchenyi*, Moscú, 2000, p. 222; incluye las ponencias leídas en una conferencia para conmemorar el nonagésimo aniversario del nacimiento de Gromiko, organizada por la Universidad de Moscú, y que contó con la participación de diversas figuras políticas extranjeras que enviaron sus escritos. <<

[2] Véase R. G. Pijoia, *Sovetskii Soiuz: Istoriia Vlasti, 1945-1991*, Moscú, 1998. Pijoia ha examinado los documentos pertinentes que se encuentran en los archivos del Politburó y ha reconstruido con todo detalle cómo se desarrolló el XX Congreso. <<

19. Kosigin y Andropov

[¹] T. I. Fetisov, sost., *Prem'er – Izvestnyi i Neizvestnyi: Vospominania o A. N. Kosygine*, Moscú, 1997. <<

[2] Procede de la obra de Nemchinov *O Dal'neishem Sovershenstvovanii Planirovaniia i Upravleniia Joziaistvom*, Moscú, 1965, p. 53; citado en mi *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates – From Bukharin to the Modern Reformers*, Princeton y Londres, 1974, p. 157, reeditado como *Stalinism and the Seeds of Soviet Reforms*, Armonk (Nueva York) y Londres, 1991. <<

[3] Markus Wolf, *Man Without a Face – The Autobiography of Communism's Greatest Spymaster*, Nueva York, 1999. <<

[4] *Intelligentsia i vlast'*, *Istoricheskii Arjiv*, n.º 1, 1994, pp. 175-207. <<

[5] F. D. Bobkov, *KGB i Vlast'*, Moscú, 1995, p. 4. <<

[6] Viacheslav Kevorkov, *Tainyi Kanal*, Moscú, 1997. <<

[7] Vadim A. Medvedev, *V Komande Gorbacheva: Vzgliad Iznutri*, Moscú, 1994. <<

[8] V. I. Vorotnikov, *A Bylo Eto Tak – Iz Dnevnika Chlena Politburo TsKKPSS*, Moscú, 1995. <<

[9] Nos guiamos aquí por las conclusiones del profesor R. G. Pijoia, que ha tenido acceso a los archivos presidenciales, entre otros, vetados al resto de los mortales: *Sovetskii Soiuz: Istoriia Vlasti, 1945-1991*, Moscú, 1998. <<

[¹⁰] Esta cita y otras proceden de Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, pp. 434-435. <<

20. El tiempo y los mundos de Lenin

[¹] La correspondencia de Bujarin a Lenin de 1915 se encuentra publicada en *Voprosy Istorii*, 3/94, pp. 166-169. <<

[2] Z. Galili, «Mensheviki i vopros o koalitsionnom pravitel'stve: pozitsiia "revoliutsionnyj oborontsev" i ee politicheskie posledstvia», *Otechestvennaia Istorii*, n.º 6, 1993, pp. 15-26. <<

[3] En *Svobodnaia Mysl'*, febrero de 1997, pp. 103-113, se reproduce un fragmento del volumen I de *Rossia na Perelome* (París, 1927). <<

[4] N. Iliukov, «Pri svete dvuj revoliutsii», *IstoricheskiiArjiv*, n.^{os} 1-2, 1993.

<<

[5] A. I. Shingarev, *Finansovoe Polozhenie Rossii*, Petrogrado, 1917; discurso sin fecha. <<

[6] Publicado en *Otechestvennaia istoriia*, n.º 5, 1992, pp. 143-155. <<

[7] O. N. Znamenskii, *Vserossiiskoe Uchreditel'noe Sobranie*, Leningrado, 1976, pp. 337-338. Según los cálculos de los años veinte, en la Asamblea Constituyente había 370 socialistas revolucionarios, 175 bolcheviques, 40 socialistas revolucionarios del ala derechista, 86 representantes de organizaciones y partidos nacionales, 17 cadetes, 2 nacionalsocialistas y 1 independiente. Los feudos bolcheviques eran fuertes en las regiones industriales y entre los soldados, donde solían conseguir la mayoría de los votos. El mundo rural solía decantarse por los socialistas revolucionarios. En la lista anterior no figuran los mencheviques: solamente tenían 17 delegados.

<<

[8] Véase *Istoricheskii Arjiv*, n.º 2, 1993, p. 168, n. 121. <<

[9] Lenin, *Sochineniia*, vol. 13, p. 406. <<

21. Atraso y recaída

[1] Véase «Grazhdanskaia voina y Rossii – kruglyi stol», en *Otechestvennaia Istoriiia*, n.º 3, 1993, pp. 102-115. La discusión es sumamente interesante: aquí me hago eco únicamente de las aportaciones de I. I. Igritskii y de L. M. Gavrilov. <<

[2] Los datos sobre las pérdidas durante la guerra civil provienen de diferentes fuentes, especialmente de R. W. Davies, *Soviet Economic Development from Lenin to Khrushchev*, Cambridge, 1998, pp. 21-22. <<

[3] Estos textos se encuentran en el volumen 45 de *Sochineniia*, de Lenin. <<

[4] Lenin, *Sochineniia*, vol. 45, p. 280. <<

[5] Para las fuentes pertinentes, véase mi *Russia – USSR – Russia*, Nueva York, 1995, pp. 156-157. <<

[6] Esta noción aparece en el artículo de Lenin «Better Fewer, But Better». El adjetivo «civilizada» es mi traducción de la palabra rusa *gramotnye* (alfabetizado o educado), porque creo que Lenin consideraba esta palabra como la más adecuada para las aspiraciones e ideales socialistas a la vista de las circunstancias históricas. <<

[7] Me ocupo de estos aspectos con más detalle en mi *Lenin's Last Struggle*, publicado originalmente en francés en 1967 y traducido con posterioridad al inglés y a otras lenguas. <<

[8] Estas actas, documentos extraordinarios, están disponibles en inglés en *The Bolsheviks and the October Revolution*, trad. de Ann Bone, Londres, 1974. <<

[9] D. Dallin, *Posle Voin i Revoliutsii*, Berlín, 1921 (el autor era el padre de nuestro colega fallecido Alexander Dallin, un eminente rusista). <<

22. Una modernidad *sui generis*

[¹] B. N. Mironov, *Sotsial'naia Rossia*, San Petersburgo, 1999, pp. 341-356.
<<

23. Éxitos y fracasos de la urbanización

[¹] V. A. Kozlov, *Massovye Besporiadki v SSSR pri Jrushcheve i Berzhneve, 1953 – Nachalo 1980-j godov*, Novosibirsk, 1999, p. 402. <<

[2] Identificar y evaluar las «fuentes de problemas» potenciales es una de las tareas de todo servicio secreto, cualesquiera que sean los métodos de vigilancia y los medios que utilice contra los grupos o las organizaciones. <<

[3] A partir de las memorias de algunos de sus colaboradores, entre ellos, Arbatov, Shajnazarov, Burlatski, Cherniaev y Beketin, editor de la extraordinaria revista política *Svobodnaia Mysl'*. <<

[4] Véase E. J. Hobsbawm, *Age of Extremes*, Londres 1994, p. 400, citando a Gur Oler, «Soviet Economic Growth, 1928-1985», *Journal of Economic Literature*, vol. XXV, n.º 4, diciembre de 1987, p. 1778. <<

[5] El académico Yevgeni Fedoseev, que presentó el 5 de agosto de 1966 las conclusiones de este estudio sobre los «problemas esenciales y las perspectivas de la competencia entre la URSS, Estados Unidos y otros países capitalistas importantes», como se lo había ordenado el Consejo de Ministros en abril de ese mismo año, explicó que el estudio corrió a cargo del Instituto de Economía Mundial y de Relaciones Internacionales de la Academia de Ciencias de la URSS, en colaboración con el director del Gosplan, Baibakov, a quien Kosigin había ordenado lo siguiente el 15 de marzo: (1) discutir el informe de la Academia en la sesión del colegio del Gosplan, en presencia de representantes de la Academia, con vistas a incorporar en el siguiente plan quinquenal, que se estaba preparando en esos momentos, las conclusiones y las recomendaciones relevantes del texto, y (2) presentar los textos pertinentes a los miembros del Presidium del Consejo de Ministros. <<

[6] RGAE, 4372, 66, 670, LL. 31-53, 54-66, y LL. 67-91. <<

24. El problema de la mano de obra y de la demografía

[¹] GARF, f. A-10005, op. 1, d. 48, LL. 2-62, 16 de septiembre de 1968. <<

25. El laberinto burocrático

[1] Con todo, se puede hallar información útil en las ediciones de 1986 y de 1995 de T. P. Korzhijina, *Sovetskoe Gosudarstvo i ego Ucherzhdeniia. Noiabr' 1917- Dekabr' 1991* (Moscú), y en una obra de referencia de gran valor, *Soviet Government Officials, 1922-1941: A Handlist*, editada por R. W. Davies y sus colegas del Centro de Estudios sobre Rusia y Europa Oriental, Universidad de Birmingham, Inglaterra. <<

[2] RGAE, f. 1562, op. 47, d. 1896, LL. 1-47. Son los resultados del censo (*edinovremennyi uchet*) realizado por la Oficina Central de Estadística, cuidadosamente editado y presentado. El documento se redactó en el centro de computación de la oficina. Véase también RGAE, f. 1562, op. 47, d. 1897, LL. 1-211, volúmenes 1 y 2. <<

[3] Véase Korzhijina, *Sovetskoe Gosudarstvo i ego Uchrezhdeniia*. <<

[4] RGAE, 4372, op. 66, d. 670, LL. 175-176, 3 de septiembre de 1966: un informe de una de las sesiones de la Comisión para el Ahorro de Recursos del Estado. Dotada de amplios poderes, la presidía el director del Gosplan, Baibakov, y en ella figuraban: Starovski, responsable de la Oficina Central de Estadística; el ministro de Finanzas Garbuzov; Martinov, director de Mattejsnab, una influyente agencia encargada de suministrar materias primas y recursos tecnológicos a las empresas; Poskonov, el director del Banco Estatal; y Tchikin, uno de los responsables de la Comisión de Control Estatal. El Comité de Trabajo y Salarios estaba representado por Volokov. El informe sobre la reunión que se celebró el 21 de septiembre de 1966 lo firmaba el viceprimer ministro Polianski. <<

[5] RGAE, 4372, 66, 670, LL. 31-38. <<

[6] GARF, A-259, op. 45, d. 7501, LL. 4962: un archivo de documentos del gobierno sobre la Federación Rusa (octubre-noviembre de 1968) a propósito de la campaña que se llevó a cabo en toda la URSS para luchar contra el «gasto ilegal de dinero público en banquetes y recepciones». <<

[7] RGAE, f. 7733, op. 58, d. 2892, LL. 1-5, 85-97: un conjunto de documentos (de julio de 1970 a diciembre de ese mismo año) referidos a las negociaciones entre el Gosnab y el Ministerio de Finanzas a propósito de la cantidad de funcionarios de primera categoría y su salario. <<

[8] RGAE, f. 1562, op. 47, d. 1183, LL. 4-8: datos del censo realizado el 1 de octubre de 1970 por parte de la Oficina Central de Estadística sobre «indicadores de las actividades del mercado de suministros y comercialización». <<

26. ¿Luces y sombras?

[¹] I. G. Minervin, «Tenevaia ekonomika y SSSR – prichiny i sledstviia», pp. 103-127, en I. I. Zhilina y L. M. Timofeev, otvet. red., «Tenevaia ekonomika: ekonomicheskii i sotsial'nye aspekty». Este volumen de ensayos se encuentra en una revista publicada por la Academia Rusa de Ciencias, *Ekonomicheskie i Sotsial'nye Problemy Rossii*, vol. 4, Moscú, 1999. <<

[2] Véase A. Portes y J. Boroch en *Ekonomicheskie i Sotsial'nye Problemy Rossii*, p. 121. <<

[3] *Ibid.*, p. 125. <<

[4] T. I. Zaslavskaya y Z. I. Kalugina, otvet. red., *Sotsialnaia Traektoriia Reformniruemoi Rossii –Issledovaniia Novosibirskoi Ekonomiko-sotsiologicheskoi Shkoly*, Novosibirsk, 1999, pp. 577-584. <<

[5] A Menshikov lo citan Zilina y Timofeev en *Tenevaia Ekonomika*, pp. 116-117. <<

[6] RGAE, 4372, 66, 3717, LL. 1-9. <<

[7] Citado en G. Vernadski, *Russkaia Istoriografiia*, Moscú, 1998, p. 106. La frase rusa es «zhidkii element y russkoi istorii» («el elemento constante en la historia de Rusia»). <<

27. ¿Qué fue el sistema soviético?

[1] Véase David Joravsky, «Communism in Historical Perspective», *The American Historical Review*, vol. 99, n.º 3, junio de 1994, pp. 837-857. <<

[2] Véase T. P. Korzhijina, *Istoriia Gosudarstvennyj Uchrezhdenii SSSR*, Moscú, 1995, p. 45 y *passim*; y Lenin, *Sochineniia*, vol. 45, p. 290. <<

[3] Véase H. Rosenberg, *Bureaucracy, Aristocracy and Autocracy*, Boston, 1966. <<

[4] Véase V. Berezhkov, *Riadam so Stalinym*, Moscú, 1999. <<

[5] T. I. Zaslavskaya y Z. I. Kalugina, otvet. red., *Sotsialnaie Traektoriia Reformniruemoi Rosii – Issledovaniia Novosibirskoi Ekonomiko-sotsiologicheskoi Shkoly*, Novosibirsk, 1999, pp. 577-584. <<

[6] Véase V. P. Mezhuev, «Otnoshenie k proshlomu – Kliuch k budushchemu», en *Kuda Idet Rossiia? Krizis Institutsiona'nyj Sistem: Vek, Desiatiletie, God*, Moscú, 1999, pp. 39-47. <<

[*] Una serie de epítetos peyorativos de difícil traducción que hacen alusión, fundamentalmente, al carácter tosco del opresor ruso. (*N del a.*) <<

[*] La Comisión contra el Despilfarro fue bautizada con posterioridad Comisión para el Ahorro de Recursos del Estado (véase el capítulo 23). Aquí, nos referiremos a ella simplemente como «Comisión contra el Despilfarro».

<<

[*] Expresión que hace alusión a las fases del proceso: el suministro de bienes (*snabzhenie*) y su venta (*sbyt*). <<

[*] El castigo del exilio podía revestir dos formas. *Ssylka* es el exilio a una zona específica, donde el reo deberá permanecer bajo vigilancia policial, bien durante un período determinado, bien a perpetuidad. No se trataba ni de un campo, ni de una prisión, sino de un «asentamiento», donde era posible vivir en compañía de la propia familia en un alojamiento independiente y trabajar a sueldo en función de las posibilidades de la zona. *Vysylka* consistía en el destierro de un punto en concreto (Moscú, por ejemplo, o Leningrado). Los condenados al destierro podían vivir y trabajar en cualquier otro lugar, si bien su historial los acompañaba hasta su nuevo lugar de residencia. <<

[*] Fuente: RGAE, f. 4.372, op. 84, d. 271. <<

[*] Fuente: RGAE, f. 7.733, op. 36, d. 2.097, LL. 253, 256. <<

[*] Fuente: RGAE, f. 7.733, op. 36, d. 2.291, L. 315. <<